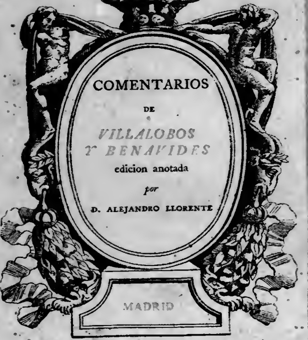
LIBROS DE ANTAÑO
NUEVAMENTE DADOS Á LUZ
por varios aficionados

VI



COMENTARIOS

DE

VILLALOBOS Y BENAVIDES

edicion anotada

por

D. ALEJANDRO LLORENTE

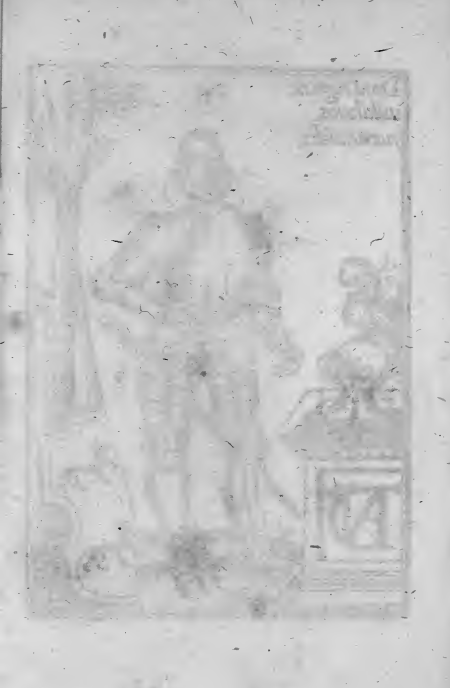
MADRID

LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS
ALFONSO DURÁN
C.ra de S. Jerónimo, 2

1876


LIBROS
DE
ANTAÑO
nuevamente dados á luz
por
vários aficionados
TOMO V.

MADRID, 1876.—Imprenta de Aribau y Compañía
(sucesores de Rivadeneyra),
impresores de cámara de s. m.
Duque de Osuna, 3.




Don Diego. de
uillalouos.
yuenauides.

COMENTARIOS
DE LAS COSAS SUCEDIDAS
EN LOS
PAISES BAXOS DE FLANDES
DESDE EL AÑO DE 1594 HASTA EL DE 1598

COMPUESTO POR

D. DIEGO DE VILLALOBOS Y BENAVIDES

capitan de caballos lanzas españolas

con una introduccion, notas é ilustraciones

POR

D. ALEJANDRO LLORENTE

de la Academia de la Historia





MADRID

LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS

— ALFONSO DURÁN —

C.ra de San Jerónimo 2

M DCCC LXXVI



INTRODUCCION

I

SUMARIO

Fundamento principal del interes de este libro.— Se refiere á las campañas de la época postrera y decisiva del reinado de Felipe II.— Los dos períodos que abraza la narracion: campañas de 1594 á 1597 y sitio de Amiens.— Razon del título de la obra, cuyo verdadero nombre sería el de *Memorias*.— Método del autor.— Su llaneza al referir las propias desventuras.— Ejemplos de esta franqueza.— Vida del autor y su familia.— Noticia de su nacimiento. —Primeros pasos de su carrera militar en Flándes.— Cómo celebraron los españoles los triunfos del Conde de Fuentes en la campaña de 1595.— Asiste Villalobos á la defensa de las plazas de Picardía, y de las empresas de Hults y de Calais.— Sorpresa de Amiens é importancia de aquel sitio.— Gobierna el autor tres compañías de españoles.— Mencion que hacen de Villalobos otros historiadores.— Hereda á su hermano y vuelve á España.— Lo poco que de su vida posterior se sabe.— Es nombrado Corregidor de Málaga.— Corre á su cargo embargar los navíos de holandeses.— Encuentros del comisario Pedro de Arce con el ayuntamiento de Málaga y desdichas de Villalobos.— Libro de gineta de su hermano D. Simon.

Estriba en gran parte el interes del libro que ahora publicamos en la circunstancia de referirse á las guerras de la época postrera, que fué la más crítica y de-

cisiva del reinado de Felipe II. Si no estamos muy equivocados, por aquellos dias más que nunca estaban á punto la suerte y la victoria de dictar los soberanos fallos del éxito en el gran pleito que tuvo agitada á toda Europa durante el curso del siglo décimosexto, y dividida entre los dos grandes principios cuya contienda es acaso el nudo más intrincado de la civilizacion y el mayor problema de la historia moderna.

No hay, por lo tanto, en los anales de aquel período incidente alguno por leve que parezca, ni particularidad por subalterna que sea, que no ofrezca suma importancia á los ojos del político, del filósofo, y del historiador sobre todo. — No son, ademas, episodios insignificantes; son grandes sucesos los que don Diego de Villalobos y Benavides refiere; las campañas de Flándes y de Picardía en los años de 1594 á 1597 tuvieron importantes consecuencias, y uno de los grandes dramas históricos de la era moderna es aquel memorable sitio de Amiens, referido por nuestro autor, no sólo con la exactitud del testigo presencial, sino con la animacion y viveza de impresiones propias de quien, como actor, tuvo parte no corta en tan reñidas lides. No obstante, sería inútil buscar en este libro ni la apreciacion general de los sucesos, ni mucho ménos, excusado parece decirlo, la explicacion filosófica de las causas y de los resultados.

Conviene dividir esta historia en dos períodos distintos, de los cuales el primero comienza con el libro en el año de 1594, por una breve noticia de la expedicion de D. Luis de Velasco contra los amotinados de Sichem gobernando los Estados de Flándes, á nombre del rey de España, el archiduque Ernesto,

y concluye con la rota del Conde de Varax, general de los españoles en Fornhout (1). La que comprende este período es narracion animada é interesante, pero incompleta y abreviada, segun el mismo autor lo declara (véase el § LXXIX) al decir: «El breve tiempo de mi cuento ha sido poca fortuna suya, etc.» En el segundo periódo (2) camina el historiador con paso más lento, ciñéndose á referir cuanto ocurrió en la jornada de Amiens, con todos los episodios de que fué testigo, habiéndole tocado no corta parte en aquel notabilísimo drama.— Esta es, sin duda, la parte esencial y el propósito capital del libro, á cuyo desempeño consagró el autor lo mejor de sus fuerzas, como si lo anterior solamente fuese un extenso preámbulo.—«Mas mi asumpto principal de lo que yo he escrito hasta aquí», nos dice el mismo, «fué querer acompañar con algo esta jornada de Amiens», y en efecto, bien merecen relacion detenida, primero la sorpresa de aquella plaza, y luégo cuanto aconteció durante el asedio, «no inferior», como lo asegura otro historiador coetáneo, «á ninguno de cuantos celebran las historias... y sin duda el más célebre de nuestros tiempos.»

Narra nuestro autor con especial predileccion las escenas de que fué testigo, y, por lo mismo, bien se advierte que vaciló y áun que estuvo inclinado á dar á su libro título de *Memorias* (3). Pero hubieron de

(1) Es decir, desde el § v hasta el § LXXIX de su historia.

(2) Es decir, desde el § LXXI hasta el fin del libro.

(3) «Para la inteligencia de estas *Memorias*», dice el autor al principio de ellas (§ 1). Y al final se lee: «Y porque estos mis escritos ó comentarios no son más que unas breves *Memorias*... etc.» (§ CLVII).

cautivarle los ejemplos clásicos, y siguiendo las huellas ilustres de Julio César, de D. Luis de Avila y Zúñiga, de D. Bernardino de Mendoza y de otros personajes, prefirió la más sonora denominacion de *Comentarios*.—No por eso perdió su estilo el carácter de llaneza y naturalidad, en que consiste acaso uno de sus principales atractivos; ántes bien acertó Villalobos en narrar con preferencia lo que por sus ojos habia visto, y en recordar sus propios lances, sin omitir aquellos casi prosaicos que pudiera desdeñar algun otro escritor más inclinado á calzar el coturno.

Usa, en efecto, de notable llaneza al referir sus propias desventuras, siempre ennoblecidas en la guerra por el peligro y por el propósito, aunque tengan en sí algo de cómicas, como por ejemplo, cuando en el asalto de Huy cayó de lo alto de la muralla y se encontró dentro de la ciudad hincada la cabeza en el suelo: como en otro asalto, el de Catelet, donde tambien rodó desde lo alto del muro, quedando *hechas* (ó más bien deshechas) *las narices;* como en el asedio de Doullens, cuando se maltrató al caer en uno de los hondos y piramidales hoyos, ó préstamos que abrian los soldados al sacar tierra para las trincheras y reductos en el campamento sobre dicha plaza, y por último, cuando entre las tinieblas y el lodo se resbaló hasta lo más profundo del foso en el rebellin que la defendia.—Más grave desgracia le aconteció cuando andaba atrevidamente al descubierto por el arcen del foso de Doullens siguiendo al capitan reformado D. Fernando Deza, en cuyo momento acertó á atravesarle el brazo derecho un arcabuzazo disparado desde lo alto de la muralla. Tambien en el sitio de Cambray, al hacer una

salida los sitiados, quedó nuestro autor herido en el hombro derecho de un mosquetazo, que le dejára sin vida á no ser tan fuerte el espaldar que hubo de atravesar la bala, así como el coleto de ante que llevaba bajo la armadura.

No es mucho lo que sabemos acerca de la vida de D. Diego. En los Comentarios nos cuenta de sí mismo que nació en Méjico, y que fué hijo de Pedro de Villalobos, presidente, gobernador y capitan general de las provincias de Guatemala.

Segun parece era la de los Villalobos una estirpe muy ilustre, y D. Diego contaba entre sus progenitores á Hernan Rodriguez de Villalobos, señor de la casa del mismo nombre, y Merino mayor de Astúrias en tiempo del rey D. Alonso el Onceno, que entónces llamaban D. Alfonso el *último* (1) nuestros antiguos escritores. Uno de los abuelos del autor, llamado Fernan, fué maestre de Alcántara en 1394. Entre sus ascendientes figuraba ademas Simon Rodriguez de Villalobos, que emparentó por casamiento con los Duques de Braganza, de Portugal, y fué á establecerse en Extremadura. Finalmente, de aquella casa, establecida en Guadalupe y en otros lugares de la misma provincia, fué poseedor el mencionado D. Pedro Villalobos, que la hubo de abandonar para ir á servir al rey D. Felipe el Segundo en América, donde tuvo por hijo á D. Diego, autor de los *Comentarios*.

Al comenzar la narracion de su historia en el año de 1594, encontramos ya á este último de *soldado de*

(1) V. Nobiliario genealógico de Lopez de Haro, tomo 1, página 299.

D. Luis de Velasco (1), que era maestre de campo de un tercio al tiempo de la toma y saco de la ciudad de Huy en el país de Lieja, y luégo entre los caballeros mozos que acompañaban á D. Agustin Mexía que mandaba el tercio llamado de los *zambapalos* en el sitio de *Catelet*. El autor, segun parece, asistia á los trabajos más penosos y á los puestos de mayor peligro (2), así como posteriormente desempeñaba cargos de confianza al tiempo de la marcha del ejército hácia Perona y Clari (3), ántes de emprender el importante cerco de Douliens. Durante el curso de este sitio tomó parte en las más arriesgadas empresas, y principalmente en el asalto del rebellin, que cubria por la delantera el foso del castillo, en cuya ocasion se hallaba con unos soldados de la compañía de Buitrago, al parecer del tercio de D. Alonso de Mendoza (4), así como luégo se nos presenta velando en las murallas *con tres cabos encendidos*, en compañía de don Diego de Acuña y del bizarro Durango, al tiempo del célebre y victorioso combate. Poco despues le vemos salir de la trinchera, donde estaba ya á cubierto de los certeros tiros de la plaza, para ir en ayuda del valon Conde *Buquel*, á quien costaba trabajo llevar él solo su ceston (5). En otro lugar (6) nos cuenta las

(1) V. el § IX de los *Comentarios*.

(2) V. el § XIV y el XVI.

(3) V. el § XIX.

(4) V. el § XXI.

(5) V. el § XXX. Probablemente sería este Conde Buquel, socorrido por Villalobos, el famoso Conde Bucquoi, á quien en otro lugar (§ LXXXIII) llama el autor Conde de Buque.

(6) V. el § XXXV.

aventuras que ocurrieron en una cueva ó bóveda, por donde esperaban llegar hasta el foso de Cambray, al célebre D. Agustin Mexía y á los *camaradas* que le acompañaban, entre los cuales iban el autor y D. Antonio de Mendoza.—En el invierno de 1595, venturosamente fenecida la campaña y ganada Cambray, fué extraordinario el júbilo de los españoles, que celebraron sus victorias con ruidosas fiestas, tanto en Bruséllas como en otras ciudades por donde atravesó el ejército. Aquellos festines, saraos y máscaras, á que asistian las damas flamencas de cada comarca, festejadas por los *ochenta ó más* capitanes y caballeros entretenidos de la comitiva del Conde de Fuentes, aderezados á la soldadesca, prueban que no era tan adusto ni fiero como han supuesto algunos historiadores, el insigne caudillo que ordenaba y presidia aquellos banquetes. Pero bien merecia tales desahogos, y la pomposa y triunfal acogida de las ciudades por donde atravesaba, el diestro y afortunado vencedor del Catelet, de Doullens y de Cambray. A nuestro D. Diego Villalobos, ya restablecido de sus porrazos y heridas, hubo de alcanzar no corta parte en aquel júbilo, con tanto mayor motivo como que en premio de sus servicios le concedió su ilustre general el mando de la compañía de infantes que ántes gobernaba Buytrago (1).

Formaba parte aquella compañía del presidio de Catelet, y desde aquel dia vemos á nuestro nuevo capitan empleado en surtir de bastimentos á dicha

(1) V. el § L. Segun se infiere de diversos pasajes del libro, siguió el autor sirviendo en el tercio de D. Alonso de Mendoza.

plaza, burlando con salidas, emboscadas y estratagemas la vigilancia de los franceses, que habian devastado el país y trataban de recobrar por hambre las que habian perdido en Picardía, ya afligidas con la calamidad de la peste (1). Tambien asistió al famoso sitio de Calais, y pocas escenas más animadas se encuentran en su libro que algunas de las que ocurrieron en las playas y ensenadas próximas á aquel puerto (2). Cooperó luégo con su compañía á la expugnacion de Hults en los Países Bajos durante el año de 1596, por donde se ve que no se daba descanso, y que nunca faltaba en las facciones más importantes, tanto en aquellos Estados como en Francia, si bien parece excusado repetir acerca de todas estas jornadas lo que el autor cuenta en el texto de su libro (3).

Segun queda dicho, aumenta el interes de estos *Comentarios* al llegar á la empresa de Amiens, á la cual asistió el autor desde el principio, siendo su compañía una de las cinco del tercio llamado de los *colmeneros*, que desde Mons fueron á ayudar á Hernan Tello en su audaz designio.—Desde entónces su nombre aparece ligado en la narracion (4) con todos los principales acontecimientos de la sorpresa y luégo de la defensa contra el ejército frances sitiador, á cuyo frente

(1) V. el § LIII.

Véase tambien otra expedicion del autor para socorrer á la Fera en el § LIV.

(2) V., sobre todo, el § LVII.

(3) Principalmente en el § LXXII, en el LXXIII y en otros de esta parte de su obra.

(4) V. particularmente lo que refiere el autor de sus propias acciones en los §§ CXVI, CVII, CX y CXIIII.

fué á ponerse Enrique IV, hasta el dia en que, rendida la ciudad, salieron de ella los españoles con los estandartes en alto, tocando sus trompetas, con las cuerdas encendidas y balas en la boca, como cumplia á tan bizarros campeones, llevándose tras de sí en el bagaje tantas francesas, que su número era doble de los soldados de la guarnicion. Diezmaba entre tanto la muerte las filas de los defensores con rigor tan inexorable, é iban faltando capitanes y oficiales de tal suerte, que llegó á suceder tuviese D. Diego de Villalobos á su cargo, siendo solo capitan, tres compañías, una de lanzas y dos de infantes; de estas últimas era una la del capitan D. Baltasar de Zúñiga, que se hallaba ausente y cuyo nombre es tan conocido en nuestra historia (1). Con el mismo carácter de capitan concurrió á la junta donde fué nombrado gobernador de la plaza el Marqués de Montenegro por falta de Hernan Tello, á quien mataron los sitiadores de un balazo que atravesó aquel heroico pecho (2).

Como al referir el autor los sucesos en que tomó parte y al enumerar sus propias proezas pudiera sospecharse que incurrió en excesos de jactancia y de vanagloria, convendrá advertir que en lo más esencial se halla confirmado su testimonio por el de otros autores españoles coetáneos. De Villalobos habla con elogio D. Cárlos Coloma; le menciona repetidas veces, y áun confiesa que al contar los sucesos de Amiens *le sigue de buena gana*, aprovechando sus

(1) V. el § CXXVI.
(2) V. el § CXXXVI.

noticias como «testigo de vista» (1). Tambien está corroborada su narracion con la del contador Carnero, mucho ménos detenida é interesante, y cuyo autor menciona más de una vez al de los *Comentarios*.

Continuó por algun tiempo Villalobos residiendo en Flándes despues de la pérdida de Amiens y de la paz de Vervins, hasta que la muerte de su hermano D. Simon, á quien sucedió en la casa de sus padres, le obligó á volver á España (2). En la especie de prólogo dirigido al *benévolo lector* cuenta él mismo brevemente su viaje en un navío pequeño, que apresaron los holandeses á poco de haber aferrado de Calais, así como que fué canjeado en union de varios compañeros por Gil de Moldre, que era una especie de guerrillero ó fribute (*freebooter*), tan protegido por el holandés Mauricio como aborrecido de los del país de Lieja; aunque no pudo lograr que le volviesen sus papeles, entre los cuales iban los apuntes que habia tomado acerca de aquellas campañas. De este robo resultó acaso la inexactitud de algunos nombres y particularidades, y sobre todo que falten las fechas en la narracion del libro impreso en 1611 y dedicado al Consejo de la Guerra del Rey D. Felipe III.

Pocas son las noticias posteriores que es fácil en-

(1) V. Coloma, *Guerras de Flándes* (ed. Barc. 1627), fól. 239, 243 *v.*, 256 *v.*, 257 y 263. Este autor prestaba sin duda gran crédito al testimonio de Villalobos, pues dice así al fól. 243 *v.* «Digo esto con el mismo encarecimiento que D. Diego de Villalobos en sus *Comentarios*, á quien en buena parte de estos sucesos sigo de buena gana como testigo de vista.»

(2) V. Carnero, *Guerras civiles de Flándes*, pág. 404 y 408.

contrar acerca de la vida de nuestro autor. En el artículo que le consagra Nicolas Antonio en su *Biblioteca nova*, sólo menciona una cortísima parte de los hechos que hemos leido en los *Comentarios*. Mucho se necesitaria escudriñar para completar esta biografía.

Hemos tenido á la vista una curiosa reseña de algunas desventuras que le ocurrieron despues de haber abandonado la carrera militar para buscar mayor sosiego en el cargo de corregidor de Málaga, tan sólo tranquilo en las apariencias. Pero tales eran los contratiempos y amarguras que le aguardaban, que nos inclinamos á creer echaria de ménos los percances del Catelet y de Cambray.

Desempeñaba nuestro autor dicho cargo por el tiempo en que fué decretado el *embargo general de los holandeses;* es decir, de los navíos, mercaderías y otros bienes que aquellos rebeldes republicanos tenian en los dominios del Rey de España. Al principio corrieron en Málaga las diligencias de aquel secuestro á cargo de D. Diego, como corregidor, y pudo suponer que alguna ganancia le habia de tocar por su parte en tan rica presa; pero luégo resultó todo lo contrario, á consecuencia de ciertos encuentros, enemistades, procesos, costas, y no pocas injusticias de que fué víctima el malhadado corregidor, si hemos de creer lo que él mismo afirma en una especie de Memorial impreso que dirigió á S. M. el Rey D. Felipe IV, y de que se conserva un ejemplar, que hemos visto (1),

(1) Pertenece este impreso á la rica Biblioteca del Sr. D. Pascual Gayángos, que se ha servido facilitárnosle.

que ha debido formar parte de un tomo de papeles varios, y no lleva ni firma ni fecha, ni lugar de impresion.

Si á este papel se ha de dar crédito, resulta que cuando ya D. Diego habia embargado cinco navíos, llegó á Andalucía el secretario Pedro de Arce, con comision general para el mismo efecto, y quiso la mala estrella del primero que el recien llegado tuviese un encuentro en una comedia pública con el ayuntamiento de la ciudad, sobre materia de cortesías, resultándole de ello muy particular enojo contra el corregidor. Este de las cortesías era entónces asunto muy escabroso, orígen de empeñadísimas competencias, que no pudieron ménos de agriarse al ocurrir entre dos sujetos que de antemano se disputaban sobre gajes ó derechos de la *captura*, enconándose con los roces del interes las heridas del amor propio. Así fué que el secretario Arce no dejó piedra por mover para perjudicar á D. Diego, áun aparte de lo que le convino agenciar para apropiarse la parte que correspondia al aprehensor de los cinco navíos de rebeldes, lo que logró al fin truncando procesos, amañando declaraciones y procurando que fuesen jueces prevenidos y parciales los encargados del fallo, como lo fueron todos ellos, si hemos de creer lo que se dice en el *Memorial.* Nuestra imparcialidad nos obliga á declarar que no deja de llamar la atencion tuviese tal enjambre de enemigos nuestro pobre historiador, y que sólo tocase intervenir en los juicios de residencia á encarnizados perseguidores suyos, como parece que lo fueron el presidente, D. Francisco Contreras, el fiscal, D. Juan Chumacero, los dos jueces, D. Pedro de Vergara y

D. Iñigo Briceño de la Cueva, que le hubieron de residenciar, *el uno por paz y el otro por guerra;* es decir, segun se entiende, por razon de las diversas funciones civiles y militares del corregimiento; sin hablar del veedor Márcos de Penavera, que tuvo comision de visitarlo, ni de varios vecinos de Málaga que en union con este último obraron como si se conjurasen para arruinar á Villalobos, así como otros varios personajes, y entre ellos el secretario Martin Aróstegui, en cuyas manos se perdian y desaparecian los memoriales. Claro es que al cabo de dos siglos y medio, sin más datos que el *Memorial*, y sin poder oir á las partes, no hemos de erigirnos en tribunal para examinar de nuevo el proceso. Todo pudo suceder, pues que hay litigantes desventurados que encuentran siempre cerrados los oidos de Themis y atajados los caminos de la justicia, así como hay tambien otros á quienes no ilumina la razon al tratar de causa propia, y que sueñan con enemistades, asechanzas, prevaricaciones é injusticias. Lo cierto es que, con razon ó sin ella, á nuestro D. Diego lo empapelaron (como él mismo dice), trocaron en delito lo que él creia servicio, le privaron de sus obvenciones, y áun le *condenaron* á más de cuarenta mil reales, que tuvo que satisfacer, aparte de otros doce mil de los guardias, pleitos y salarios de seis meses que estuvieron los navíos holandeses embargados.

Es cuanto sabemos acerca de las desventuras de Villalobos y Benavides como corregidor de la ciudad famosa cuyas playas baña el Mediterráneo.

No hemos hallado mencion de ningun otro escrito del autor de los *Comentarios*. Pero sí consta que hizo

imprimir un libro (1) de su hermano mayor D. Simon, que habia muerto durante la residencia en Flándes de nuestro D. Diego, quien le sucedió en la casa de sus padres, como él mismo refiere en su prólogo.

(1) La portada de este libro dice así:
« Modo de pelear á la gineta, compuesto por D. Simon de Villalobos y hecho imprimir por D. Diego de Villalobos y Benavides, su hermano.— Dirigido á la M. N. y M. L. ciudad y caballeros de Jerez de la Frontera. Con privilegio. En Valladolid, en casa de Andrés de Merchon.— Año de 1606.»





II

SUMARIO

Objeto de esta introduccion.—El Conde de Fuentes y su llegada á Flándes.—Gobierno del Conde de Mansfelt y campaña de 1593. —Gobierno del Archiduque Ernesto y campaña de 1594.—Famosa retirada de Laon.—Gobierno de Fuentes y campaña de 1595.—Las campañas de los españoles en Francia en 1595.—La guerra en el Franco Condado y ducado de Borgoña.—Las guerras de los españoles en Bretaña y en otras provincias.—Gobierno del Archiduque Alberto.—Campaña de 1596 en Picardía y en Brabante.—La campaña de 1597.—Toma de Amiens por sorpresa.

Bastaba por sí solo el libro de Villalobos para ser entendido y apreciado por sus contemporáneos. Hoy dia, al cabo de tres siglos, se necesitan para su completa inteligencia tres cosas: 1.ª Que expliquemos cuáles fueron los principales sucesos que precedieron á los de su narracion, y no siendo posible dentro de los breves límites de estas páginas referir cuánto ocurrió en los Países-Bajos desde el principio de las alteraciones, como punto de partida hemos escogido la llegada á Flándes del Conde de Fuentes y la muerte de Alejandro Farnesio. 2.º Era preciso dar á conocer el carácter, tanto de dicho Conde como de los demas gobernadores de Flándes en los últimos años del siglo XVI y los sucesos

más importantes que ocurrieron durante su mando. 3.º Era, por último, indispensable ensanchar el cuadro, explicando á nuestros lectores cuanto ocurria durante aquellos mismos años de la narracion, no en los ámbitos del mundo, ni áun de toda Europa, ni siquiera de la monarquía española, sino sólo de los países que eran teatro de la misma guerra, y donde operaban los mismos ejércitos, como eran los Países-Bajos, la Francia y el condado de Borgoña.

El Conde de Fuentes y su llegada á los Países Bajos.

En 1592, algunos años ántes de la época en que comienza la relacion de Villalobos, habia llegado á los Países-Bajos el Conde de Fuentes (1), cuando áun vivia el Príncipe de Parma, á quien su tio, el Rey D. Felipe II, reconocido á servicios pasados, pero desconfiado despues de sus miras é intenciones, trataba de buscar sucesor en el mando de aquellos ejércitos y en el gobierno de aquellos Estados.

Para el caso de que rehusára Farnesio hacer la tercera jornada á Francia, bien fuera por falta de salud ó

(1) Era hijo de D. Diego Henriquez, tercer Conde de Alba de Liste, en su segundo matrimonio con doña Catalina de Toledo Pimentel; llevaba el título mencionado de Conde de Fuentes como esposo de doña Juana de Acevedo y Fonseca, Condesa propietaria de Fuentes de Val de Opero, en Castilla. Véase el *Nobiliario* de Lopez de Haro en los dos capítulos de los «Alba de Tormes» y Alba de Liste, tomo 1, páginas 223 y sig., y 338.—Los que deseen tener noticias extensas de la vida del Conde de Fuentes, podrán leer las muchas que dió el Sr. Gayángos en un artículo que publicó en *La Revista de España* de 15 de Julio de 1868.

En esta introduccion no se ha creido oportuno hablar sino de otras diferentes y que tienen algun enlace con la narracion de Villalobos.

de voluntad, habia el Rey ordenado que pasase á Flándes D. Juan Pacheco, Marqués de Cerralbo, persona de gran calidad y reconocido mérito, del que acababa de dar nuevas muestras en la defensa de la Coruña; pero murió el Marqués al emprender su viaje, y se supo que en su lugar, con el mismo objeto y con instrucciones muy secretas (1), enviaba Felipe II al Conde de Fuentes. Habia el Duque de Parma resuelto esperar en Bruséłas al primero de aquellos dos personajes, en quien la fama elogiaba las partes de afabililidad y blandura; mas, segun parece, avisado de la condicion del segundo, prefirió no verle y ponerse luégo en camino para pasar con su ejército á Francia, á fin de que su reputacion no estuviera expuesta á diferentes juicios, aunque era contra su muy fundado parecer y aunque le costase la vida. Llegaba, pues, á Flándes el

(1) Véase lo que refieren acerca de este punto los españoles que dejaron escrita la historia de dicho período de las guerras de Flándes. —No hemos hecho sino extractar de ellos la parte que se refiere á nuestro propósito. Por lo demas, sin entrar aquí en la investigacion de cuáles eran las instrucciones que llevaban Cerralbo y Fuentes, y de que no llegó el caso de que hicieran uso, por haber acaecido la muerte del de Parma en Arras, cierto es que el más notable de todos ellos creia, como hoy creen todas las personas sensatas y bien informadas, que no se hizo en Madrid justicia á las grandes partes militares, servicios extraordinarios y acrisolada lealtad de Alejandro Farnesio. Las instrucciones del Marqués de Cerralbo, con las que sin duda estaban acordes las de Fuentes, eran muy cautelosas, y en ellas se le daba órden de que hiciera salir de Flándes á dicho Príncipe, segun lo que resulta de los documentos oficiales sacados de nuestros archivos y ya várias veces publicados en libros extranjeros (véase, entre otros, Gachard, *Correspondance de Phillippe II*, y Motley, *History of the United Neherlands*).

Conde con objeto desconocido, con órdenes secretas y con fama de carácter más áspero de lo que despues pareció, segun testimonio de un escritor coetáneo é imparcial.

D. Pedro Enriquez de Guzman, Conde de Fuentes, á quien estaba reservada la gloria de ganar grandes victorias con aquella bizarrísima pero desordenada milicia española que guerreaba en Flándes, fué uno de los más hábiles y famosos generales que tuvo nuestra nacion por aquel tiempo. Puede haber exceso en señalarle como modelo de perfecciones sin tilde ni lunar; pero ménos justos nos parecen los extranjeros, que le pintan como español á la antigua usanza segun ellos lo entienden, con color cetrino y cobrizo, cútis como badana, barba en forma de desollinador, ojos desmedidos y amenazadores, negro entrecejo, mirada altanera y fiera, é intenciones todavía más torvas (1). Concédenle todos, sin embago, notables talentos militares y aptitud para el mando, aunque algunos historiadores extranjeros contemporáneos suyos, harto parciales, atribuyeron sin razon justificada el principal mérito de sus campañas al Marqués de Rosne.

(1) «Pedro de Guzman, count of Fuentes a Spaniard of the hard »and antique type was now in his sixty fourth year. The pupil and »near relative of the duke of Alba he was, already as odious to the »Netherlanders as might have been inferred from such education »and such kin. A dark, grizzled, baldish man, with high steep »forehead, long, haggard, leatern visage, sweeping beard, and »large stern, commanding, menacing eyes, with his Brussels ruff »of point lace, and his Milan coat of proof, he was not unlike the »terrible duke, whom men never named without a shudder, etc.»

(Motley, *History of the united Netherlands*, vol. III, pág. 320

Quien parece, entre los escritores de aquel tiempo, más desapasionado y digno de crédito es Bentivoglio, pues por un lado, claro es que un cardenal no podia tener prevenciones contra campeon tan resuelto de la causa católica, y por otra parte, es sabido que los italianos, áun cuando tantos de su nacion asistian como súbditos de Felipe II á las guerras de Flándes, se inclinaban rara vez á juzgar con particular benignidad á los generales españoles. Conoció Bentivoglio personalmente al Conde muchos años más adelante, con él trató negocios de Estado poco despues de la llegada de este último á Milan, y al mencionarle en sus interesantes *Memorias*, traza el siguiente retrato, que parece fidedigno, entre otras razones, por lo templado de las tintas.

«Por aquella sazon estaba el Conde de Fuentes muy entrado en años, pero los llevaba con vigor y con salud floreciente.—Era de alta y bien dispuesta estatura, con rostro militar, no severo como quiera, sino hasta rígido. Preciábase de haber aprendido en la escuela del Duque de Alba, de tener análogas inclinaciones y de observar igual disciplina. Era el uno á semejanza del otro, más bien cauto que osado, con igual

and 321; London, 1867.) Aunque escrita con suma pasion, la obra del americano Lothrop Motley es una de las más importantes de cuantas hasta ahora se han publicado acerca de la revolucion y guerras de los Países-Bajos, y probablemente la que contiene más extensas noticias.—Es de lamentar que, á la animacion de su ameno estilo y á la riqueza de datos y documentos que consultó este autor, no hubiese reunido mayor serenidad é imparcialidad en los juicios. Inclínase siempre este escritor americano del lado de los holandeses.

altivez y fastuosidad; ambos demostraban soberano desden á cualquier gloria militar que con la suya quisiera entrar en comparaciones, y á cualquier potencia de Europa que osára ponerse en parangon con la del Rey de España. Mas por todos estilos, por vigilancia, por disciplina, por acierto en el consejo, por energía en el mando y por sus demas prendas militares, mostrábase al ménos digno émulo de tan gran capitan como fué el Duque de Alba, y merecedor de ser estimado por el primero de cuantos entónces tenía la monarquía española. Ni carecia tampoco de las calidades que más se necesitan cuando de las armas se ha de pasar á los negocios, y de la profesion militar al ministerio civil» (1).

Quien conozca la vida y acciones del Conde no podrá ménos de hallar gran semejanza en este imparcial retrato, y unidas las exterioridades y alardes de rigidez con la verdadera severidad en la milicia, con la costumbre de ponderar y presentar por modelo al Duque de Alba, y con la añadidura del parentesco, pues que en efecto eran cuñados (2), encontrará poco extraño que los de Flándes no aguardáran con impaciencia su llegada, sino ántes bien con susto, ó por lo ménos que le acogieran con desabrimiento. Tampoco parece extraño que el Duque de Parma mostrase muy

(1) *Memorie* ó *Vero Diario* del Cardenal Bentivoglio, cap. VI.

(2) Fueron ademas muchos los casamientos entre personas de ambas familias de Toledo y de Henriquez, y por lo tanto múltiples y complicados sus parentescos. Doña Catalina de Toledo y Pimentel, madre de nuestro Conde de Fuentes, era hija de D. García de Toledo, el que murió en los Gelves, y hermana, por consiguiente, del célebre Duque de Alba D. Fernando de Toledo.

pocas ganas de verle, por la ocasion en que llegaba, por las instrucciones que llevaba de Madrid (como el de Farnesio bien lo sabía), y por el parentesco que le unia con los Toledos, cuya familia era al de Parma muy adversa, y le hacia cruda guerra en el Consejo de Estado, muy principalmente el Prior D. Fernando, deudo tambien del Conde de Fuentes. Pero en cuanto á los pueblos en general, debieron ir bien pronto desapareciendo sus primeros recelos, pues que ningun daño se les seguia del teson que mostraba el recien llegado Conde con los que administraban fondos de la milicia, y al contrario, les resultaba gran beneficio de que la disciplina se restableciese y se pusiera coto á los motines y pecoreas de la soldadesca. Habian cambiado por completo las circunstancias desde los tiempos del duque de Alba. Es de creer que por su parte el Conde de Fuentes, al llegar á Flándes, viera las acciones del Príncipe de Parma á muy diferente luz que sus deudos del Consejo de Estado en Madrid, y en aquellos años siguientes no se advierten más señales de enemistad contra su persona dentro de las provincias obedientes, sino las que dieron el Duque de Arschot y otros magnates belgas cuando se hizo el Conde cargo del Gobierno despues de la muerte del Archiduque Ernesto; acerca de cuya animosidad se debe advertir que la misma hubieran mostrado contra cualquier otro gobernador, sobre todo no siendo de sangre real. Y por cierto, que de las calamidades que afligieron por aquel tiempo á los Estados obedientes, gran parte se debe atribuir á la inquietud, indecision y altanería de aquellos señores flamencos Croïs, D'Havré, Chimay, y particularmente del mencionado Duque de Arschot, que

nunca quisieron, ni decidirse por una causa ú otra, ni tampoco permanecer tranquilos, tan pronto sumisos como rebeldes contra la autoridad del Rey, y siempre ofuscados y ofendidos de cualquier superioridad, ya fuese la natural y notoria de Guillermo de Orange, ó ya la del Conde de Fuentes, no ménos perspicua, así por razon de oficio, como por las dotes personales.

Gobierno del Conde de Mansfelt y campaña de 1593.

Luégo que murió el Príncipe de Parma, abrió el Conde de Fuentes en presencia del Consejo de Estado de Bruselas ciertas órdenes secretas que llevaba para aquel caso, en las cuales mandaba el Rey que se encargase del Gobierno universal de los Países-Bajos el Conde Pedro Ernesto de Mansfelt, veterano de aquellas guerras, casi impedido por la edad, como que habia nacido en 1517 y asistido á la expedicion de Cárlos V á Africa, de manera que se acercaba á los ochenta años, y le gobernaba con imperio despótico su hijo el Conde Cárlos, tambien gran soldado, y, como su padre, enemigo jurado de Farnesio. Aunque pareció en los primeros dias habian tomado las cosas mejor forma de la que llevaban en los últimos del Príncipe, por las enfermedades de éste y por la resistencia que hallaba en muchos de los principales personajes de Bruselas, fortalecidos y alentados sin duda con los avisos que de Madrid les enviaban, no duró mucho esta bonanza, porque subsistia la dificultad principal, que era la de acudir con recursos escasos á múltiples atenciones, no siendo la menor de ellas la guerra que se habia de sostener en Francia cuando distaba mucho de haberse aplacado la que movian los holandeses. Creyóse que sería el Conde de Fuentes quien tuviese

á su cargo el ejército que habia de entrar por Picardía, mas bien pronto se supo que iba á su frente el Conde Cárlos de Mamfelt, á quien no aguardaban grandes victorias, sirviéndole de principal impedimento la escasez de dinero, y luégo la repeticion de los motines militares (1). Entre tanto el de Fuentes seguia en Bruselas, mejor enterado que los demas por sus instrucciones reservadas, de la voluntad del Gobierno, «con el (2) manejo y la superintendencia de todo», pero sin los medios adecuados para hacer frente á tantas necesidades y peligros, y así es que aquel año de 1593 fué uno de los ménos felices para los españoles en sus campañas de Flándes.

Gobierno del Archiduque Ernesto y campaña de 1594.

A principios del siguiente, de 1594, llegó á Bruselas el Archiduque Ernesto, nuevo gobernador de los Estados, á quien acompañaban risueñas esperanzas de que habian de tener término tantos males, y movido de los mejores deseos entabló tratos de paz, á que no dieron oidos los contrarios, más alentados aún que por aquella extemporánea negociacion, por las ventajas que habian obtenido en las campañas anteriores, sobre todo en la parte de Frisa y provincias septentrionales, por el desórden é indisciplina de los soldados con quienes habian de combatir, y por el giro que llevaban los negocios de Francia, cuyo rey, reconciliado con la Iglesia y con parte de los católicos, habia logrado que le obedeciesen algunos de los jefes

(1) Véase sobre los motines militares en Flándes una extensa nota al fin de este volúmen.

(2) V. Col: Guer. de los Est. bax.

principales de la liga, y que respetasen su autoridad gran parte de las provincias alteradas; de tal suerte, que el fuego levantado por Felipe II en aquel reino á tanta costa y con tan completo abandono de sus propios dominios, estaba á punto de apagarse, si con presteza no se acudia á sustentarlo. Esta fué la mira que se propusieron en los primeros meses de 1594 el Conde de Fuentes y los demas consejeros del Archiduque, naturalmente recelosos de que, desembarazado el de Bearne de domésticas discordias, llevase la guerra á las provincias fronterizas del Artois y del Hainaut con deseo de apartarla de su reino y de vengar sus agravios, con tanta más probabilidad como que gozaba crédito de buen soldado, y pasaba por cierto que desde Cambray, ciudad que acababa de poner á su devocion Balagni, tendria en sus manos las riendas de los Países-Bajos. Dióse, pues, órden al Conde Cárlos de que entrase por Francia, y lo hizo con tan reducido ejército, que no se componia sino de un tercio de españoles que contaba unos mil soldados, y de otros cinco mil en cuatro tercios de alemanes y valones, y sin más caballería que dos compañías de arcabuceros, si bien iban en su séquito gran número de señores, de oficiales reformados, de aventureros, y toda la gente moza y deseosa de honra que se hallaba en la córte del Archiduque. Pareció, sin embargo, era muy suficiente para la empresa, pues que el Rey de Francia, cuyas fuerzas eran aún inferiores, se retiró al verle llegar, levantando el sitio de la Ferté-Milon; pero luégo ocurrieron grandes novedades, sobre todo la de la entrada de Enrique IV en París, de donde hubieron de salir los españoles que sostenian la causa

de la liga, guiados por el Duque de Feria, D. Iñigo de Mendoza y D. Diego de Ibarra, sin duda poco satisfechos, pero no desalentados, como lo prueba el desenfado con que dijeron (1) al despedirse que celebraban haber contribuido con el fuego de las armas de Su Majestad Católica á iluminar la conciencia del Bearnes.

Despues de cierta pausa ocasionada por tan grave suceso, y de haber sido repartidos en sus respectivos tercios los soldados que volvieron de París, comenzó nuevamente la campaña hácia la frontera, y el conde Cárlos puso sitio á la Capelle con la gente que habia llevado á la Ferté-Milou, con la que habia vuelto de París y de otras guarniciones, con el tercio recien llegado de D. Agustin Mexía, con algunas compañías de arcabuceros montados, y ademas la caballería francesa con que acudieron los Duques de Mayenne, de Aumale y de Guisa y los Mariscales de Saint Paul y Rennes, sin que faltase la mencionada gente noble, moza y aventurera; de ella por cierto no fueron pocos los que perecieron por exceso de gallardía y falta de disciplina cuando se dió el primer asalto; pero al dia siguiente (en 9 de Mayo) se rindió la plaza, y el Rey de Francia, para tomar su desquite, decidió poner sitio á la de Laon (2). Tras de él, con designio de obli-

(1) «Y que alcanzado esto (que tuviese Francia Rey Católico), volvian todos muy contentos por haber conseguido un fin tan deseado por el Rey su señor y por toda la Cristiandad» (Colom., fól. 141).

(2) Ciudad que nuestros historiadores llaman Lan (hoy capital del departamento del Aisne), situada en la proximidad y al *Oeste* de la Picardía, sobre una altura de donde procedia su fortaleza. Véase entre los autores coetáneos, principalmente lo que dicen de Thou, Coloma y Herrera.

garle á que lo levantára, fueron los españoles, conducidos por Mansfelt y Mayenne, y como entónces contaba el Frances con fuerzas más numerosas, y habia fortificado su campo por la parte donde temia el socorro, no podian ménos de ocurrir recios encuentros.

Teatro de ellos habia de ser una selva (llamada por unos de Crepi (1), por otros de Saint-Gobain) que tenian á su espalda los sitiadores y que terminaba en una abierta llanura ántes de llegar á la Fere, plaza que habia pertenecido á la liga, recibido presidio de españoles, y venía á ser para éstos lo que hoy se llamaria base de operaciones. Sin embargo, detenidos ante el campo del de Bearne, y estrechados por la falta de vituallas, pues, segun cuentan las historias, «un pan como el puño valia cuatro reales, y un azumbre de vino un doblon de oro», trataron los españoles de proveerse primero por la parte de Rheims (al sudeste), que tambien estaba aún en manos de la liga, dando lugar á un combate con iguales pérdidas para ambos ejércitos, pero que hizo abandonar la esperanza de que el auxilio llegase de aquel lado; luégo por el de Soissons (al sudoeste), con mayor é inútil daño de los de la liga, y por último, de la parte de la Fére, por el bosque, intentándolo dos veces distintas los españoles (2), una vez al mando de Pedro de Ayvar, á quien valió ser diestro jinete para volver

(1) En el antiguo mapa de Picardía, de Mercator. De Saint Gobin la llama de Thou, y las cartas geográficas modernas *bosque de Saint-Gobain*.

(2) No habla Coloma de estos dos combates, en que por una y otra parte habia principalmente franceses; pero los refiere J. A. de

á la Fére, y de Jerónimo Dentici, que luégo estuvo preso, acusado de no haber hecho cuanto debiera. A la segunda fué el negocio más grave, porque la escolta no subia á ménos de mil doscientos infantes, y habiendo caido dentro del bosque y en medio del lodo donde se atascaban, en una emboscada dispuesta por el Rey y el Mariscal de Biron con tres mil infantes, aunque se defendieron, sobre todo los españoles, como leones, algunos pocos cayeron prisioneros, y los más quedaron muertos, de tal suerte que, segun un historiador verídico, sólo se salvaron trescientos escondidos entre la espesura de los árboles (1).

Famosa retirada de Laon. Ya no habia más recurso que el de la retirada para los siete mil españoles que habian intentado salvar á Laon, y entre varios consejos discordes preponderó el del maestre de campo D. Agustin Mexía, á quien correspondió en la ejecucion el puesto más peligroso, que fué el de la retaguardia, deteniendo con ella á la caballería francesa, miéntras, segun dictámen suyo, caminaba el ejército llevando consigo bagajes, impedimentos y artillería, primero al traves del bosque y luégo por la llanura, hasta llegar á la Fére. Atravesaron con fortuna durante la noche la vanguardia y el centro por lo más espeso y por entre los cadáveres del dia anterior, y por la mañana llegaban felizmente á salvo, hora en que á

Thou (lib. CXI), y éste en cambio, nada dice del primero de los socorros intentados por los españoles del lado de la Fére, que refiere Coloma, fól. 145.

(1) Es caso raro que en esta ocasion pondera más aún la pérdida Coloma que el historiador frances, y que éste sólo calcule en quinientos la de los vencidos.

la luz del sol habian de contener el choque de la caballería francesa los tres mil infantes españoles y napolitanos que iban con D. Agustin á la retaguardia. Con tal bizarría lo ejecutaron y con tan buen órden, en batallon cuadrado, con mangas de mosqueteros á los lados, marchando de una vez hasta trescientos pasos, y luégo deteniéndose con las picas caladas como para desafiar á los enemigos, que todos los jinetes de estos últimos, áun cuando pasaban de cuatro mil, despues de amenazar con várias cargas, no hicieron más efecto que ir acompañando por los costados á aquellos intrépidos infantes, inferiores en número, como si les diesen escolta hasta que llegáran á lugar seguro. Tal fué, en breves palabras, la retirada de Laon, que mencionó (1) D. Diego de Villalobos, lamentándose de no haber tenido espacio para referirla, y atribuyendo en ella justamente al maestre de campo Mexía el mayor mérito por la ejecucion y por el consejo. Rindióse la ciudad al Frances, y luégo de aquella parte otras como Amiens, Abbeville y Perona, renunciando á la liga, se declararon por Enrique IV. Del ejército español que se habia retirado á la frontera, primero se hizo cargo el Marqués de Rosne, alojándole hácia el Cambressis, y luégo tomó su mando D. Agustin Mexía, el Jenofonte de Laon, de quien acabamos de hablar. Era militar antiguo y acreditado, más famoso que nunca despues de aquella retirada, el cual empleó principalmente sus fuerzas en ocupar y devastar el territorio de Cambray, que era entre las ciudades que se declararon por el Bearnes,

(1) Véase el § XXVIII de los *Comentarios*.

la más temida, más cercana y más floreciente. Pasaron verano y otoño sin que ocurrieran por aquellas fronteras sucesos interesantes, y en el invierno, corriendo el mando á cargo del marqués de Varambon, comenzó el ejército á deshacerse. Así trascurrian los años, sin que la campaña de 1594 hubiese sido ni más activa que la del año anterior por aquel lado, ni ménos desfavorable en las provincias del Norte, donde habia dado remate á las aflicciones del abandonado y desoido Francisco Verdugo la pérdida de Groeninga (1).

A principios del siguiente (20 Febrero de 1595), murió el Archiduque gobernador de los Estados, Príncipe de sana intencion, de suave índole, de prendas morales poco adecuadas á las circunstancias en que habia sido llamado á empuñar las riendas del Gobierno, y con poquísima aptitud para la guerra, en razon á su falta de experiencia en ella, así como á la obesidad extrema que le tenía impedido para los trabajos y penalidades del campamento.—Habíase dejado guiar hasta entónces por los ministros, y ántes de morir declaró que era la voluntad del Rey le sucediese el Conde de Fuentes en el Gobierno, con no poca humillacion y repugnancia de los magnates de Bruselas, y en particular del Duque de Arschot, que despues de oponerse cuanto pudo, se ausentó de los Estados y fué á morir en Venecia.

Gobierno de Fuentes y campaña de 1595.

Desde este mismo punto arranca aproximadamente la narracion de Villalobos, y con el gobierno del Conde de Fuentes, que tomó en persona el mando del ejército,

(1) Véase la nota II (pág. 392 y sig.), al fin del tomo.

comienza una campaña mucho más aprovechada que las anteriores, y muy diferente en ardor, lucimiento y fortuna. Al autor toca ahora referir los sucesos; sólo habrá que corregir en las notas algun error ó confusion, y suplir la omision de las fechas de que fué causa la pérdida de sus papeles, como se explica en el prólogo. No será poco lo que ganen los lectores al encontrarse con una narracion animada y palpitante de los sitios y batallas como únicamente puede salir de la pluma de quien presenció los sucesos y tuvo parte principal en ellos, miéntras tanto que el crítico cumple, si atina con la verdad y disipa las oscuridades y dudas; pero á tres siglos de distancia, mal puede dar movimiento y calor á la escena y á los personajes, á no ser que con dotes especiales para ello se entre osadamente por los dominios de la fantasía.

Durante el año de 1595 y el Gobierno del Conde de Fuentes, se mostró la suerte tan propicia con los ejércitos españoles como esquiva habia sido en los anteriores. En los primeros meses pareció haber sido el designio de los contrarios impedir los refuerzos y auxilios que, por estarle casi cerrado el camino del mar, enviaba el rey de España á los Estados por la vía de Italia y de Borgoña, y para cerrarles el paso dispusieron una doble expedicion por un lado de franceses y por otro de holandeses, á la provincia de Luxemburgo, debiendo contribuir al mismo fin la ocupacion, por sorpresa, de la plaza de Huy, en el obispado de Lieja. Pero fustróse la última parte del proyecto, habiendo quedado por muy poco tiempo pueblo y castillo en poder de sus invasores, y no tuvieron mejor fortuna franceses y holandeses hácia la parte de Lu-

xemburgo, aunque comenzaron (al entrar el año de 1595) por hacerse dueños de varios lugares y fortalezas, y entre ellos de la Ferté; pero ya los desamparó su estrella cuando quiso el Conde Felipe de Nassau apoderarse de Montmedy, sin lograr otra cosa sino ver derrotada y perdida gran parte de su caballería. Salió luégo á su encuentro el coronel Francisco Verdugo, uno de los más ilustres entre nuestros veteranos de Flándes, con ejército que le habia mandado formar el Conde de Fuentes, y que se componia de unos seis mil infantes entre alemanes y valones, y la caballería de D. Ambrosio Landriano, que de lanzas y arcabuceros españoles y de otras compañías de italianos, albaneses y hombres de armas de los Estados, vendria á rennir como mil jinetes; con todas estas fuerzas fué á tomar posicion tan ventajosa, que obligó al Conde Felipe á abandonar la provincia, retirándose con la poca gente que le habia quedado, y entónces, pasando más adelante, fué Verdugo á poner sitio á la Ferté (1), que era, entre las plazas perdidas, la más importante. Sucedió con este motivo un caso notable, y fué que hicieron una salida los sitiados, de la que se siguió un encuentro reñidísimo, con mucha pérdida de una y otra parte, sin que pudiera decirse en el primer momento por quién quedó la victoria; pero al fin vino todo á parar en que Verdugo levantó el sitio; poco despues los enemigos abandonaron la plaza, y luégo las demas que habian ocupado. Pasando la frontera se metieron en Francia, y tras de ellos Verdugo entró por la Champagne y metió en tierra extraña la

(1) La Ferté sur Cher.

guerra con todos sus horrores y fierezas, hasta que le mandó el Conde de Fuentes se detuviese y enviára sus tropas á Picardía. Este fué el término de aquella breve expedicion, y á los pocos dias de su vuelta á Luxemburgo lo tuvieron tambien los de Francisco Verdugo á manos de una enfermedad de tercianas. Tan dolorosa para los españoles como pudiera serlo la de una provincia fué la falta de aquel caballero y capitan insigne. Quien desee tener noticias de su vida podrá hallarlas escritas de mano del más elocuente de sus compañeros de armas, en libro tan conocido, que por eso se excusa el copiarlas.

Hácia la parte de Picardía, desde el principio tuvo el Conde de Fuentes, como todo buen general ha de tener, un fin determinado y fijo, que fué el apoderarse de la rica, fuerte y afamada ciudad de Cambray, en cuyo propósito se descubre que aquella vez habia puesto Felipe II sus ejércitos en manos de quien sabía reunir á las prendas militares los talentos del hombre de Estado.—Convenia, en efecto, á todas luces, aquella empresa; en primer lugar, porque siendo Cambray ciudad fronteriza y de incierto dominio (1), así á Francia como al dueño de los Países-Bajos importaba sobremanera incluirla dentro de sus propias fronteras, tanto por su fortaleza como por el comercio y riqueza de sus habitantes y los de todo el territorio del Cambressy. En segundo lugar, porque el dia

(1) Acerca de la ciudad, del Príncipe de Balagny que la gobernaba y del sitio que le pusieron en 1595 los españoles, ademas de lo que dice Villalobos, véase la nota al § XXXIII, al fin del volúmen, pág. 433.

de las paces, acerca del cual ya se comenzaba á discurrir, si cada nacion guardaba sus propias ciudades y fronteras, como lo eran *ante bellum*, podia y debia quedar ésta, de dudoso dueño, en manos de su último poseedor, segun lo acreditó la experiencia al tiempo del tratado de Vervins. En tercer lugar, porque el injusto gobierno y la tiranía del versátil y jactancioso Balagni, en cuyas débiles manos estaba la rica ciudad, convidaban á sacarla de ellas con la ayuda de los mismos habitantes, á quienes tenian exasperados la avaricia y las vejaciones del gobernador, y que acabaron, en efecto, cuando les fué posible, por abrir sus puertas á los españoles. Gran ocasion era aquella, en efecto, de aprovechar la falta que cometia Enrique IV al sostener á Balagny con obstinacion y ceguedad que han condenado los mismos historiadores de su nacion, que suelen serle más favorables.

Mas el comenzar por lo que habia de ser término de la campaña fuera temeridad impropia de un discípulo del Duque de Alba, que se preciaba de arriesgar poco en la guerra y de adoptar los partidos más seguros y prudentes. En aquella ocasion lo era desalojar al enemigo de los puestos inmediatos, comenzando por el pueblo y fuerte de Catelet, como se logró con alguna dificultad y no sin gloria, en corto plazo, pues que habiendo el Conde salido de Bruselas á los 10 de Julio, ya era dueño del Burgo á los 18, y el 24 del castillo, y áun más breves habrian sido estos trámites si no se interpusiera el cuidado que le obligó á acudir inútilmente en defensa de Ham, cuyo lugar fué entregado á los franceses por el gobernador del Castillo. Ántes y despues del sitio de Catelet se arrimó Fuentes

con su ejército á Cambray, de donde no se apartaban sus ojos ni sus deseos, sólo con la mira de gastar los campos y acaso de hacer un reconocimiento; pero no habia llegado aún la oportunidad, y por el pronto no habia que pensar sino en tomar los puestos á fin de cercar á Durlans (Doullens), para cuyo propósito no mediaban cortas dificultades en presencia de enemigo tan cauto y vigilante como era el Duque de Nevers, pues que el rey de Francia se veia obligado á guerrear en Borgoña.—Logró el de Fuentes cercar la plaza con solos 6.000 infantes (1); fué despues tan afortunado como diestro en derrotar al Duque de Bouillon y al almirante de Villars, que intentaron meter socorro, y no ménos en lograr que Durlans fuera entrado por asalto al cabo de diez y seis dias de sitio (á los 31 de Julio). Aun se pasaron algunos en esperar refuerzos, y hasta los 14 de Agosto no se puso el Conde sobre Cambray, cuya conquista era su principal mira y habia de ser el término de la campaña. En el libro de Villalobos se encuentra la historia de este célebre sitio con sus episodios más interesantes. Otros historiadores (á quienes el autor de esta introduccion se refiere en las notas que ha añadido al texto (2) y van al fin del libro) describieron aún con mayor detenimiento diversas particularidades, todas ellas muy honrosas para los españoles, desde la fecha citada y desde que se comenzaron á ordenar los cuarteles, hasta el 2 de Octubre, en cuyo dia los ciudadanos de Cambray, más bien contentos que asustados al ver acercarse las

(1) 15 de Julio 1595.
(2) Véase la nota v al fin del tomo.

trincheras y estrecharse el sitio, acabaron por sacudir el yugo del que se llamaba su Príncipe, y para cambiar de dueño abrieron las puertas á los españoles. Siete dias despues se entregaba el castillo, y el fin de la campaña se habia logrado venturosamente. Por aquel tiempo se recibió noticia de haberse malogrado la empresa de Liéres, intentada por los holandeses; de manera que por todos lados se mostraba la fortuna propicia.

Ya quedan apuntadas las causas á que se han de atribuir, en parte, estos sucesos tan felices, y tan diferentes de otros de los años anteriores, aunque en gran manera debidos tambien á la superioridad militar del Conde de Fuentes. Era ménos estrecha, aunque no holgada, la situacion de la Hacienda en Flándes por aquel año, y con la ayuda de D. Jerónimo Valter Zapata (1) segun unos, con la de Estéban de Ibarra segun otros, se logró allegar medios ménos desproporcionados que otras veces á las atenciones de la guerra. —No es sólo Villalobos y Benavides (2), sino que tambien los demas historiadores de aquel período hablan con cierto asombro, y como de la más maravillosa novedad, de la costumbre que tenía el Conde de Fuentes de dar á sus soldados las pagas.—Lo primero que advierte uno de ellos al referir la salida de este último de Bruselas para el ejército (3), es «*que dió*

(1) Este Valter Zapata era cuñado de D. Diego de Villalobos y Benavides, autor de los *Comentarios*, donde no se omite ocasion alguna de elogiarle. (Véase el *Nobiliario de Lopez de Haro*, casa de Villalobos.)

(2) § XVII.

(3) COL. fol. 166.

ante todas cosas, dos pagas en general á toda la gente de guerra, y dejó hecho asiento en Bruselas para que cada treinta dias se diese otra paga. Y luégo añade el mismo, que á la puntualidad de Estéban deIbarra en ejecutarlo con cuidado y prudente solicitud, *se pueden atribuir gran parte de los buenos sucesos de este año.* Mucho valió tambien que de Madrid llegáran, á buena sazon para la campaña, letras por valor de un millon y cuatrocientos mil escudos, pues aunque en la córte de España estaban poco sobrados y solian mostrarse remisos y tardos, era en esta ocasion tanto lo que en sus cartas habia ponderado el archiduque Ernesto «la indignidad de tener tan cerca de su persona un grandísimo número de soldados amotinados», que al fin, para sacarle de lance tan desairado, le remitieron el dinero, que llegó despues de su muerte, pero con oportunidad para el lucimiento del Conde de Fuentes. Para que de viva voz expusiera la necesidad, habia sido enviado de Flándes á Madrid un sobrino de este último, de la familia y apellido de Pimentel, que empleó muchos meses en súplicas, instancias y diligencias ántes de que fuera su voz oida ó de que el Gobierno hallase los escudos que tanta falta hacian en los Países-Bajos, Ni se ha de creer que fueron los que llegaron tantos como eran menester si se habia de pagar á los amotinados para que se apaciguáran, y á los que todavía estaban sumisos para que no se alterasen. Pero habiendo de optar por el menor inconveniente, se resolvió que esperasen para más adelante los del motin de Tirlemont, cuyo remate habria absorbido por completo el millon y medio de escudos, y con ellos se acudió á la paga de los que entraron por Picardía. Los

amotinados de Tirlemont, que eran los mismos de Sichem, continuaron en aquel lugar, dándose por satisfechos con seguir cobrando las contribuciones que les estaban señaladas de los pueblos vecinos, y áun consintieron, con ciertas condiciones de independencia, en prestar algunos servicios como auxiliares; así es que los vemos acudir al socorro de Liéres y asistir al sitio de Cambray, si bien en cuartel aparte y como dueños de continuar ó de retirarse.

Conviene no apartar la memoria de la diferencia inmensa que média entre la organizacion de los Estados europeos en la era presente y la de aquellos tiempos á que se refiere nuestra relacion, no sólo en lo relativo á los adelantos de la ciencia en su aplicacion á la milicia, y al númerc de combatientes, que solia ser exiguo (sobre todo el de los españoles en Flándes), sino en todo cuanto atañe al mecanismo económico y militar de unos y otros Estados. No habia reino ni república en el siglo XVI (con ser aquella, como lo era ciertamente, una edad heroica) que dispusiese de recursos parecidos siquiera á los de algunas de las naciones de la Europa actual. Mas por fortuna, las flaqueza del órden económico, y en la forma y disciplina de la milicia se hallaban entónces recíprocamente compensadas. Así, por ejemplo, los ejércitos del Rey de Francia no contaban sino con una infantería en su mayor parte compuesta de gente extranjera y estipendiada, alemana ó suiza, y la caballería, que era su principal nervio y el fundamento de su orgullo, acudia, como en los tiempos feudales, llamada por el Rey, conducida por nobles caudillos y á costa de éstos, cuando se acercaba el dia de la batalla; pero al

siguiente, vencidos ó victoriosos, se retiraban todos á sus casas; y áun si el del combate se dilataba, era siempre muy difícil, á veces imposible, lograr que continuáran unidos bajo las banderas, renunciando á sus hogares por largo plazo.—Añádase que todavía andaba muy escaso de dinero por aquellos dias Enrique IV, aunque era opinion de muchos que jamas habia sido la Francia más rica, como lo probaban las sumas que se habian gastado, y ademas las que habian entrado de España para ganar las voluntades de los señores y pagar ejércitos; pero se respondia á estos argumentos que los gastos pasados suelen ser razon de no poderlos continuar en lo sucesivo; que el dinero español, como dice un historiador de aquellos sucesos, «se habia reducido á las bolsas de pocos» (1), que nunca habia sido el pueblo más miserable, y que si bien para las guerras defensivas la nobleza llevaba la caballería á su costa, en las ofensivas era muy distinto. Ademas habia que pagar una infantería numerosa, y asimismo, la artillería, cuyo gasto, aunque parezca extraño, se regulaba en más de la tercera parte del total del ejército (2).

Tambien conviene añadir, como explicacion más

(1) Antonio de Herrera, en su *Historia de los sucesos de Francia desde el año de* 1585, fól. 320 y siguientes. Es acaso esta una de las mejores de su autor, mucho más esmerada en método, estilo y noticias que la *general del mundo*, etc. En cuanto á los cálculos acerca de los recursos de Enrique IV, debian estar tomados de informes de los embajadores Féria, Tasis, Mendoza (D. Iñigo) é Ibarra, porque este autor solia beber en buenas fuentes, aunque algunas veces copiaba sus noticias de libros extranjeros.

(2) Herrera, *De los sucesos de Francia*, fól. 321 v.º

completa de aquellas campañas, aunque ya el autor lo advierte, que no era la Picardía en 1595 teatro único de la contienda entre franceses y españoles, y que ademas de pelear delante de los muros del Catelet, de Dorlans y de Cambray, tambien ardia la guerra en Borgoña, en Bretaña, en el Franco Condado y en Provenza.

Las guerras de Francia en 1595. Nadie podrá darse cuenta razonada de las guerras de Picardía si no tiene noticia de los sucesos que ocurrian al mismo tiempo en otras provincias. Todas estas campañas de Francia por ningun historiador moderno español han sido referidas sino muy breve é incompletamente, y quien desee conocerlas ha de recurrir á libros antiguos como los de Herrera, ó á otros extranjeros como el tan conocido de Dávila, y áun de franceses como A. de Thou, D'Aubigné, Sully, Cheverny, Palma Cayet y otros muchos que se excusa enumerar. El dia en que los españoles, cansados de pomposas y manoseadas declamaciones acerca de asuntos conocidos, quieran conocer la historia de su país en estos tan interesantes y decisivos períodos, no sólo en su conjunto y líneas principales, sino con todas sus particularidades y circunstancias, como hoy conocen la suya otras naciones, añadiendo al caudal de hechos que encierran los libros de los siglos XVI y XVII el que contienen una multitud de documentos encerrados hasta hace poco en los archivos, no será poco abundante la cosecha que reunan de hazañas y acciones gloriosas dignas de conmemoracion, y de faltas y desórdenes igualmente merecedoras de censura.

Reduciendo en esta parte á breves límites nuestra

relacion, convendrá advertir, ante todo, que en aquel período cambian de carácter estas guerras de Francia, pues que hasta entónces los partidarios de la liga guardaban el primer lugar, apareciendo como auxiliares suyos los españoles; pero desde aquel tiempo fueron éstos perdiendo amigos y aliados, y la contienda el carácter de civil para cobrar el de guerra de nacion á nacion, cuyo peso casi exclusivamente habia de recaer sobre los hombros del Rey de España. Queda dicho que gran número de ciudades entraron bajo la obediencia del de Francia, y en cuanto á magnates y amigos, sin necesidad de una larga lista de los de Brisac, de Vitry, de la Chatre, de Villars y otros muchos, baste recordar que el mismo Duque de Guisa, en otro tiempo pretendiente de la corona, aunque tibio, no habia sido de los últimos en reconocer á Enrique IV, que no habia de tardar Mayenne en seguir igual camino, y que hasta el mismo jefe de la familia, Duque de Lorena, renunció á la alianza con España. Bien es verdad que permanecieron fieles otros de la misma casa, como el Duque de Aumale, que con tanto aparato se despojó de la banda negra con lágrimas de plata de los Guisas, para tomar la roja de los españoles, y por otro lado el Duque de Epernon, que durante algun tiempo se puso del lado de éstos, abandonando al de Bearne. Fueron estos casos excepcionales y no tuvieron influencia en el curso general de los negocios.

Las guerras de 1595 en el Franco-Condado y Ducado de Borgoña.

Así es que ya no es á Nemours ni á ninguno de los caudillos de la liga á quien tiene que temer el Rey de Francia, sino al Condestable de Castilla, que por aquel tiempo desde Milan entró con un

ejército en Borgoña y aquella provincia francesa, así como la otra Borgoña española (el Franco-Condado), fueron durante algunos meses asiento principal de la guerra. — Al apartarse el Duque de Lorena de su alianza con Felipe II y con la liga, avenido ya con Enrique IV, despidió la gente que habia tenido á sueldo, y tomándola entónces al suyo el rey de Francia, se propuso emplearla en el Franco-Condado, siempre con la mira de cerrar la comunicacion de españoles entre Italia y Flándes (1). Al propio tiempo en la Borgoña francesa se habian apoderado los realistas, no sin trabajo, de Beona (Beaune), y de algunos otros lugares, á pesar de la resistencia del vacilante Duque de Mayenne, que áun no creia llegada la ocasion de cambiar de partido, y dentro de Dijon ardia la guerra, siendo dueños de la ciudad los amigos del Bearnes, y de su castillo y de otro inmediato el Vizconde de Tavannes y los de la Liga.—Tomó Enrique IV (á fines de Mayo) el camino de aquella provincia tan disputada, y en contrario sentido entró por Saboya en el Franco-Condado el condestable D. Juan Fernandez de Velasco, gobernador de Milan, á quien debia seguir un ejército de ocho mil infantes y dos mil caballos (2), en su mayor parte italianos; y despues de ganar á Versoul (en 2 de Mayo de 1595) y de otras menores

(1) El Franco-Condado, ó sea Condado de Borgoña, era provincia dependiente de España, pero que habia disfrutado hasta entónces los beneficios de la neutralidad.

(2) Gran parte de este ejército tardó, segun Herrera, en llegar de Saboya; y áun más el tercio levantado por D. Alfonso de Abalos, en Urbino, así como otros alemanes detenidos en Piamonte por la infanta doña Catalina, *Historia general*, tom. III, pág. 496.

f

empresas, reuniéndose con el Duque de Mayenne, que tendria como la cuarta parte de dichas fuerzas, entró por la frontera de Francia. Avistáronse ambos ejércitos cerca del rio Saone, en Fontaine-française, quedando el resultado tan dudoso que los enemigos abandonaron el campo de batalla al terminar la accion, y dueños de él los españoles durante la noche, luégo por la mañana hubieron de emprender su retirada hácia el Nordeste. En el combate habia expuesto su vida Enrique IV, con atrevimiento tan temerario como si fuera alférez de caballos, segun tenía de costumbre, y fué gran suerte suya que no mandáran aquel dia á los españoles más expertos capitanes, si acierta Herrera al achacarles que no se sacára mayor fruto de la jornada.

Nada estaba tan léjos del ánimo del Condestable al entrar por la Borgoña francesa, segun las noticias que le habian dado, como el imaginar que se habia de encontrar al paso con Enrique de Borbon, á quien supuso en camino de Picardía, hasta que cerca del Saona tropezó impensadamente con su vanguardia, y con ella sola fué el encuentro, lo que prueba que por su parte no estaban mucho mejor enterados los caudillos del ejército frances.

Esta campaña del Condestable ha sido referida por su apologista Fermin Lopez de Mendiçorroz, en el curioso libro que consagró á la memoria y alabanzas de su héroe, á quien compara con los de la antigüedad, y particularmente con Craso. Por qué razon con Craso en lugar de otro cualquier capitan antiguo, no lo dice, pero el célebre triunviro sale muy deslucido del parangon. Antes de llegar á este punto del com-

bate de Fontaine-française, el biógrafo se muestra muy enojado contra el mundo entero, no sólo contra Humena (Mayenne), sino contra el gobierno de Bruselas, y áun contra el mismo Conde de Fuentes (1), porque todos ellos habian informado al Condestable que el Bearnes iba sobre á Picardía de tal suerte que no se podria temer el dar con él en Borgoña. Mendiçorroz emprende luégo una narracion un tanto oscura y algo parcial, y al referir el empeñado encuentro, escoge él tambien su adversario y arremete contra el abogado Andrea Javini, autor, segun parece, de una *Historia de los Reyes de Navarra*, que tampoco habia andado corto en disponer y contar *ad libitum* los accidentes de esta batalla. Es lo cierto quedaron dueños del campo los españoles, si bien al dia siguiente se volvieron á Gray, sabiendo se aproximaba en gran número el enemigo, con cuya vanguardia habian peleado. Despues se extiende el autor hablando de las

(1) Pídele (Mayenne) socorra á Dijon, y á esta causa concurrió su celo con el Conde de Fuentes y ministros de S. M. en Flándes, que le respondieron haciéndole saber que la venida de Bordon era á Picardía.

Cuanto más próvidamente recelaba esta venida el Condestable, tanto más procuraron divertirle este cuidado de Flándes, acomodándose fácilmente á tener por ciertos los avisos, por lo bien que les estaba para sus empresas que entrase el Condestable en Francia por esta parte.

Lo uno y lo otro se verificó despues bastantemente: lo de Flándes por los efectos que se siguieron en Picardía al Conde de Fuentes, etc.

Véase Mendiçorroz, *Observaciones de la vida del condestable don Juan Fernandez de Velasco y cifra de sus dictámenes* (pág. 67. Vigeven, 1629).

tentativas de los franceses contra Gray y de cómo pasaron el Saona, en cuyo punto se aparta mucho de la relacion de Antonio de Herrera, y asimismo de los límites de la verosimilitud.

Retiróse el ejército español, aunque no vencido, y fué á pasar de nuevo el Saona; tras de él fueron los franceses y tambien atravesaron el rio (á 12 de Julio) sin hallar ordenada la resistencia que conviniera y hubiese sido muy fácil oponerles. Hubo nuevo encuentro, quedando rota la caballería del Condestable, aunque no sacó el contrario de esta victoria tan grandes ventajas como se temió en un principio. Ni una sola palabra se halla en el libro de Mendiçorroz por donde se venga en conocimiento de estos sucesos referidos por Herrera, por Dávila y otros historiadores. Concluyó, sin embargo, aquella campaña, como otras muchas de su tiempo, retirándose á Lombardía el Condestable, y tambien el rey Enrique por su lado, sin emprender nuevas hostilidades contra los estados de Borgoña, ya fuera por impedírselo la mediacion de los suizos aliados de los borgoñones, que lograron se restableciera la neutralidad de aquel Condado (1), ó bien porque el cuidado de la guerra le llamaba á otras provincias. Apartarle de la de Picardía fué acaso la única ventaja de aquella campaña, no muy lucida para el Condestable ni para las tropas italianas que le acompañaron, ni tampoco para los franceses, pero de triste recuerdo para aquel territorio ántes acostumbrado á las dulzuras de la paz. No logró Enrique de Borbon su principal objeto, que era cerrar el paso de Borgoña á los

(1) En convenio de 22 de Setiembre.

españoles, como tampoco habia conseguido quitarles el de Luxemburgo, pero consiguió no pocas ventajas en la Borgoña francesa, cuyas ciudades reconocieron su autoridad. Habiendo vuelto el Condestable á Milan, y rompiendo Mayenne, al fin de largos tratos, con el partido de la Liga (1), desde entónces recayó todo el peso de la guerra sobre el Duque de Saboya. Contra éste llevaba amargas quejas el Condestable, sentido de que todos le hubiesen abandonado, sin exceptuar á D. Pedro de Padilla, que le habia reemplazado en Milan, ni á los gobernadores de Flándes, á quienes, segun su opinion, incumbia amparar al Condado de Borgoña. Las tropas que habian estado bajo su mando pasaron luégo á los Países Bajos con el archiduque Alberto.

Guerras de los españoles en Bretaña. Era la Bretaña una de las provincias del reino de Francia más atormentadas por la guerra, y para sostenerla en defensa de la Liga habia enviado Felipe II á D. Juan del Águila, cuyas tropas llegaron alguna vez al número de 5.000 infantes, alojados y fortificados principalmente en el puerto que entónces se llamaba de Blavet (hoy Port Louis), donde era fácil conservar comunicaciones con España y recibir refuerzos (2). Jefe del partido

(1) A 23 de Setiembre del mismo año de 1595.

(2) «El Duque de Mercœur habia enviado á Madrid á un caballero de Bretaña llamado Lorenzo Journabont, y éste consiguió de Felipe II enviase cuatro mil hombres de su ejército á aquella provincia, bajo condicion de que se les habia de entregar el fuerte de Blavet, lugar muy reducido, pero cuyo puerto pasaba por excelente. Condújolos una armada compuesta de cuatro galeones y de diez y ocho naves. Al llegar se apoderaron del fuerte de Dombes sin dificultad.» (*Histoire du Duc de Mercœur* (Cologne, 1699), pág. 68 y 69.

de la Liga en aquellas comarcas de la Bretaña, del Poithou y de otros distritos era el Duque de Mercœur, á quien llaman Mercurio los historiadores españoles é italianos; era uno de los príncipes de la casa de Lorena, hermano de la mujer de Enrique III, y estaba casado con una princesa de la casa de Penthievre, cuya familia tenía derechos antiguos, ó al ménos pretensiones á la sucesion de Bretaña. De ellas y de su propia ambicion se dejaba más bien guiar Mercurio que de su aficion á la Liga, y mucho más que de su alianza con el rey de España, cuyo auxilio le era necesario para defenderse contra Enrique IV; pero de tal manera que para él los españoles, cuando no podia lograr que fuesen dócil instrumento de su ambicion, eran aliados incómodos y, hasta competidores peligrosos, pues que la infanta Isabel Clara Eugenia tenía tambien pretensiones á la Bretaña, donde no regía la ley sálica. Antes del tiempo de esta narracion habian intentado los españoles llevar á cabo un proyecto de mucha importancia, que era hacerse dueños de la rada de Brest, una de las más abrigadas y concurridas del Océano, y para lograrlo habian construido al extremo de uno de los arrecifes que, como alas, protegen aquel puerto, un fuerte al cual dieron el nombre de fuerte del Leon, segun A de Herrera (1). Antes de que le hubieran acabado de construir le fueron á poner sitio los realistas franceses con el mariscal d'Aumont y los ingleses de Norris; y bien hubiera valido la pena de socorrerle, como quiso que se hiciese don

(1) Pero de Thou dice que le llamaron de Crodon y Dávila. (Página 586 de la traduccion del P. Varen (le llama el fuerte de Croisil.)

Juan del Águila, pero nunca consintió en ello Mercœur, á quien parecia que con tener á Blavet ya eran sobrado poderosos los súbditos de Felipe II, de tal suerte que los franceses entraron por asalto y pasaron á cuchillo á los sitiados, que eran al principio cuatrocientos, y se habian defendido durante mes y medio heroicamente. De esta defensa hacen mayores elogios el mismo de Thou, y sobre todo Enrique Dávila, ambos contrarios, que el español Herrera, aunque coronista del Rey algo inclinado á beber en fuentes extranjeras cuando le faltaban otras noticias. Al gobernador del fuerte D. Tomas Pujades (1), á quien Herrera ni siquiera menciona, atribuye el chipriota Dávila gran parte en el heroismo de la defensa.

Despues de este asedio memorable no publican nuestras historias hecho alguno notable de los españoles en Bretaña. Entre aquellos promontorios, escollos é islas ejercia con fruto la piratería el frances Baron de Fontennelle, campeon de la Liga, y las rocas de granito de aquella céltica, caballeresca y poética provincia servian de teatro á un sinnúmero de combates, emboscadas, traiciones y otras aventuras de los más ilustres caballeros franceses de uno y otro bando. Miéntras tanto el Duque Mercurio empleaba su tiempo en

(1) Tommaso Prassedes le llama el original italiano de Dávila, y asimismo de Thou. Pero en la traduccion del P. Varen de las *Guerras civiles de Francia* intencionalmentese sustituyó á aquel nombre el de D. Tomas Pujades. En el libro de Herrera se dice que entraron en el fuerte para defenderle los capitanes Tomé de Paredes y Hernando de Aller, que murieron ántes del asalto. Entre estos apellidos de Paredes, Prassedes y Pujades habrán de dudar los lectores al rendir tributo á la memoria de aquel español valeroso.

vigilar á los españoles, objeto especial de su desconfianza; en ajustar treguas con el Rey de Francia y en violarlas; en enviar mensajeros á Madrid y Bruséla, y con promesas de alianza y fidelidad en preparar las ventajosas condiciones de su definitivo ajuste con el Bearnes. Por el mismo tiempo aquellos bizarros españoles, conducidos tan léjos de su patria con el triste designio de dar calor á la guerra civil, condenados á la inaccion, eran testigos de las más embrolladas y ménos hidalgas intrigas, que se prolongaron hasta el dia en que, despues de reconquistada Amiens, hizo Enrique IV su viaje á Bretaña, dió su edicto de *merced y perdon* en favor de Mercœur, y casó á César de Vendome, hijo suyo y de la famosa Gabrielle d'Estrées, con la hija de aquel inquieto duque, heredera de los Penthievre. No dice la historia si á estas bodas fué invitado alguno de aquellos españoles auxiliares de Mercœur, á cuyo valor se daba tan desacertado empleo. Consagróles muy breves líneas el coronista Herrera (1); luégo los olvida por completo, y sólo volvemos á saber de ellos lo que historiadores particulares nos cuentan, y es que á principios de 1598, cuando se hubo de proceder á la restitucion de Blavet, segun el convenio de Vervins, fué enviado para que la hiciese el capitan D. Juan Venegas, y fué menester que éste

(1) En la desordenada é incompleta parte última de su *Historia general*, casi nada habla Herrera de lo que pasaba en Bretaña á los españoles; solamente dice, refiriéndose al año de 1596: «El Duque de Mercœur todavía se sustentaba en Bretaña, y los españoles en Blavet.» Apénas los nombra despues sino para dar alguna breve y oscura noticia.

comenzase por apaciguar y apagar el motin de la infantería española, porque hasta aquellas rocas armoricanas se habia extendido la pestilencia de Flándes.

La guerra de 1595 en otras provincias. En las demas provincias de Francia el partido de la Liga continuaba procurando tener levantada su bandera, no sin gran trabajo y frecuentes desengaños, á pesar del auxilio que les prestaba Felipe II. Aun por algun tiempo continuó Marsella en poder del tribuno de la Liga, Cassaux, que estuvo á punto de entregarla á los españoles. Por la parte de la Provenza y del Delfinado movia la guerra el Duque de Saboya, yerno del Rey de España, y encontraba á su frente al mariscal de Les dignieres, que era terrible atleta. Pero fuera de Borgoña y de Bretaña, y aparte del auxilio que prestaban los gobernadores de Milan al Duque de Saboya, por ningun lado se habla ya de los españoles, cuyos principales esfuerzos se habian concentrado y habian de concentrarse más áun durante el año siguiente hácia el lado de Picardía.

Gobierno del archiduque Alberto. Ya por el tiempo de esta nueva campaña del año de 1596, corrian tanto el gobierno como los ejércitos á cargo del archiduque Alberto, que acababa de llegar á Flándes. Era hermano del príncipe Ernesto, su predecesor, é hijo del emperador Maximiliano (1), que estuvo ca-

(1) El emperador Maximiliano II habia tenido, entre otros que murieron en temprana edad, cinco hijos varones: Rodulfo, que le sucedió en el imperio; Ernesto, de quien ya se ha hablado; Mathias, el que quiso ser dueño de los Países Bajos contra la voluntad de Felipe II, y luégo fué emperador; Maximiliano, que aspiró al reino de

sado con María, hija de Cárlos V. De los diferentes archiduques hijos de esta emperatriz, que vinieron á Madrid, fué este Alberto el sobrino predilecto á quien Felipe II confió el gobierno de Portugal, y á quien hubiera conservado gustoso cerca de su persona para que le ayudára en el despacho de los negocios, cuando por sus enfermedades estuvo impedido de despacharlos con la asiduidad acostumbrada; pero se vió necesitado de emplear los servicios de este príncipe en Flándes. Era, en efecto, de todos sus hermanos el que más procuró amoldarse al estilo y costumbres del Rey de España, aunque con mayor blandura y disposicion para templar su política, segun lo requerian las circunstancias.

Debia de ser este archiduque, como destinado en su primera edad á la Iglesia, extraño al ejercicio de las armas, y no causa maravilla que atribuyan los autores extranjeros gran parte del mérito de sus primeras empresas al célebre de Rôsnes (Mos de Rona), de quien várias veces habla con elogio Villalobos, y que sin duda alguna influyó con sus consejos en la adopcion y ejecucion de ciertas empresas, segun lo confirman los escritores españoles al hablar de los sitios de Calais y de Ardres. Lo que no parece justo al hablar de la campaña del Conde de Fuentes, pudo serlo dentro de ciertos límites con respecto á las primeras operacio-

Polonia; y Alberto, que nació en 1559, fué cardenal de Toledo y Gobernador de Portugal, casó con la hija de Felipe II, y murió en 1621. Fué su madre María, hija mayor del emperador Cárlos V. De las hermanas de Alberto, Ana casó con Felipe II, Isabel con Cárlos IX de Francia, y Margarita vino á España y murió en un convento.

nes militares del que todavía era arzobispo de Toledo; pero del buen suceso de estas mismas á la intrepidez de la infantería española corresponde la principal parte.

La campaña de 1596 en Picardía y en Brabante.

No hubo acierto seguramente ni en 1595 ni ménos en 1596 en llevar el ejército á Picardía y al condado de Guines dejando abandonadas las provincias de los Países Bajos, que tan gran empeño habia en conservar, miéntras tanto que los holandeses enviaban sus naves y sus soldados, en union con los ingleses, al asalto y saqueo de Cádiz. Pero en esta parte no alcanza culpa á los gobernantes de Bruselas, pues que no podian desobedecer las órdenes que de Madrid les remitian, y admitiendo que fuera oportuno enviar el ejército á Francia y procurar que Enrique IV levantase el sitio de la Fére, en cuyas líneas no era prudente acometerle, ninguna empresa podia ser más oportuna que la de Calais, por la proximidad de aquel puerto, por la buena ocasion que brindaba la descuidada impericia de su gobernador, y porque al asestar las armas contra aquel blanco se procuraba herir en el corazon á tres enemigos al propio tiempo, Francia, Inglaterra y la Holanda; á la primera por lo que perdia, y á las otras por quedar aventuradas su navegacion y sus costas. Con todo eso no fué posible salvar la plaza de la Fére, que hubo de entregarse al Rey de Francia, pero tuvieron feliz término, como el de Calais, los sitios de otras plazas, entre las cuales la de Ardres era la más importante, y acerca de todos ellos se ha considerado oportuno añadir en las notas, al fin del volúmen, algunas aclaraciones á lo que dice el autor en su texto. Fué gran falta con todo eso no emplear, den-

tro de la propia casa y para su defensa, los recursos que con sumo trabajo habia podido juntar el Gobierno de Madrid. Para la campaña de 1596 fué á reforzar el ejército de Flándes, el que habia llevado el Condestable un año ántes á las dos Borgoñas (1), si bien es cierto que llegó muy disminuido, entre otras causas probables, por haber caminado durante el rigor del invierno, y muy arrimado á la parte del Norte ó sea de Alemania, para apartarse de Francia como de nacion enemiga; siendo muy de notar que desde la salida de Borgoña hasta llegar á Luxemburgo, es decir, sólo al atravesar la Lorena, se perdiesen dos mil infantes (2) sin que hubiese accion alguna de guerra, y de tal suerte que de cincuenta y seis banderas de españoles quedaron en pié sólo doce, y ademas, de doce estandartes de caballos sólo cuatro, y esos poco nu-

(1) Con salir de Borgoña pasados de seis mil infantes, la mayor parte españoles... entraron en el país de Luxemburg poco más de cuatro mil. COL., lib. IX, pág. 205.

(2) Los lugares que hemos podido hallar indicados en este itinerario del archiduque Alberto son Gray (en el antiguo Condado de Borgoña ó Franco-Condado, y hoy en la Haute Saone de Francia): tomaron luégo hácia la parte de Nancy (en la Lorena antigua, despues Francia): desde allí continuaron por la derecha del rio Mosselle y hubieron de pasar por cerca de Metz, pues los de aquella guarnicion inquietaban á los desmandados del ejército del Archiduque, siguiendo siempre por la derecha del rio hasta irlo á pasar en un punto que nuestros escritores llaman Sirich, y que era probablemente el indicado en los mapas modernos con el nombre de Sierck, al Norte de Thionville. Una vez pasado el rio, se hallaban dentro de los estados del Rey de España, en la provincia y muy cerca de la ciudad del Luxemburgo, donde se detuvo el Archiduque, y donde murió el Duque de Pastrana. He querido marcar este itinera-

merosos. Tambien se hizo en Madrid lo posible para proveer al Archiduque de dinero con que pudiese pagar deudas atrasadas y atender á las obligaciones corrientes, y uno de los principales cabos españoles que fueron gobernando la escolta de dicho personaje asegura, como testigo, que llevaba consigo sobre millon y medio en dinero (1). De esta suma se hubo de consagrar cantidad crecida á pagar deudas atrasadas, principalmente los motines, y el resto duró bien poco, como se verá más adelante. Terminada gloriosamente la campaña del país de Guines y dotadas de suficientes presidios aquellas plazas, volvió el Archiduque á Flándes con resolucion de dar al resto de sus fuerzas, no empleo más glorioso y brillante, pues que harto lo habia sido en Francia, pero sí más útil para sus estados, con sacar del poder de los holandeses alguno de los

rio en lo posible, por lo que interesa conocer el camino que seguian nuestros ejércitos desde Italia á Flándes, y ademas por lo singular que parece se perdiese en el invierno de 1395-96 la tercera parte de la infantería en la pacífica travesía de unas veinte y cinco leguas (desde que salieron del Franco-Condado hasta llegar al Luxemburgo), sin más hostilidad que la de unos cuantos *fraibutes* ó salteadores de la guarnicion de Metz, y sólo por el rigor del clima. Ni áun se juzgó fuese caso extraordinario, pues Coloma observa que se habia de seguir el mismo inconveniente siempre que se pasára gente á Flándes en el rigor del invierno. Gran perjuicio era para la monarquía española el hallarse separadas sus provincias por territorio enemigo ó neutral de varios príncipes, y es de notar que muy al principio de la jornada hallaron tropiezos los españoles desde que llegaron á las fronteras del Piamonte, cuyo duque Cárlos Manuel era yerno de Felipe II y aliado suyo.

(1) Millon y medio de ducados de aquel tiempo equivalen, como valor intrínseco, á diez y medio millones de pesetas aproximadamente, y prescindiendo del valor relativo.

lugares fortificados que poseian en el Brabante ó en Flándes, y al fin se decidió á sitiar á Hults, que entónces era plaza de gran incomodidad para Bruselas, de cuya córte sólo dista nueve leguas. Aunque murió en una barquilla, á la entrada de las trincheras, el tantas veces citado Mos de Rona, durante el cerco, tuvo feliz terminacion este último, sin que pudieran acudir á tiempo ni dar socorro á Hults los holandeses, que en aquellos dias contaban con flacas fuerzas; buena fortuna fué ésta, así como demostracion completa de que las del Rey de España hubieran podido emplearse con mejor fruto durante la primera parte del verano en reparar las pérdidas que ántes tuvieran en los años de 1592 á 1594, sobre todo hácia la parte septentrional de los estados en Gueldres, Overysel y Frisa, donde áun les aguardaban otros reveses. Terminó el año con correrías de la caballería francesa por el país de Artois y de la holandesa por el de Brabante, con escaramuzas y encuentros que alguna vez fueron desgraciados.

La campaña de 1597. Amiens. Ya entónces se habia trocado la fortuna durante dos años propicia, y el de 1597 comenzó con un notable desastre, que fué el de Tornaute (Turnout), tanto más doloroso como que en aquel período nuestras campañas de Flándes solian estar reducidas á sitios, y eran raros los encuentros ó combates como éste en que quedó vencedor el príncipe Mauricio. Pasaba éste último, discípulo del matemático famoso Simon Stevinus, por gran maestro en materia de asedios de plazas, y preferia el empleo de la zapa y pala al de la caballería, arma muy del agrado de los franceses, y de la que acostumbró hacer

gran uso Enrique IV para decidir las contiendas brevemente en campo raso, sin duda porque á este empleo se prestaban mejor las llanuras de Francia que el suelo de Holanda ó de Frisa, cortado por canales y diques; pero ademas tenía gran parte en las preferencias el sistema personal y la aptitud deferente de ambos príncipes, y el de Mauricio de Nassau encontró mayor número de imitadores en el siguiente siglo, por razones que tambien dependieron de la organizacion de los estados y de sus ejércitos. Como quiera que fuese, parecia que el reves de Turnhout hubiera debido retener á los españoles en su propia casa, cuando un suceso inesperado los obligó de nuevo á empeñarse con más cuidado que nunca en la guerra de Picardía. Fué este suceso la sorpresa de Amiens, motivo de sumo júbilo para los españoles, de consternacion para sus enemigos y de glorioso renombre para sus autores y ejecutores, á quienes no sería justo imputar ulteriores consecuencias (1).

A ellos sólo corresponde la gloria de la empresa.

(1) Ha parecido oportuno para mayor esclarecimiento y comprobacion de cuanto refiere Villalobos, publicar la relacion de este notabilísimo suceso que envió al Rey D. Felipe II el Archiduque con carta de 14 de Marzo de 1597. Lleva el número I de los apéndices á esta *introduccion*, y su original se halla en el archivo de Simáncas. (Estado, legajo 613, fólios 44 y 45.)





III

SUMARIO

La sorpresa de Amiens.—Ponen sitio á Amiens los franceses.—Preparativos del socorro. — Dificultades. — Diversidad de planes.—Marcha del ejército.—Reconocimiento frustrado.—Llega el Archiduque á Long-pré y vuelve á retirarse. — Capitulacion de Amiens. — Guerra en los Países-Bajos. — Murmuraciones en España. — Relacion de Cabrera. — Correspondencia de Enrique IV. —Juicio. — Correspondencia del Archiduque. — Paz de Vervins. —Situacion de los negocios al morir Felipe II.

El socorro de Amiens. La sorpresa de Amiens, ejecutada en 1597 por Hernan Tello Portocarrero, y en que cupo tan principal parte á Francisco del Arco, llamado el sargento de las nueces, fué una de las hazañas que más acreditan la destreza é intrepidez de los soldados españoles que militaban en Flándes y en Picardía. Al defender la plaza que habian ganado, contra los franceses que acudieron luego á sitiarla, mostraron asimismo tales dotes de sufrimiento, de vigor y de perseverancia, que bien puede decirse rayaron en los extremos límites de la humana energía. Lo que ahora cumple referir son las circunstancias desgraciadas y los lamentables errores de donde provino que aquella gloriosa empresa se malograse.

El socorro. Habia comenzado el sitio poco despues de tomar los españoles la ciudad por sorpresa, y aunque la defendian éstos bizarramente por más tiempo del acostumbrado y con más obstinacion de la que las leyes de la guerra exigen, habiendo el rey de Francia empleado todas las fuerzas de su reino para recobrarla, el éxito no podia ser dudoso, á ménos de que acudiera á la defensa el ejército español, como lo esperaban y pedian los sitiados. Desde muy temprano habia el Archiduque comenzado los preparativos del socorro; y si hubo tardanza, fué por faltar los recursos precisos, habiendo necesidad de alistar nuevos regimientos de alemanes, de rehacer la caballería y de llevar tropas de Italia, donde tenía levantados cuatro mil hombres D. Alfonso Dávalos. Para todo esto, para otras atenciones y gastos y áun para levantar walones, «gente más á mano y barata», era menester dinero ó crédito, y ambas cosas faltaban con mucha pena del Archiduque «al ver la mala sazon» en que se *habia hecho el Decreto* (1) contra los hombres de negocios, de tal suerte, que los aprestos se fueron retardando mucho más de lo que la ocasion requeria y el gobernador Hernan Tello reclamaba (2).

(1) En una nota mia al fin del tomo se explica lo que fué el llamado *Decreto*. Baste decir aquí que fué la última y más desastrosa de las cuatro bancarrotas del tiempo de Felipe II.

(2) En los libros franceses de aquel tiempo, y muy particularmente en las llamadas *Memoires de la Ligue* (que forman seis tomos voluminosos de nuestro in folio), fueron publicadas unas cartas que se supone haber sido enviadas por el gobernador de Amiens Hernan Tello al Archiduque é interceptadas por los sitiadores. No estoy tan cierto como parece que estaban los historiadores franceses de la autenticidad

Segun se infiere de los documentos oficiales de aquel período, las principales causas de la tardanza procedian: 1.° De la dificultad de que llegáran los refuerzos necesarios por tierra desde Italia á Flándes, los cuales habian de atravesar por territorios de príncipes extranjeros, como eran los duques de Saboya y de Lorena, y por otros en cierto modo neutrales, como el Franco-Condado, ántes de llegar al Luxemburgo. Aun para atravesar por el primero de los países citados, se habia tropezado con ciertos obstáculos en aquella ocasion, á pesar de la alianza y deudo que unia con Felipe II á su yerno Cárlos Manuel de Saboya (1). 2.° De la falta que se notaba en Flándes, *sobre todo de soldados españoles*, desoidas las repetidas representaciones del Archiduque, que no cesaba de pedir se le enviára de ellos el número indispensable para *rebenchir los tercios* (2). 3.° De la escasez de dinero, pues habia

de estos documentos. Pero en todo caso la sustancia de ellos es cierta, y no debieran ser menores los encarecimientos é instancias de los sitiados al pedir el socorro.

(1) «Despues de escribir á V. M... sobre la venida del tercio de infantería italiana, y dificultades que se ofrecieron á su tránsito por los Estados del duque de Saboya, *en cuya frontera quedaba detenido*, he recibido carta del condestable de Castilla de 14 de Octubre, en que me avisa como habiendo hecho con el Duque nuevas instancias para que viniese en dejar libre el paso para el dicho tercio, le ha reducido á ello, y que así ha dado las órdenes...» Carta del archiduque Alberto al Rey, de Bruselas, á 29 de Junio de 1597.—Arch. de Sim. Estado, legajo 613, f. 94.

(2) «Segun se halla este ejército muy falto y necesitado de ella (de gente), y particularmente sin españoles, segun tantas veces he representado á V. M.»

En otra carta anterior decia el Archiduque, hablando de la gente napolitana del tercio de Dávalos:

llegado á tal punto, segun dicho príncipe, que se vivia *como de milagro*, con riesgo de perderse todo *por causa de aquella necesidad* (1). El primero de dichos inconvenientes demuestra cuán ocasionada á peligros era la separacion de los diversos miembros ó provincias de que se componia la monarquía española. Los otros dos acreditan que las empresas no guardaban la debida proporcion con las fuerzas, y sólo á costa de gran trabajo y de no poco tiempo se logró superar tantas dificultades.

Cuando entró en Bruselas de vuelta de sus embaja-

«Segun me escriben, es bien numeroso, que para la necesidad que aquí hay de gente, aunque sea nueva, servirá de hacer cuerpo; pero faltan los españoles, que es el nervio principal de quien se saca todo el servicio... Sin ellos no se puede hacer cosa fundada ni emprender ninguna que sea de consideracion.»

Carta del Archiduque al Rey, de Bruselas, á 26 de Junio de 1597. Simáncas, Estado, legajo 614, p. 3.

(1) «Y porque la falta de dinero, que va creciendo cada dia, llega á tal extremo, que se deja considerar, aunque confio que estando V. M. advertido de todo lo que en esto le tengo representado, y viendo el peligroso estado en que se halla lo de aquí, tan á riesgo de perderse por causa de esta necesidad en que me veo tan aislado y con harto desasosiego, habrá mandado V. M. acudir con el remedio necesario, dando tales órdenes que venga por una y otra via con toda la brevedad, como soy el que más cerca toca con la mano lo que en esto va y veo lo que en ello se aventura, no puedo dejar de replicallo á V. M. muchas veces, mayormente tardando tanto el remedio que se espera, ya que rehuso de ponderar en alguna manera *el miserable estado en que las cosas están en el dia de hoy, y en el que temo vendrán á dar si se dilatase, y Dios no las mantiene como agora de milagro, etc...*»

En la carta ántes citada del Archiduque al Rey, de 19 de Junio de 1597. Simáncas, leg. 113, f. 94.

das de Alemania y Polonia el almirante (1) de Aragon, recien nombrado por el Rey general de la caballería ligera, llevó la nueva de que habian llegado á Luxemburgo los 4.000 italianos de D. Alonso Dávalos, y de que iban marchando para Fálndes los nuevos regimientos de alemanes. Pero á pesar de la diligencia que puso el príncipe Alberto en buscar dinero luchando con los impedimentos del *Decreto*, «no fué posible dar las órdenes para que saliese la gente de sus alojamientos hasta 9 de Agosto, ni el mismo Archiduque pudo dejar á Bruselas hasta los 22 del mismo mes», siendo de advertir que la necesidad habia sido conocida desde el mes de Marzo, es decir, cinco meses ántes. Mas no por eso caminó desde entónces con mayor celeridad aquel ejército, cuya composicion era la siguiente (2): contábanse en él más de 6.000 alemanes, de los cuales formaban parte tres nuevos regimientos; los italianos que llevaba D. Alfonso Dávalos pasaban de 3.000; 7.000 eran los irlandeses, walones y borgoñeses, y como 4.000 los españoles. La caballería ligera llegaba á 2.000 jinetes y á 1.500 *los hombres de armas*, que era como llamaban tambien á las *bandas de Flándes*, gente del país levantada y pagada por los Estados de Bruselas. Llegó el ejército á Douay á los 25, donde se reunió una especie de consejo de guerra, se platicó sobre la manera más conveniente de hacer el socorro, y se adoptó el ménos oportuno y seguro de

(1) Véase acerca del almirante de Aragon una nota al fin del volúmen.

(2) Segun el contador Carnero, constaba de 18.000 infantes y 3.000 caballos. *Guer. civ. de Fl.*, pág. 413.

todos. Al parecer, no comenzaron en Douay los errores, pues mucho ántes de salir de Bruselas debió pensar el Archiduque si le convenia abandonar los dominios del Rey á las correrías y acometidas de los holandeses, para ir á aventurar su ejército, y con el ejército las provincias áun sumisas, á la suerte de las batallas, dentro de reino extraño.

No era posible que semejantes reflexiones dejáran de asaltar el ánimo del gobernador de Flándes y de sus consejeros; y así es que el mismo Archiduque, ántes de salir de Bruselas, dió cuenta al Rey de que habia sido para él asunto de gran cuidado y particular consideracion el abandonar los Estados con sus tropas, precisamente en los dias en que le habia llegado noticia de cómo los rebeldes, poniendo en ejecucion sus designios contra Frisa ó Gueldres, en 10 de Agosto habian dado sobre Rimberck poniéndole sitio (1). Pero aunque habian mediado diferentes juicios, bien mirado lo que importaba lo uno y lo otro, se habia tenido por más conveniente lo de socorrer á Amiens (2). Todo lo que se habia podido hacer fué enviar 3.000 hombres y 800 caballos al conde Herman Van-den-berg, para que reuniendo aquellos refuerzos con la demas gente que se pudiera concentrar hácia el Norte, aunque se temia *habia de ser bien poca*, tratára de oponerse á los designios del enemigo (3). Añadia la carta que «*se conocia la dificultad que en ello habria, y cuán mal podria*

(1) Carta del archiduque Alberto al Rey, de Bruselas, á 16 de Agosto de 1596. Simáncas, Est. leg. 614, f. 33.

(2) Véase la misma carta del Archiduque al Rey.

(3) Ibidem.

el Conde con tan pocas fuerzas resistir las del enemigo. Pero no se podia *hacer más humanamente*, habiendo de acudir á *lo principal*» (1). Lo que parecia serlo era lo de Francia, cuyas guerras daban lugar á tales consecuencias. Pero como quiera que fuese, adoptada la resolucion, importaba sobre manera la celeridad, y no ménos la prudencia para volver cuanto ántes al cuidado de la casa propia, siendo así que se emprendia la expedicion «*con poco recado para ir á campear y echar al enemigo de donde estaba fortificado*» (2), como lo repetia á cada paso el príncipe Alberto, aludiendo á la escasez de dinero y de soldados para acudir á lo de Picardía y á las provincias septentrionales á un propio tiempo.

Si ocurrieron todos estos reparos no se hizo de ellos el debido aprecio cuando era oportuno y cuando todavía era sazon de pensar en Rimberck y de excusar la expedicion á Francia, el gasto y los inconvenientes que resultaron de ella, como se dirá á su tiempo. Pero con ocurrir cuando ya estaban la resolucion adoptada, el mal hecho y el ejército en marcha, no se logró sino aumentar el daño, aflojando en el vigor y en la firmeza que requerian tales designios. Quedó abandonado el de ir contra San Quintin ó Perona para divertir del suyo á los sitiadores, como se habia hecho cuando se puso cerco y se ganó á Calais, aunque sin salvar á la Fére por aquel medio. Faltaba resolver, pues se habia de ir á Amiens, si convendria seguir el consejo de los sitiados, que consistia en hacer el socorro por donde era

(1) Véase la carta del Archiduque al Rey.
(2) Ibid.

más fácil, es decir, rio arriba por el lado de Caumont y Corvie, dejando al rey de Francia libertad de retirarse por la otra parte de Long-pré donde tenía puente preparado al efecto, ó al ménos de continuar encerrado en sus trincheras permitiendo que entrára el socorro sin empeñar la batalla. Si el Archiduque y sus consejeros, animados de un ardor bélico irresistible, estuvieran resueltos á provocarla y sostenerla á todo trance forzando al rey de Francia en sus líneas, semejante idea de los sitiados podia parecer pusilánime, y convenia adoptar el camino por Abbeville y Long-pré como partido más valeroso y heroico. En diferente caso, si lo que se deseaba no era empeñar el combate, para introducir el socorro con seguridad procedia seguir el parecer de los de Amiens y llegar por la parte de Caumont.

En los consejos del Archiduque preponderó otro dictámen diferente, que no hubiera sido ciertamente ni el del Duque de Alba, ni el de Alejandro Farnesio, ni el de Mos de Rona, si vivieran, ni tampoco el del Conde de Fuentes, pero fué, segun parece, el sostenido por D. Gaston de Espinola y D. Alonso de Mendoza. No resulta que estos cabos y los que siguieron su opinion anheláran se diese la batalla contra enemigos atrincherados, aventurando en ella la suerte del ejército y de las provincias obedientes: ántes bien esperaban y se prometian que al presentarse el Archiduque se resolviera el Rey de Francia á levantar su campamento y abandonar el sitio, como se habia logrado lo hiciese en París y Ruan en tiempos del Duque de Parma. Para lograr este deseo discurrieron que era el mejor medio acreditar con el mismo camino que escogian tal ímpe-

tu guerrero y tal resolucion fiera de pelear, que ante demostracion tan expresiva de su arrojado propósito, se llenára de pavor el Rey de Francia y á toda costa se decidiese á levantar el cerco (1). Era este uno de aquellos planes alambicados que cautivan muchas veces los ánimos, por lo mismo que son inesperados, que se apartan de las vías trilladas y tienen exterior apariencia de sagacidad y sutileza. Pecan, sin embargo, por el extremo opuesto, como si los autores de ellos ignorasen que nada es tan difícil como prever lo que en circunstancias dadas imagináran los contrarios, pudiendo suceder, ó que adivinen el secreto, ó bien que á

(1) Conviene advertir que en la relacion que envió el Archiduque al Rey (con carta fecha en Arras á 24 de Octubre. Doc. de Sim.), refiriendo toda la jornada del socorro, se alegó ya otra razon para no haber preferido el camino de Abbeville, y fué que por allí «no habia ningun género de forraje para entretener la caballería.» Despues del mal éxito no era ya ocasion de confesar los complicados cálculos que influyeron en el consejo, y fueron los que refiere un testigo presencial de tanta autoridad como D. Cárlos Coloma, que gobernaba uno de los cuerpos de ejército. Herrera nada dice acerca de esta materia, y al hablar del *Consejo*, se reduce á poner en boca del Almirante un discurso tan hueco y jactancioso como poco importante ni auténtico.

Carnero dice que el Archiduque tomó otro camino ménos corto, con preferencia al de Corvie, por donde faltaba el forraje. Sin duda habia leido el despacho del Archiduque. Pero la relacion de Coloma, escrita con el acento de la verdad, con conocimiento de las anteriores por haber sido la última que vió la luz pública, por testigo imparcial y áun muy agradecido y ligado al Archiduque, es la que mejor explica la resolucion y el suceso. Es verdad que la caballería era muy numerosa, aunque no llegaba á los cinco mil hombres que dice Herrera; pero en ningun caso habia de detenerse en aquel país que sólo atravesaba de paso, y el consejo de los sitiados que conocian la tierra era muy digno de ser tenido en cuenta.

ellos tambien les ocurran partidos singulares é imprevistos. En esta ocasion se hallaba el rey Enrique muy persuadido á su vez de que el Archiduque no se atreveria á dejar los Estados á merced de los holandeses, de que en el caso de que llegára á penetrar en Francia, no querria aventurar su ejército, y de que todo pararia en vanas demostraciones, á pesar de cuya creencia tuvo el acierto de convocar todas sus huestes y de reunir todas sus fuerzas al frente de Amiens, propósito más difícil de lo que á primera vista parece, pues que en aquel tiempo las tropas de los reyes de Francia, compuestas en su mayor parte de caballería, conducidas por los señores y magnates, y congregadas con gran trabajo por breve período, no tardaban luégo en desbandarse á la manera como se derrite la nieve. Inclinábanse, sin embargo, los franceses á suponer que no habria batalla, en vista de hallarse muy adelantados los tratos de paz, que el general de franciscanos fray Francisco Caltagirola habia tomado á su cargo y tenía en muy buen punto, con cuyo propósito unas veces asistia al cuartel de Enrique IV y otras á la córte del Archiduque Alberto. En semejante disposicion de los ánimos por una y otra parte, la suerte sólo podia resolver con accidentes imprevistos si de tales cálculos habian de resultar vanos alardes, ó bien habian de parar en contienda trágica y sangrienta.

Aun despues de salir de Douay, tan poco resuelto estaba el Archiduque en lo que habia de hacer, que dispuso enviar á los sostenedores principales de los dos encontrados pareceres á que con golpe de caballería fuesen á hacer un reconocimiento del campo enemigo, para que se cerciorasen por sus propios ojos de las

disposiciones de este último, é iluminados con estas noticias vieran de ponerse de acuerdo. Los dos consejeros de opuesto dictámen que habian de ir á confirmarse en el propio ó á reformarlo, fueron D. Gaston Espinola y Juan de Tejeda, maestre de campo de dicho tercio (1), con el coronel La Bourlote; la caballería, compuesta de unos quinientos jinetes (ni tantos que embarazase el número, ni tan pocos que pudieran los corredores del enemigo cerrarles el paso), iba á cargo del comisario general Juan de Contreras Gamarra, el cual la llevó con tan poca precaucion y con tanto desenfado (2), como si con aquella fuerza tuviera de sobra para arrollar al enemigo y salvar á Amiens. Pero miéntras tanto Enrique IV habia recibido aviso y dispuesto lo conveniente para impedir el reconocimiento y salirle al encuentro. Llegó Cóntreras el 28 de Agosto con su caballería á Doullens, donde tomó la vuelta de Amiens, y á poco tiempo se encontró con los corredores de la tropa que llevaba consigo el rey de Francia, á quienes costó poco trabajo el descubrir á sus contrarios, porque ademas de la mencionada falta de precauciones, era toda aquella tierra llana y sin bosques.

Entónces resolvió Contreras retirarse, y tanto habia avanzado, que para retroceder hasta Bapaume, en Artois, tenía que andar seis leguas, lo que hicieron los suyos, segun escribe un historiador español, en malísimo órden, y de tal suerte, que se deshicieron y des-

(1) Segun Carnero, iban ademas Nicolas Basta y otros capitanes y caballeros aventureros, y el número de los caballos era de 600. *Guer. civ. de F.*, pág. 474.

(2) Colom., fól. 266. (Edicion de 1627, Barcelona.) «Se venian con tanto desenfado como si dejáran dos mil caballos á las espaldas.»

bandaron ante una tropa de solos cien enemigos, con los cuales habia empeñado su persona el Rey de Francia, como pudiera un teniente de caballos. Volvieron, pues, los reconocedores dispersos, por diversos caminos, con bastante pérdida, sin haber divisado el campamento frances, y léjos de conformar sus pareceres, más discordes aún con respecto al triste término de aquella primera expedicion, atribuyéndose unos á otros la culpa, aunque todos convenian en achacarla principalmente al comisario general Contreras.

Esta es, en breve resúmen, la version del circunspecto Coloma, más circuntanciada que la brevísima de Villalobos (§ DCXXXVI) y más distante de la de los franceses. No hay que ponderar cuán ufanos quedarian éstos del buen suceso no hallándose acostumbrados á tales alegrías en las anteriores campañas de 1595 y 1596. Para conocer hasta dónde rayó el énfasis de sus relaciones bastará leer la que contiene el sexto tomo de las *Memorias de la liga* con el siguiente y modesto encabezamiento: *Verdadero discurso de la derrota y desbandada de los Mariscales de Campo del ejército del cardenal de Austria, que ocurrió en* 29 *de Agosto de* 1597 (1). La verdad es que aquel suceso se redujo á las proporciones de un encuentro de caballería nada feliz, y de una descubierta malograda, en tales térmi-

(1) «*Discours veritable de la route et defaite des Marechaux de Camp de l'armée du cardinal d'Autriche, advenue le* 29 *d'Aôut*, 1597.» *Memoires de la ligue*, tomo II, pág. 510. (*Edition d'Amsterdam*, 1758.) En esta relacion se supone que ademas de Contreras, Espínola y Texeda, asistian al reconocimiento el Teniente general de la caballería D. Ambrosio Landriano y otros principales jefes, con cerca de mil caballos; que el Rey de Francia iba seguido de trescientos cincuenta

nos que no pudieron los encargados del reconocimiento disipar las dudas del Archiduque, y éste, cada vez más indeciso, se puso de nuevo en camino hácia Amiens.

Marcha del ejército. Llegó el Archiduque en 4 de Setiembre (1597) á Arras, de donde salió tres dias despues: para disponer su ejército, hizo plaza de armas en Avesnes le Comte, y en este lugar y en la abadía de Vervins se detuvo otros cuatro, durante los cuales sin gran provecho quedó consumida gran parte de los bastimentos sacados de Arras. En seguida hubo de pasar el rio Authie más abajo de Doullens, en cuyo tránsito empleó otros dos dias, pareciendo no era poca diligencia por la necesidad de echar un puente. En todo este tiempo sólo mediaron escaramuzas de caballería, y se omite referir la formacion de batallones (1),

caballos (*carabins, chevaux legers, et gents de la noblesse*); que corrió á los contrarios, llevándolos delante de sí siete leguas, hasta llegar á un arroyo delante del lugar de Encre, donde mataron los *carabins* cuantos quisieron, si bien luégo se lee no fueron sino treinta, haciendo prisioneros á los demas que intentando huir no perecieron á manos de los campesinos franceses.—*No era seguro hubieran muerto todos los mariscales*, añadia la relacion, y, en efecto, todos volvieron á su campo, aunque no con lucimiento.—En carta del rey Enrique á su hermana, publicada en la misma relacion, le decia haber matado trescientos españoles, sin más pérdida que la de dos arcabuceros. Véanse las citadas *Mem. de la ligue*, tomo VI, pág. 509.

(1) Este lento itinerario está trazado de otra manera, aunque sin diferencia alguna esencial, en la *Relacion del viaje que hizo S. A. con el ejército que llevó para el socorro de Amiens*, relacion que el mismo Archiduque envió al Rey, y que se halla entre los documentos de Simancas. (Estado, legajo 614, f. 47.) Lo que importa es notar que el ejército dejó á Bruselas á los 9 de Agosto y el Archiduque á los 22, que salió el dia 7 de Setiembre de Arras y no llegó hasta el 15 á la vista de Amiens.

cómo iban cubriéndolos en la marcha, por los flancos en filas de á tres, los carros de bagaje y de las vituallas, y la disposicion que se habia dado á los cuerpos para la batalla, supuesto que ésta no llegó á trabarse, así como hablar del puente de barcas y de otros preparativos para el socorro, pues que tambien faltó la ocasion de entrarlo.

Ya entónces no quedaba lugar para reflexiones, ni se pensaba en caminar hácia Caumont, rio arriba de Amiens, por donde se pudiera conseguir el resultado apetecido, dejando á los franceses en libertad de retirarse. Sólo se trataba de llegar por la derecha arrogantemente delante de Long-pré, aguas abajo de Amiens, poniendo al enemigo en el trance, ó bien de aceptar el combate, ó bien de retirarse por el puente que tenía dispuesto, con gran riesgo, en presencia y á corta distancia de los españoles. Estaba la ciudad sitiada muy cercana, y ningun embarazo ofrecia el camino.

No podia adoptarse resolucion más enérgica ni más propia de quien quisiera á todo trance provocar una terrible batalla. Habiéndose desde luégo decidido el Archiduque por este último y violento partido, como si le arrastrase la impaciencia de pelear, arrimó la derecha de su ejército al rio Somme (1), cerca de Espinoy, y desde entónces (13 de Setiembre) tomó rectamente la vuelta de Amiens, pasando por Pequigni, con escaramuzas contínuas de la caballería que iba de vanguardia, y sin que obtuviera más ventaja la francesa

(1) Hasta aquel punto habia caminado el Archiduque hácia el Sudoeste; desde allí comenzó á marchar hácia el Este por la izquierda del Somme y en direccion opuesta á la de sus aguas.

sino impedir que las fortificaciones de su campamento pudieran ser reconocidas por los españoles. Dióse órden al Conde de Bucquoi para que hácia la parte de Saint-Sauveur echase un puente, como lo ejecutó á pesar de alguna resistencia, demostracion dispuesta sin designio de aprovechar el paso, sino sólo para engañar y divertir al enemigo (1); y caminando adelante, llegó el ejército hasta colocarse sobre la montañuela (mencionada por todos los historiadores) que estaba á ménos de tiro de cañon del campo frances, sobre la cual pudieron contemplarle, consolándose momentáneamente con aquel espectáculo los sitiados, que ya se disponian, como refiere Villalobos (2), á tomar parte en el combate.

Aun cuando el Rey de Francia habia tenido distri-

(1) Antonio de Herrera y el contador Carnero en sus respectivas relaciones de estos sucesos, aseguran que nunca fué ánimo del Archiduque «empeñar una parte de su ejército del otro lado del rio *Somme*, dejándola tan sitiada *como los de Amiens*. Usan ambos de palabras casi idénticas, de donde colijo que Carnero, aunque testigo de una parte de los sucesos, copió alguna vez al autor de la *Historia general del mundo*, pues que ésta vió la luz ántes que la *de las guerras civiles de Flándes*. Herrera añade más adelante (*Hist. gen.*, tomo III, pág. 694) que se dió al ejército órden de que parase sobre la altura de Long-pré hasta tanto que hubiese «echado la puente el Conde de Bucquoi.» Segun estos historiadores, hubo principio de combate para desalojar á los enemigos de una iglesia á la izquierda del Somme; pero los franceses dieron más importancia á aquel episodio y creyeron que hubo verdadero designio de que por aquel lado entrase Bucquoi el socorro.—Véase J. A. de Thou, lib. CXVIII, pág. 123 del tomo XIII de la edicion de Lóndres de 1774. Otro tanto dice Palma Cayet, en el lib. IX de su *Cronol. noven.*

(2) Vill., *Coment. de las cosas sucedidas*, etc.

buidas sus tropas guarneciendo los lugares cercanos, por vía de precaucion las mandó concentrar desde que vió penetrar en su reino al Archiduque, y desde que supo habia pasado el rio Authie; sin embargo, de nada estaba más distante su ánimo que de presumir habia de verle aparecer audazmente por la parte de Long-pré, cerrando en cierto modo la retirada, y provocando á una descomunal batalla cuando estaban tan adelantados los tratos de paz (1). Así es que, cometiendo por su parte igual falta de dar por cierto cuál seria el cálculo de sus contrarios, habia incurrido como consecuencia en otra muy censurable y que pudo costarle cara, como fué la de no haber fortificado suficientemente por aquel lado sus líneas (2). De cuya circunstancia, uniéndose el imprevisto peligro y la vacilacion en decidirse, nació como cierta suerte de pánico momentáneo en el campo frances, y el desórden natural en tales casos, de manera que los del ejército español pudieron enterarse de que ya paloteaban las picas de los suizos, que era como anuncio de retirada sin gran órden (3), y hasta llevaron al Archiduque aviso unos entretenidos (como si hoy dijéramos oficiales del esta-

(1) Con el tratador de ella, Caltagirola, se habia encontrado el Archiduque y conferido al llegar á Pequigní.

(2) «Ainsi se mettant (el Rey Enrique) peu en peine de l'armée auxiliaire il negligea de fortifier le village de Long-pré qui ettait au dessus du pont qu'il avait jetté sur la Somme.» *Hist.* de J. A. de Thou, lib. CXVIII, tomo XIII, pág. 123, de l'édition de Londres de 1730.

(3) El Archiduque juzgó lo contrario á la vista de aquel campamento, y escribió al Rey que los franceses estaban muy fortificados por la parte de Long-pré. (Simáncas, Est. legajo 614, fól. 47.)

do mayor ó ayudantes suyos) de que el guion del Rey de Francia, ó sea la *cornete blanche*, marchaba la vuelta del puente de Long-pré (1). Sin embargo, hácia el frente, no habia dejado de hacer fuego contra los españoles la artillería dirigida por el mariscal de Byron.

Los historiadores franceses de aquel tiempo disipan hasta el menor asomo de duda que pudiera quedar acerca de las vacilaciones del campo frances en momento tan crítico (2). Refiere J. A. de Thou, que como los sitiadores no esperaban de modo alguno la llegada del Archiduque por aquella parte, fué grande en ellos la alarma, pues hácia el lado de Long-pré no habian preparado atrincheramiento alguno, y apoderándose los contrarios de aquel lugar que dominaba el puente, quedaba éste abierto para el socorro (3).

Con ménos claridad se explica Palma Cayet; pero confiesa que en el campo frances fué comun opinion que habiendo llegado los españoles á trescientos pasos de distancia de Long-pré, pudieran ocupar aquel puesto sin resistencia, y aunque habla luégo de los grandes estragos causados por la artillería francesa,

(1) Lo confirma la relacion citada del Archiduque, que acompañó al Rey, como queda dicho, con carta de Arras á 30 de Setiembre de 1597.

(2) Coloma, fól. 268. Este confirma lo que aseguran los franceses, de que eran cortas las defensas del campo frances por aquel lado. «Ganado Long-pré, puesto sin defensa considerable para quien le acometiese con resolucion.» (*Guerras de los Estados Bajos*, edic. de Barcelona, 1627, fól. 268 v.º)

(3) La relacion oficial del Archiduque afirma lo contrario (véase apénd. II). Pero no es de extrañar se equivocase, no habiéndole sido ántes posible reconocer el campo enemigo.

acaba por confesar que pasaron ambos ejércitos la noche en medio de grandes alarmas (1).

Poca duda ofrece, por lo tanto, que si en aquel momento el Archiduque, así como se habia inclinado á tomar actitud tan amenazadora, se resolviese en pasar más adelante con sus armas, pudiera lograr á lo ménos la ventaja de ocupar á Long-pré, abastecer á Amiens y apoderarse de las barcas cargadas de bastimentos que desde Abbeville y Saint-Valeri, rio arriba, habian llevado los franceses á aquel lugar para proveer su campo; cuando no fuera otra mucho mayor y que juzgó posible Coloma de pasar quinientos pasos más adelante, y ganar «sin resistencia de consideracion la mayor victoria que se habia ganado de la nacion francesa desde la prision del Rey Francisco» (2). Pero cobraron aliento los contrarios al ver que hacian alto los españoles de órden del Archiduque, siempre obstinado durante aquella jornada en seguir los peores consejos, á los cuales concedió mayor crédito que á las nuevas que á vista de ojos le enviaban sus cabos de la confusion que reinaba en el campo enemigo. Despues de

(1) *Cronol. noven.*, lib. IX, collect. Mich et Pouj, serie 1.ª, volúmen 12, pág. 768.

(2) Véase cómo presenta la escena Antonio de Herrera en su *Historia general*, tomo III, pág. 664.

«Era ya pasado medio dia, y pareció que el Archiduque comiese, y porque estaba allí una acémila con la comida, se entró en el coche del Conde P. E. de Mansfelt que estaba más á mano, y estando con él D. Hernando Carrillo, Juan Bautista de Tasis, D. Alonso de Mendoza y otros del consejo, llegaron muy aprisa tres tenientes de caballos, unos despues de otros, afirmando que el enemigo huia, y que si el ejército daba la vuelta á la parte donde estaba la caballería, se obtendria victoria. Este aviso confirmó otro teniente que enviaba

avanzar demasiado, se hizo alto fuera de tiempo cuando ya el ejército estaba bajo el alcance de la artillería enemiga, y repuestos los franceses, ya estaba la ocasion malograda, pues que pudieron emplear la noche siguiente, bajo la direccion del famoso Duque de Mayenne, tan amigo de los españoles dos años ántes, en atrincherar la parte de Long-pré, de modo que ésta llegó á ser la más fuerte línea de su campamento (1) cuando comenzó á rayar el alba.

Perdida la ocasion y el lance, despues de tantas faltas, nò le quedada al Archiduque otro partido sino la retirada, renunciar al socorro y dejar á los de Amiens abandonados á su mala estrella con los resultados de que podrán enterarse quienes consulten la interesante narracion de Villalobos. Habia querido, sin embargo, dar la órden de cargar sobre Long-pré á la media noche, como le pedian los del consejo ; pero lo estorbó la oscuridad y la noticia de hallarse muy reforzados los enemigos hácia aquel lado, y con la luz del sol ya se pudo ver claro que el punto estaba fortificado, y la oportunidad desaprovechada ; de modo que, con uná-

el comisario general Contreras. El Archiduque mandó que la batalla y la retaguardia diesen la vuelta, y tomó su caballo... Y esta vuelta no pudo ser tan presto por estar la retaguardia y batalla léjos del lugar donde habia de ir y ser grande la cantidad de carros que habia tendidos por la ribera, y los más desuncidos, con que el Rey de Francia tuvo tiempo para volver en sí.» Hasta aquí Herrera. Coloma, aunque severo, es ménos cruel, pues que no habia de comidas intempestivas, ni de carros desuncidos que embarazáran los movimientos en el instante crítico de avistar el enemigo y cuando podia comenzar la batalla.

(1) De Thou, l. c.

nime parecer de todos, fué preciso resignarse á retroceder, como tambien lo persuadian la falta de bastimentos que habia sido preciso conducir desde Arras á catorce leguas de distancia, y el espectáculo de las tropas de á pié y á caballo que iban llegando, con cuyo refuerzo se creia llegase al dia siguiente el ejército frances á treinta mil hombres. Otras reflexiones añadieron aquellos consejeros, que á la verdad fueran más oportunas ántes de salir de Bruselas, como era que no se debia exponer con la persona del Archiduque la suerte de aquel ejército, á cuya guarda estaba confiada la posesion de los *Países Bajos*, y todo por socorrer una plaza que de todas maneras se habia de restituir al tiempo de las paces. Sin duda habian tenido holgura para discurrir todos estos argumentos en los largos dias que habian pasado desde que comenzó la jornada; pero el servicio del Rey hubiese ganado mucho en que la prudencia no tardase tanto en alumbrarlos. Aquel mismo dia se retiró el ejército á otra posicion elevada y poco distante, dando tiempo á que el Conde de Bucquoi retirase el infructuoso puente echado junto á Saint-Sauveur, como pudo lograrlo á costa de una escaramuza. Salieron tambien los franceses hasta tiro de arcabuz de sus trincheras siguiendo á los españoles, que los aguardaban; pero sin que Enrique IV tuviese ánimo de presentarles batalla; y así es que hubo alardes marciales y estrepitosos disparos de lejana artillería por una y otra banda, de cuya misma manera fué continuando su retirada el Archiduque por la abadía de Betincourt y por Rubempré, hasta pasar de nuevo el Authie, no ya por bajo, sino más arriba de Doullens por Orreville, y luégo prosiguió su marcha hácia

Arras, al otro lado de las fronteras, sin haber perdido gente y sin haber logrado su propósito. Hasta allí llegó tambien con sus tropas, y con sus salvas de artillería, como si fuera á pagar la visita el Rey de Francia, que luégo pasó á poner sitio á Doullens, de cuyo designio, muy contrario á la opinion de sus más hábiles consejeros (1), hubo de desistir por ofrecerse entre otras dificultades, la de hallarse ya á entradas de invierno. Los disparados delante de Arras fueron, por lo tanto, los últimos cañonazos de aquellas largas campañas de Francia ántes de la paz de Vervins.

Cuando los heroicos sitiados de Amiens vieron descender de la colina situada enfrente de sus ojos á las tropas que hasta allá habia conducido el Archiduque, y no en la direccion del campo frances y de Amiens, sino del lado opuesto, es bien cierto que como ellas desaparecian de su vista, así debió apagarse en sus pechos el último soplo de esperanza, y sólo por dejar más asegurada su honra pidieron la vénia del Archiduque para entregar la plaza (2): «Fué este sitio—dice un escritor que no se halló en él, aunque sí en el ejército del socorro—no inferior á ninguno de cuantos celebran las historias, expugnado y defendido con singular valor y perseverancia, y sin duda el más célebre de nuestros tiempos.» De Amiens salieron, despues de la capitulacion, y no cabe mayor elogio, seiscientos soldados sanos y al pié de ochocientos heridos. Pero

(1) Disuadióle Sully, segun cuenta éste en sus Memorias.

(2) Tampoco en esta parte está conforme la relacion del Archiduque con el testimonio de los historiadores que presenciaron los sucesos.

áun se completa esta especie de epopeya con referir que luégo que se hubo parlamentado, como acudieran á la plaza várias señoras francesas atraidas por la curiosidad, y particularmente entre ellas la famosa Gabriela, Duquesa de Beaufort, dama del Rey Enrique, sin ayuda alguna les fué fácil subir por las brechas á la muralla y baterías, y como pudieran sobre alfombras por la escalera de un palacio, así treparon aquellos piés femeninos y delicados sobre los rebellines, fosos y muros convertidos en terraplen y explanada, hasta llegar á la ciudad, que en tal estado pocos dias ántes se habia visto defendida por un puñado de españoles heridos y enfermos contra un ejército aguerrido y numeroso, y contra un Rey que era tambien gran soldado.

Guerra en los Estados Bajos. De toda aquella empresa del socorro, en su remate tan deslucida, y desde su principio tan mal dispuesta, no pudieron ménos de nacer otros inconvenientes para la conservacion de la autoridad real en los Países Bajos. Al emplear todos sus recursos el Archiduque en preparar el auxilio, y al acometer la jornada de Francia, apartándose de las provincias que á su guarda estaban encomendadas, dejaba á su espalda en el Conde Mauricio un enemigo diestro y poco dispuesto á desaprovechar las ocasiones.

Aun no habia salido de Bruselas, como queda dicho, el gobernador de los Países Bajos (en Agosto de 1597), y ya cerciorado del intento, se habia puesto en campaña aquel general de la república con 9.000 infantes, más de 2.000 caballos y gran apresto de artillería y naves para hacerse dueño de cuanto quedaba

á los españoles en la próvincia de Gueldres, restos que mal pudieran defender las pocas tropas que quedaban en Flándes (1). No tardó en apoderarse de Reimberck, plaza destinada á padecer de contínuo todas las angustias de la guerra, cambiando de señores á cada paso, y que poco despues volvió á poder de los españoles (2). Luégo pasó el Conde Mauricio á Mœurs, ganándola con poca resistencia; desmanteló el fuerte de Modillana abandonado por su presidio; fué á ponerse sobre Grol, de la otra parte del Rhin, plaza que ya era suya ántes de que entrase Octubre. Desde allí en breves dias, sin hallar quien le saliera al paso, recorriendo aquellas tierras y las del Overyssel, ganó las fortalezas de Bredefort, de Enschede, de Oldenzel, de Oetmarsum, faltándole sólo Linguen para ser

(1) «Dejando los Estados sin otra defensa (dice un historiador fidedigno) que 3.000 infantes y 500 caballos, con que D. Alonso de Luna, gobernador de Liera, se procuraba encaminar en socorro de los de Reimbergue...»

(2) Léase lo que escribia á Felipe II el Archiduque poco despues de haberse malogrado el socorro de Amiens (de Arras á 24 de Octubre de 1597): «Con tiempo he pedido á V. M. gente y dinero para guerrear en la una y otra parte (Francia y Holanda)... Y es evidentísima causa de los daños que se han tenido en Frisa con las pérdidas de aquellas plazas y las demas que el enemigo irá ocupando hasta hacerse dueño de aquella provincia, sin poder impedírselo, pues despues que ganó á Rimbergh y Murs, se apoderó de Grol, y últimamente de Bredebord. De estas plazas las dos primeras se defendieron mal, y he mandado que se haga informacion para proceder contra los que las tenian á su cargo... Las otras dos lo hicieron mejor, particularmente la postrera, que aguardó asalto; pero al fin se apoderó el enemigo de ella. Sólo ha procedido de la falta que ha habido de lo necesario, etc...» (Archivo general de Simáncas, Estado, leg. 614.)

dueño de cuanto el Rey de España habia poseido del lado allá del Rhin. Y Linguen, defendida por el Conde Federico de Berg, con 400 soldados (es decir, la quinta parte de lo que requeria el recinto de sus murallas, de sus caballeros reales y rebellines), se hallaba ya rendida y en poder de los holandeses muy á principios (á 6) del mes de Noviembre. La parte septentrional de los Estados obedecia por entero desde entónces á la república.

Murmuraciones en España. No faltaron en España murmuraciones acerca de la conducta del Archiduque en aquella jornada, atribuyendo algunos á impulsos torcidos de la ambicion lo que en el peor caso halla explicacion suficiente en los cálculos errados de la presuncion ó de la impericia. Don Luis Cabrera de Córdoba, que tanta libertad de lenguaje solia emplear en sus libros impresos, y más aún en los que dejó inéditos, hace acerca de este punto curiosas indicaciones que pudieran ser consideradas como eco de lo que se discurria en la córte y áun acaso dentro del palacio de Felipe II (1). Habla en primer lugar del consejo que al Archiduque cardenal de Toledo dió D. Gaston Espínola de que «no aventurase en una batalla los Estados de su Rey, que habian quedado sin freno con haber sacado de ellos las guarniciones.» Fundábase ademas aquel parecer, que pudiera ser oportuno ántes de salir de Bruselas, en razones ménos referentes al

(1) *Vida de D. Felipe II*, por D. Luis Cabrera de Córdoba, parte segunda inédita. Trata de estas materias en los fólios 613 y siguientes. Don Luis fué hijo de criado, y él mismo criado muy favorecido de Felipe II.

bien general de la monarquía que al particular interes del príncipe-prelado. «Conservada Amiens, proseguia D. Gaston, era preciso asistirla y emplear el poder y gente en una larga guerra. Si moria el Rey Católico, estando tan para ello tantos años habia, por su vejez y enfermedades, el sucesor, si era bien aconsejado, no sacaria de su corona los Estados de Flándes, que la hacian tan poderosa, y proseguiria la guerra con Francia por dar reputacion á sus armas y entrada á reinar» (1). De esta peligrosa sugestion parecia inferirse no convenia al Archiduque prestar nuevo alimento con la conservacion de Amiens á una guerra que podia impedir la cesion de los Estados ofrecida por Felipe II al que era su sobrino y habia de ser su yerno (2).

Como si no se contentára con referir este consejo (no siendo lo más grave lo diese D. Gaston, sino que ademas lo siguiese el príncipe), luégo, algunas páginas más adelante, agrega el autor lo que sigue (3): «Fué *opinion universal* despues que el Archiduque habia sido movido del temor de que, socorrida Ambéres,

(1) Cabrera de Córdoba, segunda parte inédita de la *Vida de Felipe II.*

(2) Como es sabido, el Archiduque Alberto, hijo del Emperador Maximiliano y de la Emperatriz María, hermana de Felipe II, fué cardenal de Toledo y gobernador primero de Portugal, despues de los Países Bajos. En favor de su sobrino y de la infanta doña Isabel Clara Eugenia, que se habian de casar, hizo el Rey renuncia de los Estados de Flándes y del condado de Borgoña (á 6 de Mayo de 1598). Cuando llegó el Archiduque á España para celebrar el matrimonio, ya habia muerto Felipe II. Ántes de salir de Bruselas devolvió al Papa el capelo, y comenzó á usar vestidos de seglar.

(3) Cabrera de Córdoba, *Vida de Felipe II*, segunda parte inédita, fól. 630 del manuscrito de la Biblioteca de París.

se inclinase el Rey á continuar la guerra, y no le diese los Estados y la Infanta.» Como para suavizar tan ágria acusacion, añade Cabrera: «Mas habiendo el Archiduque seguido el parecer de su Consejo, no se le pudo imputar.» La verdad es que, siendo inexperto en materias de milicia, no le podia ocurrir peor desgracia que la de verse rodeado de consejeros poco hábiles y mal avenidos. En cuanto al libro inédito de Cabrera, es tanto más curioso, como que su autor deja correr libremente la pluma, y al lado de hechos ciertos no omite ni aún las sospechas y atrevimientos de la maledicencia. Así es que, tratando en este mismo asunto de la cesion que habia de hacer Felipe II á su hija y yerno de los Estados de Flándes, añade: «La sutileza y malicia se alargó á decir que sabía el Rey por relacion secreta de sus médicos no tendria sucesion la Infanta» (1). Con estos rumores se daba á entender que el Rey no hacía sino una cesion aparente, ó al ménos transitoria, de sus derechos á los Estados de Flándes, los cuales habian de volver á la corona de España, si la infanta Isabel no tenía hijos, como no los tuvo en efecto.

Parece natural añadir algunas líneas acerca de los sitiadores, al frente de los cuales se habia puesto el Rey de Francia. Por cierto este último tenía fundados motivos para presumir que no corria grandes riesgos de que presentára el príncipe Alberto una gran batalla, hallándose tan adelantadas las negociaciones para la paz, como que el general de la Órden de San Francisco habia llegado hasta el punto de proponerle

(1) Cab. de Córd., segunda parte inédita.

fuese depositada la ciudad de Amiens en manos del Papa, miéntras tanto que tuvieran términos los tratos (1). Sin embargo, no excusó precaucion alguna de cuantas aconseja la prudencia, como lo acreditan sus cartas á los señores y nobles de su reino (2), convocándolos al campamento sobre Amiens, y en general no se puede decir cometiera grave falta, como no fuese la de haber dejado sin fortificar sus líneas por la parte de Long-pré.

Pero aunque, sin duda alguna, era Enrique IV gran príncipe, gran caballero y gran soldado, al fin y al cabo como gascon no podia ménos de incurrir en ciertos deslices de jactancia, muy dignos de figurar entre las *rodomontades* que el célebre Brantôme atribuye á los españoles. Ya hablamos de la carta que escribió á su hermana acerca del encuentro con la caballería española que intentó el frustrado reconocimiento. Á M. de Rosny escribió (3) tambien que si los de su consejo le hubieran creido, no se habria desperdiciado la ocasion de salir del campamento y destrozar al Archiduque.

(1) Por lo ménos así lo escribió Enrique IV al Condestable desde el campamento delante de Amiens á 26 de Agosto de 1597: «Ils ont fait revenir le général des cordeliers pour sonder si nous voudrions consentir qu'elle (Amiens) fût deposée en la garde du pape en attendant la résolution d'un traité.» (V. *Recueil de lettres et missives de Henry IV*, publiées par Mr. Berger de Xivrey, tomo IV, pág. 836.)

(2) Véase cartas á Soyssons (29 de Julio de 1597), á Mr. de la Force (6 de Agosto), á Mr. du Plessis (5 de Agosto), á Mr. de Villarceau (11 de Agosto), etc., etc. (*Recueil des lettres, etc.*, tomo IV, pág. 816 et suiv.)

(3) «Si j'en eusse esté creu, il (le cardinal) n'en eusse esté quitte à si bon marché car nous l'eussions combattu et comme je crois battu, etc.» (*Recueil des lettres et missives*, tomo IV, pág. 846.)

No parece que se halle autorizada por sucesos posteriores tal impaciencia de pelear. En carta á la Reina Isabel de Inglaterra le dijo que el príncipe Alberto habia llegado hasta Amiens como soldado, y se habia vuelto como clérigo (1). Esta fué la ocasion verdadera en que mandó á Crillon el famoso billete que Voltaire supuso haber sido escrito despues de la batalla d'Arques (2). Quejábase Enrique IV, casi tanto como el cardenal-archiduque, de la escasez de dinero y del atraso en las pagas de sus soldados (3). Pero ya entónces la Hacienda, y casi puede decirse la suerte de la Francia, se hallaba en manos de Mr. de Rosny, á quien la historia conoce por Sully, y las que hasta aquel período eran líneas paralelas, poco despues iban á apartarse como las de un ángulo para desgracia nuestra.

Juicio. Dejando aparte la fama inmortal que ganaron el sargento Francisco del Arco en la sorpresa de Amiens, el gobernador Hernan Tello, al disponer aquella empresa, y juntamente con él cuantos le ayudaron y sobrevivieron en la memorable defensa, ¿fueron de algun provecho tales hazañas? ¿Fué ó no conveniente que ganasen aquella ciudad los españoles, si á los siete meses habian de perderla? Era duda ésta que

(1) «S'il est venu en soldat il s'en est retourné en prestre.» (Carta á la Reina de Inglaterra de 19 de Setiembre de 1597, sacada del *State paper office* de Lóndres.)

(2) «Brave Grillon, pendez vous de n'avoir esté ici, etc. (Véase dicho billete original, impreso y fotografiado en dicho *Recueil des lettres, etc.*, tomo IV, pág. 848. (*Collection des documents inédits sur l'histoire de France*, París, 1848.)

(3) Véanse *Les œconomies royales* y *Le Recueil des lettres de Henri IV*. (Passim.)

muchos mostraban por aquel tiempo, y D. Diego de Villalobos y Benavides la resuelve como verán los lectores en su lugar oportuno.

Pues que el Rey de Francia había incurrido en el yerro de confiar á la descuidada guarda de los vecinos de Amiens la provision enorme de artillería y municiones destinadas á la guerra que habia de mover en el Artois y el Haynaut, y que acaso hubiese llevado hasta el corazon del Brabante, por lo pronto fué dicha de los españoles que tan peligroso arsenal cayese en sus manos, y dicha sobre todo de los Estados obedientes que de ellos se apartase la tormenta, que reventando ésta más léjos, fuera otro el teatro de los desastres, y que el rayo estallára sobre distinta cabeza. Con el precio de su sangre pagaron durante medio año los bizarros defensores de Amiens su gloria inmortal y el reposo de las provincias walonas. Pero si el ejército era necesario para guardar los Estados, y no convenia aventurarlo en defensa de una plaza que los tratos pendientes habian de restituir á sus dueños, difícil fuera probar que convenia entrar con él por tierra extraña, exponerlo sin fruto á imprevistos azares, y dejar miéntras tanto en abandono provincias ántes regadas con generosa sangre y codiciadas por otros enemigos, con quienes no habian de valer negociaciones ni paces para recobrarlas.

De toda aquella notable empresa, á cuya relacion consagró principalmente su libro D. Diego de Villalobos, resulta una enseñanza utilísima. Si el término de tales proezas estuviese reducido á acreditar el valor y grandeza de ánimo de aquellos que las toman á su cargo; si sólo se tratára de dar al mundo ejemplos

memorables de gallardía, destreza y demás virtudes militares, pocas pudieran citarse más á propósito que las de Amiens para dejar convencidos á propios y extraños del temple heróico é incomparables calidades de los soldados españoles que militaban en Flándes y en Picardía. De gran precio, sin duda, son tales ejemplos, por cuanto conviene, no sólo á la fama, sino hasta á la seguridad de cada nacion, que de la firmeza de las bases sobre que su poder reposa vivan las demás persuadidas; siendo, por otra parte, los nobles hechos estímulo é incentivo de iguales bríos, tanto para la posteridad como para la misma generacion que los presencia. Pero en la guerra bien gobernada, no se ha de apartar de la mente la consideracion práctica de cuánto importa no malgastar los recursos que tienen límite cierto, y no emplear pródigamente fuerzas que son necesarias para la conservacion del Estado. Bajo este punto de vista, aquella empresa de Amiens, áun siendo, como fué, primero al ganar la plaza, y luégo al defenderla, un verdadero poema, puede afirmarse que con la obligacion de socorrerla, dió lugar á un empeño aventurado y peligroso. Que carecia el Archiduque de los recursos necesarios para afianzar la conquista, lo puso de manifiesto el haberse retardado durante cinco meses, acabando luégo por malograrse la expedicion del socorro, y además se estaba á punto de ajustar paces con Francia, cuyo resultado habia de ser la devolucion de los territorios conquistados. La expugnacion y conquista de Cambray por el Conde de Fuentes, fué tan útil como gloriosa, y gloriosa fué tambien, pero nada más que gloriosa, la empresa de Amiens.

Despues de los sucesos referidos, y á 25 de Octubre, envió desde Arras el Archiduque al Rey una circunstanciada é interesante relacion, así del número de plazas como del costo de cada uno de los cuerpos de que se componia el ejército real de Flándes (1). De ella resulta nominalmente, ó *sobre el papel*, como ahora se dice en términos vulgares, un total de treinta y ocho mil infantes y algo más de siete mil caballos, cuyo costo, comprendiendo lo que hoy llamaríamos estado mayor, y además la armada, la artilleria, hospitales y provisiones, ascendia en cada mes á unos trescientos cincuenta y un mil escudos, ó sean aproxi-

(1) Segun aquella curiosa relacion, los infantes españoles eran poco más de 7.000, contando los que militaban en tres tercios (5.000) y en una compañía suelta (1.229), y los que estaban además destinados (en número de 1.102) á guardar los importantísimos castillos de Ambéres, Gante y Cambray, sin duda como muestra de la particular confianza que inspiraban. Cerca de 8.000 eran los italianos. Ménos de 13.000 los alemanes. Cerca de 10.000 los walones, y los borgoñeses poco más de 1.000, componiendo la infantería un total de 38.000 hombres. Adviértase que un resúmen contenido en el mismo despacho dice que eran 3.569 los italianos. Debe de haber error, pues que sólo los del tercio de Dávalos pasaban de 6.000. En cambio, cuenta más de 16.000 alemanes, y de los estados no resultan sino poco más de 12.000. El costo variaba segun la naturaleza y composicion de cada tercio, desde siete á diez escudos por plaza, é incluyendo tanto oficiales como soldados.

Componíase la caballería de lanzas (1.138) y arcabuceros (390) españoles; de lanceros y arcabuceros italianos; de lanzas, arcabuceros, corazas y hombres de armas del país. Vendrian á ser por todos conceptos 7.213 caballos, de los cuales sólo correspondia poco más de la sétima parte á los arcabuceros.

El documento á que me refiero contiene además una relacion de lo que hoy podríamos llamar *estado mayor*, y de su costo, bajo este título, *entretenidos de todos géneros.* Comprende esta nota diversas par-

madamente cerca de nueve millones de reales de nuestra actual moneda; suma y gasto enormísimos para aquellos dias, aunque inferior á lo que hoy tendria de costo un ejército de iguales fuerzas. Parece oportuno advertir en primer lugar que siendo el nérvio principal del de Flándes los soldados españoles, era tan corto su número, como que en 1597 no pasaban de siete mil los infantes y apénas llegaban á mil y quinientos los de caballería.—En segundo lugar, conviene no olvidar una circunstancia muy esencial, y que siempre se ha de tener en cuenta al tratar de las fuerzas de un ejército, ya se hable del siglo XVI ó de otro diferente, y es la diferencia grande que media entre el número de los soldados que se cuentan el dia de las *muestras*, como se decia entónces, ó sea de la revista de comisario, y el de los que realmente aparecen cuando rebajados los presidios y hechas otras muchas deducciones llega la ocasion de salir á campaña (1).—«*Aunque*

tidas: la parte de sueldo que por *vía del ejército* se pagaba al Archiduque (1.800 escudos): varios sueldos, entre ellos el de los caballeros del Consejo; y, por último, el de los *entretenidos* cerca del Archiduque ó en el ejército el de los extranjeros de la misma clase, escoceses, ingleses y franceses, comenzando por el Duque de Aumale, y como postrera partida *los comisarios y entretenidos de la pluma*. Bajo estos conceptos, el gasto total ascendia á 18.481 escudos. En un solo capítulo estaban comprendidos, además de la armada, el ramo de hospitales, la artillería y las vituallas, estando representados por un guarismo de 42.500 escudos.

En resúmen, el gasto total del ejército ascendia cada mes á 350.900 escudos, ó sea aproximadamente á cerca de nueve millones de reales de nuestra moneda actual.

(1) «Aunque en las muestras hay la gente que se apunta en esta relacion, al efecto suele faltar mucho del número, y así para tener

en las muestras, escribia el Archiduque al Rey, *hay la gente que se apunta, al efecto suele faltar mucho del número*»; y tanto era lo que faltaba, como que el autor del despacho calcula que subia á veinte mil hombres, y pedia quince mil al Rey para completar el ejército, convirtiendo en real el número que sólo era imaginario, de cuya manera se habia de elevar tambien el gasto á cerca de cuatrocientos cincuenta y un mil escudos mensuales, que equivalian á más de once millones de reales de nuestra moneda.

En despacho, digno tambien de la mayor atencion y estudio, que al dia siguiente (24 de Octubre) (1) es-

el que se presupone y conviene que haya, es menester añadir más de quince mil hombres, pues toda la infantería que se puede sacar en campaña de lo que al presente hay no pasa de otros tantos.» Relacion enviada por el Archiduque al Rey en 23 de Octubre de 1597.—(Simáncas, Estado, leg. 614, fól. 65.)

Los libros y papeles de la misma época contienen las más curiosas noticias acerca de esta discrepancia entre el número de los soldados que pasaban muestra y el de los que salian á campaña. Véase principalmente lo que dice acerca de este punto la segunda parte inédita de la historia de Felipe II, por Cabrera (M. S.), al tratar de nuestros ejércitos en Flándes.

Esta discrepancia tan grande entre el número de los soldados que figuraban en las revistas y el de los que entraban en fuego, ó siquiera prestaban servicio, debió durar mucho tiempo, y dió mncho que hablar á los escritores satíricos.—En la novela titulada *Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez*, escrita más de medio siglo despues, se lee lo siguiente: «Salió de palacio (del Virey de Sicilia), muy bien puesto por los grandes provechos que tenía, y por tirar plaza de soldado en una compañía que tenía sesenta soldados efectivos para entrar la guardia, y ciento y cincuenta para el dia de la muestra.» (Est. Gonz., cap. III.)

(1) De 1597, Archivo general de Simáncas, Estado, leg. 614.

cribió al Rey su tio el Archiduque Alberto, desde Arras, ya de vuelta de su expedicion á Amiens, le pintaba con los más negros colores la situacion de los negocios. Encarecia la dificultad de resistir á tres enemigos unidos y tan pujantes como eran Francia, Inglaterra y Holanda, sin medios adecuados para ello (1), como sucesos recientes lo acreditaban (2). Ponderaba cuán grandes habian sido las pérdidas en Frisa (3), con la falta de recursos suficientes para tan múltiples designios (4). «Tan arruinadas se hallaban las provincias obedientes—añadia el Archiduque (5)—y tan trabajadas y cansadas de sufrir esta carga de la guerra, particularmente las de esta frontera, que no se sabe dónde haya sustancia para poder alojar y entretener la gente» (6). De la pobreza y de la falta de pagas, habian procedido el mayor desórden y la más escandalo-

(1) «No habiendo recaudo en estos estados de parte de V. M. para impedir las invasiones que cada uno por su cabo quieren y pueden intentar.» (Carta citada del Archivo de Simáncas, Estado, legajo 614.)

(2) «Como lo han hecho este año, cuyos sucesos nos muestran claro por experiencia, etc.»—Ibid.

(3) «Y es evidentísima causa (la falta de gente y de dinero) de los daños que se han tenido en Frisa con la pérdida de aquellas plazas y las demás que el enemigo ha de ir ocupando cada dia.»—Ibid.

(4) «No siendo bastante el paño para cubrir ambos lados, y arriesgábase mucho en partirle.»—Ibid.

(5) Ibid.

(6) «Por esto y no haber tenido un real que darla (á la gente de guerra) al cabo de tanto tiempo que se entretiene con esperanzas de que pronto llegaria de España el remedio que se aguarda, para podérselo dar á su necesidad, que es tan extrema, que la fuerza á andar desordenada por el país buscando la comida sin poder remediarlo.»—Ibid.

sa indisciplina, como que ponian á los soldados en la precision de andar sueltos por los pueblos buscando el sustento. Era, pues, indispensable abandonar el sistema de guerra defensiva que tenía aniquiladas á aquellas provincias sumisas (1), y entrar por tierra enemiga con brios suficientes para salir con lucimiento de la empresa. Parecia, por lo tanto, forzoso contar con un ejército al ménos de treinta mil infantes y cuatro mil caballos, pagados al corriente y dispuestos á entrar en campaña al comenzar el verano. Para este fin pedia al Rey el Archiduque seis ó siete mil españoles más, que dieran nervio y fuerza á sus armas (2), y además otro tercio de italianos que se pudieran levantar en Nápoles.

En cuanto á recursos, comenzaba el Gobernador de Flándes por encarecer la urgencia de que se le asegurase un socorro mensual de cuatrocientos á cuatrocientos cincuenta mil escudos, para evitar, con la regularidad y suficiencia de las provisiones ordinarias, «faltas que por más tiempo no era posible tolerar.» Pero estas sumas eran las que se habian de consagrar á las atenciones corrientes: por donde se habia de empezar era por remitir de España una crecida cantidad de dinero necesaria para las pagas atrasadas de los soldados, que eran muchas, y cuya falta ponia en tal peligro la obediencia y disciplina, que ya el Archiduque no conocia

(1) «Y no gastando ó consumiendo las casas de los vasallos de V. M., que es sólo lo que ahora se hace, etc.»—Ibid.

(2) «Lo que en primer lugar, es menester para bien fundar y perfeccionar, son seis ó siete mil españoles que vengan á tiempo por la primavera por la vía de Italia...»—Ibid.

otro remedio que pudiera aprovechar para conservar tan indispensables resortes de la milicia, ó más bien para restablecer y «curar el mal (son palabras textuales suyas) de que todos en general, y en particular los españoles, mostraban estar muy inficionados, y harto en vísperas de desvergonzarse (1), lo que en aquellas circunstancias ofrecia tanto mayor riesgo, como que una vez que estallára la sedicion podia cundir el mal por todo el ejército» (2).

No paraban en esto las exigencias, pues que además se pedia al Rey que mandase proveer las sumas necesarias para las levas de caballería y de infantería alemana y valona, y para hacer las prevenciones oportunas de municiones y pertrechos de guerra, que «no era poco lo que habia de montar», segun decia la carta. Todas las necesidades y gastos inmensos de la guerra moderna, que desde entónces iban creciendo por dias, se presentaban de golpe en aquel terrible documento á la consideracion del gobierno de Madrid, como para hacerle más sensible lo escaso y vacío del Tesoro real. Continuaba aún el gobernador de Flándes enumerando con rigor inexorable cuantas cosas creia serle indispensables para proseguir la guerra con algun fruto. Era necesario aumentar la armada mili-

(1) Ibid.

(2) «No quiera Dios que en ninguna parte llegue á cuajarse semejante pensamiento, que me tiene con mucho cuidado, porque sería en la era presente del mayor inconveniente que se puede significar, y no menor que querer acudir todos á aquel reclamo.» — (Carta del Archiduque al Rey, de Arras á 24 de Octubre de 1597.)

tar (1) con algunos bajeles y aprestar los pocos que habia, de tal suerte que tambien por mar se pudiera hacer frente á los rebeldes, para cuyo efecto era preciso contar con alguna suma reservada, sin echar mano de las dispuestas para otros servicios. De este modo, lo que se pedia al Rey de España en aquellos dias de estrechez y ruina, además de la cuantiosa consignacion mensual, era una muy crecida para las pagas atrasadas, otra para la leva de italianos, alemanes y valones, otra para municiones y pertrechos de guerra, y otra para abastecer y aumentar la marina. Baste ahora decir que los que sucedieron al *decreto* de 1597 eran los más apurados del Tesoro español, siempre exhausto durante aquel largo reinado. Si, como parece probable, de este despacho dieron conocimiento al Rey D. Felipe en los últimos meses de su vida, y no se lo ocultaron sus ministros, como habian hecho (2) con otros semejantes enviados por el Archiduque cuando se iba á poner en camino para Amiens, por grande que fuera el ánimo de aquel célebre monarca, como bien lo habia acreditado, no pudo ménos de afligirle la comparacion entre el estado de su Erario y lo que reclamaban de Flándes. Al mismo tiempo que las fuerzas físi-

(1) «Componer lo de la armada reforzándola de algunos bajeles de guerra y aprestando los pocos que hay para si se ha de dar algun cuidado por la mar á los rebeldes..., y en tal caso, es menester que V. M. mande proveer asimismo alguna suma reservada, etc.»—Ibid.

(2) Al referir esta reprensible omision de los ministros de Madrid, añade un escritor coetáneo las siguientes severísimas palabras:

«Perniciosa y antigua costumbre para con los príncipes hablarles más á medida de su gusto que de su provecho.»

cas de su cuerpo, minado por la edad y las enfermedades, flaqueaban las políticas del imperio, ya quebrantadas al cabo de tantas y tan prolongadas guerras. Si áun pugnaba su tenaz é inquebrantable espíritu, no pudo ménos de ablandarse ante la expresa voluntad de la Providencia.

Acercábanse las paces de Vervins (1), muy diferentes en verdad de las de Cateau-Cambressis, y con todo convenia que no se hicieran esperar al cabo de tan largas contiendas, sin que aquella página última del reinado de Felipe II pueda causar sorpresa á quien las anteriores haya leido con ánimo atento y desapasionado. Tras de los primeros y más gloriosos años de aquel reinado, desde San Quintin hasta Lepanto, período de moderacion relativa en el poder, y de prudencia en los designios, ¡cuántas luchas internas y cuántas guerras con extranjeros en todas las regiones del orbe en Portugal y en Aragon, en Flándes y en Picardía, en Bretaña y en las dos Borgoñas, en las costas del Mediterráneo y en los mares del Norte, en África y en Asia, en el antiguo y en el nuevo mundo! ¡Cuántas fechas ilustres y cuántos nombres extraños de lugares recorridos con diversa suerte por los españoles! Para no hablar de París y de Ruan, de Gembloux y de Ambéres, y de tantos otros como fuera posible citar, Coron y Modon, la Isla de San Miguel, los Guergue-

(1) En 27 de Noviembre de 1597, como respuesta á los despachos citados, escribió Felipe II al Archiduque:

«En materia de paz con Francia poco hay que añadir, pues se ha hecho tan particularmente y enviado los poderes por tres vías.» Simáncas, Estado, leg. 2.224, fól. 262.

nes, Zebú y Luzon, Tucapel y Mareguano! ¡Cuántos gloriosos trofeos! ¡Cuántas empresas temerarias! ¡Cuántas onerosas conquistas! ¡Qué formidable multitud de enemigos á un propio tiempo! ¡Qué rápido consumo de hombres, de dinero, de toda la savia nacional!

Corria en 1597 el cuidado de regir y administrar la mitad del mundo conocido á cargo del gobierno de Madrid cuyas riendas habia de manejar un Rey anciano y moribundo, hasta que pasáran á manos de un príncipe inexperto y enfermizo. Al gobernador de los Países Bajos, es decir, á un Archiduque prudente y leal, pero poco ejercitado en la guerra, y que habia de trocar el capelo por la bengala, incumbia el deber inmediato de guerrear con ingleses, franceses y holandeses, á la cabeza de cuyas naciones coaligadas se hallaban tres personajes cuyos nombres eran Isabel de Tudor, Enrique IV y Mauricio de Nassau. Para defenderse contra ellos, pedia el Príncipe Alberto mucho más de lo que podia dar el gobierno central de la monarquía; apénas subia á tanto la renta anual, harto empeñada, del amo de media Europa, de todas las Américas descubiertas por Colon, y de las Indias conquistadas por los portugueses. Y si no se enviaba tan gran suma de dinero en breve plazo, temia el Archiduque un motin militar más general, más funesto que los anteriores, en que todas sus tropas tomasen parte, no sólo las de *naciones*, sino tambien, y acaso primero que todas, las de españoles. Felipe II, que un año ántes habia decretado la última y más famosa de sus repetidas suspensiones de pagos, no tenía más que una respuesta que enviar al Archiduque: mandarle firmar el tratado con Enrique IV, devolviendo, á trueque de

una paz aparente, las conquistas ganadas en largos años de guerra á costa de tanta sangre heroica. Era preciso que comenzára en paz el nuevo reinado; en paz al ménos con Francia. Á su hijo y heredero habia de llegar la hora de firmar tambien la paz con Inglaterra en 1604, y las treguas con Holanda en 1609, es decir, doce años despues.

ALEJANDRO LLORENTE.







APÉNDICE I.

LA SORPRESA DE AMIENS.

Copia de carta original del Archiduque Alberto á S. M.: fecha en Bruselas á 14 de Marzo de 1597.



S. C. R. M.d

El Capitan Hernan Tello Portocarrero Gouernador de Dorlans me ha ydo dando cuenta estos dias de la forma que se podia tener para ganar Una puerta de la Villa de Amiens hauiendole aduertido dello algunos Vezinos del mismo lugar aficionados al servicio de V. Mag.d de los quales se Informo en particular de la disposicion del lvgar y de su guardia, y aunque en semejantes cosas conuiene andar siempre con recato para no recibir tiro por ser facion que hauia de executar Hernan Tello que es Vn Soldado de mucho Valor, experiencia y cordura, despues de hauer oydo a Vn Sargento suyo que es el que tenia reconocidos, los puestos y la forma que se hauia de tener en ello mande que se Juntassen hasta 1.800 Infantes de dife-

rentes Tercios y regimientos y 450 Cauallos, y assi le ordene que Intentasse lo que me hauia escrito hauiendo apparencias de Salir con ello. Oy he reciuido Una Carta Suya remitiendose á la relacion que me haria el dicho Sargento del successo que se ha tenido, que en Suma ha sido qual V. M.d Vera por la relacion que Va con esta y es de la consideracion que se sabe para estender la Frontera y todo lo demas del Seruicio de V. Mag.d por Ser esta Villa Cabeça de aquella Prouincia y passar por ella la Ribera de la Soma como V. M.d Sabe. Successo es encaminado de la mano de Dios a quien se deuen dar Infinitas gracias por el. Yo quedo con el contentamiento que es Razon, y espero la terna V. M.ad con este auiso. otro dia escriuire los particulares que se entendieren. Nuestro Señor guarde á V. Mag.d con la Salud y acrescentamiento de Estados que yo desseo. de Brusseles a 14 de Março 1597.

S. C. R. M.ad

Besa las manos de V. M.ad su muy humilde sobrino

ALBERTI CARL:

(*Archivo general de Simáncas*, *Estado*, *legajo* 613, *fólio* 44.)

Copia de un documento que dice así:

lo que Francisco delarco Sargento del capitan Hernan Tello Puerto Carrero Gouernador de la Villa de Durlan ha referido a su Alteza sobre la entrepresa dela de Amienes que esta sobre la riuera de Soma, y es Una delas prinçipales de Picardia enFrancia como persona que se ha hallado presente en esta façion es lo siguiente:

Despues de hauer dado el dicho Gouernador quenta a su Alteza por medio deste sargento como persona que tenia reconoçida la puerta yla forma como se podria encaminar esta entrepresa se resoluio su Alteza á ello y mando juntar labuelta de Durlan hasta 1.800 infantes, asauer: 300 del Terçio que fue del Maestro de Campo D. Alonso de Mendoça que estaua alojado hazia alla 300, del de Don Aguustin Mexía que esta—» en Cambray y 250 del de D. Antonio de Çuñiga que esta en Ipre, y los restantes del regimiento de Borgoñones y el de Alemanes que estan de presidio en Cales y Yrlandeses del de Estanley y algunos Valones de la guarniçion de Vapama y 450 cauallos acargo del Marques de Montenegro y todos al de dicho gouernador de Durlan.

la Junta dela jente se hizo en Un casar junto a Durlan, y alos x del presente alanoche començo á caminar labuelta delos puestos que auian de ocupar para hazer las emboscadas y llegaron a ellos otro dia alos XI, ora y media antes de amanecer, el golpe de la jente estaua atiro de cañon dela tierra y hasta 300 Españoles á cargo delos capitanes Iñigo

de otaola y Don Fernando deza a 300 pasos de la puerta en Una Iglesia para socorrer alos que yuan adelante a tomar la puerta, yla caualleria estaua en una oya a un quarto delegua de la villa.

Estedia alas ocho dela mañana ordeno el dicho Gouernador que estaua con el golpe de jente al dicho sargento que reconoçiesse y viese si estaua abierta la puerta por donde se auia de entrar y si auia Rumor eñla Tierra el qual fue a esto vestido en auito de Villano, y lo reconoçio, muy bien todo, y volvio adar quenta al Gouernador delo que passaua y assi mediante la relaçion que lehizoel sargento, dio, orden que fuesen con el hasta 15 soldados Valones y entre ellos algunos offiçiales platicos delos que estauan de guarniçion en Durlan, todos vestidos de Villano, y devaxo con sus pistolas, que para esto les ayudo mucho eltraje que usan enaquella provincia los labradores, y para executar mejor su Intento y ympedir quenoles estoruase la entrada el rastrillo, lleuaron un carro cargado de paja conel qual yuan quatro hombres de los 15, siendo, Uno dellos el capitan Donan del Regimiento de Estanley, y deuaxo donde podia caer el Rastrillo hizieron alto, y entonces el sargento y otros çinco Valones queyuan con el, que estauan hablando conlos dela guardia preguntandoles que trayan avender y porque Vastimentos venian, teniendo ya laseña delos que estauan con el carro començaron adar conlos dela guardia y matando algunos dellos con las pistolas quelleuauan y despues valiendose delas armas que auia en el cuerpo de guardia sehizieron señores de la puerta.

la emboscada que estaua en la Iglesia a 300 pasos

de la villa acudio luego al socorro delos que estauan enla puerta, y entanto que estos llegauan algunos dellos subieron arriua á Impedir que no hechasen los rastrillos, y aunque se entendio que no hauia sino uno y que este encaso quele quisiesen hechar cayria sobre el carro, se hallo que tenian otro de dientes sueltos que es mas dificultoso de reparar pero conla buena deligencia que tuuieron el sargento y sus compañeros los quelos tenian en guardia se hecharon de la puerta, y assi entro nuestra jente porla concauidad de uno o dos dientes que faltaron de caer del rastrillo segundo.

Entanto que nuestra jente gano la puerta yse Iuntaron las emboscadas ladelavilla començo atrincherarse con varricadas pero en poco tiempo sehizieron señores dela Villa. los muertos dize queno pasan de 100, y de los nuestros tresocuatro, y que mas de çinco, o seis mill personas con armas y sin ellas se huyeron porlas otras puertas y el Conde de San polGouernador deaquella Prouincia salio, herido y la Condesa su mujer queda en la villa.

Hasehallado en la Villa muchas pieças de Artilleria y muniçiones de guerra que como es cabeça dela Prouincia tenia el de Bearne en ella todos sus preparamentos.

Por agora queda la jente que fue a esta ocassion de guarniçion en la Villa enelInterin quesedanlas ordenes conuinientes enla queha dehauer ylo demas concerniente ala guardia y conservacion della.

(*Archivo general de Simáncas*, *Estado*, *legajo* 613, *fólio* 45.)

APÉNDICE II.

EMPRESA DEL SOCORRO DE AMIENS.

Relacion de lo subcedido en el viaje que hizo su Alteza con el Exército que llevo para el socorro de Amiens.

Su Alteza llegado a Duay embio algunas personas delas muy platicas del Exercito para reconoçer las auenidas de Amiens, los unos por la parte de Abeuilla, ylos otros por la parte de Corbie, estos ala buelta refirieron que desde Duay seyva por aquella parte con mas breuedad y que por algunos bosques que auia, el camino hera seguro para la yda ybuelta si llegase aser menester, pero que no auia ningun genero deforraje para entretener laCaualleria, los que fueron por la parte de Abeuilla assiguraron por el mismo respecto lomismo en el punto dela seguridad deyda y buelta, y afirmaron que por alli se hallaria forraje para algunos dias si llegase aser menester.

Tratandose desto en el consejo, si bien auia algunos que contodo aquello dela sterilidad de forraje se arrimaron al yr porla parte deCorbie fundados enla conuenençia dela breuedad, contodo vençio en los mas la consideracion del forraje, pues estaua claro que sin el fuera impossible detenerse por alla siquiera algun poco de tiempo quando constriniera a ello el caso dela execuçion del socorro, tras que no hera por aquel camino derecho menos facil lleuar la vitualla quanto por el otro, puesto caso que era çierto ser

menester lleuarse por entrambos con escoltas gallardas.

Resuelto elyr por la parte de Abeuilla sefue su Alteza á Arras, y en el camino dio Vista ala infanteria puesta en tres, Battallones, el dia siguiente sefue a álojar á Ribier y el otro a Ambrine, y de alli al terçerdia ala Abbadia de Çercamp donde se huvo de detener dos dias para dar lugar que en el alojamiento primero siguiente alcançasen al Exercito las Victuallas, porlas quales se auia embiado á Arras.

llegado al dicho alojamiento llamado Oultrebois, que era sobre la ribera de Authi legua y media mas abaxo de Durlan, se estuvo alli vn dia para que el Exercito passase el dicho rio yse pussiese dela otra parte y a do tractandose dela empresa, sehallo quelo conuiniente era arrimarse al rio de Amiens, entre ella y Piquini, y hechar alli puentes que nos diesen libertad detentar el socorro por qual delos lados que llegados alli hallasemos que mejor nos estubiesse.

Estando en el dicho alojamiento siendo ya el Exercito passado el rio de Auchic, Vino el Enemigo a reconoçerle con obra de 2.m cauallos, trabaronse algunas escaramuças de poca importancia con que se torno ayr, el dia siguiente fuimos a alojar en Domarburgo lexos de Amiens como çinco leguas, y en el de despues se huvo depasar un riechuelo (aunque pequeño no vadeable) por una puente de piedra, á doala mañana torno el Enemigo no solo a mostrarse con 400 ó 500 Cauallos (teniendo tras si en Un Villaje escondidos otro buen golpe) pero aun con alguna arcabuzeria de acauallo intento de rompernos el puente, y de impedirnos el passo. A que se acudio de manera con Caualleria Infanteria y Artilleria que huvo de retirarse,

y como era obra en que huvo de consumirse tiempo, no se pudo hazer aquel dia mas que atrauesar aquel passo todo el Exercito, y alojo su Alteza aquella noche en la Abbadia de Bertancourt que estaua alli ala mano, y de donde ya no auia ninguna agua ni mal passo que pasar hasta llegar çerca de Amiens sino caminollano con dos Valles y otras tantas Colinas no muy distantes la Una dela otra.

Venia ordenada de algunos dias antes la forma del marchar que era esta:

Iuan de Vanguardia del Exercito las Compañías de Arcabuzeros a cauallo al uno y otro lado, y luego les Iban siguiendo del un lado la Caualleria lijera, y del otro los hombres darmas por sus tropas separadas siguiendose unas a otras, ytan estendidas que cubrian los lados casi detodo el Exercito hasta la cola, adonde Venia de retaguarda tambien alguna Caualleria quedandole la frente libre, y del todo abierta Iban en Vanguardia 4 pieças de Artilleria gruesas las dos arrimadas al lado derecho, y las otras al izquierdo, sin que estrechasen la frente delos batallones, y luego otras ocho por la misma orden entrelos squadrones, al marchar de la Infanteria, el primer Squadron fue el Volante compuesto de mil hombres de todas naciones jente escogida que traya consigo y asu orden quatro pieçuçuelas de campaña, y este yva de vanguardia dela Artilleria gruessa. Siguianle tres batallones compuestos assi mismo detodas naciones unos tras otros, Vanguardia, vatalla, y retaguardia, y de ambos lados fuera ala Campaña, y dado al Exerçito tanto spaçio que podia muy bien reboluerse caualleria y ynfanteria Iba todo el bagaje con dobles yleras de car-

ros tan juntas que cubrian todolo largo del Exercito sin que Sobrasen, o, faltasen para traelle del todo bien çerrado, y su Alteza y el guion con sus solitas Compañias de guardia Iba al lado derecho delos batallones libres para acudir a todas partes como mas hallase que conuenia.

Partiose con esta orden de Berthocourt la mañana alas ocho quinze de Septiembre y llegados ala primera eminençia, Vimos puesto el Enemigo en la otra, al parecer con largos 3.m cauallos, el Exercito sin parar fue su derecho camino a el, dandole campo largo para poder pelear siquisiera, y cargandole con la Caualleria y batiendole con alguna artilleria, sefue retirando abuen passo hazia sus fuertes, siguiendoles siempre nuestra Caualleria hasta quese metieron en ellos, y el Exercito torciendose algo ala mano derecha hazia la ribera, hizo alto Junto aun Village llamado San Saluador, quando mucho media legua de la Villa, seria como la una despues de medio dia, y luego fue embiado el Conde de Bucquoy con alguna jente para ganar el passo dela Ribera frontera de Un Village pegado a ella dela otra parte, ado en Una Iglesia tenia el Enemigo alguna jente de guardia, demas de que al llegar auiamos Visto Venir de hazia Pequini mucha della, parte dela qual acudio para defender el dicho passo, con todo, el dicho Conde puso en el caso tanto cuydado que se echaron pontones y se formo un puente por donde paso ala otra parte, y por mas que resistiesen los Enemigos le gano, y de mano en mano se apodero del Village y de la Iglesia. Andandose en esto, algunos delos nuestros quese abian adelantado en derechura a reconoçer la Villa y el puesto

del Enemigo, Vieron mucha confusion enlos Enemigos que guardauan el puente que tenian Junto ala Villa, tanto que huyan los que estauan ala guardia del, y como huuiesen advertido a su Alteza desto, diuersos hombres muy soldados, y dignos de mucho credito afirmando que si mandaua adelantar el Exercito y arremeter ala dicha puente que todo era ganado, enfin tanto hizieron que por no cortar el hilo ala Victoria de que tanto le asegurauan, permitio que el Exercito se adelantase hasta meterse la Vanguardia en una terçera eminençia que alli se descubrio, y en cuyo fondo por la parte dela Villa caya el quartel del mismo Bearne debaxo desus trincheas que se bieron claro altas y en extremo fortificadas, yendo tambien por alla con el exercito la persona de su Alteza para Veello todo y dar en quanto se ofreciesse la orden que coenuiniesse llegados alli Viose luego algo sossegada la confusion de lapuente y reconociose que auia Un fuerte al entrar della, contra el qual tiramos algunos golpes de Artilleria, y estando enesto desde sus trincheas començaron a batirnos el Exercito furiosamente con muchas pieças de Artilleria demanera que fue fuerça boluerse a meter la jente que auia subido enla eminençia alo pendiente della, y con todo esto no dejaron de meter las balas por medio de los Squadrones, como assi mismo pusieron algunas pieças para contra las con que tirauamos al fuerte del puente, atal que pareçio impossible pasar adelante ni de tentar por entonces nada, Con que sobreuenida la noche, fué fuerça hazer alto alli, aunque era puesto muy desaventajado para nosotros si el Enemigo nos quisiera acometer en él.

llamo su Alteza luego al instante a consejo, a donde se debatio largo lo que hera bien hazer, nofalto a quien pareciese que conuenia passar adelante con el primer dessigno, a saber hazerse luego mas puentes y pasar el Exercito entero de la otra banda, pordo era muy apparente el salir siguro el socorro, fundado esto en que era de creer que el Enemigo no yria a impedirnoslo con todo su campo entero desassitiando la Villa sino que quando mucho vernia con alguna parte desu jente adar el estorbo que pudiesse, en el qual caso estaua hecho el socorro pues nos hallauamos mucho mas fuertes que el, y quando ya quisiera dessasitiar la tierra, y Venirnos á combatir con todas sus fuerças, no parècia que deuia aquello spantar a quien auia venido hasta alli, y con el empeño obligadose a pelear todas las Vezes que al Enemigo sele antojasse, y en quanto alo de las Vituallas de que ya el Campo sehallaua muy falto, y passados que fuessemos nos apretaria aun mas lafalta dellas, respondiasse que en la Villa auia Victuallas con que mantenernos hasta que despues de socorrida se hubiera tomado expediente, como boluernos a nuestra tierra, pues el Enemigo entrados nosotros en Amiens y hechos dueños dela Campaña de Francia, era fuerça que dispusiesse de si sin poder quedar adonde estaua, dandonos lugar a yr por la parte de aca ado quisieramos, y ya que entonces quisiese pelear estaua claro que lo hauia de hazer con Ventaja nuestra de las grandes que ental caso se pueden dessear. Tambien se propuso que se echase otro puente y que por el se embiasen hasta 2.m hombres que entrassen en la Villa, y al mismo tiempo se acometiesse el puente que tenia el Enemigo y sus trincheas para que obligado a acudir asu

defensa no pudiesse estoruar el passo alos que auian de entrar en la Villa.

Pero a todo esto se oppuso el certificarse que (passado el rio principal) auia otro que pasar no lexos de la Villa que Viene de traues acaer alli, aunqueno tan grande, Todauia tal que no se puede Vadear sino en solas dos partes adonde tenian hechos dos fuertes, dificultad Juzgada por tan grande, y que deshazia los fundamentos de entrambas opiniones pues quando bien se passara contodo el Exercito la ribera era menester mas tiempo para ganar los fuertes y podernos dar la mano con la Villa de lo que sufria ya la necesidad y falta de todo genero de Vituallas que ya auia en el Campo, y no fuera de efecto que pasaran los 2.m hombres la Ribera grande, no pudiendo passar la otra, antes quedaban perdidos, pues el enemigo tenia tambien por aquella parte golpe de jente, y assi los mas fueron de pareçer que no se tentase lo uno ni lo otro, ni emprender cosa ya contra las trincheas pues se auian hallado tan fortificadas y guarnecidas de Artilleria, y que ansi consistia el remedio en solo retirarse el Exercito, y que lo deuia de hazer luego ala mañana por el mismo camino que auiamos Venido, a pena que no lo haziendo estaria perdido, assi por la desuentaja del puesto en que se estaua como por que quando bien se quisiera estar quedo por veer si el tiempo descubriera algun agujero por do meterse era impossible permanecer por la hambre con que ya se hallaua el Exercito, y assi se resoluio de dexar aquel puesto luego por la mañana, y que nos mejorasemos a qualquier otro que pareciese menos desauentajado, adonde se pudiesse sperar a veer lo que hazia el Ene-

migo, y Si se abria alguna puerta para salir con el intento que setenia de socorrer la Villa, hizose assi, y a obra de media ora de sol salido, salio el Enemigo de sus trincheas con squadrones formados de Caualleria y Infanteria y alguna Artilleria, y se vino mejorando a la buelta de nuestros squadrones, los quales se compusieron luego en forma para pelear, y asu calor se retiro el Conde de Bucquoy, del puesto que auia ganado y el puente (aunque los Enemigos tentaron de estoruarlo) y assi juntado todo nuestro. campo, spero al Enemigo el qual nunca se quiso llegar ni dexar unos puestos auentajados que tenia, por mas que se procurase de nuestra parte para veer si nos daua lugar para poderle acometer, y assi se estuuieron los dos exercitos ala mira el uno del otro hasta casi medio dia acañoneandose con auer algunas escaramuças de poca consideraçion entre la Caualleria de entrambos, y viendo que el dia se pasaua, y que por la falta de las Vituallas y el agua no era posible detenernos mas alli, se resoluio, que boluiesemos al mismo alojamiento de Bethacuort, de donde se auia salido el dia antes y assi se començo a marchar con buena orden, sin que nos siguiese el Enemigo ni se mejorase desus puestos, mas que con una poca de Caualleria, ala qual hazia rostro la nuestra, y assi no se reçiuio tampoco daño ninguno della, ni en la jornada se ha reciuido otro que de algunos que puede auer muerto la Arttilleria y escaramuças que eran bien pocos, auiendo desu parte dellos numero de muertos y prisioneros.

Alojose aquella noche nuestro Exercito ala misma Bretocourt y de alli se ha venido poco apoco a esta frontera, no sin discurrir y procurar medios para veer

si se podia tornar a intentar el socorro por la parte de Corbie. Pero como sea cierto que no deue estar alli menos fortificado que por la otra parte, noseha hallado como hazerlo, demas de que luego a otro dia se resoluieron los sitiados a tractar de conciertos, con que queda el negocio acabado.

Esta su Alteza agora proueyendo lo que puede auer de falta en las plaças de la frontera particularmente a Durlan, y piensa yrse entreteniendo assi vista delafrontera para veer lo que el Enemigo despues de cobrada Amiens dispone desi, para conforme â ello resoluerse en adelante.

(*Archivo general de Simáncas, Estado, legajo* 614, *fólio* 47.)



NOTA

Es deber nuestro mostrarnos reconocidos al Sr. Cruzada Villamil, que se ha servido facilitarnos copia de los dos documentos que preceden. Al publicarlos no ha parecido oportuno hacer alteracion alguna en la ortografía.

Tambien quedamos agradecidos al Sr. Morel Fatio, que de la capital de Francia se ha servido remitirnos otra copia de dos impresos que forman parte de una coleccion de documentos y que se encuentran en la Biblioteca Nacional de París. Son dos memoriales sin fecha, dirigidos al rey por D. Diego de Villalobos y Benavides, el uno, al parecer, por el tiempo en que este último era aún gobernador y capitan á guerra de la ciudad de Málaga, el otro durante su juicio de residencia, y ambos destinados á recordar sus largos servicios, á encomiar sus actos miéntras ejerció aquel mando, y á defenderse de las acusaciones de sus contrarios. Contienen estos documentos algunos datos acerca de la vida del autor, así como noticias curiosas para la historia de la gobernacion pública, y de las costumbres españolas durante la primera mitad del siglo XVII, sobre todo en lo relativo á la ciudad de Málaga. Pero nos ha sido imposible servirnos de ellos por haber llegado á nuestras manos cuando ya estaba impresa gran parte de la *Introduccion*, y además no se refieren directa ni indirectamente á las guerras de Flándes; cuya razon no impide que demos de nuevo las gracias al Sr. Morel Fatio por tan espontánea, ilustrada y benévola cooperacion.



COMENTARIOS DE LAS COSAS SV-CEDIDAS EN LOS PAISES

baxos de Flandes, deſde el año de mil y quinientos y nouenta y quatro, haſta el de mil y quinientos y nouenta y ocho.

COMPVESTOS POR DON DIEGO de Villalouos y Benauides, Capitan de cauallos lanças Eſpañolas.



CON PRIVILEGIO.
En Madrid, por *Luis Sanchez*, Impreſſor del Rey N. S.

Año de M. DC. XII.



AL

SUPREMO Y REAL CONSEJO DE GUERRA

DEL REY DON FELIPE

NUESTRO SEÑOR

Acudo á V. A., que es donde la justicia y la razon tienen su asiento, para que debajo de la sombra de tantas y tan heróicas virtudes, como sus sabios, fuertes y magnánimos Consejeros poseen, reciba estos mis escritos, que, hechos en servicio de Dios y de Reyes tan Católicos, en su recto juicio tendrá muy buen lugar la memoria dellos, principalmente siendo del número de los del Consejo de V. A. los más obradores destas hazañas, y siendo con sus virtudes el nombre Español casi inmortal, desde las regiones más Antárticas del mun-

do hasta las Árticas de nuestro Polo, pasando las calurosas regiones de la Equinocial; siguiendo el presto camino del Sol, dando vueltas á la mar y á la tierra, sin dejar parte donde las Cruces Españolas no hayan sido conocidas; castigando las provincias rebeldes de Chile; inquiriendo los caminos ocultos del Rio de la Plata y Magallánes, donde tan léjos estuvo de llegar la potencia Romana; y, quebrantando las duras cervices de los Flamencos, guiando los ejércitos Católicos, fueron testigos de muchos de los hechos que en estos mis *Comentarios* escribo. Y si el estilo deste mi libro no es conforme á la grandeza de lo que trata, reciba V. A. mi voluntad con el ser verdadero lo que dice, que el trabajo que en el escribillo he gastado queda pagado con sólo haber podido ponello al abrigo de V. A., á quien Dios nuestro Señor prospere, con felicísimos sucesos y vida y salud de los que al presente son y fueren deste Real Consejo, por infinitos años.

DON DIEGO DE VILLALOBOS
Y BENAVIDES.



AL BENÉVOLO LECTOR

Estos comentarios, benévolo Lector, fueron primero escritos con el tiempo en que sucedieron los hechos dellos; mas viniendo de Flándes á España con licencia de mi General, por haber muerto en ella D. Simon de Villalobos, mi hermano, en cuyo lugar sucedí yo en la casa de mis padres, fuí preso por los Holandeses en un navío pequeño, habiendo salido de Cáles, sobre Isladique; y con mi prision perdí los escritos en que estos sucesos se contaban, con los dias y meses que sucedieron; y, aunque hice muy gran diligencia por cobrarlos con otros papeles, me fueron negados, sin admitir ningun rescate por ellos; y despues de nueve meses de prision fué Dios servido que su Alteza el Príncipe Alberto, general de Flándes, tuviese á Gil de Moldre, que en hábito de espía habia sido preso por los nuestros,

y por ello condenado á muerte; y con la prision de otros Capitanes españoles, que en el bajel que yo venía fueron presos, pudo el conde Mauricio, general de las Islas, pedir á Gil de Moldre, amenazando que, si le ahorcasen, haria lo mismo de nosotros. Nuestro General, con la piedad y benevolencia suya, viendo nuestro peligro, nos hizo merced del prisionero, aunque el país de Lieja lo pagaba muy bien, porque se le entregasen para ahorcallo, que habia sido el principal en el trato del Castillo de Huy. Con esta merced, que á mí y á los demas nos hizo su Alteza, dieron oidos los Holandeses á que se tratase nuestro rescate, que, con cuatro mil ducados que me llevaron á mí y otra suma á los demas, salimos de prision; y llegado á España, habiendo puesto cobro á las cosas de mi hacienda, la ociosidad y memoria de los hechos de tantos hombres valerosos, como en el tiempo de aquella soldadesca conocí, despertaron el deseo de que no quedasen sus hazañas olvidadas, revolví los viejos borradores y copias de aquellos mis papeles, y ayudado de la memoria y dellos, y estimulado de mis amigos, que me forzaron de nuevo á tomar este trabajo, y venciendo el deseo las imperfecciones de

mi narracion, lo he escrito todo de nuevo, sólo con la reminiscencia de lo que ántes habia trabajado. Y lo que más me animó á sacar á luz esta obra, ha sido el manifiesto agravio que algunos escritores extranjeros han hecho y hacen á la nacion Española, contando sus hechos muy sobre-peine, y quitándoles á los escuadrones los nombres; atribuyendo los hechos famosos á sus naciones; criando escuadrones y tercios en muchas ocasiones, que, como testigo de vista, casi no conocí hombre de la tal nacion. Y aunque este yerro tiene su disculpa en ellos, por poder decir que, los que les dieron los escritos de semejantes relaciones, fueron los que les hicieron errar; sería disculpa suya, más grande la culpa mia, que, sabiendo la verdad y teniéndola escrita, por temor de mi corto lenguaje y poca erudicion consintiese ese agravio hecho á toda la nacion Española, y á otros valerosos hombres de otras naciones, que en servicio de Dios aventuraron y perdieron sus vidas en el discurso de estos años de guerra. Y, pues el alma de la historia es la verdad, he procurado la tengan estos escritos, no atendiendo á otra cosa, confiando el lector sufrirá mi mal modo de decir, con la confianza

de que es verdadero; y, con la abundancia de tantos hombres doctos que podrán leellos, será posible á alguno con gusto entretenerse en cosas heróicas que puedan dalle materia á su ingenio, sacando de aquí la sustancia verdadera en mejor método engerillo, donde, como piedra preciosa labrada, la verdad destos papeles se ponga en mejor edificio, donde haga labor con otros heróicos sucesos de los tiempos. Y porque podia alguno poner objeccion verdadera, que no es posible yo lo viese y estuviese en todo, respondo ser verdad el sólo asistir con los ojos y persona en una parte; mas con el gusto y el entendimiento afirmo estuve en todas, porque siempre, desde el principio de mi milicia, tuve cuidado de saber las ocasiones de todos los movimientos del ejército, con intencion de aprender el oficio á que mi inclinacion me guió. Despues, habiéndolo trabajado, me han forzado á imprimillo las razones dichas, sin otras muchas que se pueden traer en aprobacion de escribir guerras de que he sido testigo; animando con los buenos sucesos dellas, los mozos se ocupen en el servicio de su Rey, y los viejos con su lectura se hagan más prudentes para en otros casos semejantes.



COMENTARIOS

DE LAS COSAS SUCEDIDAS

EN LOS PAÍSES BAXOS DE FLÁNDES

DESDE EL AÑO DE 1594 HASTA EL DE 1598

§ I

PARA la inteligencia de estas Memorias es cosa necesaria hacer una breve relacion del estado de las fronteras y cercanías de los Países Bajos, llamados por César en sus comentarios *Galia Bélgica;* los cuales comunmente los flamencos pintan en sus mapas en una semejanza de Leon, que llaman *Leo Belgicus*. Divídense en diversas provincias, señoríos, ducados y condados, que, segun los tiempos, han tenido y tienen diferentes

formas de gobiernos. Flándes, que es el principal Condado de todos por su grandeza y fertilidad, ha dado á las demas provincias su nombre, llamando toda la tierra Bélgica los Estados de Flándes; con el cual nombre, comunmente hablando, se entienden las diez y siete provincias, que son los Ducados de Brabante, de Limburgo, de Laremburgo, de Geldres; los Condados de Flándes, de Artues, de Nao, de Holanda, de Celanda, de Namur, de Sufania; el Marquesado del sacro Imperio; señoríos de Frisa, de Malinas, de Utreque, de la Transsisulana, de Gruginga; tierras unas de otras vecinas, que, con las guerras y inundaciones de la mar, han mudado casi forma y señorío diversas veces; haciendo confederaciones, ya con franceses, ya con alemanes y con otros sus confinantes y vecinos, segun el tiempo les ofrece las ocasiones que, como sea para mudar de gobierno, son fáciles á persuadirse á hacello, con notable daño de sí propios y nunca escarmentados; y con este deseo de novedades están tan llenos de errores, que juntas todas las herejías del mundo se hallan en ellos, habiendo en algunas ciudades de las rebeldes tantas setas como son los hijos, criados y padres, y en las provincias que, por haber guardado la fidelidad á su señor natural, están en el gobierno de España, ya que les hace Dios merced de tener la religion en quietud, en sus fueros, modos y gobiernos tienen muchas diferencias y usos; y con la abundancia

de la tierra, que generalmente toda la tiene, son los hombres soberbios, corpulentos; las mujeres grandes, blancas y rubias; unos y otros amigos de jardines y banquetes, y para comidas y saraos trabajan alegremente en sus campos, mercancías á que son inclinados. Tienen el uso de la guerra por necesidad, y como por la fortaleza de los sitios de sus ciudades han sido dificultosos de sujetar, el tiempo les ha mostrado á ser soldados con más astucias y engaños que ninguna nacion, habiendo hecho en las provincias rebeldes un género de gobierno, donde, como los procuradores de Córtes de España, de cada ciudad asisten en la Haya dos vecinos, los cuales ninguna cosa concluyen sin el parecer de sus ciudades; y para las cosas de la guerra tienen un general, á quien, hecha la determinacion de la tierra que se ha de sitiar, se le da largamente todo lo necesario para el tiempo del sitio ó campaña; proveyendo esto de los dacios grandes que por todas las provincias reparten, que, como es para la guerra y saben no se distribuye en otra cosa, como causa comun, hacen mucho con poco, y lo pagan con buena voluntad; que en algunas mercancías es más del tercio de la ganancia lo que dan á los estados, siendo esta forma de gobierno con la guerra más durable que con la paz. Quien con más curiosidad quisiere ver la groseza destas tierras, vea á Botero en sus relaciones, y á Abrahan Ortelio en la baja Alemania, en la carta 30; y hallará la ocasion de

llamar estos Estados tierras bajas ser la mar en algunas partes más alta que las tierras, defendiendo no la aneguen con unas calzadas que llaman diques.

§ II

El año de mil y quinientos y noventa y cuatro, que gobernaba estos Estados, por el Rey de España don Felipe II, Ernesto, Archiduque de Austria, estaban debajo de su gobierno los Condados de Flándes, el Ducado de Brabante, el Artues, el Anao, Anamur, Lucemburque, Malinas y la Borgoña alta y baja; estaba partido su gobierno en Francia, y otras ciudades en el Imperio. Gobernaban los holandeses á Holanda y á Celanda, á la Frisa oriental y occidental y á Geldres; y fuera destos límites tenian algunas ciudades y fuertes en las provincias de los españoles; y los españoles tambien en las provincias del gobierno de Holanda tenian en algunas ciudades guarniciones, que la guerra no da lugar á mojones que no se conserven con las armas. Cambray con el Cambresi poseia un tirano debajo de la proteccion de Francia; Lieja, Geldres y Basfalia poseia el Arzobispo de Lieja, elector del sacro Imperio; otras ciudades y provincias de los confines y de los Es-

Año 1594.

tados estaban debajo de la proteccion de diferentes príncipes y en diferentes confederaciones con las ciudades del Imperio.

§ III

El rey Enrico IV de Francia, habiendo sucedido en el derecho del Reino por muerte del rey Enrico III de Francia, al cual mató un fraile temerariamente, aunque como más próximo sucesor llamado á la Corona la pedia, los grandes y señores franceses, movidos de sus particulares intereses, debajo del pretexto de religion, tomaron las armas, cada cual pretendiendo hacer Rey de su mano, contradiciéndoselo Enrique de Borbon, duque de Vierne, por ser muy usado en Francia, debajo de un honesto color, los Grandes seguir sus particulares, y esto se usa más en aquel Reino que en otro ninguno de la Europa, por la perpétua inconstancia de los ánimos que engendra aquella tierra. El valor y fortuna de Enrico, aunque contra la voluntad de muchos de sus vasallos, que tenian confederaciones entre sí y con algunos de los príncipes de la Cristiandad, le coronaron Rey; partióse el Reino en bandos, llamándose unos realistas y otros de la liga, cuya parte era amparada del Pontífice y Rey de España, duque de Umena, y duque de Guisa, que los

unos y los otros, encubriendo sus desinios, tomaban el dinero español, con que contradecian á Enrico, que despues de prolijos sucesos, valerosamente salió con la Corona, tomando el Reino bien molestado de guerras civiles. Y aunque fuera consejo mas sano, quietado su Reino, olvidar la pasion de su contradiccion, confiado de los buenos sucesos que habia tenido contra sus vasallos, en ódio de la corona de España se compuso con ellos, pidió absolucion de sus errores, y vistas sus demostraciones, fué recebido al gremio de la Iglesia por el Pontífice Clemente VIII. Con esta absolucion aquietó los ánimos de los verdaderos católicos de su Reino, compuso los particulares de los Grandes, y, deseoso de cobrar el Reino de Navarra, declaró guerra á todos los que, favoreciendo á sus enemigos, le habian contradicho su corona; y de quien más se sentia era del Rey de España, que como más poderoso, le tenía más enojado. Fundaba el título de su guerra en pensar eran bastantes sus fuerzas para salir con sus desinios, derecho principal que los poderosos suelen tener en sus impresas. Consideraba al Rey de España enredado en guerras prolijas con obligaciones forzosas. Habia pocos años que una armada española con veintidos mil españoles se habia deshecho yendo contra la reina Isabel de Ingalaterra, armada en que se habian gastado muchos millones de oro; y el contínuo guerrear de Flándes y Ingalaterra pro-

metia excesivos gastos, ayudando á esto los ordinarios presidios y contínuas armadas que en entrambos mares se sustentaban, que siempre es necesario tenellas para la conservacion de los

Año de 1606 se escribia esto.

Reinos; que, aunque un imperio goce de paz, será buena esta paz en cuanto no se descuidáre de sus presidios ordinarios, que en tanto será respetado y temido de sus amigos y enemigos en cuanto tuviere las armas en las manos presto para cualquier acaecimiento; porque no sería conveniente que para dormir el leon se arrancase las uñas, porque despues de despierto, en tanto que otras le creciesen, pasaria trabajo; demas que una vez perdida la libertad habria de estar á la voluntad del dueño que le sujetase; así que, en paz y durmiendo le serán de tanto servicio que ninguno de sus enemigos se atreverá á intentar cosa en su daño, con el temor que aquellas garras, que entónces están dormidas, despiertas le caerian encima; porque la paz es buena en tanto grado, que siendo el objeto y fin de la guerra, con ser ésta una cosa detestable á la humana naturaleza, la hace buena. Del tener armadas prestas se siguen dos muy grandes útiles que satisfacen al gasto; el uno guardar lo suyo, y el otro estar pronto para ser señor de lo ajeno; y la Monarquía, que es grande y abraza mucho, tiene particular necesidad de estar sobre aviso, porque en mucha grandeza no ganar, se puede juzgar ser pérdida.

§ IV

ESTOS gastos fueron el motivo del Rey de Francia para romper la guerra con España; y el año de 1594, que gobernaba Ernesto los Estados de Flándes y sus cercanías, estaba la Francia acometida por diferentes partes: por la Saboya tenía un ejército, por el Estado de Milan estaba el Condestable de Castilla, Gobernador de Milan, que entretenia la persona del Rey; al opósito por la Borgoña algunos caudillos franceses la inquietaban; por el Ducado de Bretaña el Duque de Mercurio era ayudado de número de españoles que tenian fuertes y puerto para sus baxeles, donde se hacia la guerra muy sangrienta; por las fronteras de Artues y Enao, despues de la publicacion de la guerra, se le habian ganado á Enrico la *Capela* y la *Ferra;* y todos los confederados y amigos de ambas coronas traian la guerra encendida por mar y tierra sin perdonar trabajo ninguno; y hecha esta breve salva para la inteligencia de lo que trataré en estos Comentarios, que sólo han de ser de lo sucedido particularmente en los Estados tocantes á los Países Bajos, desde el año 1594 hasta la paz hecha por España y Francia el año de 1598; ruego al letor reciba mi deseo y olvide el estilo, pues no pretendo en esto sino

tener en pié los hechos famosos de algunos soldados destos tiempos, que sin pasion daré á cada uno lo que fuere suyo.

§ V

A 13 de Octubre del año de 1594 salió don Luis de Velasco con su tercio á apaciguar y deshacer unos italianos, caballería y infantería, que amotinados, tenian ocupado el lugar de *Siquen*, en el país de *Nao*, y llegando á la abadía que dicen de Siquen, que entónces, por desgracia, se quemó toda, despues de haber alojado en ella parte de la gente que llevaba para aquel efeto, que entre españoles, valones y alemanes serian bien cuatro mil soldados, llegó donde los amotinados tenian hecho dos fuertes, y despues de habelles protestado los daños y rogado se rindiesen, vino con ellos á las manos; batióse el fuerte con algunas piezas de artillería que llevaba para el efeto, y puesta la gente en órden, se les asaltó y ganaron entrambos fuertes, matando algunos de los que los defendian.

Capitan natural de Jerez de la Frontera.

Murió don Pedro Portocarrero de un arcabuzazo por la garganta, que le tocó la vanguardia con su compañía; fué herido el alférez Hidalgo y otra camarada suya; hirieron en una pierna de un arcabu-

zazo á don Lope Zapata, hijo de don Rodrigo Zapata el Maese de Campo, cuya fué la bandera de la sangre, natural de Madrid.

El segundo fuerte, por no estar en defensa, le desampararon; allanados los fuertes y puesta en una pica la cabeza de uno de los principales del motin, se ahorcaron los que más se prendieron; y por haberse encerrado en *Diste* la resta, fué allá don Luis; mas viendo ellos que eran perdidos, se salieron de la villa sin ser sentidos; y por haberse puesto al abrigo de Breda en la campiña no se les pudo seguir, y para dalles tiempo de su arrepentimiento, y que desesperados no se fuesen con los holandeses; volvieron á *Terlimont*, y allí los compuso el conde Juan Jacome de *Beloyoso* (1), capitan de caballos lanzas italianas. Tuvieron en rehenes á don Francisco de Padilla, capitan de lanzas españolas, en tanto que se hicieron sus pagas.

Nunca se ha de reducir gente de guerra á desesperacion.

§ VI

Aunque el país de Lieja, segun Abraham Ortelio, se pone por una de las provincias de la Bélgica, años muchos ha estado en el gobierno de su Arzobispo, que es duque

(1) *Beloyofo*; los españoles le solian llamar *Beljoyoso*.

de *Basfalia* y elector del sacro imperio, y en el año 1594, que estaba en paz, el Conde Mauricio, hijo fuera de matrimonio, Príncipe de Orange, general de los holandeses y tierras alteradas del País Baxo, hombre astuto, mañoso, sagaz, inteligente y cortés, criado en la guerra de aquellas islas en la escuela de su padre, habiendo entendido el poco cuidado que habia en la guardia del castillo y ciudad de *Huy*, puesta cuatro leguas de la ciudad de Liexa, sobre el rio de la *Musa*, determinó hacerse señor de aquel paso, con que estorbaba la entrada de la gente que viene por Italia á los Estados de Flándes. Ofreciósele para la impresa un gran *Ferbute* holandés, llamado Gil de Moldre, con quien comunicada, la facilitó y puso por obra. Es Huy ciudad donde hay contínuamente de diversas partes hombres de negocios, que, como es gente segura y sin guerra, pudo Gil de Moldre, en hábito de mercader, entrar en la ciudad; y con algunos mal contentos del arzobispo de Liexa trató cómo entrando algunos holandeses les ayudarian para que se hiciesen señores del castillo, que está en una alta montaña, fuerte por el sitio, donde si á lo moderno estuviera labrado fuera casi inexpugnable; porque, aunque tiene una montaña que le sirve de padrastro, está léjos, y con el arte se pudiera disponer bien; señorea el castillo una muy buena puente sobre el rio.

Partes de Mauricio, general de las Islas.

Ferbute salteador.

Hicieron los holandeses su trato tan á su salvo, que con poca resistencia fueron señores del castillo, y dentro de cuatro ó cinco dias que tardó de venilles socorro, los ciudadanos, huyendo con lo mejor de oro y plata de sus bienes, se fueron de la ciudad, y los del castillo eran dueños de todo, esperando su gente, que los socorrió á tiempo, entrando trescientos caballos y golpe de infantería, con que apoderados de todo hicieron muchas molestias á los que habian quedado sin huirse, y saquearon la ciudad, no perdonando á los templos, reliquias ni cosas sagradas; y porque tuvieron aviso cómo el archiduque Ernesto, para cobrar el castillo y la ciudad, apercibia gente, les pareció enviar á Holanda lo ganado en el saco; y, quedando la infantería en la ciudad y castillo, enviaron toda su caballería con el saco en muchos carros cargados de sedas, paños, oro y plata de todas las haciendas de los pobres vecinos.

§ VII

Mosiur de la Mota, general de la artillería del ejército de Flándes, fué nombrado general por el príncipe Ernesto para cobrar la ciudad de Huy y su castillo con seis mil soldados, caballería y infantería; comenzó á juntarse la gente; de diversas partes *Rota de Tongo.*

acudieron los tercios de españoles, el tercio del maese de campo D. Antonio de Zúñiga, el de D. Luis de Velasco con la gente que tenía junta contra los amotinados, el coronel Barlota con sus valones, el coronel la Coquela con sus alemanes. La caballería estaba alojada junto á Tongo, á la raya de Alemania, era su gobernador D. Juan de Córdoba, capitan de lanzas, y un dia, mudando de una parte á otra alojamiento á la hora del mediodia, fué avisado cómo sus corredores habian descubierto la caballería holandesa que llevaba el despojo de Huy. Este aviso llegó primero al teniente Avila, que llevaba la vanguardia por suerte, y cuando descubrió los enemigos fué casi dentro de un casar, donde los españoles iban á hacer noche; y los holandeses habian llegado primero, que fué la ocasion de no escapar casi ninguno y ser la victoria tan dichosa; porque viéndose el teniente empeñado, avisando á D. Sancho de Luna, su capitan, y entrambos á D. Juan de Córdoba, sin perder ocasion, diciendo *Santiago*, cerraron con algunos de los holandeses que ya tocaban sus trompetas y se ponian á caballo; aunque quisieron algunos hacer resistencia, como gente cogida de sobresalto, fué en muy breve puesta en rota. Don Juan de Córdoba, que con golpe de caballería venía cerca, á los arcabuzazos llegó, y los que se resistian todavía, fueron muertos todos, sin quedar ninguno á caballo, y si

Rota de Tongo.

Serian trescientos caballos.

alguno escapó fué á pié arrimándose á la ciudad de Tongo, que, como imperial y neutral, defendió á los que se acogieron á sus muros, cerrando sus barreras y tirando desde las murallas en defensa de los vencidos. El saco de los carros fué muy grande y muy rico, y los muertos de los holandeses fueron más de docientos y cincuenta; habiendo muerto un solo caballo ligero de los de D. Juan de Córdoba.

§ VIII

Sitio de Huy, por Mos de la Mota.

Apresuróse con este buen suceso Mos de la Mota á sitiar la ciudad de Huy, y tomando los tercios de don Antonio de Zúñiga y D. Luis de Velasco, les ordenó que, dejados los bagajes, caminasen juntos á Huy, que se hizo con tanta diligencia y órden, que en un dia y una noche caminaron más de doce leguas, que era lo que estaban apartados de la ciudad de Huy; y á dos leguas por bajo de ella en barcas pasaron el rio Soma. Estas dos leguas se caminaron pasado el rio que sale de la ciudad por un pequeño burgo, donde iba la gente hambrienta y cansada generalmente, aunque codiciosa de hallar qué saquear, que es el cebo con que los soldados vencen grandes trabajos. El mayor refresco que en este viaje tuvieron fueron algunas manzanas que los mozos traian.

Rio Soma.

Estaba la tierra mojada y llena de charcos de agua, y iban muchos soldados tan cansados, que en un poco de alto que en una calzada se hizo, ribera del rio, se sentaban en el lodo, teniendo por muy buen asiento aquella humedad. Llegó allí Mos de la Mota y los dos Maeses de campo españoles, y hablando algunos capitanes, pasaron á otras partes, donde iban con Barlota y la *Quoquela* (1), que ocupaban las otras bandas de la parte del puente y altos de las montañuelas.

D. Luis y don Antonio.

Pedraza, natural de Jerez de la Frontera.

Como la gente hubo tomado aliento, un ayudante de sargento mayor del tercio de D. Luis de Velasco cortó del escuadron de las picas dieciseis hileras, que venian en órden de á cinco, y con el alférez Aldana, que por sello del Maese de campo ocupaba puesto de capitan, por la Calzada á buen paso arremetieron á una puerta del Burgo que estaba cerrada, y fué presto abierta por unos arcabuceros sueltos que estaban ya dentro por sobre las murallas y huertas por donde se podia entrar. Tiraban del castillo y de la ciudad algunos esmerilazos que por las casas no hacian daño ni descubrian la puerta. Entraron los soldados por aquellas casas, donde hallaron manteca salada, pan negro, que llaman *urot*, y vino y miel y algunas legumbres, con que comieron y descansa-

(1) *Quoquela*; los escritores españoles suelen decir la *Coquela*.

ron, siempre con las armas en la mano. La resta de los dos tercios entró y se alojó en aquel burgo, donde hálló que comer lo que he dicho.

Mos de la Mota reconoció la ciudad, y como soldado natural de los Estados sabía bien aquella tierra, y con brevedad determinó la parte por donde podia hacer batería á la ciudad, cuya muralla era casa-muro, y despues de haber *intentado* con una trompeta si querian dejar la tierra, á que no dieron oido ninguno, se plantaron por la parte del burgo, que los dos tercios de españoles ocupaban, tres cañones de batir, que rompiendo unas cercas de unas huertas, sirvieron de cestones, y las mismas cercas de trincheras para arremeter. Estaba la gente tan lozana, que se les puso á todos en la imaginacion con escalas poder en anocheciendo entrar en la ciudad, y en este pensamiento el tercio de D. Luis de Velasco, que estaba de vanguardia, se puso de encamisada, con divisas blancas, aguardando la señal y las escalas para arremeter; hubo diferentes pareceres sobre esta determinacion, y concluyóse que por la mañana se batiese, pues estaba la artillería dentro del burgo, y fué determinado que á gente alertada no se debia dar encamisada ni escalada.

§ IX

Otro dia, á las nueve de la mañana, habian los tres cañones derribado gran parte del muro junto á una puerta de la ciudad, que, como era casa-muro, pasaban las balas derribando las piedras, con que en poco espacio habia muy buena escarpa, por donde se podia subir á lo alto sin dificultad; y mandando al un Alférez del tercio de don Luis que subiese á reconocer la batería, subió animosamente, y descubriendo desde lo alto que no tenía gente á su defensa, haciendo señal dello se arrojó dentro de la ciudad, diciendo: *cierra España.* Don Luis de Velasco, que estaba al pié de la batería armado de todas armas con la mayor parte de su tercio, subió por ella, y llevándole casi en peso sus soldados, entraron dentro de la ciudad. Estaba por la parte de dentro el muro un estado de alto; y, en la angostura que hacia la calle que venía de la puerta, puestas unas botas y barriles llenos de tierra que hacian una pequeña trinchera, donde habia algunos holandeses á la defensa, que, como don Luis entró con su tercio, en un instante fueron muertos; y pasando á la plaza de la ciudad, venian del

A 13 de Marzo de 1595 se ganó la ciudad de Huy por asalto.

castillo doscientos soldados á defender la batería, que por haber tardado fueron muertos, donde hicieron poco daño. Como llegó la gente española á la plaza, tirando los holandeses algunos arcabuzazos, comenzaron á hacerse una *muela* turbados, y don Luis, con los que le seguian, sin perder tiempo, remitiendo el fin de la porfía á las espadas y picas, los mataron todos. Hubo un mancebo holandes de los enemigos, que habiendo muerto muchos de sus compañeros se defendió con su espada un gran rato, hasta que lleno de heridas cayó muerto, habiendo hecho prueba de hombre muy valiente. Á don Luis se le quebró la espada, y con la daga andaba tan metido entre los enemigos, que á puñaladas mató algunos, y para que en la priesa no le hicieran daño fué gran parte un paje suyo flamenco, que se llamaba Guillermo Panamaquer, que con la espada en la mano mató y hirió muchos de los holandeses, guardando su amo. Estaba don Luis muy de invidiar su valentía (era hombre pequeño de cuerpo, vizco), armado con unas armas fuertes negras, una banda de gasa morada y en muchas partes manchado de sangre. Llegó su compañía, que era la que le seguia, y acabaron de matarse los enemigos que se habian atajado, que no se volviesen al castillo. Don Antonio de Zúñiga con su tercio se puso en la plaza, habiendo entrado por la batería que estaba descubierta del castillo, de donde tiraban algunos mosquetazos, que con estar en ella la

gente apiñada, por tirar de léxos no mataron ninguno. Caian los que entraban, á aquel estado que estaba más alto que el suelo dentro la muralla, amontonados, porque los de detras rempujaban á los de delante; y esto fué con harta priesa cuando entraron los primeros, que por ser el autor soldado de don Luis de Velasco le tocó entrar con él, y dentro se halló, cuando ménos pensaba, hincada la cabeza en el suelo y los piés arrimados á la muralla, y haciendo lo que otros, se apartó del pié del muro, porque los que caian pudieran matar á los que estaban ya en el suelo. Como los enemigos fueron muertos, quedando amontonados en una calleja que va de la plaza al castillo y en la plaza, en un punto los mozos de los soldados los pusieron en cueros. Don Antonio de Zúñiga y don Luis de Velasco, que habian hecho hacer escuadron en la plaza, retirados los enemigos al castillo, deshicieron el escuadron, diciendo á los soldados: «¡Ea señores, aprovéchense ustedes de lo que han ganado!» Y á este decir, cada uno se fué á saquear la ciudad, que ya las naciones lo hacian, y, aunque los holandeses habian, con aquella caballería que se deshizo junto á Tongo, enviado lo mejor de la ciudad, con todo fué bueno el saco, valiéndoles á los soldados el rescate de las casas que hicieron á los dueños, que dentro de dos dias vinieron muchos y rescataban á dinero y muy poco precio los instrumentos de sus oficios. Ahorcó Mos de la Mota algunos soldados

por desórdenes que hicieron forzando algunas mujeres; no se llegó á las iglesias, guardando con mucho cuidado los monasterios de monjas. Costó un solo soldado esta vitoria de la ciudad, que se llamaba el Alférez Contreras.

§ X

FALTABA por ganar el castillo, que es fuerte á lo antiguo por el sitio eminente; la parte por donde se podia batir era desde una montaña algo léjos, donde Mos de la Mota puso ocho cañones en dos *camaradas* (1), que unos batian y otros cortaban de través, y hechas las esplanadas, á brazo los subieron los soldados alemanes á lo alto; y porque á aquella parte estaban unas torres de piedra, como estuvo la artillería presta comenzó á tiralles, continuando el hacello por algunos dias, que, aunque se batia con cuidado, la alteza y sitio del castillo no disponia la batería á poderse dar asalto. Como acababa de jugar la artillería, los del castillo mostrando ánimo y haciendo befa de lo que se batia, salia un soldado con una escoba puesta en un palo largo y hacia como que barria lo batido, convidando al asalto. Cuando hacia esto el holandes,

(1) *Camarada*, voz técnica antigua de artillería, *batería*.

á porfía se le tiraban de las trincheras muchos mosquetazos que nunca le acertaron ninguno. Aunque con estas demostraciones mostraban ánimo, con todo, la artillería que daba en la piedra, y era todo casamuro lo alto, mataba y heria muchos; y el no esperar socorro les obligó á llamar con una caja, y por la parte de la ciudad se concluyó que saliesen con sus banderas cogidas, bagajes y cuerdas muertas; que fué domingo de Ramos la conclusion de los pactos, y otro dia, que fueron á 21 de Marzo del año de 1595, salieron del castillo de Huy hasta ochenta soldados holandeses y algunos heridos, y fueron convoyados de la caballería ligera del campo hasta que estuvieron seguros. En el castillo quedó guarnicion de soldados españoles dentro, y el campo, despues de algunos dias que estuvo en Huy, salió y se deshizo, yéndose los tercios y regimientos á alojar por los Estados; y, pasados algunos meses, el rey don Felipe II de España mandó volver el castillo al Arzobispo de Liexa, cuyo era.

A 21 de Marzo salieron los holandeses del castillo de Huy.

Muerte de Ernesto, y eleccion de general en el Conde de Fuentes.

En estos dias murió en Bruselas el príncipe Ernesto, Archiduque de Austria, de cuya santidad y bondad hay mucho que poder escribir, y así en esta parte lo dexo á los que con más ingenio puedan hacerlo, pues en sus virtudes tendrán harta materia de mostrarse. Fué en su lugar nombra-

do gobernador y capitan general de aquellos Estados de Flándes y sus comarcas D. Pedro Enriquez, Conde de Fuentes, que á negocios importantes asistia entónces en la córte de Ernesto, aunque algunos de los grandes consejeros de aquel Estado desearon poner division en los votos de su eleccion, por amor y respeto que tenian con el conde viejo de *Masfelt*, que era gobernador de Lucemburque; y, por Maese de campo general de aquellos ejércitos, en otras ocasiones de vacantes habia sido electo general; y por haber sido siempre fiel á la Corona de España, mostrándolo con sus obras en el tiempo que más dañadas estaban las voluntades, aventurando su vida por su lealtad en las mayores alteraciones de aquellos Estados, era muy amado del rey Philipo II y de la nacion española; mas las esperanzas que daban el valor y virtud del Conde de Fuentes, con haber el príncipe Ernesto mandado en su testamento fuese obedecido en su lugar, vencieron toda la contradiccion que la voluntad de los flamencos tenía á otra cualquier persona de su nacion, y con gusto general de todos fué recibido su gobierno, mostrándolo en el aplauso de todas las provincias, que, por haber sido la casa de Toledo el azote con que ya fueron en tiempo castigados de sus pecados, fué de estimar.

Conde de Masfelt, leal á España.

El Conde, desque tuvo acetado el cargo, acudió á su obligacion sin perder el tiempo que las

cosas de la frontera de Francia le ofrecian, donde la fama le convidaba para que ganase las vitorias que Dios nuestro Señor le tenía guardadas en ella, que fueron casi prodigiosas, como deste discurso lo podrá ver el que lo leyere; y hago relacion como testigo de vista dellas, y que me costaron sangre y trabajo, y así prometo ir con la verdad de lo que alcanzáre; y si muchos hechos señalados no los refiriere, será sin malicia, por no los haber sabido, principalmente en los hechos y nombres de los coroneles y capitanes de naciones, cuyas obras han sido famosas en muchas *impresas;* y si dejáre de nombrallos, será por no saber sus nombres.

Jornada de Iatelete.

Juntó el Conde de Fuentes hasta ocho mil soldados, caballería y infantería, y por no dar tiempo á los franceses, contra quien hacia su jornada, llegó á vista de *Iatelete;* y por la parte de Francia, que es á levante, á cureña rasa plantó tres cañones, que á pocos tiros hicieron buen portillo para poder subir á lo alto; era una pequeña muralla labrada de *tepes*, y era el Burgo de hasta cien casas, que Francisco, rey de Francia, dicen labró el castillo al opósito de la citadela, que Cárlos V, Emperador, hizo edificar en Cambray; y por aquesto aquel pequeño número de casas le habia hecho la necesidad de los labradores, donde vivian seguros en tiempo de guerra al amparo del castillo; y el Conde, para mejor to-

Tepes, adobes de tierra y hierba.

malle, batió primero el Burgo, que como estuvo hecha la batería arremetieron á ella la compañía del maese de campo D. Agustin Mejía con don Francisco Corral, que era su alférez, y el capitan Sarmiento con su compañía, que era del mesmo tercio; y por lo baxo de una pequeña loma que hacia el terreno, cubriéndolos del castillo, subieron por lo batido, y matando los que á la defensa hallaron, entraron dentro del Burgo, donde la mosquetería del castillo los descubria, y mató y hirió algunos soldados; acudieron los que entraron por la batería á la puerta principal del Burgo, que es al norte, y por ella entró número de soldados de naciones, matando á todos los franceses que se hallaban y saqueando las casas. La guarnicion que tenía en el castillo mosiur de *Larimont*, que era su gobernador, retiróse á él, alzando la puente, y con la artillería procuraba hacer el mal que le era posible. Eran las casas de paja, y por quitar al campo la comodidad del alojamiento, con flechas de fuego desde el castillo las quemaron todas, con el grano de trigo y avena que habia en alguna dellas; hacia un poco de viento, que animó la llama, de suerte que hasta que sólo quedaron los paredones no se vian los soldados de humo y llama; si el echar estas flechas guardára el gobernador *Larimont* para el dia de la batería del castillo, fueran de más daño, y pudiera ser alguna centella abrasar la pólvora y poner en confu-

Es prudencia dejar algo de lo posible para la mayor necesidad.

sion el suceso. Desde aquel dia ordenó el Conde á D. Agustin Mejía que con su tercio asistiese trabajando las trincheras y surtidas, para batir el caballero que mira á esta parte del norte. Por ser labrado el castillo en lo más alto de aquellos collados eran sus fosos secos y con la labor á lo moderno muy fuerte; tiene cinco caballeros, continuados con los lienzos de la muralla, lo uno y lo otro con una cara de ladrillo, y por dedentro lleno de bóvedas, hasta algunos estados más bajas que el plan del foso, con que se hace dificultoso el podello minar y batir mal.

Descripcion de Jatelete.

§ XI

CUANDO comenzó en Francia la herejía, hay algunas opiniones que en este castillo comenzó á predicarse, y como es puesto de donde de diferentes provincias pueden juntarse con facilidad, fué el seminario de muchos errores; y decian algunos católicos franceses y de otras naciones, que por estos pecados Dios les envió tan grandes trabajos como pasaron en este tiempo, habiendo perdido sus casas y haciendas. Acabada la guerra, los naturales que quedaron vivos murieron de una muy recia peste, que sólo les daba á ellos, quedando generalmente tan descoloridos y flacos que cada uno de ellos

Castigo de Dios.

representaba la miseria; hasta que por aquellos campos murieron los más, sin tener sentido para huir de allí á otra parte. Y, aunque es opinion ordinaria, que la experiencia la ha aprobado en muchas partes, que pocas ciudades se ganan con violencia de armas, que despues de conquistadas no pasen los naturales dellas algun género de mal y de corrupcion, que del temor y espanto se les engendra, aquí en Iatelete pasó muy de lo ordinario, y fué visible castigo del cielo, el que pasaron. Nace á ménos de un cuarto de legua la fuente que hace el rio Escalda, y pasa por lo bajo del Burgo.

El nacimiento del Rio Escaldis.

§ XII

Despues de la partida del Conde de Fuentes de Bruselas salió en su seguimiento el Duque de Pastrana, que era general de toda la caballería del exército, y por indisposiciones que le cargaban, aunque caballero mozo y brioso, no pudo ir cuando el Conde; y recogiendo parte de la caballería que, por inconviniente de sus puestos donde venian, llegaron tarde con otras compañías de infantería que iban á Francia, hizo plaza de armas á *Cause*, desde donde el camino no era seguro para Iatelete, por haber de pasar

El duque de Pastrana pasa por Cambrai y llega á Jatelete.

los que fuesen por los términos de Cambray, que señoreaba el tirano Balañi; y ajuntando buen número de infantería y caballería, que iba al campo del Conde, una mañana, que le pareció tiempo de partir, tocó sus trompetas, y poniendo al capitan Buytrago, que venía del *Saso* con su compañía de guardia á los bagajes y vivanderos con otros muchos infantes sueltos de todas naciones, con su caballería se pasó en la vanguardia á la parte de la ciudad de Cambray con buena resolucion de pelear con los que saliesen de la ciudad, que no se creyó tan sin ruido la dejáran pasar. Iba el de Pastrana armado con unas armas de trofeos *anheladas* y que se comenzaban á labrar en Ambéres, que llaman de fuegos, que parecen mejor que las grabadas de Milan; llevaba encima una casaca de raso carmesí bordada de oro, iba en un caballo español, y por ser el Duque gentilhombre, parecia muy bien. Pasó esta caballería á vista de Cambray sin ningun embarazo, y llegados á Iatelete aquella noche, el Duque fué muy bien recebido del Conde de Fuentes con grandísimo agradecimiento de su venida, tomando el Duque muy á su cargo asegurar el campo del socorro de Francia, como lo hizo, no durmiendo ninguna de las noches que duró el sitio, sino siempre armado con la mayor parte de la caballería, tan vigilante, que por muchas veces que los

La compañía de Buytrago era de las del tercio viejo que el rey don Fernando la levantó para ganar á Granada.

franceses intentaban socorrer con pólvora y avisos á los sitiados, por todas partes topaban con su gente; era mucho de estimar, porque sus indisposiciones á otro hombre que fuera aún más robusto de complision no le dejáran levantar de la cama, y él con gran ánimo lo vencia todo.

Estaba don Antonio de Mendoza Torralba y el autor y otros.

Alojóse don Agustin Mejía en una casa que estaba más cerca del foso, tenía un arco de piedra que le servia de reparo delante, y hácia el castillo estaba con algunos capitanes y caballeros mozos, que eran sus camaradas, que asistian á lo que él les ordenaba; era sargento mayor de su tercio don Pedro Ponce de Leon, caballero muy cuerdo y de años de soldado. Han hecho costumbre en aquellos estados á los tercios que entran en aquella guerra nuevos, ponelles nombres, con que despues, aunque muden las cabezas, son conocidos por el nombre que se les dió cuando entraron. Este tercio, que era del maese de campo don Antonio Mejía, llamaban los zambapalos, y cuando áun no habian hecho tantas cosas valerosas como acabaron, al principio pesábales deste nombre, mas despues que fueron por sus hazañas famosos, holgaban de cualquier nombre que se les diese, como con él se hacia más conocida su valentía. Otros tercios llamaron los colmeneros, los galanes, el del ducaton, el de guinea, el viejo y otros nombres; con que mejor se acuerdan los soldados á muchos

dias pasados, qué tercio es el que se halla en la ocasion, que por la cabeza que lo rige, como se suele mudar, no es tan fácil, y para que mejor se sepa qué gente es la que en cada ocasion se halla, es bueno el nombre postizo.

Asistia Mos de la Mota á poner las piezas en las explanadas, que, trabajando de noche don Agustin Mejía, hinchendo cestones y haciendo las trincheras, se acomodaron diez cañones y se hicieron sus explanadas; y á la obra algunas noches asistia el Conde allí, despues que venía de rondar los cuarteles y ver la campaña donde el de Pastrana asistia. Una destas noches, ántes que se batiese, llegaron cien caballos franceses que traian sacos de pólvora de socorro, de que tenian falta en el castillo; y á media legua dél, con la priesa que traian, revueltas con las postas que el de Pastrana tenía puestas, llegaron los cien franceses donde asistia la persona del Duque con cincuenta caballos en una tropa, que, aunque los que venian eran doblados, el Duque con los suyos se les puso delante, y hubo bien menester las manos, que con la determinacion que traian los franceses cerraron con los del Duque, y á buena priesa se comenzó á pelear á pistoletazos y á cuchilladas, que los enemigos cerraron á la francesa; y fué ventura fuese la tropa con quien toparon donde asistia la persona del Duque, que con su ejemplo, y ser caballeros capitanes y tenientes los que estaban con él, que como á su general le

acompañaban, pudieron sufrir la determinacion de los que metian el socorro, poniéndose el Duque á los enemigos con el estoque desnudo valientemente, haciendo como buen soldado; que resistido el primer ímpetu, matándose de entrambas partes, de las demas tropas del campo comenzaron á venir al socorro, siendo muertos más de sesenta de los franceses; los demas, con la escuridad de la noche, en que venian confiados, se volvieron huyendo. Fué estimado este rencuentro de toda la gente de guerra que queria particularmente al Duque, que era bienquisto. El Conde agradeció y loó con demostraciones la valentía del Duque; algunos prisioneros fueron traidos á las trincheras donde estaba el Conde, que por no aguardar más tiempo no se juntase algun socorro de las guarniciones de la frontera, que podian, como los prisioneros afirmaban, se dió priesa á plantar la batería.

§ XIII

Ida de Ham; desbarate de Chico de Sangi y Olmedo.

PORQUE estando las cosas en Iatelete en este estado, al Conde le fué fuerza dejarlas en aquel punto, encomendadas todas á D. Agustin Mexía, y con cinco mil hombres de todo el campo á la ligera caminar á la ciudad de Ham, que es nueve leguas de Iatelete,

en el Bermandoes, á la ribera del rio Soma, donde del tiempo de la liga estaba á la parte del Rey de España, y en ella guarnicion de soldados italianos. Era gobernador de la ciudad mosiur de *Gomerol*, frances, que muchas veces habia prometido que con un hermano natural suyo, que él habia dejado por teniente viniendo á Bruselas, donde fué preso, con su contraseño entregaria el castillo á quien el Conde enviase, y debajo de este trato habia ido el capitan Olmedo con ciento y cincuenta españoles para ocuparle; mas el teniente frances, hermano de Gomerol, no sólo no quiso meter los españoles en el castillo; mas con inteligencias que tuvo con el Rey de Francia entró secretamente en él gente de guerra, y estando los italianos y Olmedo alojados en la ciudad, salió de la fortaleza la gente francesa, y degollando á los que se pusieron en defensa, prendieron á *Chico de Sangi* y á Olmedo herido, y á los demas soldados de la gente italiana y española dejaron ir de la ciudad, rescatando los que les parecieron de precio. Deste desbarato llegó la nueva al Conde; y así, con un pedazo de lo mejor del campo, á la ligera caminó á Ham, donde, llegados á tiro de cañon, comenzó á tirar el castillo; por esto no se acercó la gente; mas declaróse cómo el frances era señor absoluto de todo, y la gente que se pensaba habia de nuestra parte dentro estaba deshecha. Fueron dos damas hermanas del gobernador Gomerol, que venía en prision en

nuestro campo, á pedir al hermano natural entregase el castillo, porque donde no, moriria su hermano; y habiendo ido y venido algunas veces, no concluyeron ninguna cosa; y así luégo otro dia, de como se llegó por la mañana, comenzó á marchar el campo la vuelta de Iatelete por donde habia venido, habiendo pasado el Conde la noche sin cama, en unas aceñas que están poco apartadas de la ciudad. Venía en un coche el Gomerol preso, y llegados á una legua de Ham en un campo raso al pié de un árbol bien alto, que en gran tierra al rededor no se vee otro, un verdugo aleman le cortó la cabeza, y hasta que todo el campo hubo pasado quedaron ocho caballos del Preboste en su guardia, porque no le desbalijasen; despues, viniéndose los caballos, quedó con un lacayuelo. Era Gomerol hombre de buena gracia y barbinegro, de mediana estatura.

Por haber recebido con engaño dineros del Rey de España, prometiendo entregar á Ham, se le cortó la cabeza.

§ XIV

Cuando el Conde volvió de Han, ya don Agustin Mexía tenía los cañones y batería tan á punto, que sin dilacion pudo batirse una mañana despues de la vuelta. Á las nueve lúnes comenzó á jugar la artillería contra la punta del

caballero que mira al norte sobre el Burgo, y aunque por sus camaradas se batió con furia, por respeto de las bóvedas, aunque cayó gran parte de la cara de la muralla, que era de ladrillo y de argamasa, no se hizo buena batería por la poca escarpa que se hacia. Reconocióse la batería por el sargento mayor Torralba, y para el entrar de la gente al asalto fué hecha una surtida, á la boca de la cual estaba puesto el Conde, dando á todos ánimo con su presencia; y por evitar la desórden, mandó ninguno fuese al asalto que no fuese con su compañía; pusiéronse tres medios cañones en una loma fuera del Burgo, al poniente dél, para contra las defensas y parapetos, que de traves barrian todas las cortinas, donde claramente se vió el gran daño que hacian. Los capitanes que en la vanguardia entraron al asalto fueron D. Pedro de Guevara, que salió herido, el capitan Nodera, extremeño, buen soldado, D. Gonzalo Mexía y D. Francisco del Corral, alférez del maese de campo D. Agustin, de cuyo tercio fueron todas estas cuatro compañías, á quien seguian otras de borgoñones y valones con sus capitanes, que hicieron su deber valientemente. El caballero Reina, italiano, y el autor pidieron licencia al Conde para arremeter en la vanguardia, porque habian trabajado toda la noche en la desembocadura, y no la quiso conceder. Don Gonzalo de Mexía y D. Pedro de Guevara salieron á la batería, que demas de ser dificultosa de subir,

Asalto de Iatelete. El gobernador Nodera del Peñon.

habia un polvo de cal que cegaba los ojos; los primeros tres cañonazos de nuestras tres piezas que estaban en el campo volaron algunos franceses hechos pedazos, que todos gallardamente, como sintieron los españoles que subian, se descubrieron á la defensa sobre sus reparos; jugando contra ellos nuestra mosquetería de mampuesto con las bombas, guirnaldas y fuegos artificiales, que los sitiados arrojaban, y mosquetería de ambas partes, todo estaba envuelto en polvo, sangre y humo. Mosiur de Rona, Maese de campo general por el de Masfel, viendo cómo se daba el asalto, estaba ordenando con gran cuidado la seguridad del campo; descubríase por las campañas la caballería ligera y hombres de armas de ordenanzas en tropas, cuyo comisario general era Juan de Contreras Gamarra, soldado muy experimentado y diestro en su oficio. Estaba el Duque de Pastrana á caballo, acudiendo á todas partes con buen semblante y determinacion.

§ XV

Aunque los españoles perservaron en lo alto de la batería, peleando valientemente, los franceses, haciendo lo mismo, se defendian, matando y muriendo de ambas partes; los sitiados con ventaja, porque la batería estaba muy

mala de subir; y por unos agujeros que para claridad de las bóvedas, subian á lo alto, se despeñaron dos alféreces españoles y otros valientes soldados, entre los cuales, habiendo peleado valientemente, murió Gaspar de Porras Espinel, natural de Ronda.

Panduro era uno de los alféreces.

Duró un cuarto de hora y más lo porfiado del asalto, mas, como á los franceses se les acabaron los fuegos, comenzaron á tirar tanta cantidad de pedernales y piedras, que muy pocos de los asaltadores dejaron de recibir daño, y muchos rodando por la batería abajo, se comenzó á reconocer el poco fruto que se hacia. El Conde, viendo retirar heridos y maltratados los más de los soldados de la vanguardia, mandó á las compañías que estaban para el socorro diputadas que, mejorándose, procurasen tomar puesto en lo batido. Entre los capitanes del socorro llegó Cimbron, natural de Avila, y con él venía don Alonso de Lerma, natural de Búrgos, capitan de caballos lanzas, que entretenido servia sin compañía, y por el bando del Conde venía á arrimado aquella compañía. Mandóle el Conde, llegando cerca de la desembocadura donde asistia, dejase de ir al asalto y cumpliese su bando, que en el discurso de su vida tenía bien probado su valor; mas él, no haciendo lo que el Conde le mandó, por estar el puesto en la boca de la entrada del foso, se fué, y por entre los cestones de la artillería se arrojó en el foso, siguiéndole con muy gran desórden

muchos soldados que con tropel subieron por la batería, comenzando de nuevo los fuegos, piedras y arcabuzazos, peleando de ambas partes con buen ánimo. El Conde, que estaba viendo el asalto, como conoció á don Alonso que habia rompido el bando, aunque estaba en lo alto de lo batido, mandó á dos soldados fuesen, y de allí se le trajesen preso, los cuales lo hicieron, y él los aventajó. Fué llevado preso don Alonso y condenado á degollar, al cual perdonó despues el Conde, habiéndole puesto muy cerca de la muerte.

§ XVI

El autor con otros rodó hasta lo más bajo deshechas las narices.

EL asalto se continuó, más por estar la batería muy mala, eran muchos los descalabrados y quemados que rodaban; y viendo el daño que recebian sus soldados, mandó el Conde se retirasen, y de nuevo comenzó la artillería á batir, y con la gente del tercio de don Alonso de Mendoza y de otros coroneles, comenzó á mejorarse el asalto, que visto por los del castillo, y sintiéndose la gente muy cansada y herida y la batería algo mejor, habíase peleado el primer asalto más de tres horas, cebando con gente fresca, y eran los muertos y heridos muchos y los más sólo atormentados y descalabrados; porque como la batería en el postrer

tercio estaba muy agria, alguno que era rechazado de lo más alto llevaba tras sí todos los que encontraba hasta llegar á lo más llano; nuestra artillería, que habia jugado de traves, aunque los franceses se habian bien defendido, los tenía muy cansados y heridos—y no pareciéndoles buen acuerdo esperar nuevo asalto y de gente fresca, un tambor suyo se puso en la muralla, y comenzando á llamar, se le respondió luégo de las trincheras, y habiendo sabido que pedia seguro para dos capitanes franceses que querian hablar al Conde, se les dió; bajaron los dos franceses por la batería armados de todas armas, caladas sus viseras, con sus bandas blancas, bien gallardos; fueron recibidos de Mos de Rona y de otros caballeros y maeses de campo, que los llevaron delante del Conde, de quien fueron muy cortésmente recebidos, y tratando del modo cómo habian de salir de la plaza se concluyó, quedando rehenes de ambas partes, saldrian los franceses del castillo por la mañana otro dia con armas, bagajes y banderas; los rehenes se dieron, y aquella noche los unos y los otros fueron muy bien festejados y bebidos. Toda la noche se hizo buena guardia, andando rondando el Conde de unos cuarteles en otros con general alegría de todos, que esperaban la mañana para ver salir los rendidos, que toda aquella noche no estuvieron ociosos empaquetando su ropa y acomodando sus carruajes para partir por la mañana. Era gobernador de esta gente el señor

Larimont, de buen cuerpo, aunque cojo de una herida, soldado de buen nombre. Trabajó mucho en este sitio el sargento mayor Torralba, de quien el Conde hacia muy gran confianza, que por su diligencia y cuidado en cualquier género de trabajo lo merecia.

Señalóse en el primer asalto un coselete bisoño llamado Esclariques, que de paje del Duque de Pastrana fué con una ventaja á la infantería; púsose tan alto en la batería, que muerto le retiraron dentro los franceses.

§ XVII

Salen los franceses rendidos del castillo de Jatelete.

Otro dia por la mañana el Conde se puso á caballo, y con sus entretenidos y guion y los regimientos, coronelías y tercios hechos escuadrones, salió á sus plazas de armas; el Duque de Pastrana con toda la caballería ligera y de las ordenanzas de Flándes estaba á la parte de Francia para asegurar el campo y convoyar los rendidos, que á la hora de las nueve de la mañana salieron por la puerta del castillo en su órden, guiando Mos de Rona á las tropas, y ordenando por donde habian de ir; salieron más de seiscientos soldados rendidos, y muchos dellos heridos, que aquellas tres piezas de artillería que de traves les tiraban les hacian pedazos. Andaba

el Conde en un caballo español, en cuerpo, y un baston en la mano, con gusto general de todos sus soldados, á quien tenía ganada la voluntad con las pagas que procuraba dar á menudo, para lo cual el pagador general don Jerónimo Balter Zapata, sobre su crédito con cuidado enviaba dineros al campo desde Ambéres; dió el Conde más pagas á su gente que meses sirvieron á su órden. A los franceses rendidos que le hablaron, trató cortésmente, visitando todas las frentes de los escuadrones. Mos de Rona convoyó los rendidos hasta media legua del castillo, y desde allí algunas tropas de caballos ligeros los llevaron hasta Francia, cumpliéndoseles muy bien la palabra, dejándolos todos seguros con sus criados y bagajes.

Con ninguna cosa se gana mejor la voluntad de los soldados ordinarios que con pagallos.

En tanto que la batería se ponia en defensa, asistió el Conde con su campo; nombró por gobernador de aquella plaza á Luis del Villar, soldado viejo y capitan de caballos ligeros lanzas españolas, y dentro del castillo quedó una compañía de infantería española, cuyo capitan era Luis Bernardo de Avila, y otra del gobernador; en el Burgo quedó guarnicion de alemanes y la compañía del capitan Buytrago. Por no tener dinero que dar á estos alemanes, que quedaron en Iatelete, fué bien menester la prudencia del Conde para que quedasen, donde padecieron grandes trabajos adelante.

§ XVIII

PARTIÓ el Conde de Iatelete, y porque tenía intencion de sitiar á Cambray, fué por el Cambresi, y llegó á las murallas de la ciudad, donde gastando los sembrados, parte con los bagajes y parte haciéndolo los soldados á propósito, taló hasta cerca de sus huertas; donde habia gente de la ciudad en escuadrones, caballería y infantería, que al abrigo de la artillería de sus muros sustentaron toda la tarde la escaramuza, habiendo muertos de ambas partes; y en los escuadrones de los alemanes hizo algunos tiros la artillería de las murallas.

En la escaramuza truxeron al Conde un esguízaro vestido de azul y amarillo, que dijo ser de la guardia de Balani, y sin hacelle mal ninguno mandó el Conde le dejasen ir á la ciudad.

§ XIX

DESDE Cambray salió el campo á la frontera por la parte de *Bapames*, y desde allí Mos de la Mota, con tres mil infantes á la ligera y cuatro cañones de batir, se adelantó de vanguardia, y por la ribera de la Soma hizo su camino

á la ciudad de *Perona* con voz de que se iba á sitiar, y pasando la ciudad entre Perona y Clari, hicieron alto los escuadrones de la infantería. Mos de la Mota y Mos de Rusio, que era proveedor general del campo, que por ser frances iba con la Mota para tratar con un caballero que tenía á Clari le rindiese el castillo á cuarto de legua de Perona; está entre unas presas de aceñas, por donde se puede pasar toda la ribera de una parte á otra, y están en esta presa unas caserías, y llegado á ellas, la Mota pasó la presa, y no haciendo daño ninguno á los vecinos de aquellas casillas, esperó un poco, que fué lo que tardó el frances del castillo en venir, que era un caballero mozo, con quien trató entregase el castillejo. Iba por su guardia de la Mota el capitan Alonso de Ribera con su compañía, y cuando se comenzó á pasar la presa, en un bosque pequeño que de la otra parte del rio se vió estaba una gran polvareda, y preguntando qué gente era la que la causaba, los vecinos de aquellas casillas dijeron eran gente de la ciudad de Perona. Por el dicho de los moradores de aquel burgo, estando en medio del rio hizo alto la compañía, y la Mota mandó al autor fuese á la infantería, que estaba hecha alto entre unos trigos, para que se mejorase hasta unos paredones que caian más cerca de la presa. La vanguardia del escuadron traia el tercio de D. Agustin Mexía, y los capitanes que venian delante eran

General de Víveres, era su oficio de Rusio.

Señal de marchar alguna gente.

D. Juan de Ibarra y D. Luis Manrique, y avisando el ayudante del sargento mayor, se mejoraron hasta el principio del casarcillo. Los españoles que estaban con la Mota, aunque reconociendo con algun cuidado y tiento, pasaron la presa. Cuando pudieron ver lo que hacia el polvo, hallaron que eran más de docientas vacas, que huyendo se iban á la ciudad, y conocieron los habian burlado aquellos villanos en habelles dicho era gente de guerra, que con aquella breve tardanza que fué necesario hacer en no pasar sin reconocer se escaparon, y dentro de muy breve tiempo llegaron dos tropas bien grandes de corazas de la ciudad, que acabaron de retirar su ganado, que como salió fuera del bosque, estuvo libre de los infantes españoles.

Rindióse Clari. El frances que tenía á Clari concluyó sus conciertos, y viendo la fuerza de la gente y artillería, entregó el castillo, y entró dentro guarnicion de valones con un capitan de su nacion. Alojóse todo el campo á una legua de Perona, y á media noche se tocó un arma muy viva. El Duque de Pastrana, no pudiendo por sus males seguir el trabajo del campo, se volvió desde este alojamiento á Bapames; cargóle tanto el mal aquella noche, que de un paroxismo, entre otros que tuvo, fué tenido por muerto. De Bapames fué llevado á Bruselas.

El Duque de Pastrana se volvió á Bruselas.

Como la forma de sitiar á la ciudad de Perona

fué para divertir, cuando estuvo por el Conde dentro del castillo de Clari la guarnicion conveniente de valones, el campo todo por sus jornadas volvió al nacimiento del rio Ati, que pasa por Durlans; y siguiendo por el rio abajo sin encontrar enemigo ninguno, se llegó á vista de la ciudad de Durlans, cuyo sitio y disposicion en una breve suma diré ántes de tratar del modo como fué ganada.

§ XX

Es la ciudad de Durlans una de las buenas de la provincia de Picardía, situada en la ribera del rio *Abitti*, que sale al mar británico por una tierra que se llama *Pontanselanæ*, y por ser frontera del Artues, fortificada con muy fuertes muros y fosos de agua, con un fuerte castillo; al setentrion tiene á *Abenasleconte;* al oriente á Paz en Artues; al mediodía á la ciudad de Amiens; y al poniente al valle de Hedin. Esta breve descripcion haré en todas las tierras de que se hubiere de tratar, para que el curioso pueda verlas en el mapa, que hace la vista con la historia más durable la memoria de lo que se lee.

Descripcion de la ciudad de Durlans.

Llegados los aloxamientos dos leguas de la ciudad, el Conde, con toda la caballería ligera y al-

gunos infantes, comenzó á reconocer los puestos y sitios donde podia aloxar más cerca su campo; y llegándosé más, eran más ordinarias las escaramuzas que se trababan; y aunque dentro de Durlans habia entrado mucha y buena caballería y infantería, el poder de la nuestra los encerraba entre sus huertas, jugando de los muros en su defensa mucha artillería. Para estorbar el socorro, pareció poner el campo á la parte de Francia; y con escaramuzas contínuas se reconoció el castillo y la ciudad, haciendo los franceses gran resistencia en todas partes, teniendo cortados los caminos, fortificados muchos puestos con trincherones, que á la fuerza de la infantería les fué necesario desamparallos, retirándose al abrigo de sus huertas; y como á este tiempo no servia ya la caballería, entendió en batir las estradas, asegurando los cuarteles. Hubo pareceres entre los Maeses de campo y mayores cabezas del exército, sobre cuál parte de las dos se habia de emprender primero, ó la villa ó el castillo, y como cosa puesta en disputa, se reconoció muchas veces. Una tarde, reconociendo la citadela, fué muy mal herido de un mosquetazo en un muslo el capitan don Gonzalo Mexía, habiendo desaloxado los franceses de un puesto que defendian, como valiente soldado; al cual, despues de retirado, llevándole entre algunos soldados, llegó el Conde de Fuentes y con gran amor preguntó cómo iba, y con palabras muy honradas le

Don Gonzalo Mexía herido.



ofreció, en todo lo que pudiese, ser buen tercero para que S. M. le hiciese merced, porque él estaba muy agradecido de lo bien que habia andado aquella tarde.

§ XXI

PROSEGUÍASE todos los dias el reconocer la ciudad y el castillo, entrando siempre socorros, principalmente de los caballeros picardos, que fueron muchos los que se entraron; tanto que parecia temeridad emprender sitiar un lugar tan fuerte y lleno de gente, y que el Duque de Bullon, general del Rey de Francia en todas aquellas fronteras, prometia socorrelle. Hecha resolucion, no obstante estas dificultades, se ofrecia, si se batiria primero la ciudad ó el castillo, porque entrambas partes eran muy fuertes. Mos de la Mota, general de la artillería, tenía opinion que ganado el lugar era ganado el castillo. Mos de Rona, que era maese de campo general, tenía lo contrario; una noche á la prima, por la parte del Norte, por lo más bajo de la ciudad llegaron soldados de la Barlota y del tercio de don Agustin Mexía, para que entre ellos Mos de la Mota reconociese el muro y foso. Luégo, como anocheció, cerraron los soldados

Era Mos de Rona Maese de campo general, no obstante que la propiedad del oficio era del Conde de Masfel.

del campo con los franceses que estaban fuera en algunos cuerpos de guardia, que, como sintieron los españoles y valones, se echaron al foso huyendo; de las murallas era mucho lo que tiraban y de la arremetida murieron algunos, otros de los nuestros fueron heridos; luégo que se tocó en la ciudad al arma, se pusieron muchos lampiones á las murallas, y pasó palabra se retirasen los nuestros, y entre los soldados sacaron muerto á Mos de la Mota, herido de un mosquetazo en la frente, que reconociendo el arcen del foso, le dió la bala por debajo de un morrion fuerte que llevaba. Quedó por su muerte la opinion de Mos de Rona, en que se batiese primero el castillo.

Muerte de Mos de la Mota.

En este reconocimiento se halló el autor.

Fué Mos de la Mota soldado de mucho nombre y animoso; tenía un brazo ménos; era natural flamenco y habia servido á los Estados y con satisfacion; entendia el manejo de la artillería, era del hábito de Santiago y Comendador, y por su experiencia general de la artillería del exército de Flándes.

Hecha determinacion de poner la batería al castillo, mudó el Conde su aloxamiento, y, por la parte que mira á Francia llegando más el cuartel, puso su tienda entre dos colinas y unos arroyuelos, que servian de foso; y al opósito de Francia, aloxó españoles y valones; y á la principal venida de los franceses señaló la plaza de armas con al-

gunos medios cañones y culebrinas; y aunque el cuartel estaba cerca del castillo, por una loma pequeña que tenía delante no podia la artillería hacer daño. Hecho esto, mandó á Hernan Tello Puertocarrero, sargento mayor que era del tercio de don Alonso de Mendoza, que asistiese á las trincheras siendo dueño de ellas. Don Alonso de Mendoza, porque estaba muy estropeado y enfermo, no podia asistir de noche á lo que se trabajaba. Hiciéronse á la cabeza de la trinchera dos fuertes, junto á una horca, en forma de estrella, donde se pusieron las municiones, y se comenzaron los ramales de las trincheras; aloxáronse en ellos algunas compañías de infantería, previniendo en esto las salidas de los franceses, que, como habia mucha gente en la ciudad, pudieran hacer alguna de importancia; y con este recato se trabajaba muy á pié de plomo, como dicen, en las prevenciones y obras con buena diligencia, porque en pocos dias se estuvo debaxo de los muros, labrando la trinchera por algunos terrenos *blancos* y con piedra. Era el ingeniero el Pachoto; y, aunque el maese de campo don Alonso de Mendoza no profesaba el ser ingeniero, era muy gran hombre, y por ello estimado del Conde de Fuentes. Habia por aquella parte que se comenzaron las trincheras un llano y por todo alcanzaba la artillería del castillo. La campaña se iba labrando con ramos de trinchera, y en pocos cabos della se dejó de hacer reducto, que es una trinchera en redondo como fuerte sin traveses, capaz de te-

ner golpe de gente junta para contra las salidas, que, como queda apuntado, siempre se previnieron. Cuando se labró el castillo fué sacada mucha tierra de aquel llano, quedando muchos hoyos por todo él de cuatro á cinco brazas de circuito y más de una pica en hondo, que por el centro se acababan en forma piramidal; para quien no sabía el camino, de noche eran malos, y para la caballería peligrosos.

En uno de estos hoyos al ganar el rebellin cayó el autor y se maltrató, y así se acuerda dellos.

Plantáronse cinco piezas contra las defensas del castillo, y labráronse algunos trincherones para tener las guardias, ántes de entrar, cubiertas, mudando al anochecer por el peligro de los que mataban, que áun con todas estas prevenciones hacia gran daño el artillería; y una tarde, que se habia trabajado bien por los valones, se les dió una bota de cerveza, y púsose tras un trincheron, que estaba mejorado, algo más cerca del castillo que los primeros fuertes; los valones, con la sed ó gusto de beber, comenzaron con los sombreros y algun jarro á cargar sobre la bota; fué de modo que del castillo se veia el tumulto de la gente que andaba tras el trincheron á la cerveza; á un artillero del castillo, con un cañon, le pareció agualles la bebida, y haciendo puntería allí, salió tan cierta, que, dando en la bota, mató siete valones y derramó la cerveza; y tengo para mí que, los que quedaron vivos, se do-

Cerveza es bebida de Flamencos, hecha de yerbas, y emborracha tanto como vino.

lieron más de ver su cerveza derramada, que los compañeros muertos.

Habia delante del foso del castillo un pequeño rebellin, que por ser lo más alto de aquel campo tenía los fosos secos; para plantar la batería á la muralla era necesario ganar el rebellin, de donde todas las noches tiraban, con daño de los que trabajaban en las trincheras; determinado de ganarle, se truxo gente de todos los tercios de españoles, valones y borgoñones, y se procuró aquella noche trabajar bien para tener ménos que hacer por la mañana, que quiso el Conde se ganase el rebellin; apercebida mucha fagina, palas y zapas para cubrirse, que esto hacia don Alonso de Mendoza se tuviese con cuidado á mano, porque es de tanta importancia, que sin ello no se puede conservar lo que se gana en los sitios. Ayudaba con gran solicitud y diligencia al trabajo Diego de Durango, que era ayudante del tercio de don Alonso, á quien Hernan Tello Puertocarrero encomendaba el cuidado de asistir con los ingenieros y disponer lo que habian de hacer los soldados, que por sus guardias iban trabajando todas las noches, hasta que se determinó ganar el rebellin al amanecer, que de las trincheras hechas estaba más de cincuenta pasos. Vinieron más compañías de guardia por este efecto del tercio de don Alonso. De la compañía del capitan Buytrago se señalaron

Las prevenciones para cubrirse son las que suelen sustentar los puestos.

Con estos soldados de Buytrago arremetió el autor esta noche.

hasta diez soldados que al amanecer por el lado derecho se arrojasen en el rebellin, y con sus faginas, palas y zapas, que cada uno llevaba, se cubriesen. Hecho pié dentro dél, á mano izquierda se puso el capitan Mendoza, del tercio de don Agustin Mexía, para que ocupando el rebellin se cubriese y conservase el puesto, labrando lo que faltaba de trinchera para poder entrar á él cubiertos despues de ganado. Otras compañías de españoles se pusieron en las trincheras para arremeter por el medio, y á todos se les mandó llevasen una fagina, una zapa ó pala, para en tomando pié cubrirse. En este suspenso aguardaba toda la gente la señal del arremeter, cada uno procurando poner bien su conciencia con Dios, que es lo que el soldado que desea hacer el deber peleando ha de procurar; que aunque algunos desalmados hemos visto en las ocasiones ser valientes, la regla general que se vee más verdadera es que el que á la ocasion lleva su conciencia quieta, yendo confesado y hechas sus diligencias como cristiano, tengo por sin duda que demas de que con particular cuidado será animado de Dios, con más valentía se ofrecerá al peligro, pues cuando le llegue la muerte no muere para siempre, como el que estando en pecádo mortal acaba; que sola la imaginacion que si le matan va condenado le volverá torpe y cobarde; y esto basta acerca deste punto, que el demonio ha introducido entre los necios

Consejo christiano y provechoso para conocer los soldados en paz.

soldados tener por valientes los que pecando se atreven á Dios. Y es máxima cierta, que la he experimentado en las ocasiones que he visto, aquellos que en la paz son los juradores, los acuchilladores y valentones de las compañías, el dia que oyen zumbar las balas cobran tan gran temor, que son afrenta de sus naciones, si bien ha habido hombres esforzados con estos defectos, que suele ser raro.

§ XXII.

La señal para arremeter fué un cañonazo una hora ántes de amanecer, que, oido por todas partes, cada cuadrilla de las que estaban tendidas por los restroxos, diciendo «¡Santiago cierra España!», arremetieron, y al mesmo tiempo las compañías de las trincheras, que habian de ir por medio, lo hicieron á buen paso; por todas partes se tocaba arma con voces y arcabuzazos; los de nuestras trincheras tiraban al castillo, porque el rebellin se abrasaba de fuego, voces y cuchilladas. Habia llovido casi toda la noche, y por el foso del rebellin no se podia andar, porque el lodo y el agua era de más de dos palmos, y aunque venía el alba, con las nubes estaba oscuro, y pocos soldados dejaron de rodar al entrar en el foso, que estaba algo pendiente, pica y media y más de al-

Los diez soldados y otros, y con ellos el autor, rodaron hasta lo hondo del foso.

to, donde las zapas, palas y faginas los más las dejaron, pretendiendo subir al migaxon de tierra que el rebellin tenía en medio; y si á los enemigos no se les tomára por el foso las espaldas, con dificultad se les ganára el medio, porque con lo que habia llovido no se podia subir á lo alto; como más fácil y más abrigado de la artillería y arcabucería siguieron los españoles el foso, matando los franceses que estaban á la defensa, sin que les valiesen los piés, porque la furia que llevaban los nuestros no dió lugar á muchas tretas. Los franceses que estaban en lo alto y medio del rebellin, como vieron muertos los del foso y que les tomaban las espaldas, desampararon la defensa, procurando irse al castillo; y, baxando, los más de ellos fueron muertos, porque los españoles ya estaban al paso.

§ XXIII

Tienen muchos mala devocion con la fortificacion de los rebellines, por ser puestos que, sitiadas las plazas, es de fuerza el perdellos, y con gente en ellos que dicen pudieran ser de más servicio; aunque todos se hacen con traza que ganados de los sitiadores sean inferiores y descubiertos á là muralla de la plaza ó castillo, como éste estaba; con todo, donde no hay agua que se puedan hacer otras fortificaciones, lo que fuere

El que sitiado gastáre la más de la gente en defender el arrimársele no dirán que no hizo el deber.

perder los dos tercios de la gente fuera de los muros en las defensas he oido tener por buen consejo, pues arrimado el que sitia á la muralla es necesario que se pierda la plaza, si no es socorrida ó si ya no sobreviniesen calidades extraordinarias; que, como las reglas del esgrima, que no se pueden todas prevenir, así son las de la guerra.

Muertos los franceses que defendian el rebellin, comenzaba ya la claridad del dia, y con ella hacian puntería de los muros y arcenes del foso del castillo, matando y hiriendo á los soldados que le habian ganado; comenzó la necesidad á dar á cada uno priesa trabajando con las palas y zapas á cubrirse; y aunque ninguno sabía de la fagina ni pala que habia traido cuando entró en el foso del rebellin, todas estaban casi juntas en lo hondo dél, que unos por haber entrado rodando, otros por tomar las armas, las habian dejado allí, de donde unos á traer, otros á acomodar, y con otras que se truxeron, se fortificó, de modo que cuando fué dia claro todos estaban cubiertos, y el capitan Mendoza habia acabado con su compañía la trinchera por donde se entraba. En el rebellin murieron algunos españoles de los arcabuzazos cuando amanecia, porque los franceses tiraban á puntería al que querian, hecho pié y cubiertos en el rebellin.

Todo el dia se trabajó en él, acomodándole y

La mejor defensa para las plazas sitiadas son las naranjeras y mosquetes de posta.

poniéndole en defensa con muchos cestillos, sacos de tierra y algunos cestones, que se pusieron contra unas pecezuelas naranjeras y mosquetones de posta, que tiraron siempre á los que entraban de guardia á un descubierto de una desembocadura, donde mataron algunos soldados al entrar de las guardias. Murió con esta naranjera don Gabriel de Sotomayor, capitan de Borgoñones, natural de Alcalá de Henáres. Este dia llovió y la noche; que, con lo que habia llovido el dia de ántes, estaba todo lleno de lodo y agua, y el plan del foso hecho un charco, donde era fuerza los pobres soldados hacer su guardia. La noche siguiente el ayudante Durango

El Pachoto era uno de los ingenieros.

reconoció lo que habia del rebellin al castillo con los ingenieros, y comenzóse á trabajar la vuelta de una estacada que los sitiados tenian hecha en el arcen, de donde hacian mucho daño con la arcabucería; porque, tirando de los *arces* del foso á la campaña, duraba más espacio la bala en la proporcion y altura para poder herir á los que andaban en el campo, que tirando desde la muralla, donde á poco trecho es necesario dé en tierra ó vaya muy alta, lo que no hace la bala tirada desde el suelo. Eran más sin número los heridos y muertos destas noches que habian sido en las pasadas, que se tiraba de alto y de más léxos.

§ XXIV

TENÍA, dias habia, el de Fuentes avisos muy ciertos de la junta de gente que el Duque de Bullon, general del Rey de Francia, hacia para el socorro de los de Durlens, dentro de cuyos muros y castillo habia más de cuatro mil hombres de pelea, entrando y saliendo los que querian á la deshilada; y demas de los soldados, que de sello hacian profesion, habia gran número de caballeros picardos que llaman Mosiures, los cuales, muchos dellos habian entrado á la defensa y murieron dentro, habiendo venido por mandato de sus damas á hacer prueba de su persona.

Son los caballeros franceses muy festejadores de las damas en las apariencias.

El Duque de Bullon pudo, como general de toda aquella frontera de Picardía, juntar un golpe de gente en que tenía más de mil y quinientas corazas, dos mil infantes franceses y cuatro mil esguízaros; campo para poder hacer el socorro, si Dios, que da las vitorias, no lo guiára, como sucedió. El Conde, que por sus espías sabía el socorro que se apercebia, hizo el mayor esfuerzo que pudo, trayendo de todas partes gente de los burgeses de Flándes, del Artues y del Enao, que, aunque no son tan diestros como los soldados pagados, para lo

Burgés. Ciudadano.

que los aprovechó allí el Conde son de servicio; guardando algunos fuertes y trincherones que para contra las salidas y socorro estaban labrados, que con los mosquetes y arcabuces que ellos usan en sus ciudades, guardan muy bien el puesto que se les encomienda.

Como el de Bullon tuvo junto el socorro, por momentos sus corredores tocaban á arma al campo del Conde, y una mañana, á las nueve, víspera de Santiago, nuestros caballos, que batian las estradas, avisaron cómo el socorro venía, y tan presto como llegó el aviso, se tocó á arma por todos los cuarteles con tanto calor, como quien sentia al frances que á más andar se iba acercando temeraria y inconsideradamente. Ya tengo dicho el aloxamiento del Conde era entre dos riberillas que se hacian de las quebradas de aquel campo, y aunque el bando del Conde habia sido aloxasen todos entre estos dos arroyos, los mercaderes y vivanderos, por estar con más comodidad, estaban por fuera por la parte de Francia, contra el órden, y como oyeron el arma, á la más diligencia que les fué posible comenzaron á retirar sus carros y bagajes á dentro del cuartel, donde estaban más seguras sus haciendas y caballos; y estaban tan temerosos, demas que es su natural desta gente, porque habian los franceses llevado de aquellos campos, pocos dias habia, algunos caballos y prisioneros, y con este miedo, abatiendo sus tiendas y cargando sus mercancías, se die-

ron priesa á pasar el arroyo por una puente que tenía, donde estaba un cuerpo de guardia de infantería; la priesa en el pasar fué tanta que de las plataformas y del castillo creyeron que el campo, levantadas las tiendas, huia. O que el frances gobernador de la ciudad avisase al Duque de Bullon que se diese priesa, porque el campo español huia, ó que, segun otros, sin órden de los de Durlens un villano lo dijo al de Bullon incitándole á apresurarse, con el orgullo frances lo hizo, viniendo más de tres leguas á media rienda, cansando sus caballos y los dos mil infantes franceses, teniendo por cierta la huida del Conde, el cual con diferente determinacion, en sintiendo el arma se puso á caballo, y mandó reforzar las trincheras, que era lo más peligroso; y dada esta órden caminó á la plaza de armas, de donde sintió los franceses que venian con furia á rienda suelta, hiriendo y matando, teniendo el campo y vitoria por suya. Venía la caballería francesa en dos tropas que llaman de corazas; en una venía el Duque de Bullon; y en la retaguardia, que hacia la otra, Mosiur de Vilers, Condestable de Francia y gobernador de Normandía.

Vinieron Sampol, Bullon y el Almirante Vilers.

§ XXV

PARA la inteligencia de quien no hubiere tenido noticia de lo que llaman corazas los franceses, aunque sea prolixo, he de decir un poco; y acerca del abuso de los soldados españoles, que por floxedad y pereza aborrecen el uso de la lanza de ristre, aunque los antiguos franceses, cuentan sus historias, que fueron los que más en Europa usaron, siendo hombres de armas, las lanzas de ristre. Las propias comodidades han introducido en sus guerras civiles el dexallas, que el año de 1595 que se hacia esta guerra no se hallaba en todo el reino de Francia una compañía de hombres de armas con lanzas; siendo la corneta blanca y demas compañías del sueldo del Rey de Francia corazas, que son hombres de á caballo con las armas fuertes y dos pistolas al arzon y una espada ancha, que ellos llaman cutelax. Hase introducido este modo de gente á caballo por la comodidad de los mesmos soldados, que no sólo es su profesion defender la opinion de sus Reyes, sino sustentarse robando por los bosques los de una parcialidad á los de la otra, pudiendo mejor hacer esto sin lanzas, porque armado un hombre con un balandran, ó muchos, no se distingue hasta

Digresion en la opinion del uso de la lanza contra lo que los soldados introducen por sus comodidades.

estar muy cerca, si son soldados ó caminantes; y al entrar en sus ciudades y villas, no conociendo con certeza que son soldados, se tiene ménos recato en las posadas; que, aunque sea gente de guerra la francesa, todas las veces que pueden dormir en camas lo hacen, y la lanza para entrar y salir y para aloxalla á ella sola ha menester un zaguan y la cuenta que no la hurten; y para el encuentro ha menester caballo de guerra, y no rocin de paso, como es más comodidad tenelle quien lo más del año anda de villa en villa y de bosque en bosque, robando; porque la paga de Francia mejor es la licencia que los soldados tienen en esto. Para sus guerras civiles ha sido necesario servirse el Rey de Francia de los franceses, como los Musiures y soldados le han querido acudir, y por estas sus comodidades han dexado las lanzas; mas no, porque para un poderoso Rey, que hace la guerra Real, sea más provechosa la coraza francesa que la lanza de ristre; pues como los caballos ligeros sirven agora en los Estados de Flándes, dexando las lanzas son corazas, que pocos dexan de traer sus pistolas al arzon y sus estoques de armar, que son mejores que las cutelazas; siendo el efecto de la vista más grande un escuadron de lanzas con banderolas; para ir á correr el campo engañosamente, más cubiertas van las corazas y parecen ménos, que es provechoso para su propósito de los que van á robar; mas, para la grandeza del Rey y su provecho y de

su campo, de más servicio son las lanzas; y aunque los oficiales entienden esto, tambien nuestros caballos ligeros las dejan con daño notable del servicio de nuestro Rey; pues un ejército, que es semejante á un humano cuerpo, ha de constar, para ser perfecto, de todas sus partes.

Volviendo á Bullon, venía cerrando á la francesa con su vanguardia; y la caballería española, que no esperaba con aquella presteza al frances, áun no puesta en batalla, estaba repartida por la plaza de armas; don Cárlos Coloma y don Juan de Contreras Gamarra, que habiendo salido al arma se hallaron con los franceses delante, con ánimos esforzados, calando sus viseras con sus compañías juntas, aunque el número de sus soldados no llegaba á ciento y los franceses pasaban de más de ochocientos, diciendo: ¡ Santiago, España, España! cerraron. Venía un poco delante de la tropa francesa un caballero, que dixeron era Mosiur de Cengebaus, capitan de corazas, conocido en toda la Francia por la fuerza que tenía en los brazos, al cual, don Cárlos encontró con su lanza, derribándole en el suelo pasado por una ingle; y encontrando don Juan Gamarra otro con la lanza, fueron recebidos en medio de los franceses con los demas soldados españoles que les seguian, y aunque peleando todos valientemente resistieron algo, mas mezclados los franceses con las lanzas, hacian más efecto sus pistolas. Los nues-

Agora gobierna el castillo de Perpiñan.

tros tomaron la carga cada uno dando voces á los otros se tuviesen con los franceses, que con sus cutelazas les daban. De los españoles, el que más gritaba al compañero que hiciese rostro, no se olvidaba de las espuelas. En esta manera, llevándolo todo de vencida, iba la tropa de Bullon derribando, hiriendo y matando sin topar cosa que le resistiese. Don Sancho de Luna, caballero del Hábito de Santiago, que era capitan de las compañías de la guardia del Conde, llegó á esta sazon, donde el Duque y los suyos lo llevaban todo de vencida, y dando de las piernas á su caballo y enristrando su lanza, cerró con los franceses por un costado, siguiéndole su teniente; fué recibido en medio de la tropa, y quedando por muerto con cinco heridas, le dexaron en tierra; sus soldados le siguieron pocos ó ningunos. Esto sucedió en la parte derecha de la vanguardia francesa hácia el Mediodía. La otra tropa que traia Mosiur de Vilers (1) al Mediodía venía más metida, que era donde los nuestros tenian su plaza de armas, y tras ella venian los dos mil infantes franceses, que con el pensamiento que nuestro campo huia, como traian creido, venian todos desalentados; con la repentina priesa de los franceses, nuestros escuadrones de infantería no estaban aún acabados de formar; á una manga de mosquetería de la vanguardia con hasta doscientos tiradores habia toca-

(1) El verdadero nombre de este personaje era Mr. Villars.

do salir con ella á los capitanes don Pedro de Guevara, Alonso de Rivera y al capitan Mendoza, los cuales en su puesto se pusieron entre unos panes sobre una loma, donde Mosiur de Vilers venía derechamente cerrando con su tropa, que como llegó cerca, habiendo tomado la manga por el costado, improvisamente y cuando ménos los franceses pensaban habia quien les hiciese resistencia, á un tiempo, como se habia entrado hasta las bocas de los mosquetes, se les hizo una salva tan buena, que pareció que todo el infierno de fuego tenian aquellos trigos; las balas hirieron y mataron más de cien caballos, rodando por el suelo ellos y sus dueños; el espanto fué grande desta rociada, y los caballos, que venian sudados y cansados de lo mucho que habian corrido, con el asombro no pudieron seguir la vitoria que pensaban tenian alcanzada; ántes volviendo para retirarse, no pudieron hacello los caballos cansados y pasmados, y medrosos y cortados los señores dellos. Don Cárlos Coloma, con alguna de nuestra caballería, que, con el alto que los franceses hicieron, se habia juntado y rehecho, cargó de nuevo sobre la tropa del almirante Vilers, que era la que más se habia empeñado, que con el cansancio áun huir no pudo, y comenzando á hacello se desordenaron del todo: el Duque de Bullon hizo lo mesmo con su gente, porque ya estaba en tropas nuestra caballería; principalmente los hombres de armas, que llaman de ordenanzas de Flándes, estaban en

sus escuadrones. Siguieron los nuestros al alcance más de dos leguas, matando y prendiendo los que les parecia; murieron más de trecientos hombres conocidos, y fueron puestos á pié más de quinientos soldados de los franceses.

§ XXVI

Como el escuadron de la infantería francesa vió huir tan sin tiento su caballería, hizo alto y, vueltas las caras, comenzó á volver por donde habia venido; ningun soldado ni tropa de nuestra caballería se atrevia á estorbarles su camino, viéndolos ir amontonados, aunque sin órden. Don Luis del Castillo Puertocarrero, natural de Salamanca, capitan reformado y entretenido, estaba con armas de infante á caballo andando de unas partes á otras, y pareciéndole flaqueza que delante los ojos se les fuese aquel escuadron, con ruegos y palabras coléricas forzó á un teniente de caballos, que estaba con algunos pocos soldados italianos, que yendo él delante le siguiesen; que cerró con todo el escuadron, siguiéndole los demas soldados; y poniendo en huida á los franceses, que ya iban perdidos de ánimo, en un instante fueron todos muertos, y de los mozos del campo desnudos en carnes, quedando en montones, que si no fueron algunos pocos que se to-

maron en prision, de los dos mil ninguno quedó para llevar la nueva. Fué herido don Luis Puertocarrero en la boca, que le hicieron pedazos la lengua y los dientes.

§ XXVII

En el ataque que por todas partes se seguia fué tomado en prision Mosiur de Vilers, el condestable, el cual iba con unas armas fuertes, todas doradas, un gran penacho blanco y una banda blanca bordada; estaba á pié entre los soldados que le tenian, que eran cinco ó seis caballos ligeros, y traian alguna diferencia sobre de cuál era prisionero. Llegó por allí Juan de Contreras Gamarra, que era comisario general de la caballería, y pareciéndole que los enemigos podian rehacerse y volver sobre los nuestros, porque áun no se gozaba de toda la vitoria, que el Duque de Bullon iba huyendo con un gran escuadron, diciendo á los soldados á voces «mata, mata, que no es aún tiempo de prisioneros.» No hubo Contreras bien reprendido esto, cuando un soldado, que no debia tener mucha accion á la prision, alzándole la falda del guadarnes, le dió un pistoletazo, de que luégo murió, y fué en un momento desbalixado como los otros. La celada, penacho y banda fué presentado al Conde y puestos en su recámara.

§ XXVIII

MEMORIA DE LOS MUERTOS Y PRESOS DE MÁS CANTIDAD EN LA BATALLA SOBRE DURLENS, QUE Á LOS 24 DE JULIO DE 1595 FUÉ DADA.

Mos. de Vilers, almirante de Francia y gobernador de Normandía.

El Mosiur de *Cengebaus*, Marigal de campo.

Mosiur de Liramont, su primo.

El Conde de Belin, prisionero.

Mosiur de Riecurt, su sobrino.

Mosiur de la Sause.

Mosiur de Gamarsa, corneta del Duque de Bullon.

Mosiur de Guitre, capitan de caballos y su teniente.

Mosiur de Dami, gobernador de Reya y capitan de hombres de armas.

El baron de Beseli, capitan de caballos.

El señor de Acabile, gobernador de Pondemere y capitan de caballos.

El señor de Liramont, gobernador de Iatelete.

El señor de Malevilesier, gobernador de Neujateu.

El señor de la Pedreyra, capitan de caballos.

El señor de Francavila.

OTROS PRESOS, QUE MURIERON, ALGUNOS ÁNTES DE HACER SU RESCATE.

El Vidame de Amiens.

El Comendador de la Xatra, gobernador de Yepa.

El señor de la Buxería, gobernador de Corbi.

El Vizconde de Auxi, gobernador de Sanquintin.

El señor de Tun, gobernador de la caballería.

Los prisioneros. El señor de Survila, hijo del gobernador de Perona.

El señor Ful, teniente de Mosiur Survila.

El señor de Bellin, gobernador de París.

El Baron de Longar, capitan de hombres de armas.

El señor de Santagata.

El señor de Guillamont.

El señor de Rocha.

El señor de la Trenchera.

El señor de Osimon, caballero de Sampol.

El señor de Guillar.

El señor de Salamola.

El teniente de Mengavil.

Tres gentiles-hombres del Conde de Sampol.

Otros prisioneros escondió la caballería y infantería para hacer mejor sus rescates; y de otros muertos de cuenta no se puede tener noticia, porque eran muchos.

§ XXIX

Cuándo esto sucedia en la frente de nuestros escuadrones, en las trincheras estaba Hernan Tello Puertocarrero y algunos caballeros entretenidos con él, que habian asistido siempre á todas las trincheras; estaba la ciudad y castillo que no se sentia gente, y las trincheras con gran silencio; todos los soldados prevenidos, aguardando la salida que se creia habian de hacer los franceses, teniendo cada soldado tres cabos encendidos, con órden que hasta emplear muy bien las municiones no las gastasen, sino en la defensa, que siempre se creyó fuera bien menester, por la gente mucha que venía y estaba sitiada. Estando en esta suspension de ánimos, llegó por la parte de la campaña á vista de las trincheras un caballo castaño con todos sus aderezos de terciopelo carmesí y trencillas de oro; llegó por allí dando saltos y coces, y como no hubo ninguno que conociese ser de nuestro campo, lo tuvieron por buena señal los soldados, y todos creyeron era de los franceses: no tardó que llegó á las trincheras un ayudante del tercio de don Alonso, el cual afirmó que los franceses iban desbaratados, habiendo muerto algunos hombres particulares de los nuestros. Pasado más de me-

Eran de los que estaban en las trincheras don Diego de Acuña Durango y el autor.

diodia, á vísperas llegó la nueva cierta de la vitoria de nuestra parte, y fueron muchos los prisioneros que se soltaron sin rescate ninguno. Un criado de un capitan entretenido del Conde trujo quince prisioneros, y viniendo á la tienda otro capitan que era su camarada, como halló la barraca llena de franceses que estaban sentados para comer, y viendo él mal pelo que tenian, los sacó á todos fuera del cuartel y los envió, sin querer más rescate dellos que amonestallos, siguiesen en las ocasiones, que adelante se les ofreciesen de guerra, otro general que fuese más cierto católico que el Duque de Bullon. Halláronse muchas armas en el despojo, que, siendo muy ligeras, no las pasaba arcabuz, que decian tenian por seis meses aquel temple, y con su ligereza, en ninguna manera, viendo su fortaleza, parecia creedero. A la hora que anochecia, por la parte de Aras se descubrieron con sus banderas hasta seiscientos valones y flamencos que venian por órden del Conde de sus guarniciones para hacer más número de gente, á nuestro campo.

Gozando de la victoria alcanzada, los cuerpos de los franceses más conocidos fueron dados á los suyos, para que en sus tierras fuesen enterrados con la honra que fuese su costumbre. Entre ellos fué llevado el Condestable y otros en unos carros cubiertos con unos paños negros.

§ XXX

VOLVIENDO al sitio del castillo, se continuaba con alegría universal de todo el campo, y los sitiados, no mostrando punto de temor ni tristeza, se prevenian á hacer su posible todo en su defensa; y porque desde una estacada que estaba en el arcen del foso del castillo enfrente del rebellin que los nuestros habian ganado, los franceses hacian mucho daño, una mañana se le mandó al capitan Alonso de Rivera con su compañía la ganase, y desaloxase del puesto del foso al enemigo, y cumpliendo la órden al amanecer, con muerte de algunos españoles, se desaloxó á los franceses, y se cubrieron los soldados en la misma estacada con la tierra y fagina que habian traido para ello; esto se hacia con priesa, porque de la muralla del castillo tiraban al que querian á puntería; fueron más de treinta los muertos y heridos aquella mañana. Cuando los más estaban cubiertos, el Conde Buquel, caballero del hábito de Calatrava, de nacion valon, solo venía por el campo rodando un ceston, y como llegó donde estaban los españoles cubiertos, y no podia llevar bien el ceston solo, dijo si habria quien se le ayudase á llevar; uno de los españoles que estaba ya cubierto, dejando la trinchera, salió á ayudalle.

Fué el que salió á ayudalle el autor.

Por la parte del agua hácia la villa comenzaron á salir en órden algunos franceses, mostrando venir á las trincheras y puesto de la estacada que se acababa de ganar, salió á su encuentro del puesto del rebellin, que ocupaban los españoles, don Fernando Deza, capitan reformado y entretenido, y que asistia con Hernan Tello, y tras él comenzaron á seguir los soldados de los ramales de las trincheras, y por el mesmo arcen del foso caminaron á cortar los que habian salido de la ciudad, que como vieron á los nuestros que iban en su busca, mudando propósito, se tornaron á meter debajo de sus reparos; y á los soldados que andaban descubiertos por los arces del foso de la muralla les tiraban, y hirieron á muchos y al autor, que iba siguiendo á don Fernando, le pasaron el brazo derecho de un arcabuzazo. El arcen del foso y la estrada encubierta quedó por los sitiadores, retirados los franceses, y dentro de pocas horas se aderezó de modo que luégo se comenzaron á hacer las explanadas para la artillería. El Conde de Fuentes estaba á esta hora á la boca de la trinchera dentro del rebellin, hablando amorosamente á los que salian heridos, y otro dia envió á visitar al autor con el secretario Moran, que con los heridos acostumbraba á hacello por socorrer las necesidades de todos.

Uno de los heridos fué el autor.

§ XXXI

Como el Conde deseaba no perder tiempo, porque, si el Rey de Francia se le desocupaba de otras partes, donde le entretenia la guerra, hallaba por dificultoso hacer tan á su salvo las impresas que hizo, viendo á Durlens el estado en que estaba, dió priesa á plantar la artillería, la cual con buena diligencia fué puesta al castillo, de deciseis cañones y algunas culebrinas á las defensas; y aunque el Duque de Bullon, que era general del Rey de Francia, echaba fama que tornaria á socorrer el castillo, no lo hizo; mas el Conde se previno, poniendo á la parte de Francia, en muchos fuertes y reductos, toda la gente que las villas del País le habian enviado, y señaló la gente del asalto, asistiendo él con su persona á ver cómo cada uno lo hacia desde las trincheras.

§ XXXII

Llegado el dia de la batería, luégo por la mañana comenzaron los cañones su música, procurando que las camaradas disparasen juntas, porque se ha hallado por experiencia derriba más muralla y atormenta más, cuando las balas de toda la camarada, con que se bate, llegan

á un tiempo; comenzó á hacer luégo efeto, porque un teniente flamenco y el teniente Lechuga, que allí asistian, estaban con gran deseo de acertar á servir al Conde de Fuentes, que para tener su gracia es el camino proceder bien en lo que á cada uno toca. Comenzóse la gente del campo á poner en órden para el asalto, la caballería en sus tropas á la parte de Francia; batióse hasta que pareció que estaba buena la batería, y de los tercios de los españoles se señalaron compañías que fuesen en la vanguardia. Para aquel dia y ocasion habian los franceses guardado un traves, de donde con una pieza naranjera comenzaron á tirar, y mataron con ella algunos, y entre ellos fué uno el capitan Rosales, del tercio de don Agustin, que venía con su compañía á hallarse al asalto; que como se dejó de batir, á hora de la una de la tarde se comenzó, peleando los franceses y los españoles con gran obstinacion, echándose innumerables bombas, guirnaldas, redomas y muchos artificios de fuego; subiendo á lo alto de la batería se podia hacer pié, y allí los españoles amontonados perseveraron, enviando siempre el Conde socorro de españoles y valones y borgoñones y otras naciones, que valientemente peleaban conservando el puesto, aunque morian de ambas partes. Vista la resistencia y pelear de los franceses, que estaban amparados de un trincheron, cobrando ánimo los españoles y naciones, con un ¡Santiago! y con buena resolucion pasaron el trincheron, y matan-

do á los que estaban primeros, el temor cayó sobre los franceses, y sin esperar más, cada uno procuró salvar la vida á la más priesa que le fué posible. Habia del castillo á la tierra un muy hondo foso seco, y tan peinado que parecia más alto de lo que era. El Gobernador Mosiur de Ronsue, señor de la casa de Piana, deseoso de defender el castillo y no retirarse por ningun caso, tenía hecho un puente de la tierra al castillo muy angosto por una parte dél, que era muy alta, y la puerta principal la tenía cerrada y levantado el puente, confiado que con el gran número de gente que tenía no habia menester socorrerse de la ciudad, porque le sobraba, y los más eran hombres principales, de quien confiaba. Como la puerta principal del castillo estaba cerrada, los que huian comenzaron á hacerlo con priesa por aquel puentecillo, que demas de ser angosto, la priesa de querer todos pasar y el miedo de las manos españolas, que mataban á todos cuantos topaban, los apeñuscaba de manera que, sin poder ser remediados ni pasar á la villa, se despeñaron por allí y por las murallas al foso más de dos mil franceses, los más dellos hombres particulares. Tras los franceses siguieron los españoles, que baxando al puente principal por las baterías, fué llena la ciudad de gente de guerra, sin hacer otra resistencia sino morir; y, aunque á muchos salvó meterse en los templos, á otros no les valió acogerse á sagrado, que muy sin cólera los sacaban los valones y borgoñones y

algunos españoles á quien habian muerto al amigo ó camarada, y puestos fuera de sagrado los daban de puñaladas. Pasó palabra, que hizo mayor la matanza, que mandaba el Conde ninguno se tomase á partido, y con esto, los que estaban lastimados por alguna muerte de amigo, á todos cuantos franceses topaban, aunque fuesen ya rendidos, los mataban. Comenzóse á arder la ciudad, porque los alemanes pegaron fuego á ciertas casas, y prendió de modo que se quemó casi la mayor parte dellas con mucho grano y muebles y algunas personas, que huyendo de los soldados se quemaban; duró hasta la noche el saquear y matar. Nuestra caballería tambien hizo algunos prisioneros, que por la parte del agua huyeron. Fueron los muertos más de tres mil y quinientos, y muy pocos los tomados á prision. Aquella noche los soldados, que estaban de posta entre el castillo y la ciudad, oyeron un frances que entre los muertos pedia socorro, y prometia diez mil escudos de rescate á quien le socorriese; fueron á él, y era un Musiur, hermano del gobernador de Durlens, y estaba herido en un muslo y de una estocada; sacáronle con la codicia del rescate y pusiéronle donde fué curado, y despues con particular cuidado llevado á la ciudad de Aras, donde murió. Quedaron muchos prisioneros de cuenta, entre ellos Mosiur de Gribobal, gobernador de Pondearmi, que despues estuvo preso en el castillo de Ambéres hasta que se res-

Fué falsa esta voz.

cató. De los muertos fueron gran número los mosiures; fué prisionero el maese de campo Mosiur de Haraucurt, que tambien se rescató.

§ XXXIII

CONTENTO el exército del buen suceso, tuvo el Conde traza como dalles algunas pagas, con que siempre le tuvo muy obediente, y habiendo comenzado á ponerse en defensa la batería y á allanar las trincheras, nombró por castellano y gobernador de la ciudad á Hernan Tello Puertocarrero, que en la labor de las trincheras habia trabajado; y porque desde aquí hizo Hernan Tello la entreprisa de la ciudad de Amiens, en que la memoria jamas le olvidará en Francia, diré su talla y patria. Fué de la ciudad de Toro, en Castilla la Vieja; era pequeño de cuerpo, bien hecho, algo castaña la barba, y aunque se trataba bien y gastaba, como quien no lo tenía de su patrimonio, era amigo de tener; quedó en Durlens con número de españoles en el castillo; en la tierra quedaron borgoñones y valones, que son muy buenos soldados, y para la guerra que se hacen unas fronteras á otras son mejores y de más provecho que los españoles, porque demas de saber la tierra, con la lengua, que es casi francesa, tienen más inteligencias que las otras naciones.

§ XXXIV

PROVEIDAS las cosas necesarias en Durlens, y enterrados los muertos, puestas en defensa las baterías, se pasó á la ciudad de Cambray, cabeza del Cambresi, que está allí situada entre el Vermandois y el Artois. A Mediodía tiene á Iatelete sobre la ribera del rio Escalda, que pasa por ella, y al Setentrion en la misma ribera á Valencianes; al oriente está la Capela; y á su poniente á Vapames. Ha sido imperial; solia ser sujeta á su arzobispo en lo temporal y espiritual. El emperador Cárlos V, allí al opósito de Iatelete, labró un castillo de cinco caballeros, que con la ciudad es muy fuerte. Con las guerras civiles de Francia y la introducion de la herejía echaron á su arzobispo; y cuando el Conde fué sobre ella la poseia un tirano que se intitulaba príncipe de Cambray, y en la ciudad vivian con libertad de conciencia; es fuerte y abastada de todo género de semillas; de Francia tiene muy buenos vinos, y la mar, que no le caia léjos, le da pescado; siémbrase en ella mucho lino, de que se hacen los cambrayes finos, que es lienzo muy delgado y muy tupido; hacen tambien anascotes y otras telas buenas.

Descripcion de Cambray.

Así como supo Valani la punta y camino del campo del Conde comenzó á prevenirse para su

defensa; y para ella, por no fiarse mucho de los naturales de la ciudad, tenía un regimiento de esguízaros que le sirvieron; tambien tenía franceses á sueldo, fuera de las corazas; y porque se hallaba desproveido de dinero, ó porque no quiso aventurar el que tenía junto de los años de atras en que se habia hecho rico, hizo cierta moneda de cuero con tres flores de lis, prometiendo el rescatalla viéndose libre del exército del Conde, que luégo, como deseoso de no perder tiempo, se arrimó á la ciudad por la parte de Canoe, y el dia que se llegó á hacer el primer cuartel fué á dos leguas de la ciudad, y otro dia, que se llegó más, llovió, con que fué trabajoso el acuartelarse.

§ XXXV

Puso el Conde su campo á las espaldas de una ribera pequeña, que va á Canoe y al país de Artois y Enao, de donde se podia proveer de bastimentos; y despues de algunas escaramuzas, que fueron necesarias para reconocer cuál fuese más provecho sitiar el castillo ó la tierra, fué la resolucion procurar entrar la ciudad. Hecha esta determinacion, se labraron dos fuertes en que poner las municiones á la parte de la mano izquierda de la frente del cuartel hácia la tierra, y por lo bajo de una puerta que tenía una gran plata-

forma; y por ser el foso seco, por allí se comenzaron á labrar las trincheras, habiendo dado el cargo dellas al maese de campo don Agustin Mexía, que de noche y de dia asistió allí, acudiendo á todo como el más particular soldado, que para su edad y algunas indisposiciones que tenía trabajó mucho; asistió con él el sargento mayor Torralba, cuya diligencia era muy grande; de noche se iba trabajando mejor que de dia, porque del castillo y ciudad era tan ordinario el jugar de la artillería, que no se veia otra cosa sino cruzar balas por aquellos campos; y como por la parte que se asentó el cuartel del Conde fué tan llana, con estar bien apartado, rodando llegaban algunas balas á las tiendas, y se vió una bala de un cañon en una tienda rodando subir más de una vara en alto del lienzo della, y como venía ya acabada la fuerza, volvió á caer hácia atras, que aunque sucedió naturalmente, admiró á los que lo vieron no hubiese roto el lienzo. El terreno de las trincheras era cascaxoso y blanco, y las balas de la artillería, que acertaban á dar en lo que se labraba, herian con las piedras á muchos. Era por Agosto, lo más recio del verano, y padecia la gente mucha sed; andando abriendo las trincheras se descubrió una bóveda cerca del foso, de muy gran altura, hecha de concavidades de piedra, que por su grandeza, se creyó por ella poder hallarse alguna boca á la ciudad ó al foso; mas por mucha diligencia que se puso no se descubrieron todas sus conca-

vidades, que como para el principal intento de desembocar al foso no se halló camino, á lo que corria hácia los campos, no se tuvo mucho cuidado en descubrillo; lo que se pudo entender para qué hubiese sido labrada esta cueva por conjeturas, fué que habia sido hecha habiendo sacado della mucha piedra para la labor de la ciudad, y pudo ser fuese hecha por esta ocasion. Hay en aquel reino de Francia muchas concavidades destas, que en tiempo de las guerras les han sido provechosas para guarecer sus ganados y sus personas, que con poca gente defienden las bocas sin poder ser batidas ni minadas. Esta de Cambray tenía algunas lumbreras á los campos, y por partes tenía cuatro picas de alto, y de ancho por diferentes callejones corria más de cuatrocientos pasos; cabian en ella muy bien cuatro mil personas y no estaba húmeda, y con ser lo alto y lo bajo piedra, se halló dentro una fuentecilla de agua; ántes de baxar á lo más hondo habia una concavidad donde podia estar don Agustin Mexía y Torralba y algunos capitanes reformados, que eran camaradas de don Agustin, guardábanse allí las municiones que estaban de respeto. Andando una noche don Agustin viendo lo que se trabajaba, le dió una bala de arcabuz en un hombro, y pasando los lienzos del jubon se quedó en el aforro sin hacelle daño. Todo el cuidado de Torralba era buscar por dónde bajar al foso, por-

Era don Antonio de Mendoza y el autor de las camaradas.

que ya los primeros ramales de las trincheras llegaban al arcen, y porque las paredes dél eran muy peinadas, tenía dificultad el poder reconocello; ordenóse al capitan don Juan de Silva lo reconociese, el cual con treinta soldados, despues de anochecido, se echó dentro, y abrasándose la muralla de arcabucería y las trincheras, reconoció lo que pudo hasta llegar á una casamata, que por tener sus zanjas y traveses, se volvió á buscar por dónde salir, que, porque habia llovido, no fué tan fácil como el entrar; murieron, de los soldados que entraron con él, algunos al retirarse, que les cargaron los franceses, como quienes sabian las veredas; salió herido en un pié, de un arcabuzazo, el capitan Ligureta, que era camarada de don Agustin. La relacion que truxo don Juan fué que era verdad que no tenía agua el foso, y que por donde él salió se podia bajar. Estando las cosas en este punto en Cambray, llegó la nueva al Conde de cómo el coronel Mondragon habia socorrido á Agrol en Frisa, que por no interrumpir lo contaré adelante. Con la buena nueva hizo luégo el Conde aquella noche que todas las piezas de artillería, que estaban en la plaza de armas, se apuntasen á la ciudad y que se disparasen en las trincheras, y todos los escuadrones del ejército pusiesen en las puntas de las picas unos

El año de 1607 fué este caballero proveido en la córte por Gobernador de las Filipinas.

Ligureta, año de 1607, murió Maese de campo del tercio que servia en la armada de Lisboa.

hachos de paja y unos despues de otros hiciesen tres salvas. Llevó en esto el Conde intentos de celebrar la nueva de Mondragon y dar demostracion de la mucha artillería y gente que tenía, porque Valañí afirmaba á los suyos no tenía gente con que sustentar el sitio, ni artillería, y para satisfacer y atemorizar, se dispuso esta fiesta tan bien, que luégo, como anocheció, hechos algunos fuegos, que fué señal que toda la gente estaba en sus puestos y la caballería por aquellos campos, se dispararon setenta y dos piezas de artillería entre cañones, medios y culebrinas, que duró un buen rato, y los campos se pusieron tan claros que parecia de dia, levantando los escuadrones sus hachos, que para esto ayudaron tambien los mozos de los soldados, y como los cuarteles estaban apartados unos de otros, era cosa que parecia bien. Como acabó la artillería, comenzó la mosquetería y arcabucería, tan por su órden, que todo era fuego; la caballería, que caia más lejos, parecia abrasaba las campañas; dió todo el campo tres cargas que duraria todo un cuarto de hora. La ciudad tiró al principio á las luces algunos cañonazos, y por la demostracion que se hizo, la gente de Valañí creyó que el Conde tenía artillería, y el campo les pareció doblado de lo que era; no sonaba ninguna cosa ni se veia luz en toda la ciudad, que con hacer la noche escura era más de notar.

§ XXXVI

Como los naturales de Cambray vieron esta noche la mucha gente y artillería que tenía el Conde, comenzaron á temer más de su daño, y con eso comenzó Valañí á prometer muy cierto socorro, pidiéndolo con más diligencia que hasta allí; y el Rey de Francia, que deseaba favorecelle por habérsele pasado á su devocion y por guardar su tierra, deshaciendo en ésta la opinion del campo con socorrerla, como lo hizo, enviando á mosiur de Biques, que por otro nombre llamaban los españoles pié de palo, porque tenía una pierna ménos y la traia de madera, habia sido en tiempo de la guerra de la liga Gobernador de San Dionis, estando París contra Enrico cuarto de Francia; era soldado de quien los franceses tenian gran satisfacion, y, para dar más ánimo á los sitiados, vino con mosiur de Biques un hijo del Duque de Anabers, de edad de dieciseis años, caballero italiano, gentil hombre y de hermosa disposicion. Estaba su padre entónces actualmente en servicio del rey Enrico, y, como para seguridad de que él vendria en persona á socorrellos, les enviaba este caballero, que fué de gran crédito el envialle, para que se persuadiesen los ciudadanos de Cambray á que serian socorridos. Apercibió

Era el Duque de Anabers general del frances.

Mos de Biques número de seiscientos infantes franceses para venir al socorro, y aunque esta junta fué con buen secreto, no lo pudo ser para el Conde de Fuentes, que de Iatelete tenía muy ordinarios avisos con propios, y, cuando no se podia hacer con hombre particular, era el contraseño disparar algunas piezas del castillo de Iatelete, que se oian en el campo si no era el viento muy recio y contrario. Llegó Mos de Biques por dos veces á Iatelete, y siendo sentido, y habiendo hecho señal el castillo, se volvió. Una noche, que le vino á propósito, porque era muy escura y lluviosa, pudo pasar, ó que no fuese sentido de nadie por haber venido por el campo sin camino apartándose de Iatelete, ó porque el viento no dejó oir la artillería; á las nueve de la noche llegó á Cambray, y por el descuido de la caballería que á aquella parte hacia la guardia no fué sentido hasta estar arrimado á las murallas de la ciudad, donde por la puerta que cae á la parte de Francia comenzó á pasar su gente, que toda venía á caballo en rocinejos; que de pocos años á esta parte han comenzado en Francia á usar deste género de soldados que llaman dragones, que son infantes con armas de fuego, que en rocines acuden con presteza donde es necesario ocupar algun paso ó socorrer, como aquí lo hicieron, perdiendo los caballos los que no entraron en la ciudad, que hasta ciento destos dragones con el arma

Socorro de Cambray, traido por Mos de Biques.

12

que las postas por donde pasaron tocaban, se apearon, y una emboscada de infantería acudió á tomar la puerta, y los franceses, viéndose asaltados de la emboscada, dejando los rocines, se salvaron dentro de la ciudad, quedando á los infantes los caballos por despojo. Aunque estaba muy escuro, miéntras no se habia tocado á arma y entraba el socorro de la ciudad, las murallas estaban con mucho silencio, mas de que vieron dentro sus franceses y que los pocos que faltaban andaban á las manos con los españoles, comenzaron á sacar luces por la muralla y á tirar muchos arcabuzazos. El Conde de Fuentes, que le llegó la nueva de que entraba socorro, hecho un leon se puso á caballo, tocándose una arma tan fuerte, que sin órden de ninguno, la caballería y infantería daba voces á la puerta «que entran», y esto con tanto coraje que parecia que á cada uno de los soldados se le hacia el tiro; solo, sin aguardar el Conde las compañías de su guardia, iba á la mayor diligencia que era posible donde el arma se habia tocado, que cuando de los soldados de las emboscadas supo el suceso, y más particular de algunos franceses que fueron presos de los infantes, no sabré encarecer el enojo grande que tuvo con la caballería que en aquel cuartel hacia la guardia. Privó algunos de los oficiales y mandó recoger el campo, que con el lodo y mala noche y haberse entrado el socorro venian todos cabizbajos, y muy presto se fué cada uno á su

cuartel, como los perros que han perdido el rastro de la caza.

§ XXXVII

Entrado Mos de Biques dentro de Cambray, se apoderó luégo de la Citadela, y, porque se echase de ver el socorro que habia entrado, trazó hacer una salida á las trincheras, y á la parte que mejor pudo fué á la mano derecha de nuestros ramales de trinchera, que por un pequeño rebellin, que la mayor parte está sobre el agua, podian encubiertos salir á aquella parte que tenía á su cargo el coronel la Coquela con sus valones. Eran muy hondas las trincheras, por guardar la gente de la mucha artillería que de los traveses de la ciudad tiraba, y por esto, no muy acomodadas para pelear. Salieron número de cuatrocientos esguízaros en muy buena órden, y de los franceses y ciudadanos, gente suelta, ducientos que traian muchas bombas de fuego y medias picas; llegaron á la hora del mediodia, tan cubiertos, sobre los valones, que, hasta que se vieron quemar, no tocaron á arma. Para seguridad de los que salian, tenía Mos de Biques guarnecida la muralla con mucha mosquetería y arcabucería, y la artillería cargada con número de dados y eslabones de cadenas, con que hizo mucho daño. Los valones que se vieron asaltados cuando ménos pensaban, por bien que se pusieron á

defenderse, los que hicieron algun pié fueron muertos, y con el ejemplo heridos muchos; tocando á arma á grandes voces comenzaron á huir á la parte de las trincheras de don Agustin Mexía, que, como sintió el arma, con aquellos capitanes y algunos caballeros particulares que le hacian compañía, salió contra los esguízaros. Habia en una gran plataforma una pieza de artillería que hacia traves á la parte donde se habia determinado de batir, y con haber puesto muy gran diligencia para desencabalgalla, no habian podido nuestros artilleros quitalle la cañonera; y, porque para plantar la batería no se podia hacer sino quitando aquel traves, para este efecto se habian plantado aquella noche cinco piezas entre las trincheras de los valones y las de los españoles; habia sido la mañana desgraciada á las cinco piezas, porque ninguna tiró segundo tiro, que comenzando primero la pieza de la plataforma de la ciudad, del primer tiro que hizo, embocando la bala por una tronera mató dos artilleros y hizo pedazos una rueda, y luégo del segundo tiro, á otra de las mismas piezas que habia acabado de disparar, abollándole la boca, la dexó que no pudo tirar más aquel dia. Otra vez que tiró hizo pedazos las ruedas de otra pieza, y á la cuarta vez mató á unos soldados que ayudaban á los artilleros; fué de modo el acertamiento con que tiró esta pieza, que no hubo artillero que quisiese asistir más allí, y retirando el cañon que estaba sano á parte donde

no le hiciesen mal, no tiraron más aquellas piezas en todo el dia, no dejando la pieza de la tierra el tirar con tan buena puntería, que, á los cañones que estaban desencabalgados y habian quedado enfrente de las troneras, daban algunas balas, y hacian un són como si dieran en una campana; y, aunque el suceso fué contrario, por quedar nuestras piezas por el suelo y la de la ciudad con vitoria, los soldados glosaban y decian á cada cañonazo muchos motes.

§ XXXVIII

Hasta las esplanadas destas piezas llegó don Agustin Mexía y Torralva, y con él sus camaradas; hacíase delante de los cestones destas piezas un llano descubierto y franco sin ninguna trinchera, sujeto á la muralla á que llegaba el escuadron de los esguízaros; cuando los capitanes que estaban con don Agustin Mejía iban al socorro de las trincheras de los valones, donde los muertos pasaban de docientos, los que venian huyendo no hubo remedio para volverlos contra los enemigos, aunque aquellos capitanes los persuadian más con ir caminando á la parte de donde ellos venian huyendo, que con muchas palabras. Eran en todos catorce soldados los españoles que llegaron á ponerse fuera de los cesto-

nes en lo llano, al encuentro de todo el escuadron de los esguízaros á ménos de cincuenta pasos, y esto lo hicieron con tanta resolucion y demostracion, que los esguízaros creyeron era muy grande su número, que con los cestones no reconocieron no ser más, y con esto, uno de sus capitanes, que venía en su vanguardia con un montante, haciendo ademanes los obligó á retirar, que por lo que repetia de *Espans*, se creyó les dixo se retirasen, porque el socorro de los españoles habia llegado. Mos de Biques, que estaba en la muralla y desde ella via cómo los catorce españoles no tenian socorro, engrandeció, despues de rendida la ciudad, la demostracion destos pocos soldados por hazañosa determinacion. La pieza de la plataforma tiraba tantos dados, y con uno rompió entrambos brazos á un alférez que estaba en el número de los catorce soldados.

Como los esguízaros se iban retirando, comenzó el capitan Pedro de Ibarra y don Antonio de Mendoza á decir: «atajémoslos, que se nos van»; caminóse en esta resolucion algunos pasos, mas como era temeridad el pensarlos detener, y de la muralla llovian dados y eslabones de cadenas y mosquetazos, y de los catorce estaban descalabrados algunos, todos se holgaron de que los enemigos se retirasen, que si camináran era ninguna aquella defensa. Al autor le dieron un mosquetazo en el hombro derecho, que, con ser fuerte el espaldar, le hirió y lo pasó, y fué tan venturosa la

herida, que el ser fuerte el espaldar y un coleto de ante que llevaba, le salvó la vida.

§ XXXIX

A la primera voz del arma, el Conde de Fuentes estaba á caballo, y veíanse muy bien desde el cuartel los fuegos y esguízaros que mataban á los valones, y así, cuando ellos se retiraban, entraban los capitanes españoles del tercio de don Agustin con sus compañías por las trincheras, creyendo que todo lo habian rompido; el Conde con diligencia apresuró el socorro y con amor hacia retirar los heridos, no cesando la artillería de la ciudad de tirar á todas partes, haciendo daño por la gente que por todo el campo andaba descubierta, que, como se fué aplacando el arma, cada uno procuró cubrirse, escarmentado del daño que otros recebian. Estaban los de las murallas como á espera, porque en algunas partes que no estaba cubierta la trinchera, á cualquiera que pasaba llegaban dos ó tres balas. Al padre Antonio Crespo, de la Compañía de Jesus, hombre caritativo que andaba confesando los heridos, al pasar por un traves destos le pasaron los muslos de un arcabuzazo; lo que faltaba del dia se pasó en quietarse y meter más valones en el lugar de los muertos, retirar las piezas desencabalgadas

y tornar á la guerra de la pieza de la plataforma con gran deseo de desalojalla de allí ó rompella.

§ XL

La noche siguiente, que fué un poco escura, con gran diligencia el Conde envió muy gran número de soldados de los cuarteles que trabajasen, y de los villanos de la tierra habia hecho venir muchos para gastadores, que tambien trabajaban algo, porque miéntras no mataban alguno dellos, aunque con mucho miedo trabajaban, haciendo todas sus diligencias para retirar algun muerto ó herido para escapar del peligro y del trabajo. Sucedió, retirando los cañones de la artillería desencabalgados, que como son gran máquina, por paso que se haga cualquiera facion con ellos es menester bulto de gente, y así al ruido tiraban algunas piezas de la muralla, acompañando la artillería muchos arcabuzazos; esta noche, al ruido, mató una bala tres de los gastadores, habiendo herido otros, con que no se pudieron retirar todas las piezas rotas y en lo que más se trabajó fué en ocupar el arcen del foso con una trinchera de cestones y tierra, en que trabajaban muy bien don Agustin Mexía y Torralva.

Habia una camarada de D. Agustin que se decia

el alférez Velasco, hombre valiente y animoso, que acudia á las partes que le mandaba don Agustin, y esta noche tenía á su cargo labrar un pedazo de trinchera que caia al arcen del foso; y, porque por una vereda que bajaba al foso, los franceses, algunas veces, habian llegado á tocar arma, y podian por allí hacer salida, la compañía que entraba de guardia puso á la boca de la vereda un soldado de posta, que aunque hacia escuro, á tiento luégo como se puso le dieron de lo hondo del foso un arcabuzazo por los muslos y las tripas, de que murió luégo; retirando aquel soldado se armó otro con las armas fuertes del alférez de la compañía, y tardó poco que de otro arcabuzazo murió. Avisó el alférez de la guardia al alférez Velasco cómo le habian muerto dos postas, que si fuese posible no se pusiesen allí más; y, porque importaba el que estuviese en aquella parte posta, le dijo Velasco que se pusiese otra, que cuando la matasen se pondria él; púsose la posta y matáronla tambien como las otras, y visto esto, el alférez Velasco, encomendando que trabajasen, se fué él y se puso de posta, donde á poco que estuvo le dieron por las íngles y murió luégo, como las demas que se habian puesto, y con esto se tomó otra traza para asegurar aquel puesto á las postas, trabajando por todo el campo.

§ XLI

ERA el tirano mosiur de Valañí casado con una dama francesa, y aunque él daba muestras de católico, su mujer, que era hereje declarada, dijeron habia sido quien le puso en la miseria que se via, por haberle persuadido á seguir la partes de Enrico, que desvanecida con el título de princesa habia dejado la parte del Rey Católico; y, aunque en las guerras pasadas habia tenido la parte de la liga, persuadido de su mujer, no le pareció estar adelante neutral, aunque á algunas opiniones de los hombres de estado de aquel tiempo les pareció, con la fortaleza de la ciudad pudiera sustentarse mucho tiempo sin favorecer ninguna de las partes.

El Valañí, como hombre sagaz, luégo que vió el campo del Conde con la perseverancia que asistia se tuvo por perdido, principalmente sabía las grandes ocupaciones de guerra que al rey Enrico en este tiempo le molestaban por la parte de Borgoña, Saboya y Bretaña, sin las inteligencias secretas de los grandes de Francia; que, como quien las habia tratado y fomentado por la parte de la liga, vió luégo su pérdida, y aunque con su mujer propuso el parecerle mejor en aquel trance acordarse con el Conde y dejar la parte de Francia, la ambicion della no dió lugar á ningun par-

tido, tomando ella el baston de general y haciendo á mosiur de Visques dueño de todo; con que acabó de imposibilitar á su marido, que no pudiese tener acuerdo en sus negocios. Era grande la diligencia desta dama; despues que sintió el desmayo de su marido no dormia de noche, andando de soldado en soldado visitando las postas; hablando á todos; á unos prometiendo, á otros halagando, haciendo á sus damas que danzasen con los franceses; visitando por su persona las casasmatas, los muros y alguna vez ayudando con sus manos á retirar y á acomodar la artillería; andando siempre unas veces bebiendo con los esguízaros, otras con los ciudadanos, otras con los Franceses que tenía de socorro con tanto ánimo y destreza, que no daba lugar á ningun pensamiento de mudanza en sus soldados.

Miéntras la defensa de la ciudad se hacia con diligencia, con mayor cuidado el Conde apretaba el sitio, poniéndole en plantar la batería y acabar de hacerse señor del foso, que habia que duraba el sitio más de treinta dias y no habia desembocádose, ni con certeza se sabía cuál hubiese de ser la batería, y el tiempo iba adelantándose mucho, que era ya por fin de Setiembre; el cuidado de todas estas cosas no dejaba reposar al Conde, y con él vino un dia á la tienda de don Agustin, donde se recostó sobre una camilla que allí estaba, y habiendo tratado del estado de las cosas, hubo quien, vistas las dificultades y el tiempo, le

aconsejaba al Conde levantase el campo, que por la falta de dinero se creia no poder durar más; el Conde, disimulando las dificultades y venciendo con su valor aquellos trabajos, con buena resolucion hizo determinacion de morir allí ó tomar la tierra; y porque en esta junta se halló el secretario Estéban Ibarra, de quien se tenía satisfacion, el Conde le rogó que, sabidos los capitanes entretenidos que se hallaban entónces en el campo, se hiciese memoria dellos y se les encargase, nombrando de dos en dos algunos dellos, en puestos en que asistiesen trabajando para desembocar al foso; y se escribió á Ambéres al pagador don Gerónimo Balter Zapata, que sobre su crédito, ó como fuese posible, socorriese el campo, que por ser mucha su diligencia y estar en crédito y bien quisto con los hombres de negocios de Ambéres, pudo socorrer el campo dentro de pocos dias como fué avisado, continuando los socorros á menudo, con que el Conde procuraba tener en órden y contentos los soldados.

§ XLII

Encargóse el secretario Estéban de Ibarra de repartir á los capitanes reformados los puestos, en que cada uno hubiese de asistir en las surtidas y trincheras, que con gran prontitud lo dispuso, dando á cada uno su órden

por escrito, con que se trabajaba de dia y de noche; cupo á los capitanes Juan de Urreta natural de Torrejon y á Alvarado una surtida que venía á caer enfrente de la pieza de artillería de la plataforma, que á unos entablados, que habian puesto en forma de garita para descubrir el foso, los batia á menudo. Andaba un negro en el foso, que con atrevimiento llegó dos veces á esta garita, y con buen ánimo les metió dentro unas granadas de fuego, que hirió unos arcabuceros, y esto lo continuaba de manera, que el capitan Urreta se determinó estarle á espera, y con un arcabuz de los soldados de la guardia se puso por una tronera á esperar al negro, que, aunque se le ofrecieron otros franceses á quien tirar, no lo hizo hasta que no tardó el moreno á venir con otra granada en las manos; Urreta apuntó y debió de acertar, porque no echó la granada ni volvió más, cayendo y rodando á lo hondo del foso. De contento de ver rodar el negro el capitan Alvarado metió la mano por un hueco de las tablas moviéndola, y un frances que estaba cerca, con una pistola se la hizo pedazos, de que quedó estropeado.

Era sobrino del sargento mayor Torralba.

Las noches eran las que más se trabajaba, todos procurando quitar aquella pieza, que de la plataforma hacia traves, la cual mató esta noche al alférez Torralba, y hirió algunos soldados; que era de tal calidad el terreno de las trincheras, que entrando una tarde un caballero flamenco con más de seis

criados, por curiosidad á ver las trincheras, como poco práctico de los traveses, se puso á ver desde parte donde los de la ciudad tenian asestada una pieza, y como vieron bulto de gente, la dispararon sobre el caballero y sus criados, que, aunque la bala no dió á ninguno, dió en la trinchera y con las piedras los descalabró muy mal á todos, y á alguno tan mal que murió dentro de pocas horas.

Al largo del foso, á la parte de la puerta que es junto á un rebellin, que estaba casi en el agua, hízose un buen reducto, donde se pusieron cuatro piezas de artillería, que tiraban á la plataforma y á las defensas, y con gran diligencia se comenzó á hacer las explanadas para la artillería, porque las surtidas al foso estaban ya cerca de desembocar, y tambien el tiempo empezaba á llover, y habian pasádose algunas noches tan escuras y lluviosas, que si durára en aquel temple el cielo, y no se acababa de ganar la ciudad, no pudiera estar el ejército más allí; porque, aunque los españoles podian llevarlo, porque andan más bien arropados que las otras naciones, los valones, que son muy buenos soldados, con su poca ropa, y las demas naciones no lo podian pasar si duraba el mal tiempo. Fué una destas noches tan terrible, que demas del arma que en todo el campo y trincheras se tocó, los rayos y truenos y agua fué de manera, que sólo se atendia á conservar cada uno su puesto; estando don Agustin Mexía la más de

la noche con unas armas fuertes al agua lloviendo, y la demas de la gente en un contínuo tocar arma, que fué de modo que ordenó don Agustin que ninguno tocase á arma, sino que estuviesen todos tan apercibidos, que sin tocarla peleasen; y en esta órden se estuvo hasta la mañana.

§ XLIII

Hiciéronse deciocho explanadas para la batería, y otras piezas se pusieron para los traveses. Andando el sargento mayor Torralba reconociendo cuál parte sería más á propósito para batir la Ciudad, la pieza de la plataforma, que estaba apuntada entre dos cestones, le llevó la cabeza, cuya muerte sintieron el Conde y don Agustin, porque era un buen soldado, tan solícito como se ha dicho atras. Cualquiera facion que se hacia en el campo, por la mucha artillería y arcabucería que habia en la ciudad, costaba muertes. Plantáronse los cañones en las explanadas, y lúnes por la mañana, que los más de los buenos sucesos que sucedieron al Conde en este verano fueron en lúnes, puesto todo el campo en sus escuadrones y la caballería en sus tropas todo en batalla, habiendo aquella mañana la infantería española hecho muy gran demostracion de su devocion; porque fueron muchos los que en las capillas de

Muerte de Torralba, sargento mayor.

los tercios recibieron el Señor, de donde podrán sacar los que comienzan el oficio de la soldadesca, persuadiéndose á que en donde más resplandece la milicia, se tiene más cuidado con las conciencias; y, si Dios ha sido servido de dar á los españoles en los tiempos pasados y los presentes corazones con que han acabado hazañas milagrosas, ha sido por la particular devocion que siempre esta nacion ha tenido con acudir á Dios en todo tiempo; que si algunos famosos hombres se han hallado al parecer ser desalmados, lo más general deste ejército antiguo es tener buenas costumbres y en las virtudes morales tanta correspondencia, que quien con atencion lo hubiere notado, habrá hallado siempre en este ejército una caridad muy grande y conformidad, de modo que muy raro se oye decir de riñas ni pendencias.

Como comenzó la batería á disparar y desmoronar de las murallas, los ánimos de los ciudadanos se divirtieron de modo que con resolucion se determinaron á no ponerse en el riesgo y trabajo que pasó Durlens, sino haciendo sus conventículos, tan breves como los concedia el apresurar de la artillería, que batia á más furia, hablaron á los esguízaros, que, como entendieron el miedo y determinacion de los burgeses, se pusieron de su parte, y porque Mos de Biques y Valañí no lo pudiesen estorbar, se hicieron señores de la puerta y con uno de los más inteligentes avisaron al Conde, pidiéndole cesase la batería y

enviase quien con ellos se acordase, que le darian una puerta, por donde, á pesar de los franceses, entrasen en la ciudad. Fué con este ciudadano el secretario Estéban de Ibarra, que como entró en la ciudad la halló puesta en armas contra los franceses, y los esguízaros en escuadron en la plaza. Cesó de batir la artillería; porque los burgeses, que estaban en las murallas, se descubrieron, puestas bandas rojas, que era señal de estar de la parte de España. Los franceses, enojados de verse desamparados de los de la tierra, se recogieron al castillo, saqueando las más de las casas que pudieron. Como tardaba Estéban de Ibarra de volver con los acuerdos, porque no fuese estratagema el haber dicho lo que pasaba en la ciudad, mandó el Conde se prosiguiese el batir, pues no podia hacer daño el tener hecha la batería para no perder tiempo; como el miedo crece miéntras más lugar se le da, y el vulgo, si se vee con alguna necesidad, no tiene medio en sus acciones, los burgeses, que estaban juntos con Estéban de Ibarra en su casa de Ayuntamiento y habian traido escrito un largo cartapel de condiciones, cuando ya estaban más temerosos que nunca, sintieron tornar á jugar la artillería, sin darse manos de temor dixeron al secretario Estéban de Ibarra que, ¿cómo se proseguia en batir sin acabar sus acuerdos? A lo cual, conociendo su miedo, se le aumentó con decir que acabasen de resolver en dejar entrar al Conde, con que les

guardase las vidas y haciendas, porque si tardaba en salir pensaba que los españoles estaban tan deseosos del saco, que ántes que anocheciese serian en la ciudad con su muerte, y que en las demas condiciones lo dejasen á la bondad del Conde, que les haria más merced que ellos sabrian pedir. Como á todas estas pláticas era la música la batería, que con el deseo de saco se apresuraba con más diligencia, concedieron á Estéban de Ibarra todo lo que quiso para que no se batiese, y truxese la gente que quisiese, que entrase en la ciudad, que por aquella puerta podia luégo entrar, que se la tendrian abierta. Salió Estéban de Ibarra, y mandando que cesase la batería, entró la gente del tercio de don Alonso de Mendoza y tras ellos hasta mil infantes, encomendando á los ciudadanos guardasen la batería, hasta que estuviese sosegado el campo y retirados los soldados que estaban prevenidos para el asalto; que luégo se retiró todo, quedando en las trincheras una guardia moderada.

Antes que acabase de anochecer salieron por la puerta misma que habia entrado la guarnicion, seiscientos esguízaros con sus armas, banderas y bagajes, convoyándolos, hasta que estuvieron seguros para volver á su tierra. Los ciudadanos, como hubieron entregado las baterías á los españoles que habian entrado por la puerta, se retiraron á sus casas; porque, demas de los mil infantes que la primera vez entraron, entró otro gran

número de naciones, teniendo la guardia de la puerta un capitan español con su compañía, con órden que nadie entrase ni saliese; porque se temia de alguna desórden, y todo lo prevenia el Conde con gran prudencia.

Luégo, como vió Madama de Valañí entrada la ciudad, y que quedaba sin ser princesa, se entró en un aposento, y á solas, dicen, se mató con ponzoña, por no haber salido con sus locuras; de que el marido, á la francesa, no hizo mucho sentimiento.

El Conde de Fuentes se volvió aquella noche á su cuartel, desde donde comenzó á trazar el cómo se podria batir el castillo si acaso no se rindiese; y sabiendo como estaba allí el hijo del Duque de Anabers, le envió á rogar se viniese á su cuartel, donde sería servido, y que dejase la citadela, porque si no se rendian luégo, los habia de pasar á cuchillo. Este recaudo dió un trompeta á Mos de Biques, el cual respondió no pensaba dejar la citadela, porque su señor el Rey le socorreria, cuyo era ya aquel negocio, y no de Valañí; con diversos recaudos se acordó que, dejando el castillo, saliesen con sus armas y bagajes, y luégo, hecho el acuerdo, se dieron rehenes de ambas partes; y el Conde convidó á comer al hijo del Duque y á Mosiur de Biques, y al mozo le dió un caballo español muy bueno y otras cosas, haciéndole á su mesa muy particular regalo y agasajo.

§ XLIV

Pasados ocho dias, que fué el plazo que los franceses pidieron, para no siendo socorridos de su Rey, dexar la citadela, Mosiur de Rona, que hacia el oficio de maese de campo general, puso toda la gente en sus escuadrones; y del castillo salió Mos de Biques y el hijo del Duque de Anabers, á los cuales el Conde hizo muy particulares cortesías; salieron tras ellos hasta quinientos infantes, heridos algunos dellos, y despues salió Mos de Valañí en un muy buen caballo, todo armado desde la punta del pié de unas armas muy ricas todas doradas, hizo poca cortesía al Conde, y el Conde no le hizo ninguna, llevaba un hijo de edad de diez años armado; tras él seguian hasta sesenta caballos y detras el bagaje, y entre los carros iba uno cubierto con un paño negro con algunas damiselas llorando; iba en este carro el cuerpo de la mujer de Valañi, que por enterralla á su modo con alguna solemnidad la llevaban. Habia de los ciudadanos tanta gente, que parecia no habia habido guerra en aquella ciudad, segun estaban los vecinos bien tratados. Tiene Cambray más de ocho mil casas, y era el Arzobispo señor en lo temporal y espiritual; mas Valañi se habia apoderado del gobierno y echado al Arzobispo, el cual fué restituido lué-

go en su Iglesia, quedando por gobernador en la ciudad don Agustin Mexía, á quien, demas del título de Capitan general de Cambresi, se le puso del castillo con el pié de Ambéres, nombrando por su teniente un capitan español para que asistiese á la guarda de la citadela.

Don Pedro Ponce de Leon tuvo cuidado della, que hacia oficio de Sargento mayor del tercio.

§ XLV

Echados los franceses de Cambray, el Conde se entró en la ciudad, y despidió los socorros de las ciudades muy contentos, y tuvo con qué dió á la gente de guerra algunas pagas; y cantando en la iglesia mayor, que es excelente de grandeza y labor, el *Te Deum laudamus*, atendió á las cosas del gobierno; juntó en su palacio todos los magistrados, y habiendo comenzado el presidente Richardote, que se hallaba presente, á hacer una larga arenga en que les rogaba recibiesen al rey don Felipe II por su amparo y protector, el Conde le tomó la mano y atajó diciendo que ellos lo entenderian en español, que no habian de jurar al Rey por protector, sino por señor, como lo era suyo y en la Mancha, y que él los tendria en paz y en justicia; lo cual se hizo como el Conde lo mandó, y quedó la ciudad muy alegre y contenta, porque la tira-

nía de Valañi los tenía afligidos y deseosos de verse fuera de ella.

En esta jornada y en Durliens sirvieron quinientos caballos que estaban amotinados, teniendo sus gobernadores y cuartel apartados de los alojamientos del campo, y se volvieron acabada la jornada á Terlimont, de donde habian venido á servir, llamados del Conde, con seguro que acabada la jornada los volveria á su puesto, hasta que se les pagase, y así se volvieron y despues se les pagó.

§ XLVI

Porque en este tiempo llegó la nueva de la pérdida y restauracion de la villa de Liexa, tres leguas del castillo de Ambéres en la campiña, será fuerza contar lo que el coronel Mondragon hizo, en tanto que el Conde se ocupaba en la frontera de Francia, en la parte de Frisa, donde acudió con los tercios de españoles de don Luis de Velasco y don Antonio de Zúñiga, algunas compañías de caballos y coronelías de naciones y algunos esguízaros que todo el número de su gente serian cinco mil hombres. Era Mondragon castellano de Ambéres y de más de cien años cuando esto sucedia, el cual por sus he-

Es el nombre de villa en Flándes, como ciudad en Castilla.

Era Mondragon natural de Medina del Campo.

chos y buenas fortunas de pobre soldado llegó á tan gran opinion, que con ella sola venció algunas veces; que, porque don Bernardino de Mendoza cuenta en sus comentarios algunas de sus hazañas, y entre ellas el milagroso socorro de Cirquicea, no diré quién habia sido, sólo de los años que era, y cómo, aunque no estaba impedido, tenía la cabeza ya de vejez sobre el pecho caida, y el ánimo como si entónces comenzára sus hechos. En viendo que vió el conde Mauricio, general de las islas de Holanda y Gelanda, apartado el Conde y las cosas de la frontera de Holanda sin cuerpo de gente, como hombre mañoso, sagaz, solícito, criado en las guerras de aquellos estados toda su vida, gran observante de las maneras y modos del gobierno de su estado al modo de su padre, juntó sus fuerzas, y con un campo de siete á ocho mil soldados se puso en Frisa sobre la ciudad de Grol, que la tenía á su cargo el Conde Fintzenio con guarnicion de españoles y naciones; abrióles las trincheras con gran priesa, fortificándose muy bien la parte que temía de la venida del socorro.

§ XLVII

FUÉ luégo avisado el coronel Mondragon del sitio de Grol, y con mucho deseo de socorrer, puso su gente en campo, y con su persona, que hacia tan gran peso que se estimaba

por campo doblado, llegó á la Musa y pasóla, y luégo el Rhin; caminando se puso en unos bosques con la Lipa en medio entre Grol y su campo, y estuvo algunos dias allí, esperando tomar lengua de los sucesos de Grol, y tuvo aviso cómo la ciudad estaba muy apretada, porque Mauricio tenía ya pié en un rebellin, desde donde le comenzaba á plantar la batería; y con las fortificaciones de que tenía aviso, que el campo Holandes se habia prevenido, estaba en muy gran confusion, disimulándolo con una prudencia y quietud de ánimo tan grande, que los que han escrito algo de sus hechos hacen mucha memoria particular della; como trataba la guerra con Mauricio, que en astucia podia tener tambien su lugar, y no reposaba deseando impedir al coronel el socorro, tuvo aviso de sus espías de cómo el coronel pasaba necesidad, y que para bastecer el campo enviaba cada semana dos veces á Mastrique un convoy con trecientos caballos y alguna infantería, y advertido del camino que hacia, pasó la mayor parte de la caballería que tenía la Lipa con el conde Filipo su primo, y que en el camino que habia de hacer el convoy aguardase, que era sin duda, no siendo avisado el coronel Mondragon, le rompiera aquella gente. Aunque la caballería holandesa pasó á media noche y no fué sentida y tomó su puesto muy sin ruido, la buena diligencia del coronel le hizo llegar á entender cómo en el paso de la Lipa habia huella de haber pa-

Señales de haber pasado caballería algun rio.

sado número de caballería, porque la pista hallaban nuestros corredores muy fresca, y el agua de la ribera muy turbia, con estas señales solas que dieron á Mondragon, se persuadió á lo que era, y, como buen cazador, en el lazo que le tenía hecho Mauricio se determinó cogelle, y sin decir nada, porque los de las emboscadas no fuesen avisados eran descubiertos, mandó saliese la gente del convoy en la mesma forma que ántes se acostumbraba, y tras el convoy mandó poner á caballo toda su caballería, que con los que iban con el convoy serian todos ochocientos caballos, y en su seguimiento puso algunos infantes para que, al paso de la Lipa, hiciesen resistencia á la gente que pudiese venir á socorrer á su caballería, y si no se les ofreciese esta ocasion, tomasen prisioneros á los que esperaban el convoy. Cuando supo Mondragon con certeza que el holandes estaba donde él habia imaginado, avisó á la caballería y infantería, que iba de escolta al convoy, de lo que pasaba para que no temiesen, que él iba tras ellos con todo el campo, que peleasen valientemente; con este mismo aviso dió priesa á todo el campo poniéndole en órden, que todo fué en un improviso hecho tan á punto crudo, que ya el convoy llegaba á las emboscadas de los holandeses, que por sus espías habian sido avisados del poco cuidado con que el convoy habia salido del campo, sin poder ser avisados de las segundas órdenes,

que presto conocieron que sabía más el cazador que la raposa; salieron con mucha resolucion los emboscados creyendo tenian la caza hecha. Los caballos de escolta del convoy, con el aviso de como les venía detras el socorro, se pusieron á la defensa animosamente comenzando á pelear de entrambas partes valientemente, que fué la primera señal que el holandés vió del mal suceso en su determinacion, porque era sin duda verdad su pensamiento, en que creia al primer encuentro deshiciera el convoy, si el suceso no viniera prevenido como venía, porque á poco rato que se peleaba, se descubrió la caballería toda del campo tan en órden y tan bien apercibida, que los holandeses, desmayando, conocieron su perdicion, y aflojando en el pelear, cada uno procuraba escapar por aquellos bosques; y, vuelta la fortuna, fué deshecha toda y presos los condes Filipo, general de la caballería holandesa, y el conde Ludovico, que á tercer dia murieron de las heridas. Otros caballeros fueron presos y personas de cuenta, el conde Solnes se salvó en un caballo, el conde Ernesto de Nasao fué preso y hizo de rescate cuatro mil Felipes.

Es cada Felipe diez reales.

Era capitan de caballos en aquella guerra el capitan Mendo de Solis, natural de Truxillo, tan temido en la Frisa que sus cosas se contaban por espanto, y en esta ocasion hizo muy bien el deber. Era gobernador de todas estas compañas de caballos don Juan de Córdoba, cuya prudencia y

valentía fué siempre muy conocida, y aquí, en esto no faltó un punto del gusto de Mondragon; y fueron muchos de los del campo español heridos, que los que supe fueron el capitan Carachulo, que iba con la escolta del convoy, y Jerónimo Garrafa, que despues se llamó Marqués de Montenegro, y el teniente Verengel y otros muchos que perdonarán; porque, aunque sé que los hubo, y particulares, no supe sus nombres.

Los holandeses, que pensaron huyendo volver á su campo por la Lipa, cayeron en las manos de los infantes, donde los hicieron prisioneros. Aquel dia y otros hubo despojos, con que el campo se alentó del trabajo de la hambre, y todos pedian el pasar á pelear, que tanta fuerza tienen en las grandes impresas los buenos sucesos á los principios. Esta vitoria fué de la que el Conde tuvo aviso sobre Cambray, y por que hizo disparar el artillería y hacer luminarias. No es sólo de los buenos capitanes comenzar á vencer, sino seguir el hilo de la vitoria, y así Mondragon, conociendo la necesidad que pasaba su gente, la apretura en que estaba Grol, los esguízaros que por la paga se le iban, que era una gran parte de su campo, haciendo diligencia para que se quietasen, que lo acabaron con ellos los maeses de campo don Antonio de Zúñiga y don Luis de Velasco, llamó á Consejo sus Maeses de campo y coroneles y pidiéndoles su parecer, diciendo su resolucion en querer pasar la ribera del rio Lipa que

estaba entre su campo y el conde Mauricio á cuatro leguas de tierra, aprobaron todos su opinion, y porque don Luis de Veslasco siempre ha sido gallardo caballero, dixo en aquel Consejo que él queria con su tercio ser el primero que pasase; á lo cual, el viejo Mondragon se levantó de su asiento, y con un ánimo de mozo, dixo que él habia de ser el primero que pasase, ofreciendo el vencer; de que todos los soldados recebian extraño contento, viendo que por más de cien años de edad no perdiese los aceros de mozo, porque para ponelle á caballo eran menester dos que lo subiesen; y en esta vejez, si se tocaba á arma, traia unas armas muy ligeras de que se hacia armar, y con una espadilla muy ligera se ponia delante de los escuadrones, de aquellos ánimos invencibles de valerosos soldados, y les decia: «Hijos, ninguno tema, que yo estoy con vosotros y nunca he sido vencido ni herido, y si agora no socorro á Grol, de lo hecho en cien años no hago cuenta.» Con esto que decia era increible el ánimo y amor que les infundia, dando á todos gran risa el ver la confianza con que á sus fuerzas prometia el vencimiento, viéndole que en el caballo que estaba era menester tenelle porque no cayese, que de su vejez no se podia esperar otra cosa.

§ XLVIII

Hecha la resolucion de pasar el rio Lipa con maduro acuerdo, para dar mayor espanto al conde Mauricio y animar á los sitiados, para que fuesen ciertos de su socorro, escribió Mondragon ocho ó diez cartas, en que se contenia como otro dia por la mañana á las nueve, ántes de mediodia, pasaria el rio Lipa, y rompiendo al conde Mauricio los socorreria, que estuviesen apercibidos para salir de la tierra y hacer su deber; porque con resolucion moriria en la demanda ó mataria los holandeses. Con estas cartas despachó diferentes espías y villanos, para que, sin saber los unos de los otros, procurasen entrar en Grol, haciendo la cuenta de lo que sucedió, que entre tantas cartas vinieron á manos de Mauricio las más dellas, dándole tanto cuidado la resolucion del viejo, que luégo, como recibió las primeras, sin aguardarse á ver con aquel capitan decrépito, alzó su campo á la sorda, y por priesa que se dieron aquella noche, por la mañana ya comenzaba Mondragon á pasar en batalla el rio, que cuando le llegó el aviso de que se iba el holandés, mostrándose pesaroso que se le fuese, mandó á su caballería que procurase con gran tiento seguille, y en esta forma comenzó á marchar la vuelta

Al enemigo que huye la puente de plata.

de Grol, donde halló muchas tiendas y municiones que no pudieron ser retiradas. La caballería siguió á Mauricio, y por el mucho lodo le tomaron una pieza de artillería que se dejó embarrancada; mas por no tener los nuestros con qué retiralla, se quedó donde estaba, que nunca el coronel quiso enviar por ella ni hacer más demostracion que recoger muy en órden su campo, aguardando el desinio de Mauricio, que tambien estaba hecho alto en unos puestos lagunosos y llenos de pantanos, de donde envió á cobrar la pieza, que le caia más cerca, y cobrada se embarcó y se fué á Holanda á intentar otras novedades, huyendo de Mondragon que le entendia sus pensamientos, el cual proveyó los sitiados de municiones y deshizo las trincheras y reparó los muros, estando allí con su campo lo más que pudo del verano.

§ XLIX

Está la ciudad de Liera muy cerca de la de Breda y de Bergas, en lo que llaman campiña en Bravante, á tres leguas de Ambéres; era gobernador en ella don Alonso de Luna y Cárcamo, tenía consigo una compañía de infantería española y otras de naciones, y como todo parecia estar pacífico, por andar la guerra léjos, no pensaba lo que sucedió, que fué, que algunos mal contentos de los vecinos se fueron

al conde Mauricio y le dixeron como yendo con secreto, habia en Liera algunas partes de la muralla, que por estar guardadas con estacadas y agua de un riachuelo que pasaba por la villa, no tenian mucho cuidado dellas, y podia sin ser sentido, tomar la ciudad, que es fuerte estando en defensa. Ninguna nueva ni trato se le pudo presentar á Mauricio que tanto le contentase como éste, porque por la cercanía de Ambéres le parecia le hacia á Mondragon el tiro; y así juntó mil infantes con hasta docientos caballos, y muy secretos sin ser sentidos, por la parte que les enseñaron los guías entraron de noche dentro en la ciudad, hallando en la plaza unos pocos de españoles que estaban en un cuerpo de guardia, que, como tocaron al arma, casi los más fueron muertos. Salió don Alonso de Luna en camisa á la plaza, y viendo los enemigos que le iban arcabuceando, porque todo lo tenian rendido, con muy pocos españoles que le siguieron se retiró á la parte de la puerta que dicen del socorro, que cae al camino de Ambéres, y en una torrecilla que tenía se recogió con los soldados que pudo, que entre otros hubo un español tan valiente que, aunque no sé su nombre, contaré lo que hizo. Habia en aquella puerta una pecezuela de artillería, y don Alonso, despues de haber hecho un fosillo y atrincherádose con la tierra que pudo, y haberse puesto en alguna defensa, tiraba con la pieza á los que le procuraban desalojar de allí, y

este soldado, faltándole tacos, porque en lugar de las balas tiraban con piedras, metió la una manga de la ropilla y luégo la otra, y la ropilla en piezas, y al fin las medias calzas, disparando la pieza con tan buena maña, que fué parte de su defensa. Fué desgraciado el soldado que no gozó lo que hizo, porque de un mosquetazo por la cabeza le mataron. Así como don Alonso vió perdida la ciudad puso la esperanza de su vida y de cobralla en sustentar aquella puerta, y á toda priesa, aunque los habia menester, despachó dos soldados uno tras otro, que hiciesen relacion al teniente del castillo de Ambéres de su trabajo, que era el capitan Gaspar de Mondragon, deudo del coronel, y con haber hecho esta diligencia, con hasta veinte soldados atendió á conservar la puerta, todo lo que le fué posible, que fué Dios servido divertir los holandeses tanto con el saco, que, sin advertir el daño que por allí les pudo venir, se derramaron por la ciudad, y ya entrado el dia andaban matando á cuantos topaban por las calles, profanando los templos, vistiéndose por burla las casullas y otros ornamentos. La mujer de don Alonso, que vió perdida la ciudad, teniendo por muerto á su marido, atendiendo á guardar su honra y la vida de dos hijos que tenía, se levantó en camisa, y tomando los vestidos de una pobre criada suya, se puso un hábito muy humilde, y con ceniza y carbon se tiznó la cara y las manos de modo que, aunque era una dama de buen pare-

cer, se desfiguró que parecia miserable pordiosera. Vistió sus niños de la misma manera de otros andrajos que halló más á mano, tiznándolos; y poniéndose entre los tizones en un rincon, esperó su fortuna, llorando la muerte de su marido y el ver descolgar su hacienda, matando y hiriendo con la resolucion que lo hace la gente de guerra, sin hacer caso della ni de sus hijos que entre otras pobres mujeres y niños estaban amontonados. Los soldados que fueron á Ambéres llegaron á las ocho de la mañana, y hicieron en aquellas tres leguas muy buena diligencia. Gaspar de Mondragon, sin esperar más órden que avisar á don Jerónimo Balter Zapata, que estaba allí, para que avisase á los burgeses de Ambéres que le siguiesen, se salió del castillo á la mayor priesa que pudo. Como pasó la palabra en Ambéres del peligro en que quedaba don Alonso, y la esperanza que podia haber en el ser presto socorrido, sin que se tocase caxa estaban las calles llenas de ciudadanos armados, mostrando muy gran brío y muy buen coraje, deseosísimos de socorrer; y con sus capitanes, que tienen de sus milicias de ciento en ciento, prevenidos iban llegando á la puerta de la ciudad donde eran encaminados por don Jerónimo Balter Zapata y el burgo-maestre, diciéndoles caminasen que delante iba Gaspar de Mondragon con los españoles; que, como tenga esta nacion quien les haga punta, son muy diestros en el manejo de las armas. Con esta priesa

salieron más de dos mil ciudadanos muy bien armados, quedando muy gran número esperando con las armas en la mano aviso de Gaspar de Mondragon de lo que le sucedia, porque así lo habia de enviar. Los dos mil burgeses y los españoles llegaron en ménos de dos horas donde estaba don Alonso, y, haciendo un poco de alto, tomó la gente aliento, y hecha una tropa de los españoles y burgeses, que serian hasta quinientos, y don Alonso con ellos, diciendo ¡cierra España, Santiago! comenzaron á dar en los enemigos que estaban desparcidos y sepultados los más en vino, y algunos vestidos con los ornamentos de las iglesias. Don Alonso de Luna, como más prático que el capitan holandes, que le habia entrado aquella noche, á lo más que atendió, así como se vió socorrido, fué á tomar las puertas y murallas por donde se le podian ir; y esto lo hizo bien presto, durando la matanza en ellos muy sangrienta, porque los burgeses, como iban llegando, fueron saqueando amigos y enemigos con tanta priesa que, cuando llegó la nueva á Ambéres del buen suceso, no se pudo tener la puerta en la órden que ántes; porque fueron á Liera los más que pudieron aquel dia y otro, no haciendo otra cosa sino traer por aquel camino la ropa de los pobres vecinos y la del Gobernador, que, con el socorro que les habian hecho, nadie trató si era de buena presa ó de mala. Don Alonso quedó desnudo con su mujer y hijos, que, para su socorro, le dió el paga-

dor general prestados dos mil ducados con que compuso sus cosas, quedando de los holandeses muertos dentro de la ciudad más de ochocientos, y de los caballos ninguno salió de los que entraron. Esta fué la nueva que llegó al Conde estando vitorioso en Cambray, desde donde ordenó el volverse á Bruselas, dexando prevenidas aquellas fronteras porque comenzaba el invierno.

§ L

LAS alegrías generales de todas las partes por donde el Conde pasó volviéndose á Bruselas, fueron muy grandes en cada ciudad, porque á competencia procuraban festejalle con saraos y banquetes, y no sabré particularmente contallos, porque de tantos arcabuzazos y tantas muertes y asaltos, áun todavía está la pluma inquieta. En todas las ciudades del viage hizo el Conde en cada una, sola una noche, donde mucho ántes de llegar á las murallas estaba todo el pueblo en escuadrones con muestras muy lucidas; pasaba el Conde por sus frentes, disparaban tres veces sus arcabuces, y, llegando á la puerta de la ciudad, hallaba otros escuadrones en sus plazas y puertas; en entrando en la ciudad comenzaba la artillería, que en alguna duró muy gran rato, yendo por toda la muralla haciendo la salva. Tenian para la persona del Conde aderezada la más acomodada

casa, y en su ayuntamiento puestas unas grandes mesas, donde comiesen todos los caballeros y capitanes entretenidos que venian con él, que serian más de ochenta, muy galanes á la soldadesca, como gente triunfante y victoriosa. En algunas de las ciudades más principales tenian, para que cenasen con el Conde en su palacio, convidadas todas las más damas de la tierra; y acabada la cena, entraban los violones, donde celebraban con máscaras y saraos su venida; y, aunque el Conde se retiraba en cansándose para otro dia caminar, se danzaba hasta la mañana, tan hallados y favorecidos eran todos aquellos caballeros que acompañaban al Conde, que en ninguna parte sucedió riña; que, como del beneficio recebido, estaba la gente alegre, todo era regocijo, y en sus posadas festejar y regalar los huéspedes. Llegó por sus jornadas á Bruselas, donde fué recebido con alegría. Estaba el Duque de Pastrana en Palacio esperando, con quien mucho se holgó el Conde; atendió en Bruselas al buen gobierno, haciendo los aloxamientos, dando las compañías que tenía vacas, hizo capitanes al alférez Baltásar Lopez, que hacia muchos años que se le debia, y estaba de heridas estropeado; dió otra compañía de infantería española al capitan Juan Jurado, que era entretenido; y la de Buitrago, que tuvo licencia para España, dióla á don Diego de Villalobos y Benavides, la cual estaba en Iatelete.

Aquel invierno se pasó con muchos festines, tratando el Conde á los señores de aquellos estados con un modo que, honrándolos, hacia que le tuviesen mucho respeto; la córte se hinchó de coroneles y capitanes de diversas naciones con general gusto de todos.

§ LI

Año de 1596 llegó á Anamur el serenísimo señor príncipe Alberto, Archiduque de Austria, que entónces era cardenal y arzobispo de Toledo, llevaba consigo sesenta y seis banderas de españoles, de las que habian estado en la guerra de Borgoña, y otras de bisoños; que todas, algunos dias despues de su llegada, se reformaron, dejando arboladas solas doce banderas; la gente de las demas se repartió en los tercios que estaban en los estados faltos de gente; gobernó esta infantería en el viaje el maese de campo Manuel de Vega; llegó con el Príncipe Archiduque número de caballería y alguna moneda en cargas de contante; iban en el servicio de su casa muchos caballeros españoles, llegó con él el maese de campo Juan Texeda y don Fernando Carrillo, caballero letrado del hábito de Santiago, que iba por superintendente de la justicia del exército. El Duque de Pastrana salió á recebir á su Alteza y

Muerte del Duque de Pastrana.

murió en Anamur al punto que el Príncipe Archiduque entraba por la villa. Otros caballeros y grandes señores de la tierra recibieron aquí á su Alteza, y con gran regocijo y acompañamiento llegó á Nuestra Dama de Avo, que está tres leguas de Bruselas, donde esperaba el Conde de Fuentes para entregarle el gobierno, y de allí los guió á Bruselas acompañando al Archiduque, que fué muy solenemente recebido con muchos arcos triunfales, obeliscos y pirámides con diversas historias y muchos fuegos artificiales.

De la muerte del Duque de Pastrana fué sentimiento muy general el que toda la nacion española tuvo por sus virtudes, esperanzas y poca edad, en cuyo oficio de capitan general de la caballería ligera fué nombrado don Francisco de Mendoza, almirante de Aragon, que habia pasado con su Alteza por su mayordomo mayor.

Cuando el de Fuentes hubo dado cuenta larga del Estado y cosas de la guerra, partió para España, haciendo su viaje por Italia, siendo mirado por doquiera que llegaba con admiracion de la fama de sus vitorias.

Las compañías del Duque de Pastrana, una de lanzas y otra de arcabuceros, se dieron á don Rodrigo Lazo con el oficio de capitan de la guardia del Príncipe.

§ LII

Poco tiempo sosegó Enrico, rey de Francia, cuando se vió algo desembarazado de la guerra de Borgoña; y juntando sus fuerzas acudió á la frontera de Artues y Enao; y, aunque su ánimo era grande de restaurar las ciudades que el Conde de Fuentes le habia ganado, le pareció comenzar por la Fera, que, desde el tiempo de las guerras de la Liga tenía guarnicion de españoles, y tenía más comodidad de sitialla, por ser una ciudad dentro de su reino, sobre la ribera de la Soma en su nacimiento, tan fuerte que no puede ser batida; y sabiendo que, si la habia de tomar, habia de ser por hambre, ántes que se pudiese prevenir, la sitió para que no le entrase socorro; y reforzando el campo, tuvo sobre ella deciseis mil soldados, procurando acuartelarse en tal forma que imposibilitase el socorro. Era gobernador don Álvaro Osorio, caballero valiente y de muy buena persona. Estaban dentro el Conde y la Condesa de la Fera, que habian sido quien habia entrado en ella la guarnicion española, y por este servicio se les habia dado título de Condes, y, no conservándose la ciudad, se les prometió renta con que viviesen.

Sitio de la Fera.

§ LIII

Llegó á Bruselas la nueva del sitio y el Príncipe Archiduque comenzó luégo á prevenir el socorro, haciendo gente de las naciones y recogiendo las reliquias del exército pasado, que todo estaba en sus aloxamientos. No tenía la Fera mucho bastimento y así comenzó á padecer necesidad, y el Rey con tiempo á fortificar cada dia más la parte por donde temia el socorro. Por momentos crecia la hambre á los sitiados, llegando á comer todo género de inmundicias, pidiendo encarecidamente á su Alteza no dilatase el socorro, que cada dia se hacia más difícil por las fortificaciones con que se prevenia el frances. No pudiendo con la brevedad que era necesario, juntar el exército para deshacer al Rey y socorrer, se juntó cantidad de trigo en Cambray en unos sacos que hacian media hanega cada uno, y, en diversas veces, en carros los envió don Agustin Mexia á Iatelete, que estaba tres leguas del aloxamiento de la Fera y campo del Rey. Hacíase esta prevencion de trigo con nombre de temer que, ganada la Fera, se pondria el frances sobre Iatelete, y amunicionábase, porque no lo tomase desbastecido. En esta forma se pusieron más de mil y quinientas hanegas de trigo, y porque al traer estos convoyes sucedie-

ron con los capitanes de don Agustin Mexía algunos trances de guerra, los contaré : Un dia sucedió que el Rey de Francia, deseoso de romper un comboy destos, hizo que sus espías le avisasen, cuando entendiesen que salia alguna gente de la guarnicion de Cambray con este trigo, y así lo hicieron, viniendo el capitan Navarro con algunos carros; y, como la espía no podia avisar sino saliendo con la misma gente de la guarnicion, donde se tenía cuidado, cuando sucedia echar fuera de la ciudad alguna á hacer servicio, ver en las puertas no saliesen las espías á avisar, y en esta manera, si no salia con la misma gente, tenía despues dificultad. La que salió con Navarro de Cambray llegó al Rey á la Fera, que, por cumplir su deseo, envió cuatrocientos caballos corazas, que, cuando volvia Navarro entre Iatelete y Crevecurt, le embistieron; y con la gallardía que acometen los franceses, pasaron por encima de una parte de su gente, matando con las pistolas algunos españoles y un padre de la Compañía; con los carros que habian traido el trigo, y un vallado que hace el camino se amparó la infantería, y dando una carga de mosquetazos derribaron treinta caballos franceses, muriendo un capitan frances, hombre de cuenta entre ellos, que venía por cabo con otros mosiures. Con este daño se volvieron los del campo del Frances, y Navarro, visto desembarazado el camino, se volvió á Cambray, estimando don

Agustin lo bien que lo habian hecho sus capitanes.

Pasábase necesidad de bastimentos en todas las plazas de la frontera, y comenzaba peste, que duró dos años arreo, y pocas veces dexa de seguirse alguna enfermedad trasordinaria en las ciudades que han sido entradas por guerra, porque del temor se corrompen los cuerpos. Por gastar el campo del Rey todas las campañas, que, con la guerra pasada no se pudo sembrar, y en Iatelete se pasaba muy grande hambre, cómo la plaza más cerca del campo, y para su provision se hacian cada semana, por lo ménos, dos convoyes á Cambray, en que los franceses hacian muy ordinarios sus asaltos, que por mucho secreto que se tenía en salir, la espía que salia con la misma gente avisaba los enemigos. Entre otras veces, una el capitan don Diego de Villalobos y Benavides salió con ciento y cincuenta soldados de naciones y españoles, y, llegando de vuelta de Cambray á Crebecurt, supo como los franceses, en más número de cuatrocientas corazas y doscientos dragones, le esperaban para rompelle en el puesto que habian salido á Navarro; vista la ventaja, y que los italianos eran bisoños, el capitan don Diego hizo alto en el casar de Crebecurt, y mandando á treinta caballos, que venian con el teniente del capitan Grabendon, que se pusiesen á la vista de la emboscada francesa, y se estuviesen hasta que oyesen las cajas de la infantería, que sería señal estaban en salvo cuando las toca-

sen; y en esta conformidad con los carros y infantería sin tocar caxa, hecha su vanguardia y retaguardia, se entró por el bosque por detras del abadía con todo su convoy, el bosque á mano izquierda y el arroyo de Crevecurt á la derecha, y con buena diligencia que hizo llegó á Iatelete en salvo, donde, hecha la seña de las caxas, se retiró la caballería, y los franceses quedaron burlados y tan enojados, que á un soldado español, que por floxo prendieron, le dieron de palos y no lo quisieron en prision, porque dixese al capitan muchas brabatas que le enviaban á decir los franceses.

§ LIV

Tuvo el Principe archiduque de los sitiados de la Fera aviso como les podia meter alguna provision, y así un dia, á la hora de las doce del dia, llegó el capitan Jorge Basta á Iatelete con quinientos caballos, y, habiendo refrescado, el gobernador Luis del Villar mandó al capitan Luis Bernardo de Ávila y al capitan don Diego de Villalobos y Benavides, que, ambos con sus soldados españoles, porque fuese más secreto, acomodasen á cada caballo dos sacos de trigo, que al anochecer estuvo hecho, y salió Jorge Basta con sus guías y sus contraseños, donde, llegados á un puesto de una ribera, hasta

El que agora es general del Emperador en Transilvania.

donde podian venir los sitiados, descargaron el trigo sin sucedelles ningun desman; porque, aunque á la vuelta se tocó arma en el campo del Rey, ni fueron alcanzados ni detenidos y se volvieron en salvo. No se pasaron muchos dias que volvió Jorge Basta, y llevando con la misma órden otra cantidad de trigo, la puso en la parte que ántes; mas, aunque los franceses no supieron la primera vez como habia entrado el trigo, con todo, por las espías y arma que se habia tocado al retirar, esta segunda vez fueron sentidos, y, ántes que acabasen de dejar la carga, hubieron de pelear, y, retirándose á media rienda, fué hecho el socorro, quedando el campo alertado de modo que no se pudo volver por allí; porque, ademas de la guardia ordinaria, á aquella parte labraron un fuerte.

§ LV

CON muy gran deseo de socorrer á los sitiados de la Fera, comenzó su Alteza el archiduque Alberto á juntar la más gente que le fué posible, encaminándola toda á las fronteras de Artues y Enao; y por el país de Flándes caminaba mucha de la gente prometiéndose todos romper al Rey y socorrer la Fera. Para hacer más probable, se iba á socorrer á la Fera, se puso mucha cantidad de heno en la frontera. Su Alteza, con su córte, venía despacio por el camino

ordinario acercándose hácia Arras; el Rey de Francia por puntos se fortificaba cada dia, de modo que los hombres de guerra y grandes consejeros tenian por dificultoso el emprender el socorro tan dentro de la Francia y tan fortificado, y así fué el efeto del campo diferente de la voz.

§ LVI

LA ciudad de Cáles, que es de la que tenemos que tratar, es condado de Ginus sujeto al condado de Bolonia y há años que está debajo del Gobierno de Francia; es poblacion moderna, porque en las guerras, cuando César pasó á Inglaterra, tienen muchos que este pueblo fué desierto y cubierto de mar; porque el puerto principal, donde Julio César juntó para pasar su armada, fué el de Icio, que quieren sea ahora San Tomer, cabeza de otro condado, que todos eran sujetos á los Tartesios, cuya cabeza fué Arras, llamada por otro nombre latino *Altrebatum*. Fué la ciudad, que es agora de Cáles, un casar donde, por la comodidad del puerto, los ingleses, en las guerras reñidas que tuvieron con los franceses, fundaron una colonia fortificándola de muros, haciendo paso de Inglaterra por allí para el Bolonies, que le tuvieron ocupado, conservando esta ciudad hasta que musiur de Guisa la ganó, siendo general del Frances, habiendo echado de sus confines los

Descripcion de Cáles.

ingleses; cuando sucedió el sitio de la Fera estaba una ciudad muy poblada y rica con el trato de los vinos y otras mercancías, que, por la mar, vienen allí de diversos reinos, habiendo estado los años de la Liga debaxo del gobierno de un valiente capitan tan mañoso, que en todas las diferencias del reino siempre quedó bienquisto con los tres más poderosos sus vecinos, no obedeciendo casi á su Rey, ni enojando á sus amigos. Es fértil de frutos, y por tierra con muchos canales y rivos de agua, que unos se hacen de los rios que por allí desembocan, y otros de las crecientes de la mar, que la hacen muy fuerte. Tiene á la vista en Inglaterra, á Puerto-Dobla, que viene á ser lo más estrecho del canal; al Setentrion, siguiendo la márgen del mar y del estrecho tiene á Grabelingas; al Mediodía las lagunas de Ginus y el bosque de Burçon; al Oriente, el país de Bredenarde; y al Poniente, el mar Británico; si quieres verlo mejor, Abrahan Ortelio lo enseña más largamente.

Ordenóse á don Luis de Velasco con su tercio procurase pasar por la parte del Sur de Cales metido por el Bolonies, y que con artillería se enseñorease de un castillo que se llamaba el Resban, que es sobre la boca del puerto de Cáles; y á don Alonso de Mendoza que, con su tercio, se hiciese señor de un casar, á media legua de Cáles, por la parte del Norte, que se llama la Enclusa de Cáles, donde estaba labrado un fuerte para la

defensa del paso. Los dos maeses de campo, cada uno por su parte, hicieron con presteza y puntualidad lo que llevaban á su cargo; don Alonso de Mendoza, que le caia más cerca de donde le dieron la órden, marchó y, degollando algunos soldados, se hizo señor del casar y del fuerte; y ganó la iglesia deste casar, con su compañía, el capitan Alonso de Ribera. Don Luis de Velasco, con su gente, que tenía mayor vuelta que dar, llegó á las Dunas, que están de esotra parte de Cáles al Resban, habiendo ganado un fuerte que defendia el paso por una enclusa, dexando muertos los que le defendian y con guarnicion de españoles, teniendo, entre su gente y Cáles, el brazo de la mar que hace el puerto de aquella ciudad; y con suma diligencia se acercó al Resban, que es el castillo casa-muro sobre la boca del puerto, y con el cuidado que el negocio pedia, le plantó cuatro piezas de artillería, que para aquel efeto habia llevado, y habiendo reconocido por donde podia batille, lo comenzó á hacer, y dentro de poco espacio tuvo hecha la batería; mandóla reconocer á don Bernardino de Argales, caballero Navarro, muy valiente y virtuoso y de muy buen talle, quien subió y reconoció, y despues de haber visto lo que habia sobre la muralla, fué muerto de un arcabuzazo por la garganta; subió otro alférez español á reconocer, y más venturoso dió relacion cómo estaba buena la batería; y arremetiendo los españoles señalados del tercio de don

Luis de Velasco, y entrando en el castillo, degollaron los franceses que estaban dentro, y poniendo en la torre mosquetería, comenzaron los barcos á entrar por cuenta por el puerto; y don Alonso de Mendoza, dexando en la iglesia y enclusa del casar que habia ganado, sus cuerpos de guardia, trabando una muy reñida escaramuza con los de la ciudad, que, entre unos molinos y rivos de agua, se reparaban, procuró pasar á la parte de la mar á las Dunas, con que el canal del puerto quedó embarazado, que, si no era con plena mar, no podia por el canal entrar ningun género de barcas; y de dia, por apartarse de la torre del Resban, que ocupaba la arcabucería de don Luis de Velasco, entraban por fuera del canal, de estotra parte de una estacada, que estaba hecha para defender no se segase el canal con arena, y para los baxeles grandes que la conociesen.

Mosiur Iordan, en cuyo poder habia durado aquel gobierno muchos años, siendo con las guerras civiles más soberano señor que gobernador, tan absoluto, que deseando Enrico cuarto mudar algunas cosas del gobierno, no le habia sido posible, y muerto el tio le fué forzoso confirmársele á este caballero, su sobrino, que cuando llegó el campo español le tenía, que, descuidado del sitio, le llegó aviso de como los españoles pasaban por junto á Arras; estaba jugando á la pelota, y encareciéndole un capitan suyo que mirase que

le podrian tomar la ciudad, le respondió que se asegurase, que los enemigos no eran sino gente que venía á robar.

De las barcas que salieron de Cáles huyendo con algunas personas, supo Inglaterra, y las naves de Holanda y Gelanda, la resolucion de su Alteza, y como se ponia el campo sobre Cáles. Cubrióse de velas la mar, y, procurando con la artillería hacer el más daño que pudiesen, pasando de un bordo y luégo de otro, galanteando de la parte de las Dunas, que estaba don Luis de Velasco; fué presto remediado el daño que con la artillería comenzaban á hacer las naves. Los cañones con que se habia batido el Resban fueron puestos, por órden de don Luis, á la lengua del agua, y, con pocas veces que se dispararon, los navíos se hicieron á lo más largo que pudieron, principalmente les puso temor de acercarse un cañonazo de tierra, que, á un bajel cargado de vinos, que se acercó á tirar algunas piezas, le acertó á la lumbre del agua de modo que, sin poder ser socorrido, se fué á pique; y por aquellos mares las menguantes y crecientes son grandes, dexando la menguante descubierta de la playa, en algunas partes, más de media legua de arena, que, con la creciente, se vuelve á cubrir; los marineros que vieron el navío que tocaba y conocieron que en el menguar de la mar, que iba aumentándose por momentos, se habian de perder, en barcas y chalupas, se fueron á la demas armada; el navío,

como recibió el cañonazo, el agua le comenzó á trabucar y el tocar se vió luégo de tierra; fueron las voçes y alegrías de los soldados muchas, y la fiesta se hizo mayor cuando, quedando en seco, hallaron dentro muchas botas de vino de Francia, con que socorrieron la sed que tenian, que la pasaban grande; ántes que pudiese volver la mar sacaron el vino. Este suceso tuvo á raya los demas baxeles á no llegarse á tierra, y desde la mar sólo servian de testigos de lo que pasaba en tierra, procurando, por fuera del canal, en barquillas con las crecientes, meter algunos socorros á los sitiados y sacar los heridos; porque ya por la parte de tierra estaba todo ocupado con los tercios de españoles de don Agustin Mexía y don Antonio de Zúñiga, y regimiento de la Bartola y la Coquela y el Marqués de Tribico, que, con la venida de su Alteza, habia llegado todo el campo, que, de todas naciones, pasaba de deciseis mil soldados, donde habia españoles, valones, alemanes, y italianos y borgoñones.

§ LVII

Como se tenía aviso del poco bastimento de los sitiados de la Fera, procurando, ántes que el Rey de Francia se desocupase de allí, ganar á Cáles, se comenzó luégo, sobre aquellos montones de arena que están á la mar que se lla-

man Dunas, á fortificar algunos reductos y trincherones; y, bien reconocida la ciudad, pareció la parte mejor para batir y asaltar un burgo de pescadores que estaba sobre el muelle, que, tomado este burgo, se le quitaba el socorro de la mar, que era su esperanza; y para asistir á las trincheras, que eran por la parte de las Dunas, del tercio de don Alonso de Mendoza, nombró el maese de campo al capitan Alonso de Ribera, que asistiese por aquella parte á las trincheras, que se labraban arrimadas al burgo de la ciudad hasta una puerta antigua del burgo, que estaba terraplenada con tierra y fagina; pareció conveniente, aunque la remetida del burgo era muy larga, sin pasar más tiempo, que se plantasen algunos cañones que batiesen la muralla por la parte del muelle, que era casamuro; y porque tenian que de la mar en barquillas podian socorrer, que de los navíos habian ofrecido cuatro mil ingleses, una tarde, cuando comenzaba á crecer, cupo la guardia al capitan don Diego de Villalobos y Benavides con su compañía, y, con la arcabucería de las demas compañías de las trincheras, el capitan Ribera, que, como tengo dicho, gobernaba allí, le ordenó que cuando la mar creciese, que se aguardaban las barcas, procurase estorbar que no entrasen, atemorizando los enemigos con la mosquetería; comenzando á crecer el mar, con el agua venian seis barcas bien equipadas con muy

Este burgo es al presente un fuerte caballero.

buenos remeros y dentro muchos tiradores; Ribera y don Diego entraron, el agua á más de los pechos, en la mar, y con ellos los mosqueteros, tirando tantas cargas, que, aunque pudieran los enemigos pasàr, no se atrevieron por ver la defensa que tenian y el peligro en que se ponian si se atrevian á pasar; y así, si no fueron dos barcas muy pequeñas, no osaron entrar otras. Estaban los tiradores el que ménos con el agua á la cintura con tan gran coraje, que sólo les faltaba ir tras las barcas á nado. La muralla éstaba guarnecida de ciudadanos, tirando tan contínuamente, que parecia sobre el agua que granizaba, haciendo muy á su seguro la puntería; con la artillería de la ciudad se tiraba de priesa á los que andaban en el agua. Duró el teson de los soldados hasta que, comenzando á menguar, se aseguró la entradà de las barcas; y retirados los capitanes, tambien todos los soldados lo hicieron, aunque muchos dellos se hallaron muy mal heridos y, aunque mojados, contentos de haber estorbado el socorro, que fué de importancia para lo de adelante.

Temiendo que á la marea de la noche, que era á las doce, habian de hacer esfuerzo para entrar los barcos que se habian vuelto aquella tarde, y que si lo habian de intentar era por fuera del canal arrimados á los estacones, porque el castillo del Resban no les alcanzase á hacer daño, que así habian entrado otras noches, resuelto de batir aquel burgo por la mañana, pareció bien hacer

gran diligencia que no entrase ningun socorro. Ordenóse al capitan Diego de Durango con cien soldados del tercio de don Alonso de Mendoza, arcabuceros y mosqueteros á la hora de anochecer, que era escuro, porque estaba menguante, fuese á aquellos estacones, que estaban en seco altos una pica del suelo, y sobre las puntas estuviese lo que durase la marea, esperando cuando los barcos de la armada viniesen á entrar en la ciudad descuidados de poder hallar, casi á media legua dentro de la mar, quien les estorbase el pasaje. Entró Durango con sus arcabuceros y ocupó las estacas, y, aunque el principio fué fácil, desde que la mar comenzó á crecer fué de muy gran ánimo y trabajo aquella facion; porque, luégo que comenzó la creciente, rompian las olas tan recias en los estacones, que en muy poco tiempo estuvieron todos los soldados mojados, y con el airecillo de la mar temblaban de frio, que el que pudo conservar la cuerda encendida se pudo tener por diligentísimo. Añadióseles otro trabajo que hizo más milagroso este servicio, que era esta noche aguas vivas que llaman los marineros, que crece el mar todo lo que puede, mucho más que otras veces, y así, cuando estuvo en la llena, el que habia de guardar el fuego y tenerse, le era fuerza darle el agua á más de los muslos, porque era muy peligroso estar de piés sobre las estacas, de donde el que cayera se ahogára sin remedio, porque estaba muy hondo. Helóse un soldado que

murió allí, y otro murió á la mañana al retirarse. Vinieron las barcas que traian el socorro, y, como descuidadas, se arrimaron á reconocer las estacas, que la noche era escura. Durango, con el cuidado y saber que en la creciente habian de entrar, estaba lo más bien apercibido que podia, rogando á unos y á otros que procurasen encender las cuerdas y guardar la municion del agua; cuando vió los enemigos muy cerca diciendo «Santiago, á ellos», comenzaron á echar fuego de sí las estacas, y aunque los más de los cincuenta soldados sólo ayudaron con voces, como cosa impensada de los que venian, no imaginando que hombres humanos pudiesen estar subidos en las puntas de aquellos estacones combatidos del mar, sino que eran barcos que iban tras ellos, sin hacer diligencia por pasar se volvieron á la mar y á poco rato comenzó á menguar, y cuando estuvo baxamar, que ya comenzaba el alba, se retiraron estos soldados habiendo hecho una memorable hazaña en sustentar las cuerdas encendidas y sufrir el frio y romper las olas mojados, toda la creciente en ellos.

§ LVIII

Las cuatro piezas, que estaban plantadas en una duna, comenzaron luégo la batería, que, como era casamuro, presto hicieron escarpa y portillo, que, sin dilatarlo se

puso la gente que habia de arremeter en órden. Llevaban la vanguardia el capitan Mora del tercio de don Luis de Velasco y otro capitan del mesmo tercio, y con ellos algunos capitanes entretenidos y caballeros; llevaba el cuerno de la primera hilera el capitan Rutinel, caballero de la órden de San Juan, y el capitan Alonso de los Rios; fué tiempo de arremeter cuando la mar estuvo bien menguante, haciendo la gente un medio círculo á la lengua del agua, apartándose de las murallas; que con la mosquetería y arcabucería no llegaban á puntería por donde iba la órden, que fué una arremetida muy larga, y con tirar la artillería haciendo las balas pedazos á muchos, y entre ellos fué uno el capitan Rios; iban en buen órden ganando de la mar hasta ponerse enfrente de lo batido, que, desde allí arrimados á los estacones que señalan el canal, en buen concierto caminaron; serian todos trecientos soldados, que subieron al burgo sin hallar resistencia; que á los franceses les puso tanto espanto la buena resolucion con que venian los españoles, que hizo que los franceses, desamparando aquel puesto, se metieron dentro de la ciudad de cuya muralla tiraban, hiriendo á muchos soldados del campo. Ganado el burguillo se atrincheraron en él los nuestros. Aquí se señaló don Álvaro de Santa Cruz, natural de Murcia, que, con otros soldados, pasó de la otra parte del foso, y sobre una puerta de la pescadería estuvo hasta

la noche, que fué socorrido y puestos otros soldados para no perder el puesto.

Atrincheráronse los nuestros, procurando poner á las puertas y avenidas de la ciudad cuerpos de guardia con que aquella noche se aseguraron, teniendo imposibilitados á los ciudadanos de tener socorro por el muelle, y los nuestros, si no era baxamar, no podian tampoco ser socorridos del campo; porque estaban en lo que llaman la pescadería, que es en la fortificacion nueva que allí se hizo despues, y se quitó todo el embarazo que tenía de casas, y con un gran terrapleno que se le hizo, se acomodó á que fuese un caballero continuado de la ciudad, en forma que es ahora muy fuerte por aquella parte de las Dunas. De don Luis de Velasco pasaron á la batería muchos soldados, y, aunque era mar baxa cuando se arremetió, les fué necesario nadar, no perdiendo tiempo; por las Dunas del Resban, que es lo que de esotra parte del canal ocupaba don Luis, se plantaron once cañones que, con toda la furia posible comenzaron á batir la muralla que va entre la puerta de la pescadería, que es la de la mar, y unos torreones que miran al Norte; la artillería batia la muralla de traves haciendo en los de la ciudad mucho daño las balas que daban por alto, porque barrian la muralla. Mosiur de Iordan, animando á sus ciudadanos, comenzando á prevenir sacas de lana, botas llenas de tierra y muchas defensas para acomodar lo que se batia, que

más parecia se tiraba á las defensas que batería, porque la disposicion del foso no daba lugar que de tan léxos se derribase cosa que fuese de provecho para dar asalto, porque el arcen del foso era muy alto, que defendia estado y medio y más de la muralla, que no se pudiese batir.

§ LIX

Aunque la artillería no hacia efeto para poder entrarse la ciudad, el temor de los burgeses fué de manera que, sin aguardar al gobernador musiur Iordan, como estaban con las armas en la mano, se le amotiraron y enviaron algunos dellos que, debaxo de condiciones, prometiesen á su Alteza la tierra. Fué acetado el partido y, asegurándoles las vidas y personas y que no sería saqueada la ciudad, nombró su Alteza once compañías de los tercios de españoles, que habian asistido á las trincheras, para que entrasen por una puerta que luégo dieron los ciudadanos, habiendo muchos de ellos retirádose con Mos de Iordan á la Citadela sin perder el ánimo de ser socorridos, porque el Rey les animaba con cartas y promesas tan fuertes, que no sólo el Gobernador tenía esta confianza, mas muchos de los ciudadanos que se retiraron con él. Entraron los es-

Don Luis de Velasco y D. Alonso de Mendoza.

pañoles en Cáles, dia de Pascua de Resurreccion, y aunque en las puertas y murallas habia muy gran pena al capitan ó centinela que consentia sacar ropa, grano ni ganado, con todo las inteligencias de los soldados fabricaban modos para aprovecharse de la ropa y demas muebles que habia dentro; porque, como las más de las casas estaban sin dueños, ó por haber muerto ó huido al castillo, los soldados, pasando la ropa, tragínaban el mueble, y cuando ya creian que estaban ricos con lo mucho que tenian amontonado, en tocándose arma, que les era forzoso acudir á las murallas y puestos de sus banderas, volvian del arma y no hallaban ropa ni cosa de las que habian dexado juntas, porque otros soldados, más codiciosos de bienes que de honra, asistian á mudar á otra parte aquel mueble, en tanto que los otros asistian á sus banderas. En lo del ganado mayor, que habia mucho, pasaba otra priesa al juntarlo en corrales, adonde hubo soldado que metió una tarde trecientas cabezas, y otro dia por la mañana estaban mudadas en otros corrales y cercados con el dominio en otros señores. Habian entrado despues de las once compañías de españoles, otras de valones y alemanes, que ayudaban muy bien al mudar los atos, sin ser posible, por muchas penas y bandos que hubo, que dexasen la ropa quieta, revolviendo de modo las cosas, que los mismos ciudadanos no pudieran

Valones de la Barlota y alemanes de la Coquela.

distinguir cada uno lo suyo. Estaban las bodegas llenas de vino de Francia y las botas que los soldados no podian esconder, que eran muchas, sin ninguna guardia hacian á los que entraban del campo bebiesen y llevasen, otras se derramaron. Padecia la gente del exército mucha necesidad de avena para los caballos, que los dias que habian estado allí la habian consumido, y fuéles muy gran socorro la de la ciudad, que, como podian, se la dexaban sacar las guardias, viendo la necesidad que pasaban, entendiendo hablaban los bandos en cosa de cantidad. Los ganados, que estaban dentro de la ciudad, encerrados se comenzaron á morir por la falta de pasto, y así como llegó á noticia de su Alteza mandó dexasen sacar lo que pareciese convenir. Costaba una vaca dentro de la ciudad, ántes que el bando de poderlas sacar fuese muy público, cuatro ó seis reales, y fuera en el campo cinco ducados; corrieron un riesgo los que emplearon en muchas vacas; que, cuando las tenian fuera y creian ir seguros, sin hacer alboroto se las quitaban al que las llevaba las naciones, llegando, como á cosa suya, cada soldado y tomando la vaca que de la manada que salia le parecia mejor, y si el que las iba guardando se ponia á defender aquélla, en tanto que averiguaba el primer pleito, se llevaban las demas. Era la celeridad con que el sitio se continuaba tanta, que, como estuvo la gente dentro, comenzó su Alteza las prevenciones para batir el castillo, y visto por el gober-

nador mosiur Iordan la poca seguridad que en los ánimos de los ciudadanos tenía con la experiencia del suceso fresco de la ciudad, donde, áun sin estar la batería hecha, ni poderse hacer bien en muchos dias, se habian desanimado y rendido, hizo sus acuerdos en esta forma: que si dentro de seis dias no fuese socorrido rendiria la Citadela, y que en este tiempo no se trabajase de ninguna de las partes; fué así cumplido, y durante la tregua los ingenieros del campo reconocieron donde se puso la batería haciendo buenas guardias contínuo para que no entrase socorro. La sexta noche, que habia que los acuerdos eran hechos, por la parte de Bolonia entró en la Citadela de socorro un capitan frances con ciento y cincuenta soldados franceses, hizo su camino con la escuridad de la noche, que le ayudó para ello, por la parte que un tercio de italianos hacia la guardia, aprovechándose de la menguante de la mar, habiendo mal advertido las centinelas el no ir tras el agua; porque, como se quedaron las postas donde comenzó la creciente, pudo el socorro pasar con la menguante muy léjos dellas y entrar sin ser sentidos, como lo hicieron tocando arma cuando estaban dentro; castigó su Alteza algunos de los capitanes á cuyo cargo estuvo la guardia de aquel cuartel.

Al sexto dia del concierto, luégo, como salió el sol se supo como habia entrado de socorro gente de guerra, y porque estaba en paz todo con el

acuerdo pasado para declarar su rompimiento y no querer pasar por él, hizo el castillo una salva sin balas, cubriendo sus centinelas detras de sus reparos que luégo hicieron lo mismo los del campo, quedando comenzada de nuevo la guerra. Los ingenieros del Príncipe archiduque, como tenian bien reconocidas las cortinas de la Citadela, con brevedad acomodaron desde el burgo de la pescadería nueve cañones haciéndoles sus explanadas, y de una punta de la parte de la mano derecha, al Poniente, pusieron dos medias culebrinas cubiertas que descubrian toda la batería de traves, que, por el provecho que hicieron al asalto, las llamaron las piezas de la vitoria. Como estuvo puesta

Año 596. la batería á 24 de Abril, año de 1596, por la mañana, á las nueve, comenzó á batirse por sus camaradas, habiendo aquella noche trabajado mucho los soldados en abrir trincheras con muerte de algunos y en henchir cestones de tierra. Estaba la mar al paraje de Cáles llena de velas entre Dobla y la ciudad, aguardando el suceso. Ya tengo apuntado cómo pudiera Mos de Iordan recebir de los navíos holandeses y ingleses socorro de más de cuatro mil soldados, sino que no creyó que tan de véras se le sitiaba y estuvo remiso en el recebirlos, porque dentro una vez los ingleses, se quedarian con la ciudad, por haber sido en tiempo antiguo colonia suya, ya en el punto que estaban las cosas no podian socorrerle por la mar.

Trabajaban dentro los franceses en sus baluartes, y Mos de Rona, desde una torre de la ciudad hizo reconocer lo que hacian, que, habiéndole dicho que sacaban con priesa tierra, sospechó lo que fué, previniendo para que no se diese el asalto general hasta que se viese si tenian alguna mina; hizo la batería por causa del terrapleno mucha escarpa; y, aunque tenía agua el foso, con la tierra se cegó alguna parte, otra quedó ménos hondo; batióse por una punta de un caballero que yendo por el filo no tenía traves, y por allí subió el alférez Donato del tercio de don Alonso de Mendoza, valiente soldado, y que, con buen semblante, reconoció la batería que estaba buena de subir; hizo la señal con un lienzo de narices, que era el contraseño de estar buena, y por mucho que Mos de Rona tenía prevenido se arremetiese con tiento, no pudo ser, porque don Luis de Velasco, que estaba al pié de la batería diciendo «cierra España», subió por ella, tomando á mano derecha el capitan Diego de Durango, y otros soldados tomaron á la izquierda, y habiendo llegado á lo alto todos, se comenzó á pelear de entrambas partes haciendo rostro los franceses, á quien las dos piezas de la vitoria hacian muy gran daño, que se veia claro volando los hombres en piezas alguna vez más de seis, y, segun confesaron despues, los que quedaron vivos decian habian muerto estas dos piezas un número muy grande dellos. Cuando más llena estaba la



batería de españoles y otras naciones, los franceses hicieron una retirada, que se vió bien era volar alguna mina, y por presto que los del campo quisieron retirarse tambien, no pudieron todos. Volóse una gran parte del terraplen, y con la tierra y las piedras vino don Luis de Velasco la batería abaxo envuelto en humo y tierra, y con él otros muchos soldados que cayeron en el agua; fueron muertos y quemados el capitan Sotomayor del tercio de don Luis; el capitan Llanos, que era entretenido; el capitan Isla Durango quedó abrasado el rostro y las manos, cayendo y rodando todos envueltos entre piedras y polvo. Como hizo su efeto la mina, los franceses presto se comenzaron á fortificar con fagina, y botas de tierra y cestillas. Estaba la artillería de la batería asestada, y, cuando vió los nuestros echados de arriba, dió dos camaradas, volando en los aires cestones y hombres que se vian claramente ir por los aires. Las dos piezas del traves no hicieron ménos. Aunque con todas estas muertes los franceses andaban descubiertos, acomodando sus reparos, y aunque estaba maltratado don Luis de Velasco, y mojado, así del pasaje como de la volada, esforzando á los soldados, subió otra vez siguiéndole los españoles y naciones, y fué esta segunda arremetida tan fuerte que, hallando los franceses ménos fortificados por el movimiento de la tierrra que levantó la mina, matando y hiriendo entraron en la Citadela, quedando desta se-

gunda vez mosiur de Iordan muerto en la batería con otros capitanes franceses, peleando valientemente.

§ LX

La mosquetería y arcabucería, que estaba en un trincheron hácia la puerta del castillo, viendo la subida cerca, siguieron á don Luis, y otros capitanes que iban delante, y todos entraron en el castillo; y yendo siguiendo la vitoria, pasó palabra que, en un caballero que mira á Bolonia se hacian fuertes las franceses; acudieron allá los soldados, y hicieron mucho algunos capitanes españoles en defender no despeñasen hasta treinta franceses que estaban en el torreon, hombres algunos de ellos de rescate; murieron más de mil y quinientos ciudadanos y soldados. Este dia los más dellos se despeñaron de los baluartes cortados del miedo; fué bueno el saco, porque estaba dentro de la Citadela encerrada la mayor parte de los bienes de la ciudad; hallóse moneda en toneles, mucho vino y trigo. Su Alteza, que habia estado viendo el asalto, con celo de piadoso príncipe, ordenó que no se hiciese daño á las mujeres, que habia muchas, y mandó á don Fernando Carrillo las recogiese, que, con celo cristianísimo lo hizo, acudiendo á todas partes para que los soldados, con la licen-

Con esta mosquetería que estaba á su cargo entró el autor

cia de la guerra, no las hiciesen mal, que, con blandura y prudencia pudo hacerlo muy bien.

Limpia la ciudad de los muertos, y perdonados los ciudadanos que se habian acogido con mosiur Iordan, que fueron muy pocos los que escaparon vivos, el Príncipe archiduque trató de aloxarse dentro de los muros de Cáles, y entró con toda su córte, y, haciendo burgomaestres de los ciudadanos, y partiendo la municion del trigo y vino para la provision del castillo, nombró, por gobernador y castellano, á Rivas, dexando de los españoles para la guarnicion, con traza que el burgo de la pescadería se hiciese un caballero, dexando con esto más fuerte la ciudad. Los navíos de la mar, entrada la tierra, se deshicieron, y cada uno se fué por su parte. Murió en Cáles de un arcabuzazo, un caballero italiano del hábito de Santiago. La gente de Gante y Ambéres, que habian asistido á esta empresa, se volvieron á sus puestos.

§ LXI

CON la más brevedad que su Alteza pudo, salió de Cáles, pareciendo convenir el ganar la ciudad de Hardas, que, aunque de sitio y número de vecinos pequeña, fuerte con el agua que le cerca, es de vecindad de mil y quinientas casas, puesta en el condado de Ginus, en los con-

Toma de la ciudad de Hardas.

20

fines del Artues, junto á un lago que se hace de los brazos de los rios, que van á desembocar al mar británico por junto á Cáles; á su Setentrion tiene á Grabelingas, plaza fuerte del condado de Flándes; al Mediodía, en Artues, á Liques; al Ocidente el castillo de Ginus, que está junto á otro lago; al Oriente á Santomer, en el confin de Flándes, sobre la ribera del rio Aa; plaza importante para conservar lo ganado. En esta determinacion comenzó la gente á arrimarse por todas partes á los contornos de la ciudad, donde era el gobernador un capitan frances, y lo más de la gente que tenía consigo eran soldados franceses, que, como frontera, estaba bien guarnecida. Habia á media legua de Hardas una casa fuerte, que, por ser acomodada, ordenó mosiur de Rona que con dos piezas de artillería fuese una compañía de infantes y la ocupase; ántes que llegase la gente, fueron algunos soldados desmandados á la casa, y la hallaron alzada la puente, y de diferentes ventanas les dispararon algunos mosquetazos, con que los soldados no se atrevieron á llegar tan sin recato como habian comenzado; mosiur de Rona, que habia sido de los primeros á reconocer, se llegó cerca desde donde pudo hablar á un frances viejo, que, desde lo alto de la casa hizo señal que no tirasen; y dijo que si les concedian á los que estaban en la casa, que sacasen sus armas y bagaje y se fuesen á la ciudad de Hardas, que abriria luégo la puerta. Mos de Rona, que

tenía creido, segun la disposicion del lugar, que habia gente dentro para la defensa, por concluir presto dijo que baxasen y abriesen, que él le otorgaba lo que habia pedido; con esto se pusieron los soldados en su órden aguardando saliesen los rendidos, que, por lo ménos, se creia serian una escuadra; calóse el puente, y luégo se abrió la puerta, y por ella salió el viejo que habia hablado con Mos de Rona, con su lanzon en la mano, y tras él un muchacho con un pollino de diestro y algun poco de hato, y, pasando por entre los soldados, se fué el camino de la ciudad y se entró en ella, quedándose riendo Mos de Rona y los demas que esperaban habérseles rendido alguna gente, no habiendo en toda la casa otra ninguna persona sino este viejo, que habia hecho el ruido de los mosquetazos.

En esta casa se aloxó su Alteza, que era muy fresca, y al contorno todos sus cortesanos; don Agustin Mexía, con su tercio, se acuarteló á la parte del Sur de la ciudad; don Alonso de Mendoza á la parte de Levante; entre la ciudad y el cuartel de su Alteza, el tercio de don Antonio de Zúñiga; y la caballería á lo largo por la parte de Flándes. Como se llegó, sin dilatarlo se labraron muchos fuertes por todas las avenidas que podian salir de la ciudad; don Agustin Mexía, por su parte, que pareció la más conveniente para plantar la batería, comenzó con unos reductos las trincheras, que, por ser junto á unos campos em-

pantanados, eran trabajosas; con su cuidado se dió tan buena diligencia, que, en pocos dias, trabajando siempre de noche, vino á llegar á un rebellin grande cercado de agua, á la parte que llamaban la Villavieja, tan fuerte por el agua que, aunque cosa convenientísima y necesaria el ganarle para plantar la batería, se procuró excusar; más vista la necesidad que habia de desaloxar de allí á los franceses para poder batir la muralla, apresuró más la determinacion de los capitanes españoles en que se ganase primero que se batiese, porque por aquel rebellin, hácia la parte del agua, por unos pantanos, entraban avisos á los sitiados. Algunos quisieron decir que el perseverar en la ganancia de aquel puesto, siendo tan fuerte, eran emulaciones y malas correspondencias que entre las cabezas del exército traian, que todo ayudaba á que cada tercio y regimiento procurase hacer más que los otros. Habiendo reconocido bien la Villavieja, y informádose don Agustin Mexía, por cuyas manos corrian estas trincheras, de algunos guías la parte por donde habia ménos agua y estaba fácil la entrada á ella, ordenó á don Gerónimo de Monroy, que era capitan y sargento mayor de su tercio, y á don Juan de Silva, del mesmo tercio, y á otros capitanes españoles que por diferentes partes, á la señal de una pieza, arremetiesen á la hora que anochecia, y así lo pusieron por la obra. Pasando los soldados el agua, y llegando á los reparos y trincherones, por don-

de, siendo guiados, pudieron subir, aunque con trabajo, y peleando valientemente, fueron señores del puesto, que por ser fuerte en su sitio, hicieron mucho en ganarle, tomando algunos prisioneros de los que lo defendian, habiendo muerto, de los del campo, algunos españoles, y herido; y de los franceses más de docientos muertos, que, habiendo puesto su esperanza en el retirarse á la ciudad, hallando cerradas las puertas y levantadas las puentes, murieron. Hirieron á don Gerónimo de Monroy de un mosquetazo que le rompió ambos muslos; fueron otros heridos.

A la hora que los españoles fueron señores del burgo, sin dilatarlo, con cestones de tierra y fagina se hizo un reparo para quedar cubiertos y no recebir daño cuando amaneciese; el reparo que hicieron les fué de provecho, que, cuando comenzó la claridad á dar lugar de divisar las personas, la artillería de la tierra comenzó á batir los reparos estando la muralla muy superior al burgo. Los sitiados, miéntras más vieron su peligro, acudieron á la defensa con tierra y faginas, que, aunque la trinchera no sea bastante al reparo de un cañon, no viendo á quien tirar tras ellas, ó teniendo notable daño de aquella parte, nunca se persevera en batirlas, porque siempre se acude donde se teme de mayor daño, y reconocida la muralla y foso, se trabajaba desde la puerta de la villa, por aquella parte de la Villavieja hasta una esquina de un torreon, por donde la batería esta-

ba determinado se hiciese; á la parte de la venida de Francia hizo su Alteza labrar un fuerte capaz de mil infantes en sitio acomodado para su defensa y estorbar la entrada á socorrer, porque se publicaba habia tomado ya la Fera el frances y venía con todo su poder; y desto, aunque no tenía el Príncipe aviso que hubiese sido, por la falta que sabía tenian los sitiados, lo juzgaba por posible; y así, con sumo cuidado, era la precaucion que se hacia para estorbar el socorro y estar fortificado, tocándose todas las noches muchas armas muy vivas, con ocasion de alguna caballería francesa que se habia descubierto, y inquietaba á todas horas los aloxamientos, que despues se supo era gente que venía á tomar lengua del estado del sitio de las guarniciones francesas más cercanas.

§ LXII

FUÉ necesario, por la disposicion del suelo del arcen del foso, que estaba alto, para poder batir el pié de la muralla, hundir las explanadas del artillería más de un estado debajo de la tierra, y hundidos allí los soldados y gastadores, trabajaban con más seguridad; fué el trabajo algo prolixo; hiciéronse veinte explanadas y tornáronse á deshacer, y en el mesmo punto se ahondaron por el inconvenien-

Tenía á su cargo estas trincheras don Agustin Mexía, que trabaxó mucho.

te del arcen cuando estaba metida la artillería. No se habia hecho todo si no se sangraba el foso para quitar el agua, que, reconocido por los ingenieros, amaneció una mañana sin ella, habiéndose hecho muy bien la sangradura; comenzóse luégo á echar fagina en él para mejor pasarle, y que el cieno no hiciese estorbo. Cuando los sitiados vieron agotada el agua en que hacian toda su confianza, y supieron como tenian plantadas veinte piezas de artillería tan hondas, que les descubria todo el lienzo y pié del muro, y su muralla era casamuro, con buen acuerdo llamaron con una caxa, y, parlamenteando con Mos de Rona, concluyó con que otro dia dexasen la tierra y se fuesen á Francia con sus armas y bagajes y banderas tendidas, cuerdas encendidas y caxas tocando; y hiciéronseles tan buenos partidos, porque se publicaba que ya era rendida la Fera; y otro dia del concierto salió la gente francesa con sus banderas tendidas y caxas tocando; púsose todo el campo en sus escuadrones, y salieron de la ciudad en muy buena órden, cerca de dos mil soldados franceses sin los vecinos que se quisieron ir con ellos; convoyólos la caballería hasta que estuvieron seguros y en salvo; algunos dixeron no habian sido estos franceses bien recebidos de su Rey por no haber esperado la batería.

§ LXIII

Rendida la ciudad de Hardras, nombró el Príncipe archiduque al capitan Villaverde por su gobernador, y, dexando en ella guarnicion de españoles y valones y otras naciones, deshizo el campo, yéndose cada tercio á aloxar segun se le ordenó, y su Alteza con su córte volvió á Bruselas, donde fué recebido con gran fiesta.

§ LXIV

Las hambres y necesidades que los sitiados de la Fera pasaron, fueron muy grandes, animando á todos don Álvaro Osorio, en cuya mano estaba el gobierno de la gente, haciendo demostraciones muy particulares para encubrir su necesidad, habiendo llegado á comer los soldados todas las sabandijas caseras y cocidos los cueros de las sillas de los caballos; y en la mayor hambre tenía dos vacas don Álvaro que, para dar á entender no estaba en tanta necesidad, las traia á pacer por sobre las murallas que se podia ver bien del campo de los franceses; que por los pantanos y rivos de agua que hay al rededor de la ciudad, está segura de poder ser batida ni tomada por asalto. Cuando ya la

Natural de Tudela de Duero.

necesidad imposibilitó la gente de poder sustentarse, de noche secretamente, para hacer don Álvaro mejor sus acuerdos, hinchó muchos sacos de tierra, y poniéndolos en gran cantidad amontonados, á los que más á la mano estaban, hizo que un poco de trigo, que para aquel efeto tenía guardado, lo pusiesen en la boca de los costales, y cuando ya le pareció estar en extremo punto su necesidad, pidió al Rey de Francia, que siempre asistió en el sitio, le enviase con quién tratar de acuerdos para rendirle la ciudad, á que el Rey, alegre, envió luégo quien lo hiciese, porque tenía deseo de socorrer á Hardras, á cuyo sitio atendia entónces su Alteza; á los capitanes franceses, que fueron á la Fera, hizo el Gobernador mostrar, ántes de ningun acuerdo, los sacos de tierra, que, con la muestra de encima, ellos tuvieron por trigo, afirmando querer rendirse al Rey ántes de verse en última necesidad. Fué hecha la relacion de lo tratado al rey Enrico, que, creyendo, como sus capitanes, en los sacos de tierra, apresuraron el trato concediéndoles las armas, bagajes, banderas, cuerdas encendidas, y que fuesen tocando sus caxas, y, por más ostentacion, llevasen de los franceses consigo los que de ellos quisiesen irse, quedando seguros y perdonados los demas vecinos
1596. que, por lo pasado eran culpados, y que, por sobre las trincheras francesas del campo, llevasen una pieza de artillería; y en esta conformidad salieron de la Fera, deseando el Rey acu-

dir á Hardras, guardándoles en todo la palabra. A muy poco despues de entrada la Fera, le llegó al Rey la nueva de la pérdida de la ciudad de Hardras, y por estar el tiempo ya muy adelante, que comenzaba el invierno, deshizo su campo, enviándolo á aloxar, y se fué á París.

§ LXV

Muy pocos fueron los meses que la gente estuvo en sus aloxamientos, y continuando la guerra, juntó el Príncipe archiduque lo más que pudo de gente y los cuatro tercios de españoles, y con ellos, haciendo diversas puntas, pareciendo que las cosas de Francia estaban bien puestas, por tener en la frontera ganadas muchas plazas dentro de sus límites; con que por entónces pareció más conveniente limpiar á Flándes de algunas ciudades que en poder de los enemigos los molestaban, y la más á los ojos se ofrecia Hust, lugar fortificado con el sitio y la industria: es una ciudad en el país de Bas, al Setentrion tiene la isla Suitrebelant con un brazo del mar británico; al Mediodía la ciudad de Gante; al Oriente le cae Bergas Abson; á Poniente el casar de Asele.

Descripcion de la ciudad de Hust.

Echóse fama se queria sitiar á Breda, ciudad fuerte y puesta en la campiña, á siete leguas de Ambéres, y estando junta la mayor parte de la

gente del campo, en el país de Bas, por la parte del fuerte de Flándes, á la ligera, sin bagajes, comenzó la caballería y infantería á pasar en barcas el rio Escalda, que llaman de Ambéres, y entrando por medio de la ciudad con suma diligencia se aloxó en la campaña á media legua de Ambéres, otro dia en Ostrate, casar abierto donde se ven las ruinas de unos grandes palacios con una casa fuerte de los Duques de Brabante, luégo fué por sus espías avisado Mauricio, que con barcas acudia á socorrer á todas partes, y así estaban Breda y Bergas con la gente que tenía en Ostrate muy apercibidas de todo lo necesario; y para dar á los holandeses más ocasion de desguarnecer á Hust, se estuvo la gente algunos dias en Ostrate, llegando la caballería á las puertas de Breda, haciendo en todo muy gran demostracion de poner sitio sobre ella. Muy pocas horas tardó de llegar el aviso al conde Mauricio cómo pasaba el campo el rio de Ambéres, y con él mandó á seiscientos infantes, que tenía en la isla de Hust, acudiesen á la campiña, que por la mar con barcas y charbas les ha sido fácil socorrer donde les ha sido necesario desde el principio de la guerra, siendo los holandeses más poderosos en la mar que los exércitos de los españoles, que habian continuado aquellas guerras.

Como el coronel la Barlota y el Castellano Agustin de Herrera, que tenía órden de dar ciento cincuenta soldados españoles del castillo de

Gante cuando Barlota los pidiese, supieron la ida de los holandeses que habian estado en lo que llaman la isla de Hust, puesto que teniendo gente no era posible poner sitio á la ciudad por quedar siempre por aquella parte libre el entrada de la mar á muy gran número de gente que podia estar en ella aloxada, con muchos fuertes reales y pequeños á los pasos y desembarcaderos. Con las guerras todas las provincias de la marina han padecido, por haberse rompido unas calzadas que llaman diques, muy grandes inundaciones; porque con este género de reparo hecho de tierra y fagina, aunque la mar sea superior á los campos, defienden que no los bañe; y hase visto en algunas partes de la provincia de Frisa, con sólo un pequeño agujero que un villano, por enojo que tuvo con los de un casar, sus vecinos, les hizo en un dique, por donde entró tan recia la mar, que, sin ser posible socorrer el daño, se anegó un gran país con muchos casares y villajes, ahogándose la gente dellos; pareciendo al presente que esto se escribe, los campaniles de las iglesias cuando es menguante á dos ó tres leguas á la mar, siendo cosa que no causa admiracion á los naturales, que con la industria y años siembran y cultivan algunas parte que de inmemorial fueron mar; y otras que eran poblaciones, por rompimiento de los diques, son mar por donde navegan navíos y barcas, y para esto ha ayudado mucho la guerra; porque para la fortifica-

Digresion necesaria.

cion las ciudades, rompiendo los diques, empantanan sus campos, que, como se va continuando, cada inundacion con las mareas se va haciendo más difícil el poder, secando la tierra, volverla al estado primero.

§ LXVI

La ciudad de Hust solia ser tierra continuada y con muchas labores y campos hasta Asele, casar que, con la fortificacion del agua y el rompimiento de los diques, se ha hecho una isla, donde sólo se contiene la poblacion con dos leguas de mar en su circuito; iba uu dique desde Hust á Sele, que hoy se ve roto por muchas partes, y comenzaba la continuacion en una isla que, por su altura, lo era sin el remedio ordinario de los diques; en ella hay labrados, entre otros fuertes, uno pequeño de forma de estrella puesto á un esguazo, por donde, con la baxamar, se podia hacer pié. Por esta parte procuró muy secretamente el coronel la Barlota pasar con los españoles que llevaba de Gante á su órden y valones de su tercio, y con el coronel mosiur de la Tisling y su gente alemana, que, esguazando con toda esta gente escogida, y animándolos, llegó al fuerte, que, sin hacer defensa, desamparándolo los holandeses, lo entraron, matando algunos que se quisieron defender; ya que comenzaba á amanecer, repartió Barlota su gente

en la isla para poder sustentar lo ganado; mandó á los más de los españoles de Gante, que estaban con un sargento español, que se llamaba Lara, que iba por su cabo, que á tres tiros de mosquete del fuertezuelo, que se llamó del Pasaje, ocupase un molino de viento, que estaba hácia la ciudad, y en sitio algo eminente, se fortificase como pudiese; y, con algunos alemanes y mosiur de Tisling, su coronel y valones suyos, Barlota se puso delante del fuerte entre él y la ciudad. Como acabó de amanecer y la guarnicion de la ciudad vió perdido su fuerte, salieron en número á procurar cobrarle, y con buena determinacion cerraron con Barlota, matando y hiriendo muchos de sus soldados. El coronel Tisling, haciendo frente, como buen aleman, peleando valientemente, fué muerto con algunos alemanes de sus soldados, que hasta morir le asistieron. La fuerza de los enemigos, aunque animando á sus soldados y peleando, encerraron á Barlota en el fuertecillo, donde, con la ventaja del puesto, los arcabuceros valones comenzaron á hacer muy gran daño en los holandeses, que, perseverando en procurar ganarlo, por el daño que recebian, comenzaron á buen paso á retirarse á la ciudad. Los españoles de Gante, que estaban fortificados en el molino, como vieron retirar los holandeses y mal en órden, apretando la escaramuza, salieron del reducto que tenian, y como los contrarios iban con desórden y ellos venian de refresco, apretados, se

comenzaron á retirar á más que á buen paso. Cargó Barlota, como vió el buen suceso, con gente del fuerte, y á picazos y cuchilladas se retiraron los enemigos hasta debaxo de sus murallas, donde se deshizo la escaramuza.

Los españoles executan bien la vitoria, que, con las espadas y picas, no escaramuzan nada.

§ LXVII

El dia que la Barlota tuvo órden de pasar á la isla de Hust, llegó mandato de su Alteza á la gente que estaba en Ostrate para que, con la mayor diligencia, pasando por Ambéres el rio al fuerte de Flándes, caminasen á Hust, y con esta órden, con una increible presteza se hizo el camino, llegando al fuerte de Austria los tercios españoles, cuando Barlota fué socorrido muy á tiempo, pasando con la menguante de todos los tercios y regimientos mucha infantería, que demas del socorro que se hizo á Barlota con su pasaje, fueron ocasion que los soldados holandeses de un fuerte pequeño, que estaba al paso, viendo el socorro que pasaba, lo desampararon y se recogieron á la ciudad. El Príncipe archiduque, como supo el pié que Barlota tenía hecho en la isla, que, segun fué grande el suceso, se ha tenido por particular milagro de Dios en desanimar los holandeses que guardaban el fuertecillo del paso, de modo que pudiesen los

del campo hacer pié y sustentarlo. Luégo se mejoró el Príncipe á dos leguas de Hust; el casar de Basmustre y lo demas del campo repartió en puesto de diques, y reforzó los más de los fuertes, porque con ellos por la tierra estaba sitiada la ciudad, y si no era por la isla que se habia ganado, ó por el canal de Asele, al fuerte del Nasao no podia entrar socorro. Cubrióse de baxeles el mar, y con presteza, en barcas y charbas, llegaron de socorro por un lado de la isla más de ochocientos soldàdos del conde Mauricio, y por poder mejor estorbar el sitio, se acamparon entre la ciudad y los dos fuertes del pasaje. Habia en Hust número de más de tres mil soldados, y así se estimaba por cosa muy grande pretender ganarles la ciudad. Entendióse de las espías que esta gente, que estaba aloxada fuera de la ciudad, con parte de la de dentro del lugar, se determinaban echar fuera de la isla los soldados del campo, que estaban hechos pié en ella; que con echarlos, haciendo todo su esfuerzo, imposibilitaban el sitio. Mos de Rona, que era maese del campo general, y por cuya mano pasaba el gobierno de todo, sabiendo lo que importaba, para tener buen efeto, la conservacion de lo ganado, con las menguantes reforzó de gente la isla, con órden que procurase desaloxar y romper aquellos soldados que estaban acuartelados entre los del campo y la ciudad, ántes que ellos lo hiciesen con los nuestros.

§ LXVIII

Mudó el Príncipe archiduque su persona más cerca del fuerte de Austria, desde donde se descubria la isla de Hust y armada de los holandeses y diques más principales, que con gente del campo estaban ocupados, por donde, á las menguantes, se podia reconocer los fuertes de Hust y la ciudad, y pasar provision á los que estaban con Barlota, que desde el principio estuvo á su cargo la isla. Estaba el fuerte á tiro de cañon de otro de los enemigos, que se llamaba del Pasaje, con un dique donde los de la tierra habian hecho muchas cortaduras, el cual mandó su Alteza ocupar; y, para que de la armada no entrasen á su salvo algunas barcas, se pusieron en el dique cuatro piezas de artillería que limpiaban á las crecientes el canal, no obstante que, en barcas con remos, á todo peligro atravesaban con socorros ordinarios de la armada á la ciudad, pasando por el peligro de muchos cañonazos que se les tiraban. Vista la dilacion que causaba la gente del socorro holandesa, que estaba aloxada entre la Barlota y la muralla, se les ordenó á los del campo que, á la hora que ano-

Es costumbre inmemorial de la guerra de Flándes, entre los capitanes de naciones, gobernar siempre el capitan español, y entre los maeses de campo no consentir ser gobernados sino de su nacion.

checiese á la primera guardia, encamisados cerrasen con los holandeses, que serian hasta ochocientos, y no se desistiese hasta degollarlos todos ó encerrarlos tras las murallas; para esto pasaron compañías de españoles de todos los tercios y naciones, y reconocido ántes que anocheciese el sitio y las fortificaciones y trincherones que habian hecho los holandeses, á la primera rendida, con un ánimo invencible, aquellos capitanes cerraron con las fortificaciones que tenian los de la tierra; y hallando en ella muy buena defensa por todas partes, se comenzó á pelear tan encendidamente, que, desde aquella hora hasta otro dia que comenzó á apuntar el alba, fué sin cesar la grita, arcabuzazos y gritería, llevando lo peor los de la tierra; porque fueron acometidos por muchas partes de más de dos mil soldados de todas naciones escogidos, y, aunque estaban muy bien fortificados, con la confusion de la noche, que la hacia muy escura, y la buena resolucion de los acometedores, aunque murieron algunos capitanes españoles y de naciones, fueron los holandeses entrados y muertos más de setecientos dellos, no habiendo podido acogerse á la ciudad, porque tenian levantadas las puentes y por ser de noche; aunque era debaxo de sus muros, se mataban los enemigos, no valiéndoles sino echarse á nado; fueron los capitanes muertos: el capitan Cristóbal de Velasco, andaluz.

Habiendo alcanzado esta gran vitoria, se acobar-

daron con ella los ánimos de los de la ciudad y de la armada. Hízose esta faccion de noche por muchos respetos, algunos dellos diré; el primero por asegurarse los del campo de la artillería y arcabucería de los muros, que, si fuera de dia, era notorio hacer muy gran daño, en tanto extremo, que, con los reparos que los holandeses tenian, imposibilitaban el efeto que fuese bueno; otra razon, que siendo de dia, la ciudad abriria sus puertas para socorrer los suyos con la gente que tenía dentro, que pasaban de tres mil soldados escogidos, que solos bastaban á defender el puesto con las fortificaciones que tenian hechas; podian tambien, siendo de dia, por la parte de la armada, hacer alguna demostracion con querer echar gente á la isla que estorbára el buen suceso; y así fué conveniente fuese de noche, y tuvo buen efeto, quedando muertos los holandeses, y en sus mismos puestos y trincherones fortificados los españoles y naciones, que luégo, como comenzó el dia, entendieron todos en cubrirse de la artillería de la tierra, que jugaba con mucha priesa haciendo al principio daño. Habia en la isla tres fuertes reales hechos á la parte de la mar en unos diques rotos, y, como partes necesarias para ganar la ciudad, comenzó á tratarse cómo se pasase artillería, y en unas barcas chatas, se pasaron de noche hasta ocho cañones, y con los seis dellos se hizo una batería á uno de los fuertes que más vecino estaba al Pasaje, que, aunque era muy grande y muy

bien hecho y apercibido, con más de quinientos soldados, se tomó resolucion en batirlo; y comenzando desde la mañana á batir, como el grosor de la fortificacion era de tierra y fagina, las balas la pasaban haciendo gran daño en la gente, volando los hombres en piezas, que muy claro se veia desde los cuarteles. Viéndose los holandeses tan sin reparo hacer pedazos, llamaron con un tambor, y haciéndoles de partido que con sus armas y bagajes pudiesen salir ó irse al armada, sin ser en aquella defensa, acetaron, y despues del medio dia salieron y en barcas se pasaron á los navíos, cumpliendo mal la promesa de no hallarse más en aquella ocasion, porque los más se volvieron á entrar en la ciudad por el canal de Asele y fuerte de Nasao. Los otros fuertes de la isla, que estaban más á lo largo, los desamparó la gente, y retirándose á su armada, les pusieron fuego, y con esto quedó la gente del campo absolutamente señora de la isla, continuando las trincheras y acomodando la artillería para estorbar que por los canales no entrasen barcas pequeñas, que á su riesgo entraban, haciendo la infantería del campo grandes demostraciones de querérselo estorbar hasta entrar en el agua arriba de los pechos, siendo de ver las diligencias de los unos en estorbarlo, y de los otros la costancia en el entrar; y por el canal de Asele al fuerte de Nasao éntraban barcas grandes, porque á aquella parte hasta entónces no se habia puesto gente

ninguna de guardia; y, para cerrar el socorro por todas partes, mandó su Alteza á don Alonso de Mendoza pasase con tres compañías de españoles y mil alemanes y valones y borgoñones á ocupar aquellas islas, que habia á la parte del fuerte de Nasao, por donde tiene la canal de Asele, que está dos leguas á la mar. Cuando estuvo la mar menguante, á la hora de las nueve de la mañana, comenzó á pasar la gente que don Alonso de Mendoza habia de tener á su cargo, tocó la vanguardia al capitan don Diego de Villalobos y Benavides, que, con las guias, el agua á más de la cinta, y don Alonso á caballo con unos ingenieros anduvieron más de una legua por espadañales y cieno de la menguante, y en algunas partes habia canales hondos, que, con ser bajamar, pasaba de la cinta el agua; para huir de lo más hondo se fué tomando una gran vuelta hasta llegar á un canal, que por tener mucho fondo, que era una cortadura hecha á mano, pasó la gente en uno barcones grandes que se habian prevenido para aquello, y, como pasó la vanguardia, comenzaron á labrar un fuerte de cinco puntas, y dentro de pocas horas estuvo en defensa. Llamaron aqueste fuerte de los Cangrejos, porque hubo muchos y fueron de provecho, que, con ellos, se remedió la necesidad que de todo se pasó muy grande, porque, si no era baja-mar, no se podia entrar en la isla; habia bien dos leguas deste fuerte á los cuarteles, por los rodeos que se hacian

en el camino, y principalmente no se podia entrar bastimento; para pasar las órdenes de lo que se habia de hacer, era fuerza al que las llevaba ser guiado por hombres práticos de aquella tierra, siguiendo siempre un dique que en muchas partes estaba roto y muy hondo y á la creciente cubierto de agua; ofrecióse á esta gente otra necesidad, que no tenian agua, y la que se bebia de algunas pozas era muy salobre; estuvo este cuartel desta manera bien ocho dias, comiendo cangrejos cocidos con agua de la mar, y almejas, sin otra cosa ninguna, que á las menguantes se pescaban. Habia con las tres compañías de españoles mil soldados de naciones, y por haber su Alteza mandado á don Alonso de Mendoza asistiese en esta isla, que llamaban la Salada, con esta gente, y por hallarse con indisposiciones que le estorbaban el asistir las noches, hubo algun disgusto entre los soldados y capitanes, principalmente los españoles, que nunca quisieron obedecer sin particular órden de su Alteza á mosiur de Labix, caballero flamenco, gobernador de los villajes del país de Bas con nombre de general dellos por Finanzas, que es el consejo de Guerra y Hacienda de los condes de Flándes, que es hecho de los naturales de los estados y de las rentas que por razon destos países les tocan; llegó el no consentir el gobierno de Labix á tanto, que su Alteza, sabido el descontento de los capitanes españoles y la razon que tenian de no obedecer á otra nacion, ni consentir

modos nuevos de lo que siempre han guardado todos los generales con ellos, prefiriéndolos á todas las naciones en puestos y en gobiernos, atajando la pasion que en esto habia, mandó á don Alonso, que, aunque se hallase indispuesto, pasase á la isla, y asistiese con ellos, y pasase la resta de las compañías de su tercio; pasó don Alonso, y con su llegada se sosegaron y obedecieron todos, comenzando á trazar un cuartel más cerca del fuerte de Nasao, donde habian estado fortificándose, porque temian la venida del socorro de Holanda, que, si entónces no se ofreciera haber salido la gente holandesa é inglesa con la armada que saqueó á Cádiz en España, fueran muy necesarios todos los pertrechos y fortificaciones que se hacian. Hubo en este cuartel una poca agua que manaba entre unos zanjones que parecia de la llovediza. Púsose órden que no se ensuciase para que sirviese para beber la gente; habíase hecho ya un poco de dique en algunas cortaduras que, aunque con peligro, podian entrar vivanderos, que fué la salud de aquel cuartel; ántes que se pusiesen las tiendas pasaron al fuerte de los Cangrejos las banderas y los vivanderos, elegido puesto para acuartelarse todos por sus compañías, hicieron una fortificacion con su foso y una trincheruela de *tepes* del altor de un hombre, dejando su vacío para las rondas y su plaza de armas á la frente de las banderas y tres partes por donde se

Tepes, modo de adobes de tierra y grama.

podia salir y entrar, porque la cortina del cuartel que miraba á la mar, que era por donde el holandés, si hubiese de socorrer, habia de venir, se dejó sin entrada, que tampoco para el servicio del aloxamiento no era necesaria. Los navíos que de Assele venian á ver lo que se hacia en el canal, á la primera menguante, que se vieron en seco, y siguieron la gente de guerra que estaba en su vecindad, se hicieron á la mar para, en ningun trance, estar al suceso de la codicia de los soldados; y dióles más priesa á apartarse el ver que algunos de los mozos de los soldados, que iban á coger almejas, no obstante que les tiraron algunos arcabuzazos de los bajeles, se llegaron bien cerca, tirando con algunos arcabuces que llevaban; y, visto lo que los mozos hacian por las ostras, se hicieron dentro á la mar, desde donde tiraban con algunas pecezuelas que no hacian daño ninguno, no arrimándose mucho á las menguantes por no verse en riesgo de los soldados.

§ LXIX.

Como fueron siendo mayores las facciones que en la isla se continuaban, pareció á su Alteza que entrasen las banderas y maeses de campo con sus tercios, y pasó don Luis de Velasco y don Agustin Mexía y el Marqués de Tribico, que tenía un tercio de napolitanos;

entró con todos Mos de Rona por quitar diferencias en el gobierno, y con este esfuerzo de gente se pasó más artillería para tirar á las defensas, esforzando por todas partes el sitio, que, como lo más que se trabajaba era de noche, no cesaban los de la ciudad de tirar muchos géneros de fuegos, principalmente arrojaban unos dardos que alumbraban todos los campos, durando en el aire algun tiempo, y caidos en tierra disparaban dados; para más cerca tiraban bombas que descubrian los que trabajaban en los fosos; no cesaban en ninguna hora de la noche en echar fuegos, que desde léjos era galana vista, y contaban los de Ambéres, que está á cuatro leguas de Hust, que veian desde las torres los fuegos artificiales que arrojaban de noche.

En el campo se trabajaba plantando piezas que batian las defensas, haciendo trincherones para dañar de más cerca y guardarse de la artillería, que de dia jugaba muy apriesa haciendo daño á todos tiempos. Era una de las más grandes dificultades el poder hacer paso por el foso para arrimarse á la muralla, que ya se tenía determinacion de batir, donde estaban hechas veinte explanadas para otros tantos cañones que de noche en barcas chatas, como se pasaron los primeros, iban entrando en la isla. Estaba aloxado á la parte de la batería don Luis de Velasco con su tercio; por hacer luna algunas noches de las que se trabajaba en el foso, echando fagina y tierra, y con estaco-

nes en forma de dique, procurando hacer un pasadizo para la muralla; entraban los soldados por una desembocadura que estaba hecha hasta la mesma agua del foso, que entraba de la mar con artificio de enclusas, que, aunque á la menguante bajaba algo, no quedaba en seco; los soldados, cargados de faginas de noche, y el agua á la cinta, iban poniendo las faginas y clavándolas debaxo del agua con estacones unas sobre otras haciendo paso, y como los holandeses sabian lo mal que les estaba que los soldados del campo saliesen con esta obra, con mucha mosquetería y arcabucería que tenian de mampuesto, herian y mataban muchos. Murió en este exercicio el capitan Bruza, entretenido, de un arcabuzazo en la cabeza; estaba el sargento de la compañía que le tocaba trabajar, á la boca de la surtida, y, como sacaban alguno de los de dentro muerto ó herido, hallaba allí luégo de sus soldados, quien, con véras, pretendia entrar y sustituir en el lugar del retirado, haciendo esto tan animosamente y con aquella codicia, que si fueran los que entraban ciertos de recebir luégo el premio que merecia aquel trabajo. Continuóse dias y con muchas muertes el cegar el foso, haciendo los soldados holandeses algunas buenas salidas; y una dellas fué al tercio del Marqués de Trivico, que les caia cerca; y el Marqués, haciendo como caballero, acudió á todas partes valientemente, y los soldados italianos fueron maltratados y muertos

muchos dellos; los holandeses se retiraron á la ciudad sin poderles hacer daño, muy triunfantes de haberles sucedido bien la salida, que continuaron otras, sucediéndoles siempre bien por la presteza con que salian, y las horas en que hacian sus facciones, que era cuando ménos se pensaba. Estas salidas y daño recebido en ellas alertó los soldados á estar con más cuidado y fortificar los puestos de las trincheras y cuarteles, que toda la isla estaba llena de naciones á pié y á caballo guardándose de los de la ciudad, de donde se temia el socorro de la armada.

§ LXX

Para mejor poder cegar el foso y despues dar el asalto, habia un rebellin que tenía la ciudad y hacia traves, y, aunque los del campo lo procuraban ganar á la zapa por tener hecho pié en una punta dél, eran tantas las bombas y fuegos artificiales que arrojaban los sitiados, que con gran trabajo y muertes se sustentaba. La punta caia á la parte del tercio del Marqués de Tribico, y ordenósele que, con su gente, ocupase el rebellin todo, y habia de hacer esto de noche para tener tiempo de cubrirse en él los que lo ganasen, y recebir ménos daño de la

Los holandeses son grandes ingenieros de fuego artificial.

muralla á quien estaba sujeto. Los napolitanos, cumpliendo la órden que se les dió, arremetieron gallardemente, y habiendo ocupado la mayor parte del rebellin, haciendo un gran esfuerzo los de la ciudad con innumerables fuegos, ántes que se cubriesen con muerte de muchos soldados particulares del tercio, los desaloxaron y quedaron otra vez señores del puesto; segunda vez procuraron los soldados napolitanos ganalle, y, peleando obstinadamente los unos y los otros, lo ocuparon casi todo los del campo con hartas muertes de ambas partes; mas, volviendo sobre sí los sitiados con gran esfuerzo, lo tornaron á cobrar. Visto esto por mosiur de Rona, que lo que una vez y dos habian tenido ganado, por no haber fortificádose con cuidado, habian rechazado aquellos soldados y herido al Marqués de Tribico, su Maese de campo, que en todas estas ocasiones anduvo muy valientemente, mandó á don Luis Manrique, capitan del tercio de don Agustin Mexía, que, con cincuenta soldados españoles, procurase ganar y sustentar el puesto, y que los napolitanos le ayudarian á ello, y aunque esta nacion sintió que en su cuartel se diese la vanguardia á otra, por ser á la española, que es en aquellos estados dueña del huron, y con el daño, aunque pasado, fresco, mandandóseles, obedecieron; y don Luis, que era muy valiente soldado, encomendándose á Dios, subió al anochecer por lo zapado echándole muchos fuegos encima, y, si-

guiéndole los españoles de su compañía y otras que le llegaron, ocupó todo el rebellin; y no contentándose de lo hecho, siguiendo á los de la ciudad, se echó tras ellos por un puente, y es-tando casi dentro, con alguno de los que valientemente le siguieron, fué muerto; con el exemplo del esfuerzo que los de la ciudad habian hecho en lo pasado para desaloxar á los que ántes lo tuvieron ganado, y la pena que les tenía de contado, si se descuidaban en su fortificacion, la hicieron con tan buen cuidado y priesa, que, aunque los de la tierra por diversas veces y partes salieron en buen número, no los echaron de lo ganado, siguiendo á los que salian hasta encerrallos en sus fortificaciones, muriendo y matando de entrambas partes con tan fuerte teson, que no puso poco temor á los holandeses el ver la constancia de los españoles que estaban á la frente de las avenidas. Por la mañana, otro dia, entraron otros capitanes españoles, que, haciendo una razonable fortificacion, sustentaron el puesto recibiendo siempre daño y muertes que, con redomas de pólvora y bombas arrojadizas les daban; salió de aquí el capitan Ribera quemado el rostro con una bomba, y muertos tres camaradas suyos de Baeza y muchos soldados de entrambas naciones.

Muerte de don Luis Manrique.

§ LXXI

No se descuidaba el Conde Salma con sus ingenieros de hacer reparos por la parte que vió que los españoles y naciones le cegaban el foso, y tenía puesta una cantidad de cestones, donde creyó se le ponia la batería y se iban haciendo explanadas; y por lo que les enseñaba la necesidad, hizo una trinchera tan alta y tan fuerte, que era una segunda muralla en forma de media luna, y delante en los terraplenos de la muralla puso cinco minas con mucha pólvora y en tal forma labradas, que, con unas cuerdas de alambre que puso por debaxo de la tierra, iban á estar sus cabos dentro de su fortificacion, que tirando destos alambres, que estaban distintos los unos de los otros, con unas ruedas y unos pedernales con que hacia tomase fuego la mina; y podia volarlas con gran daño de los que tuviesen ocupada la muralla; no fué esto tan secreto hecho en la ciudad que su Alteza y Mos de Rona no lo advirtiesen para al tiempo salvallo.

§ LXXII

Los de la Isla Salada, que estaban con don Alonso de Mendoza, abrian trincheras casi dentro del agua, caminando siempre por el dique que va sobre el canal de Asele, donde pusieron cuatro piezas de artillería, que tiraban al fuerte de Nasao y á los baxeles y barcas que entraban. Víspera de Santiago, á la hora que anochecia, un baxel que llaman *Pleyta*, que son capaces de gran carga y de llevar ganados, con la menguante comenzó á salir por el canal, y tras él otros que llevaban algunos heridos, y con la creciente habian entrado con provision y soldados, que el entrar mar llena no se les podia estorbar sino con la artillería. Este dia, que fué el primero que se le comenzó á poner dificultad en la salida, que forzoso habia de ser cuando menguaba, comenzó un baxel que salia á quedarse en seco, y los soldados de la compañía del capitan don Diego de Villalobos y Benavides, que estaba este dia de guardia, lo vieron, y ofreciéndose algunos de ir á quemar el baxel, fué señalado Juan Ramirez de Lara, natural de Illescas, mozo suelto, ligero y animoso; iba en calzones de lienzo y sola camisa y su espada, tras él seis tiradores, y tras estos seis doce, que les fuesen dando calor, con órden que no se mezclasen unos

con otros, si no fuese para socorrerse en necesidad; el Lara se entró por el agua y lodo, y llevó tan buena resolucion, que, cuando llegó al baxel pasando el canal á más de la garganta, ninguno de los holandeses le osó esperar, sino que sin ponerse en defensa se fueron huyendo en un barquillo, y los que tenian más miedo á nado se echaron á la mar; el soldado trepó por su navío, que estaba ya bien seco y puesto sobre la primera cubierta, esgrimiendo la espada, andaba de una parte á otra saltando, porque de otros navíos que estaban más á la mar, habia llegado cuando él subió encima del baxel una chalupa con muchos tiradores que no cesaban de tiralle, y fué venturoso que, con su constancia y determinacion, no se llegaron los de la chalupa á más que recoger los suyos, y viendo que los soldados que iban guardando á Lara, por ir mar baxa, les alcanzaban con los arcabuces, desamparando el baxel, fueron á procurar socorro otros que estaban en aprieto, que, con el temor de ver el otro en seco y sentirse que tocaban, se perdieron de ánimo; subió un soldado bisoño, que se llamaba Salamanca, donde estaba Lara y llevaba el frasco lleno de pólvora, y entre los dos de las gumenas y jarcias, hicieron un montoncico y derramaron debaxo la pólvora para quemar el navío; ó que estuviese mojada la cuerda ó la pólvora no queria arder, el bisoño echóse de bruces á soplar la pólvora, y como fué tan presta en

Hecho de un español.

prendiendo, sin poder retirar el rostro se le abrasó todo y el baxel se comenzó á quemar, y los soldados valones y irlandeses, que juntos hacian la guardia de aquel dia, ayudándose todos muy bien á todo lo que se ofreció. Tienen los soldados irlandeses, por merced particular de mucho tiempo, que sus soldados son admitidos en las compañías de los españoles, y en los puestos y ocasiones se mezclan con ellos, como si todos fuesen una nacion, y merécenlo porque son muy gallardos soldados y el Basto que lo era muy bueno. Otro soldado español, llamado Salvador, de la mesma compañía de don Diego, fué á otro baxel que comenzaba á tocar, y con el favor de los irlandeses, se entró en él y le quemó, y lo saquearon y quemaron de la parte de la isla, donde asistia el tercio de don Agustin Mexía; huyendo de la vecindad de los soldados de don Diego y Basto, encalló otra pleyeda, y el capitan don Juan de Silva, como lo vió en seco, lo quemó con sus soldados, haciendo los tres baxeles muy alegres luminarias á los españoles, y á los de la tierra tristes. Fué la ocasion de dar en seco estos navíos haber los soldados del campo, principalmente los de la Isla Salada con las menguantes, quitado unas señales que las canales tienen, por donde los que entran y salen conocen la canal, que, como se entendió, se quitaron todas las más dellas; y los soldados del campo quedaron tan codiciosos de los baxeles que salian, que to-

dos de allí adelante se les antojaba que tocaban, y los de la mar cobraron tanto miedo, que, si no era en barcas con remos, no procuraron más entrar por el canal; el salir lo hacian más ordinario á las menguantes de la noche, porque don Alonso de Mendoza de su parte, y don Agustin Mexía de la suya, tenian tan bien puesta la mosquetería sobre el canal, que, si no era de noche, no pasaban; y aunque fuese escuro, se les hacia mucho daño, con todo pasaban algunos barcos; entre otras menguantes, una salieron dos barcos en que iban dos capitanes con recaudos al conde Mauricio, y tanta fué la priesa que les dieron con la mosquetería, que, muertos los marineros, se descaminó el barco, y el sargento de la compañía del capitan don Diego de Villalobos y Benavides, que estaba de guardia asistiendo allí con sus soldados, animado de su capitan, vistos los barcos que no se daban maña á salir de entre ellos, se echó al agua con animosa determinacion, y ayudándole un mosquetero de su compañía, trabaron del uno de los barcos, y con él embarazaron el otro de modo que los soldados entraron en entrambos y mataron el uno de los capitanes que no se quiso rendir, y el otro con algunos holandeses heridos truxeron al capitan, que estaba sobre el dique, y llevados al Maese de campo, don Alonso los envió á su Alteza, y dellos se supieron algunas cosas de importancia. El mosquetero

Este sargento se llamaba Alonso García de Liébana.

lo hizo valientemente, porque pasado de un arcabuzazo por los lomos acudió siempre al sargento hasta que mataron y prendieron todos los holandeses, y las barcas las vararon en el dique.

§ LXXIII

Con la mucha diligencia que su Alteza ponia para tomar la tierra, no perdonaban los soldados ningun trabajo, haciendo diques nuevos por aquellos campos, que, con las mareas, todo se inundaba; remendando otros rotos, y haciendo fuertes y trincherones donde más conveniente parecia á los maeses de campo y coroneles, que todas las naciones generalmente deseaban el fin de aquella empresa, donde se habia trabajado y se trabajaba mucho con obstinacion muy grande de los de la ciudad y los del campo, muriendo de ambas partes. Temiendo los de la Isla Salada, donde estaba don Alonso de Mendoza, la salida de los sitiados, comenzaron una fortificacion al opósito del fuerte de Nasao, que cae al lado de Velport en el canal de Assele, donde se pusieron cuatro piezas de artillería que tiraban al fuerte, que, con tres que él jugaba, hacia muy gran daño á todas partes, y mal á los que trabajaban en un reducto que se hacia para las cuatro piezas, donde un dia ocurrió lo que por ser caso

extraordinario contaré. Estando trabajando una compañía de valones, tenian uno de ellos de posta para que, en viendo el humo de la pieza del fuerte, avisase, que era el remedio con que se guardaban, echándose al aviso en tierra los que trabajaban, que pocas veces hacia daño con esta advertencia, sucedió que una de las centinelas que estaban para esto, viendo el humo, avisó á los demas y él no se baxó de donde estaba, y llegó la bala, que era de un cañon, y llevóle la cabeza, habiendo avisado á los otros. Como los holandeses con el jugar de su artillería no les pareció que bastaba á estorbar la fortificacion que los de la Isla Salada hacian, trazaron hacer una buena salida, y porque por un dique se vian, aunque léxos, las guardias que pasaban al fuerte; para que no se viesen las barcas, con que determinaban pasar el primer canal, pusieron un lienzo con que cubrieron el paso; y, haciendo determinacion de salir, comenzó á pasar gente al fuerte; el capitan, que estaba de guardia á las trincheras de la vanguardia, avisó á don Alonso del lienzo y del desinio del enemigo, y el Maese de campo previno luégo de reforzar las guardias, y para que tirasen los de las trincheras á la vela envió ocho mosquetes de posta que alcanzaban aunque estaba léxos, y entregándolos á los más diligentes soldados de la compañía, todo el dia no hicieron sino tirar con tanta priesa, que aunque la gente estaba para hacer su salida

Era el autor.

junta, como vieron estar tan alertados los de las trincheras, la sobreseyeron para otro dia; que, como el alférez Juan de Inestrosa, que lo era del Maese de campo, mudó á don Diego de Villalobos y Benavides, que habia sido de guardia el primer dia que habian puesto el lienzo, hallándolo puesto no se le hizo la novedad que á los que salian de la guardia, y así no se previno. Los holandeses otro dia á la hora de medio dia, que estaba la mar menguante, salieron en número de ochocientos infantes, y hallando á la compañía del Maese de campo, que estaba de vanguardia, la rompieron, matando y hiriendo más de veinte y cinco españoles, muy valientes soldados, entre ellos mataron un nieto de Julian Romero, que era muchacho de hasta diez y seis años, habiendo procurado rendille ántes, lo cual nunca quiso hacer, y así le dieron muchísimas heridas con las picas y espadas; pasaron desbaratándolo todo hasta llegar á las piezas de artillería y tuvieron tiempo para con cuerdas atar una de las piezas con intencion de echarla en aquellas canales; tocóse en el cuartel el arma, y tomando las armas, salió el capitan Igigo de Otalora, vizcaíno, con su compañía y otras de irlandeses y valones, y caminaron al socorro. Los de la ciudad, que eran señores del reducto de nuestra artillería, viendo venir la gente del cuartel, volvieron dos de las piezas nuestras y las dispararon; y por la priesa que el capitan Igigo les daba con los demas de

las naciones que peleaban valientemente, dexándose allí las cuerdas atadas á las piezas, se comenzaron á retirar jugando de sus fuertes su artillería y mosquetería, que hizo muy gran daño. Pasaron de doscientos los muertos y heridos del campo; los de los holandeses fueron pocos, porque, como creció la mar, no se pudieron seguir, que lo iba haciendo el Maese de campo con la compañía del capitan don Diego de Villalobos y Benavides por entre los pantanos apartados del dique; no se pudo hacer lo que pretendian, que era cortar los holandeses por las espaldas, que, si durára la menguante, se pudiera proseguir; mas, como creció, no hubo más escaramuza y todos se volvieron al cuartel á enterrar los muertos, y se reforzaron mejor las primeras trincheras para lo de adelante; en el campo de su Alteza se tuvo por perdida toda esta gente, porque, con la mar, no se pudo saber el suceso de la salida hasta otra menguante.

Iba el autor con su compañía.

§ LXXIV

Estaba la Isla de Hust llena de cuarteles y barracas, que parecia otra nueva poblacion. Gobernábalo todo Mosiur de Rona, cuyo juicio fué siempre estimado por grande; cegábase á toda priesa el foso, porque las esplanadas para la batería estaban hechas y la artille-

ría alistada; y como Mos de Rona acudia á todas partes, viniendo un dia á la hora de comer, habiendo entrado en su tienda, que tenía una gran espalda hecha de tierra y faxina, que muchas balas no la habian pasado, llegó una bala de un cañon, y sin estorballo la trinchera la pasó toda, y llevó la mitad de la cabeza á Mos de Rona, rociando con los sesos un hijo suyo de edad de quince años. Vióse más el valor de Rona con su muerte en la falta que hizo su persona, porque, como murió, se vió muy gran discordia y confusion entre aquellos grandes soldados, coroneles y Maeses de campo que estaban en la Isla, cada uno queriendo sustituir en el puesto de Rona. Hubo en las cosas alguna confusion, y atajóla el Príncipe Archiduque prudentemente, aunque con riesgo de su persona, pasando á la isla, adonde con su presencia todos obedecieron las órdenes que en nombre de su Alteza llevaban los ayudantes del Maese de campo general. Pasó su aloxamiento el Príncipe, para acudir á todas horas, más cerca al frente de la Clinque, dando desde allí órden en todo como mejor convenia, sin dar la mano á ninguno en el gobierno que tenía Rona, el cual se enterró con mucha pompa en Ambéres.

Muerte de Mos de Rona, maese de campo general de los exércitos de Flándes, en lugar del Conde de Masfel, que lo era en propiedad.

§ LXXV

Habia nuevas de cómo en Inglaterra estaba número de gente embarcada y en Holanda y Gelanda, y prometíanse los sitiados era para su socorro, y así fué menester sin quitarle de todo punto el socorro, que entraba en barcas pequeñas con las crecientes, batir la tierra que, con veinte cañones, á las ocho de la mañana, un dia que le hacia claro y sereno, comenzó la artillería á batir la muralla y los terraplenos, volando por los aires hombres y balas, haciendo los holandeses prueba de muy poco temor, descubriéndose sobre sus reparos á la furia de nuestra mosquetería y piezas, que tiraban á las defensas. La fortificacion que tomaron por principal, eran los árboles casi enteros arrojados sobre lo batido, los troncos adentro tan á punto puestos, que mostraban en hacello muy buena diligencia y ánimo. Estaba el arcen del foso alto de modo que no se descubria el pié de la muralla, y así, aunque se batió mucho, no se hizo buena escarpa. Eran las cuatro de la tarde y más, y no cesaba de batirse con tanta furia como al principio; al fin cesó de tirar el artillería, y, como con prudencia estaba avisado el Príncipe de las minas y defensas que la ciudad tenía, mandó que no se diese asalto, sino que tomando pié al principio

de lo batido, por diferentes partes zapasen, que todos á porfía comenzaron la obra, generalmente la gente triste de haber visto dilatar el asalto haciendóseles más dificultosa la empresa, viendo que se comenzaba otro trabajo con la zapa.

Cuando Aníbal pasó de España en Italia, la más gente que llevaba en su exército eran españoles, y así Fabio Máximo pudo bien con la dilacion guerrear y gastar el furor de aquellos soldados, que, como de region donde más lugar tiene la cólera, es necesario no dalles ocasion de enfriárseles, sino, habiendo de venir á las manos, no dilatalles el que executen su coraje, que, aunque á esta digresion se puede oponer los intolerables trabajos que esta nacion ha vencido en las Indias con la constancia en ellos, no deshace mi razon; pues la experiencia enseña las jornadas que han perdido por la dilacion del executar. En otras naciones crece el ánimo con la dilacion, como se ha visto en los flamencos en esta de Huste el ver dilatar el asalto que deseaban, en quien con ferocidad tenian puesta la esperanza del buen suceso. Fué mucha la tristeza que á todos los del campo causó el detenerse el asalto, y á los holandeses dió ánimo, con que hicieron grandes demostraciones de alegría, que les duró poco, cuando vieron que con la zapa los españoles de la parte del tercio de don Luis de Velasco zapaban fuera de las minas que tenian prevenidas y fuera de la media luna, que tenian hecha como una nueva mu-

ralla. El Conde de Salma, que tenía avisos ordinarios de Holanda, supo como la gente que tenía Inglaterra y las Islas, junta se habia divertido y baxado á Cádiz en España, y que su socorro, que le tenía puesto en ella, se le dilataba; y que los que zapaban, por momentos se hacian señores de las murallas con riesgo de perder su persona y la mejor gente que tenian los Estados en su servicio; con este temor hizo el Conde, como gobernador de Hust, su resolucion y, enviando á tratar de sus acuerdos, se concluyó, que dexando la ciudad se fuese por el fuerte de Nasao, donde le vinieron barcos de Assele en que se embarcase otro dia, y luégo, como se concluyó, entregó á los españoles las baterías, retirando él su gente detras de la media luna; salieron con sus armas y bagajes, dexando muchos muertos en la ciudad, que no los pudieron enterrar. Ocuparon la gente española, y las naciones la ciudad con sumo contento de todos, porque habian conseguido la vitoria cuando ménos esperanzas habia en los soldados del campo de tomar la tierra; y cuando estuvieron limpias las calles y plazas, entró dentro el Príncipe archiduque, nombrando por gobernador de aquel puesto de la ciudad y de los fuertes de la Isla á Mos de Labix, que habia sido burgo-maestre de todo el país de Bas por Finanzas. Su Alteza, hecha la empresa, se volvió á Bruselas con su córte, mandando aloxar por todos los países la gente

Esta gente saqueó á Cádiz.

del exército, que habian todos servido bien; y encargando en los hospitales los heridos, y dando muchas ventajas por compañías á la disposicion de los capitanes dellas. Murieron muchos soldados del campo español en el sitio, y de los holandeses dentro de la ciudad, que los mataba la artillería. Hubo muchas apuestas, como se acostumbra entre los mercaderes de Ambéres, sobre el tomarse Hust, y principalmente algunos pleitos por ellas.

§ LXXVI

Aunque el Rey de Francia parecia que estaba descuidado de la guerra, no daba lugar á hacello su solicitud en todo, porque el no poder acudir á tantas partes como tenía, por donde le guerreaban sus mesmos vasallos dentro de su reino, le ocupaba á no hacer empresas fuera dél; con todo, cuando le fué posible, juntó un campo de hasta nueve mil soldados, y con ellos, el Duque de Bullon por general, entró por los confines del Artues, quemando los sembrados y arruinando algunos castillejos y villajes de poca importancia; todo con sus desinios y algunas hablas y tratos de particulares descontentos en las principales ciudades de los confines y frontera de Artues y Enao, donde siempre hay deseosos de novedades; y con esta inteligencia pasó por cerca de Arras, donde él más deseaba meterse, y cami-

nando con diferentes puntas, la hizo por Flándes á Vetuna, ciudad pequeña, y que se persuadia poder entrar con alguna facilidad. Como llegó al Príncipe archiduque el aviso de haber entrado el Frances en sus confines, luégo á la más brevedad avisó á los tercios de Españoles y á las naciones, que estaban aloxados en diferentes partes, que acudiesen á Vetuna á juntarse por socorrella, y para desde allí acudir mejor adonde fuese necesario; la caballería fué la primera que llegó al puesto y burgo de Vetuna, y aquel mesmo dia llegó el tercio de don Alonso de Mendoza, y fué cuando el campo frances se habia descubierto de la parte de Francia, y andaba destruyendo unos castillejos y casas fuertes, donde se le habian querido defender. Si él traia resolucion de sitiar la ciudad, como vió el socorro, que fueron cerca de dos mil caballos y la infantería del tercio de don Alonso, que desde Haltamont habia caminado sin bagaje á buena diligencia, no le pareció executar su desinio, ántes se desvió de Vetuna y se fué y saqueó á Perne, una villeta bien cercada, y quemó á San Pol, habiendo con dos piezas de artillería derribádoles las puertas, y saqueando los vecinos llevándose los que le parecieron de rescate, haciendo estas entradas para tentar los ánimos de las ciudades de la frontera de Artues y Enao.

Cuarenta leguas iba con estas compañías el autor y su compañía, que en cuatro dias las caminaron sin bagajes.

§ LXXVII

Con mucho cuidado juntó el Príncipe archiduque los tercios de don Alonso de Mendoza, de don Luis de Velasco y don Antonio de Zúñiga y otros de naciones, la Barlota y un regimiento de alemanes; juntáronse en todos cinco mil hombres, caballería y infantería, y llegó á Vetuna todo, donde fué plaza de armas, y por general el Duque de Ariscote, que era gobernador de Mos de Nao y príncipe de Simay, salió con esta gente, aloxando siempre muy cerca de los franceses, que, aunque eran la mitad más en número, de que supieron habia gente junta, no entraron en los confines á más que cuatro ó cinco leguas de la raya, trabajando en esta campaña mucho los españoles y naciones que los ayudaban, procurando estar á cuatro ó cinco leguas del campo frances sin apartarse ni osar acercarse más los unos y los otros, trabando muchas veces los corredores escaramuza. Duró este trabajo de campear dos meses y más, procurando siempre el de Ariscote ocupar los puestos más aventajados, y porque á Perne pareció paso para tener al de Bullon á raya, se fortificó allí y puso la plaza de armas en una montaña, que, cuando se tocaba á arma, llamaban los soldados el pináculo, subiendo y baxando con mucho lodo, que

miéntras se duró en aquel aloxamiento llovió. Vista la perseverancia del campo español en aquel puesto, el Frances, á una legua de la raya, caminó á la ciudad de Arras, pensando tener allí alguna novedad: el Duque de Ariscote, que, por sus corredores, la diligencia mayor que hacia era ver donde marchaba, le siguió casi por sus aloxamientos hasta Arras, y á persuasion de los soldados, una noche ántes de llegar á Arras, que el Frances estubo hecho alto en la ribera del Durlans, se determinó dalle una encamisada, y puestos todos los españoles y naciones con las camisas encima de las armas, se salió del aloxamiento al anochecer, y con toda la caballería para que asegurase el campo; en esta órden se caminó tres leguas, y cuando faltaba una para llegar al aloxamiento de los franceses, que tenian el rio en medio, vino voz que estaban alertados, y así, sin hacer más efeto, se volvieron, y los franceses se apartaron caminando por Artues. El de Ariscote, temiéndose de los de Arras, y para valerse de tener aquella ciudad por espaldas, se aloxó en los burgos della con todo el campo y el Frances á cinco y seis leguas á la parte de Francia. La caballería de entrambos campos corria por todas partes escaramuzando, algunas veces partida la fortuna, aunque más ordinario eran rebatidos los del Duque de Ariscote. En esta postura duraron entrambos campos, no haciendo unos ni otros más efeto que consumir los labradores de sus

fronteras; fortificáronse los españoles junto á Arras con muchas trincheras y cortaduras, y lo más de los dias pasaban en Arras danzando, donde hay muy hermosas damas; lo mesmo hacian los franceses al opósito, y visto que sus desinios no les salian como habian pensado, despues de algunos dias que estuvieron en una postura, hicieron una punta, y dentro de sus confines enviaron á aloxar sus soldados; hizo lo mesmo el de Ariscote despidiendo á todos en Lens, yéndose él á Bruselas, que ya el invierno no daba lugar á campear más.

§ LXXVIII

Rota del Conde De Barras.

Por las impensadas entradas de los holandeses por la parte de Bravante, puso su Alteza el Archiduque Alberto tres mil soldados con el Conde de Barras, general de la artillería, que se aloxasen en el casar de Tornante, cerca de Bergas y Breda, ciudades de los estados rebeldes. Estuvo esta gente muchos dias aloxada allí pasando necesidad, y, por tener aviso que el enemigo juntaba número de gente para venir á deshacellos, determinó retirarse el de Barras, que, aunque lo prentendió hacer con secreto, tuvo mayor inteligencia el enemigo en sus espías, que le avisaron el dia de

su retirada, y con cinco mil soldados, caballería y infantería, marchó toda la noche en buen órden, y al amanecer sus corredores descubrieron al de Barras, que ya estaba fuera del casar y se iba retirando con alguna más priesa, y ésta vino á ser desórden descubierto; el holandes, con su vanguardia, comenzó á picar en la retaguardia de los nuestros; el de Barras, como valiente caballero, con buena resolucion animando á los suyos, se puso de los primeros á resistir el ímpetu de los holandeses, que, como les pareció que los del Conde huian, cargaron con más gallardía; pelearon algo los primeros con el exemplo del de Barras; mas, como fué el golpe de los enemigos mayor que sus fuerzas, y con la muerte del Conde de Barras y otros capitanes que le asistian, comenzaron los escuadrones á deshacerse, y, por ser entre bosques y pantanos la batalla, cada uno atendió más á salvarse que á pelear; la caballería holandesa, executando la vitoria, comenzó á voces á decir se salvasen las vidas á los valones, y con esto se acabaron de deshacer, pretendiendo salvarse por entre aquellos bosques los más de los soldados. La caballería que en la vanguardia caminaba y la que habia hecho rostro al enemigo, como vió deshecha la infanteria, cada cual atendió á salvarse. El holandés llegó con su campo y despojó

Todas las desórdenes comienzan por poco y vienen á crecer tanto como es la materia donde las dexan.

Fuerza y misericordia hacen rendir al enemigo.

los muertos, hizo muchos prisioneros italianos, alemanes y valones; no se halló compañía ninguna de españoles en esta rota; fueron sesenta banderas las que se perdieron, que dió muy gran nombre á la rota, aunque los muertos fueron pocos, que los más se escondieron entre los pantanos y con la noche lo pudieron hacer mejor, aunque los villanos de la tierra mataron más que los enemigos. Con esta impensada vitoria volvió el conde Mauricio triunfante á Holanda.

El breve tiempo de mi cuento ha sido poca fortuna suya, pues de más atras se pudiera ennoblecer contando los hechos famosos del Duque de Feria, don Diego de Ibarra y don Antonio de Zúñiga en Francia, la famosa retirada de Lan de don Agustin Mexía; mas mi asumpto principal, de lo que he yo escrito hasta aquí, fué querer acompañar con algo esta jornada de Amiens, y así no he podido decir nada fuera de mi discurso; en más volúmen lo haga quien tendrá campo fertilísimo para extenderse en hechos tan valerosos; lo que yo pido es perdon á los que con mi estilo, contando los suyos, he defraudado, que mi deseo ha sido no errar.

§ LXXIX

HABIENDO de tratar del sitio de la ciudad de Amiens, es necesario hacer una breve descripcion della. Está la ciudad de Amiens puesta en la ribera de la Soma entre Corui y Pequeñi, es cabeza de toda la provincia de los picardos, á diez y ocho leguas de París y catorce de Arras; terreno muy fértil de todo género de árboles frutales; que á su rededor tiene muchas huertas muy frescas y muy amenas, así de hortalizas, como de legumbres; dan sus campos bastantemente trigo; tiene muchos vecinos, y, de todos aquellos lugares pequeños de la provincia, los caballeros conocidos tienen casas en esta ciudad. El templo mayor es muy famoso en su edificio y grandeza, hay en él muchas reliquias, y una de las más veneradas es parte del rostro de San Juan Bautista; hay monesterios y Iglesias muy bien labradas y muy antiguas, dos abadías fuera de la ciudad, la una de San Fermin, que tiene su cuerpo del santo que fué natural de Pamplona, la otra de San Juan, que fué destruida porque estaba cerca de los muros de la ciudad.

Descripcion de Amiens, cuyo nombre antiguo fué Ambiano, fué martirizado en ella san Fermino.

Desta ciudad fué Pedro el Ermitaño, el de la conquista de Jerusalem.

En esta ciudad fué donde partió la capa san Martin.

Divídese la Soma en dos brazos principales que pasan por medio de la ciudad; cóxense muy buenos vinos en sus campos, de pesca goza de la del rio, que es mucha, y de la mar, que por Auiuila viene de todas las costas de Francia y Inglaterra; han sido por la mayor parte sus moradores ricos, fueron sus vecinos declarados contra el rey en el tiempo de la Liga; es por la parte de Francia ménos fuerte que por la parte que mira al Artues, aunque á la de Francia, por ser más baxo, tienen sus fosos agua; sus muros son muy anchos y de muy grandes terraplenos; podian en tropa dos compañías de cien caballos juntos rondar por sobre los terraplenos; era gobernador de esta ciudad, al tiempo que sucedió la entreprisa el Conde de San Pol; eran sus vecinos soberbios y arrogantes.

El rey Enrico de Francia, viendo en esta ciudad de Amiens la mucha comodidad y riqueza de los naturales para poder aloxar en ella cantidad de gente de guerra, temiéndose que, siendo frontera, no viniese á manos de sus enemigos, les envió á rogar recibiesen de guarnicion alguna infantería y caballería, con nombre que desde allí guerreasen los estados del Rey Católico, á lo cual los de la tierra respondian no tenian necesidad por ser ellos bastantes, no sólo á guardarse, más sin otra ayuda para hacer ellos solos la guerra; y así era la verdad, que esta ciudad tiene más de ocho

mil casas, donde era tan grande la cantidad de armas, arcabuces y municiones de guerra que tenian para defensa de sus muros, que excedia á una provision muy grande de un rey que quisiera conquistar un reino; donde la gente ordinaria de los burgueses, que este es el nombre de los ciudadanos, estaban tan exercitados y hechos á la guerra, que muy poco se diferenciaba á soldados práticos, teniendo sus compañías, que ordinario hacian sus guardias á las puertas, entrando contínuo cuatro banderas de guardia ordinaria y algunas veces más, fuera de las compañías de corazas, que tambien tenía la ciudad, que, con su misma infantería salian á correr las tierras del Rey Católico, llegando hasta las murallas de Arras haciendo daño; no estando seguro ningun convoy ni escolta, que saliese á cualquiera de las tierras del contorno, en deciseis leguas al rededor, haciendo daño muy notable; que aunque para correrías pensadas se juntaban con esta ciudad las gentes de otras tierras vecinas suyas, siempre la opinion era de los de Amiens, por ser ciudad principal y cabeza de todas las de Picardia.

§ LXXX

EN la toma de la ciudad de Durlans quedó Hernan Tello Puertocarrero por gobernador de aquella plaza, que le hizo el Conde de Fuentes por lo bien que sirvió en ella, pues, como fresca herida y que más se llegaba al corazon del reino de Francia, estaba en el deseo del Rey de Francia el recuperalla, y para eso hizo plaza de armas á la ciudad de Amiens, de quien está Durlans vecina siete leguas; desde donde Hernan Tello Puertocarrero, haciendo su deber, procuraba dañar en todo lo que podia á sus enemigos, y así entre las espías, de quien sabía los desinios del de Francia, se informó de la manera de guardia que sus vecinos hacian, y despues de algunos años que habia sido gobernador, supo como el rey Enrico tenía junta gran número de pólvora y artillería gruesa para la entrada del verano venir á sitialle; y aunque de atras tenía pensado intentar ganar algo á los enemigos, segun la relacion que de las guardias de Amiens por sus espías tenía, determinó emprender ocupar aquella ciudad, que, aunque empresa casi imposible, ayudóle Dios para salir con ella, y, comunicando con su Alteza el archiduque Alberto su desinio, le pareció bien intentar aquel suceso, aunque muy desconfiado

Amiens, plaza de armas de Enrico.

por la gran dificultad que le hacia tan gran empresa; y es de modo el poco pensamiento que de la empresa se tuvo, que muchas veces aquella noche estuvieron para volverse, y los soldados vencieron dificultades, que cualquiera dellas fuera bastante para que no se pasára adelante en el intento.

§ LXXXI

Avisos de la empresa de Amiens á su Alteza.

FERNAN Tello Puertocarrero avisó á su Alteza el Archiduque Alberto, como tenía reconocida, por su persona, por defuera la ciudad de Amiens, y el camino que habia de hacer la gente que fuese á la entrepisa, y como al salir del sol á la hora de las siete, cerca de las ocho, tenian de costumbre los ciudadanos abrir sus puertas, y principalmente la puerta de Montrecu, que es á la cara de los estados del Rey Católico, y, por pasar el rio Soma por medio de la ciudad en dos brazos, para nosotros se hace fuerte á la parte del Artues. Esta puerta de Montrecu es muy principal, y tiene un gran rebellin que guarda la puerta de la ciudad; y por entre este rebellin y las puertas de la muralla pasa algun agua del rio ,que, por estar aquello muy alto, es el agua muy poca. Tenian de costumbre, segun usanza de guerra, reconocer la campaña, y reconocida, abrian sus puertas, por donde entra-

ban á la ciudad gran número de villanos con las provisiones necesarias de la tierra, por ser aquella parte del campo grande, y el concurso de la tierra mucho de la gente de toda la comarca. Pensó Hernan Tello lo que sucedió, que en hábito de aquellos villanos y envuelto entre ellos podria ganar este rebellin, y con un carro ocupar la puerta de la ciudad, para que no se pudiese echar el rastrillo ni levantar el puente, y en una ermita de la Madalena, que está á tiro de mosquete de la tierra, tener gente de modo que á la primera seña se apoderasen de lo que los villanos ganasen; y más apartada estaba una abadía muy grande, que es de San Joseph, á seis tiros de mosquete, para que allí se encerrase la demas emboscada, para ir haciendo todos segun lo que se llevaba determinado.

§ LXXXII

Llamamiento de gente que fué á la empresa.

AVISADO el príncipe Alberto del dia y hora en que Hernan Tello Puertocarrero se determinaba hacer la empresa, avisó á los presidios y gentes de guerra que estaban invernando á la frontera de Francia, con nombre de que, dexando sus bagajes, saliesen compañías de todas partes á hacer un convoy de trigo que se habia de llevar á Durlans, donde se temia la venida del Rey de

Francia; con esto se avisó al tercio de don Alonso de Mendoza, que estaba aloxado en Baue y en Mabux, tierras vecinas á Mos de Nao, donde habian pasado aquel invierno; vino la mayor parte del tercio. Fueron las compañías que salieron, la compañía del capitan Alonso de Ribera, natural de Baeza, que, cuando esto se escribe, es gobernador de las provincias de Chile; salió la compañía del capitan Durango, natural de Medina del Campo, que al presente que esto se escribe es Maese de campo en el exército de Flándes; la compañía del capitan Iñigo de Otalora, natural de Vizcaya; la compañía del Maese de campo don Alonso de Mendoza, que la llevaba á su cargo el alférez Juan de Inestrosa, natural de Ronda; la compañía del capitan don Diego de Villalobos y Benavides, hijo de Pedro de Villalobos, presidente, gobernador y capitan general de las provincias de Guatimala, el cual nació en México y tuvo cuidado de escribir esto. Salieron estas cinco compañías de sus aloxamientos á la mayor diligencia que pudieron á la vuelta de Dur-
300. lans; llevarian, en todas cinco, trecientos soldados de la más vieja gente que habia entónces en aquellos estados; llamábase su tercio, por mal nombre, los Colmeneros, por el rastro que tenian en sacar las colmenas y la miel.

Salieron de la ciudad de Cambray, del tercio de don Agustin Mexía, que era gobernador della,
200. los capitanes que siguen: don Fer-

nando Deza, natural de Toro, el cual gobernaba las demas compañías de su tercio; la compañía del capitan Alonso de Tauste, natural de Baeza; la compañía de Baltasar de Zúñiga, natural de Valladolid, que la llevaba á su cargo el alférez, porque el capitan tenía licencia para España.

Caminaron los del tercio de don Agustin, que serian docientos soldados, con tanta diligencia, que llegaron dia y medio ántes de lo aplazado, y así se volvieron al contorno de Duay á aloxar hasta los diez de Marzo, que era el plazo de llegar; y hase de advertir que en las órdenes es menester que se guarde puntualidad, porque por más diligencia de la que es menester, como por ménos, se pueden perder las empresas.

Murió Guadalajara, y por esta ocasion iba su alférez con la gente.

Del tercio de don Antonio de Zúñiga vino la compañía del capitan Olave, natural de Vizcaya; la compañía del capitan Guadalajara, que la truxo el alférez Osorio, natural de Zamora, que fueron setenta soldados; la 70.

Han de ser éstas seis compañías.

compañía del capitan Falcon, gobernador de las demas; la compañía del capitan Basto, que despues murió, coronel de su nacion, en Ostende.

La gente de á caballo que se halló en esta empresa es la siguiente: la compañía de don Gomez de Buitron, con su capitan, que estaba aloxada en Iateu, en Cambresi, de las ocho españolas; don Juan Contreras Gamarra, con su compañía de

lanzas españolas, era natural de Beavante, hijo del comisario general Juan de Contreras Gamarra, que al presente es gobernador de Cremona, uno de los buenos soldados de aquellos tiempos, oficial que fué de don Rodrigo Zapata, cuya bandera se llamó la bandera de la sangre; de quien don Bernardino de Mendoza, en las guerras que escribió de aquellos estados, hace memoria, cuyos hechos dicen sus partes; el marqués de Montenegro, Jerónimo Garrafa, natural del reino de Nápoles, y su compañía de lanzas napolitanas, á cuya órden se mandó viniesen las demas compañías; respecto de ser muy gran soldado y por el título se rompió la costumbre que habia en las guerras de aquellos estados en no consentir los capitanes de nacion española ser gobernados sino de su misma nacion; la compañía del capitan Tellez, arcabuceros á caballo.

Fueron las compañías que vinieron á la entreprisa las cuatro nombradas y las que diré, que, por no saber los aloxamientos de donde salieron con puntualidad, sólo se dirán las que fueron: el capitan Simon y su compañía, corazas borgoñonas; el capitan Rugier, borgoñon; y su compañía, arcabuceros borgoñones, entremetidas algunas corazas; iba Jerónimo de Oria y su compañía, caballero del hábito de Santiago, natural de Génova, lanzas italianas; don Cárlos de Sandi y su compañía, caballero napolitano, lanzas italianas; el teniente del capitan Andrea, con su com-

pañía, arcabuceros italianos; el teniente del Baron de Usi, corazas borgoñonas; el capitan Jacom y su compañía, arcabuceros valones; dos compañías de albaneses, cuyo capitan de una dellas murió el dia que se perdió el Diamantillo, y el capitan Pedro Gallego, con su compañía, arcabuceros españoles.

§ LXXXIII

A los diez de Mayo, año de mil y quinientos y noventa y siete, á la hora que anochecia, se hallaron de todas las partes dichas, como si estuvieran más cerca, mil y quinientos hombres, que era la gente que venía avisada, á la ribera del rio Ati, media legua del Durlans, porque los de la ciudad no supieron desta gente ni otra tierra de las convecinas, disimulándose con que venian en tropas; y ellos mismos, si no eran los oficiales, no sabian la parte adónde ni para qué eran llevados, y los capitanes tampoco en sus órdenes sabian el efeto que iban á hacer, y así, con gran puntualidad de todos los que estaban convocados, se hallaron dentro de media hora, que no fué menester esperar los unos á los otros, juntos á esta ribera, donde los del tercio de don Alonso de Mendoza, luégo como llegaron, sin tener órden dello, hicieron puente sobre el rio,

1597. *Llegada de la gente á Durlans y á Amiens.*

que despues fué ocasion de no detenerse allí, que si se detuvieran pudiera ser perderse la empresa; por ser las noches ya por Marzo no pequeñas. Ayudó á la comodidad del juntarse la gente y caminar aquella noche aquellas siete leguas que hay de aquella riberilla á Amiens el gran frio que hacia, que con grandísimo extremo helaba, y los soldados por calentarse hicieron gran diligencia, con que se hizo la jornada. Luégo como llegó la hora, al tiempo que anochecia, Hernan Tello Puertocarrero cerró las puertas de Durlans, y por las del castillo salió con algunos de los hombres que habian de servir de guias y con los que habian de hacer la máscara de los villanos, que por ser tiempo de carnestolendas, que se usan en aquella tierra muchas, fué la mejor que se pudo llevar. Era sargento mayor de Hernan Tello Puertocarrero el alférez Hernando de Vallejo, natural de Castilla la Vieja, y sargento de su compañía Francisco del Arco, que fué el que guió la danza de los villanos, á cuya órden iba el hacer la señal *A dos de Junio.* y comenzar el hecho, el cual murió despues capitan en la batalla de las Dunas; era natural de Castilla, hombre de buena persona y disposicion, prático en la lengua francesa, y habia algunas veces, con órden del gobernador Hernan Tello, reconocido en hábito de villano la ciudad y la guardia de Amiens, de modo que era uno de los que mejor habian visto todo el lugar y puestos de las emboscadas. Llegó Hernan Tello

á la hora que habia anochecido, cuando toda la gente estaba junta, y queriendo ordenar se hiciese puente para pasar las tropas de caballería y infantería, las del tercio de don Alonso de Mendoza la tenian hecha, y fué de muy gran servicio, porque si se detuvieran á hacella, pudiera faltar tiempo para la empresa : por donde la puente estaba hecha pasó toda la gente, así de á pié como de á caballo, con buena órden, á quien se les dió guías que fuesen siguiendo. Á la hora de media noche, que se habia caminado con gran silencio y priesa, el gobernador Hernan Tello hizo hacer alto á la gente, juntando los capitanes de las naciones como los españoles, con quien habiendo comunicado el caso hubo muchos pareceres, que, haciendo burla de la empresa, tenian á más sano consejo el volverse, teniéndolo por imposible, añadiendo á la dificultad el ver que no sólo era una ciudad tan grande y en frontera, sino cámara de municion del rey Enrico y plaza de armas, y con razones de burla decian era traza á lo antiguo. Tomóse acuerdo para ver si lo que de la noche quedaba era bastante tiempo para efetuar el desinio, y, desacordando las guías y los práticos de aquel camino, siendo unos de opinion que ántes que amaneciese no podrian llegar á la tierra, y otros animando, se determinó con resolucion de no pasar adelante, mandando Hernan Tello volver la caras á la gente de guerra tornando atras, lo cual se comenzó á hacer con harto disgusto de

los soldados, que, aunque no sabian la empresa, pasó la palabra dexaba de hacerse á lo que se iba por no haber tiempo y no poder caminar lo que era menester, lo cual los soldados con gran ánimo persuadian á que intentasen ver si les amanecia ántes, y que nada podia perderse intentándolo; que cuando fuesen descubiertos robarian los ganados, y con eso se volverian. Oido por el capitan don Fernando Deza, que era amigo del gobernador Hernan Tello, se lo dixo y lo persuadió; con que siendo del mesmo parecer algunos de los capitanes, se volvió á mandar se prosiguiese la empresa, y los soldados, con el frio y con ver que era menester, se dieron tal prisa, que á las cuatro de la mañana, que daba el reloj de la ciudad, se llegó á la abadía de San Joseph, que está á vista de la ciudad, donde se tomaron las puertas de la Abadía, y la infantería se metió toda dentro con gran silencio; la caballería toda quedó en una emboscada algo distante de la Abadía, donde, con sus postas á lo largo escondidas, quedo cubierta. De toda la infantería se sacaron trescientos arcabuceros y se emboscaron en una ermita pequeña, que se llama la Madalena, á tiro de arcabuz de la puerta de Montrecu.

§ LXXXIV

Los arcabuceros que se pusieron en la emboscada de la Madalena fueron los más españoles, con los capitanes don Fernando Deza y el capitan Íñigo de Otalora y el alférez don Lope Zapata, hijo del maese de campo don Rodrigo Zapata, cuya compañía se llamó la bandera de la sangre. Iba, con la arcabucería de su compañía, emboscado en el humilladero, junto á la puerta de la ciudad. Luégo, como comenzó á salir el sol, se tocaron las caxas de la tierra á la alborada, y de ahí á rato, que serian ya más de las siete, abrieron las puertas de la ciudad, saliendo algunos arcabuceros á reconocer la campaña, que muy cerca de la ermita de la Madalena llegaban ordinariamente sin reconocer la ermita, de donde les sucedió todo su daño.

Cómo se ganó el rebellin de Montrecu.

Metida la guardia de sus puertas, los villanos del contorno comenzaron á entrar y salir á la ciudad, entre los cuales estaban nuestros soldados en hábito de villanos, y entre ellos habia valones y borgoñones de los del presidio de Durlans y el sargento Francisco del Arco, á quien estaba encomendado el hacer la seña del arremeter al cuerpo de guardia con una pistola, luégo que viese el carro cortadas las cuerdas en el lugar del rastrillo,

el cual llevaban á su cargo dos borgoñones, valentísimos soldados, que aquel dia lo mostraron bien, haciendo lo que se les ordenó con gran puntualidad. Iba entre estos fingidos villanos un capitan borgoñon reformado, valiente soldado, y entrando unos solos y otros de dos en dos, comenzaron á sentarse dentro del rebellin que hace la puerta, tiritando de frio, cargados de legumbres, principalmente de saquillos de nueces y manzanas, que costaron escudo y medio, que lo pagó el sargento mayor Vallejo de su dinero, con que se ganó una de las mejores ciudades de Francia, de que los franceses han hecho muy gran sentimiento que con nueces y manzanas se les ganase una ciudad tan rica y principal. Entrados los soldados disfrazados, mostrando no conocerse unos á otros, llegándose á calentar al fuego, hacian con gran cuidado aquellos ademanes que suelen hacer los pobres villanos de aquella tierra, que, como há tantos años que han tenido guerra y de suyo son pobrísimos en su vestir, andan siempre de sayal blanco muy basto, y los más descalzos, y por partes se les muestran las carnes, segun es su pobreza; y como nuestros soldados iban vestidos tan á la ligera destos vestidillos, que cada uno habia buscado lo más pobre y cuitado que habia podido, tiznándose la cara y manos, y como hacia mucho frio, verlos era una desventura de hombres, que de ninguna manera se pudiera pensar los ánimos que aquellos ademanes y trajes encerra-

ban. Trababan conversacion los unos con los otros de gran simpleza, que los walones son grandes soldados de motes unos con otros; estaban hablando en sus vacas y en las gracias de su lechon; estando al fuego á la parte que estaba un soldado borgoñon y un walon calentándose entró una vieja muy vieja, villana francesa, la cual dixo á los de la guardia: «Haced buena guardia, que esta noche han pasado la ribera de Durlans tropas de soldados españoles; mirá bien por vosotros.» Este soldado borgoñon, como oyó decir á la vieja esto, cuitándose mucho, preguntó á la mesma guardia si era verdad aquello que la vieja decia; que queria ir á poner en cobro su vaca, mas que ya se la debian de haber robado aquella mala gente que habia pasado, como la vieja decia; y cuitándose mucho, les preguntaba ahincadamente le dixesen si era verdad aquello, á lo cual el soldado de la guardia con otros hicieron burla y dixeron que se sosegase; que aquella vieja no sabía lo que se decia; que si fuera verdad, ya les hubieran avisado dello otros; que no podia pasar gente con tanto silencio que no los hubieran sentido; que se sosegase; y así se tornaron á sentar, dando el villano fingido en la tema de su desdicha, si aquella mala gente le robára su vaca. En este tiempo, un carro cargado de paja con algunos tablones, porque no le pasasen las púas del rastrillo, que era suelto, venía entrando por la primera puerta del rebellin, y en su seguimiento algunos de los de la másca-

ra. Estaba rato habia dentro, entre otros villanos pobres arrinconado, el sargento Francisco del Arco, temblando de frio, que, como estaba casi desnudo, no habia menester para temblar fingir mucho; aguardaba su vez, que fué al tiempo que el carro comenzó á entrar por la puerta de la misma ciudad, pasado el rebellin; y como estuvo debaxo del rastrillo, el borgoñon que iba en el caballo delante guiando se apeó y cortó con un cuchillo que tenía las cuerdas con que tiraba el caballo, lo cual vió bien Francisco del Arco, á quien un sargento de la guardia llegaba en aquel momento á preguntar de dónde era, y le respondió sacando del gregüesco una pistola, y dixo en español: «De aquí soy», y dióle por los pechos; y quitándole la partesana que en las manos tenía, porque él cayó luégo muerto, dió en los demas de la guardia, saltando los disfrazados soldados como águilas, que ántes que los arcabuceros de la emboscada de la Madalena llegasen ya tenian muerta toda la guardia del rebellin, que fueron más de treinta hombres: á los pistoletazos de los nuestros tocó arma la posta que estaba ordinariamente sobre la puerta, que tiene órden de cortar una cuerda de que pende el rastrillo, y para este efeto se le pone en la mano, cuando le ponen de posta, una hacha ó un cuchillon, con que en semejante caso corte la cuerda; y así lo hizo este soldado, cortando la cuerda del primer rastrillo, que por ser de una pieza, estorbó el carro no llegase al suelo;

Respuesta breve.

y los nuestros, que ya habian sentido el pistoletazo primero, que era la señal, á más correr entraron por el rebellin, que estaba ya ganado, y entre nuestros soldados disfrazados y algunos arcabuceros entraron en la ciudad más de ciento, acudiendo luégo á las torres y murallas á ocupar los puestos; y un soldado español, que se decia Navarro, arcabucero de la compañía del capitan Durango, de Medina del Campo, subió al rastrillo, y hallando cortando la cuerda dél, que era de puntas sueltas, á la posta le dió algunas heridas, con que viéndose herido el frances comenzó á procurar tornar á levantar el rastrillo, que á este tiempo habian caido las puertas dél y habian estorbado la entrada á los nuestros, porque, como eran muy herradas y grandes, y cada una caia por sí sola, pasaron el carro, que no fué de poca confusion para los nuestros, que ya de todas las emboscadas, caballería y infantería, estaban en el rebellin apiñados unos sobre otros por entrar, que, hallando cerrada la entrada y no pudiendo pasar, no sabian qué hacerse, porque la gente de la tierra comenzaba con algunos arcabuzazos á tirar á los nuestros, que por un diente de los del rastrillo, que con el moho no habia acabado de cerrar la entrada, iban pasando: el soldado Navarro, con otros que le ayudaron, se dieron tan buena maña, que alzaron la punta de modo que el capitan Simon, borgoñon de nacion, apeándose de su caballo, con su compañía, que le seguia, se entró dentro de

la tierra, llevando sus caballos de diestro, que era la priesa tanta al entrar, que no se daba lugar. Alzada la puente, dieron de estocadas al que la habia derribado y enseñado á alzar, y por la una parte de la muralla y la otra se comenzó á ocupar la ciudad, volviendo las piezas de la muralla á la tierra, que á los nuestros, que no habian llegado y venian por la campaña, les dió temor el vello, no creyendo que ya hubiesen los primeros hecho tanto; mas conocida la verdad, los borgoñones, alemanes y walones, que traian sus camisillas en unas mochilas y malas capillas, las echaron en el campo con gran alegría para poder más ligeros entrar al saco de la ciudad, que fué riquísimo. Estaba á este punto la mayor parte de la ciudad durmiendo y en las iglesias, por ser cerca de las nueve.

El Conde de San Pol, que era gobernador de la ciudad, oyendo tocar al arma y diciéndole que por puntos crecia, dixo que serian algunos caballos de Durlans que corrian : ántes de salir de su casa se le dixo que pusiese su persona en salvo, porque la ciudad estaba llena de bandas rojas, y que no daba el negocio más lugar de salir luégo, sin aguardar otra cosa. El Conde salió de su casa, y viendo algunos de los nuestros que andaban saqueando la ciudad, y que los vecinos, algunos descalabrados otros huyendo, iban á la puerta de Nocyon, que es á la parte de Francia, le pareció buen consejo llevar el mismo camino; dando ór-

den le llevasen caballo, se fué á pié con algunos de los suyos, que si no se diera priesa no pudiera salir de la ciudad. Los que estaban con armas de los franceses hacian en algunas partes rostro, como á las esquinas, corriendo las cadenas, sacando cofres y arcas á hacer trinchera; mas era tal la furia de los que venian ganando, que no les daba lugar, arremetiendo luégo, sin aguardar á arcabucearse, cosa que á los ciudadanos esta determinacion les hacia perder el ánimo, viendo que el que alcanzaban con armas era luégo muerto, y así una vez deshechos, dexando las armas, acudian á salvarse. Otros huian á sus casas por sus joyas y dineros, y á más correr, por las puertas que caen á Francia salian huyendo: niños y mujeres era tanto el miedo que á los españoles tenian, que creian muy cierto no dexarian persona á vida, y esta opinion la habian cobrado en Durlans, cuando el Conde de Fuentes la ganó, donde murió la mejor y más noble gente de los Picardos, cuya cabeza es esta ciudad: tenian en la memoria esta matanza tan grande, y su miedo era mucho: muchos dellos, sin esperar á ver los españoles, huyeron, que no fué poco provecho para acabar empresa tan grande con tan poca gente. Llegó el Conde de San Pol á la puerta por donde salia huyendo su gente, y viendo que los españoles le acosaban, se salió; habiendo prome-

Los imprudentes, como no han discurrido el daño que pueden recibir, es mayor su espanto de lo ordinario con el mal.

Dicen mató también estotra posta del rastrillo.

tido á la posta pagárselo porque luégo que saliese echase el trastrillo, que no se aseguraba de los nuestros, que creyó que le seguirian. Navarro, aquel soldado que con su diligencia perseguia las postas de los rastrillos, con otros algunos arcabuceros llegó en su seguimiento, y saliendo tras él, le apretó de suerte, que volviendo á hacer rostro con los caballeros que iban con él, los soldados, que no eran más que tres, queriendo retirarse, se hallaron cerrados con el rastrillo, y por remedio, viéndose perdidos, alzaron el puente, quedándose entre el puente y el rastrillo, hasta que nuestra gente, que iba corriendo las murallas, se hicieron señores de las puertas.

§ LXXXV

ESTE dia se fué todo en saquear la ciudad, que habia tanto en qué, que para cada soldado habia tres y cuatro casas.

Las riquezas fueron muchísimas, no sosegando los capitanes y oficiales de sacar los soldados á la plaza principal de la ciudad, que era cerca de la casa del Conde de San Pol, donde los españoles hicieron su escuadron y la guardia.

En la plaza más grande, que es del mercado, acudió la mayor parte de las naciones, donde hacian sus guardias, repartiéndose la caballería en

Cómo desarmaron los vecinos, y las muchas armas que tenian.

diferentes partes y puestos. Hacia el oficio de sargento mayor del tercio de don Alonso de Mendoza el alférez Ortiz, que trabajó muchísimo en todo el discurso de aquella guerra: era de los antiguos soldados del tercio viejo, y como á soldado tan plático, le encomendó su Alteza, del parecer de Hernan Tello y de los demas capitanes que estaban dentro de Amiens, el oficio de Sargento mayor de todos aquellos españoles, con gran autoridad sobre los demas oficiales de las naciones, que por sus buenas partes le querian todos mucho. Eran tantos los naturales de la ciudad, y tantas las armas que tenian, que mandando otro dia por pregon público que todos los vecinos, de cualquier calidad que fuesen, truxesen sus armas á la plaza, se hicieron tan grandes rimeros de ellas, que si el dia de la entrada cada vecino no hiciera otra cosa sino irse á la puerta por donde se entró, y echarlas allí, en tres dias no fueran bastantes los españoles y naciones á quitarlas para entrar.

§ LXXXVI

METIDAS las guardias, por órden del sargento mayor Ortíz, en las partes de la muralla y puertas más peligrosas, se estaba siempre con las armas en la mano por el mucho temor que se tenía de los vecinos, que era la cuarta

parte dellos bastante á recobrarse. El trabajo y vigilancia de los de dentro era grandísimo, corriendo de dia y de noche la caballería con gran cuidado á todas partes la tierra.

Sucedió que como la presa fué hecha sin pensar, se hallase la ciudad llena de riquezas, y principalmente de dinero y de joyas; aunque lo que fué oro y piedras, quien las tenía, luégo que sintió cada uno el ruido de estar los españoles en la tierra, tomando lo más preciado de su casa, se salió á la parte de Francia por donde más á cómodo le era huir. Faltó mucha de la gente que no hizo defensa, que si no vieran el guarecedero tan cerca no dexáran de hacer resistencia mayor de la que hicieron. Con esta fama de tanta riqueza comenzaron los soldados de las guarniciones de la frontera, y de más adentro de Flándes y de los tercios, en cuadrillas á meterse en la ciudad, entrando de noche en tropas de diez y de veinte y más, como se juntaban; porque el camino estuvo desde Durlans á Amiens, luégo otro dia que se tomó la ciudad, muy peligroso y muy bien guardado con toda la caballería que de sus fronteras pudo juntar el Rey de Francia, y los caballos franceses encontraban algunos soldados, que habiendo ganado mucho, procuraron salir á ponerlo en Flándes, y cayendo en manos de los franceses, fueron desbalixados, por donde se extendió el nombre de salir muchos con muchas

Por esto se ha de hacer al enemigo la puente de plata.

riquezas. De toda la Francia acudió caballería á desbalixar los que salian, con que estuvo luégo peligrosísimo el camino y casi imposible poder pasar sin ser sentidos, si no era con grandes arrodeos y guías, viniendo por dentro de Francia.

Con todas estas dificultades, era tanta la fama del saco y la codicia de hallarse en él, que de todas naciones llegó en la ciudad á tener Hernan Tello cuatro mil soldados, con que viendo su necesidad le pareció alzarse, sin dar licencia á ninguno que saliese una vez dentro, y obligar á los que estaban sin compañías las escogiesen sirviendo dentro de la ciudad, prometiendo de parte de su Alteza se les harian buenos sus sueldos en sus tercios, lo que hubiesen servido de atras, y lo que iban sirviendo, aunque hubiesen venido sin licencia. Con esto guarneció la tierra, que, por muchos que se fueron y salieron fuera, vino á quedar la plaza compasados de tres mil y cuatrocientos soldados, que servian arrimados á sus compañías haciéndo sus guardias.

Andaba Enrico rey de Francia tan rabioso de la presa de Amiens, que con grandes amenazas prometia á su reino no sólo tomar á Amiens á escalada, sino otras plazas en tierras del Rey Católico, y para esto juntó un campillo de hasta cinco mil hombres, con que muy ordinario tocaba armas á toda la tierra, desasosegando á los de Amiens, que, como áun estaba llena la ciudad de ciudadanos que eran enemigos, á ninguna hora

de la noche reposaban los soldados, sino toda ella con las armas en la mano en escuadrones, y la caballería corriendo todo el lugar; y eran las acometidas y demostraciones que el Rey hacia, trayendo escalas y petares, que muchas noches se creyó los franceses vecinos habian dado alguna puerta, como en efecto lo intentaron. Era grandísimo el cuidado con que nuestra gente se guardaba; y, viendo los continuos desasosiegos que los de fuera daban, se tomó resolucion y órden que en ninguna manera ninguno tocase arma, si no fuese andando á las manos ya sobre las murallas con los enemigos; que con la arcabucería y piedras y hachos guardase cada uno la parte del foso, que cabia á su guardia, sin hacer escándalo ni alboroto por veinte ni treinta enemigos que llegasen al foso.

§ LXXXVII

Una noche el Rey resolvió (por relacion que tuvo que en el rebellin de la puerta de Montrecu habia seiscientos barriles de pólvora, que la villa tenía para su municion en unas bóvedas baxas), que por una tronera baxa, que entraba dentro de la bóveda, se metiesen unas salchichas de cantidad de pólvora con que se prendiese la otra que estaba dentro, que si saliera el desinio como él pensaba se volára todo el rebellin; como no sucedió á su propósito no tu-

vo efecto el trabajo, porque la pólvora estaba más adentro y más baxa, y los que metieron la salchicha fueron sentidos, y aunque la pegaron fuego el efecto que hizo fué ninguno, sólo á una de las centinelas, que se descuidó y no miró con tiempo lo que era, la mató, y á otros dos que estaban más afuera, los aturdió el ruido. Fué tanta la presteza de los sitiados, creyendo era la puerta la que habia volado, que cubrieron la muralla de arcabucería, y jugaban tan apriesa la artillería al foso y á la parte que se habia sentido el rumor, que los franceses tuvieron por bien retirarse á gran priesa dexándose algunos muertos. Habia en lo hondo del foso, que era seco por aquella parte, una concavidad, donde despues se hizo una casa-mata; allí, un alférez walon que servia á los enemigos, se metió de temor, no osando salir al arcen por la mucha cantidad de balas que tiraban las murallas; estuvo hasta la mañana, que dixo se habia quedado por rendirse y pasarse á la parte de los sitiados. Descubrióse habia servido en nuestro campo, y no sólo esto, sino hubo indicios que habia fingido el temor por entrar en la ciudad á tratar traicion contra los della. Mandósele confesar, y no queriendo hacerlo, le ahorcaron en la plaza grande de la villa con un rétulo que decia: «por traidor». Con esta jornada quedó más indignado el rey de Francia contra los de la ciudad, y prosiguió haciéndoles más amenazas.

§ LXXXVIII

Con este suceso el gobernador Hernan Tello descubrió aquella pólvora, que despues fué de mucho servicio, y para tenerla más segura se quitó de allí, llevándola á otras partes donde estuviese más guardada. Era tan grande el corrimiento que el Rey tenía de ver su tierra ganada, que juraba de vengarse ó perder en la demanda la vida; traia gran número de escalas y petares para romper las puertas, con que no sosegaban los de dentro de la tierra un momento, siempre con las armas en la mano.

Entreprisa de Arras por el Rey de Francia.

Corrido de la burla recibida, y viendo la buena guardia que en Amiens hacia la gente del Rey Católico, rabioso con su daño, intentó Enrico tomar la ciudad de Arras, cabeza del Artues, una de las mejores ciudades de aquel contorno, catorce leguas de Amiens, y siete de Durlans, donde le sucedió lo siguiente: Una noche, con la mayor diligencia y secreto que el Rey pudo, anocheció con su gente francesa, que serian seis mil soldados, á vista de Arras, y á la primera guardia de la noche se arrimó á los fosos por la parte que llaman de la Villavieja; que por ser aquello á la parte del país de Flándes era más seguro, y con aquella seguridad pudo llegarse debaxo de las mu-

rallas, donde las centinelas son ciudadanos y no con tanto cuidado, como se suele acostumbrar entre gente de guerra, hacen sus guardias. Preguntó la guardia qué gente era, y conociendo que eran enemigos, tocaron arma con tanta priesa como si estuvieran ya dentro de la tierra, y fué tal la turbacion de los ciudadanos, que, aunque con sus armas acudian al ruido, muchos dellos no sabian qué se hacer de turbados; y creció de modo la turbacion que sin tener resistencia, la gente francesa y el Rey en persona pusieron un petardo á la puerta de la citadela, y dándole fuego, con el ruido que hace una pieza de artillería, rompió gran parte del puente y de la puerta y rastrillo, dejando concavidad por donde podian entrarse y al punto entraron algunos caballeros franceses, que con la presencia de su Rey estaban deseosos de mostrarse, y caminaron la vuelta de la misma puerta más adentro, donde hacia un como patio descubierto con un callejon que va á otra puerta con un rastrillo. Llámase esta puerta de la Cité. A este tiempo era grandísimo el alboroto de los ciudadanos, y fuera entrada la ciudad si á este punto no hubiera llegado el Conde Buque, que es natural desta ciudad, y ha sido coronel de su nacion, y ahora al presente, hace oficio de general de la artillería del exército de Flándes. Esta noche mostró su ánimo animando á los de la tierra, que tambien se le puso viendo al teniente Le-

Es General de la artillería, año 1609.

chuga que con algunos españoles habia llegado al rebato, que animándolos y poniéndose los primeros á la defensa, volvieron en sí los ciudadanos, y con buen ánimo, comenzaron á ponerse á tirarles desde las murallas; y volviendo los que huian por pensar estaba entrada la ciudad, se avivó la defensa que, en muy poco rato, nueve de los que habian entrado á romper el segundo rastrillo, fueron muertos. Y el Marijal de Biron, que estaba con el Rey á la primera puerta animando á los suyos que entrasen, fué herido en una mano; y cargando la furia de los arcabuceros y mosqueteros de la ciudad, les fué fuerza retirarse, habiendo perdido de los suyos algunos, fuera de los que quedaron dentro, que luégo como los del foso vieron tantas luces, que los españoles que estaban dentro hicieron encender á los de la tierra, y que de la muralla se les tiraba no sólo con la mosquetería, sino que Lechuga habia hecho tirar con unas pecezuelas de unos traveses, á la más diligencia que pudieron se retiraron, dexando algunas escalas en el foso; dándoles vaya y grita los de la ciudad, que con el ánimo que habian ya cobrado, estaban para resistir cosas mayores. Fué gran parte del buen suceso hallarse aquí Lechuga y estos españoles, que iban á Amiens. Retiróse de aquí el frances tan enojado, que á todas las plazas del contorno amenazaba de tomar á escala vista.

Cuanto suele ser el peligro es la alegría venciéndole.

§ LXXXIX

Despues de pasados algunos dias en que se gastaba el tiempo, los del campo en estorbar que nadie entrase en la ciudad, haciendo á lo largo algunos fuertes con que se aseguraban, y los de dentro fortificando sus murallas; principalmente se hizo á la parte de la de la puerta de Viobues, que, segun el juicio de los capitanes y soldados de dentro de la tierra, era la parte más flaca y más á propósito para arrimar la artillería á la ciudad por muchas comodidades que ofrecia el sitio, aunque el desinio del frances fué diferente, menospreciando todas estas comodidades, respeto de estar más á estorbar los socorros que podian venir, porque los soldados era grande el trabajo que pasaban en sus guardias; y ordenó Hernan Tello saliesen á trabajar los mozos, y para que con más voluntad lo hiciesen, fué en forma con sus compañías y banderas, llevando sus armas, que no fué de poco servicio el de esta gente, que en lo que fué el trabajo hubo más que le hiciesen, y para lo que era tirar desde las murallas, lo hacian gustosísimos sin entender en otra cosa. Salian de cada compañía de soldados otra de mozos á trabajar, y señalábanse dellos mismos sus capitanes, á quien seguian. Parece ser que entre

Cómo trabajaban en compañías los mozos de los soldados.

algunas de estas compañías de mozos, que iban á trabajar, sacaron algunas banderas francesas, que eran las con que hacian los ciudadanos sus guardias, cosa que lo sintieron mucho, aunque no era tiempo de sentir daños generales. La obra se fué fortificando de modo, que se hizo una estrada encubierta muy á propósito con un rebellin. Repartióse las murallas y las puertas á las naciones por cuarteles, que, aunque en esto de señalarse parte cierta á las naciones para sus guardias, fué contradicho de los capitanes, Hernan Tello hizo su parecer, como en las demas cosas, admitiendo muy poco el consejo de muchos capitanes, que dieron y habian hecho prueba de valentísimos soldados de muy atras, hasta que la necesidad le obligó á llamarlos y pedirles su consejo, cuando, aunque es verdad que se habia hecho todo lo posible sin faltar punto á lo que era necesario en la defensa de la tierra, si ántes se juntáran todos los capitanes y tratáran las cosas que convenian, muchas de las obras que se hicieron no se hicieran, y otras se trazáran que fueran de más servicio, como era aprovecharse del agua de la Soma, cosa que el Príncipe Archiduque, por las relaciones que tenía, se lo envió á advertir en avisos que le hacia á él y á Pachoto el ingeniero, hermano de otro caballero, gran ingeniero tambien, que ya era muerto, y este su hermano, que estaba dentro de Amiens, era del

Se suele sentir más el oprobio comun que el daño particular.

hábito de San Juan, el cual entró cuando el teniente Lechuga de noche. Éste acomodó muy bien aquella parte de Viobues, que era la más flaca, fortificando un rebellin; donde se metieron soldados españoles. Repartióse la tierra en esta forma: el cuartel de la Puerta de Viobues, que es la parte de una Puerta Vieja, que llamaban de París, y una parte de la muralla que venía hasta la puerta, la tenian las compañías que habian venido de Flándes, que eran de ordenanzas y las pagan por Finanzas; eran seis, de que era cabo un caballero flamenco, hermano del Conde de Fingien, del hábito de Santiago, que estaba con ellas; de allí se juntaba el cuartel de los alemanes y gente de la guarnicion de Cáles, en cuyo cuartel estaba la puerta de Viobues á la órden de Pedro Gallego, capitan diligentísimo; de allí se seguian walones de diferentes regimientos y los irlandeses, que venian á tener la puerta de Montrecu, que vino á ser lo más reñido; era cabo dellos el coronel Basto, que fué uno de los valentísimos soldados que el Rey, nuestro señor, tuvo en aquellos estados; por esta parte tornaba á juntarse la muralla con los españoles, y en esta forma estaba repartida la ciudad entre toda la gente que estaba dentro de Amiens.

Jornada sobre Durlans del frances.

Como quien se sentia ofendido, en ninguna manera sosegaba el Rey de Francia, buscando como vengarse y como apretar á los de dentro de Amiens. Tuvo

aviso cómo por nombre de las muchas riquezas que en el saco se habian hallado, los soldados de los presidios del contorno, y principalmente de Durlans, cuyo gobernador habia sido Hernan Tello, se habian venido á Amiens, y estaban las plazas casi solas; resolvióse una noche intentar tomar á Durlans con apariencias que queria entrar á Amiens á escala vista; partió con seis mil hombres y anocheció á las puertas de Durlans por la parte de Arras, y por allí comenzó á llegar con escalas al foso; y, aunque la noche hacia muy escura, los soldados estaban muy sobre aviso, de modo que luégo fueron sentidos y tocada arma, aunque no creian fuese la gente que era, sino alguna desmandada que iban á buscar de comer. Fué gran parte de no tener efecto el desinio del Rey, la buena órden que el sargento mayor Vallejo tenía en la tierra; que era soldado prático de muchos años de aquellas guerras, y sintiendo los enemigos, procuró, con el ménos ruido que le fué posible, ordenar y guarnecer sus murallas de los alemanes y walones que tenía; porque los españoles estaban en el castillo; ó que temiese el frances aventurar su gente en parte, donde, aunque sabía era poca la guarnicion, conoció que era de soldados viejos; ó que estuviese esperando la seña de algun trato, que fué lo que más se sospechó que fué la ocasion de haber venido allí, al cabo no se determinó á hacer demostracion ninguna; y, cuan-

Difícil á soldados viejos darles escalada.

do amaneció, por el temor de la artillería de la tierra y del castillo, que comenzó á jugar luégo que pudo descubrir la gente, el Rey se retiró muy sin tener efeto su ida, que no sirvió sino de alertar de allí adelante aquesta y las demas plazas que temian de algun mal suceso; y todas estas suertes en vano, eran aumento de coraje contra los de la ciudad de Amiens, do volvió á ponerse y á apretarla de todas las maneras que podia.

Cómo se echaron los ciudadanos más sospechosos de Amiens.

Con las ordinarias diligencias que el Rey hacia por haber á Amiens en su poder, crecia más en los sitiados el recelo y cuidado de guardarse de algun repentino daño, que lo amenazaba la mucha poblacion del lugar, que, en realidad de verdad, no podian olvidar el amor que tenian al nombre propio suyo y de su Rey y el ódio de los españoles; deste recelo movido el gobernador Hernan Tello, y para asegurarse, habia dias tenía desterrados aquellos que más conocidamente eran realistas, que así se llamaban de atras los aficionados al Rey Enrico, y los otros que seguian la contraria parte eran de la Liga[1], de la parte que el Rey Católico se habia mostrado de atras; y, aunque ahora no se trataba en este particular, teníase gran cuidado, haciéndose cortesía á aquellos que se habian mostrado de la parte católica; y al presente, sin respeto á ninguna persona, se mandó saliese de la tierra la mayor parte de los naturales

della, juzgándolos todos por sospechosos y no buenos dentro de casa; vedóseles el sacar ninguna cosa consigo, si no fuese registrándola, principalmente oro y plata, en que se puso mucho cuidado. Era el deseo de los de la ciudad el salirse de ella por el temor que tenian á la furia del Rey, que siempre los tenía y daba por traidores; los hombres hacendados quedaron muy pocos que no se fuesen, llevando pasaportes del Gobernador, con que hacian su negocio, teniendo intencion de volver á vivir sus haciendas, si la ciudad fuese socorrida, y si no, quedar en gracia de su Rey, que les mandaba desamparar aquello. Comenzó á despoblarse el lugar con gran priesa, saliendo por el rio de la Soma la via de Avivila muchas barcas cargadas de gente y ropa; y fué cosa de gran admiracion que pagando por cada cofre ó arca que se llevaba una buena cantidad al Gobernador, suma que montaba mucho al tiempo de la muerte de Hernan Tello, no se le halló en su poder sino un testamento de cuatro mil ducados, el cual tenía hecho muchos dias ántes de su muerte. Llevaban los que se iban dos peligros: el uno, de ser desbalixados de los nuestros, y el otro, al llegar cerca de su campo, de los suyos. Procuró Hernan Tello, con mucho cuidado, de su parte saliesen seguros, y lo procuró hacer con bandos pena de la vida á quien los desbalixase; mas, por mucho rigor que él tuvo en esto, no pudo se estorbasen de saquear algunas barcas de los mozos de los

soldados, que salian á buscar hierba para los caballos por la puerta que guardaba Pedro Gallego; donde una tarde, habiendo sucedido la desórden en unas barcas, Hernan Tello, enojado, salió por aquella puerta por ver y hazer algun castigo que atemorizase á los demas, y sabiéndolo los malhechores, buscaron otras partes por donde entrasen, sólo un pobre mozuelo traia una mantilla colorada, que acaso, segun su confesion, se la habia dado otro; mas, viendo los despojos en su mano, fué luégo asido de la guardia, y, confesado, mandó Hernan Tello se le diese garrote en la barrera, lo cual él sintió con gran extremo, y suplicó con encarecimiento se doliesen dél, que no muriese allí, sino, pues habia árboles, se le hiciese gracia de colgallo de uno y no de la barrera, lo cual se le concedió luégo y fué ahorcado, aunque no escarmentaron los demas las veces que les venía á las manos poder robar los demas que salian.

§ XC

Destruicion de los arrabales de Amiens.

HABIA al rededor de la villa de Amiens, como habia sido y es tan frecuentada, muchos arrabales, muy buenos, llenos de gente, y muy buenas hosterías. Por tener más limpia la campaña, hasta allí se habian procurado aprovechar los soldados de la leña de las casas, que, con

gran cuidado, se metia dentro de la ciudad; mas, como el Rey se daba priesa á acercar su campo, ya no pudo ser aprovecharla toda; púsose fuego á muchas casas ordinarias, y entre ellas algunas buenas; principalmente, un poco á lo largo, habia casas de placer, que en muy pocas horas se abrasaron, saliendo los pobres moradores de ellas, que áun no lo creian, con aquellas reliquias de trapos y vejeces, que los soldados, por no serles de provecho, les habian dexado, sacando sus hijos y ellos llorando al campo. ¡Espectáculo cierto para dar lástima y no temer los hombres dar mucha parte de su hacienda por conseguir un bien tan grande, como es vivir en paz! Quemadas todas las casas y arrasadas las paredes dellas por los soldados, los tristes habitadores, que algun caudal tenian, viendo su desventura, luégo que anochecia, se iban, donde en el campo del frances aquella desventura que llevaban les era quitada, porque la hambre y pobreza de los soldados franceses era mucha, quedando de los enemigos desterrados y de los amigos robados sin tener remedio, sólo lamentarse al cielo. Los que sabian el suceso de los primeros, escarmentados, como dicen, en cabeza ajena, con alguna ropilla, no se atrevian á apartar de las murallas; mas eran robados en otra manera, y es que, en anocheciendo, no se dexaba quedase nadie á tiro de arcabuz en el campo; porque, en sintiendolos de las murallas, eran

Males de la guerra.

arcabuceados sin ninguna piedad, y los tristes se retiraban á las cantiñas que de las casas del Arrabal habian quedado, donde los soldados del campo frances los venian á afligir tomándoles los vestidos que tenian, si les parecian mejores que los suyos. Las niñas y mujeres, que, con el temor, no osaban retirarse, eran forzadas; de modo que todas las noches habia en aquellos campos fuerzas y robos, contando la pobre y miserable gente su desventura á la mañana á los soldados de las guardias, que les preguntaban lo que habia sido. Esto duró muchos dias, porque era de modo la lástima de los soldados españoles á aquella desventu-

Piedad de la nacion española. rada gente, que soldado arcabucero casi no habia ninguno que á la hora de comer, ó cuando podian, no sacase algunos panes ó pedazos dél para dar á estos pobres; que, como en las guerras pasadas, todo el trigo que estaba en los campos no estaba seguro en ellos, los labradores teníanlo en la ciudad, y en la campaña no se hallaba ninguna cosa en algunas leguas á la redonda; que la gente del campo frances habia gastado lo poco que habia, y era muchísima la necesidad que el Rey tenía en su exército, envuelta en muy fina peste, que habia tambien mucha en la ciudad. Como por los capitanes se supo la piedad de los soldados españoles en dar de comer á aquella gente, y era ocasion de que no se fuesen y se aumentase la enfermedad, se dió órden, como en ninguna mane-

ra se consintiese darles nada, con que se comenzó á apocar aquellos hambrientos, que por no morir les fué fuerza irse á buscar la vida, aunque era de modo el amor de algunos pobrecitos de aquellos con los paredones caidos, que solian ser sus casas, que comiendo raíces, desfigurados, asistieron muchos dias, hasta que se consumieron y los acabó la peste y su desventura; cosa más para espantar vista, que para saberse contar.

§ XCI

Era de modo la falta de bastimento y hambre del campo frances, que una mañana, saliendo una compañía de guardia á la Puerta de Noyon, que era la que los españoles tenian en su cuartel, llegaron seis franceses, armados con sus arcabuces pidiendo los recibiesen en la ciudad, porque morian de hambre; estaba de guardia á esta puerta este dia el capitan don Diego de Villalobos y Benavides, el cual avisó del caso al gobernador Hernan Tello, que le respondió tornase á enviar los franceses á su campo sin hacelles mal, y así luégo los llamó delante de sus soldados preguntándoles, qué era la ocasion de venirse á rendir á la ciudad; ellos muy humildes, haciendo muchas reverencias, dixeron que la necesidad en que se hallaban les obligaba á venir á buscar la tierra, donde habia opinion en el

campo de mucha abundandia, y venian á rogar los admitiesen en servicio del Rey de España. A esto les respondió el capitan, que por su confesicn le obligaban á estimarlos poco, por ser soldados que, en servicio de su Rey, un poco de hambre y necesidad les hacia desfallecer de ánimo, y que se tornasen á su campo; para esto mandó volverles las armas que habian traido, con apercebimiento que, si otra vez volvian ellos ó otros, los ahorcarian de aquellos árboles; y que los soldados, que gozaban al presente de aquella ciudad y de aquella abundancia, estaban determinados con gran ánimo servir á su Rey por muchas necesidades que se les ofreciesen, y el Rey de España no se servia jamas de soldados que desamparaban el suyo natural por un poco de trabajo que entónces tenian presente, pues era más justo morir que hacer lo que ellos hacian por temor de la necesidad; y que les aseguraba, si no era otro su intento sino huir el trabajo y por eso venian á buscar la ciudad, que no quisiesen servir entre los soldados del Rey Católico, porque eran de tal condicion, que más deseaban los trabajos y necesidades que el vencer; porque si no vencian, haciendo mucho de su parte, no querian merced de su Rey, pues deseaban más el merecer las mercedes que el alcanzallas; y que, si otro intento tenian fuera del huir la necesidad, y deseaban seguir al que seguia la razon en la guerra, y el deseo de servir á un Rey Católico

les movia á querer seguir su parte, que pasado Durlans hallarian gente del campo de su Alteza, donde serian bien recebidos; mas que les aconsejaba no se fuesen á él huyendo del trabajo, porque se hallarian burlados; y con esto los hizo ir de allí, rogando ellos mucho los dexase que anocheciese, porque de su campo no fuesen vistos y castigados; pusiéronse léxos, en unos jardines, aguardando á la noche, que se fueron muy confusos con lo que les habia dicho el Capitan.

§ XCII

Cuartel del frances al casar de Lampre.

Luégo que el frances tuvo á lo largo labrado un fuerte, á la parte de un casar que se llama Lampre, que es sobre la Soma, allegóse más á la ciudad, que estaba della media legua; y en el casar se alojó con parte de su gente, y comenzó á trabajar en fortificarse y hacer un puente sobre la Soma, que fué muy presto hecho; con que los enemigos podian correr á todas partes las campañas, donde no faltaban muy ordinarias escaramuzas. Hizo á la parte del Artues, que es por donde habia de venir el socorro, un muy hondo foso con su trincheron trabado á trechos con tres fuertes, que ceñia toda la parte de la ciudad por aquel cabo, desde la una ribera del rio hasta la otra por donde sale de la ciudad,

donde aloxó tambien parte del campo, y puso un puente en unas casas de un casar, que se dixo Camon. Hubo aquí algunas escaramuzas sobre unas hortalizas que habia entre la ribera y algunas huertas, por donde la infantería salia segura por hierba y faxina; y era cosa de ver los enemigos, que, con la mucha hambre que pasaban, venian á buscar las legumbres que estaban sembradas ribera del rio; y los mozos principalmente de los soldados con gran gusto escaramuzaban defendiéndoselas, en que, en tanto que hubo algo que comer, duró la escaramuza muy ordinaria con gran grita de los franceses y de los mozos de los soldados.

Viendo acercarse tanto á la ciudad los franceses y declaradamente la determinacion del Rey, que era no levantarse de sobre la tierra hasta tomalla, aunque á esto habia grandes pareceres, así del Rey Católico, como de los franceses, que se tenía por caso imposible pudiese el frances juntar artillería para batir la ciudad, por estar la más que él habiá juntado dentro de Amiens, donde se hallaban, entre cañones y medios y algunas medias culebrinas, ochenta piezas de bronce puestas y encabalgadas muy bien, y nuevas las más de las caxas, que se hallaron en la municion que el Rey tenía hecha para salir á campear contra el Artues; donde es cierto verdad, que si el tiempo que gastó en ganar á Amiens, no le entretuvieran los sitiados,

Artillería que habia dentro de Amiens.

y aquellas municiones tuviera el frances para conseguir su intento, pusiera en tanto aprieto las cosas del Artues y del Enao, que por lo ménos las más principales ciudades de la frontera se le rindieran; porque muy de atras gustan de las cosas francesas y hablan frances como en Francia. Están muy errados aquellos que, sin tener experiencia de las cosas, y por disculpar algun yerro, afirman fuera mejor no se haber tomado Amiens, por la razon que, con la ganancia de esta plaza, el rey Enrico fué absoluto señor de todos los reinos de Francia más temido y con más opinion; como, si al contrario esta plaza se sustentára, no perdería la que de atras tenía; y ya que no sucediera haberse hecho la entreprisa, aquellas municiones que el frances en su campo, como las que los sitiados gastaron en su defensa, era necesario gastallas Enrico en daño de los países de Artûes y Enao; donde, aunque como vasallos leales se pusieran á defender sus tierras, hombres, ciudadanos y plazas no socorridas, era fuerza que se perdiesen; pues es cierta verdad habérselo oido al Gobernador de Arras, que preguntándole un capitan que tiempo se pudiera defender; respondió que, si fuera sitiado, no se podia sustentar ocho dias. Con la vecindad de los enemigos, se comenzó á talar las arboledas de las huertas haciendo faxina y metiéndola en la ciudad.

Faxinas son bacecillos de leña y rama.

§ XCIII

A pocos dias despues del frances puesto sobre la ciudad, no se hallaba carne ninguna de vacas ni de carneros, sino á excesivos precios, de donde se comenzó á matar públicamente en las carnicerías la carne de caballo, que tambien tenía subido su precio; las demas cosas necesarias las traian los villanos á vender del contorno, aunque con su riesgo; porque el frances, al que sabía que traia de comer cualquier género de cosa, era luégo ahorcado irremisiblemente; mas, por mucha diligencia que ponia en estorbar los vivanderos, no lo podia hacer; porque, con ocasion de traer á su campo el bastimento, por la parte de Francia, á las mañanas, se hallaban arrimados á la ciudad muchos villanos con cestas de diferentes géneros de cosas, que les eran pagadas al precio que se ponian, porque ningun soldado habia que no estuviese muy lleno de dinero; y era por demas lo que el frances hacia por estorballo, aunque ahorcaba muchos. Hacíase el mercado delante de la Puerta de Noyon luégo por la mañana, y los soldados de la guardia tenian siempre cuenta no dexar entrar á naide á comprar hasta que ellos se proveian y luégo los demas soldados; de donde venía que muchas cosas no las podian tener los ciudadanos

por ningun precio, y era de modo lo que dentro valian, que muy de buena gana daban los villanos la mitad de lo que traian á vender, porque les dexasen entrar dentro de la ciudad á vender la otra mitad, cosa que se estorbaba mucho el hacello por el temor de las espías; principalmente valian mucho las cosas de carne. El mismo mercado que en la de Noyon se hacia en las demas puertas que tenian las naciones.

§ CXIV

Habia muy grandes nuevas de Durlans, como el Conde de Buque estaba allí con cuatro mil infantes; y Juan de Guzman, capitan de lanzas españolas, del hábito de Santiago, con más de seiscientos caballos para entrar en Amiens, de donde la guardia del campo del frances era mucha, haciendo todas las noches muchas emboscadas; mas, pareciendo no se aventurase la infantería por los avisos de las guardias y fortificaciones que ya el frances tenía hechas, se mandó viniese sólo Juan de Guzman una noche con la caballería y entrase en la ciudad, de lo cual Hernan Tello tuvo aviso sin certeza de la noche que sería; mas cada una, despues de tenido el aviso, se esperaba sería, y dentro de dos dias despues del aviso, una noche que hizo escuro, Juan

Juan de Guzman entró en Amiens con socorro.

de Guzman repartió sus caballos en tropas, en que venía mucha más gente de bagaje que soldados, y con buena órden comenzó á caminar por donde las guías, que sabian el camino, le guiaban; y despues de pasada más de la media noche y caminado, de siete leguas que hay desde Durlan á Amiens, más de las cinco, como á un soldado, sin saber si fué de malicia ó como fuese, se le disparó un arcabuz, cosa que los enemigos que batian las estradas lo sintieron, y luégo tocaron á arma á todo el exército, que estaba en sus emboscadas; y con este caso la caballería alargó el paso y caminaron con más priesa y cuidado que hasta allí; y llegaron á las puertas de Amiens, á la parte del rebellin de Montrecu, una hora ántes que amaneciese; y luégo, como gente que estaba en salvo, tocaron sus trompetas avisando á Hernan Tello de su venida, el cual no estaba esperándola con la prevencion que fuera justo, pues de su descuido se siguió un gran daño, y, si los enemigos conocieran el estado de las cosas, fuera muy mayor; porque luégo que el Marigal de Viron, que era general del campo frances, sintió el arma con los avisos que tenía del socorro, que estaba en Durlans para entrar, con las más fuerzas de su campo corrió á tomar la puerta de la ciudad, donde al amanecer halló toda la caballería; que, como comenzase á cargar la infantería francesa, no sabian que hacerse sino ponerse á pié y meterse al foso, que estaba muy alto,

y desde el borde volaron más de veinte caballos, que se hicieron pedazos con la poca resistencia. Mataban los franceses y prendian á su voluntad, principalmente una emboscada de hasta doscientos, que de un burgo de una iglesia quemada habian salido á la mano derecha, que se llama de San Pedro, apartado algo de la puerta de Montrecu. Estos franceses no se dieron manos á matar y despeñar caballos, andaba tal la revuelta que no se sabía dar medio á cosa; y, aunque Juan de Guzman y otros soldados y capitanes valentísimamente se ponian delante á los enemigos, los bagajes y gente que venía á entrar en la plaza con mercadurías para los soldados no daban lugar á ser defendidos. Ya comenzaba á amanecer y la ciudad estaba toda en arma, y del cuerpo de guardia principal de la plaza acudió á la puerta el capitan D. Fernando Deza, que con parte de su compañía y algunos soldados irlandeses, y el capitan Tomas, irlandes, y Hernan Tello, que ya estaba con el sargento mayor Ortiz á la puerta, la abrieron y comenzaron á entrar, que no se daban maña en el rebellin dándoles priesa el enemigo. Salió don Fernando con esta infantería y el capitan Tomas, que detuvieron la furia de aquellos franceses de la emboscada, y ya de las murallas jugaba más la mosquetería y arcabucería. A este tiempo cargó un escuadron de más de tres mil franceses y esguízaros con tanto ímpetu, que, si ántes que hubiera entrado la caballería lo hicie-

ran, no entrára ninguno. Venian tan gallardos los franceses y esguízaros, con ser ya de dia, que se podia hacer puntería, y llegaron hasta las mismas barreras, poniéndose á pelear con nuestros soldados, donde don Fernando, que era capitan de arcabuceros, viendo cargar un capitan esguízaro, tomó una lanza de ristre, que estaba en el suelo, y se fué á medir con la pica que el esguízaro traia, que, por ser más larga, le hirió en un costado al soslayo; estando midiendo la lanza y el esguízaro su pica, que era más larga, un arcabucero español, que estaba detras de don Fernando, metió al rostro el arcabuz, y hizo tan buena puntería, que le dió un balazo por la frente al esguízaro, de que cayó muerto en tierra, y de otro arcabuzazo mató otro caballero frances que venía á su lado; con estos dos golpes, don Fernando, que estaba en lo baxo de la estrada encubierta, salió fuera mezclándose con los enemigos, que todo andaba muy bueno peleando de ambas partes. Estaba una pecezuela en un trabes cargada de dados, y un soldado, viendo la priesa, por hacer daño á los enemigos, acestóla á aquella parte que más apiñados los vió, que era donde el capitan esguízaro habia caido, y dióle fuego, los dados esparcieron los enemigos, mas alcanzó á los amigos parte del daño, que, con un dado, dió en un muslo á don Fernando Deza, haciéndole pedazos y cayendo en el suelo. El capitan Tomas, que, con algunos soldados, defendia el ar-

rimarse á aquella parte los franceses, ganó del campo tanto, que dexando atras al capitan don Fernando Deza, lo pudieron retirar á la casa de Hernan Tello, donde, á tres dias, murió. De las murallas de la ciudad la artillería jugaba y la mosquetería, de modo que el escuadron frances se comenzaba á retirar; y así, con más seguridad, pudieron salir los infantes que al gobernador pareció saliesen, y con los que salieron fué el sargento mayor Ortiz y el capitan Alonso de Ribera, y trabándose la escaramuza de nuevo, cargando los nuestros, y los enemigos retirándose de nuestras murallas, y haciéndonos rostro, quedaron muchos franceses muertos, y el capitan Tomas, irlandes, herido de un arcabuzazo en un brazo, que despues de algunos dias murió. Salió herido tambien en una pierna el capitan Ribera, y por falta de buenos medicamentos, duró muchos dias sin poder levantarse de una cama, si no era con mucho trabajo y con muletas. Ya debian ser las nueve y más, y la escaramuza estaba acabada con haberse el Rey retirado á sus cuarteles, y en la ciudad se trataba de aloxar los recien venidos, que eran muchos ménos de lo que habian hecho de ruido.

Natural de Toro.

Con ocasion de la entrada desta gente, le pareció al Rey hacer más honda y más alta la trinchera que tenía comenzada la vuelta de la cara de Durlans, para que no entrase gente de á caballo con tanta seguridad; trabajaban con gran



diligencia, que, visto por los de dentro, se ordenó una salida de hasta quinientos caballos, y el Marqués de Montenegro, que era gobernador de todos, salió con ellos; mandóse al capitan Durango que, con su compañía y la del capitan Ribera que estaba en la cama herido, saliese por sobre unos peñascos á la parte de Lampre, á dar calor á la caballería, cuando se retirase despues de haber hecho su efeto. Salió nuestra gente, y de improviso dió sobre los que trabajaban en la trinchera, y, matando de los villanos y soldados más de docientos, no dexaron en aquel ramal más de tres franceses que defendieron un reducto, habiéndolos desamparado los demas de su gente. Señalóse este dia el capitan Pedro de la Fuente, que era capitan de arcabuceros á caballo, porque, despues de hecho el efeto á que habian ido y degollados los enemigos, la caballería de los franceses, con sus escuadrones de infantería, comenzaron á cargar con gran coraje, tanto, que hicieron mucho los de la ciudad en retirarse á muy buen paso, habiendo el capitan Durango, con la infantería, opuéstose muy bien á los enemigos, que, de hilo con las banderas tendidas, llegaron á ponerse casi sobre los fosos de la ciudad, peleando valerosamente, porque estaba guarnecida la muralla con mucha mosquetería y arcabucería que tiraba de mampuesto, y la artillería, que, con la venida del Teniente Lechuga estaba más puesta en órden; con que fué mucho

el daño que aquel dia recibieron los franceses, estando de allí adelante más puestos en alerta, retirándose sus escuadrones viendo no tenian con quien pelear; porque, aunque los nuestros entretenian la escaramuza, era debaxo de las murallas y muy á daño de los franceses.

Era tanta la solicitud del frances en desear y trabajar por haber la ciudad, que se temia en ella que cualquier máquina intentaria por habella. Teníase aviso del campo frances de una mina antigua, que decian venía desde un bosque vecino á la ciudad por debaxo de tierra hasta entrar en ella, por donde el Rey podia de repente meter una noche la gente que quisiese. Con este aviso que los viejos de la ciudad afirmaban, que lo habian oido decir y lo tenian por cierto, los sitiados no reposaban buscando este secreto, y, cualquier arma que de noche se tocaba, se creia, que por la cueva no sabida, estaban los enemigos dentro, y por asegurarse destos rumores, se determinó, á la parte por donde de tiempos antiguos habian hecho, sacando gran cantidad de piedra, unas grandes cuevas los naturales de la tierra, se ahondase en el foso hasta que se encontrase agua, ó esta mina ó cueva; y por aquella parte, que está entre el rebellin grande de Montrecu, ó la puerta cerrada, que es el foso seco, se ahondase, y con esta resolucion se comenzó á trabajar por compañías; y la gente de la tierra, que lo hacia de muy mala gana, comenzaron tambien á

trabajar, labor en que se gastaron muchos dias; al cabo de haber ahondado por medio del foso más de una pica, dexóse la obra por parecer no podia haber mina y acudir á otras cosas necesarias, y si lo que se gastó en hacer estas zanjas, se gastára en juntar el agua de la Soma por aquella parte, fuera tan gran servicio que pusiera áun más en duda el suceso, aunque la plaza no se socorriera, por ser esta parte por donde pudieron los franceses sin trabes ninguno á la zapa ponerse sobre la muralla, que si hubiera agua que corriera, como despues corria la Soma por allí, no se pudiera hacer tan fácil el zapar las murallas.

§ XCV

Hospital para curarse los heridos.

Como los heridos crecian, y la peste, que nunca cesaba, atormentaba todo genero de gentes, comenzó á dar en los soldados de la guarnicion; mandó Hernan Tello hacer hospital, do se curasen los enfermos del mal y los heridos, que habia muchos; eligióse un monasterio de monjas seglares para hospital, y dióse el cargo de proveer lo necesario á los enfermos á Lúcas Lopez, clérigo, que su Alteza, luégo que se ganó la ciudad, lo habia enviado allí, hombre docto para escuelas y virtuoso; éste lo hizo bien, que en pocos dias, con su diligencia, proveyó el hos-

pital de todas las cosas necesarias de botica, como de camas y ropa; principalmente tuvo un gran socorro con la ropa de un monasterio de San Agustin, que se hallaron sus frailes culpados en un trato que hacia el frances, y todos sus bienes muebles se adjudicaron para el hospital; y, aunque lo que era huevos y azúcar no se hallaba, estaba muy proveido de todo, teniendo libertad el administrador de tomallo donde quiera que lo hallase; con esto se procedia remediando las mayores necesidades. Fué este hospital obra muy grande y de servicio.

§ XCVI

TRATABA el frances, con los de la tierra, le diesen algun género de entrada en la ciudad; mas era de modo la diligencia de la guardia de la gente de guerra, y principalmente el temor que los pocos ciudadanos que habian quedado tenian á la caballería, que, en anocheciendo, ninguno osaba salir de su casa. Mandó el Gobernador, luégo como se entró la ciudad, al capitan don Diego de Villalobos y Benavides, que es el que esto escribe, quitar y quebrar las cadenas que estaban en las calles, que fué hecho y llevadas á la municion, con que quedó seguro todo para poder corrello la caballería; mas, aunque con muchos temores, tuvo Enrico inteligen-

cia con los frailes de San Agustin por via del Obispo de la ciudad, que estaba dentro y era realista y avisaba de todo, y comenzó á trazar como pudiesen tomarse descuidados los soldados de la guarnicion, y sin batería pudiesen los franceses degollar los de dentro de Amiens. Esto se comenzó á tratar con tanto calor y véras, que lo juzgaban por hecho, aunque no muy fácil; era la traza en esta manera, el monesterio cae á la Puerta de Noyon, cuartel de los españoles, y principalmente junto á unos puentes, por debaxo de los cuales entra la Soma, y á tres tiros de mosquete estaban los cuarteles de los ingleses por la parte del casar de Camon, donde estaba la caballería de Enrico aloxada; y concertaban juntarse á la hora despues de media noche, en este monesterio, hasta treinta conjurados, que les parecia fácil el hallarlos, y á la primera guardia un boticario, que vivia junto á una iglesia cerca de la plaza, habia de pegar fuego á su casa, lo cual sería contraseño á todos; y el arma que se tocase se creeria era por el fuego, y á este mismo tiempo, los que estuviesen en el monesterio habian de salir con sus armas y pretender ganar el cuerpo de guardia de españoles, que se hacia sobre las puentes; y, cogiéndolos descuidados, era hacedero el apoderarse de tres piezas de artillería, que allí estaban en una de las puentes, y fortificarla de modo que á la gente de Enrico, que ya al fuego de la casa habian de venir de su

campo, pudiera darles la mano y meterlos en la ciudad, de donde quedaba degollada la gente sin poder ser socorridos sino del cielo. A tratar este negocio y á dar calor al caso, entraron cuatro capitanes franceses en la ciudad en hábitos de villanos, que si salieran con su traza habia sido maravillosa, porque los españoles entraron con nueces y manzanas, y estos capitanes entraron con ocasion de religion y traer unos angelicos de la Abadía de San Fermin, que, por temerse los sitiados del daño que della les podia venir haciéndola cuartel el frances, como despues lo hizo, fué ocasion para que se le quemasen las casas que al rededor tenía y el templo quedó sólo, y fué menester para esto retirar el santísimo Sacramento y las imágenes, que lo hicieron los frailes acompañándoles á ello algunas compañías de españoles, que, en gran veneracion, truxeron el santísimo Sacramento y las imágenes; por la gran dificultad que en las puertas de la ciudad se tenía, no dexando entrar ningun villano ni hombre que pudiese ser del campo frances, estos cuatro, en hábito de villanos, se cargaron de unos angelicos pequeños, y, como mozos de los frailes muy haciendo la procesion, entraron en Amiens á hacer su trato, donde, aunque el gobernador Hernan Tello decia habia algunos dias que sabía dél por un hombre de la ciudad que servia de espía doble, no tenía aviso con tanta certeza como despues le tuvo, que le dixeron, luégo como estos capitanes entra-

ron, que aquella noche siguiente se haria el trato, y por esto toda la noche se estuvo con las armas en la mano, corriendo la caballería á una parte y á otra llena la ciudad de luminarias, que era órden de Hernan Tello á los vecinos, que luégo que oyesen tocar arma sacasen luces á sus ventanas, y á cualquier arma, estaba tan clara la ciudad, que parecia de dia. En este esperar se estuvo Hernan Tello, que se decia no se pondria el trato en execucion hasta que el Conde de Suason entrase en la ciudad para que los conjurados tuviesen más ánimo, que, como se supo la traza que tenian y sus desinios, tres veces que se determinaron á hacer su trato, como los que estaban avisados dél, hicieron los soldados de la guarnicion sus guardias con más cuidado, tocándose arma á prima noche á posta para que toda la gente estuviese alerta; y, hácia la parte del puente que se habia de ganar, se metió de guardia otras dos compañías de españoles, con socorro de caballería que acudiese á este puesto con gran cuidado. Visto esto por muchos de los conjurados, que habian detenido su partida, facilitandóseles á sus entendimientos la recuperacion de su patria, se resolvieron á irse desesperados de tener ningun buen efeto por trato ninguno, viendo la guardia tan buena que la gente de España hacia, y el trato enflaqueció sus fuerzas, y comenzó á descubrirse á Hernan Tello, que no queriendo

Es cierto que aquello, que se desea mucho, se nos hace más fácil.

más aguardar la venida del conde de Suason, que deseaba mucho cogerle dentro de la tierra, se resolvió prender los que ya estaban dentro del monesterio de San Agustin; y, yéndose á la plaza donde estaba el cuerpo de guardia principal de los españoles, tomó dos compañías, que fueron el capitan Iñigo de Otalora y el capitan Diego de Durango, y con estas compañías, por no alborotar la tierra, se fué al monesterio como que iba á otra cosa; y, repartiendo su gente al rededor del convento, mandó á los soldados no dexasen entrar ni salir á ninguno so pena de la vida, si no fuese capitan: entró con algunos soldados en el monesterio y con él, aunque no estaban sus compañías allí, el capitan Francisco del Arco, que fué el ganador de la puerta de la ciudad en el hábito de villano, y le llamaban en Francia el capitan de las nueces, y el capitan don Diego de Villalobos y Benavides; y, repartiendo la gente, que eran hasta treinta soldados españoles, cada uno por su parte, fué á buscar y escudriñar los rincones de la casa y iglesia, muy al propio de cuando en España se busca algun retraido por la justicia. El Gobernador, en tanto que los capitanes y soldados andaban el convento, mandó al mayor de los frailes que allí estaban, que serian hasta diez frailes, los más dellos motilones, que juntase toda la gente en una sala que estaba al entrar del monesterio como hospedería; los frailes entregaron las llaves de toda la casa, y se recogie-

ron con gran confusion donde les fué mandado, y con ellos, algunos villanos, y entre estos villanos, los capitanes que dentro de la ciudad habian entrado al trato, entre los cuales habia un caballero del hábito de San Juan; con esto no se oyó en el monesterio sino golpes y porrazos en las puertas y sobrados, cada uno de los capitanes y soldados pretendiendo sacar conjurados, aunque no los hubiese. El capitan Durango truxo dos de la tierra, que halló en lo alto de las campanas; el capitan Iñigo halló otro; y el capitan don Diego de Villalobos y Benavides halló dos, el uno en el coro y el otro escondido en un púlpito en el primer patio, al fin todos los que se hallaron escondidos fueron nueve, sin los que estaban entre los frailes, que dentro de muy poco rato fueron conocidos y apartados de allí y llevados á la cárcel; prendiéronse algunos ciudadanos en sus casas este dia y á la noche, que, con las confesiones, se descubrieron más encartados; dentro de dos dias todos aquellos que eran vecinos de Amiens fueron ahorcados en el mercado grande de la ciudad, y estuvieron allí algunos dias, con sus rétulos, que decian «por traidores». Hiciérase lo mismo de los capitanes, si el Rey de Francia, sabiendo en él peligro en que estaban, no enviára á decir á Hernan Tello no los ahorcase, que le ahorcaria muchos prisioneros que tenía en su campo, á quien, con más justo título podia ajusticiar, pues con hábito disfrazado querian entrar en la ciudad pa-

sando por su campo. Con el temor de perder los amigos, que estaban presos, se hubo de suspender la justicia con los soldados que al trato habian entrado, y unos por otros se trocaron, y los del Rey se fueron á su campo, y los nuestros, que eran más, se volvieron á Amiens, salvo el alférez Mesa, que habia salido con despacho del Gobernador para su Alteza y fué á Durlans á hacer á lo que habia salido; y fué fácil pasar por Flándes, porque ántes se holgára el Rey de Francia se fueran todos sin volver ninguno á la ciudad, y así no les hizo premia, sino que se fuesen donde quisiesen, y todos, como buenos soldados, se volvieron á entrar en Amiens, que no le daba poca pena al frances ver la mucha confianza que los españoles tenian en defender la tierra y ser socorridos.

§ XCVII

Salia Lázaro, soldado de la caballería, algunas veces, y era hombre de mucho ánimo, al cual llamaban el desnarigado, porque de una herida estaba sin narices; en diversas veces que salió, siempre volvió á entrar en Amiens trayendo nuevas del mucho exército que su Alteza tenía junto con gran voluntad de socorrer esta plaza; mas, á todas sus palabras, habia dos compañías que el año atras habian defendido la

…era, y la habia el frances tomado por hambre, y estos soldados jamas se persuadieron serian socorridos, no perdiendo un punto de ánimo, mostrándole muy grande de pelear hasta el postrer punto que les durase la vida.

Por la parte que la ciudad mira á Francia, á este tiempo el rey Enrico no tenía puestos cuarteles, y salian los sitiados á buscar la vida y á segar los trigos y la hierba; habia un sargento, que lo era de la compañía del capitan don Diego de Villalobos y Benavides, el cual se llamaba Alonso García de Liébana, y repartiendo en Arras un dia la pólvora á sus soldados en una haldada della, en que uno dellos metió por descuido una cuerda, se abrasó el rostro, y del fuego perdió él un ojo, y no por esto dexaba de ser aficionado á cazar, y él y otros tres soldados de la caballería tenian gusto, con muy buenos galgos que tenian, salir á caza por la parte de Francia á correr las liebres; parece ser que una tarde se cebaron tanto en la caza, que muy sin querer descubrieron hasta quince franceses, entre soldados y mozos, que iban á buscar de comer y á aguardar los villanos que á los sitiados traian algo en cestillas, y viéndose perdidos los soldados de la ciudad, y mucho más los franceses, por estar en la campaña rasa y sin armas de fuego, no supieron que hacer sino esconderse tras una loma que hacia la campaña, que fué esta huida ánimo para los soldados que andaban á caza, que el uno dellos se llamaba

Castillo, y juntándose, que eran cinco de á caballo, poniendo mano á sus pistolas, les pareció llegarse á ver qué gente era aquélla; y, arremetiendo con semblante de embestirlos, llegaron cerca, donde los franceses, sin más resistencia, se rindieron y dieron sus armas; y con esta buena caza se vinieron á Amiens, habiendo el sargento Alonso García pedido á los demas le diesen la parte que en los prisioneros tenian, para con ellos enviar al Marigal de Viron un recaudo en respuesta de un rescate que le habian pedido por una moza suya de servicio, que era su criada en campaña; habíanle enviado á pedir rescate della unos franceses que la habian preso, viniendo de Durlans á Amiens en su busca, y habiéndole dado los demas la parte, envió todos los quince franceses al campo con un trompeta, diciéndoles que le enviasen su criada, que allí les enviaba quince dellos en rescate della, y con esto le enviaron la moza, que, aunque fué arrogante, pareció bien por ser de sitiado, donde no se puede tener nada por arrogancia, sino por valor.

Audaces fortuna juvat.

§ XCVIII.

CRECIA de modo la peste, que no habia en los cuarteles del Rey sino muertos, aunque con gran extremo lo negaban; no era ménos dentro de la ciudad el mal de la peste, prin-

cipalmente era muy grande la suma de pobres, que no se podian ni querian salir de la ciudad, que, por mal que lo pasaban dentro, el amor de sus casillas, y el temor del desvalixo de los del campo no los dexaba desamparar la ciudad; mas, viendo la mucha peste que por esta gente se causaba, se les mandó salir de la tierra, y no siendo posible el sacarlos, porque los más eran pobrecitos mendigantes y mujeres y muchachas, que era lástima verlas, se determinó que á escuadras los soldados los buscasen y truxesen á los cuerpos de guardia, para que de allí fuesen echados fuera. Era cosa de compasion ver los pobrecillos llorando, que, porque no se tornasen á huir, los soldados los traian atados con cuerdas; en diferentes veces se juntaron desta pobre gente bien seiscientos, que por entónces pareció no se habia hecho poco en echarlos de entre la gente de guerra, donde andaba la peste muy fina, que, con las inmundicias que se comian, crecia cada dia más, y principalmente en la gente de servicio y ciudadanos daba con más priesa.

§ XCIX

Aunque don Gomez de Buitron, con su compañía de caballos lanzas españolas, habia sido de las primeras que se habian hallado en la presa de la ciudad, por acusacion de

una muerte de un burgomaestre, que se mató en un aloxamiento ántes de venir á la entreprisa, á pedimiento del Duque de Ariscote, en cuya tierra habia sido donde la muerte sucedió, fué enviado á llamar don Gomez con una carta de su Alteza, y á veinte dias de entrado Amiens salió para Brusélas, y, volviendo despues de haber dado sus disculpas y haberle hallado libre de lo que se le imputaba, vino á tratar de entrar en la ciudad, cuando el frances con más vigilancia procuraba defender no entrase ninguno, y desde Durlans probó muchas noches venir á la ciudad, que, siendo sentido, le fué fuerza volver á Durlans con harta priesa; mas, al fin, una noche, que fué mejor el suceso, una hora ántes que amaneciese, en un bosque se escondió, que está legua y media de Amiens, con ocho ó nueve soldados, y, cuando le pareció que era el tiempo que las emboscadas de la noche se habian retirado á sus cuarteles, salió del bosque á las siete de la mañana, que era bien salido el sol, y á media rienda comenzó á seguir el camino de la ciudad, que, aunque era verdad que la gente de las emboscadas era ya retirada, las guardias ordinarias del campo eran muchas compañías, y repartidas en paradas y puestos, que, como reconocieron los ocho caballos y su intencion, á gran priesa, tocando arma, los comenzaron á seguir de diferentes partes poniéndose todo el campo en arma, y, como eran tantos los puestos de donde salian los franceses, fué muy

apretada la carga que les dieron, y era tan alentado el caballo que llevaba don Gomez, que siempre salió por donde le ponia el rostro sin poderle alcanzar sus soldados, que fueron desfalleciendo, y algunos dellos, que se pusieron á defenderse despues de alcanzados, fueron muertos; viniendo á la Puerta de Montrecu don Gomez con tres soldados solos que le pudieron seguir, dexando los demas presos y muertos por habérseles rendido los caballos, como llegó cerca de la ciudad, fué socorrido de nuestra caballería, que estaba de guardia fuera, trabándose una muy buena escaramuza, que vino á ser mayor, cuando movidos los escuadrones de la infantería francesa, se fueron acercando á la ciudad, que, siempre que se les fué dando la carga, fué creciendo; y de la infantería de los sitiados guarnecidas las estradas encubiertas, trabóse una muy reñida escaramuza, que el daño que la artillería hacia á los escuadrones franceses la vino á despartir, quedando algunos muertos por el campo, y don Gomez muy bien recebido de los de la tierra.

Los de dentro de Amiens entendian en fortificarse con gran diligencia, aunque tenian muchos avisos del gran socorro que se les aparejaba; y entre unas zanjas que se habian hecho, buscando aquella mina, que estaban abiertas entre la puerta cerrada y el rebellin grande de Montrecu, que era foso seco, en ellas se hicieron unos entablados dexando el foso llano y aquellos huecos cu-

biertos con maderos y tierra, de modo que se podian hacer minas y otras defensas para daño de los de fuera; hízose tambien una casamata de la parte del campo, que se iba á ella por estos huecos, y púsose de modo que, aunque mirando en ello desde dentro del foso, no se conocia era casamata, si no era aquel que lo sabía; hiciéronse otras dos casamatas debaxo de los arcos del puente levadizo de la misma puerta de Montrecu con sus puertezuelas á entrambas partes, quedando al parecer bien fuerte el foso y casi inexpugnable; y, porque las estradas encubiertas por aquella parte no tenian defensa ninguna, se llevó mucha cantidad de estacas del altor de un hombre, por entre las cuales tiraban los soldados con seguridad, que de improviso no podia el frances llegar á entrar en la estrada encubierta. Para que hiciesen traves á estas estacadas, se hizo un fuertezuelo á la punta de un peñasco que está á la Puerta Cerrada, que mira por un lado al rebellin del agua, y porque, acomodado á su terreno, que le hacia muy fuerte, salió su hechura en la forma de punta diamante, se llamó el diamantillo, haciendo traves con el lado derecho á todas las trincheras del campo frances, y á la mano izquierda tenía unos campos muy baxos con un brazo que bañaba la Soma. Debaxo deste fuerte habia muchas cuevas, hechas de muchos tiempos para sacar piedra para el edificio de la ciudad, y era tan grande la entrada destas cuevas, que á

la boca podian estar más de cincuenta soldados, y siempre se tuvo su guardia con algunos soldados de posta; por lo más hondo destas cuevas atendian que no viniesen los del campo frances, con algunas minas que traian, á desembocar á estas cuevas, donde los soldados estaban prevenidos de fuelles y humos, para en sintiéndolos venir hacerles daño y defenderles no se aloxasen allí. El frances, deseoso de tapar esta desembocadura, que ya tenía noticia della, y los sitiados por estorbársela, fué muy reñido aquel puesto. Habiendo los españoles un dia sentido como se venia cavando, y faltaba muy poco para acabar de romper y desembocar, aunque venian muy hondos, el Pachoto, que era el ingeniero, hizo con un *petar* la resistencia, y, porque es necesario, diré lo que es este instrumento nuevo de

Qué es petar. guerra: son unos almireces en forma de campanas de diferentes grandezas, los más ordinarios, que pueda un hombre llevar uno dellos teniendo dentro muy bien pistada y apretada la pólvora, con un pequeño agujerico que tienen, como fogon, atras; arrimado á una puerta de una villa, siendo tan pequeño, como no tenga por donde respirar, si hay cuatro puertas, una en pos de otra, suele hacerlas pedazos, dexando hecho camino por donde se puede entrar, y deste género de instrumento se usó en estas minas, afirmando el Pachoto ser nuevo modo de aplicar aquella máquina, y usábase dél en esta

forma: poníase enterrado hácia la parte que se queria que hiciese el efeto, y dándole fuego lo derribaba todo; y á los que venian cavando en esta mina, como fueron sentidos, se les puso uno, y dándole fuego, rompió la peña, que estaba ya delgada en su desembocadura, y, matando los que trabajaban, quedaron los nuestros señores della, y luégo, con algunos barriles de tierra, se fortificó, y, encendiendo mucha brasa, se comenzó á echar en ella paja mojada y piedra azufre, que era un malísimo sahumerio, y con fuelles, á gran priesa, procuraban echar el humo á los franceses, que, con el mal olor, no podian estar cerca. Llamóse este puesto por el contínuo fuego y trabajo, que era muchos estados debaxo de tierra, *el fuego eterno*; era muy poco lo que un hombre podia estar en este trabajo, y así se mudaba esta guardia muy amenudo. Sucedió una vez que, ó que se descuidasen, ó por ser mucha la fuerza de los franceses, se hicieron señores de este puesto, que era de mucha consideracion; mataron al ganarle algunos de la guardia dél; mas, viendo los sitiados lo que convenia conservarle, entró de nuevo gente, y matando los que estaban apoderados dél, se tornó á poner el fuego y el humo con más cuidado del que tenian ántes, escarmentados del suceso de los que lo perdieron.

Fuego eterno.

§ C

SIGUIÓSE desde el diamantillo, sobre mano derecha, las estacas hincadas al arcen del foso, que, en pocos dias, las compañías que salian allí de guardia las hincaron, con que hicieron muy fuerte por entónces la estrada encubierta, y, para más seguridad, al medio se hizo un reducto pequeño, que á entrambas partes servia de traves, que se llamó el *reductillo;* fué hecho con su foso y su estacada sin traza, mas que aquella que el terreno ofrecia para poder servir á ambas partes de traves, y desde este reductillo se siguió la estacada hasta pasado el rebellin y puerta de Montrecu; el arcen de la estacada encubierta por si mesma hácia sus traveses en su forma ordinaria, que este trabajo hicieron los soldados de las guardias de noche, y con estar ocupados los enemigos en trabajar, se hizo sin mucho peligro, y aunque hubo pareceres de que estas estacas no se hincasen, por el daño en adelante, que arrimado el enemigo al arcen del foso, le habian de servir de arrimar allí su trinchera y en defensa contra la salida de los de la tierra, al fin venció la comodidad presente al

El reductillo.

Los daños presentes tienen más fuerza que los venideros.

daño por venir, y se hincaron las estacas, y sirvieron muy bien hasta que se perdió la estrada encubierta.

§ CI

HABIA dentro de la ciudad una compañía de franceses que servian sin sueldo, que estaban foragidos de Francia, que en aquellas fronteras se llaman soldados voluntarios; porque no reciben paga ninguna del Rey Católico, aunque son de muy gran provecho para los gobernadores, que de todas las presas que hacen les dan el diezmo, y es la gente que más daño hacen de todos los fronteros; porque, como saben la lengua de que son naturales y toda la tierra, no hacian sino salir de noche muy secretos de Durlans, de Iatelete, de la Capela y de las demas fronteras, y, metiéndose la tierra adentro hácia París y hácia Ruan, y como se vian entre sus pueblos, poníanse la banda blanca, que es la divisa de los soldados del Rey de Francia, y con esta señal ninguno los tenía por enemigos; entrábanse en París ó en Ruan, y miraban con gran atencion á los forasteros, y sabian sus viajes, y venian con ellos, y en topando un hombre rico, de quien pudiesen sacar buen rescate, hacian que iban el mesmo camino que él, y, si eran tantos como ellos, que nunca andaban sino cinco ó seis

en tropa, avisaban á las otras tropas de sus amigos que estaban en otros mesones, para que á un puesto señalado esperasen. Desta manera sacaban burlados muchos franceses, que, teniéndolos en el bosque, le ataban al que era de importancia, y caminando de noche, amanecian á las puertas de la primera frontera, que más cerca hallaban, y allí le hacian pagar muy gran rescate. Desta manera vivian estos hombres, no dexando seguro á ningun ciudadano de la frontera, que no osaban de noche quedarse fuera de sus ciudades. Habíanse venido á Amiens gran número destos soldados, porque estaba más cerca de París, y no tenian rio que pasar pasada la Soma. Era capitan destos foragidos un valiente frances llamado Lavinia, que en todas las escaramuzas se señalaba muy bien, y al fin murió en una dellas despues de haber peleado valientemente, porque tenía muy buenos caballos. Por aviso de un soldado voluntario destos se supo como en Corvi traian apacentando mucho ganado vacuno, y á la parte de Francia, por la Puerta de Viobues, salió Juan de Guzman, caballero del hábito de Santiago, con cuatrocientos caballos, y, caminando de noche, llegó á Corvi al amanecer, y viendo el ganado, pretendió retirarlo; mas los que lo guardaban lo pusieron de manera que estaba entre dos riberas, y si no fué algunas cabezas de ganado menudo, pocas vacas truxo de vuelta, habiendo trabado escaramuza con algunos caballos

que estaban aloxados en la villa, que, como sintieron los nuestros, luégo se pusieron á caballo saliendo á escaramuzar con ellos; Juan de Guzman se retiró, y ántes de medio dia llegó á Amiens con cosa de cien vacas y otros tantos carneros y algunos prisioneros soldados franceses, que luégo, por su rescate, fueron sueltos; alegróse la gente con esta presa con propósito de volver otra vez hasta otras partes más léxos, más no tuvo lugar el buen propósito, porque el Rey mudó luégo á pocos dias sus cuarteles, y cerró los pasos de modo que no se podia salir á ninguna parte sin grande peligro de perderse; porque pasó un cuartel sobre la Soma á una aldea que se llama Camon, donde hizo un puente y aloxó allí un buen número de caballería, que corria á todas partes; aseguró más su gente, que en la Abadía de S. Josef metió infantería, fortificándola lo mejor que se pudo, de modo que estaba bien segura. Procuróse con el artillería batir el Abadía; mas estaban gruesas las paredes, y, como se tiraba de léxos, no hacia efeto la bala, ó muy poco, cuando llegaba á dar en ella. Con este cuartel se estorbó mucho la venida de los villanos, que traian algun refresco á los sitiados, por causa que los enemigos desta emboscada, que estaban en la Abadía como en un castillo, se venian á las noches debaxo de las murallas y puertas de la ciudad, y en amaneciendo se iban retirando, de modo que muy á gran peligro se podia llegar á las murallas por

la grande vecindad deste cuartel. Ordenóse por aquella parte que de un rebellin, que estaba desapegado de la tierra donde entraban de guardia veinte soldados españoles, se hiciese una ronda de dos soldados, que el uno fuese por el foso, y el otro por fuera de la estrada encubierta, y parece ser que, cuando cerraban las puertas, se dexaba fuera del puente en un cuerpo de guardia de madera, delante del puente, soldados, para que mejor se guardasen, y á estos soldados no se les daba nombre; y asimismo en un rebellin se metia guardia, y desde él proveian esta ronda. Una noche, que habia poco que se habia comenzado este modo de ronda, rondando dos destos soldados, uno de los que estaban en el cuerpo de guardia de madera, inadvertido por no saber de aquella ronda, y creyendo era enemigo el que venía por fuera del foso, asestó su arcabuz, y sin preguntar nada, cuando le tuvo cerca, disparó, y fué Dios servido que el arcabuz llevaba municion de perdigones, dióle en ambos muslos y derribólo. El herido se llamaba don Francisco de Ribera, natural de Baeza, el cual, como se vió herido, porque no segundasen con más, procuró advertirles que era la ronda; retirólo el otro y lleváronlo al rebellin, y de la muralla se le echaron algunas capas con que lo arroparon hasta que fué de dia, y le duraron dias las heridas, y casi quedó estropeado.

§ CII

EL frances por todas partes, llegándose al casar de Lampre, mejoró sus cuarteles, que es á la parte por donde sale la Soma de la ciudad y allí hizo puentes, con que, con gran comodidad, corria toda la ciudad al rededor; tenía á esta parte la puerta, que se decia de Pedro Gallego, un casar no muy léxos de Lampre, donde aloxó otro golpe de caballería. Serian más de dos mil y quinientos caballos los que á este tiempo tenía el campo frances, y tan flacos y cansados, que se les echaba de ver bien el gran trabajo que pasaban, de noche con rondar y batir las estradas, y de dia con estar á las armas que los sitiados les tocaban, que un momento no les dexaban holgar; principalmente en las escaramuzas hacian mucha ventaja los caballos de los sitiados á los del campo, porque comian avena, que la habia, y á falta de paja, las esteras picadas con salvados y cocido, con que no se les echaba de ver la falta de la hierba. Los del campo no tenian casi bastimento, que no se hallaba por todo el campo, ni se hallaba hierba, que toda la habian acabado, y era mucha la necesidad de los franceses en todo.

§ CIII

HABIA muchos dias conservádose el Obispo en que le dexase allí el Gobernador, aunque se sabía era muy realista, y duró hasta que el trato de los frailes de San Agustin se supo, y como el Obispo era tambien culpado, se le ordenó se fuese fuera de la ciudad; porque se tuvo sospecha hacia señas de fuegos de algunas torres de las iglesias, y con las campanas tenía contraseñas con el Rey. Salióse fuera de la ciudad, y con él muchos clérigos y canónigos, que habian aguardado hasta entónces. Los frailes, que se hallaron culpados, se dixo habian salido tambien en una barca al campo del Rey. Quedaron los sacerdotes de la guarnicion y Lúcas Lopez, que hacia el oficio de vicario, con más codicia, que fuera bien no tuvieran, por el mal exemplo que daban á los clérigos franceses que se habian quedado dentro de Amiens; costaba ménos el entierro que los clérigos franceses hacian y sentíanlo mal los de la guarnicion, que no fuese todo por su mano, con algun escándalo de diferencias que traian entre ellos.

§ CIV

QUEDÓ en Durlans con infantería, cuando entró Juan de Guzman, el conde Buque, y viendo lo que estaba apretada la ciudad, y que no podia tener efeto su entrada, se retiró, llevando consigo todo el bagaje de la gente de guerra, que estaba en Amiens, donde, comó llegó á parte más segura, en tierra de Artues y Flándes, se aloxó todo por los casares, aguardando cuando con más fuerza se socorriese la tierra, que, con ocasion del decreto, la falta de dinero dilataba el socorro; y porque á la gente no les pareciese se les alargaba el socorro con retirarse el de Buque, hubo gran nombre del gran exército, con que su Alteza trataba de venir al socorro; y, como cosa que se queria hacer con más fundamento, se juntaban en una las fuerzas. Ni lo uno ni lo otro hizo mudanza en los sitiados, porque todos á una voz pedian el asalto y la batería al Rey de Francia, estimándolos tan en poco, que nunca se dexó de hablar de noche á las murallas, dándose muy grandes matracas los valones y los franceses, que por todos los caminos decíanles mal de los españoles, llamándolos sus mozos, y ellos enterísimos en serles amigos, y lo mismo en las demas naciones que habia, sin sentirse descontento en ninguno dellos de la dilacion del socorro.

§ CV

VIÉNDOSE ya con el sitio en las manos, y el frances que cada dia se llegaba más, pareció terraplenar las puertas de la ciudad que ménos necesarias eran, y por postigos dexar paso para salir á los rebellines y al foso; terraplenóse la Puerta de Noyon con mucha faxina, y al desclavar una portezuela, que estaba hecha para el propósito, que á este tiempo se abria, se halló mucha ropa y algunas arcas, y los soldados lo desaparecieron; terraplenóse una puerta antigua, que estaba á la parte de la mano derecha en el rebellin grande de Montrecu, como se entraba; allanóse en el mesmo rebellin la subida, obra que se trabajó muchos dias en ella, y cada dia habia que hacer de manera, que cuando el soldado dexaba las armas, pensando descansar, era ocupado en hacer estas obras, que importan tanto como el pelear, y más en los sitiados, que no dexaban la pala ni el azadon si no era para tomar las armas, y esto no perdonando á la noche; porque entónces habia más que hacer, que se hacian las obras á más peligro, y al descubierto, donde á los bultos muchas veces acertaban los de fuera, que otra cosa no hacian sino tirar con la artillería y mosquetería.

§ CVI

Dia de San Juan (de quien es devota la gente de Amiens, por el monesterio que tienen allí y tener parte del rostro del bienaventurado santo, reliquia grandísima), el campo frances, por hacer fiesta, plantó doce piezas de artillería, que fueron las primeras que comenzaron la fiesta, en forma de batería; estaban algo apartadas, y no tiraban sino arbina, cosa que para los soldados era entretenimiento ver dar las balas por las casas que no eran suyas ni habitaban; porque, si no eran los que no hacian el deber, todas las demas compañías estaban siempre de guardia en sus puestos; donde se les traia la comida de sus casas. En la gente de la tierra puso espanto oir los golpes de la artillería, y de muchas piezas que se dispararon no hizo mal ninguno si no fué á una mujer y á una niña en una iglesia, que la piedra y teja que cayó de un tejado, con un cañonazo, las maltrató. Esta mañana de San Juan los soldados de la guarnicion se regocijaron haciendo una encamisada, que fué el muñidor della don Álvaro de Santa Cruz, alférez del capitan Francisco del Arco, y con libreas de tafetan anduvieron á caballo cerca de una docena de soldados, que, por remate de su encamisada, corrieron unos gansos; y á este tiempo la artille-

ría del campo frances á más priesa jugaba á ruina, mostrando todos los soldados en general no dárseles nada de los cañonazos que tiraban á la ciudad. Acabada la encamisada, se tenía un gran banquete aderezado en la casa del capitan Francisco del Arco, que fué ordenado por el gobernador Hernan Tello, donde él y todos los capitanes de la guarnicion de naciones y los de la caballería se juntaron á comer, siendo el banquete en tiempo de tanta hambre sobrado de todo, bebiendo á más y mejor el que más valiente pensaba mostrarse á los franceses, haciendo todos grandes demostraciones de regocijo para las piezas plantadas, amenazando á los franceses y desafiando á todo el mundo á la batería, despues que se acabó la comida, despreciando las fuerzas del frances, tanto que, con el calor del vino, habia quien afirmase no podian herir las balas de su artillería. Hízose una comedia, que los soldados del tercio de don Agustin Mexía sabian, que la habian representado en Cambray, fué de unos amores de un Mozo y la infanta Celima, que por ardid de un esclavo fué libre el Rey de España, que por caso fortuito fué preso, que se llama la Comedia Española. De las damas, que habia muchas en la tierra, fueron algunas convidadas, las cuales entraban y salian en la ciudad con ocasion de comprar á los soldados las ropas que tenian en sus casas; mas, á la verdad no las traia si no ver el buen acogimiento que los españoles y los caba-

lleros de las otras naciones, que estaban en la ciudad, les hacian en dexarlas entrar y salir por las puertas sin nunca querer llegar á ver lo que llevaban en los coches; porque, por el bando del Gobernador ninguno podia sacar ropa ni plata de la tierra sin registrar, y, como no podian los que se querian ir, en confianza daban á estas damas muchos millares de escudos, que debaxo de las faldas los sacaban escondidos, que, con el favor de los galanes, que en todas naciones los tenian, jamas les llegaban á buscar; y, como más aficionados á las mujeres, sabiendo el respeto que la nacion española las guarda, salian por las puertas donde estaban, que, aunque los nobles en las demas naciones guardaban el decoro, la gente comun les tiene muy poco respeto. Con esta ganancia, y que tenian á menudo muchos festines y banquetes tan cumplidos como si no hubiera falta de bastimentos, entraban y salian las veces que querian, porque á dos y tres y más por ciento llevaban de lo que sacaban. Este dia hubo muchas damas de las que andaban en este trato y de las quietas de la ciudad, que hasta que sintieron la artillería no creian en el sitio, y estaban como asombradas, y más las espantaba la resolucion y poco caso que los soldados hacian de lo que sucedia; y dábales á pensar cada cañonazo que se disparaba, y lo que los soldados decian á su asombro, asegurándolas que otra gran cantidad habia menester tirar para tomar la ciudad. Hizo esto

salirse muchas personas otro dia, que de industria el Gobernador echó fuera de la tierra, que, aunque ántes habia procurado vaciar la ciudad de gente inútil, no habian querido los que tenian trigo y provisiones salirse; mas, como sintieron el ruido de los cañonazos, no deseaban ya otra cosa. Representóse la comedia, y acabada en una sala grande, que habia á propósito, comenzaron á tocar los violones, donde duró muchos dias el danzar todas las más de las noches. Eran de las más hermosas damas las hijas de la Condesa de Bonibet. Aquella noche el Rey de Francia, queriendo mostrar cómo tenía artillería y muy gran campo, por dar temor á los sitiados, hizo á prima noche muy grandes fuegos y luminarias, y por los cuarteles se hizo lo mismo, que cierto parecia bien llena la campaña de gente y fuegos; comenzó á hacer salva la artillería, que disparó bien cuarenta piezas, y luégo, por su órden, dió toda la infantería tres cargas de arcabucería con muy buena órden. Los sitiados, para sinificar lo poco en que estimaban todas aquellas demostraciones y lo poco que les temian, se pregonó otro dia que todos los que quisiesen salirse acudiesen á una puerta, donde se juntaron más de mil personas, que, con el miedo que ellos llevaban, y viendo la resolucion de los sitiados, que se burlaban de todas aquellas demostraciones, los tenian ya por difuntos. Salió esta gente, y las nuevas que llevaron no dieron mu-

cho contento al frances, dificultando cada dia más la empresa.

§ CVII

Las cosas de Amiens estaban en punto con los franceses que, si el rey Enrico no tomaba la ciudad, muchas de las otras ciudades que le obedecian se apartáran de su servicio; y esto no era decir de los de la parte de la Liga, sino los mesmos realistas lo temian, y aconsejaban, ayudando al Rey á que saliese con su empresa. Era general de todo, y el que más animaba á Enrico á que perseverase en el sitio, el Marigal de Biron, soldado de gran ánimo, y que, con esta empresa, se adelantó mucho en Francia. Acudian cada dia muchos de los grandes de Francia al campo del Rey, que hasta entónces no habian querido mostrarse abiertamente, y, viendo las dificultades que el campo del Rey Católico tenía en socorrer, por la mucha necesidad de dineros, ayudaban á quien les parecia quedaria señor de Francia. Entre los príncipes que habian tardado en venir al sitio habia sido el Duque de Umena, y el Condestable de Francia, y otros príncipes, que todos asistian al generalísimo de los frailes de San Francisco, que trataba paces entre estas dos coronas por medio de los gobernadores de

Era generalísimo F. Francisco Calatagirona, frances.

Flándes; y, aunque por entónces no tuvo efeto su trabajo, se puso el buen fraile á grandes riesgos de su persona; porque, de pasar de los unos á los otros, pasó peligro de ser muerto algunas veces, y principalmente una, donde fué desbalixado y puesto á peligro de matarle; porque los católicos favorecian el partido de las paces, los de la contraria seguian querer su provecho con las revoluciones, que eran su ganancia. Con las nuevas de los aparatos del campo español se entretenian aquellos españoles de Amiens, esperando su socorro; que, aunque con mucha necesidad, su Alteza deseaba darles, y ellos esperaban, atropellando dificultades, venciendo trabajos. Mandó su Alteza á don Jerónimo Balter Zapata, pagador general que entónces era, acudiese á Ambéres, y debaxo de su crédito sacase algun dinero, con que socorriendo á la gente de guerra juntó un buen campo, deseosísimo de venir al socorro de Amiens. El Rey de Francia, con estas nuevas, aunque sabía no se podia mover esta máquina tan presto por las muchas cosas que le faltaban, apretaba la ciudad por todos los caminos que podia, aunque pasaban sus soldados muchas necesidades, principalmente en las trincheras, que era grandísima la sed que tenian, que era verano, y del rio allí habia muy gran trecho, y los que hubiesen de ir á él, era menester ir por sus cuarteles, porque el camino derecho no podian ir por los de la ciudad, y así vino á valer en las trin-

cheras un jarro de agua una placa, que es poco ménos que un cuartillo.

§ CVIII

Estaba la ermita de la Madalena muy á propósito para labrar un fuerte, y aunque destejada, con solos los paredones, la ocuparon los franceses, y allí hicieron un fuerte como un bonete, y dentro pusieron seis piezas de artillería, con que comenzaron á tirar á las murallas, buscando algunas piezas nuestras que les estorbaban sus desinios. Labraba el Rey de Francia las trincheras al modo que dicen el turco hace las suyas, porque iban tan reales, que, por muchas dellas entraba un carro cargado sin que fuese visto de los de la ciudad; iban muy largas, abrazando toda la delantera, por lo más alto de la puerta de Montrecu, enderezadas á la Puerta Cerrada, con muchos reductos y bonetes, que no labraban palmo que no fuese muy bien guardado; porque era mucha la opinion que los de la ciudad tenian acerca de los del campo, y así en sus obras iban fundando su defensa con muchos traveses, que daban á cualquiera ramo de trinchera que labraban; y, por evitar el venir á las manos sobre el labrarlas, no metian guardia delante de la trinchera que abrian de noche, sino solos los villanos, que, en sintiendo cualquier arma, dexaban

las zapas y huian, si ya no se les quitaba ese lugar por los de la tierra, que muy de ordinario estaban sobre ellos matándolos; de donde fué mucha la cantidad de villanos que murieron en este sitio. En tanto que los sitiados hacian sus salidas, que las más eran de noche y en poco número, y miéntras mataban y herian los gastadores que trabajaban, los soldados franceses, que guarnecian su segunda trinchera, se ponian en arma, y desde sus puestos defendian lo que habian ocupado, y así, en las salidas que se hacian de noche hallaban los que salian en quién executar su furia, y no hacian mucho daño en los soldados del campo, porque pocas veces venian con ellos á las manos, por estar muy fuertes en sus trincheras y reductos; de donde no tenian efeto las salidas de los sitiados, porque á fuerza de muertes de villanos se tornaba á trabajar en las trincheras, y hasta que estaba labrada una no ocupaban ni comenzaban á hacer otra. Porque los villanos fuesen conocidos y no se huyesen, traian, por órden de los villajes que los enviaban, una señal en el hombro ó en la ropa del color del paño diferente de su vestido, que ellos ordinariamente andan de blanco, y al que se huia del trabajo, por la primera vez le rapaban la mitad del cabello de la cabeza, á la segunda era mucha la pena que les daban.

Siete mil villanos, se decia habian sido los muertos.

§ CIX

VIENDO tan cerca á los franceses con artillería, como á la Madalena, y más cerca al molino de viento, que estaba á docientos pasos de las murallas, labrado un reducto, se salió la noche, luégo como se comenzó la obra, y salieron hasta quince caballos con órden que reconociesen del campo lo que se hacia, y algunos infantes que reconociesen las trincheras del molino, donde no hallaron sino villanos y algunos soldados para no dexarlos huir, y todos pagaron; porque los que, huyendo de los infantes, se salieron á la campaña, murieron á las manos de los quince caballos. Tocábase, cada vez que habia alguna salida destas, muy gran arma en todo el campo del frances, que eran tan ordinarias, que pocas noches dexaban de tener dos ó tres rebatos. Habia un soldado de la compañía del capitan Iñigo de Otalora, que sabía muchas cosas de fuego, y entre él y otro soldado de la caballería, que estaba manco de la mano izquierda, hacian muchos instrumentos de fuego, principalmente hicieron unos cohetes para descubrir la campaña y ver de noche dónde se trabajaba, que, para quien por gusto lo mirára, fuera una muy buena vista; eran unas bolas hechas de cobre y de estopa, mayores que una bala de un cañon, y metidas dentro de

un morterete apuntaban, y al peso arrojaban una de aquellas bolas ó ovillos encendidos, que iban dando luz, como una cometa por el aire, hasta que caidas donde trabajaban, por muy gran rato alumbraban, que desde las murallas se podia hacer puntería á los bultos. Otras veces estas bombas iban en forma de que al cabo de rato se disparaban, y hacian daño á los que cogian al rededor, despidiendo muchos dados; con que, aunque fuese simple la bola, nadie de los de la campaña queria llegarse á matarla hasta que ellas se consumian ó disparaban, ántes con gran presteza procuraban apartarse de cualquier destos fuegos, con que la fiesta de los sitiados y la grita era mucha, y los arcabuzazos de una parte á otra crecian. Hicieron asimesmo estos soldados unos cañones, como exes de carros, guarnecidos de barras y aros de hierro al rededor porque no se abriesen, y con ellos se tiraba desde la estrada encubierta á las trincheras. Hacian estos tiros de palo tanto ruido como suele hacer una pieza de artillería; y aunque diferentes á la invencion primera de los petares, á éstos y todo habian puesto los soldados este mismo nombre; pasaban con su bala un cesto lleno de tierra, y ántes que el rey Enrico supiese, y los franceses, lo que era, dábales mucha admiracion, porque creian que eran piezas, y parecíales mucho arresgarlas el sacarlas allí fuera, cosa que no se suele hacer sino con gran seguridad de no per-

Petares, segunda invencion.

derlas, la cual no habia en esta ocasion, por tirar de muy cerca y por parte muy rasa.

§ CX

ERA mucha la hambre que en este tiempo se tenía, más en la ciudad que en la campaña; porque los de fuera gozaban ya de las legumbres que estaban sembradas, y los de la ciudad no tenian qué comer ni qué dar á sus caballos, que, aunque de verdad habia pan y vino, era caro, y se tenía cuenta cómo se gastaba. Los caballos pasaban la mayor necesidad, porque, si no era por una puerta, no se podia salir á buscar el forraje, y eso era con gran trabajo y peligro de los mozos que iban por él. Aumentó esta necesidad una emboscada que por órden del Rey hizo su caballería á la gente que salia por yerba á la Puerta de Viobues, que era la que guardaban los alemanes, que estaba en ella Pedro Gallego por cabo de esta gente. Hacíase una salida por un burgo derribado hasta llegar á una gran cruz, en que habia un Christo, de donde comenzaba una baxada hasta otra loma; al un lado tenía un bosque, que caia á mano derecha, saliendo de la ciudad; á estotra mano estaba la Abadía de San Fermin, que, aunque caia apartada de la mano izquierda, tenía la campaña abierta para, arrimados á la muralla, venir á la puerta. En esta

Abadía tenía el Rey hecho un cuartel con soldados, que estorbaban salir por allí y entrar el bastimento en la ciudad. Acostumbraba la gente de la tierra sacar á esta Cruz un cuerpo de guardia de cincuenta soldados, que hacian guardia á algunas vacas y caballos que salian á pacer al arcen del foso; daban tambien calor á un poco de caballería que salia á guardar á los mozos de los soldados que iban á buscar yerba; como de los mismos que cada dia saliesen, supiese el Rey de Francia, que estaba en el campo, la órden que tenía esta gente en el salir allí á hacer sus guardias, conforme á la disposicion del terreno, parecióle habia ocasion de poderles hacer una burla y degollar aquella infantería que salia, porque sin duda estaba muy empeñada. Trazó degollarlos en esta forma; de antenoche metió docientas corazas en la Abadía, y en un hondo, á mano derecha, otras docientas, y, algo mejoradas del bosque, en otro vallado otras docientas, y dentro del bosque cuatrocientas, y dióles por señal para que todas arremetiesen á un tiempo, arrimándose de las dos puntas á tomar la puerta de la ciudad, y por delante, las que se habian de descubrir, al mismo tiempo fuesen cargando con gran presteza, de modo que ninguno escapase de los que hubiesen salido; púsolo por obra, y luégo que salió el sol se abrió la puerta, y la gente, como solia, fué caminando á sus puestos. Cúpole la guardia de la infantería aquel dia al capitan don Diego de

Villalobos y Benavides con cuarenta soldados españoles; tenía allegada á su compañía la gente del capitan Baltasar de Zúñiga, cuyo alférez mataron de un arcabuzazo en el rebellin grande, y no tenía sino sólo el sargento, que, con estos soldados, se puso cerca desta Cruz, donde el sargento mayor Ortiz les dió órden asistiesen, dando calor á dos compañías de caballos italianos, que iban á descubrir el campo, que eran los tenientes del Marqués de Montenegro el uno, y el otro de Cárlos de Sangi. Luégo, como la infantería hubo tomado su puesto, los mozos que iban al forraje comenzaron á salir con gran contento, como ellos suelen ir á estas cosas, y en un momento se desparcieron por el campo, sin poderlos tener para que la caballería reconociese primero. Salieron las dos compañías y, haciendo alto algo léxos de la ciudad, enviaron reconocedores por todas partes que descubriesen el campo, y á las primeras cumbres hallaron enemigos, que escaramuzando, se lo estorbaban; y, ántes que pudiesen reconocer las emboscadas francesas, hizo señal el Rey, que estaba en la Abadía de San Fermin, con una gran ahumada, con que todas las desemboscadas se descubrieron y comenzaron á cargar con gran priesa de todas partes; los docientos caballos que estaban en la vanguardia, que fueron los primeros que nuestra caballería descubrió, no asistiendo á la escaramuza, cerraron de hecho, con que los tenientes de la guarnicion,

viendo la ahumada, conocieron el peligro, y sin aguardar á hacer resistencia, volvieron á rienda suelta dando muchas voces á la infantería se retirase, que, por mucha priesa que se dieron á huir los caballos nuestros, iban revueltos con los franceses. La infantería se puso en escuadron á mano derecha, como se sale de la ciudad, apartada del camino, que muy presto descubrió las docientas corazas, que no venian del todo desbaratadas, aunque venian muchos de los soldados franceses desparcidos, hiriendo los mozos que iban á forraje, y robando los caballos y vacas que salian á pacer. Por presto que la infantería quiso retirarse, fué ya desbaratada, porque las docientas corazas cerraron de hecho, y, aunque los hallaron en órden, con la furia de la caballería, recibieron algunos mosquetazos que se les tiraron, y desta primera arremetida mataron al sargento de la compañía del capitan Zúñiga, y hirieron con cinco heridas el sargento de la compañía del capitan don Diego de Villalobos y Benavides, el cual (viéndose perdido, y que las dos emboscadas de la mano derecha y izquierda tenian tomada la puerta por las espaldas), con algunos arcabuceros y picas que le siguieron al traves del camino de la ciudad, pasó á un alto de un cerrillo, de donde comenzó á recoger los soldados que venian huyendo de las manos de los enemigos; y, viendo que en ninguna manera podian escapar de ser rotos llegando el golpe de toda la caballería, se tomó

resolucion de subirse á otro vallado, que parecia algo dificultoso para subir los caballos, y descubierto á las murallas, que á este tiempo ya se iban guarneciendo de arcabuceros que tiraban con muy buena priesa. Era en esta parte un burgo antiguo, que no habia quedado sino el rastro de las casas ó las cantinas ó cuevas, donde se salvaron algunos arcabuceros poniéndose dentro, que, como los franceses era caballería, no se detenian á apearse, que, con sólo el ademan del arcabuz, no habia frances que quisiese entrar en la cantina que tenía soldado; y despues se supo habia algunos soldados defendiéndose sin tener los arcabuces cargados ni tiempo para ello; y, á este segundo alto que el capitan hizo, estaba con solas seis picas y otros tantos arcabuceros, que ninguno tenía cargado el arcabuz, y como vieron quitados los enemigos de en medio dellos y la tierra, que, viendo el mal que les hacia la artillería y arcabucería de la muralla, desembarazaron el paso á los que venian huyendo, que ya no eran sino gente deshecha, porque las picas y arcabuceros que estaban con el capitan don Diego, luégo como descubrieron el resto de las corazas, que salian del bosque dando calor á los que venian delante cargando, cada uno pretendió salvarse sin aguardar órden, procurando baxarse de aquel alto á meterse en las barreras donde andaban algunos caballos franceses. El enemigo cargaba, ya los soldados españoles andaban deshechos;

el capitan y tres coseletes que le habian seguido baxaron el vallado, y en medio, á vista de las murallas, un caballo frances coraza, con la espada en la mano, cerró con el capitan, y, sin poder huirle el cuerpo ni retirarse, se halló empeñado y le hirió de la pica en la ingle, que, con la furia que traia el caballo, le fué fuerza caer por las ancas con un trozo de la pica clavado, y el caballo dió con los pechos al capitan don Diego de Villalobos y Benavides y derribólo en el suelo. Venian los caballos franceses cebados en los cuatro españoles, y pasáranlo mal los infantes, sino que, como vieron su compañero en el suelo y que no podia andar, dexando de hacer mal atendieron á salvalle, que, entre dos dellos á caballo, le asieron por los hombros y le llevaron. A este tiempo cargaban amigos y enemigos á socorrer al capitan, y los enemigos á estorballo; mas un soldado, natural de Illescas, que se decia Juan Ramirez de Lara, valiente hombre, levantó al capitan, que lo iba haciendo con su espada en la mano. Los franceses, por el daño que recebian de las murallas, se apartaron algo de la puerta; los soldados, que estaban fuera de la ciudad, comenzaron en un alto á hacer escuadron, que fué de hasta veinte picas, y, como ya estaban descubiertas todas las emboscadas, no era defensa bastante si tornáran á cargar los enemigos, y conociéndolo uno de los alféreces que hacía el escuadron, pedia con priesa á su capitan, que de

qué habia de guarnecer el escuadron, que no habia arcabuceros; y el capitan riyendo le dixo que le echase la guarnicion del mismo paño, porque no habia otro. Ya era tanto el daño que los franceses recebian de la artillería y mosquetería que se tiraba de la muralla á mampuesto, que se comenzaron á retirar á sus cuarteles. Acudió al socorro el capitan Iñigo de Otalora con algunos arcabuceros, con que los dos capitanes comenzaron á escaramuzar con los franceses, y en muy buena órden se fueron retirando hasta sus cuarteles, habiendo muerto de la compañía del capitan don Diego hasta veinte soldados, heridos diez y al capitan en una mano de una cuchillada, muerto el sargento de Zúñiga y preso el otro con cinco heridas, que fué el que dió los quince franceses por su masara; mataron ochenta mozos, y era cosa de compasion verlos, eran muchachos algunos, y los más de ocho á diez años, hicieron mucha lástima; lleváronse algunas vacas y caballos; quedó la gente de la guarnicion enojadísima de haber visto la rabia de la gente francesa contra los pobres mozos, porque entre soldados no se suele usar el herillos. Resultó de la venganza otra salida muy buena que se hizo al dia siguiente.

§ CXI

QUEDARON los sitiados tan enojados de la muerte de sus mozos, que, aunque los más eran naturales franceses, fué una inhunidad muy grande el matallos. Otro dia se concertaron los más de los capitanes y soldados, y pidieron al gobernador Hernan Tello los dexase salir á las trincheras en venganza de lo que el Rey habia hecho; queria la caballería llegar á sus cuarteles y matar todos los que encontrasen, aunque fuese de la gente de servicio, cosa que, como queda dicho, no se habia hecho hasta entónces, y quien más habia sentido la muerte de los mozos habian sido los caballos ligeros, por ser un criado el todo del caballo ligero, sustentándole el caballo. Tratóse la salida, que se determinó fuese á medio dia, que es cuando más solo suele estar el campo y descuidadas las guardias. Salieron el capitan Diego de Durango y Francisco del Arco con la infantería, el capitan Juan de Guzman y el capitan Juan de Gilus con la caballería, que el uno era capitan de lanzas y el otro de arcabuceros á caballo, con órden que estas dos compañías se alargasen hasta el cuartel de los ingleses, matando los que encontrasen. Habian quedado delante de las murallas otras tres compañías que fueron el capitan Pedro de la

Fuente, la compañía del Marqués de Montenegro, y la otra de don Juan Gamarra de Contreras, que todos serian cuatrocientos caballos; hízose la señal para salir, que fueron dos golpes de cañon de una plataforma conocida; y luégo la infantería, que estaba en la estrada encubierta, se descubrió á muy buen paso la vuelta del molino y de la Madalena, donde habia unos reductos; la caballería por otro lado de la estrada encubierta comenzó á salir, y salió tan presto y con tan buen órden, que pudo hacer muy bien su efeto, principalmente Juan de Guzman, que era un valentísimo caballero, salió con gran deseo de acertar la vuelta de los cuarteles del Rey, y, llegando á casi media legua de la ciudad, se metió entre los cuarteles, y, hiriendo y matando, les hizo mucho daño, que, segun la relacion de los enemigos, estas dos compañías, de la gente que andaba desbandada, mataron más de docientos enemigos, y los más fueron ingleses. Tocóse el arma tan recia por todas partes, que la gente del campo creyó llegaba el socorro de su Alteza, y hubo este dia mucha de la gente francesa que más atendieron á buscar cómo escapar que ir á encerrar los enemigos, creyendo lo que digo; que, como se desengañaron que era salida, y vieron hasta donde habia llegado Juan de Guzman, con gran coraje comenzó la caballería, y el mesmo Rey en persona, á ponerse á caballo. La infantería, que habia acudido al molino, habia hecho

su deber tan bien, que mataron muchos de los franceses aquel dia, y principalmente cosa de docientos enemigos que, con buen órden, se salieron de las trincheras retirándose la vuelta de sus cuarteles; sucediôles mal que, como cargase la infantería, el capitan don Gomez de Buitron, que estaba fuera de las murallas con cinco soldados suyos que sin órden habian salido con él, poniendo las piernas á su caballo les ganó la vanguardia, y con buena resolucion él y los cinco soldados se pusieron á estorballes su retirada, que fueron embarazo bastante para que la infantería de la ciudad los alcanzase, y se mezclase de manera que no los dexaron retirar. Salió el caballo de don Gomez herido de un picazo; trabóse tan grande la escaramuza, que no se conocian cuáles eran los de la ciudad ni los franceses, y, como era verano y el campo tenía mucho polvo, no se veian casi, y la arcabucería de las murallas no hacía efeto. Duró esta mezcla y en esta confusion muy gran rato, hasta que comenzó á cargar la gente del campo. Venía el Marigal de Biron en una haquilla en cuerpo con un jubon blanco, y estuvo tan metido entre los nuestros, que, quien lo conociera en la escaramuza y advirtiera, lo pudiera hacer prisionero. Habia á un trecho de la ciudad labrado el Rey un gran fuerte entre sus cuarteles y la tierra, donde estaban de guarnicion ordinaria dos compañías francesas de más de ciento y cincuenta caballos entrambas; á esta

sazon ya estaban estas corazas á caballo, y aunque pudieran ir á buscar á Juan de Guzman, no lo habian hecho por no desamparar su puesto, porque sabian que se habia de retirar á su vista, y que entónces podian mexor hacelle daño. Sucedió que, hecho todo el más daño que se pudo en los cuarteles de los ingleses, á media rienda venía Juan de Guzman retirándose con las dos compañías la vuelta de la ciudad, y aunque pudieran los caballos de la tierra, que estaban al arcen del foso abrigados de los tiradores de la muralla, salir á estorbar á las dos compañías francesas, que de traves cortaban el paso, no lo hicieron, creyendo que no se mezcláran con ellos, temiendo el daño que despues les podia sobrevenir; mas los franceses los midieron tan bien, que sin mezclarse tasaron su negocio de modo que no emprendieron estorbar á entrambas compañías el paso, sino dándoles la carga de lado dexaron pasar la compañía del capitan Gilus, que era de arcabuceros, habiendo herido á Gilus con un estoque en una anca y muértole otros algunos soldados con las pistolas, y cortaron á Juan de Guzman, que venía el postrero, con hasta diez soldados, y, como se vió cortado quiso aguijar el caballo, que era floxo de los brazos, y tropezando cayó entre los franceses, que luégo le tomaron á prision, teniéndole á pié asido de una banda carmesí que llevaba, y con esta presa comenzaron á retirarse. El alférez de Juan de

Guzman, que iba en la vanguardia de su compañía, como vió que le llevaban preso á su capitan, volvió furioso á socorrelle, aunque su teniente se le puso delante para que no volviese, diciéndole lo dexase llevar; porque, aunque era verdad podelle socorrer, corria peligro de lo que sucedió, que fué que como la caballería, que áun no habia peleado y estaba de refresco, vió lo que los franceses hacian, comenzó á moverse muy de espacio, que, con esto sólo, fué parte para que ellos no osasen hacer más de lo que hicieron; el alférez del capitan preso cerró á socorrerle, no obstante lo que su teniente le decia, que, viendo su resolucion, le acompañó, y tras los dos otros soldados y oficiales de la compañía, con que trabaron la escaramuza muy reñida, porque los franceses se le opusieron muy bien y cargaron los más dellos; mas como nuestra caballería allí era más y venía cargando, los franceses conocieron su peligro, y pareciéndoles no esperar, y que no podian retirar al capitan Juan de Guzman, le dieron por el cuello un pistoletazo de que murió luégo, y dexándole muerto, y á su alférez junto á él, y á su teniente y otros algunos soldados, se retiraron la vuelta de su infantería, que ya estaba á vista en muy buenos escuadrones, y el Rey con sus compañías y más de mil y quinientas corazas que comenzaron á cargar á los de la ciudad. La caballería de los sitiados, luégo que conoció que ya el campo estaba todo en ar-

ma, se metió en la tierra, y la infantería, escaramuzando, hacia lo mesmo, entreteniendo los franceses debaxo de las murallas para que la artillería les hiciese daño, que se le hacía muy grande, así en sus tropas como en sus escuadrones. Duró la danza hasta que, con muy grande resolucion, los franceses acabaron de encerrar los sitiados que salian de las estradas encubiertas, que todo se hacia con traza de entretener los escuadrones, de modo que el artillería les hiciese daño. Retirándose los franceses quedó el campo lleno de muertos de la una parte y de la otra. El cuerpo de Juan de Guzman quedó casi debaxo de las murallas en un raso, que de la una ni de la otra parte se podia retirar, los franceses eran más señores de podelle desbalixar, aunque á peligro de los tiradores de la muralla, que sobre el desbalixallo y estorbárselo, hubo muy buenos arcabuzazos y algunos franceses muertos, hasta que, con dexalle en cueros, cesó el tirarse. Acabóse la escaramuza á las cinco de la tarde poco más, habiendo durado más de tres horas, y luégo inmediatamiente, de consentimiento de todas partes, hubo suspension de armas por dos horas, en que todos retiraron sus muertos saliendo los sitiados al campo, y los del campo llegando muy cerca de los fosos, cosa que muy pocas veces se suele permitir entre sitiadores y sitiados.

En menosprecio de los sitiadores.

Viendo el daño que de las murallas recebia el

campo frances en todas las salidas y encuentros, ordenó su Rey poner diez piezas, que no batiesen sino las defensas y traveses de la muralla, y esto se hizo tan á punto y tan bien, que muy presto fué menester retirar los cañones de las murallas, porque en dos dias, que batió la artillería desde fuera, no quedó traves ni parapeto que no le allanase; y con esto los de dentro para andar por la muralla la minaban y hendian por medio. Fué de gran servicio al campo esta batería de las defensas, porque en todo el lienzo que caia entre la Puerta cerrada y el rebellin grande, no quedó pieza ninguna de artillería ni cañonera para poder ponerse á tirar; con todo, por mucho que batió las defensas de la muralla, no pudo la artillería del campo descubrir el rebellin grande. Hizo el frances un bastion al modo de una plataforma con sus defensas, porque la formó en medio de un fuerte en un alto de la campaña, de donde le pareció podia descubrir un lado del rebellin de Montrecu. Hizo con gran trabajo de cestones, unos encima de otros, como un gran castillo; puso tres órdenes de cestones unos sobre otros, y dentro lo terraplenó de faxina y tierra, obra que parecia habia de hacer daño, mas al cabo no sirvió para su intento por otros sucesos que se causaron con el agua del rio Soma en los fosos.

Estaba tan apretada la ciudad con el sitio, que ya no se tenía esperanza sino en la venida del socorro con el campo de su Alteza el Archiduque

Alberto; porque las campañas estaban tan aradas de trincherones y de reductos, que por todos los campos al rededor de la ciudad no habia sino cuarteles y fuertes, que parecia imposible entrar ninguno dentro, y para algunos soldados, que con avisos salieron, lo hicieron con la escuridad de la noche, el rio-arriba camino de la Francia, y, puestos gran trecho dentro della, apartados de la ciudad, podian ir mejor su camino. Fueron muchos los que vinieron á manos de los franceses, que, como en su hábito español, fuesen presos, y, aunque cubierta, llevasen la banda roja, no eran castigados ni como espías ni como traidores, ántes estimados por buenos soldados eran tenidos en prision para hacer sus rescates ó trueques.

Las armas eran tan ordinarias, que se tocaban de noche, así en el campo como en la ciudad, que ya no se hacía caudal que se tocase á arma; porque toda la gente estaba con las armas en la mano á cualquier hora de la noche con tan gran cuidado, como si por cualquiera se esperáran los enemigos. La caballería, que habia quedado á caballo, corria las calles de la ciudad, que, aunque ya no habia gente que pudiese hacer traicion con fuerzas, podia haber otras inteligencias; y, con el estar alerta y correr los caballos las calles y las murallas, estaba todo muy guardado; los terraplenes de las murallas eran tan anchos, que cien caballos en tropa rondaban por ellas sin embarazo

§ CXII

Como los franceses labraban ya sus trincheras tan cerca de los fosos, no se les dexaba sosegar con muy ordinarias salidas, tanto, que en ninguna hora ni tiempo estaban seguros; y las salidas que se hacian, la que más era de cincuenta soldados, y hacian tan presto su hecho, que muchas veces, cuando se tocaba el arma, tenian muertos muchos de los que trabajaban en las trincheras primeras; con que no se les dexaba hacer su obra tan á placer como quisieran; y era de modo el temor que tenian cobrado á los de la ciudad y su resolucion, que en oyendo «cierra», desamparaban las primeras trincheras y se acogian á las segundas; y, si era golpe de gente la que salia, no paraban hasta los reductos, que tenian muy bien fortificados de muy hondos fosos y mucho número de picas, con que se aseguraban los ramales de las trincheras. Murieron algunos hombres particulares en estas salidas; mataron una noche destas al alférez don Alvaro de Santa Cruz, natural de Murcia, hijo de don Gerónimo de Santa Cruz, caballero de aquella ciudad, habiendo hecho mucho con veinte soldados de su compañía; y, retirándose ya, por ver si alguno se le quedaba, se subió á un alto para sentir el ruido, y allí una bala que venía desman-

dada le dió por la garganta y le mató; fué enterrado en San Francisco, y fué el postrero por quien se dobló, que de allí adelante se mandó no se doblase por ninguno, por no dar ese gusto á los del campo frances; continuando en este modo las salidas, que desasosegaba mucho á los enemigos.

No se doblase por ninguno.

Cada dia se allegaban más los franceses con lo que trabajaban, aunque á costa de mucha gente que la arcabucería les mataba de noche y á las salidas; una mañana pasaron de la Madalena y se mejoraron bien cien pasos á un molino, en que hicieron un reducto, que despues se llamó el reducto del Molino, donde truxeron algunos tiradores para contra las salidas; asimesmo comenzaron á labrar unos ramos de trinchera, que iban en proporcion de media luna, á cien pasos del foso de la ciudad, con que iban estrechando las salidas y llegándose más á la estrada encubierta.

§ CXIII

Como los soldados de la guarnicion vian tardar el socorro de Flándes y los franceses arrimarse tanto (que, aunque con muchas muertes, iban cada dia labrando nuevas murallas y castillos en los campos, con que más estrechaban), los ánimos de los sitiados estaban insufribles contra el Gobernador y sus capitanes, pare-

ciéndoles poco lo que se hacía, pues al cabo el frances los iba encerrando; un dia por la mañana uno de los capitanes, que habia oido el quexarse desto á los soldados, delante de otros capitanes y oficiales que estaban con el Gobernador, le dixo lo que habia oido á los soldados aquella noche, y que le parecia tenian razon, porque si su Alteza, como se decia, venía ya, muy mal habian hecho tantos buenos soldados, como allí se hallaban encerrados, en no haber hecho al frances daño notable, y le pedia se resolviese, con parecer de los capitanes que allí estaban, á salir con golpe de gente y hacer una buena salida que dexase maltratados los franceses, y que hacer otra cosa, no sólo no le parecia bien, mas que, llegados los tercios de Flándes, habria muy gran razon de no estimar lo que hubiesen hecho. Sintió esto que se le dixo en público Hernan Tello; mas disimuló lo mejor que supo, alabando al capitan sus bríos, como que eran de soldado mozo; sabía que su Alteza no estaba tan presto para socorrerle y procuraba guardar la gente; por otra parte no quería contradecir á lo que aquel capitan decia, por ser cosa que toda la infantería y caballería aprobaba, y prosiguiendo indiferentemente, concluyó su respuesta diciendo que lo miraria y haria lo que mejor estuviese á todos; y con esto se apartó con algunos de los capitanes de las naciones, que no ménos deseosos de verse en el campo estaban que los españoles; con esto to-

mó luégo Hernan Tello resolucion de hacer una buena salida, la cual se ordenó en esta manera.

§ CXIV

Dióse órden con el mayor secreto que ser pudo al sargento mayor Ortiz, para que avisase las compañías y soldados, que habian de salir, para la hora de las doce á mediodia, que, por ser dias de Agosto, hacía muy gran calor, y para esta hora estuvo toda la gente de guerra, que serian ochocientos hombres apercebidos en el foso del rebellin de Montrecu; y, aunque estaban muy cerca las trincheras, que la caballería no podia correr el campo, se avisaron treinta caballos valones con un teniente, los cuales todos estuvieron en el foso aguardando la órden de lo que se habia de hacer. Por mucho secreto con que se hizo, se tuvo sospecha se habia avisado con una campana del apercebimiento de los de la ciudad, que, aunque no les valió para no recebir daño, fué menor de lo que fuera si no tuvieran reforzadas las trincheras. No creyeron que fuera la salida con tanta gente como se hizo, y así, los unos y los otros, la guardia ordinaria, como la que fué reforzada, pagó con ir descalabrados á buen medrar. Por la parte de la estrada encubierta del rebellin grande, que tenía buena la salida, se ordenó al capitan don Diego de Villa-

lobos y Benavides, con soldados de su compañía y la compañía del capitan Alonso de Rivera (que todavía estaba impedido de la herida de su pierna, y así iba su alférez don Diego Enriquez, que lo hizo este dia muy bien y valientemente), saliese por aquella parte. La mesma órden se dió al capitan Diego de Durango, para que, con su compañía y soldados de otras, saliese por la misma parte, de modo que estaban juntos los dos capitanes esperando la señal, que era un cañonazo que se habia de tirar de la plataforma grande. Estaban estos dos capitanes con cuatrocientos y cincuenta soldados, los más españoles; dióse órden por la parte de la puerta cerrada al capitan Francisco del Arco, que por otro nombre le llamaban los franceses el capitan de las nueces, para que, con su compañía y soldados de otras, que los más eran españoles, todos, hasta docientos, diesen en las trincheras por aquella parte, y todos caminasen á una tienda blanca en un reducto, donde habia cuatro piezas de artillería, que era la punta que los unos y los otros habian de hacer; los treinta caballos se pusieron á la mano derecha del rebellin grande, por donde á cualquier tiempo podian salir y entrar en la estrada encubierta y de allí baxar al foso. Puesta la gente en esta conformidad, el gobernador Hernan Tello, que estaba en la mesma estrada encubierta, hizo la señal para que la pieza se disparase, y, hincando los soldados la rodilla, estuvieron rezando

la oracion, y la pieza se tiró, y la gente, muy desenvueltamente de todas partes, comenzó á salir por el campo, que, para quien lo vió desde las torres, fué una muy buena fiesta, porque dixeron los que lo miraron, que no sabian con que presteza ni compas de piés hayan arremetido soldados en el mundo á cosa ninguna, como aquí lo hicieron éstos. Los franceses (desque descubrieron la salida por la parte de Montrecu, que estababa el regimienro de Picardía, que era el de más opinon y de soldados viejos), muy sin ningun temor, se descubrieron sobre sus trincheras, y comenzaron á dar muy buenas cargas de mosquetazos y arcabuzazos, de que derribaron muchos soldados muy buenos y particulares, que no se vieron caer con la resolucion del arremeter cada uno. Esperaron los franceses en sus trincherones, que eran muy hondos y muy altos, con muy gran ánimo y demostracion de esperar hasta morir, como lo hicieron, que, pasando los capitanes don Diego y Durango cortando las trincheras la vuelta del reducto de la tienda, los soldados se dieron tan buena priesa en matar, que, sin más resistencia que morir, no dexaron en todos aquellos ramales de trinchera ninguno á vida de todo aquel regimiento. Fué mayor el número de los muertos que el capitan Francisco del Arco hizo por su parte; que los franceses que destas primeras trincheras pudieron escapar, caminando á la mano derecha suya, topaban con Fran-

cisco del Arco, que no ménos venía matando, hasta que los unos y los otros llegaron á la tienda, donde estaban dentro de aquel reducto más de cien picas y otros tantos tiradores, que, con muy buen ánimo, defendieron la entrada, y, aunque hubo muchos soldados que, pasando su foso, entraron dentro, como el socorro de su campo cargaba con tanta priesa y resolucion, no se pudo ganar el reducto. Murió sobre una de las piezas de artillería Navarro, un soldado animoso, de quien se contó habia seguido al Conde de San Polo, el cual llevaba un clavo para el efeto de clavar el artillería. Hirieron sobre un ceston al teniente Juan Ramirez de Lara, que era entónces soldado, y llevaba otro clavo para el mismo efeto. Llegados á este reducto, con la dificultad del ganalle, comenzaron á parar los soldados, y el capitan Durango, no mirando en ello con el gran brío y ánimo que tenía, pasó sobre su mano derecha del reducto á la parte de los cuarteles, por donde se halló con hasta diez soldados suyos cortado entre los franceses, que, midiendo sus picas con ellos, salieron á nuestra parte rodeando el reducto, haciendo camino con la muerte de algunos de los que lo querian estorbar. La infantería española pasó como fuego por las trincheras, habiendo el reducto de la tienda disparado sobre ella dos veces el artillería; de los cuarteles del Rey, la gente francesa y inglesa, que acudia al socorro, tomaba muy á su salvo,

por las espaldas á los de la salida, y cargándolos con muy buena resolucion, animábalos á seguirlos con más brío, viéndolos irles delante, que para los enemigos, que ocupaban por un lado lo que ellos iban dejando de vuelo, parecia huilles. En este ínterin salieron los treinta caballos, que, como los que seguian de los enemigos era gente desmandada y sin órden, fueron en un momento puestos en huida; y sirvió de mucho, porque por causa de sus trincheras no podia su caballería socorrer los suyos, y, como negocio no pensado, los espantó la caballería degollando muchos dellos, haciéndolo estos caballos este dia tan bien que no se puede pensar, que aseguraron aquel costado de modo que recibieron los franceses daño, y no se osaron desmandar á seguir los que iban arremetiendo.

§ CXV

Francisco del Arco no anduvo perezoso, que, aunque tampoco pudo entrar en el reducto, degolló muchos franceses aquel dia, habiendo, con la mesma presteza que por estotra parte, corrido las trincheras de aquel lado, que estaban entre unos barrancos más cerca de sus cuarteles. Fué el arma furiosísima, y el Rey y el Marigal de Biron se pusieron á caballo, con más recelo del que mostraban del socorro de Flándes. El de Biron partió con la infantería de los cuar-

teles, viniendo al socorro con banderas y todo, y tanta priesa y resolucion, que bien era gallarda muestra; y en esta órden, á muy largo paso, vino todo lo más del campo sobre los soldados de la guarnicion que estaban fuera, que, con el sol y lo que habian trabajado, estaban muy cansados. Los capitanes, viendo el golpe de gente que cargaba, y que era aventurar mucho el detenerse á clavar el artillería, comenzaron á recogerse, que no fué poco hacello en tan buena órden, que, sin recebir daño ninguno de todo el campo frances, se metieron debaxo del abrigo de la muralla, donde hallaron los que se retiraban muy bien guarnecida la estrada encubierta de gente fresca, que luégo, como los unos salieron á hacer su efeto, ocuparon aquellos puestos. Estaba con esta gente el capitan Iñigo de Otalora, y el capitan Tauste y el capitan Olabe. La gente que se venía retirando, sin detenerse ninguna cosa, pasaba á lo hondo del foso y de allí á entrarse en la ciudad.

Los franceses, hallando por el campo los suyos muertos, que pasaban de más de seiscientos y más de cincuenta capitanes, no podian detener su furia, y con banderas y todo llegaron á las trincheras postreras, á ménos de cien pasos de la muralla, donde la escaramuza se trabó muy reñida, aunque á gran ventaja de los de la tierra, que, como vieron la furia francesa, les fué fuerza meterse debaxo de sus reparos y estacadas en la es-

trada encubierta de donde, con la mosquetería y arcabucería y artillería, les hacian daño á los franceses, que gallardísimamente andaban descubiertos, haciendo muestras de querar embestir con los de la estrada encubierta, que á su ventaja los esperaban para recebirlos en los hierros de las picas, y muy gran golpe de mosquetería y arcabucería, que de mampuesto no se les consentia disparasen, guardándose para sí pusiesen en efeto alguna buena resolucion. Aguardábase hiciesen su arremetida, para de más cerca podelles hacer más cierto daño; con todo, la muralla tiraba tan de priesa, que el daño que recebian los enemigos era más cierto que el provecho. Los que habian hecho la salida estaban ya dentro de la ciudad tirando desde las murallas, con que le fué fuerza al frances meterse en sus trincheras, donde estuvo por espacio de una hora con sus banderas mostrando grande ánimo y enojo de lo pasado, y los de la ciudad, metidos en sus reparos, tirando hasta que por las mismas trincheras se fueron las banderas cubiertas, que, como se retiraron, quedó todo con sus guardias ordinarias, así los del campo como los de la ciudad. No duró esta salida mucho, aunque fué en la que más daño recibieron los franceses, que á las cinco de la tarde estaba todo muy sosegado y quieto.

§ CXVI

En tanto que esto pasaba en las trincheras, el Rey, con toda su caballería, aseguraba sus cuarteles la vuelta de Durlans, que, como se apaciguó el arma, se retiraron todos á ellos, y el Rey vino á las trincheras, donde, de parte de Hernan Tello, se le pidió suspension de armas por dos horas para retirar sus muertos, y que ellos retirasen los suyos, que fué luégo concedido, descubriéndose los soldados y capitanes de entrambas partes sobre sus reparos, y otros entrando en sus trincheras buscando sus muertos; que los franceses los traian al medio entre la ciudad y las trincheras, y tambien los sitiados llevaban á los franceses al mismo medio. Hubo muchas pláticas de soldados y personajes en esta suspension, principalmente un alférez que se llamaba Melchor, que, yendo reconociendo sus trincheras, fué llamado por unos franceses, entre los cuales habia algunos á caballo, que, como llegó á ellos, conoció al Rey, que era uno que estaba con un balandran blanco cubiertas las armas. El Rey preguntó al alférez si era capitan, y el alférez le respondió, tratándole con el respeto que se debia á Rey, y el Rey, viendo esto y que ya lo habia conocido, quitó el balandran diciendo: «Toma allá, que ya me conocen, que no hay

para que cubrirme; y vos, soldado, hacéme placer de decirme ¿cómo me conoceis?» el alférez le dixo: «Señor, en la iglesia mayor desta ciudad está un retrato de vuestra Majestad, y luégo, como llegué, por el retrato conocí á vuestra Majestad.» Preguntóle mas, que si no era capitan, ¿cómo estaba tan bien vestido y traia cadena de oro? á lo cual le dixo que los españoles en sus trajes procuraban andar lo mejor que les era posible, y aquel saco de aquella tierra los habia puesto á todos tan ricos, que parecian todos capitanes. Pasaron otras pláticas en que el frances se prometia la ciudad y estorbar el socorro, y el español, con mucho respeto y arrogancia, contradecia de modo que, quedando el Rey contento de su plática, le rogaba fuese á cenar á su cuartel, donde le prometia dar algunos prisioneros que tenía, principalmente un sargento tuerto, que, con cinco heridas le prendieron el dia de la puerta de Viobues, de quien él habia gustado por haberle visto, siendo su prisionero, bravear contra ellos, amenazándoles á muerte. El alférez le respondió que, sin licencia de su Gobernador, no podia recebir la merced que su Majestad le hacía; viendo el Rey que Melchor le respondia que no podia recebir aquellas mercedes sin licencia de su gobernador, sacó un puño de escudos, que debia de haber hasta ciento, y díxole que los tomase, que de buen corazon se los daba y se fuese con Dios, que aquello hacia de

Era el sargento del autor.

cortesía fuera de lo que era guerra; mas el alférez se excusó con gran agradecimiento y cortesía, no queriendo tomar nada de lo que se le daba, y con tanto se apartó para la ciudad, habiendo parecido muy bien al Gobernador y á los capitanes lo que Melchor habia hecho.

§ CXVII

La peste iba cada dia creciendo en los de la ciudad, y, aunque habia habido muy gran cuidado en el echar fuera los ciudadanos, muchos de los que tenian caudal se habian ido, solos los pobres mendigos quedaban, que, ya como vian la campaña con los frutos de las legumbres que se suelen sembrar, deseaban los dexasen salir, que hasta entónces no habian podido desembarazar desta gente la ciudad; y el gobernador Hernan Tello mandó al alférez don Lope Zapata, que era muy diligente, tomase á su cargo el echar esta gente menuda, que, como ellos vian su remedio en los campos, no fueron menester las dificultades que ántes, que avisados, se juntaron una mañana y salieron más de novecientos entre mujeres y niños, con que quedó más limpia la ciudad; aunque la peste no cesaba de dar á los soldados, de que morian muchos.

§ CXVIII

Cada dia eran mayores en el campo del Rey de Francia las nuevas del socorro que Su Alteza el Archiduque Alberto juntaba, con que le obligaba con más priesa á apretar los sitiados, estando ya tan cerca de los arcenes del foso, entre la puerta cerrada y el rebellin grande, que con cincuenta pasos se llegaba á ellos, por ser aquella la parte que ménos traveses ó ninguno tenía para arrimarse á las murallas de la ciudad. Comenzó á trabajar por ganar un reductillo, que hacia trăves á la estrada encubierta y guardaba no se le pudiese poner artillería al diamantillo de la punta, obras que habian hecho los sitiados para aquel efeto. Viendo el estorbo que hacia el reductillo, una tarde los franceses se le arrimaron por una punta con muerte de algunos, cubriéndose con cestones y tablones, y comenzaron á zapar por fuera de su foso, de donde labraron una mina que caia debaxo de la punta dél; que, aunque se les sintió lo que trabajaban, era tan poco el terreno, que no se les podia estorbar, y con gran presteza otro dia, despues de arrimados, atacaron una mina, y á las dos, despues de mediodia, se puso todo el campo en arma, que á los primeros movimientos se pensó habia nuevas del socorro de Flándes; mas como las banderas de infantería se mejora-

ron á las trincheras y á la ciudad, pareció otro su desinio; la gente sitiada se puso en arma, y como la mina se habia sentido atacar, se proveyó de manera que á la punta donde se entendia que estaba, no hubiese sino sola la posta algo retirada y alguna gente fuera al socorro, que así se hizo; y luégo que la gente del campo estuvo puesta en sus puestos se voló la mina, que no dexó en todo el reducto cosa que no la trabucase, dexando deshechos los fosos que tenía y las barriladas de algunos soldados alemanes que estaban en el medio enterrados. En esta ocasion un sargento aleman se mostró este dia valentísimo hombre, que habiéndose volado el reducto y quedado enterrado hasta el medio cuerpo, descubierto á los enemigos peleó de aquella manera con la espada en la mano, defendiendo á los franceses el ganalle animosamente.

Por las demostraciones se acierta muchas veces lo que entiende un campo.

Habia el Rey apeado muchas de las corazas de su nobleza, para que arremetiesen á ganar este puesto. Estaban los franceses muy descubiertos, y á la artillería y arcabucería de la muralla se mostraron, arremetiendo algunos soldados que acudieron á defender el puesto, que lo hicieron de suerte que no ganaron ninguna cosa los franceses, muriendo muchos de entrambas partes; porque los que defendian el reducto, con el volado de la mina quedaron descubiertos á sus trincheras, y tambien los franceses lo estaban de

la muralla; y así, despues de haber procurado ganalle, y los sitiados defendelle, fué fuerza el retirarse los unos y los otros por el daño que entrambas partes recebian, quedando el puesto deshecho, como tierra movediza que se hubiese echado allí de otra parte traida. Señalóse este dia en la defensa un soldado que se llamaba Pedro, valiente español, soldado de muchos años de servicio, que despues murió de peste. Luégo como anocheció, los franceses zaparon de modo que fueron en el arcen del foso, desde donde comenzaron á estorbar el andar en él descubiertos.

Toda la noche zaparon los franceses, y sobre aquella tierra movediza levantaron una trinchera, y dentro de otras cuatro noches pusieron muchos cestones, y no consentian de dia andar descubiertos por aquellas estradas, que todo lo tenian á caballero; hacíaseles mal desde una punta de un fuertezuelo que se decia el Diamantillo, de donde los de la ciudad estorvaban el entrar en el foso. Al cabo de algunas noches que trabajaron, plantaron cuatro piezas al arcen para batir las estradas encubiertas, que lo hicieron como lo pensaron, sin podérseles estorbar, tirando muy á tiempo á las estacadas que los soldados tenian hechas en la estrada encubierta, y fué de modo la priesa que se dieron en tirar, que, despues de haber desaloxado las guardias, ni áun las postas ordinarias pudieron sustentar el estarse allí, y de dia de todo punto los de la tierra, por temor destas piezas, des-

ampararon esta estrada, que estaba ya descubierta á los del campo, y si no era de noche no salia gente á ella; mas los franceses se fueron haciendo poco á poco señores del arcen, que vinieron á llegar desde este reductillo hasta la mesma puerta de Montrecu, siendo señores enteramente del foso, trazando el modo que podian tener en hacer su baxada á él, y para esto se fueron llegando al Diamantillo, que se les defendia bonísimamente, porque estaba sobre un peñasco, y debaxo dél tenía, á la parte del foso, una cueva honda y muy ancha, donde se hacia todavía la guardia del fuego eterno, que llamaban los soldados, donde se peleaba con el humo de azufre. Los franceses se arrimaron al Diamantillo y, viendo que les habia de costar gente el ganalle ó ocupalle, les pareció mejor consejo cortalle de nuestro socorro, que por unos entablados cubiertos, que se habian labrado, como andamios, se pasaba á él por una mina que los sitiados tenian labrada por debaxo de la puerta cerrada. Una noche, con resolucion, entraron dentro del foso por la parte del agua, que está baxa, que es el lado izquierdo al rebellin del agua, y el derecho del Diamantillo; y, aunque con muerte de algunos caballeros franceses, le ganaron la cueva, y luégo la gente del Diamantillo lo desamparó, y desta suerte quedaron los franceses por aquella parte señores del foso, y dentro de pocas noches acomodaron de

Este género de minas se llama surtidas.

modo la punta del Diamante, que les servia de defensa suya y guarda del foso. Como se hacia daño del Diamantillo y de la estrada encubierta á los del foso, los sitiados metieron cantidad de mosquetería y arcabucería á aquella parte de la muralla, que hacía mucho daño. Entró un dia don Gomez de Buitron de guardia con su compañía, que era de lanzas españolas y servia á pié, y por hacer tirar con una pieza pequeña, que estaba junto á una garita, con su diligencia andaba muy á peligro. El frances vió que de aquella garita disparaban aquella pecezuela, esperó una vez que como acabase de tirar, con un cañon de batir, desde el molino le asestó, y, como don Gomez hubiese tirado su pieza, y quisiese ver el tiro que habia hecho, llegó la bala del cañon y quitóle gran parte de la carne del muslo, y demas deste daño, habiendo dado en el parapeto, le cubrió de piedra y tierra y hirió cuatro soldados muy mal. Era don Gomez de Buitron uno de los valientes capitanes que tenía el Rey Católico en su servicio, y mostrábalo en todas las ocasiones que se ofrecian; era muy bien hecho, y muy querido de sus soldados en extremo: dentro de pocos dias murió de la herida, llevóse á enterrar con gran pompa y demostracion á San Francisco, llevando sus soldados banderolas negras y bandas.

§ CXIX

Como los franceses se vieron señores de toda la estrada y arcen que habia desde Montrecu hasta el Diamantillo, parecióles dar traza como pasar el foso y pegarse á las murallas de los sitiados, que eran todas terraplenos, y estaban ya tan batidas, que no se podia subir por ellas; y para mejor podello hacer, hicieron sus cestonadas, y plantaron seis piezas que pudiesen batir una empalizada que los soldados llamaban el gallinero y otra la caponera, que eran á aquella traza por dentro del foso, y le limpiaban, que nadie anduviese por él, y con estas piezas comenzaron á tirar tan acertadamente, que á pocos tiros desaloxaron de los dos puestos los sitiados, que, como era obra hecha de tablas, hacía gran daño la bala que acertaba á dar en los entablados. Con retirarse los del foso, pudieron luégo los franceses buscar por donde baxar á él.

§ CXX

Andaban tan cerca los sitiadores y sitiados, haciéndose mal, que ya no sólo se peleaba por la reputacion, sino por salvar la vida, así los unos como los otros. Hicieron los

de la ciudad en el foso que cae entre el rebellin grande y la puerta cerrada en los grandes zanjones que tenian abiertos dentro del foso, que en proprio nombre se podian llamar, con justo título, contra-fosos, un entablado por cima y cubriéndolo de tierra, de modo que no parecia sino que estaba lleno el foso, y por estos huecos se andaba, aunque los franceses eran señores del arcen. Con la ocasion destas cuevas se comenzó á labrar una mina que al arcen caia debaxo de seis piezas de artillería, que los franceses tenian para batir el rebellin, y, aunque era peñasco por donde se caminaba, se hizo la obra á tanta diligencia, que, en pocos dias, estuvo casi debaxo de su artillería; y, por haber sentido los del campo frances á los de la tierra haber hecho esta mina, fué necesario concluir presto el volalla; porque á más priesa los iban buscando con pozos y otros remedios. Tenian los franceses un trincheron que habian levantado delante de su artillería, el cual pareció, ántes que se descubriese la mina, se volase. Era el ingeniero desto un caballero del hábito de San Juan, que se llamaba Pachoto, natural del reino de Nápoles; púsose por obra, y una tarde, á las tres, despues de mediodia, se atacó la mina, y se le dió fuego, y, como era peña y estaba bien atacada, voló con gran fuerza y puso gran temor en los franceses, porque les hizo muy gran daño, habiendo volado cosa de docientas personas, algunos dellos

Remedios contra las minas.

hombres particulares y capitanes. Fué venturoso el Rey, que, cuando se voló, acababa de salir él y el Marigal de Viron de reconocer aquella parte, y al respeto del daño que pudiera hacer si volára el Rey, les pareció poco lo hecho, aunque fué mucho. Estaban á esta parte, donde voló la mina, seis piezas plantadas con que batian los franceses las casamatas y defensas que estaban hechas en el foso, y estaban tan al arcen, que no dexaban andar por él. Esta mina llevaba el desinio de volar estas piezas, y salió á un lado, y por una baxada que tenía el foso algo ancha, no pudo llegar á las piezas. Comenzaban los franceses á baxar cubiertos de cestones y barriles por esta baxada, y aunque con gran trabajo se iban cubriendo y por el mesmo arcen del foso baxando á lo baxo, donde, ántes de llegar al plano, hicieron los de la ciudad algunas salidas, con deseo de estorbar á los franceses la baxada; entre otras salieron una con algunos soldados de naciones, que con unos garfios procuraban derribar los barriles, y en estas salidas hirieron los de fuera á muchos soldados de los que salian de la ciudad. Habia algunas casamatas, principalmente una hecha de la parte de los franceses pegada al arcen del foso, en lo hondo, y puesta por tal compostura las piedras della, que con gran dificultad, andando en él, se podian conocer las troneras, mas avisado el frances desta

Cuando se puede hacer mucho más de lo que se hace, aunque se haga mucho, parece poco.

casamata, la buscó con una mina muy honda, y, no pudiendo topar con ella, se resolvió á cegarla con tierra, y lo hizo echando tanta delante de las troneras que las cegó, y con esto baxó á lo baxo y comenzó á buscar aquellos entablados, que, si no era con pistolas y las dagas, no se aprovechaban los soldados de otras armas, defendiendo no les descubriesen sus minas; mas con el deseo y pérdida de soldados que el frances hacía, iba venciendo dificultades, hasta que enteramente fué señor de todo el foso, aunque los soldados, muy á hurtadillas, podian andar en él, y los franceses, por diferentes partes, habian llegado á picar los cimientos del rebellin grande, que todo, por lo más hondo, estaba hueco y lleno de bovedas, que defendian mucho el poder minar, sólo con unos petares á trechos puestos comenzaban á hacer algunas ruinas por descubrir camino de ganar alguna de aquellas bóvedas. Habia debaxo del mesmo puente, que entraba al rebellin grande en los mismos arcos dél, labradas de cal y canto, dos casamatas, que parecia caso imposible alcanzarlas la artillería; mas los franceses pusieron en tan buen puesto dos piezas, que, á muy pocos cañonazos, desaloxaron de allí á los sitiados sin dexar defensa en aquella parte, ántes la arruinaron, de modo que, con la zapa, pudieron una noche ganar aquellas casamatas, con que comenzaron á tener pié debaxo del rebellin, y tan buena maña se dieron á quitar la tierra y faxina que los de

dentro habian puesto y iban poniendo en la bóveda, que al fin fué necesario usar de otro remedio más trabajoso y más fuerte. Viendo los sitiados que, miéntras más tierra y faxina y piedras ponian, con más facilidad se les iban entrando; encendieron un gran fuego de leña, brea y resina en la bóveda; los franceses con garfios y los sitiados con abundancia de maderos, procuraban estorbar el paso, los unos quitando la materia al fuego y los otros añadiéndola para sustentallo. Era cosa admirable ver la diligencia con que los sitiados pretendian aumentar el fuego, no cesando de echar alquitran, bombas, maderos, resina y los franceses procurando quitallos.

Fuera deste caminar que los franceses hacian por esta parte con la zapa, con las piezas de artillería que tenian al arcen batian tan fuertemente las minas y casamatas y defensas de la ciudad, que muy apénas podian estar los sitiados en ellas sino solas las postas, con que eran más señores de toda aquella parte del foso; plantaron seis cañones en este arcen, y con ellos pudieron muy bien comenzar á batir lo más baxo del rebellin grande de Montrecu, que por más fuerte, era hecho de bóvedas; con algunos cañonazos descubrieron los huecos dellas, y á la ruina, como eran señores del foso, zapaban con gran diligencia, aprovechándose de todos los ingenios de fuego, como eran petares arrimados á las murallas, habiéndolas gastado ántes, de modo, que hacian da-

ño á los que asistian de los sitiados á la defensa de las bóvedas.

§ CXXI

PARA repararse dentro del mismo foso, así de las salidas de los de la tierra, que á todos tiempos eran muy ordinarias con pocos soldados, hicieron muy grandes cestonadas y trincherones dentro del mismo foso, con que se aseguraban, y por estallo del todo de los fuegos y piedras que los sitiados con hondas tiraban, que eran tantas que se podian bien temer; cubrieron las trincheras que hicieron con unos zarzos cubiertos con tierra, de modo que el fuego no les podia hacer mal, y las piedras, quedándose encima, les servian de más reparo contra el fuego; mas, con todo, era de modo el coraje de los sitiados, que, cuando no les podian hacer mal con los arcabuces, pocos coseletes entraban de guardia que no fuesen con hondas, que luégo hicieron muchísimas; de modo, que parecia la guerra reducida á su principio y que se hacia en Mallorca; y es cierto que la experiencia ha enseñado en ocasiones de asaltos y baterías, ser la piedra una de las armas más dañosas que hay; porque, aunque no mata de ordinario, aturde y descalabra, que en tales ocasiones es bastante para apartar al que va más por honra arremetiendo, que por coraje ó

ódio que tenga con los enemigos. De cerca, usaban mucho los sitiados el tirar, haciendo daño á los franceses; de modo que confesaron despues de haber cobrado su plaza, que en solo un dia que quisieron hacer pié en una de sus baterías, les faltaron treinta soldados, que sacaron heridos de las piedras que tiraban con las hondas, y al fin no consiguieron el desinio que llevaban.

§ CXXII

Como señores los franceses del foso, muy á su gusto labraron muchas minas y bóvedas muy hondas, buscando los cimientos del rebellin grande, por donde creian rendir la ciudad, que ganado, era superior á la muralla, y se hallaban desde allí dentro de la tierra con minas, para á su tiempo poner pólvora en ellas, y las iban trabajando; que, aunque despues lo efetuaron, lo hicieran ántes sino sucediera el atajar los sitiados la corriente del rio Soma, que va por medio de la ciudad, y el echarle por el foso, que fué desta manera. Como Hernan Tello se temiese siempre del ver los franceses arrimados á la muralla, que zapada se hacia más flaca, aunque pudiera aprovecharse del rio al principio, como su Alteza el archiduque Alberto, por cartas se lo habia dicho desde Bruselas, y el ingeniero Pachoto y algunos capitanes se lo habian aconsejado,

con todo, no lo hizo, ó que no creyó verse en tanto estrecho, ó que no quiso dexar de tener por donde salir á los enemigos el dia que el socorro le viniese, que por muy cierto lo esperaba; y no se aprovechó del agua como pudiera, aunque hizo tener hechas esclusas á las murallas y arcos de puentes por donde pasaba el rio, que, cerradas, era fuerza bañase el rio muy gran parte de los campos, y fuese al rededor de la ciudad, entre el rebellin de Montrecu y las murallas de la puerta. Cuando vió Hernan Tello que tanto los franceses se arrimaban, cerró las esclusas, y en muy poco espacio comenzó á bañar los campos el agua, principalmente tres cuarteles, de la caballería el uno, y los otros dos de los ingleses que estaban junto al rio, que los anegó el agua en más hondo de una pica, y ellos con priesa se mudaron; porque vieron venírseles el rio encima, que por un dia tardó en bañar los campos, hasta que el peso y fuerza del agua, rompiendo una de las esclusas, hizo camino por debajo del puente primero. Con esto, los sitiados que creyeron echar á los sitiadores franceses el rio encima, ó por lo ménos cercarse con él, se hallaron atajados, viendo que la esclusa no bastaba contra la furia del agua, y áun toda la puente creian podia llevarse, si no se le ponia otro remedio; y despues de haber hecho todo lo que se podia de remedios para tener la esclusa, el sargento tuerto, que se decia Alonso García de Lievana, viendo ocupados los

soldados de una compañía que al puente hacian la guardia y que no podian tener el agua con la esclusa, que la rompia, dixo al capitan Tauste, cuya era la compañía: «Señor, en mi tierra las presas de los molinos se hacen con muchas piedras, echemos destos edificios que están aquí cerca piedra, que, si echamos la que es menester, no hay que dudar, sino que divertirémos el rio por otra parte»; y diciendo esto el sargento comenzó á echar piedras de á libra y mayores dentro del agua, que haciendo lo mismo el capitan y sus soldados, en ménos de medio dia comenzó á tener la corriente del rio y echar hácia el foso de la ciudad á la parte del rebellin grande. Las demas compañías que entraron de guardia echaron tanta piedra, que muy bien se cumplió lo que el sargento dixo, y el agua tomó su corriente entre la puerta del rebellin, que era entre la ciudad y el rebellin, corriendo muy recia, porque estaba muy angosto, que parecia ser su total remedio de los sitiados, porque, como crecia la piedra que se echaba en la puente, crecia la corriente entre la ciudad y los franceses, que en un momento, como comenzó á entrar el agua por los fosos, les fué fuerza á los enemigos desamparar las minas, bóvedas y trincherones que tenian hechos en ellos y buscar otro género y manera de pelear, porque el agua lo comenzó á ocupar todo, siendo con este suceso muy grande el alegría de los sitiados y muy mayor la tristeza de los franceses,

viendo que se les ponia un rio en medio de sus desinios, y que habian menester nuevo modo contra el agua para ganar la tierra.

§ CXXIII

ERA de suerte el deseo que el rey de Francia tenía de ganar á Amiens, que ningun género de trabajo dexaba de intentar para haberla en su poder; porque, como tan gran consejero de Estado, conocia su destruicion del no salir con la impresa; porque la ciudad de Avivila, que es en la Soma, estaba muy cierto se pondria de la parte de la ciudad de Amiens, y viendo dilatar su desinio, que iba pensando muy en breve ser señor del rebellin grande de Montrecu y con el agua se le estorbó, enojado, con la artillería toda que tenía, batió á ruina las casas y murallas, de manera que en la puerta cerrada entre el rebellin grande de Montrecu no dexó parapeto ni piedra ninguna en el rostro de la muralla, sino solos los terraplenos arados; que, aunque con dificultad se podia subir por ellos muy bien; siéndole gran estorbo para zaparlos el agua, imaginando cómo atajar no pasase, fué advertido de sus ingenieros, y él lo sabía, de la angostura por donde entraba el agua entre la misma puerta de la ciudad y el rebellin de Montrecu, y determinado á cerrar el paso al

Bate á ruina torres y murallas de Amiens.

agua, comenzó á batir las torres de la misma puerta, y tan furiosamente lo hizo, que, á pocas horas que batió, sintió el provecho, porque la ruina cegó el paso al agua, y como viese esto, reforzó la batería de modo, que á pocos dias estaban los fosos secos, y aquellas grandes torres de piedra y argamasa por el suelo. Con tablones y puentezuelas pudo tornar á llegarse á zapar las murallas y á sus obras dentro de los fosos; comenzaron con tanta priesa á zapar la muralla entre la puerta cerrada y un cubo viejo, que guardaba el lienzo del muro á que no le hiciese traves el rebellin de Montrecu, que en muy pocos dias aventajaron su trabajo y se pusieron sobre las murallas y dentro de los terraplenos, que cada dia los gastaban con la zapa, haciendo retirar los sitiados atras, necesitados de no tener tierra sobre qué estribar. Habia á esta parte, donde los franceses tenian pié en la muralla, una grande y antigua plataforma, que era de muy gran estorbo á los sitiados para fortificar sus muros, y así trabajaban con gran diligencia los soldados de la guarnicion, los burgeses y las mujeres de la ciudad en quitar algo de la tierra della, de modo que quedase quitada; mas por mucho que se trabajó no la gastaron lo que era menester para que no hiciese daño. Hacíase otra obra fuera desta de más trabajo, así por los sitiados como por los sitiadores, que creyendo, como era verdad, que los franceses labraban una mina

Peleábase debaxo de la tierra.

debaxo desta plataforma, los sitiados, con toda diligencia, buscaban el remediarlo con contraminas y muchos ramos dellas, trabajando cada dia, y los franceses haciendo lo mismo, habiéndose encontrado debaxo de tierra, peleando á todas horas con humo y fuego algunos estados debaxo de tierra.

§ CXXIV

HABIA sobre la puerta cerrada una torre, de la cual se descubria muy bien lo que los franceses trabajaban, y se ponia una posta ordinaria en un hueco deste torreon, que servia de avisar lo que se hacía; y, aunque era traves para tirar á los enemigos por las espaldas, era muy fácil el remedio y el quitarle, y así se conservaba con gran cuidado de no hacerles mal dél. Un dia, un soldado que estaba de posta, vió un personaje frances tan cerca y tan á tiro, que, aunque tenía órden de no hacer daño desde allí, le tiró y mató. Era el general de la artillería del rey de Francia, gran ingeniero y muerte de importancia, mas con todo, se le riñó y se le castigára más si no se disculpára de haberle parecido personaje que con su muerte se libraba la ciudad del sitio. Con no saber el arcabuzazo que habia muerto el general frances de la parte que se habia tirado, por conjeturas si habia sido de aquel traves con dos ca-

Muerte del general de la artillería francesa.

ñonazos que tiraron á él, no dejaron tronera ni lugar para acechar, hasta que con la noche se pudo hacer concavidad como estuviese otra vez un soldado, que tornó á ponerse allí con la mesma órden.

CXXV

Habia entre la puerta cerrada y la puerta de Hautoye y puente de San Miguel, por donde salia el rio á la campaña, un viejo rebellin mal hecho y muy grande, en que se creia podia haber traves para el aloxamiento que los franceses tenian á la muralla, y creyendo harian batería, nunca se les procuró hacer daño dél, aguardando la ocasion para el tiempo que mayor necesidad fuese y el enemigo asaltase; mas los franceses, no teniendo desinio de dar el asalto, con la zapa ocuparon tanto de la muralla, que metidos en el terrapleno no podian ser descubiertos; más con artilleria podia hacérseles daño; ordenóse á este efeto que á aquel rebellin se llevasen dos cuartos de cañon, y anochecido, con barcas se sacaron por debaxo del puente de San Miguel, que la misma corriente ayudó al sacarlos, y luégo para echarlos fuera en tierra fué mucho el trabajo y dificultad con que se hizo, porque, como el rio venía por aquella parte con toda su corriente, habia salido por los campos y bañado en agua todo aquel prado, que era de

sembrar, y estaba tan lleno de lodo y agua hasta la rodilla, que, despues de sacada en tierra la pieza, por muy poco espacio que habia del rio al rebellin, nunca pudieron llegar más de docientos soldados con ninguna de las piezas donde habian de estar, y como amaneció, fué fuerza dexarlas en el campo hasta otro dia, que, con la noche, se pudo llevar la una, y la otra se quedó empantanada, y la que llegó fué tan desgraciada que á pocos tiros se reventó, de modo que aunque podia y hacía algun daño, reventada no sirvió.

Púdose dexar aquesta entre dos riberas abrigada del muro.

§ CXXVI

Luégo, como los fosos tornaron á estar sin agua, los franceses á gran furia batieron todos los traveses y todas las defensas, que dentro del foso tenian hechas los sitiados, principalmente una empalizada, que los soldados llamaban el gallinero, por ser á la traza, confinaba con un torreon del rebellin grande; batiéronle de modo que en muy poco espacio quedó hecha muy grande batería, por el agujero que estaba hecho para salir los sitiados al foso. Este dia, que se batió este torreon, estaba de guardia á esta parte la compañía del capitan don Gomez de Buitron, que por muerte suya la habia dado su Alteza el archiduque Alberto al capitan don Die-

go de Villalobos y Benavides, que habia servido hasta entónces, y sirvió todo el sitio con otra de infantería española, que se halló á la entreprisa, y otra del capitan Baltasar de Zúñiga, que estaba ausente con licencia para España, y por ser ya pocos los soldados de ambas compañías, estaban juntas; y, estando de guardia estas dos compañías, Hernan Tello le mandó fuese á tener cuenta con su compañía de lanzas ó nombrase quien lo hiciese, porque no tenía cabo ninguno, que el teniente Alonso Caro, que lo habia sido de don Gomez de Buitron, herido y muy maltratado de las piedras, lo habian retirado por muerto; y al teniente Pedro Bueno, que lo habia sido tambien de aquella compañía, le habia llevado la cabeza toda una pieza de artillería y habia muerto y maltratado otros cinco soldados. Desde esta ocasion asistió el capitan don Diego de Villalobos y Benavides con esta compañía de caballos, siendo gobernador y capitan de las otras dos de infantería.

Fué de modo lo que batieron los franceses, que, siendo señores de la empalizada del gallinero, lo fueron de todo el foso, que con puentecillas y tablones y sacos pasaban los charcos que habia dexado el rio, y con la zapa comenzaron á llegarse más cerca de las murallas por todas partes, tornando á sus desinios primeros y cobrando lo perdido, y comenzaron de nuevo á labrar algunas minas á la punta del rebellin, por donde despues tomaron pié.

§ CXXVII

ENTRE la puerta cerrada y el rebellin grande, donde la cara de piedra de la muralla estaba ya quitada, habia un puesto entre dos cubos del muro, que de ninguna parte tenía traves si no era del rebellin del agua, y allí comenzaron los franceses á zapar tan diligentemente, que en muy pocos dias hicieron plaza para más de cien soldados; y era imposible estorbarles lo que trabajaban, porque lo que allanaban del terrapleno lo iban cubriendo con zarzos cubiertos de tierra que el fuego ni otra cosa, que echaban muchas los sitiados, les podia hacer daño. Estuvieron sobre la muralla gastando el terrapleno della, que era muy grande, más de sesenta dias, y por otras partes abierta; de modo que, si con resolucion por todas partes asaltáran la ciudad los franceses, si no era milagrosamente, no era posible defenderla; mas quiso Dios no sucediese, sino que cuando asaltaron fué sólo por el rebellin grande sin apretar por otra parte, que si lo hicieran, infaliblemente la entráran; porque ya no habia soldados áun para cubrir la muralla alrededor, que la peste y el trabajo los habia consumido, y heridos habia muchos en las casas, fuera de los de los hospitales.

§ CXXVIII

Habia quedado el entablado, que se hizo para el socorro del diamantillo, sobre el foso, que, aunque no servia de nada y el frances habia ganado la cueva del fuego eterno y toda aquella parte del foso, no asegurándose de aquellos tablados, que no servian ya á ninguno, los hizo batir con cuatro cañones, de modo que no quedó estaca. Viendo los soldados la furia del batirlos, como cosa que les entretenia sin riesgo ninguno suyo, porque habia dias que los tenian desamparados, les hacía donaire el coraje que tenía la artillería francesa con ellos, estando el Rey celoso de algun daño.

§ CXXIX

Crecia de cada dia el deseo del rey Enrico, de tomar á Amiens, y el cuidado de sus capitanes era muy grande en apretar con todas sus fuerzas el sitio á la ciudad; y asimismo el socorro con la venida de su Alteza se sabía mejor en el campo del Frances por sus espías, que en la ciudad, que por este tiempo estaba ya junta toda la gente y aprestada, de modo que el frances no sabía la ocasion por qué se detenia, y por mo-

mentos lo esperaba; y, porque del suceso desta plaza pendia la quietud de su reino, apretó en pocos dias con la zapa á los sitiados, que por la parte entre el rebellin grande y la puerta cerrada se podia con facilidad subir á la ciudad, de tal manera que si hubiera de darse asalto fuera ya tiempo, mas como su intento era otro, caminaban gastando la muralla con la zapa y estaban tan dentro, que al Gobernador le pareció cosa conveniente hacer algun reparo, y con gran priesa se labró una media luna sobre la muralla, que venía desde la plataforma grande hasta lo último de la puerta cerrada con su foso y traveses, bastante defensa para todo suceso, aunque dieran asalto; en el ínterin que se trabajaba en la media luna, por estar los franceses tan cerca, se pusieron unos rastrillos, que estaban hechos en la municion, trabados los unos de los otros por estorbar algun suceso repentino, y viendo que estando sobre el terrapleno, puestos derechos, se les daba á los enemigos lugar de asistir en la muralla si acometian, pareció echarlos las puntas á fuera sobre los puestos, por donde el Frances podia subir, y con esta manera se enramó la muralla destas puntas.

Media luna sobre la muralla.

Defensa breve y buena y presta.

A la obra de la media luna se dió tan buena priesa, que en dia y medio, como se comenzó, fué hecha de un trincheron de tierra y faxina de más de un estado, con su foso del mesmo altor,

con diez piés de ancho. Detras de la trinchera, fuera de la guardià ordinaria, se metió otra guardia; aunque habia poca gente ya, por los muchos muertos y heridos de peste y de los enemigos. Habia la artillería del campo batido de modo esta parte, que muy bien se podia subir arriba y dar el asalto, que siendo general por todas partes no era posible hacer defensa que lo fuese, y para la seguridad desto, los sitiados echaron sobre lo batido muchos ramos y árboles enteros, las ramas á fuera, defensa fácil y presta y de las más provechosas que tiene la guerra en tales ocasiones. En estos dias salió un frances llamado Lavinia, hombre animoso y diestro en la guerra, al campo frances, y peleando valientemente, de una herida murió; era capitan de los foragidos franceses que estaban dentro de Amiens, que con esta muerte se deshicieron los pocos franceses que habia en la ciudad.

Defensa nueva y provechosa.

Muerte del capitan Lavinia.

En este tiempo era grande la diligencia del rey Enrico, batiendo á todas partes las defensas y las baterías con treinta piezas, que ninguna cósa dexaban en las murallas, y esto fué por espacio de tres dias sin cesar sino de noche, haciendo esta ruina para quitar las defensas y traveses que, contra unas minas que tenía en el rebellin grande, podian servir á los sitiados.

§ CXXX

CREYENDO ya el gobernador Hernan Tello podia no estar tan seguro del socorro de Flándes, y que las fuerzas del Frances eran poderosas á tomar la ciudad y que sus capitanes se quexaban de su severidad, que ninguna cosa hacía donde sus votos fuesen tomados ni ellos llamados, los juntó un dia sobre la misma muralla, donde viendo lo apretado que el rey de Francia tenía la ciudad, y que, como queda dicho, todas las veces que se resolviesen á embestir por todas las partes que podian á los sitiados, era imposible dexar, si no fuese milagrosamente, de quedar vencidos y muertos, pidióles le dixesen su parecer, y despues de haber venido todos en que se le avisase á su Alteza del estado de la plaza, les pareció bien á propósito que en un brazo de la Soma se hiciese una fortificacion, y, para que tuviese diligencia, les pareció tomase á su cargo la fortificacion el capitan Pedro Gallego, que todos tenian conceto era sumamente diligente, y con la asistencia de todos se hiciese otra media luna real desde la puente de San Agustin, por donde entraba un brazo del rio, hasta otra puente que hacía en la muralla por la parte que sale á la puerta cerrada, con que quedaba la ciudad muy más fuerte que ántes estaba; porque el

rio Soma, que se divide por tres brazos, se echaba todo por aquel sólo. Señaló el Gobernador al alférez Mesa que fuese á su Alteza con el aviso de todo, y, por la corriente arriba del rio con una guia, aquella noche le sacó una barca pequeña hasta ponerle en tierra á la parte de Francia, por donde pudo caminar sin ser sentido toda la noche, y el dia, escondido en el bosque, tornó á caminar; hasta que, llegado á Durlans, pudo ir y fué en el campo de su Alteza, y, tornando con la respuesta, fué preso del Rey, y, rescatado al cabo de algunos dias ó trocado, se volvió á Durlans, porque no lo dexaron entrar, sospechando habia salido de la ciudad y volvia con la respuesta, que salió este alférez y otros tenientes y soldados diversas veces, y aguardaban los franceses no poner en su voluntad de los soldados el ir á la ciudad, si no era los que muy probable se les hacía haber salido della.

§ CXXXI

Como luégo que entró el teniente Lechuga en Amiens animando los soldados, aunque ellos no lo habian menester, dixese muchas veces tenía artillería en la tierra para hacerle al Frances contrabatería, y despues con el contínuo tirar de abaxo para arriba en las murallas, no paraba ninguno de nuestros cañones, los soldados

decian motes y dichos pidiendo la contrabatería; tiraban nuestras piezas de léxos por los traveses, que era lo que se podia, y esto sin perder Lechuga un punto de trabajar; mas lo que era el lienzo de la muralla entre el rebellin grande y la puerta cerrada, no se aprovechaban las piezas ni era posible, ántes algunas cañoneras se cerraron y una se acomodó tambien, donde pudieron diez arcabuceros tirar el dia del asalto del rebellin, que fué un traves de servicio.

§ CXXXII

HABIAN los franceses el dia de San Juan hecho grandísima fiesta, porque aquella ciudad es muy devota deste Santo y tiene la mayor parte de su rostro en la iglesia mayor, que es una reliquia muy devota; y para hacer fiesta al Santo, como para mostrar el Rey su campo, hizo esta noche una gran salva á la hora que anochecia; los de la guarnicion de la tierra estuvieron sin hacer demostracion ninguna, sólo viendo lo que el Frances hacia; por pagar la salva de San Juan, los españoles dia de Santiago ordenaron hacer otra en competencia de la que el campo hizo; cubrieron toda la muralla de fuegos y luminarias, y, teniendo advertencia de donde se comenzaba, coronada la muralla de soldados y

Reliquia que tiene Amiens.

Salva de Santiago.

sus mozos dieron, con muy buena órden, tres cargas, pareciendo abrasarse la ciudad. Alegráronse mucho los soldados con esta salva, pareciéndoles que con ella le habian mostrado al Frances no era menor su devocion á Santiago que él la tenía con San Juan.

§ CXXXIII

Fué tan cruel la batería que el rey de Francia hizo á las torres de la ciudad por donde se entraba al rebellin de Montrecu, que no sólo estorbó con las ruinas el agua que corria y el daño que hacía á los del foso, mas quitó la entrada al rebellin, de modo que en ninguna manera se podia entrar dentro dél, lo uno porque el puente levadizo estaba hecho pedazos, y otras puentes de ruedas, que se habian acomodado, eran angostas, que no podia ir más que un hombre por ellas, fuera, que, despues de haber roto muchas veces estas puentezuelas angostas, una tarde, desde mediodia, comenzaron á batir tan fuertemente, que, cuando vino la noche, con la ruina de las mesmas puertas estaba imposibilitada la entrada de la puerta, que con gran trabajo se metia la guardia, porque la mosquetería y arcabucería francesa, que estaba ya en en los fosos, no dexaba sino el tiempo que anochecia que entrasen las guardias.

Habia dentro del rebellin grande un puesto en que la gente de la ciudad en las bóvedas estorbaban el entrar los franceses, adonde asistia el capitan Pedro Gallego de guardia; una mañana, estando Hernan Tello para comer un bocado que le traia un soldado, los franceses volaron un petar, por donde los de las bóbedas tocaban arma; y Hernan Tello, poniéndose una celada fuerte que siempre traia junto á sí, y tomando una rodela fuerte, baxó adonde se tocaba el arma, que luégo, como entró, supo lo que era, y por estar allí Pedro Gallego, de quien él se fiaba, como porque se tocó arma por la parte de la ciudad que era más peligrosa, acudió á pasar por el puentecillo angosto que entraba dentro de la tierra, y al pasar el puente los franceses tiraron tan bien, que acertaron á Hernan Tello por debaxo del brazo en el pecho derecho de un balazo, de que quedó luégo muerto sin poder hablar palabra ninguna. Fué quitado de allí y retirado á su casa. Era la ocasion del arma que se habia tocado, unos mozos de los soldados que habian salido por la puente de San Miguel y habian trabado escaramuza con algunos franceses desmandados; mas luégo que los de la ciudad se retiraron cesó el arma, porque habia entre ellos el rio Soma, que podemos pensar no sirvió sino de instrumento de la muerte de Hernan Tello.

Muerte del gobernador Hernan Tello Puertocarrero.

§ CXXXIV

Luégo, como se supo la muerte del Gobernador Hernan Tello, ninguno de los soldados de la guarnicion, así de las naciones, como de los españoles, hizo mudanza áun en el semblante, ántes con valor increible decian todos que no se disimulase, que se eligiese luégo otro, que si al más pobre de la plaza le encomendasen el gobierno, tenía ánimo para defenderla; y aunque los franceses estaban sobre la muralla á todas horas intentando mejorarse, que era un asalto ordinario, los capitanes que por allí se hallaron se juntaron en casa del gobernador muerto, y allí llamando á Lúcas Lopez, que era un clérigo que tenía el oficio de vicario general de aquella gente de guerra, se le pidió que dixese lo que alcanzaba de la voluntad del gobernador Hernan Tello, que estaba presente muerto, y, pues le servia de secretario en el descifrar las cartas de su Alteza, asimesmo dixese lo que entendia. Halláronse á esta proposicion el Marqués de Montenegro, que era cabo de la caballería y capitan de lanzas, que por su propio nombre le llamaban Jerónimo Garrafa; el capitan Diego de Durango; el capitan Francisco del Arco; el capitan Bastoque, irlandes, cabo de los irlandeses; y un hermano del Conde de Singen; un capitan fla-

menco, cabo de las compañías de Finanzas que por Flándes habian venido, caballero del hábito de Santiago; el capitan Juan Jerónimo de Oria, del hábito de Santiago, natural de Génova, capitan de lanzas italianas; Cárlos de Sandi, capitan de lanzas italianas; Pedro Gallego, capitan de arcabuceros á caballo y cabo de la gente alemania que vino de Cáles; don Juan Gamarra de Contreras, capitan de lanzas españolas; don Diego de Villalobos y Benavides, capitan de lanzas españolas y gobernaba dos compañías de infantería española; el capitan Tauste, de infantería española; Alonso de Rivera, capitan de infantería española, que áun no estaba sano del arcabuzazo de la pierna. Allí se nombró por gobernador en el ínterin que su Alteza mandaba otra cosa, de consentimiento de los más capitanes, el Marqués de Montenegro. A los demas capitanes que estaban ausentes les pareció muy buena la eleccion y la aprobaron. Algunos de los capitanes españoles quisieran el nombramiento para sí; mas como cosa tan justa, el Marqués, como gobernador de la caballería, fué elegido, que le tocaba.

Electo gobernador Jerónimo Garrafa, marqués de Montenegro.

§ CXXXV

Luégo, como hubo gobernador nuevo, se trató de enterrar el muerto. Hízose su entierro el más solene que se pudo, llevándole descubierto, como estaba vestido, con su baston en la mano y delante un paje con sus armas; enterróse en la iglesia mayor de la ciudad, donde se pusieron algunas insinias de su oficio y unos estandartes.

Entierro de Hernan Tello Puertocarrero.

§ CXXXVI

Por este tiempo aparecieron en las trincheras de los franceses muchas banderolas de diferentes colores, que suelen traer los caballos ligeros de España, y, despues de muchas cosas que los franceses dixeron, concluian en que su rey se habia topado con la caballería del campo del Archiduque Alberto y la habia roto, y que ya no habia que esperar socorro. Sabíase ya en la ciudad la venida dél, y, aunque dió pena la muestra de las banderolas, nadie se persuadió á que fuese cosa de momento, mas de algun encuentro; y fué que su Alteza envió algunos de su campo á reconocer el del Frances y no lo hicieron, que,

Banderolas en despojo del campo de Flándes.

sin haber reconocido, se volvieron. El rey de Francia les dió tal priesa, siendo él el primero en persona, que tomó muchos prisioneros y rompiera toda la caballería del campo de Flándes si no se retirára, y deste suceso eran las banderolas y despojos que mostraban, de muy poco fruto para mover los ánimos de los sitiados que, con gran esperanza, sufrian los trabajos del sitio, y esperaban el socorro peleando de tan cerca, que se hacian daño con las dagas muchas veces.

Era muchas veces el rey de Francia el primero en las escaramuzas.

Sabía el rey de Francia que su Alteza el Archiduque Alberto tenía aloxados veinte y cinco mil hombres y más en la opinion, y entre ellos cuatro mil caballos, soldados tan cursados y pláticos en la guerra, que podia, no sólo intentar el socorro, sino hacer muy gran entrada en la Francia; y, aunque estaba el Rey resuelto de esperar en sus trincheras lo que le fuese posible, con todo tenía á la parte de Penqueñi al casar de Lampre, á media legua de la ciudad, hecha una puente tan á su comodidad para poderse retirar, que ninguno se lo podia estorbar; y así podia, viniendo el campo de Flándes, por donde los de la tierra avisaban que era por Gamon, fácil el socorro, y estando el Rey en sus reparos y trincheras se socorria la tierra sin poderlo él estorbar, y socorrida la ciudad le era fácil, por la puente que tenía hecha, pasar de esotra parte del rio á su salvo.

§ CXXXVII

Con esta forma tenía el Rey dispuesta su gente, aguardando la venida del socorro por horas; mas viendo que hacian muy grande estada en los confines de Arras, y que no pasaban adelante, se determinó proseguir el tomar la ciudad, y despues de haber batido muy bien con más de treinta piezas el rebellin grande de Montrecu, lúnes en la tarde voló dos minas que tenía en él, y luégo arremetió con los ingleses y franceses de su campo por diferentes partes de las baterías que estaban llanas, que muy bien podia subir un carro por ellas; y si á este tiempo arremetiera por la ciudad, le sucediera mejor que en Montrecu sólo, donde se peleó toda la tarde muy bien, habiendo rebatido á los franceses siete veces, y habiéndoles muerto más de seiscientos hombres. Corrió muy gran riesgo perderse el rebellin, porque de ochenta soldados que estaban dentro fueron muertos y heridos más de los cincuenta, y los que quedaban estaban tan cansados, que no esperaban sino la postrer resolucion muriendo. La puente, fuera de que estaba quebrada para socorrerlos, habia jugado el frances tanto con tres cañones contra la entrada de la puerta, que estaba ciega y cu-

Diez y seis dias se detuvo el campo en este Distrito.

Primer asalto de Montrecu.

bierta de tierra y piedras, que no se podia socorrer, aunque se hizo muy gran diligencia para ello, habiendo la artillería muerto algunos soldados que querian entrar; fué tanto el aprieto y necesidad en que los sitiados que defendian el rebellin se vieron, que muchas veces, porque no se conociese su flaqueza y poco número, echadas algunas picas sobre la muralla, con los piés las meneaban para mostrar que habia más de los que eran, principalmente un mancebo soldado de hasta veinte años, llamado don Luis de Velasco, de la compañía del capitan Francisco del Arco, usó deste ardid, que fué muy celebrado, porque lo hizo en muy buena ocasion. Estaba herido el alférez Inestrosa, que era al que le habia tocado la guardia aquel dia con la compañía del maese de campo don Alonso de Mendoza y otras compañías de caballería, que estaban á pié con el capitan Francisco del Arco. En esta confusion hizo camino un sastre español, que estaba arrimado al tercio de don Alonso de Mendoza, el cual el primero se arroxó á socorrer por encima de lo batido, y anduvo tan valiente que merecia muy bien ser premiado, como si fuera soldado de los mejores; al socorro le siguió la compañía del capitan don Diego de Villalobos y Benavides, la que era de infantería española; entró con ella el sargento tuerto, que ya la servia como su alférez, en lugar de su capitan, que servia con otra de caballos lanzas españolas; entraron con



el alférez Alonso García otros soldados de otras compañías, porque sus soldados eran ya muy pocos. Como llegaron de refresco, luégo lo mostraron echando los franceses de las baterías, y fueron tan gallardos los que entraron á socorrer, que no contentándose echar los franceses de las baterías, salian tras ellos. Y sucedió á don Diego de Benavides, mancebo de diez y ocho años, hijo natural del señor de Xabalquinto, que habiendo rechazado los franceses se arroxó tras ellos, y cargáronle estando fuera tantos que, aunque con gallarda muestra, murió, y con él otros gallardos soldados que le quisieron socorrer. Era ya anochecido, y viendo los franceses los muchos soldados que les herian y mataban, y el poco fruto que sacaban, les pareció retirarse, y así lo hicieron, dexando á los sitiados tan ufanos, aunque lastimados con los muchos muertos y heridos, que, entendiendo en el reparse y fortificarse, truxeron los capitanes las trompetas y chirimías que habia en el lugar, y muy concertadamente hicieron una demostracion muy grande de alegría. Dióse la música con violones de arco, que tocaban por sus pausas con las chirimías sobre todo el terrapleno de la ciudad, en parte que se oia á fuera muy bien con muchos fuegos y muy gran grita, haciendo donaire de los franceses, llamándolos al asalto con muchos baldones, á lo cual todos ellos no respondian otra cosa sino que los

Música de los de Amiens á las baterías.

habian de hacer pedazos, que no estuviesen muy contentos, que todo era dilatar su muerte.

§ CXXXVIII

Demostracion valerosa de soldados españoles.

Sucedió en una de las minas que los españoles les volaron, con que creyeron volar la artillería del campo frances, que, por no dexar la ciudad abierta por aquella parte en la concavidad que hizo la mina, fué necesario entrase un sargento con algunos soldados, que, aunque estaba algo caliente, no era cosa que se sentia luégo; mas despues de haber repartido los soldados en sus puestos, el sargento se retiró algo afuera, y de ahí á poco rato entró á visitar sus postas algo atónito del calor de la mina, que tenía en sí el fuego encerrado de la pólvora; al primer soldado que llegó hallóle ya sin sentido, y fué así hallando los demas, y, aunque él no estaba muy en el suyo, como pudo sacó los soldados arrastrando hasta el aire, y de allí le ayudaron; mas por presto que los sacó, cinco dellos no pudieron volver y murieron, dexándose morir por no faltar á su obligacion, y lo mismo fuera de los demas si no fueran socorridos. Dexóse aquello sin guardia creyendo que, pues los de la ciudad no podian estar dentro, sucederia lo mesmo de los del campo frances.

El que ménos tuvo que quedar sordo ó ciego.

§ CXXXIX

Juntos los capitanes que se hallaban sitiados con el Marqués de Montenegro, su gobernador, pareció á todos cosa conveniente despachar hombre de importancia que fuese á Flándes, y avisase á su Alteza el Archiduque Alberto por dónde y cómo podia socorrer la ciudad, porque las dificultades todas las sabian mejor los sitiados que podian saberlas los que venian en el campo de su Alteza; y resuelto se le enviase hombre, se eligió un teniente, que lo habia sido del capitan don Gomez de Buitron, que se llamaba *Aragonés.* Jaime, para que avisase puntualmente á su Alteza del estado de todas las cosas, y principalmente advirtiese de los puestos y fuertes que el Rey de Francia tenía labrados, y aconsejase y advirtiese á su Alteza, procurase socorrer por la parte de Corbi, por el casar que llamaban de Camon, que, aunque á aquella parte tenía el Frances labrado un fuerte real, érale fuerza para estorbar el socorro oponerse con su campo, porque no haciéndolo, el fuerte no estorvaba á la gente del socorro que entrasen en la ciudad, y por el agua, que estaba el rio hecha una mar, ó por la misma tierra de la otra parte del rio, era llano y seguro el socorro, sin obligar al Rey que pelease, porque para pasar la ribera habia barcas

en la ciudad; y asimesmo diese priesa en la venida del campo de su Alteza y, aunque no fuese para socorrer, se llegase cerca, que, con sólo el calor del campo, se entretuviera la plaza y se echára de allí al Frances. Avisábasele que habia ya poca pólvora, y con estos avisos partió el teniente á las primeras guardias de la ciudad rio arriba, y con buena fortuna llegó al campo de su Alteza, que estaba en Arras ya habia algunos dias.

Falta de pólvora en la ciudad.

§ CXL

LÁZARO, soldado de la compañía del capitan Pedro de la Fuente, estaba preso en el campo del Rey de Francia; sabian muy bien los franceses que este soldado era el que en diversas veces habia entrado y salido en la ciudad con avisos, era desnarigado de una herida, estaban contentísimos de haberlo preso, y por saber los desinios de su Alteza y de los sitiados le dieron diversos tormentos, habiendo él pasado este trabajo animosamente; parece ser que un solado italiano del reino de Nápoles (que en los años atras habia sido en la traicion que se habia hecho en la ciudad de Ham, donde se degollaron por ella algunas compañías de italianos y españoles, como bueda contado), á este tiempo se hallaba en ser-

Lázaro, soldado español preso y atormentado.

vicio del Frances, y deseoso de volver al de su natural, ó por descontento de las pocas mercedes que el Rey de Francia le hacía, determinó venirse á los sitiados, haciendo algun servicio con que se le perdonase lo pasado. Tuvo inteligencia como estar de guardia, y á Lázaro, despues de haberle dicho su pensamiento y como deseaba volver á servir á su Rey, le pidió palabra de que procuraria con el general de los sitiados pidiese perdon de su yerro á su Alteza, lo cual el soldado Lázaro prometió largamente como el otro quiso, porque le pusiese en salvo, y luégo á la primera guardia, despues de haberle desatado de las prisiones, le sacó del cuartel y le truxo á las trincheras donde les fué fuerza echarse al agua, y el Lázaro no sabía nadar; mas animado del italiano se echó al agua, y no hubieron entrado dentro el rio cuando fueron sentidos, y con gran grita, no sabiendo lo que era, los arcabucearon, que á gran trabajo pudo el italiano sabiendo nadar sacar al español, que, demas de no saber nadar, estaba estropeado de los brazos de los tormentos. Llegados á las murallas de la ciudad y conocido Lázaro, con gran alegría los recibieron en los cuerpos de guardia, que los de la tierra tenian arrimados por fuera en los fosos y estradas encubiertas, que son de muy gran seguridad para en tiempo de sitio; por la mañana les abrieron y entraron, y el Marqués de Montene-

Páganse los príncepes de la traicion, mas no del traidor.

gro dió de nuevo su palabra al soldado napolitano de rogar á su Alteza por él, y á Lázaro le dieron algunos capitanes preseas y vestidos por las buenas nuevas que traia del campo de Flándes.

§ CXLI

TRUXERON estos dos soldados muchas nuevas; porque, dado que habia algunos dias que Lazaro habia partido de Flándes, con todo avisó del gran campo que habia junto para socorrerles; confirmólo el italiano, que ya habia algunos dias que estaba todo junto en Arras, y que erá verdad que lo esperaba el Rey de Francia, y que era tanto y tan bueno, que se creia socorrería á los sitiados.

§ CXLII

LLEGÓ el teniente Jaime al campo de su Alteza á muy buen tiempo, que pudo informar bien del estado que los sitiados tenian. Fué muy bien oido, y, habiendo hecho consejo su Alteza, partió á Durlans y aloxó á una legua del lugar, en la ribera del rio Atí, á un casar de Francia, entre Artues y Francia. Sabiendo el Frances la venida del campo de los de Flándes en

Resolucion francesa con buen suceso.

persona se puso á caballo, y con toda su caballería sola amaneció otro dia á vista de su Alteza, trabando algunas escaramuzas de poca cuenta; habiendo este dia hecho una gran temeridad empeñando su caballería falso, que el comisario general Juan de Contreras conoció y advirtió á su Alteza, por que el Frances no traia infantería y tenía seis leguas de retirada.

Hecha su muestra, el Frances se retiró ántes que se le cargase de modo que no pudiese hacerlo, y llegó á sus cuarteles aderezando y previviendo su defensa, que fué en esta manera. Metió su gente en la plaza de armas, que tenía á la parte del casar de Lampre, entre unos vallados bien hondos y fuertes, tan cubierta la gente las espaldas á los sitiados, que si no era con una culebrina de una plataforma, que estaba á cargo de Pedro Gallego, no se les podia hacer mal, y esta pieza hizo tanto que se reventó, cogia todo el cuartel del Rey, aunque era de muy léxos, y pocas veces se tiraba que no hiciese daño. Llamábanla los franceses á esta pieza la muerte; tenian á las espaldas este vallado y luégo sus trincheras á la ciudad de la mano izquierda, el rostro vuelto al campo de Flándes; tenian la Soma y la puente del casar para su retirada á un tiro de cañon de su plaza de armas, por el otro lado tenian la Abadía de San Joseph, y el camino real, que venía á Amiens, con algunos barrancos que hacian fuerte

Causas que hacen fuerte un alo-xamiento.

el aloxamiento; tenía delante de su plaza de armas un muy hondo trincheron con algunos fuertes á trechos y su infantería bien puesta, sus escuadrones en los fuertes con algunos medios cañones y culebrinas á la parte de Flándes.

§ CXLIII

Luégo, como los sitiados por la mañana vieron la disposicion del Frances, y sabian cuán cerca estaba el campo de su Alteza y habian sentido la gran arma que toda la noche habian tocado, creyeron venía su socorro y confirmólo la vista, que descubrieron el polvo y la caballería que traia su Alteza, que se acabó de descubrir á las once del dia. Venian divididos en tres escuadrones muy en órden, y tan concertados, que de verlos sólo se prometia la vitoria. La caballería traia el almirante de Aragon con muy buenas tropas, que ocupaban con gran muestra el campo. Fué muy gran novedad para los sitiados ver la resolucion que traia el campo á socorrerlos por aquella parte, que no lo pensaban viniera por allí, porque no era posible socorrer la tierra si no era rompiendo al Rey de Francia, y viendo tan buena resolucion, se creyó, no sólo venian deseosos de hacer el socorro, sino codiciosísimos de que se le diese la batalla y tomarle el paso por allí, para que no se le pudiese retirar.

§ CXLIV

Los franceses, cuando el campo de su Alteza llegó á este puesto, no estaba toda su caballería junta, porque á la parte de Francia estaba aloxada mucha á lo largo. La que habia allí salió fuera de sus trincherones por sobre las lomas, y comenzaron á escaramuzar ligeramente entreteniendo, á lo cual el comisario general Juan de Contreras, que es uno de los práticos soldados que el Rey de España ha tenido en su servicio en la caballería, conociendo la poca firmeza que aquella caballería francesa traia, y la ventaja que su Alteza hacía con la suya unida con la infantería, avisó al Almirante como cerraba y que cerrase tras él, avisando á su Alteza les diese calor sin hacer alto, porque rota la caballería, que era la esperanza y nobleza de los franceses, lo demas lo daba por deshecho. Esta resolucion pasó hasta el Archiduque, á quien pareció muy bien, y así respondió al Almirante prosiguiese dando calor á Contreras, que iba cargando la vanguardia de la caballería francesa, y apretóles de modo que, no sólo ganó tierra, más vueltas las espaldas los puso en rota, siguiendo con gran felicidad el suceso, avisando por puntos á su Alteza no parase siguiendo la buena dicha.

La caballería francesa es la fuerza de sus exércitos.

Vanguardia francesa rota.

§ CXLV

ENTRE los consejeros del campo del Rey Católico, habia muchos que no eran de parecer se pusiese á riesgo de batalla este socorro, pues se perdia ménos á su parecer en no socorrer la ciudad, que en aventurar todas las fuerzas de Flándes, qué estaban en aquel campo juntas; y en aquel punto, sustentando su parecer, llegaron al Archiduque, viendo la resolucion que llevaba de pelear, y con muchas exclamaciones y razones que le supieron decir, y dificultades que le pusieron, trocaron la fortuna, obligándole á mandar hacer alto á todo el exército, que, aunque la infantería fué fácil el obedecer, en la caballería no se pudo hacer tan puntual, porque Contreras iba tan metido retirando los franceses, que estuvo á peligro de perderse con la caballería que llevaba en la vanguardia; porque, aunque la demas caballería no estaba trabada, íbale animando con su valor; más, como le faltó, hizo mucho en recogerse sin perder ninguna. A vista los unos de los otros, todo el campo español hizo alto, con no más distancia entre el Francés y él que un vallado. La artillería de su Alteza y la de las trincheras y plaza de armas francesa, jugaba muy á menudo, y daba en los escuadrones y hacía daño, y comenzóle á hacer

Cosa de quinientos caballos.

mayor luégo que el campo español paró, porque hizo alto con muchas hileras, que habian comenzado á baxar la loma.

CXLVI

Visto el daño que hacía la artillería francesa, y con la nueva resolucion de no romper este dia los escuadrones, en el sitio que tenian estaban muy sujetos á los golpes de la artillería francesa, y así, abordoneando con las picas el rostro á los enemigos, volvieron las batallas atras sesenta pasos y más, que fueron en los ánimos de todos sesenta mil.

El rey de Francia, que siempre estaba esperando el suceso con gran confusion, porque los bagajes de su campo no sabian donde acudir, que su retirada habia de ser por la puente de Lampre, que era por donde su Alteza venía, y el escuadron volante no estaba della cien pasos, y en ella no habia otra prevencion que alguna gente francesa suelta. Dicen animó un recaudo mucho al rey de Francia, enviado de un grande frances que habia llevado sueldo del Rey Católico, en que se aseguraba no executaria el campo español la demostracion que llevaba de pelear este dia; y que por este aviso no se habia retirado; mas la verdad es que si el Frances, llegado al punto que estaba, hiciera demostracion de que-

rer retirarse, se perdiera con gran facilidad, y viendo su Alteza por donde vino, le fué fuerza esperar, ó perderse haciendo otra cosa. Luégo que el Rey vió el alto del campo, y que no habia proseguido con la determinacion que iba, dicen que arremetió su caballo y dixo : «vencimos, no hay que temer ya nada»; y á gran priesa hizo sacar de los cañones que tenía á las baterías para poner á la frente del campo, y la noche no gastó en otra cosa sino en tocarse arma el un campo al otro.

El alegría que todos los de la ciudad tuvieron con la vista de tan lucido socorro, fué muy grande, no habia quien pudiese detener los soldados, que, cuando su caballería venía huyendo, querian echarse por las baterías, y, como vian retirar algunas piezas para llevar á su plaza de armas, creian lo hacian para huir, aunque á esto daba muy grande demostracion no quererlo hacer, porque con dos piezas siempre batian las torres del rebellin de Montrecu, de modo que los sitiados tiraban aquella tarde con su artillería al campo frances, y el Rey, con las piezas de las trincheras á la ciudad, y el campo de Flándes jugaba su artillería contra el campo del Rey, y de la plaza de armas francesa tiraban al campo español. Los sitiados, aquella noche alegres, con gran gusto esperaban la mañana con gran ánimo de alcanzar la vitoria, que creian ellos solos darla aquel dia; porque luégo, como vieran trabados los dos campos, por las baterías tenian muy gran

resolucion de salir todos, y daban por las espaldas al campo frances; y, si el parecer de algunos capitanes y de todos los soldados se tomára, se hubiera hecho aquella tarde, mas dilatóse viendo la gran ventaja y seguridad que era el hacerlo despues de trabados los dos campos. Hácia la parte que estaba el campo español hicieron los sitiados muchas luminarias, mostrando la alegría que tenian todos, que era mucha, y los dos campos tenian encendidos muchos fuegos que hacian muy buena vista.

§ CXLVII

Luégo, como los escuadrones hicieron el alto, todo el campo se fué recogiendo y retirando atras, hasta tanto que quedó guardado de la artillería francesa. Aquella noche en ninguna manera se halló mantenimiento en todo el campo español; que, en lo que se detuvieron en los confines de Arras y Duay, habian gastado todas las municiones, y con tener cerca el rio, pasaban muy gran sed; tenía el Frances guarnecido el rio de esotra parte, que no se podia tomar agua sino á mucho riesgo. Con esta falta de bastimento y las muchas dificultades que por momentos crecian, con la soberbia que los franceses tomaban de ver el campo español algo frio de la demostracion pasada, se resolvieron se tornase á Arras, dexando por entónces el socorro de la ciu-

dad; y á la una de la noche se dió órden á los bagajes volviesen adonde habian venido, ganando primero una cumbre, porque el Frances no la ocupase, que desde ella podia hacer daño, y con esta resolucion se órdenó á don Diego de Pimentel, que llevaba á su cargo el escuadron volante, que se retirase, siguiendo los escuadrones, el cual lo hizo con gran demostracion de valiente caballero, porque á riesgo de perderse retiró un puente de madera que ya tenía acomodado sobre la ribera, siguiendo el resto del exército bien trasero. La caballería se puso toda en retaguardia y comenzó á marchar todo el campo.

§ CXLVIII

Por la mañana, luégo que amaneció, comenzaron los franceses á tirar con cuatro piezas de artillería, que habian sacado y puesto en aquella cumbre, donde habia llegado aquel dia el campo español, habiendo trabajado en esto y en fortificarse toda la noche muy diligentemente. Al principio no creyeron se retiraban, sino que pretendian pasar de esotro lado á hacer el socorro, y en esto estaba suspenso el Rey, aguardando con toda su caballería y infantería. Recogido el campo español caminó toda la mañana, hasta que á mediodia era ya señor del alto de la Abadía de San Josef, y desde allí, he-

cho alto, estuvo haciendo frente con sus escuadrones, hasta que todo el campo se puso en órden, que, como fué la retirada de noche, iban algunos bagajes y escuadrones deshechos y mezclados. La caballería estuvo haciendo su muestra al encuentro hasta despues de mediodia, que comenzó á seguir los escuadrones. Los corredores del campo frances avisaron por cosa cierta al Rey, cómo el campo español iba todo la vuelta de Flándes, y con esta nueva, dexando sus trincheras, salió con gran parte de su caballería, y comenzó á trabar escaramuza, picando en la retaguardia sin cargar demasiado, hasta que el campo se despareció de los ojos de los sitiados, dexándolos tan tristes que no tenian consuelo; tan caidos de ánimo los soldados, que no se miraban con gusto los unos á los otros, habiendo sido ellos ántes los que animaban á sus capitanes, hablando muy libremente en sus corrillos y cuerpos de guardia, diciendo que si los capitanes querian morir allí, que ellos no pensaban tal, y que buscarian su remedio; con tanto extremo mostraban mala gana de pelear, que admiraba verlos entónces habiéndolos visto tres dias ántes, que todos tenian la vitoria en el rostro, y despues que vieron vuelto el campo español, traian la muerte en los gestos.

Tomó el consejo de la puente de plata.

§ CXLIX

Otro dia, despues de retirado el campo, el Rey, deseosísimo de haber la tierra sin aventurar más, envió un trompeta á hablar á los sitiados para que, visto que su campo era retirado, tratasen de concertarse con él, que le pesaba de poner á riesgo el negocio, y que le matasen más gente, ni degollar los soldados que tan bien habian peleado hasta allí, aunque era contra él. A esta trompeta, luégo como se llegó á las murallas, aunque hasta allí á todas se habia oido de propio motivo, los soldados le comenzaron á arcabucear, con que no se le tomó el recaudo que traia; aunque despues se supo estaban todos tan fuera de sí de lo que habian visto, que no sabian otra resolucion que tomar sino morir. Ya no se trataba del modo bueno de conservar la ciudad, sino como mejor cada uno vengaria su muerte; porque lo que era sustentarla era caso imposible, y habia diversos pareceres áun en los capitanes, diciendo unos se desamparase la ciudad y saliesen al campo con última resolucion de morir peleando, otros que se aguardase á ver qué hacía el Frances; ninguno, con todo el aprieto y necesidad con que se veian, osaba tratar de concierto, y lo que más se hacía, encontrándose unos á otros,

Desesperacion rabiosa de los sitiados.

era tomarse la mano apretandósela, como prometiendo morir unos por otros. Fué este un tristísimo dia para los sitiados, que no llegó con mucho al placer de haber visto el campo el pesar deste dia.

El rey de Francia, como supo que el campo español habia llegado á Arras, comenzó á tratar de asaltar la ciudad y apretarla con última resolucion. Llegáronle de socorro luégo más de diez mil hombres; que, aunque estaban prestos y aloxados muy cerca del campo frances, como eran de París, Avivila y otras ciudades católicas y neutrales, hasta que vieron la retirada del socorro no se habian declarado abiertamente de la parte del rey Enrico; y, para enmendar su tardanza, le acudieron con más véras y demostracion, de modo que á dos dias, retirado el campo español, creció el Frances á más de treinta mil soldados.

La noche que su Alteza retiró el campo, dexó un villano con una carta, en que avisaba á los sitiados como por falta de los bastimentos se retiraba, y que, en rehaciéndose dellos, procuraria tornar á socorrer la ciudad; que le avisasen del estado que tenian, para que, segun eso, les enviaria resolucion de lo que debian hacer.

La carta vino á manos del Marqués de Montenegro otro dia por la mañana, y juntos los capitanes todos, se leyó y pidió á cada uno su parecer; despues de haber hablado muy largo del estado de la plaza, y ciertos de la imposibilidad

de defenderse para en ese tiempo poder avisar á su Alteza, se resolvió que, como otras veces se solia pedir treguas, se pidiesen agora para en el ínterin avisar á su Alteza de su imposibilidad, y con este ardid alcanzar el tiempo que con la fuerza no podia sustentarse; en esta determinacion se llamó con un trompeta á la muralla, que luégo que lo oyó el Marigal de Viron, que era general de toda esta guerra en el campo frances, se puso en el arcen del foso preguntando que pedian; que, como se le dixo, querian treguas y licencia para que saliesen dos capitanes á pedillas al Rey, con gran alegría lo concedió, descubriéndose todos por las murallas, y los franceses por las trincheras. Salieron á hablar al Rey el teniente Lechuga y el capitan Pedro Gallego, que, por ser uno de los capitanes que se hallaron en la Fera, era muy conocido del Rey. Habiendo los dos capitanes llegado hasta el Rey, propusieron demanda, diciendo que, de parte del Gobernador y capitanes de la guarnicion de Amiens, suplicaban á su Majestad les concediese algunos dias de treguas en que pudiesen enterrar sus muertos. A esto respondió el Rey muy alegre y muy contento: «No teneis que disimular conmigo, que ya sé cuán poco os podeis sustentar, y que teneis órden de vuestro general para darme la ciudad, consolaos con que habeis hecho lo que os ha tocado como muy valientes soldados, sin más acuerdos entregadme la ciudad, que todo lo que, como

á soldados que han hecho su deber se suele conceder, se os dará; porque más os quiero por amigos que para enemigos.» Despues de haber debatido sobre las treguas que pedian, y haber disimulado los sitiados su intencion, se concluyó que les concederia la tregua por el tiempo que pareciese posible avisar á su Alteza, y que el campo español pudiese venir á socorrerlos, con tal condicion, que, hasta que tuviesen dentro algun socorro, no pudiesen hacer armas contra él; y porque viesen como más los deseaba amigos que enemigos, que él meteria en las trincheras, siempre que el socorro viniese, tanta guardia como si no tuviera su seguro, y que sólo queria que no peleasen más contra él, y que pasado el plazo de la tregua se le entregase la ciudad, y para que viesen lo que los estimaba, aguardaria la resolucion que su general tomaba; que, si no les mandase ó consintiese que entregasen la tierra, pudiesen tomar las armas y defendella, como si no se hubiese tratado nada. Con esta respuesta volvieron los dos capitanes á la ciudad, donde, comunicando el partido y resolucion del Rey, se concluyó, y se pusieron ocho dias de plazo en que los sitiados pudiesen enviar dos capitanes á su Alteza, que estaba en Arras, que es catorce leguas de Amiens, avisándole de lo que quedaba concertado, para que mandase lo que fuese servido; y con escolta del campo frances partieron el sar-

Conciertos entre la guarnicion de Amiens y el Rey.

gento mayor Ortiz y el capitan Pachoto, que habia sido el ingeniero y habia trabajado muy bien en toda la defensa. En estos ochos dias, luégo como se puso suspension á las armas, se metian sus guardias, que, visto donde estaban los franceses, era de admirar ver que la opinion habia defendido no hubiese sido entrada la ciudad, porque por cinco partes, en el rebellin grande y en la muralla de la puerta cerrada, estaban las postas sobre las murallas y dentro de los terraplenos, no un paso los unos de los otros.

§ CL

La necesidad de bastimentos de los sitiados era mucha, y la sobra de ropa que habian sequeado en la ciudad tambien, que ninguno, por pobre soldado que era, dexaba de tener dos capas ó tres, y más otros vestidos. Los franceses del campo estaban muy desnudos, que por la mayor parte fuera de su pobreza, que éstos la padecian muy grande, son gente de poca ropa, y comenzaron un género de cambios y trueques de carne y alhajas y vestidos con tanta priesa y diligencia, que fué menester de ambas partes estorbarlo. Comenzaron los unos y los otros á cambiar desta manera, traian los que entraban de guardia de los franceses muchas piernas de car-

nero, que era lo que más traian, para trocar con los soldados, los de la guarnicion de la ciudad, con capas; y fué el principio desto que un soldado español, viendo una pierna de carnero que un frances traia, le dixo si queria vendérsela, tenía puesta una capa, y el frances le respondió que se la trocaria por la capa, el español se la dió, y no bien era hecho este trueque, cuando viendo otro español con otra capa, le dixo otro frances al de la muralla: ¿quieres darme esa capa y te daré estas dos piernas de carnero? el español del muro, que de industria se habia puesto la capa, visto que le contentaba la cantidad del carnero, quitóse la capa, como que no la habia traido para eso, y dióla y tomó su carnero, y así se comenzó á trocar, y pocas capas hubo á los principios que valiesen dos piernas de carnero; y cuando se acabaron las capas, traian algunos pobres soldados dos ropillas, dos jubones, dos gregüescos unos sobre otros, y en un momento se descortezaban y daban el un vestido por carne y verdura. Fué de modo la priesa, que, olvidados de las armas, no podian los capitanes estorballes sus tratos, y parecian más las baterías carnecería que soldadesca. Echóse un bando en el campo frances y en la ciudad que no se hiciesen estos trueques; mas, con todo eso, como era en provecho de los soldados, no se hacía tan disolutamente, mas se cambiaba como al principio, aunque los sitiados vendian ya algo mejor sus hatos, y como ya te-

nian carne, satisfechos della, cambiaban otras cosas á dinero, que todo lo pagaban los franceses muy bien.

§ CLI

Sucedió que, á la parte de la batería de la puerta cerrada, un dia de los ocho de las treguas, entraron de guardia los ingleses, y como se sabía el granjear de los que entraban de guardia, porque aquellos solos eran los que hacian sus tratos, vinieron los ingleses cargados de carne; sucedia que la compañía que entraba de guardia del campo frances á la muralla, por rota que entraba, salia vestida. Los ingleses vinieron á su guardia cargados de carne, y sucediôles mal, que cayeron á su puesto los españoles, y, como ya no tenian mucha necesidad de carne, y supieron que eran los ingleses los que les caian á su puesto, los capitanes españoles de la guardia rogaron á sus soldados, que gustaron de hacello, que por ser enemigos de la iglesia, que no cambiasen con ellos, y que les hiciesen esta burla sin hablarles palabra, y así las postas, como si esperáran alguna traicion, se pusieron sin hablarles ninguna cosa, aunque ellos, por todos los caminos que pudieron, les mostraron mucha carne pidiéndoles ferias, y, cuando comprendieron que por ser ellos ingleses se dexaban de hacer los cambios y que los que lo

Burla de los españoles á los ingleses.

hacian eran los españoles, tomaron grandísimo enojo; que, porque no se cansasen, se lo dixo un soldado español con muy larga arenga, de que fueron más ofendidos; el remedio que tuvieron fué dar á los franceses, que tras ellos tomaron la guardia, mucha de la carne á ménos precio de lo que les costó. Supo el Rey la burla, y reia el enojo de entrambas partes, aunque si cayera en lo porque lo hicieron los españoles ántes lo estimára, que fué por el recelo que tuvieron de que por esta parte se les diese algun asalto, como gente con quien el rey de Francia podia tener disculpa, habian hecho la desórden muy contra su voluntad y, como huéspedes que le servian de ruego, no podia castigallos, y previno eso con echallo á burla y estar todos muy sobre aviso habiéndolos ofendido.

§ CLII

Los capitanes que fueron á Arras volvieron al plazo de los ocho dias, habiendo comunicado con su Alteza lo que traian resuelto, y le suplicaron de parte de los sitiados, fuese servido envialles dos personas con ellos para que viesen las baterías, y que, pareciéndoles á los que fuesen se podia sustentar la ciudad, la defenderian hasta la muerte. A esto se les respondió, honrándolos y haciéndoles merced, que la mayor satisfaccion en todo lo que le decian á su

Alteza de su parte, era decillo ellos, que tan bien estaba informado habian peleado siempre, y que así tomasen el acuerdo mejor que hallasen, porque no podia volver tan presto á socorrellos. Con esta resolucion se volvieron el sargento mayor Ortiz y el capitan Pachoto, que habia sido el ingeniero, y propuesta la respuesta se dió órden en salir. Y porque los sitiados pedian bagajes y carros de fuera para sacar su ropa, les respondió el Rey que aquello era fuera de uso de guerra, que un Rey diese bagajes para desbalixar sus ciudades, que los sitiados se valiesen y aderezasen los que pudiesen, que eso era justo, y que holgára hacello, mas que sus vasallos se quexarian, que para los heridos, que eran muchos, darian barcas y carros los que fuesen menester, que para ropa los buscasen ellos. Asimesmo se le pidieron seis piezas de artillería, que estaban en Noyon con las armas del rey de España, que en tiempo de la Liga quedaron depositadas allí. A lo cual respondió el Frances, que no pedian justicia en pedir lo que no estaba en Amiens, que mirasen si dentro de la ciudad habia alguna la sacasen y se la llevasen, y si querian, que el Duque de Parma dió á guardar en tiempo de la Liga á Amiens seis barcas que estaban en su almacen, que las llevasen para que no dexasen cosa suya en la tierra.

§ CLIII

OTRO dia, despues de pasados los ocho dias, por la mañana todo el bagaje estuvo puesto á punto, y á las ocho de la mañana comenzó á salir una compañía de arcabuceros por la puerta de Pedro Gallego, que iba á la puente de Lampre. Era mucho de ver las muchas damas y carrozas que estaban esperando salir la gente; iba la compañía de vanguardia con su caxa tocando, cuerdas encendidas y balas en la boca, como se suele marchar en guarda del bagaje á vista de enemigos. Tras ella venía el bagaje, que era tanto, que ponia admiracion; principalmente las francesas que salieron, fué mayor número doblado que los soldados de la guarnicion. Fueron saliendo y desde la ciudad hasta la puente de Lampre, que era por donde habian de pasar el rio, estaba hecha una calle de coches y carrozas de gente ciudadana, que aguardaban á entrar en la tierra. Era de modo el cuidado que los oficiales del campo frances tenian de que no se hiciese daño á ninguno de los que salian, que los caballeros no traian otro cuidado, sino que no se robase ni desbalixase á mozo ninguno de los que salian; echábase de ver cuánto vale más el ser servidos los reyes por amor que por temor; que, como si á cada

Salida de la guarnicion española de Amiens.

uno de los franceses le fuera su honra, así procuraban guardar la palabra de su Rey, con ser cosa que entre ellos suele ser lo que ménos vale.

§ CLIV

Detras del bagaje salieron algunas compañías de lanzas y arcabuceros á caballo, y tras ellos en un escuadron toda la infantería, y tras él otras compañías de lanzas y arcabuceros; iban sus estandartes altos y sus trompetas tocando, sus cuerdas encendidas, y en su órden, á muy buen paso marchando. Como se fué saliendo la gente española de la ciudad, fueron los franceses ocupando las baterías y murallas. Estaba pasada la puente el Rey con toda la mayor parte de su córte y nobleza á caballo, con muchas plumas blancas vestido de raso plateado, y á su lado izquierdo el Marigal de Viron, y luégo á sus lados muchos de sus grandes; hacíale frente en un campo muy raso, que tenía delante, un escuadron muy grande de esguízaros muy lucidamente armados, hecho el escuadron de gran frente que tenía muy buena proporcion; pasó por entre el Rey y este escuadron toda la gente que salió de la guarnicion de Amiens. Estaba el sargento mayor Ortiz junto al Rey, que en esta defensa peleó valiente y esforzadamente en muchas ocasiones; servia aquí de decir

Puesto del rey de Francia.

al Rey quién era cada uno de los capitanes que salian. Levó de parte del Rey al Gobernador de la guarnicion algunos recaudos, y fué el que iba y venía con las órdenes; y así de parte del rey de Francia llegó á algunos de los capitanes españoles, pidiéndoles se holgaria conocellos; y hablándoles con mucha cortesía, les dixo se holgaba verlos fuera de Amiens, haciéndoles ofrecimientos de hacerles merced, honrando su esfuerzo y valentía, y ellos, agradeciéndole su cortesía, pasaron con toda su gente, que, con ochocientos heridos que fueron en las barcas, en todos fueron mil y cuatrocientos soldados.

§ CLV

En todo el tiempo que en Amiens los sitiados peleaban, y el rey de Francia con todo género de instrumentos de guerra los combatia, iba de Flándes á Francia muchas veces el padre fray Francisco Calatagirona, generalísimo de la Órden del bienaventurado señor san Francisco, varon de cuyas partes, satisfecho el pòntífice Sixto V, le habia encomendado tratase la paz entre estas dos coronas con legacia particular, y, aunque con gran riesgo de su persona, hizo todas las diligencias para la conclusion della, fué dos veces maltratado de los soldados franceses, habiendo tenido á riesgo de per-

48

der la vida, despues de haberle saqueado y desbalixado hasta dejarle con sólo su hábito.

Luégo, como el rey Enrico se vió desembarazado de Amiens, y con un campo de más de treinta mil soldados, que todos sus vasallos, con la ganancia de la ciudad, se declararon de su parte, sabiendo que su alteza el archiduque Alberto estaba en Arras malo de una apostema en la garganta, y tambien supo que el almirante de Aragon, general de la caballería ligera de Flándes, habia salido á tomar el castillo de Ginus con todo lo mejor del campo español, salió de Francia con su campo, y puesto en batalla, entrando por el país de Artues, pasó á vista de Durlans, adonde se creyó venía á poner sitio, y su Alteza habia metido dentro muy buena gente para su defensa; ó que se le hiciese empresa difícil, ó que quisiese cobrar la reputacion que le parecia haber perdido en no haber salido á la batalla en la ciudad de Amiens, no paró hasta aloxarse en Abenas Leconte con todo su campo, y otro dia, á las dos de la tarde, desde unas cumbres que se vee Arras, que están á una legua de la ciudad, puso en batalla toda su gente, y en órden, con su caballería, fué marchando, y arrimando sus escuadrones, llegó á cuarto de legua de Arras, y con cuatro piezas de campaña tiró diversas veces á todas partes.

§ CLVI

Como en Arras se descubrió el campo frances, tocando una furiosa arma, toda la gente se puso en órden, que eran unos regimientos de alemanes y pocos valones, y la gente que habia venido de Amiens con la caballería, que serian quinientos caballos, que debaxo del abrigo de las murallas, huertas y vallados, donde se puso infantería, trabaron alguna escaramuza, cargando siempre los franceses con su caballería tan vitoriosos y alegres, que nunca se trabó la escaramuza que lo pareciese, porque los del campo de Arras no hicieron otra cosa que estarse en sus escuadrones al abrigo de la ciudad. Despues de haber tirado los franceses algunos cañonazos á diversas partes, juntando sus tropas en buen órden, dexando en retaguardia toda su caballería, se volvió á aloxar aquella noche á Paz, en Artues, y de allí se entró en Francia, y en Amiens trazó la citadela, que mandó comenzar á labrar luégo, y aloxó su campo y despidió los nobles y mosiures, y se fué á Paris.

En la provincia de Ginus está un castillo, de quien toda la tierra tomó el nombre de Ginus, que es entre Bolonia y Cáles; es fuerte, y en lo baxo tiene un burgo, que se llama del mismo nombre que el castillo, puesto para poder socorrer

á Cáles desde el Artues; y para no perder tiempo, en tanto que el Frances acababa de ganar á Amiens, el príncipe Alberto mandó al almirante de Aragon, con lo mejor de su campo y toda la caballería ligera, cuyo general era, que, con cuatro piezas de artillería batiese y tomase este castillo; que como, se ordenó, lo hizo, ganando el burgo y el castillo, á quien fué necesario batir; y ántes que fuese socorrido, estando para dar el asalto, se rindió; salieron los franceses, que estaban dentro, debaxo de sus pactos con sus armas, bagajes y banderas, y, sabiendo como el Rey estaba desembarazado de Amiens, hizo muy buena diligencia en volver al campo á Arras, donde esperaba el príncipe Alberto, de quien fué muy bien recebido, y, estando bueno de su enfermedad de la garganta, aloxando la gente de guerra, se volvió á Bruselas, desde donde se continuaron los tratos de paz, siendo el medianero el generalísimo de San Francisco fray Francisco Calatagirona, que al cabo de algunos meses se concluyó entre las dos monarquías, y aunque á los españoles, deseosos de retener en sí las tierras y plazas que en el discurso de la guerra habian ganado en Francia, les pareció fuerte el volverlas, para la duracion de la paz se le volvieron todas, sacando las guarniciones, que de españoles habia en Bretaña, Borgoña, Vermandues y Picardía; y, para el cumplimiento de los capítulos contenidos en la paz, se enviaron rehenes de ambas partes, yendo de Flán-

des el almirante de Aragon, el Duque de Ariscote y el Conde Aramberge con otros muchos señores y caballeros de todas naciones con muchas galas y criados; de la parte francesa, fué el Marigal de Viron con otro gran número de mosiures, aunque no con tantas galas, alegres y corteses. Fueron de ambas partes hospedados muy bien los rehenes, hasta que, cumplido lo que en las paces se contenia y satisfechas las partes, se volvieron los unos y los otros con muchos presentes á sus tierras, quedando hecha la paz entre Filipo Segundo, rey de España, y Enrico Cuarto, rey de Francia, y sus vasallos; que se concluyó año mil y quinientos y noventa y ocho.

§ CLVII

Y porque estos mis escritos ó comentarios no son más que unas breves memorias de lo que vi y alcancé á saber, del tiempo en que milité en la guerra de Flándes, y va escrito más como soldado que como historiador; el que escribiere la historia del tiempo á que esto tocáre, pondrá más por extenso los desinios y particulares de estado de los reyes, dél que lo que á mí ha tocado he hecho, contando la verdad, rogando al que lo leyera reciba mi voluntad, que ha sido, porque hechos tan famosos no se olviden,

y no se atribuyan á quien no los hizo, pues el que esto ha escrito no lo ha hecho por relacion de otros, sino por lo que él vió y pasó en estas guerras.

MADRID
Por Luis Sanchez
MDCXI



NOTA PRIMERA

§ I

DIVISION Y DENOMINACION DE PROVINCIAS Y PUEBLOS.

El autor cuenta diez y siete provincias distintas en aquellos Estados; unas obedientes por el tiempo á que se refiere su narracion, otras rebeldes, dividiéndolas en ducados, condados, etc. Luégo dice que gobernaban los holandeses, ademas de la provincia que lleva su nombre, á Zeelanda (que el escribe Gelanda y Celanda), las dos Frisas y Gueldres, y añade que por no dar la guerra lugar á mojones, habia ciudades y fuertes en las provincias de los españoles que correspondian á las de los contrarios, y vice versa.

La enumeracion usada por Gerardo Mercartor en su Atlas, impreso por Hondius en Amsterdam en 1638, es la siguiente, muy semejante á la de Villalobos, ménos en cuanto á la ortografía de los nombres, en la cual no hacemos alteracion alguna, y es conforme á la que entónces se usaba.

Ducados.—Brabant, Limburg, Lutzenburg, Geldre.

Condados.—Vlaenderen (Flándes), Artois, Hainault ó Henegou, Hollandt, Zeelandt, Namur ó Namen, Zutphen.

Señoríos. — Frisa (el gran señorío de), Mechelen (Malinas), Utrecht, Overyssel, Groeninge ó Frisa Oriental.

El marquesado llamado del Imperio (con las cuatro ciudades de Nivelles, Lovayna, Brusélas, y Ambéres).

En sus comentarios hace D. Bernardino de Mendoza una clasifi-

cacion análoga, pues que dice que se acostumbraba dividir aquellos Estados en diez y ocho provincias (1), de las cuales sólo describe las que merecen, en su concepto, division geográfica, que son: Brabante, Malinas, Gueldres, Over-Issel (*Transisselana*, segun el nombre latino de que usa Villalobos), Frisa (en cuya provincia comprende á Groninga ó Grœninghe), Holanda, Utrecht, Zeelanda, Flándes, Artois, Haynault, Luxembourg y Namur, omitiendo hablar separadamente de la Suphania de Villalobos (es decir, la provincia de Zutphen), del Limburgo y de alguna otra.

Al comenzar la narracion de su libro, dice D. Cárlos Coloma que en 1588 (2) poseia el Rey absolutamente los ducados de Luxembourg y Limbourg; los condados de Namur, Henao y Artois; todo el ducado de Brabante, exceptuando tres plazas que nombra; todo el condado de Flándes, ménos Ostende, todo Gueldres, ménos Guatendoneh, y algunas ciudades hácia la parte de Holanda (Arnem, Vialem, Brila, Burem); casi toda la Frisa Occidental; en la Oriental, la villa y castillo de Lingen, y sobre el Issel las plazas de Zutphen y Deventer. Los holandeses poseian parte del país de Overyssel, lo restante del ducado de Gueldres, el país de Utrech y los condados de Holanda y Zelanda absolutamente.

Desde el año de 1588 hasta el de 1594, en que comienza la relacion de Villalobos, habian ganado los holandeses las dos Frisas casi por completo, gran parte de Gueldres y várias plazas en Overyssel y en otras provincias, á consecuencia, principalmente, de las campañas de 1592, 1593 y 1594, para ellos tan ventajosas.

Durante el tiempo que abraza la relacion de nuestro autor, los holandeses extendieron su dominacion hácia la parte Oriental y Septentrional de los Estados, y al morir Felipe II, la república se consideraba dueña de ocho de las diez y siete provincias, á saber: Gueldres, Holanda, Zelanda, Zutphen, Utrecht, Frisa, Groeninga y Overyssel.

Poseian ademas algunas ciudades en Brabante, como Breda, Berghe, sobre el Zoom, etc.; y otras en Flándes, como Ostende,

(1) *Comentarios de D. Bernardino de Mendoza de lo sucedido en los Países Bajos*, etc. (Madrid, 1592), fól. 2.

(2) Coloma, *La guerra de los Estados Bajos*, etc., libro 1, fól. 2, vuelto.

Axelle, etc; pero en cambio el Rey de España áun conservaba una crecida porcion de Gueldres, Ruermonde (ó Ruremunda), Wachtendonck, etc. (1).

Así, pues, al enumerar las provincias obedientes y las que formaban parte de la república, es claro que se ha de atender al momento á que se refiere la narracion, pues que de los accidentes de la guerra resultaba que mudasen de dueño con no poca frecuencia. Si se quiere adoptar una division determinada, parece oportuno escoger el momento de la tregua de 1609, en cuyo tratado, de comun acuerdo, se expresó cuáles provincias obedecian á la república y cuáles á los Archiduques. En aquel tiempo (2) eran siete las provincias unidas que formaban república, esto es, Gueldres, Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisa, Overyssel y Groninga.

Se ha de advertir tambien que bajo los nombres más usuales suelen hablar los historiadores de territorios que abrazan otras diferentes provincias, y así, por ejemplo, bajo la denominacion de Frisa comprenden á la provincia de Groeninghe; bajo el de Brabante el marquesado del Imperio (del cual rara vez se hace mencion); bajo el nombre de Gueldres se comprende tambien el condado de Zutphen; bajo el de Holanda, el señorío de Utrecht.

Ocurren algunas dificultades para determinar el verdadero nombre que se debe emplear en castellano al designar aquellas provincias y ciudades, y parece á primera vista que al hablar de nuestras guerras en Flándes, deberíamos usar de las mismas palabras de que usaron por aquel tiempo nuestros historiadores. Pero con esta regla, aunque muy razonable, se adelanta poco, porque cada uno de ellos empleó los nombres latinos, ó los flamencos, valones, franceses ú holandeses de que usaban los naturales de aquellos países, apartándose de ellos, alterando su ortografía ó españolizándolos *ad libitum*, segun su gusto ó segun el uso que hallaban establecido entre los españoles, y que no hubo de ser fijo y constante en aquel tiempo, como ya habrá podido advertir el lector en vista de las divisiones de provincias, cuyos títulos hemos copiado literalmente segun los usaba cada autor.

Don Bernardino de Mendoza empleaba casi siempre los nombres extranjeros de los lugares, sobre todo los nombres franceses, escribién-

(1) V. METEREN, *Histoire des Pays Bas*, pág. 446. v.°
(2) V. *Relazioni del Cardinal Bentivoglio* (Colonia, 1646), pág. 1.

dolos con exactitud, por lo general, y sin hacer en ellos alteracion alguna. Así es que escribe *Luxembourg*, *Limbourg*, *Haynault*, como los belgas y franceses. Sólo españoliza los nombres más conocidos y usuales, como Flándes, Brabante, Holanda, Zeelanda y otros semejantes. Pero ademas escribe Escault ó Schelda, Louayne, Brusselles, Anvers, Nimeguen, Ruremonde, Groeninghe, Amsterledam, Middelburg, Bruges (por Brujas), Lille, Duynkerke, Oostende, Haynault, La Sambre, etc. (1).

Sin embargo, como llama á la Esclusa (2) de esta manera (y no Sluys), debemos suponer que se guiaba en parte por los nombres franceses, en parte por el uso de los españoles y otras veces por las denominaciones locales sin regla fija, inclinándose mucho á conservar la ortografía extranjera.

Al extremo opuesto se inclina Villalobos y Benavídes, que llama al Artois, Artues; condado de Nao al de Haynault, que otros por término medio llaman de Enao ó de Henao; y escribe ademas Suphania (el país ó condado de Zutphen), Utreque, Basfalia, Gruginga, si bien en ésta última palabra, en la de Lasemburgo (otra vez Lucemburque), y en otras que usa y que parecen un tanto caprichosas, pudo haber ó completo descuido, ó falta de la imprenta, aunque no quedó salvada en fe de erratas.

Nombres hay que cada cual escribe de diferente manera, como las plazas célebres á que llaman los autores por tan distintos títulos, como Bergas, Bergas-sobre el Zoom, Berg-op-Zoom, Bergas-op-Zoom, etc. Brille, La Brille, Bril, Brielle, La Brielle, etc.

Habiendo sido muy diferente el uso en los siglos XVI y XVII, y siendo corto el que se ha hecho de estas palabras posteriormente, no puede decirse haya ninguno fijo ni generalmente admitido. Lo hay en cuanto á las ciudades y provincias más conocidas, y como sería ridículo decir en español London, Bordeaux, Nápoli, asimismo lo sería hablar de Anvers, Brusselles, Louvain, Liege y Bruges. Pero tampoco juzgamos oportuno que se llame condados de Artues y de Nao á aquellas provincias que eran de los Países Bajos, y ciñéndonos á un término medio, lo más seguro parece seguir la costumbre cuando se halle alguna generalmente establecida, ó bien, á falta de ella,

(1) V. *Los Comentarios*, etc. (Madrid, 1592), fól. 2, vuelto.
(2) Coloma escribe la Sclusa.

acercarse todo lo posible á la denominacion y ortografía usada en la lengua respectiva de las regiones ó pueblos.

Hechas estas advertencias, y debiéndose tener entendido, para evitar confusiones, que La Suphania es el condado de Zutphen; que la Transiselana ės el Overyssel; que Grugniga vale tanto como decir Groeninghe, etc., se ha omitido la multiplicacion de notas al pié de las páginas, y entre los diferentes nombres usados por escritores nacionales ó extranjeros, no pudiendo nosotros convertirnos en legisladores, escogerá el lector aquel que fuere más de su agrado.



NOTA II

§ V

DEL MOTIN DE SIQUEN (SICHEM), Y EN GENERAL DE LOS MOTINES DE FLÁNDES, DESDE 1589 HASTA FINES DEL SIGLO XVI.

Se limita el autor á mencionar el *motin de Sichem*, y continúa su relacion sin dar más noticia de aquel grave suceso. Pero á quien desee formar cabal idea de las guerras de Flándes ó de cualquier período de ellas, ha de parecer indispensable tener conocimiento de lo que eran aquellas frecuentes y peligrosas sublevaciones militares, cuya repeticion incesante prueba que provenian de una, ó por mejor decir, de várias causas constantes y profundas, y que tenian su raíz en la organizacion militar de aquellos tiempos. En cuanto á las consecuecias, si bien es cierto que no impidieron obtuviesen los españoles grandes y gloriosas victorias, no deja de serlo tambien que estorbaron se sacase de ella el debido fruto, y que malograron el resultado general de las campañas, como tambien lo demuestra el desenlace final de aquellas guerras.

En dos períodos diferentes fueron frecuentes aquellos desórdenes, desde el principio de las guerras de los Países Bajos hasta la época á que alcanza la relacion de Villalobos, es decir, hasta el tratado de paz ajustado con Francia en 1598. El primer período concluye con el motin de Alost, en el año de 1576, desde cuya fecha no volvió ya á haber otro alguno hasta el de Saint Paul, en 1593, como no se cuente la tentativa que algo ántes (en 1589) dió lugar á que fuese

reformado el tercio viejo. Fué orígen de este contratiempo, como es sabido, el hallarse empeñado dicho tercio en la empresa de la isla de Bommel, donde tres años ántes habia sufrido trabajos y peligros cuya repeticion parecia á los soldados tanto ménos soportable, como que se acordaban de lo pasado, se veian en un país pantanoso, con el invierno encima, sin puente sobre el Mosa y con un enemigo vigilante á los ojos, creciendo esta semejanza al discurrir que en una y otra ocasion era general de aquel ejército el mismo conde Cárlos de Mansfelt, á quien ademas suponian enemigo de su maestre de campo Sancho de Leyva, objeto de particular amor entre los de su tercio. A estas causas se añadió la general de todos los motines, que fué «el pensar los soldados en sus alcances y pedirlos á voces.» No pasó muy adelante el desórden, cuyos autores se encubrieron con la oscuridad de la noche, y despues de repelidos se confundieron con los leales, de tal suerte, que por la mañana ya todos pretendian haberlo sido, sin que se conociera la culpa sino de solos seis, que fueron colgados de un árbol. Pasó el ejército por delante de ellos ántes de atravesar el rio Mosa, y por el pronto se disimuló con los demas, pero no convenia esta blandura al Duque de Parma, que á la sazon tomaba las aguas de Spá, y creyó que un acto de severidad sería muy del caso. Mandó, pues, que pasára el tercio viejo la vuelta del condado de Flándes, sin decir el objeto, sino sólo que le daria Mos de la Mota (el general valon Pardieu de la Motte) la órden de lo que se habia de hacer. En Tilts hallaron á Juan Bautista Tasis, veedor general, y á los contadores del sueldo, que sin admitir réplica *reformaron* aquel tercio, «*padre* de todos los demas, dice un testigo de vista de cuyo libro se copian estas noticias, y seminario de los mayores soldados que vió en aquel tiempo Europa.» Quedaron en pié algunas compañías ó banderas enviadas á diferentes presidios; á los demas soldados se les permitió se alistasen en los tercios que les diesen gusto, siendo con esta reforma los más castigados el Maestre de campo y los capitanes, sin duda porque se les creyó culpables de falta de vigilancia. Tal es, en breves palabras, la historia de aquel suceso, doblemente notable por ser al cabo de muchos años la primera tentativa de motin, y por haber dado causa á la disolucion de tan famoso tercio.

Mas no paró en tentativa como ésta el motin de Saint Paul, que ocurrió despues de la muerte de Alejandro Farnesio, de cuya severidad acaban nuestros lectores de ver un señalado ejemplo, y en cuyo

tiempo no hubo motines. Era el citado conde Cárlos de Mansfelt quien mandaba el ejército que habia ido á Francia, y le habia retirado hácia la frontera de Picardía despues de la toma de Noyon y de la conversion de Enrique IV, perdida en parte la esperanza de hallar en la liga ayuda para grandes empresas. Metió á los soldados para alegrarlos en el país y condado de Boloña (Boulogne), que gozaba fama de ser uno de los más fértiles países del mundo, de donde salieron cargados de botin y de bastimentos, pero con ménos disciplina que nunca, de tal suerte que el desórden dió pronto cuenta de aquellas provisiones, á cuya escasez se añadió la del dinero, por haber faltado la paga durante muchos meses. Fué áun mayor el desórden en la caballería por haberse ausentado D. Alfonso Idiaquez que la habia gobernado, y con este caballero (que era hijo de D. Juan, uno de los principales ministros de Felipe II), pasaron de Francia á los Estados los capitanes de las compañías, por no quedar bajo la obediencia del comisario general, que era el capitan valon La Viche. De todas estas circunstancias, de la falta de pagas que continuaba y de los malos hábitos que con vivir de la rapiña nacen en cualquier ejército, provino que pasára adelante la licencia y falta de respeto, sobre todo en la caballería ligera, porque ésta, dice un autor, «en sus salidas y pecoreas, se habia domesticado con la hez de la infantería.» Puestos unos y otros de acuerdo con sumo sigilo, tuvo el conde Cárlos noticia, á los 9 de Mayo (1593), de que habia salido de sus cuarteles á la deshilada toda la caballería española, sin que lo pudieran estorbar los capitanes y tenientes y gente particular (es decir, los aventureros, los oficiales reformados y los entretenidos), y habiéndose juntado en número de 350 caballos con 500 infantes de los diferentes tercios, que tambien habian salido con disimulo, penetraron én el Artois, se apoderaron de la ciudad de Saint Paul, se alojaron en ella, y para sustentarse impusieron gruesas contribuciones á los pueblos de aquellos contornos, compensacion de las pagas muy gustosa y holgada para los soldados, pero no poco gravosa para los vecinos. Intentó ir en su seguimiento el Conde, pero viendo que habian entrado en las provincias obedientes y ocupado lugar seguro, para no infringir las órdenes de su padre (el conde Pedro Ernesto, provisicnalmente gobernador de los Estados), que le mandaban no pusiese los piés fuera de Francia, y para evitar otros mayores males, como si huyera de lugar apestado, llevó su ejército á distancia y le colocó entre Saint Quintin y

la Fère, dejando á los amotinados que siguieran cobrando tranquilamente el tributo y á los pueblos que lo pagasen. Así continuaron las cosas por espacio de algunos meses, en cuyo tiempo se hicieron los holandeses amos de la importante plaza de San Gertrudemberg y ocurrieron otros encuentros, para los cuales, como es fácil adivinar, fueron de poca ayuda los soldados del motin, pues que sólo se empleaban en recaudar impuestos de los habitantes del Artois.

Todavía proseguian el motin y aquella tan irregular recaudacion cinco meses más adelante, cuando á mediados de Octubre llegó al ejército de Francia dinero para distribuir algunas pagas, y como hubiese intento de dar cuatro á los tercios españoles y á los pocos soldados de caballería española tambien que no habian entrado en la alteracion (que vendrian á ser como ochenta, de las siete compañías de lanceros y arcabuceros amotinados), ofendiéronse de aquella preferencia la caballería italiana, la valona y el tercio de Capizuca, porque á ellos solamente se les dieron dos pagas, es decir, la mitad, y montando á caballo fueron á reunirse á los infantes del tercio, que los esperaban con el bagaje cargado, despues de despedir, segun cortumbre, las *banderas*, *oficiales y gente particular*, y al són de cajas y trompetas caminaron por el Haynaut y se apoderaron de Pont, sin que pasáran en un principio de novecientos infantes, cuatrocientos caballos italianos y algunos walones; pero al cabo de diez dias ya se contaban dentro de aquella ciudad al pié de dos mil infantes y unos mil jinetes. Ocurrió entónces una novedad en el órden acostumbrado de los motines, y consistió en ser admitidos á éste muchos soldados aventajados y entretenidos italianos, hasta de Frisa y de otros presidios, los cuales no podian alegar para quejarse los mismos fundamentos que los de Francia, pero tenian gruesos remates, y por tanto alargaban y dificultaban la paga, que á la postre habia de ser el remedio. Entre tanto, excusado es decir nada tuvieron que envidiar los habitantes del Haynault á los de Saint Paul en Artois, y aunque pareció natural que el Conde de Mansfelt acudiese á restablecer la obediencia, con cuyo propósito llegó hasta Landrecy, no pudo pasar más adelante, llamándole de vuelta hácia el centro de Francia el Duque d'Aumale, irreconciliable enemigo de Enrique IV. Pasaron muchos meses, quince, á contar desde el principio del motin de Saint Paul, y diez despues del de Pont, cuando en Agosto de 1594 tuvieron término ambos, pagándose lo que se debia á cada cual, por el mismo tiempo en que

comenzaba el más famoso de todos, que fué el de Sichem, al cual se refiere muy particularmente esta nota. Pero, entre tanto, no habian caminado bien las cosas de Francia, y podia darse por perdida la Frisa, una vez que se hubo apoderado el conde Mauricio de Groeninga á 24 de Julio de 1594.

Para formar justa idea de las causas que contribuyeron á la total é irreparable pérdida de Frisa, ó por mejor decir, de las provincias de Noroeste (las dos Frisas, Overyssel, Gueldres), es necesario leer con reflexion el libro que escribió su gobernador á fin de justificarse. En él se lee (1) que desde muy temprano habia comenzado á nacer la indisciplina de la falta de pagas, de la desnudez y de las privaciones, así como bien pronto la inobediencia y el desórden dieron por fruto los más tristes sucesos. Por el tiempo de los ya referidos, y sin ir más léjos, estaba la infantería española tan mal pagada en las provincias obedientes del Mediodía, que por temor de que se alterase hubo necesidad de dividirla, y fué enviado á Frisa el tercio de Bovadilla, gobernado por Manuel de Vega, dándole una tercera parte de paga para el viaje, que fué cuanto cobró en los nueve ó diez meses que pasó en el Norte. Intentaban ya desde entónces amotinarse algunos soldados, y descubierta la intencion fué preciso dar garrote á algunos de los jefes. Algo despues ocurrieron otros desórdenes, y áun delitos graves en el mismo tercio, nacidos del gérmen de la insubordinacion, ó producidos por el ódio de que era objeto Manuel de Vega, á quien se hubo de quitar el cargo, que ya desempeñaba en propiedad, de Maestre de campo. Mas faltando medios para mantener aquella tropa, fué al fin forzoso acceder á su deseo, dejándola volver al Brabante (2).

Quejóse el coronel Verdugo, y áun fué á Bruselas con solicitud de que escuchasen sus reclamaciones; pero «los de aquella córte dijeron »que el gobernador de Frisa se quejaba siempre de que aquella pro»vincia se perdia y nunca se acababa de perder (3). Contentáronle, sin »embargo, con promesas, y el cumplimiento de ellas fué mandarle »volver á su provincia sin más dinero ni gente que la que habia

(1) Verdugo, *Comentarios de las guerras de Frisa*, pág. 143. Publicado recientemente, hace parte de la coleccion de *Libros raros y curiosos*.

(2) Ibid., pág. 149.

(3) Ibid., pág. 152.

» traido cuando salió de él. » Aquí comienza una larga y triste serie de contratiempos y calamidades.

Recomiendo á mis lectores, sobre todo á los militares y á los políticos, que estudien el libro de Verdugo, á pesar de la poca amenidad de las formas. Es interesante sobremanera el espectáculo de aquel gobernador, á quien la tierra entera abandona, de quien no se acuerdan ni Madrid ni Bruselas, y que ha de luchar solo contra poderosos enemigos, y lo que es más arduo todavía, contra sus propios auxiliares, ó más bien contra los que debieran serlo; y muy digno de estudio el espectáculo de aquellas provincias, adonde llegan sucesivamente, unos despues de otros, los tercios de infantes españoles, las compañías de caballos, los regimientos *de naciones*, alemanes, irlandeses, valones, italianos, y unos tras de otros, todos aquellos cuerpos, tan poderosos en el campo, tan temidos en las batallas, se debilitan, se enervan, se insubordinan y disuelven por influjo de una sola causa, el desórden administrativo y la falta de pagas, con sus consecuencias naturales, el hambre, la desnudez, las enfermedades, la desercion, la indisciplina y los motines, sin que de nada sirvan la reputacion inmaculada, el celo ejemplar, el valor á prueba, la prudencia maravillosa de uno de nuestros más heróicos veteranos de Flándes. En otra parte, en cien libros diferentes, se ha de buscar la animada narracion de los combates. El *Comentario de las guerras de Frisa* no es más sino la verídica y lamentable vindicacion de un hombre de gran ánimo que se ha visto abandonado por su gobierno y por sus subordinados, y que de sus contrarios ha recibido ménos ofensas que de sus propios amigos. Toma sobre todo este carácter dicho escrito, al comenzar las expediciones á Francia de Alejandro Farnesio, y desde allí no es más que una desgarradora narracion y una apología para Verdugo triunfante, cruel para su gobierno. De ésta, que no sé si acierto en llamar defensa ó acusacion, y que andaba casi perdida, se habia hablado muy poco hasta estos años últimos; algunos la han considerado sólo como curiosidad bibliográfica, pero es documento de gran valor y alcance para la historia. ¿Quién se atreveria á poner en duda la verídica lealtad del famoso gobernador de Frisa ni el peso de su autorizado testimonio?

Despues de los percances y estrecheces, en cuya relacion se emplea sobre todo la segunda parte del *Comentario*, ocurrieron áun mayores apuros al tiempo de ser acometida por los holandeses la importante

plaza de Steenwick, tan furiosamente, que segun parece fué aquella la más temible batería que se habia visto en tales guerras, y despues de salir los enemigos con su intento (4 Julio 1592), cuando iban á sitiar á Coevorden, llegó á Verdugo por fin un refuerzo de tropas conducidas por Mos de la Capela; pero entre un regimiento y dos tercios no llegaban á ochocientos los infantes, y las compañías de caballos se hallaban en caso análogo. De una de ellas, dice Verdugo (1), *que pasó por delante de él con dos arcabuceros delante de vanguardia, tres lanzas de batalla, tres mujeres y un clérigo de retaguardia, sin tener más soldados que éstos, y todo este buen socorro sin un real, ni ménos él le tenía.* De manera que hubo de meter aquel refuerzo dentro de una fortaleza que lo resguardase de los enemigos. Llegó al cabo el tercio español de D. Alonso de Mendoza con alguna caballería, que fuera de más eficaz auxilio si acudiera á tiempo y con medios; pero el oficial pagador que venía con ella declaró al gobernador de Frisa que, léjos de llevar un real consigo, áun le habia faltado para dar una paga á algunas compañías ántes de salir de Brabante. Tras de la rendicion de Coevorden, cuyos *honrados pactos*, segun Verdugo, únicamente fueron debidos á la entereza del gobernador, nos encontramos con otra larga serie de desórdenes y contratiempos: primero, las exigencias é indisciplina del tercio de la Capella; luégo las de otros italianos de D. Gaston de Spinola; luégo las de los alemanes, de los dos regimientos de Arembergh y Barlaymont, que tocan sus cajas, y sin licencia ni capitanes se marchan de vuelta al Brabante, siendo inútil que Verdugo y D. Alonso de Mendoza saliesen tras de ellos para pedirles, poco ménos que de rodillas, renunciasen á tan funesto propósito. Partieron, por último, los italianos, y llegó luégo un comisario de vituallas, llamado Robertin, con las destinadas al socorro de Coevorden, y tan á tiempo, que «aunque llegára seis semanas ántes fuera tarde para ello.» Aquellos italianos que se volvieron al Brabante, fueron los mismos que armaron los motines de Arschot y de Sichem.

Durante el sitio de Groninga (de 20 Mayo á 2 Junio 1594), habia en los regimientos valones del Baron de Billy y de D. Felipe de Robles casi tantos oficiales como soldados, y éstos con ánimo de

(1) Página 183.

volverse hácia el Mediodía. A los oficiales y soldados del regimiento del Príncipe de Chimay, descontentos por la falta de paga, les dieron el dinero que hacía falta para lo demas del ejército, y con todo eso destruian el país, lo robaban y se iban al enemigo de veinte en veinte. Los habitantes de las aldeas estaban tan pobres, que habiéndose alojado en ellas á discrecion la caballería de Juan de Contreras, salian al camino á pedir limosna á fin de cumplir la obligacion de sustentar á los soldados y de dar heno y avena para la caballería, espectáculo, segun cuenta un escritor coetáneo, que partia el corazon. Las tropas que llegaban de refuerzo no llevaban ni un ducado para sustentarlas, y las que anteriormente habia tan destruidas estaban, «que eran pocos al pelear y muchos al cobrar, como que una tercera parte de ellos se componia de enfermos y de oficiales.» La soldadesca del regimiento del Conde de Solms robaba el país, saqueaba las iglesias y casas nobles, y áun cuando llegó más tarde algun dinero, que repartió como mejor pudo el comisario Melendez, con el hábito contraido continuaron los robos y las desatinadas quejas contra el inconsolable y celoso Verdugo, hasta que despues de caer Groeninga en poder de holandeses ya fué general la desobediencia, y los que habian quedado, alemanes, valones, y por último, la mitad de los españoles, se pusieron sin licencia en camino, de tal suerte que lo pasáran mal los pocos que no se habian desbandado sin las lluvias que impidieron al conde Mauricio aprovechar la ocasion. Basta lo referido en breve compendio para esplicar el término de aquellas campañas, esto es, la pérdida de Frisa, á pesar del celo del gobernador y gallardía de los soldados castellanos en el campo de batalla, y para que se comprenda el orígen de los gravísimos sucesos que en gran parte contribuyeron á la fundacion y consolidacion de la república holandesa.

Mas dando punto á estas breves citas de Verdugo, cuyo libro es tan interesante para nuestra historia militar, y valiéndonos de otras autoridades de igual peso, ya es tiempo de referir lo que ocurrió en el Brabante luégo que llegaron á aquella provincia los italianos y demas tropas inobedientes, á quienes muy de mal grado hubo de conceder el gobernador de Frisa licencia de que se volviesen, dando aviso de ello al Archiduque y á los Condes de Mansfelt y de Fuentes.

Pero cuidándose éstos del aviso y del peligro ménos de lo que convenia, alojaron algunas compañías de aquella soldadesca en Arsxct,

y otras en Sichem, no con tanta comodidad como ella pedia para descansar de los trabajos y reponerse de las privaciones de Frisa, y hasta olvidaron pagarla «fiados en que tan poca gente no era de temer» (1). Les salió errada la cuenta, porque exasperados los napolitanos con la noticia de que se habia dado el dinero de las pagas destinadas para ellos á los del tercio de Capizuca, por cierto de su misma nacion, los cuales habian hecho el motin de Saint Paul, que ahora habia intento de apaciguar, se pusieron entre sí de acuerdo, y saliendo los de Arscot al son de cajas y con el grito de *viva Dios y el Rey*, echaron á sus capitanes y fueron á reunirse en Sichem, cuya plaza era más fácil de fortificar, con los que en ella estaban alojados. Allí comenzaron á recibir gente de los regimientos de *naciones* que habia en Brabante, asistiendo por el pronto mil infantes y más de ochocientos caballos de las compañías que estaban preparadas para ir á socorrer á Groninga, cuya ciudad, que ya corria los mayores peligros, estaba á punto de caer en manos de los holandeses.

Conviene advertir que en cada nuevo motin ocurrian circunstancias más agravantes: acaeció en éste, y pasó por desvergüenza no vista hasta entónces, que se fueron á meter en él no sólo caballeros de la tierra, sino hasta alféreces y tenientes reformados, á quienes nada se debia, y que éstos solicitaron á otras personas de grandes pagas á que hicieran otro tanto, de cuyo modo se hizo la llaga más incurable. Y en efecto, este paso era claro indicio, aunque la falta de pagas fueran de tales desórdenes principal origen, de que ademas de aspirar á cobrarlas se deseaba tambien prolongar la vida cómoda y licenciosa de que los alterados gozaban (2). Segun parece se juntaron en Sichem con los italianos, que eran los más numerosos, doscientos irlandeses y algunos valones, flamencos, albaneses, alemanes, ingleses, escoce-

(1) Tan mal alojados estaban que, segun el contador Carnero refiere: «en la villa rota y quemada (de Arscot) apénas tenian los soldados en que meterse debajo de cubierto, y los pocos burgueses que habia, tan pobres, que no podian asistirles ni áun con una cama en que dormir.» CARNERO, *Historia de las guerras civiles*, etc., pág., 343.

(2) «Así fué que desde Italia, Alemania, Francia, Escocia y otras partes, muchos soldados antiguos que estaban despedidos y pagados, á quienes nada se debia, acudieron á meterse en el motin.» ANTONIO DE HERRERA, *Historia del mundo*, etc.

ses y muy pocos españoles, y un griego, de manera que eran once las lenguas que hablaban los del motin (1). Cuesta trabajo dar crédito á los desmanes de aquella desenfrenada soldadesca, delante de la cual parecia tener las manos atadas el gobierno de Bruselas. Dióse á sí propia el título de República de Sichem, y á su nombre empezaron á enviar cartas patentes selladas y firmadas á ciudades y lugares, repartiendo entre ellos las contribuciones (2). Comenzaron por poner á tributo las más cercanas, como Lovaina y Dist, con promesa *de guardarles su amistad*, y acabaron por extender á toda la provincia del Brabante sus vejaciones, de tal suerte, que aunque de parte de los vecinos hubo conatos de resistencia, las salidas y pecoreas de los sublevados les causaron tal daño, que hubieron de sufrir la ley del más fuerte.

Al conde Juan Jacome de Beljoyoso, que fué con una carta del Archiduque á proponerles concierto, respondieron que «se habian visto forzados por la extrema necesidad, y no querian sino el sueldo que con gran trabajo habian ganado en servicio del Rey»; y temiendo que fuesen de algun efecto la presencia y palabras de dicho Conde, no consintieron que se acercase á tiro de mosquete, y le dijeron que si habia de volver fuese con la paga, y no con vanas palabras. Por último, en contestacion á nuevas instancias presentaron memoria de sus pretensiones y fueron: que se les diese la paga de cuanto se les debia; que se les concediera perdon general; que se les diesen cincuenta licencias para los oficiales que habian elegido, y escolta hasta lugar seguro; que no pagáran los soldados lo que no hubiesen recibido, se señalase una plaza para los estropeados y se pagasen los testamentos (es decir, las mandas que ántes de morir dejaban los soldados sobre sus pagas atrasadas, á favor de camaradas, parientes ó amigos); que so pena de la vida no fuera llamado amotinado ninguno de los de esta alteracion; que á contar del principio de ella pagase el Archiduque la pólvora que ellos hubiesen tomado; que una vez el motin terminado cada soldado pudiera servir en la compañía que quisiese; que tambien fueran pagados los capitanes y oficiales que no habian tomado parte en el motin. Pero la condicion más dura é inaudita fué que se diesen *diez* pagas á todos los que se hallaban con los amotina-

(1) Antonio de Herrera, *ibid.*
(2) V. Carnero, pág. 344.

dos, aunque ninguna se les debiese.—Parecieron, como lo parecerán al lector, sobrado *crecidas* y *arrogantes* estas propuestas; mas fueron inútiles las representaciones que por una, dos y tres veces fué de nuevo el Conde italiano á llevarles, así como otra muy semejante del Príncipe de Avelino. Llegó á tanto el escándalo, que habiendo salido la caballería amotinada á buscar forraje y bastimentos, y á cobrar contribuciones de los villanos, para hacer mayor alarde de su insolencia se alojó una noche junto á Brusélas, donde residia el Archiduque, y á la siguiente mañana pasó en escuadron junto á las murallas. Conociendo cuán grande habia sido su atrevimiento, para ponerse al abrigo de la ira y del castigo aumentaron sus exacciones y recogieron gran cantidad de vituallas preparándose para un largo sitio.

Ya entónces se conoció que era necesario proceder por via diferente de las amonestaciones, y se dió órden á los lugares de la comarca para impedir que les llegasen mantenimientos, á cuyo fin quiso tambien concurrir el obispo de Lieja, levantando ochocientos infantes y cuatrocientos caballos, y colocándolos hacia Centron, en sus fronteras; mas era gente inexperta y cayendo sobre ella de noche con ménos fuerza los amotinados, la pusieron en fuga, y obligaron al obispo á concertarse y pagarles tributo. Tampoco tuvieron mejor suerte algunas tropas que envió el Archiduque para quitarles el paso de un rio entre Sichem y Dist, ni otra tentativa de cortar unos puentes para dejar separada la caballería de los infantes, y de lo bien enterados que estaban los amotinados de este y otros proyectos, se infirió les pasaban avisos de Brusélas, y áun se achacó la culpa á algunos italianos que aparentaban particular celo á servicio del Rey. Nada podian intentar miéntras tanto las armas españolas, y faltando, por último, los socorros al gobernador de Frisa, habia capitulado Groninga (22 de Julio de 1594).

Convencido de que otros medios no servian, dispuso, por fin, el Archiduque enviar á D. Luis de Velasco con cuatro mil infantes españoles y valones, que segun un autor fidedigno «*iban bien de mala gana*» (1), y con alguna caballería al mando de D. Francisco de Pa-

(1) Segun Carnero «fueron bien de mala gana D. Luis y sus soldados, porque en fin, consideraban que aquella gente habia servido muchos años al Rey, y que si se defendian les obligaban á romper con ellos, y tratarlos como enemigos.» CARNERO, pág. 244.

dilla, á que fueran á poner sitio á los del motin, los cuales en el tiempo trascurrido habian ido á saquear una abadía y alojarse en ella. Mediaron todavía tratos inútiles, y viendo á la postre les faltaban otros medios para su salvacion, enviaron comisarios y rehenes al Conde Mauricio de Nassau, pidiéndole salvo conducto que les concedió aquel Príncipe, diciéndoles estimaba su valor, compadecia sus trabajos y no aprobaba su resolucion (1), pues que no siempre podian los príncipes cumplir con los soldados, y éstos debian mirarse en ello ántes de entrar por camino de tanto daño para los pueblos; por cuyas razones no quiso ni admitirlos á su servicio, ni pagarlos, ni fiarles plaza; pero les ofreció hacerles amistad en permitirles tratasen y platicasen en aquellos estados, y que se acogiesen á ellos si se veian forzados, y áun proporcionarles vituallas, artillería y municion para que se defendiesen, que era darles calor para que batallasen contra el Archiduque. Pasaron estas negociaciones, por el tiempo en que se preparaba á acometerlos D. Luis de Velasco, siendo ya grande el enojo causado por la noticia de estas inteligencias (2) con los enemigos del Rey, tanto en el cuartel del ejército como en Brusélas. Mediaron combates que casi pueden llamarse batallas. En 13 de Diciembre de 1594, llegaron á las manos los soldados leales con los alterados, y con pérdida no leve de una y otra parte, pues de los primeros se sabe tuvieron doscientos muertos, se vieron los contrarios obligados á dejar los fuertes y meterse en Sichem (3), y de allí, aprovechando una fuerte helada, con la que se hicieron los caminos más transitables, á favor de alguna astucia y andando en siete horas lo que se suele andar en veinte y dos, fueron la vuelta de Breda, y se atrincheraron á tres leguas de San Gertruydemberg, en país enemigo, donde siguieron viviendo por algun tiempo, con cierta estrechez, sin peligo, pero sin que consintiera el conde Mauricio tomarlos á sueldo, por más que ellos lo pidieron (4). No intentaba con ello dar pruebas de particular deferencia hácia el Rey de España, pero sí de buena política, que no le aconsejaba admitir en sus estados aquella pestilencia.

(1) Herrera, t. III, fól. 449.
(2) V. Coloma, fól. 155 v.°
(3) Herrera.
(4) Esto último lo niega Coloma, pero ademas de los autores extranjeros lo afirman Carnero, Herrera y otros españoles.

Algo más tarde (1595) se movieron los amotinados, al parecer con direccion á Bolduque, é hicieron proposiciones de concierto, á las cuales se creyó prudente dar oidos para evitar que del todo se desesperasen, y habiendo sido nuevamente encargado el Conde Belgiojoso (1), de proseguir el trato, despues de muchas dificultades y dilaciones quedó al fin convenido se rebajase alguna parte de las anteriores exigencias. Concediósele, sin embargo, perdon general, con prohibicion de que persona alguna los llamase amotinados; hechas las cuentas habian de ser pagados de cuanto se les debia; despues podian servir en la compañía que elegiesen, como fuera de su nacion; á los que habian sido oficiales en el motin se les daba licencia de partir para donde quisieran, con cuatro licencias más á su voluntad, y los demas habian de jurar que servirian fielmente á su majestad. Pero entre tanto que eran pagados se les habia de alojar en Tillemont, acudiéndoles con los necesarios mantenimientos, y habia de quedar en sus manos, en rehenes, D. Francisco de Padilla, á quien tuvieron en tal recogimiento que nadie podia hablar con él «sino mediaba licencia del Electo y consejo, y gran necesidad.» Mucho tiempo pasó sin que hubiese modo de darles sus pagas atrasadas, de tal suerte que en aquel estado continuaron por espacio de más de un año. Y en todo este plazo se les hubo de pagar una contribucion de quinientos ducados al dia, siendo así que desde Julio de 1594, léjos de prestar al Rey servicio alguno, fué preciso alguna vez enviar tropas leales á que peleasen con ellos en sangrientos combates, divirtiéndolas de otros empeños de importancia. Se ha de tener en cuenta que quinientos ducados diarios, y dos mil quinientos soldados, eran guarismos crecidísimos, si se atiende á los recursos que tenía la hacienda, y al número de hombres de que se componian los ejércitos por aquellos tiempos.

No tuvo realmente término aquel motin sino despues de la toma de Hults (20 de Agosto de 1596), hallándose ya encargado del gobierno de los estados el Archiduque Alberto, á quien de Madrid habian enviado recursos, con cuya ayuda pudo lograr así éste como otros varios ventajosos resultados. Habia durado, por lo tanto, esta alteracion veintiseis meses, contando desde el tumulto de Arscot y Sichem, y mucho más si se atiende á los principios de la insubordinacion en

(1) Herrera, III, fól. 515.

Frisa, de donde puede decirse salieron ya amotinados aquellos tercios y compañías. Asistió en Fillemont al cumplimiento de lo pactado el capitan Gerónimo Doria, y se distribuyó á los amotinados lo que se les debia de sus atrasos en la forma acostumbrada, dándose facultad á los soldados de ir á servir debajo de las banderas ó estandarte que quisiesen (1). Segun parece, fuéronse de los italianos más de la mitad á sus casas cargados de dineros, y con los que quedaron se rehizo la caballería de aquella nacion; de infantes los poquísimos que no se marcharon se resolvió fueran añadidos al tercio de Friviço. Las pagas atrasadas ascendieron á cantidades crecidísimas, tanto por venir de muy léjos los atrasos, como por haber entrado en el motin las compañías italianas que llamaban en el ejército *favoridas*, y fueron como escolta del Duque de Parma, en las cuales casi todos eran *entretenidos*, otros muchos *aventajados* y áun oficiales que gozaban de grandes sueldos. A estas sumas, por no haber sido pagadas en su debido tiempo, se han de añadir los quinientos ducados diarios que cobraron los amotinados durante cerca de dos años sin prestar servicio alguno, y lo que es todavía mucho más importante para formar idea acertada del estrago que causaban estos desórdenes, el importe de las contribuciones que cobraron y exacciones que hicieron en todo el Brabante, con gran lucro suyo, pues que se calculó el producto en más de lo que importaban los remates ó alcances, y áun mayor detrimento y ruina de los pueblos (2). De manera que el interés de aquellas pagas atrasadas se puede estimar en millones de ducados.

No he hablado hasta aquí sino sólo del motin de Sichem, aunque no fué éste el único que ocurrió por aquel tiempo, pues que en Noviembre de 1594 estalló ademas el de la Capelle, plaza de Francia, en el cual tomaron parte tres compañías de españoles y dos de valones, siendo la primera vez, dice un autor contemporáneo, en que estas dos naciones se acomodaron entre sí para una accion tan infame (3). Echaron al gobernador Simon Antunez y á los capitanes y oficiales, y aunque al tener noticia del suceso quiso concertarse con ellos el Archiduque, pactando que no admitiesen más gente, cuando llegó con la propuesta Gaspar Zapena ya habian recibido al pié de

(1) Coloma, fól. 232 v.°
(2) Coloma, fól. 156.
(3) Coloma, fól. 184 v.°

otros trescientos caballos españoles, entre los cuales se contaban algunos, y no pocos, de los *rematados*, es decir, alterados y luégo pagados en el motin de Saint Paul, de suerte que aquello de los motines habia llegado á ser un hábito y hasta un oficio para los malos soldados. Cerraron luégo la puerta, no recibieron más gente al motin, vivieron de contribuciones, y aunque no hacian el servicio debido, alguno resultaba de las correrías que ejecutaban hasta las puertas de París, con no poco daño de los franceses. Tuvo término esta alteracion al mismo tiempo que la de Sichem, siendo pagados los que la habian hecho, en Agosto ó Setiembre de 1596, de suerte que estuvo en pié por espacio de veintiuno ó veintidos meses, y aunque no fué de tanto escándalo como la otra de que se acaba de hablar, tuvo apartadas de su deber á excelentes compañías de caballos que pudieran haber contribuido á las victorias del ejército. Rehiciéronse al cabo de dicho tiempo tres compañías de lanzas y arcabuceros, los infantes pasaron adonde quisieron, y del gobierno de la Capelle volvió á encargarse Simon Antunez. Ocurrieron, ademas, en este intervalo de tiempo otros desórdenes militares, y sabemos, por ejemplo, que cuando ménos se pensaba, siguiendo el ejemplo de los demas amotinados, se sublevaron los alemanes del Conde de Pernestain, en la córte de Bruselas, donde, despues de prender á su coronel, no permitieron la entrada á un tercio de infantería española, llamado por el Gobierno con la mira de que reprimiera á los tudescos insubordinados. No ofrecen las historias de aquel tiempo noticias particulares de este suceso, pero es sabido que dificultó y retardó los designios del Conde de Fuentes, cuando se preparaba á entrar en Francia por la Picardía, en el año de 1595 (1).

Dieron mucho que discurrir estos motines tan frecuentes, prolongados y perniciosos á los militares y políticos, y á los historiadores de aquella época, siendo cuerda su comun opinion de que no habia otro medio de impedirlos sino el de pagar puntualmente á la gente de guerra, pues aunque alguna vez hubo ensayos de aplicar un riguroso y merecido castigo, si bien pudo aplicarse á las tentativas de los más díscolos, era ya difícil despues de generalizada y triunfante la alteracion en presencia de los enemigos. Merece notarse que con la fre-

(1) A. de Herrera, *Historia general del mundo*, etc., t. III, página 517.

cuencia de tales desórdenes llegaron á establecerse ciertas prácticas constantes, no sólo para despedir á los capitanes, designar electo y otros oficiales, sino tambien para cobrar contribuciones de las comarcas próximas, y por último, para la liquidacion, pago y terminacion de aquella especie de tumultos, sujetándolos á cierta órden. Fué gobernador de la caballería en el motin de Sichem, Juan Bautista Rossa, que ántes habia sido capitan de una compañía y persona de opinion (1), y, segun Coloma, la forma de gobierno que establecian, fundada en hacerse temer con rigor inviolable (2), si bien como violenta no podia durar mucho, por poco tiempo era eficacísima y tal, que la obediencia y buen órden en ningun género de milicia se vió mejor observada. Antonio de Herrera llega hasta el punto de explicar cuáles eran las regles generales aplicadas para pagar y concluir los motines, y es ciertamente tan original como vergonzoso aquel código de la indisciplina. «Las condiciones, dice (3) gravemente este autor, que se suelen otorgar á los amotinados son: el perdon general, la paga de lo que se les debe; muestra general para pasar cada uno á la compañía que quisiese.» Aparte de estas pretensiones, en las cuales, segun este cronista, no mediaba particular reparo, habia otras que parecian desmedidas, como fuerón, segun hemos visto, las primeras que pidieron en Sichem, de que *se habian de dar seis pagas á aquellos á quienes nada se debiese*, y ciertas prácticas calificadas de escandalosas áun en la jurisprudencia del motin, de las cuales en cada nuevo caso se discurrian y alambicaban algunas todavía más perniciosas que las ya conocidas, como aconteció en otros tumultos posteriores á los referidos, y á los cuales fué ya preciso aplicar duro cauterio. La consecuencia general no solia ser que dejáran de guerrear bien los soldados en el dia de la batalla; por lo ménos, los soldados españoles, de los cuales dice D. Bernardino de Mendoza, que, «era su costumbre diferente de las demas naciones, que piden sus pagas á los generales ántes del pelear, y al tiempo del venir á las manos con los enemigos, y los españoles despues de haberlo hecho y combatido» (4). Pero si de

(1) Coloma, fól. 157.
(2) Id., fól. 157 v.°
(3) *Historia general del mundo*, etc., tomo III, pág. 243.
(4) *Comentarios de D. Bernardino de Mendoza, de lo sucedido en las guerras*, etc. (Madrid, 1592), fól. 245 v.°

esta suerte no se impedia que se batallase bizarramente, al dia siguiente no se sacaba partido del triunfo, y era consecuencia infalible que tras de las mayores proezas se malograse el fruto de las campañas, como sucedió al dia siguiente de la batalla de Mockem. En la época á que principalmente me refiero, que es la que precedió á la narracion de D. Diego de Villalobos, el resultado de las malas pagas, miserias, desnudez, tumultos y pecoreas de los soldados, concurriendo otras causas, fué que del todo se acabase de perder la Frisa, ántes baluarte del poder español y luégo ciudadela de los estados rebeldes; y que éstos sacaron en adelante unos seis mil soldados y otros recursos de aquellas provincias, cuya adquisicion pudo considerarse como suceso decisivo para consolidar el establecimiento de la nueva república. Agravóse la desgracia con ocurrir otras pérdidas, y padecieron males crueles las provincias fieles con las correrías y exacciones de aquella desmandada soldadesca, que acabó de empobrecerlas y desolarlas.

Estuvieron, ademas, como en suspenso las armas, miéntras tanto que el exhausto tesoro de España continuaba oprimido con carga muy superior á sus fuerzas; malogróse la ocasion que ofrecian los hielos de un invierno rigurosísimo para penetrar á pié enjuto hasta el corazon de las provincias septentrionales; dióse tiempo á los holandeses de que reparasen sus pérdidas y á favor del descanso organizaron y aumentaron sus fuerzas, tan alentadas con la capitulacion de Groninga. En tan tristes circunstancias comenzó el Conde de Fuentes su hábil y gloriosa campaña, cuyo mérito nunca alcanzará á comprender quien ignore cuál era anteriormente la situacion general de los negocios, y, sobre todo, la del ejército del Rey de España que militaba en los estados de Flándes.

Lamentábanse todos, áun entre los mismos consejeros y cortesanos del Archiduque, del extremo á que habia llegado el desórden é indisciplina de la milicia. «Tan estragada se encuentra, decia en una Memoria manuscrita (1) el consejero d'Assonleville al archiduque Ernesto, poco despues de la llegada de este último á Bruselas, que no hay regla, ni freno que respete, segun es grande la licencia de hacer cada cual lo que quiere sin obediencia, respeto ni castigo, y sin que sirva la gente de guerra sino de consumir la hacienda de S. M., vién-

(1) Citado por Mr. Borquet en su *Resúmen de la revolucion belga del siglo* XVI, fólios 131 y 132.

dose sus súbditos exasperados y empobrecidos por una multitud de capitanes, alféreces, oficiales desmandados, de poco provecho, cargados de una muchedumbre de mujeres, niños, criados y bagajes, de donde resulta suma confusion, desórden y exacciones de que nadie se liberta.» Esto era lo que me habia propuesto esclarecer, y ahora añadiré una breve relacion de los motines que ocurrieron despues de salir de Flándes el Conde de Fuertes, en el tiempo que abraza la relacion de Villalobos y en el período siguiente hasta la muerte de Felipe II, para que se vea que más bien se hallaba el mal contenido que desarraigado, no habiendo desaparecido sino por breve espacio las causas de donde necesariamente manaba.

Terminadas las felices campañas de Picardía en 1595 y 1596, á las cuales acompañaron en su principio algunos triunfos en Flándes, como lo fué la toma de Hults, se empezó á tratar con Francia de paces que permitieran encaminar todos los esfuerzos contra los Holandeses, y al ocurrir la pérdida de Reinberg, que cayó en manos de éstos últimos (en 19 de Agosto de 1697) ya habia tiempo que estaban medio amotinadas las seis banderas de alemanes que guarnecian aquella plaza (1). Despues de la rendicion enviólas el conde Mauricio, con escolta, á la ciudad de Gueldres (2), donde estaba lo restante del regimiento, que era el viejo del Conde de Vias, y donde no quisieron los oficiales recibir aquella gente, por tener aviso de que iba insubordinada; pero aunque le cerraron las puertas se entendieron unos con otros los de dentro y los de fuera, y todos juntos se amotinaron echando de allí al conde Enrique de Berg y á los capitanes y oficiales, como en semejantes desórdenes era costumbre, sin que acerca de éste refieran los historiadores otras particularidades notables. Más graves fueron los que ocurrieron al tiempo de terminar los tratos, que dieron por fruto la mencionada paz de Vervinss y áun despues del convenio, por haber llegado, con este motivo, á temer los soldados no se les diesen las pagas que estaban pendientes. A principios del año de 1598 se amotinaron (en 2 de Enero) los soldados españoles y de otras naciones del presidio de Calais, plaza ganada poco ántes á los franceses, si bien la valerosa resistencia de algunos cabos, con encuentros, muertos y heridos de ambas partes, obligó á los alterados á re-

(1) Coloma, fól. 275 v.°
(2) V. la nota.

ducirse al castillo dejando la ciudad libre. El gobernador de la plaza, Juan de Ribas, y el maestre de campo Juan de Texeda, enviado por el Archiduque, entraron en tratos con ellos y les señalaron para que viviesen contribuciones en el mismo distrito, y en los vecinos de Flándes y de Artois, que era el medio usado de regularizar los motines. Doce dias despues echaron de Ardres los de aquel presidio á sus cabos, oficiales y banderas, y otro tanto hicieron los de Dorlans (ó Doullens) y los de Ca-elet. En Cambray se logró limitar el motin á la ciudadela, y áun más felices fueron en reprimirlo por completo los gobernadores de la Esclusa y del Saso (de Gante), logrando este último castigar pronta y severamente á los promotores. No dieron, sin embargo, corto cuidado aquellos tumultos por lo que estrechaba el plazo, dentro del cual habian de ser algunos de aquellos lugares entregados para cumplir lo ajustado en las paces; más aunque era grande la escasez del dinero no fueron, al fin, inútiles las diligencias del Archiduque y de sus ministros, y pudieron ser devueltos en el dia convenido, así como Blavet, plaza de Bretaña, situada á larga distancia, tambien poseida por los españoles, porque hasta allí habia alcanzado desde Flándes el pernicioso ejemplo de los *motines*. Mencionan otros los historiadores por aquellos mismos dias, como fueron los de Berta, Watendonck y Estral, que luégo fueron pagados al mismo tiempo que el referido de Gueldres, con el dinero que se logró trajese de España el secretario Juan de Frias. Segun parece, sólo tomó parte en estos últimos la infantería alemana.

Pero los más famosos de aquel tiempo, y los de mayor daño, fueron los de Liera, Gante y sobre todo el del castillo de Ambéres, donde habia de presidio ó guarnicion setecientos infantes españoles y dos compañías de caballos, y toda esta gente reunida cometió el doble delito de cerrar las puertas, en los ojos, á su castellano que volvia de Bruselas, y abrirlas de par en par á más de otros cien soldados de grandes alcances, y entre ellos dos tenientes que acudieron á tomar parte en la alteracion, para tenerla luégo en la paga. Cuando el Archiduque Alberto se disponia á partir para España (1), tuvo noticia de

(1) A fin de celebrar su casamiento con la infanta Isabel, viaje y ceremonia que dieron lugar á crecidísimos gastos; partió el Archiduque de Bruselas á 14 de Setiembre de 1598. (V. Herrera, t. III, página 771.)

estos desmanes, los cuales sirvieron, como siempre, de obstáculo á las empresas que estaban dispuestas, y entónces de muy particular daño para la ciudad de Ambéres, ántes la más floreciente de aquellos estados, tal vez de toda Europa, y á cuya decadencia lamentable contribuyó una y otra vez el desenfreno de la soldadesca por la facilidad que allí hallaba de cometer las más violentas exacciones. Refiere Carnero que hacía esta soldadesca «alguna violencia á los de la villa, y que por excusarla los del magistrado les acudieron con vituallas y lo que habian menester hasta que fueron pagados» (1). Pero los escritores extranjeros refieren otras particularidades, acaso exageradas (2), si bien es difícil señalar los grados y límites del mal en tales casos. Cuentan que los del motin exigian crecidas pagas (12 stivers diarios y á proporcion los oficiales); que el electo ademas de su sueldo reclamó el uso de coche con seis caballos, lecho regio colgado de seda, y cuanto se requeria para la profusion de diarios y opíparos banquetes; y que á la menor tardanza comenzaban á disparar sus cañones con tan buena puntería contra las casas de los vecinos, que les era urgente ceder ante aquella especie de apremio. Prolongóse por algun tiempo el desenfreno y el cardenal Archiduque Andrea de Austria, que habia recibido en depósito el gobierno de manos de su primo el ex-cardenal Alberto, ántes de que se ausentase este último, hubo de ir en persona á Ambéres mostrando vivo deseo de pagar y apaciguar aquel motin, si bien fué su solicitud vana durante algunas semanas por falta de dinero y crédito, enfermedad ya antigua y ahora exacerbada á consecuencia del famoso *decreto* de 1596. Cuán grande sería el temor de los habitantes de aquella ciudad, de cuya memoria no habian podido borrarse los espantosos sucesos de 1576, será fácil adivinarlo á los lectores teniendo en cuenta que pedian los amotinados sumas crecidas, pues que ademas de las siete últimas pagas que estaban pendientes, reclamaban lo que en Italia y otras partes ántes de que fuesen á Flándes habian dejado de cobrar. Dice un historiador coetáneo que «llegaba el remate de aquellos insolentes á trescientos mil ducados, cantidad mucho mayor de lo que permitia la estrecheza

(1) Carnero, *Guerras civiles de Flándes*, pág. 432.

(2) Con esta salvedad cito en esta sola ocasion lo que cuentan los extranjeros, ciñéndome en el texto de mi narracion á lo que resulta del testimonio de los historiadores españoles de mayor autoridad.

de los tiempos.» Pero, al fin, con la ayuda del pagador general y de Juan de Mancicidor, secretario del Archiduque, se logró sacar aquella cantidad de los hombres de negocios y de otros particulares con seguras asignaciones (que hoy llamaríamos garantías) y con gruesos intereses, prometiendo ademas el Cardenal no salir de los estados sin haberles dado satisfaccion.

Aquella vez estaba resuelto imponer á los amotinados un ejemplar castigo, y para llevar á cabo el propósito sin salir el Cardenal de los límites de su palabra, refiere el mencionado historiador que se valió del siguiente medio:

«Hízose el pagamento á los diez de Enero, y el mismo dia salió toda aquella gente con la acostumbrada eleccion de escoger los tercios y compañías donde quisiesen servir entre los que estaban en campaña. Algunos, y en particular los que se hallaban á caballo, tomaron la via de España por Francia, hasta que se atajó el paso poniendo buenas guardias y ahorcando algunos el preboste general. Muchos, fingiendo ir al campo pasaban la Mosa, por Mastrique, y torcian por el país de Juliers con intento de dar consigo en Italia; mas como hallaban á los alemanes exasperados contra su nacion, pagaban los pecados ajenos, aunque no libres de otros no ménos dignos de semejante azote del cielo; sirviéndoles, por último, de ocasionar su muerte el mismo dinero con que pensaban regalar la vida; tan mal se logra lo mal adquirido. Acudian á la fama de su riqueza todos aquellos villanos sedientos de sangre española, y pocos volvian sin presa. Llegaron con todo eso al campo entre infantes y caballos, cosa de cuatrocientos; unos escarmentados en sus compañeros, otros vencidos de las lágrimas de sus mujeres é hijos y del cariño de aquellos estados á quien tenían más amor que á su propia patria.» Tambien fueron castigados los de Liera y Gante, aunque sin tanta severidad «por haberse gobernado en su alteracion con mayor modestia, no dejando entrar ninguno de fuera, ni pidiendo el real de servicio de muchos años.» Sólo los electos y oficiales se vieron obligados á salir de ambas ciudades.

Ha parecido oportuno dar noticia circunstanciada del motin de Ambéres, por haber sido el único de cuantos llegaron á estallar en aquel período, que fué pagado y luégo castigado severamente, y áun no bastó este escarmiento, porque en vez de decrecer aumentó despues, cuando ya parecia imposible la insolencia y escándalo de estas sublevaciones perniciosas. No habia dado otro fruto la costosa y san-

grienta empresa de la isla de Bomel, sino el apoderarse los españoles del fuerte de Creveccœur, y construir el de San Andres. Poco despues, en 1599, cuando su general el Almirante de Aragon atendia á perfeccionar el último de dichos fuertes, déjandolo bien provisto y amunicionado, empezaron los soldados á mostrarse descontentos por la misma razon de siempre; recorrian el país y cometian desórdenes sin que los oficiales consiguieran tenerlos en obediencia ni se atrevieran á meterlos en plazas, por miedo de algun general motin, y al fin no pudo excusarse este daño, porque hallándose el Almirante entre Grave, Roremunda y Maestrich, se juntó aquella gente licenciosa en número de quinientos infantes y cincuenta de á caballo, entre españoles é irlandeses, y entrando en Hamont, lugar cercado en el país de Lieja, nombraron electo y oficiales, sin querer escuchar al maestre de campo Zapena que habia sido enviado á sosegarlos con ofrecimiento de paga. En vez de aplacarse admitieron á otros muchos, y de su prolongada desobediencia por espacio de meses, dice el contador Carnero: «que resultaron grandes é irreparables daños al servicio del Rey.» Era tan grande el terror que á los pueblos inspiraba el estrago de estos desórdenes, que todos se apresuraban á cerrarles las puertas, y cuatro compañías que habian escapado con gran trabajo de manos del conde Mauricio, cuando éste ganó á Watendonc, estuvieron por esta causa á punto de perecer (1).

Pero áun fueron más criminales los soldados que se amotinaron en los fuertes de Creveccœur y San Andres, que tanta sangre habian costado. Recorria en aquellos dias el archiduque Alberto sus nuevos estados, recibiendo en ellos el juramento de fidelidad, y envió al famoso coronel la Barlota (la Bourlote) á que tomase puesto y se fortificase al otro lado del rio Waal con algunos alemanes, valones y borgoñones, con quienes más se contaba por haberlos levantado de nuevo, y con algunos soldados y piezas de artillería que habia de sacar del fuerte de San Andres. Pero al llegar á las cercanías, supo la Bourlote que se habian amotinado los presidios, tanto de aquel castillo como de Creveccœur. Quedó la ocasion desaprovechada para el Archiduque, que nada pudo hacer durante aquel invierno, mas no para el conde Mauricio, sobrado vigilante para perder las que se le ofrecian, y así es que,

(1) Carnero, pág. 468.

acometiendo una despues de otra á ambas fortalezas, sin que el Archiduque pudiera salvarlas, por haber derrotado el enemigo las tropas de socorro, á poco se rindieron las de Creveccæur, que eran de alemanes y valones. Tampoco pudo D. Luis de Velasco, con un ejército de seis mil hombres, obligar á los enemigos á que levantasen el sitio del fuerte de San Andres, cuyos defensores, ó más bien los que debieran serlo, que eran todos valones de Achicourt, y alemanes del Conde de Vias, dieron al mundo uno de los mayores ejemplos de infamia. Dejo que la refiera el contador Carnero. «Ocho dias despues (de una derrota de la caballería católica destinada al socorro) se rindieron los soldados del fuerte de San Andres infame é inicuamente, entregando aquella fortísima plaza al enemigo por cincuenta mil escudos que les dieron, teniendo comida para seis meses y más de cien toneles de pólvora».... Añade luégo el mismo autor que pasaban de mil hombres, y que se quedaron al servicio del enemigo. Véase, pues, cual habia sido el fruto de la preciosa y heroica sangre derramada en la empresa de Bomel, y cuán corto el escarmiento con haber sido castigada la insolencia de los de Ambéres, correccion justísima, pero remedio insuficiente si no le acompañaba otro indispensable de dar las pagas con ménos descuido y atraso.

Aun con riesgo de separarme algun tanto de los sucesos que el libro de Villalobos refiere, me ha parecido oportuno alargar esta especie de *monografía* de los motines de Flándes, de cuya materia, aunque conocida, no sé que ningun escritor haya publicado historia detenida como fuera de desear. De ella se habria inferido, si existiera, así como de mi compendiada narracion, que siempre fué idéntico el motivo é idénticos los frutos de aquella indisciplina. Nunca fué otro su orígen sino el atraso del tesoro, aunque al abrigo de este pretexto, una vez dado el ejemplo y contraido el hábito, siguiendo la progresion ordinaria de los delitos, y bajando por la pendiente de la insubordinacion militar, no faltaron luégo ocasiones de dar ensanche á la codicia, y suelta á los apetitos más criminales y feroces. El resultado fué que áun despues de ínclitas proezas las empresas se malográran, y que los estados se perdiesen; porque sin hablar más que de los principales motines, provino de aquel tan famoso de 1573 que los laureles de Mosck se marchitasen y que todos los beneficios de la victoria se desvaneciesen. Del otro tan general de Alost, en 1576, resultó que fuera preciso dar á los habitantes de los lugares y campiñas, armas con que

pudieran defenderse de las pecoreas de los soldados, armas que luégo emplearon contra la dominacion española, con tantos excesos y atropellos desacreditada; siendo la consecuencia postrera que fuese preciso sacar de Flándes á los españoles con grave riesgo de que áun las provincias meridionales y obedientes se unieran á la república Batava, si en Gembloux la espada de D. Juan de Austria no las sujetase. De los motines de Pont y Saint Paul provino en gran parte que se malograse el fruto de las anteriores expediciones de Alejandro Farnesio á Francia. De la indisciplina de las compañías y tercios, que desnudos y hambrientos hubo de despedir de Frisa su célebre gobernador, resultó que se perdiese gran parte de aquel territorio, y cuando el descontento cobró en Sichem forma de abierta rebelion, ya no hubo medio de acudir al auxilio de las provincias setentrionales. Por último, y pasando en silencio alteraciones de menor daño y nombradía, los motines de Hamont, de Creveccæur y de San Andres, fueron causa de que no pudiera el Archiduque pasar adelante en la campaña de invierno de 1599, y de que fuera estéril la sangre con tanta profusion en la isla de Bomel derramada.

Por eso tiene tanta razon nuestro autor al encarecer las grandes prendas militares que adornaban al Conde de Fuentes y en contar como una de ellas, acaso la principal, su acierto en tener ganada la voluntad á sus soldados (1), con las pagas que procuraba darles á menudo. Llega luégo hasta afirmar fueron más estas pagas *que meses sirvieron á su órden* (2); no omite mencionar la parte de mérito que en este cuidado y puntualidad correspondió al pagador general D. Jerónimo Valter Zapata, que *desde Ambéres enviaba dinero al campo sobre su crédito*, y por último, no creyendo aún haber agotado la materia y conforme á un estilo peculiar suyo, pone al márgen de la página esta como especie de sentencia ó aforismo: «con ninguna cosa se gana mejor la voluntad de los soldados ordinarios que con pagallos.» Parece á primera vista una obligacion tan reconocida la de proveer al mantenimiento de los soldados, que acaso no fuera fácil explicar la particular gratitud de éstos, el amor que al Conde de Fuentes profesaron, y el provechoso término de las campañas de 1595, tan dife-

(1) Fólio 16.
(2) V. tambien al fól. 31. «Contento el ejército del buen suceso, tuvo el Conde traza como dalles algunas pagas..... etc.»

rentes de las de otros años, si no se prestase la atencion debida á las líneas citadas que acaso encierran la principal sustancia de todo este libro, y si no les sirviesen de comentario las precedentes páginas de nuestra nota, donde se ha procurado explicar cuál era la suerte habitual de nuestros ejércitos de Flándes, y cuáles los frecuentes resultados de su funesto abandono.

Aun de lo que dice el mismo Villalobos y Benavides acerca del tiempo en que el Conde de Fuentes gobernó los ejércitos de Flándes, algo hay que rebajar (1) en cuanto á abundancia de recursos y de provisiones, pues que á pesar de la solicitud del Gobernador y de la eficaz cooperacion de D. Jerónimo Valter Zapata, fué gran dolor que continuasen en Tillemont sin ser apaciguados ni pagados los del motin.

(1) V. en el párrafo siguiente lo que el mismo autor dice: «Por no tener dineros que dar á estos alemanes que quedaron en Jatelete (Catelet) fué menester...»



NOTA III

§ VI

EL CONDE MAURICIO

Fué éste el segundo hijo que tuvo Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange, llamado *El Taciturno*, autor principal de la rebelion y fundador de la república de los Países Bajos. El hijo primogénito Felipe Guillermo, heredero del Principado de Orange, fué enviado á España, muy niño (por órden del Duque de Alba que se habia apoderado de su persona)'; educado en la religion católica, y entretenido en una decente aunque segura prision (así la califica un historiador de aquel tiempo), hasta que fué puesto en libertad cuando ménos lo esperaba, para que acompañase á Flándes al archiduque Alberto, como se refiere en otro lugar del libro de Villalobos.

Nació el conde Mauricio, año de 1567, en el castillo de Dillembourg, y su madre fué Ana de Sajonia, segunda mujer de Guillermo, aunque debió de ser opinion acreditada entre los españoles que habia nacido fuera de matrimonio, como lo dice nuestro autor.

Tenía Mauricio diez y siete años, y terminaba sus estudios en Leyde cuando fué asesinado su padre por Baltasar Gerard, en 10 de Julio de 1584. Fué despues nombrado gobernador de Holanda y general de los ejércitos de la república, en el desempeño de cuyo cargo mostró grandes cualidades que le dieron reputacion de uno de los grandes capitanes de su tiempo; se habia hecho dueño de Breda, de Gertrudemberg, de várias plazas importantes en Gueldres, Overyssel, Frisa, y, por último, de Groninga, por la época en que comienza la re-

lacion de Villalobos. Algunos historiadores españoles hablan con elogio de su talento y prendas como general, y el cardenal Bentivoglio, contemporáneo suyo, que no podia ser amigo de herejes, pero que solia mostrarse templado é imparcial en sus juicios, dice: «era dueño no ménos por arte que por experiencia de la profesion militar, y que entre otras partes de la milicia era estimado grandísimamente en dos, que son la ordenanza (que hoy llamamos táctica) y la fortificacion» (1). Encuéntrase esta opinion hoy confirmada por la posteridad y por la historia.

(1) Véanse *Relazioni del cardinal Bentivoglio*, y la traduccion española de Mendoza y Cepeses. Madrid, 1638.



NOTA IV

§ XII

EL DUQUE DE PASTRANA

Diferentes veces menciona el autor al Duque de Pastrana con elogios, por cierto muy merecidos, que es de creer despierten en los lectores el deseo natural de tener mayores noticias acerca de la vida y acciones de este personaje. Llamábase D. Rodrigo de Silva y Mendoza, fué segundo Duque de Pastrana, Príncipe de Melito, etc.; fué hijo y sucedió en los mayorazgos y títulos de Rui Gomez de Silva, privado de Felipe II, y de doña Ana de Mendoza y de la Cerda, hija única y sucesora del Príncipe de Melito, Duque de Francavila, generalmente conocida en la historia por su título de Princesa de Éboli.

A la historia de este jóven príncipe prestan particular interes, ademas de sus propias circunstancias, los nombres de sus padres tan conocidos, áun descartando cuantas sospechas pudieran ocurrir acerca de su nacimiento, segun versiones que han corrido muy acreditadas sin fundamento seguro, y que no es del caso presente examinar. Del año en que nació nada dice el genealogista Lopez de Haro, pero D. Luis de Salazar y Castro, en su *Historia de la casa de Silva* (parte II, página 539), dice que fué en Noviembre de 1562. A la muerte de su padre, el célebre Rui Gomez, que acaeció en 1573 ciertamente, y no en 1557 como dice con notorio error Lopez de Haro (*Nobil.*, t. II, pág. 307) quedó bajo la tutela de su madre la princesa doña Ana, que no murió hasta diez y nueve años más tarde. Fué el jóven Duque menino de la reina doña Ana de Austria, cuarta mujer de Feli-

pe II, y ésta le envió á que visitase en su nombre al rey D. Sebastian, que habia venido de Guadalupe en 1576, á encontrarse con Felipe II su tio. Cuenta Cabrera que eran singulares «su gentileza y lindeza», que dió su embajada y el presente de cueros, guantes de ámbar, ropa blanca y otras cosas de regalo y curiosidad, y que habiendo correspondido D. Sebastian dándole un puñal con el guarnecimiento de oro y pedrería, sacó la cuchilla y dijo: «*buena es*», sin reparar en lo precioso (1).

Si nos hubiéramos de atener á lo que refiere su cronista D. Luis de Salazar y Castro, resultaria lo siguiente: Que su madre la Princesa le llevó consigo á Pastrana, donde en aquel tiempo vivia (2), y donde el jóven Duque «juzgó estar ménos bien divertido de lo que convenia á su edad y espíritu»; que sin licencia de aquella dama, y persuadido por el Marques de la Favara, su tio, que le acompañó con otros señores y criados, pasó en Mayo de 1580 á Madrid, y de allí á Andalucía, donde su hermana y su cuñado, Duques de Medina Sidonia, le recibieron con suma alegría. Poco hubo de durar este regocijo de que habla el genealogista, guardando el más estudiado y extraño silencio acerca de sucesos harto conocidos y dolorosos para aquella familia, y ademas incurre en omisiones y en errores que no pudieron ménos de ser voluntarios.

En primer lugar ocurren dudas graves acerca de esta narracion, que sólo pueden aclararse admitiendo que hizo el Duque dos excursiones sucesivas del domicilio, y sin el consentimiento materno, con gran pena y áun ira de aquella señora, como se explicará más adelante.

Por aquel tiempo no residia la Princesa de Éboli en Pastrana, por la razon sencilla de que estuvo presa, como es sabido, desde 28 de Julio de 1579 en la fortaleza de Pinto, luégo desde principios de 1580 en San Torcaz (3), y posteriormente desde Febrero ó Marzo de

(1) *Vida de D. Felipe el Prudente*, part. II, pág. 883.

(2) Véase la *Historia genealógica de la casa de Silva*, part. II, páginas 540 y 541. *En aquel tiempo*, es frase demasiado elástica. Antes habia hablado el autor de 1577, y á continuacion de 1580.

(3) Incurrió tambien en error, por lo tanto, el Marqués de Pidal en su excelente obra sobre las *Alteraciones de Aragon* (t. I, pág. 336) al decir que estuvo la Princesa en Pinto hasta principios de 1581. Lo contrario resulta comprobado en los documentos recientemente publicados en el tomo LVI de la coleccion de *inéditos* (páginas 2 70, 289 y

1581 en su palacio de Pastrana, donde terminaron tristísima y acongojadamente sus dias algunos años despues. Por consiguiente, si fué en el lugar de su título, donde al lado de su madre faltaron al Duque las diversiones que su edad y su espíritu requerian, esto hubo de ser en 1581, ó en época posterior. Debe, pues, suponerse que de la prision de San Torcaz, que no debia de ser lugar alegre, fué de donde se evadió por primera vez contra la voluntad de su madre, si es verdad que se ausentó en 1580, como lo dice Salazar, y como parece indudable.

Hay, en efecto, noticias positivas de que salió el Duque dos veces de San Torcaz, la primera en Abril ó Mayo de 1580 con consentimiento materno; la segunda en Junio del mismo año, cuando fué el Duque á Andalucía sin consentimiento de su madre (1), si bien esta le perdonó poco despues porque habia ido en servicio del Rey (2). La otra escapatoria, la que dió lugar á más graves enojos, fué la de 1581, hallándose ya la de Éboli, aunque siempre presa, en su palacio de Pastrana.

Se sabe de una manera cierta que á principios de Mayo de 1580 estuvo en Madrid gestionando noblemente á favor de la Princesa su madre, inocente ó culpable, pero de todas suertes desventurada, y de estas gestiones no queda duda, en vista de la correspondencia que medió entre el rey Felipe II y el presidente Pazos (3). A

siguientes). Para esta traslacion, despues de muchos ruegos de su hijo, de los Duques de Medina y del bondadoso presidente Pazos, tuvo Felipe II en cuenta lo muy apretada que tenian sus enfermedades á la desgraciada y poco cuerda Princesa.

(1) «Contra su hijo el Duque son ahora las quejas (de la Princesa) porque se fué sin su licencia, y aunque le escribí los dias pasados lo bien que lo habia hecho é que le debia perdonar é echar su bendicion, no se allanó con esto.» (Pazos al Rey, á 25 Julio 1580.)

(2) «Estoy muy contento de que ha perdonado al Duque (la Princesa) que ha sido una gran cosa....., y le escribe que miéntras estuviese al servicio de S. M., le echa su bendicion.» (Fuenmayor á M. Vazquez, 10 de Agosto de 1580.)

(3) V.e el billete del Presidente (en Madrid á 2 de Mayo) que empieza: «yo di al Duque de Pastrana un papel rubricado, etc.» Véase tambien la nota marginal del Rey á otro billete del mismo Pazos, de 22 de Abril, y otros documentos posteriores. (*Doc. inéd.*, tomo LVI, páginas 305 y 323.) Lo que resulta de este billete es que en dicha

fines del mes de Junio se hallaba en Ayamonte con el Duque de Medina Sidonia y con otros nobles que por órden del Rey asistian en aquella frontera, entre tanto que el ejército español se apoderaba de Portugal, y no hay inconveniente tampoco en creer lo que Antonio de Herrera asegura de haber celebrado consejo con todos ellos el Marqués de Santacruz, para resolver lo que habia de hacerse al tiempo del levantamiento del Prior de Ocrato. En el mes de Setiembre se hallaba en Sanlúcar, de donde partió por la posta á felicitar en su nombre y en el de sus hermanos los duques de Medina (1) al rey D. Felipe, por el buen suceso de lo de Portugal (2). Aprovechóse Pastrana de aquella ocasion para hablar al Rey en favor de su madre que continuaba presa y afligida en San Torcaz (3).

Lo que tampoco ofrece duda, y esta fué la segunda desobediencia del Duque á la voluntad materna, es que por el mes de Setiembre de 1581 (4) salió de casa de la Princesa sin licencia de ésta, que entónces se hallaba presa en Pastrana. Llegó á Madrid, ocultóse durante algunos dias, y al fin se fué á presentar al Presidente del consejo, D. Antonio Mauricio de Pazos, obispo de Ávila, persona llena de prudencia y bondad, de las ménos enconadas contra Antonio Perez y la de Eboli. Habíale mandado llamar el Presidente y le reprendió con severidad, amenazándole con que el Rey le haria castigar, pues se salia de casa de su madre donde se le habia mandado que estuviese. Segun parece respondió el Príncipe «algunas mocedades poco á pro-

ocasion vino D. Rodrigo á Madrid á solicitar que fuesen quitadas á su madre las guardas que la vigilaban en San Torcaz, y que lo consiguió aparece de la carta de Juan de Samaniego á Felipe II, de San Torcaz á 16 de Mayo de 1580.—De San Torcaz volvió á Madrid el Duque poco satisfecho del mismo Samaniego. (Pazos á Felipe II, á 22 de Mayo.)

(1) Con una hija de la princesa de Éboli, hermana de D. Rodrigo de Silva y Mendoza, se habia casado el Duque de Medina Sidonia.

(2) V. *Doc. inéd.*, tomo LVI, páginas 345 y siguientes.

(3) V. *Doc. inéd.*, pág. 348.

(4) «La Princesa de Eboli me avisó con un criado suyo y carta de su mano cómo el Duque se le habia salido de casa y no sabia donde.» (Carta de Pazos al Rey, de 30 de Setiembre de 1581.) La Princesa sospechaba que habia ido su hijo á Madrid «por mejor poder hacer sus mocedades.» Estuvo oculto algunos dias el Duque y al fin le hallaron en casa de D. Alonso de Leyva.

pósito, y se motró resuelto á no volver á Pastrana, sino que iria á dar cuenta de sí al Rey, ó á Sanlúcar en busca del Duque su cuñado para hallarse con él en la jornada que habia de hacer», como en efecto se lo habia propuesto el de Medina Sidonia. Negóse su interlocutor á permitirle «que fuese á dar fastidio al Rey» en Lisboa, ni que se quedase en Madrid, pero le consintió que pasase á Andalucía, y áun escribió á la Princesa para que le diera licencia y dineros, como lo hizo esta última mandándole proveer de mil ducados para el camino, y en adelante de tres mil al año. Escribió el Duque á su madre con mucha humildad, pidiendo perdon por lo pasado, con sujecion á los consejos del Presidente, y éste lo hizo al Duque de Medina Sidonia anunciándole lo convenido y que procurase recoger al de Pastrana (1).

Pero el fugitivo se quedó por algun tiempo en Madrid, donde empezó á hablar muy suelta y descompuestamente contra su madre y contra Antonio Perez, siendo quien principalmente atizaba el fuego contra este último D. Alonso de Leyva. Comenzó desde entónces el jóven Duque á llevar vida desarreglada, á tomar dinero prestado, á decir solturas y libertades de su madre, quejándose de que no le daba para gastar, y áun no ocultó sus resentimientos contra Antonio Perez; llegaron con este pretexto lenguas poco enfrenadas hasta afirmar que dejándose llevar de malos amigos y criados trataba Pastrana de matar á su madre, voz que no halló crédito ni en el Presidente, ni en Felipe II, aunque se supo que un grande, deudo de su casa (el Almirante) anunció «que le daria de puñaladas, si continuaba diciendo mal de su madre, y tocándole en la honra» (2). Acerca de todas estas materias tampoco dice Salazar una sola palabra. Debieron de ser aquellas de que se quejaba el Almirante palabras de mozo inconsiderado, que no tuvieron consecuencia, y en Enero de 1582 ya estaba el Duque en Sanlúcar, y en encuentros con el Marqués de la Favara, unas veces su camarada, otras su enemigo, y por este tiempo

(1) Lo que precede es copia casi literal de lo que el Presidente escribió al Rey, en billete de 30 de Setiembre de 1581. *Doc. inéd.*, t. LVI, pág. 391 y siguientes. Nada de todo esto nos cuenta Salazar y Castro, pero lo hemos recogido de mejores fuentes.

(2) Billete del mismo al mismo, de 4 de Noviembre de 1581. Ibid., pág. 401 y siguientes.

muy afecto á la Princesa de Eboli (1). En Andalucía hubieron de ir en aumento los desórdenes y extravagancias del Duque, en tales términos que su familia no podia soportarlo, y así es que en Julio de 1583 escribia su cuñado Medina Sidonia á Mateo Vazquez: «No puedo llevar esta tan larga estada del Duque de Pastrana que há cerca de un año que está en mi casa, y ahora de nuevo ha recibido criados en Sevilla, y traido caballos, con tanta libertad y con tan poco agradecimiento, que así Dios me salve, que yo me espanto y avergüenzo de mí porque lo sufro» (2).

Continúa la carta del de Medina Sidonia refiriendo los excesos del Duque su cuñado, tan extraños y singulares, que es preciso dejar que en su estilo particular los refiera el ofendido. Despues de otras quejas prosigue el Duque en estos términos:

«Ya dije á V. M. como mandó (Pastrana) cortar las narices al alférez Medrano; pues ahora por fuerza en Sevilla me dicen que le han hecho perdonar, habiendo sido el más grave caso que ha sucedido en Castilla, que yendo un hombre por un camino salgan á él doce soldados y le asgan, y le comience á cortar las narices el capitan, y porque no cortaba bien la espada probaron otras, y áun creo que todas. Díjole el capitan: «el Duque de Pastrana me manda para que os mate.» Yo le hice prender (al capitan) y le tengo sentenciado á cortar la cabeza. En tanto no sé lo que la justicia hará..... De esta manera se vive aquí, y con estos bandos y tiranías..... y con la venida de D. Alonso de Leyva (3) se ha puesto todo peor. El Duque de

(1) «El Duque de Pastrana se fué á él (el Marqués de la Favara) y le dijo que ni él ni su hermano lo querian ver.» *Capítulo* de carta del Duque de Medina Sidonia.

Ibid., pág. 472.

(2) *Carta del Duque de Medina Sidonia á Mateo Vazquez*, de Conil á 25 de Julio. El colector y anotador del tomo de documentos cree que esta carta se escribió en 1582; yo me inclino á pensar que en el de 1583, pues dice «que bastan dos años de penitencia», y en 1581 fué á Sanlúcar Pastrana, donde dió lugar á las quejas de su cuñado, á quien pareció larga la visita, y prolongadísimo el hospedaje.

(3) Este D. Alonso de Leyva es sin duda el mismo funesto personaje que con sus rivalidades, ambicion y descaminados avisos que envió á Felipe II desde Lisboa amargó los últimos años del ilustre

Pastrana se va y se viene á Sevilla; hale de suceder alguna desgracia que es muy ocasionado.....»

Con estas citas habrá lo bastante para comprender cuán borrascosa fué la mocedad del Duque, si bien los genealogistas, como Salazar y Castro, y áun ciertos historiadores, no hablan sino sólo de las acciones heroicas de sus personajes, de cuya manera ni hay retrato exacto, ni se conoce el carácter de ellos, ni se pueden apreciar las costumbres de cada época, ni la historia conserva el color propio que le corresponde.

No pudo tener efecto su casamiento (aunque desde los primeros años de su niñez lo tenian capitulado sus padres) con una noble señora de la familia de Cárdenas, hija y heredera del Sr. de Colmenar, alcalde mayor de los hijo-dalgos de Castilla, por haber este señor preferido darla á uno de los hermanos del Duque, y este último, en 1584, decidió tomar por esposa á doña Ana de Portugal y Borja, señora de la Baronia de Monovar, y de la casa de los condes de Jaro. Pero como una cláusula del mayorazgo de Pastrana le imponia la obligacion de no casarse sino á gusto de la Princesa su madre, hubo de pedir su licencia á esta última, que la negó obstinadamente desde su encierro, fuera porque sin ella habia partido su hijo para Madrid y Sanlúcar, y porque la recia condicion de aquella señora conservaba el enojo, ó porque habian llegado á sus oidos las referidas conversaciones de su hijo en 1581, ó fuera por otras causas que se ignoran. Pero el rey Felipe II, muy enemistado entónces con la Princesa, sometió el negocio á resolucion de una junta, y de conformidad con la consulta decidió que el Duque habia cumplido como hijo obediente, suplicando á la Princesa diese su licencia; pues aunque ésta habia *protestado las penas* que ella y su marido, como fundadores del mayorazgo, habian establecido, siendo notorio concurrian en doña Ana de Portugal las partes de calidad, linaje y hacienda que pudiera haber deseado el príncipe Rui Gomez, sin merecer el desposado la nota de irrespetuoso hijo ni incurrir en las penas de la fundacion, se podia pasar adelante en el matrimonio, que tuvo lugar en efecto.

Marqués de Santa Cruz, á quien acusaba de tibio en el alistamiento de la armada invencible. Despues murió D. Alonso desastrada pero noblemente, en la catástrofe final de aquella expedicion que no poco habia contribuido á malograr. (V. Cabrera. 2.ª part. m. s.)

De otras acciones suyas en los años que siguieron al de ochenta y dos, tan sólo sabemos que asistió, con el derecho que su cuna y rango le daban y con el debido lucimiento, á várias ceremonias y fiestas, entre ellas, en 1584, al juramento del Príncipe (1) y en 1585 á la entrada pública, toros y cañas que hubo en Zaragoza con motivo del casamiento de la infanta doña Catalina con Cárlos Manuel, Duque de Saboya (2). Pero ya entre tanto se habian despertado en su ánimo más generosos sentimientos que los que se pudieran colegir de su conducta en Madrid ó Sanlúcar, y deseos ménos frívolos que el de lucir sus galas en sortijas y torneos. Una carta de su cuñado Medina Sidonia, de Octubre de 1582, nos le muestra ya, desde mucho ántes, deseoso de asistir á otra clase de palenques, y envidioso del cargo que el Rey habia provisto en el Duque de Pescara para que fuera á Flándes, y algunos años despues le vemos adoptar la resolucion que borra los pecados de su juventud, é ilustra y ennoblece su memoria.

En su libro de los *Casamientos de España y Francia* (3), enumera Pedro Mantuano los grandes y señores de título que acompañaron al Duque de Lerma en su viaje á Francia, y prolijamente describe los vestidos, galas, séquito de criados, lacayos, pajes, acémilas y reposteros que los seguian. Al llegar al Duque de Pastrana, Príncipe de Melito, repara en otra circunstancia más digna de memoria, y dice que don Rodrigo de Silva (padre del que acompañaba á Lerma y héroe de nuestra relacion) fué el primer grande que pasó á los Países Bajos á servir con una pica de soldado particular. Sin duda alguna parece digna aquella accion de ser muy elogiada, y como era natural, D. Luis de Salazar, apologista de todos los Silvas, no pasó en silencio la observacion de Mantuano.

Sin esperar, pues, á que el Rey le concediese gracia ni empleo alguno, como simple soldado partió en 1588 para Flándes, siendo uno de los muchos señores que de todas partes acudieron á la fama de la jornada que se preparaba, esto es, á la tristemente famosa de la invencible armada. Por algun tiempo no desempeñó cargo alguno, y así como el Príncipe de Asculi, su amigo y compañero, y otros señores de título, unas veces acompañaban al general en su cuartel, y á veces

(1) *Historia general de la casa de Silva*, pág. 541.
(2) Ibidem.
(3) Madrid, 1618. *Cas. de Silv.*, pág. 159 y 160.

iban en los tercios con la asistencia que pudieran particulares soldados, enseñando, como dice un escritor contemporáneo, «á los grandes señores que aspiran á los mayores cargos militares, cuanto conviene subir á ellos por este camino y no querer empezar á ser generales y soldados á nn mismo tiempo» (1). Hubo, sin embargo, excepciones de esta ejemplar llaneza.

Los historiadores refieren extensamente lo que ocurrió á las puertas de Gertrudemberg en 1589, cuando el presidio holandés entregó aquella plaza al Duque de Parma, y como quisiera el gobernador Lanza Vechia, en cumplimiento de órden del general, con voces y áun gestos estorbar á D. Rodrigo de Silva que entrase, olvidando su condicion, y como D. Rodrigo insistiese, llegó el lance á punto de que meneáran las manos y las espadas por un lado el gobernador, por otro el Duque, y los que les seguian tomaron su defensa, hasta que hubo quien los apartase, y enterado luégo el de Parma envió á don Rodrigo á Breda, tuvo preso, segun dice un historiador contemporáneo, á Lanza Vechia como hombre *incivil, que no sabía distinguir la calidad de las personas*, y le mandó que fuese á pedir perdon á Pastrana (Coloma, fól. 22). Este *incivil* Lanza Vechia, á quien debia de tener aturdido el doble gobierno de las plazas de Gertrudemberg y de Berga, fué causa poco despues, con su ausencia, de que esta última se perdiese. Pero al parecer habia cumplido con su obligacion en el lance de Gertrudemberg.

Bien mirado aquel lance á la luz de las ideas actuales no parece de buen ejemplo militar; pero sin duda fué de mayor provecho en otras ocasiones la asistencia de aquellos nobles señores en el ejército, como, por ejemplo, despues del desórden que ocurrió en el mismo año de 1589, y de la matanza que hicieron los soldados en la guarnicion prisionera del castillo de Heel, con cuyo motivo tuvieron palabras harto descompuestas dos cabos del ejército español, el conde Cárlos de Mansfelt y D. Sancho de Leyva, echando cada cual la culpa al otro, hasta que luégo se apaciguaron por la autoridad y prudencia del Duque de Pastrana y del Príncipe de Asculi. Asimismo cuando dias despues comenzó á amotinarse el tercio viejo, por causas en que tuvo no corta parte la desavenencia mencionada, estaba el negocio, segun

(1) Coloma, *Guerra de Fl.*, fól. 24 v.°

el mismo historiador, á pique de que sucediera un gran inconveniente «si á tiempo no llegáran el conde Cárlos y el Duque de Pastrana á las banderas del tercio de D. Juan Manrique, y si todos no caláran las picas contra los amotinados.»

En 1589 se despidió el Duque del de Parma, dejó el ejército para volver al cuidado de su familia é intereses, y tomó el camino de España por Milan, donde supo que el Rey le habia hecho merced del cargo de capitan general de la caballería ligera española, italiana y albanesa que servia en los Estados Bajos. Hubo votos entre sus amigos acerca de lo que deberia hacer, si volver atras ó ir á España, y se resolvió á proseguir su viaje, segun refiere un historiador (1), para poder volver con más comodidad á Flándes «despues de disponer el gobierno de sus estados y hacienda.» Debió detenerle largo tiempo este cuidado de sus mayorazgos, los unos de la casa de Pastrana heredados de su padre, y de cuya administracion se habia hecho cargo el Rey (2), y más tarde, al morir la Princesa su madre, los del principado de Melito en la Calabria, del Ducado de Francavila tambien en Nápoles, y en España del Marquesado de Algecilla y de otros estados; y no ménos debieron darle ocupacion los pleitos que le movió su hermano D. Diego sobre los estados de Pastrana y de la Chamusca, así como sobre otras várias materias que no hubo tiempo de que quedasen resueltas durante la vida de los primeros litigantes, y continuaron dando ocasion de pleitear á los sucesores. Á tristísimas escenas hubo de asistir el Duque durante aquellos años de su residencia en España, que fueron los últimos de la vida de su madre la Princesa de Eboli, años de duros padecimientos y de prision estrecha en su palacio de Pastrana, donde vivió confinada desde 1581, pero con alguna holgura y esparcimiento, que luégo cesaron en 1590, al tiempo mismo de la fuga de Antonio Perez á Aragon, cuyo suceso debió de agriar nuevamente el ánimo de Felipe II, y fué como señal de nuevos rigores y de mayor clausura. En prision estrecha é incómoda, cercada de tristes rejas y de guardas molestos, de martirios morales, de vejaciones contínuas, abrumada de sinsabores y contrariedades que nunca se avino á soportar su inquieto y altivo carácter, espiró aquella infeliz

(1) Coloma, lib. II, pág. 30. *Historia general de la casa de Silva.* part. II, pág. 546.
(2) *Historia general de la casa de Silva*, ibidem.

señora, al cabo de trece años de cautividad más ó ménos rígida, en el de 1592, hallándose en España su hijo mayor D. Rodrigo. Poco habian dicho los historiadores de esta triste agonía de que nos han dado cuenta documentos auténticos recientemente publicados, y la dará áun más circunstanciada otro libro que acaso no tarde en ser dado á la estampa (1). Despues de dejar en Pastrana formado el consejo que habia de gobernar á sus vasallos, y de dar á la Princesa su esposa poder para que administrase sus bienes, volvió á partir para Flándes el Duque, llevando consigo á su hijo Ruiz Gomez, que aún no tenía nueve años de edad, circunstancia que no impidió, al paso por Milan, que hiciese á éste último capitan de infantería el condestable D. Juan Fernandez de Velasco. No sé si con seriedad ó de burlas, para celebrar tan rápida carrera dijo el otro Salazar (2) (cronista no de los Silvas sino de los Mendozas) *que el jóven Duque fué capitan ántes que soldado, como Pompeyo el Grande.* Detuvo el curso del viaje una larga enfermedad que obligó á D. Rodrigo de Silva á detenerse en Pavía durante seis meses, y por último, llegó mal convalecido á Flándes, en Marzo de 1595, por el tiempo aproximadamente en que comienza lo más esencial de la narracion de Villalobos con la campaña del Conde de Fuentes. Á cargo de éste último corria el gobierno supremo de los estados, por haber ocurrido en Febrero la muerte del Archiduque Ernesto, y en vez de seguir el ejemplo del Duque de Arschot y de otros señores flamencos en obedecer á mezquinas rivalidades, comenzó D. Rodrigo á ejercer su oficio con gran puntualidad, dejando emulaciones aparte, y mereció elogios (3) «por haberse resuelto en servir debajo de la mano del Conde, como lo necesitaba el estado de las cosas.»

Desde aquel tiempo en adelante diferentes veces se hace mencion de su persona y servicios en el libro de Villalobos, y en los de otros historiadores de aquellas guerras, que alaban su valor, su moderacion y

(1) Alúdese á la coleccion de documentos relativos á la madre del Duque de Pastrana publicada hace poco tiempo, y á un libro que prepara acerca de la vida de la Princesa un estudioso escritor que ha tenido á la vista nuevos é interesantes papeles del siglo XVI, y entre ellos muchos de la excelente coleccion del señor Conde de Valencia de Don Juan.

(2) Salazar de Mendoza en la *Crónica del Gran Cardenal.*

(3) Coloma, lib. VIII, f.º 163, v.º

su cortesía. Pero no estaba bien convalecido de su enfermedad, por cuya razon era áun más de celebrar su asistencia al ejército, el cual se hallaba alojado delante del Castillo de Clery, cuando acometió al Duque tan recio accidente que le tuvieron todos por muerto, y desde Bray le hubo de conducir D. Cárlos Coloma, con escolta de cuatrocientos caballos, á la ciudad de Arras.

Quiso luégo salir con la caballería al encuentro del Archiduque Alberto, al tiempo de la llegada á Flándes de este último, á quien profesaba particular afecto, y ya verán los lectores de los *Comentarios* cómo terminó en Luxemburgo su vida, borrascosa en la mocedad, pero luégo muy digna de su gran nombre (1). Ántes de morir dejó dispuesto que no volviese por entónces á España su hijo mayor y heredero universal Rui Gomez, sino que continuára en Flándes y fuese su maestro el célebre Justo Lipsio, aleccionándole asimismo el gran espectáculo de la guerra que habia de tener ante sus ojos, y que tan capaz es de evitar los vicios y riesgos de la primera edad, como por experiencia propia sabía el Duque, muy deseoso ademas de apartar á su hijo de los grandes peligros con que en la córte de España se criaban los jóvenes (2). Así lo dejó muy encargado á sus testamentarios, pero á pesar de tan expresa voluntad, llevó luégo consigo al jóven heredero, á su vuelta á España, el Duque de Feria, nuevo ejemplo de cuán mal se cumplen en este mundo las voluntades de los difuntos.

Ha parecido oportuno este estudio biográfico por las noticias que contiene acerca de las costumbres de los grandes señores de aquel tiempo y de la asistencia de éstos en los ejércitos, habiendo sido con razon tan celebrado el ejemplo que les dió el segundo Duque de Pastrana, y siendo estos puntos tan interesantes para nuestra historia militar. No es poco lo que se nota la falta de biografías en nuestra literatura histórica, y las pocas que se encuentran son apologías llenas de lagunas y de parcialidad, como las de los genealogistas.

En estos términos refirió Salazar y Castro la vida del Duque de Pastrana; el otro Salazar, que consagraba su pluma á los Mendozas

(1) *Historia general de la casa de Silva*, part. II, pág. 553.
(2) V. *Historia de la casa de Silva*, part. II, pág. 557, y COLOMA, lib. 8.º

con preferencia (1), le aclama *gloria del nombre español*, y le aplica el texto latino *laudis ejus plena est terra.* El famoso Lope de Vega le consagró un soneto donde se refiere como le lloraron Marte, Cupido y hasta la misma muerte, y concluye de esta manera :

Muerte, Amor, Marte, no lloreis que muera
Don Rodrigo de Silva, que la fama
De su valor eternamente vive.

(1) Salazar de Mendoza, *Crónica del Gran Cardenal.*



NOTA V

§ XXIII y siguientes

BATALLA DE DORLANS (DOULLENS)

La relacion de este importantísimo combate que se lee en el libro de Villalobos es muy diferente en todas sus partes de la más extensa que hace en el suyo D. Cárlos Coloma (1) tambien testigo, y algo más interesado en la materia por la parte muy principal que le tocó desempeñar como actor en aquel encuentro. Desde este punto de vista parece algo más parcial el testimonio de Coloma. Mas por otra parte, este último no habia sido cangeado con Gil de Moldres, como Villalobos, que en aquel lance *perdió sus papeles*, hubo de fiar á la memoria la verdad de sus narraciones, y ademas publicó su libro mucho ántes que Coloma. Ambos escritores parecen verídicos, pero la version de D. Cárlos es la más verosímil. Segun este último, los franceses no venian divididos en dos tropas, sino en tres, y el almirante Mr. de Villars era quien con la suya llevaba la vanguardia, cuya circunstancia arroja mayor luz sobre los sucesos posteriores (2). Si se ha de creer á Villalobos, los primeros que salieron al encuentro de la caba-

(1) V. COLOMA, lib. VIII, fól. 178 v.º y siguientes.

(2) Este Andres de Villars (de la familia de los Villars Brancas) no era Condestable, como dice Villalobos, y el título que llevó fué de Almirante.— Tambien de Thou supone que llevaba Bouillon en un principio la vanguardia, siguiendo á historiadores ménos exactos y bien informados que Coloma.

llería francesa que cargaba, fueron, con sus compañías, el mismo don Cárlos Coloma y Juan Contreras Gamarra, cuyos actos de bizarría no impidieron que aquella caballería se dispersára. Segun añade el autor, «de los Españoles el que más gritaba á sus compañeros que hiciesen rostro, no se olvidaba de las espuelas», y Bullon (Bouillon) todo lo llevaba de vencida, hasta que la manga de arcabuceros que gobernaban los capitanes Guevara, Ribera y Mendoza, con el fuego que desde una loma hizo á la caballería de Villars, la contuvo y desordenó, cambió la suerte de la batalla, y dió lugar á que volviesen victoriosamente á la carga las compañías que mandaba Coloma. Pero segun la narracion de éste, las compañías de caballos que fueron arrolladas en el primer encuentro con la tropa no de Bouillon sino del admirante Villars, y «que volvieron las espaldas sin romper cuatro lanzas» fueron las de Landriano, Mondragon, Montecuculi y Beljoioso. Por el contrario la tercera tropa de lanzas que llevaba Coloma con su compañía y otras dos, «que todas podian hacer el número de ciento y cincuenta jinetes», no salieron al encuentro sino á la tropa de Sasseval, que era el que llevaba la *batalla* ó centro de los franceses, y pareciendo que ésta trataba «de evitar el choque y embestir despues por el costado (1), sin darle lugar para ello ni aguardar órden», cerraron con ella los españoles con tanto valor «que al punto se vieron por tierra más de cien franceses muertos y apeados, y los demas volvieron las espaldas á rienda suelta.» Continuó despues con diferentes sucesos la batalla, y más tarde fué cuando decidió la suerte del combate, desde una colina, la mosquetería del escuadroncillo volante, con los disparos que hizo contra la gente de Villars cuando iba siguiendo á la caballería ligera española, que se habia desmandado por segunda vez.

Los que deseen profundizar la materia podrán leer y comparar con la version de Villalobos, la de D. Cárlos Coloma, y ademas la de Carnero, quien solia estar bien informado de aquellos sucesos por su larga residencia en Flándes y por su trato íntimo con los cabos y capitanes españoles, si bien en este caso por lo breve é incompleto deja su relato mucho que desear.

Aunque Coloma dice que los escritores franceses, conforme á su costumbre, apénas hacen mencion del suceso de Dorlans, esta censu-

(1) Coloma, loc. cit.

ra no es aplicable á de Thou, el historiador más notable de aquellos tiempos entre los de su nacion, el cual consagra algunas páginas á esta batalla, si bien en su relacion, que difiere en parte de las españolas, procura atenuar la victoria de estos últimos y la pérdida de los suyos, acaso tambien exornada en nuestras historias con la lista de personajes franceses muertos que continuaron con buena salud muchos años despues. De Thou copiando al italiano Campana, incurre como éste en error al contar grandes prodigios del príncipe de Avelino, pues ni él ni los de la nobleza italiana (que acompañaban al Conde de Fuentes al lado del guion) «se apearon ni tuvieron para qué» (1). Tambien habla mucho del Duque de Aumale, á quien los españoles no mencionan, y por último, atribuye muy principal parte en la victoria á Mr. des Rones (2), ó sea Mos de Rona, general frances al servicio del Rey de España, en nuestro ejército muy estimado y por cuyos consejos supone que se guió el Conde de Fuentes.

Pero lo cierto es que los franceses fueron rechazados con grandísimas pérdídas; que en aquel encuentro no sólo se decidió la suerte de Dorlans, que no tardó en rendirse, sino acaso la de aquellos afortunados sitios y campañas de Picardía, en los años de 1595 y 1596, y que fundando los franceses tan particular orgullo en la superioridad de su caballería, la mala suerte que tuvo en esta batalla oscureció notablemente sus laureles de Yvry, jornada famosa y tantas veces citada. Véase, en comprobacion de estas verdades, la carta de uno de los franceses que tomaron parte en la batalla, le Sieur de la Fond, dirigida á Mr. de Rosny (el Duque de Sully) y publicada por este último en sus Memorias, que termina de la manera siguiente:

«Le quel exploit (alude á dicha batalla) mit tel effroi au cœur de, assieges (en Dorlans) que ne faissant quand plus tous qu'a sauve qui peuts ils furent forcés et taillez en pieces en offrant de se rendre. En toutes les quelles factions ci dessus (habla del sitio del Catelet y sucesos posteriores en Picardía hasta Dorlans), pour ne rien vous celer de la

(1) Coloma, lib. VIII, fól. 180 v.°

(2) Tampoco tenian los franceses ortografía fija al escribir sus nombres propios, y así es que á este personaje, Palma Cayet le llama «de Rosne», y de Thou «de Rones.» El hijo de éste, á quien nuestros historiadores llaman Vizconde de Toja, era Vizconde d' Etaujes.

vérité, je puis dire s'etre perdu plus de trois mille hommes, et entre íceux plus de noblesse qu'il n'en mourut, a ce que l'on dit, a Coustras, Arques, ni Yvri.....» (1).

Por haber sido grande la importancia de esta batalla, y tan breve la relacion de Villalobos, me ha parecido justo completar sus noticias con las de otros historiadores españoles y extranjeros, y de la misma manera aclarar puntos dudosos de su narracion.

En ningun otro historiador he hallado mencion de aquella especie de Hércules con quien supone Villalobos tuvo encuentro D. Cárlos Coloma, ni tampoco rastro alguno de tal Monsieur de Cengebaus, como parece se llamaba el giganton, y que no creo pudiera ser Sasseval. De todas suertes, en su libro donde se refiere la batalla de otra manera, ni una palabra cuenta D. Cárlos de tal capitan de corazas, ni de tal lance, fuera por no darle importancia, ó por modestia, ó porque nunca encontró con su lanza ni derribó en el suelo á semejante Sanson.

Más probable es lo que cuenta el contador Carnero (2), «Señalóse en esta ocasion D. Cárlos Coloma porque del encuentro de lanza derribó á un capitan que se llamaba el Conde de Belin, gobernador de París, y quedó su prisionero y le hizo una gran rançon, de que yo soy testigo, porque siendo reconocido á nuestra señora del Rosario, de quien era muy devoto, dió una lámpara de plata que hoy cuelga en la capilla.....»

Lleva esta última hazaña más apariencia de verdad, porque el Conde de Belin fué más afortunado que Villars, aunque tambien habia sido de la liga y la habia abandonado de los primeros, así como á Felipe II, para seguir el blanco penacho del Bearnes. Entró este caballero en la accion, cuando ya estaba adelantada la batalla, llevando á Villars el refuerzo que le envió Bouillon. Es indudable que entre los prisioneros de éstos «el de más estima fue el Conde de Belin, que

(1) Acerca de la opinion què se formó en la córte de Enrique IV de estas campañas de Picardía, véanse tambien *Les Memoires* de Cheverny, frances contemporáneo (Coleccion M. et P.), ser. II, t. II, pág. 543. «Et le Comte de Fuentes et les capitaines espagnols acquirent autant d'honneur que le maréchal de Balagny gouverneur pour le Roi et autres de honte et de deshonneur.»

(2) CARNERO, *Guerra civil de Flándes*, pág. 361.

mal herido se rindió á D. Cárlos Coloma», segun refiere este último en su libro. No habla de la *rançon* como *Carnero*, pero supongo que la palabra *estima* aludiria á la calidad y rango militar de Belin, y tambien al rescate, sin nombrarle (1).

(1) Acerca de estos sucesos ha publicado el frances Arthur Demarsy un libro con el título *La prise de Doullens*, etc., del cual dió cuenta el Sr. Gayángos en artículo tan interesante como notable, inserto en la *Revista de Madrid* de 15 de Julio de 1868.



NOTA VI

§ XXXIII

SITIO DE CAMBRAY

Cambray, ciudad floreciente por el tiempo de los Reyes Católicos, de Cárlos V, y de Felipe II, despues de haber servido de teatro á importantes sucesos, y dado su nombre á famosas ligas y paces, pertenece hoy á Francia y se ve reducida á la modesta condicion de cabeza de distrito, con poblacion de unas diez y ocho ó veinte mil almas, en el departamento del Norte. De su historia anterior á los sucesos que narra D. Diego Villalobos, no acierta este último á dar clara y exacta noticia. Disputaron su posesion por largo tiempo con los reyes de Francia, los Condes de Flándes á quienes la habian dado repetidas veces en feudo los emperadores. Despues del casamiento de Maximiliano con Margarita, heredera de los estados de Borgoña, creyóse aquel emperador en pleno goce de la soberanía, si bien cedió la jurisdiccion al obispo con título de Marqués del Santo Imperio. Para defender contra los franceses á Cambray, construyó Cárlos V un castillo ó ciudadela, donde conservó presidio Felipe II; pero despues del tratado de Gante, Govre d'Ynchy, á quien los estados de Bruselas nombraron gobernador de aquella ciudad, la entregó al Duque de Alençon, cuando aspiraba éste á ser dueño de aquellas provincias, y Alençon la puso en manos del tirano Balagny, á quien tantas veces mencionan todos nuestros historiadores.

Este Balany ó Valani de quien tambien habla Villalobos, era Juan de Monluc de Balagny, hijo natural de Juan de Monluc, obispo de

Valence (en Francia) (1), y sobrino del célebre Mariscal de Monluc. Su mujer, á quien atribuyen con razon nuestros historiadores tan gran parte en el gobierno y en la defensa de Cambray, era Renée ó Renata, hermana de aquel Clermont de Bussi d'Amboise, asesinado por el Conde de Montsoreau, y para que vengase á aquella víctima se habia casado con Balagni, que le dió palabra de cumplirlo. De ella (á quien tambien nuestros autores hicieron justicia) dicen los franceses que el valor y la ambicion la hacian superior á su sexo, y que procuró inspirar nobles sentimientos á su marido. Pero este último era persona poco digna de la esposa que tuvo y del puesto que ocupó. Gobernador de Cambray fué nombrado por el Duque de Alençon, á cuyo príncipe sólo aquella ciudad habia quedado por fruto de sus empresas, grandes gastos, veleidades y traiciones en Flándes. Despues de la muerte del hijo predilecto de Catalina de Médicis, la conservó y tuvo Balagni á nombre de la liga, con título de Príncipe y con aires de señor independiente y soberano; despues se pasó al partido de Enrique IV, guiándose siempre por razones de interes y codicia, que le hicieron odioso, no sólo dentro del pueblo de Cambray sino en todas las ciudades y provincias alrededor, hasta muchas leguas de distancia.

Convendrá añadir algunas noticias acerca del célebre y reñido sitio que puso á Cambray el Conde de Fuentes, comenzando por las fechas que nuestro autor omite, por razones que en su prólogo explica, fechas que son indispensables para la historia. Comenzó el sitio á 14 de Agosto de 1595. Las favorables noticias de Frisa á que se refiere el texto de Villalobos (§ XXXV) fueron recibidas en el campo español y celebradas con grandes demostraciones, á 26 de Setiembre, segun Coloma. No solo se referian al socorro que llevó Mondragon, y que obligó al Conde Mauricio á levantar el sitio de Grol que habia comenzado á 4 de Julio, sino tambien á una señalada victoria y fué la conseguida á 2 de Setiembre de 1595 á orillas del rio Lipa, sobre el Conde Felipe de Nassau, última de las muchas que en su larga vida obtuvo aquel ilustre veterano. El Conde Mauricio se vió obligado á volverse á Holanda á fines del siguiente mes de Octubre.

Se equivoca Villalobos (§ XXXVI) al decir que fué «á Cambray con musiur de Bignes un hijo del Duque de Anavers», aunque luégo

(1) De Thou, t. xii, pág. 415.

de la relacion resulta otra cosa. La verdad es que á pesar de la vigilancia de los españoles, entraron uno y otro en ocasiones diferentes. Primero entró Cárlos, Duque de Rethelois, jóven, en efecto, de tierna edad, é hijo del Duque de Nevers, personaje famoso que gobernaba aquellas fronteras, de la cual tenian á Enrique IV apartado otras atenciones. Algunos dias despues (á 10 de Setiembre) entró Domenique de Vic, tambien con socorro, cuyas circunstancias, al parecer desfavorables, dieron luégo mayor realce al triunfo de los españoles. Ambos sucesos precedieron, por lo tanto, á la alegre demostracion en el campo de que hablan Villalobos y Coloma, y que este último dice haber tenido lugar á los 26 de Setiembre (1).

Cuenta Villalobos (§ XLI) que más de treinta dias despues de haber comenzado el cerco (á fines de Setiembre), entró en cuidado el Conde de Fuentes; que en la tienda de D. Agustin Mexia, recostado en una camilla, oyó diferentes opiniones, y á pesar de las dificultades se resolvió en apretar el sitio. Los escritores extranjeros, como si se hubieran hallado presentes, refieren las particularidades más secretas de un consejo de guerra, las opiniones de los asistentes, las dudas del Conde y los consejos del frances Mr. de Rosne, que le movieron á perseverar en la empresa, ayudando á ello Claudio la Bourlotte, el famoso Coronel de valones, á quien llamaban la Barlota los españoles. Coloma, cuya veracidad siempre merece crédito (2), cuenta que en efecto se reunió el consejo, por ser muchas las murmuraciones en el ejército contra lo arrojado del designio, pero añade que nadie propuso levantar el sitio, y que sólo hubo variedad de pareceres acerca de la manera mejor de conducir al fin una empresa tan ardua, y debió de ser acerca de la disposicion de las baterías, por diferir las opiniones de la Rona y Barlota.

Conviene hacer mencion de una circunstancia que los escritores españoles omiten, y que segun de Thou y los franceses, causó la pérdida de Cambray. Segun parece enviaron los de la ciudad comisionados que dijesen á Enrique IV que por ser muy cordial el ódio que todos profesaban á Balagni, era muy de temer que los más deseosos de salir de sus manos abriesen la puerta á los españoles, y añaden que con esta esperanza habia logrado de Rosnes inducir á Fuentes á que

(1) Coloma, fól. 191 v.°
(2) *Ibid.*, fól. 191.

acometiese la empresa. En efecto, los vecinos de Cambray exasperados contra su tirano, se sublevaron contra él y ahorraron á los españoles los últimos trabajos y esfuerzos del sitio. ¿Cómo no cedió á súplicas tan fundadas Enrique IV? Aunque era muy favorable á este Rey el historiador de Thou, en cuanto su imparcialidad lo consentia, sin embargo, refiere muy gravemente las causas y resulta que á las instancias de los de Cambray cerró sus oidos Enrique IV, por haberlos abierto demasiado á los halagos y súplicas de la célebre Gabriela d'Estrées, á quien Balagny, mal gobernador pero diestro cortesano, habia ofrecido poner á Cambray bajo la dependencia y amparo de ella y de sus hijos (*de foi et hommage*) (1).

Los que deseen profundizar la materia podrán comparar la relacion de Villalobos con la más extensa de Coloma, llena de noticias que interesan á la historia de nuestra milicia, con la de Herrera, con la de Carnero y con la de escritores extranjeros contemporáneos como Meteren, de Thou, etc.

Sólo habré de añadir que los españoles entraron en la ciudad á 2 de Octubre, y seis dias más tarde en el castillo, habiendo sido esta una de las empresas más gloriosas para sus armas, y que fué la única conquista de cuantas hicieron en aquellas campañas de Picardía, que pudieron salvar en la más definitiva y funesta, que fué la diplomática de Vervins en 1598. De manera que Cambray continuó perteneciendo á España hasta la época de la paz de Nimega, áun más triste que la de Vervins, y desde entónces corresponde á Francia.

(1) J. A. de Thou, t. xii, pág. 125.



NOTA VII

§ XLVI y siguientes

CRISTÓBAL DE MONDRAGON

No tenía más de cien años Cristóbal de Mondragon, como lo dice Villalobos, pero sí noventa y dos (1), cuando murió algunas semanas despues, á 2 de Enero de 1596. Habia asistido durante más de cincuenta á las guerras de Flándes, fué siempre dichoso en sus empresas hasta la última ya mencionada de Groll y de la Lipa. «Sin que le sacáran jamas gota de sangre», como dice un contemporáneo suyo, llegó á la extrema vejez con la buena disposicion de ánimo que refiere Villalobos, y fué su memoria tan honrada con las alabanzas de españoles amigos, como de extranjeros contrarios. Véase lo que dicen de este ilustre veterano desde el flamenco Meteren hasta el americano Motley, todos cuantos han escrito sobre aquellas guerras, y áun los más severos con otros españoles.

(1) Coloma, fól. 204 v.°



NOTA VIII

§ XLIX

SORPRESA Y RECUPERACION DE LIERA (LIERES)

Si bien este no fué uno de los encuentros á que asistió Villalobos, ofrece particular interés su relacion, como siempre animada y dramática, aunque breve. Sólo convendrá añadir, para suplir la omision de Villalobos, que ocurrió este suceso á los 13 de Octubre de 1595.



NOTA IX

§ LII

SITIO DE LA FERA (LA FÉRE)—JORGE BASTA

Habia puesto Enrique IV sitio á la Fere, á fines del año de 1595 (á principios de Noviembre segun de Thou), en cuyo tiempo el Conde de Fuentes envió á Jorge Basta con encargo de que se colocase en Catelet y desde allí tratase de meter socorro. Son interesantes las particularidades que refiere Villalobos por haber asistido á los encuentros que ocurrieron con aquel motivo entre Cambray, el Catelet y la Fera.

La Fera, ó sea Fere, es una pequeña ciudad de Francia situada á orillas del rio Oise, que hoy con corta poblacion corresponde al departamento de l'Aine y cae hácia el Norte de Laon.

El capitan Jorge Basta de quien habla el autor, segun otros Basti, era natural de la Roca cerca de Tarento (Nápoles), pero era oriundo de Epiro, mandaba una tropa de Epirotas ó Albaneses en tiempo de Alejandro Farnesio, desde cuya época logró señalarse, y luégo por espacio de muchos años fué comisario general (1) de la caballería. Tuvo parte en las expediciones á Francia de aquel Príncipe y del Conde de Mansfeld, y despues pasó á servir al Emperador en las guerras de Hun-

(1) Así lo asegura él mismo en su libro, *Gobierno de la caballería* (edicion de Madrid, 1, pág. 13), y tambien lo dicen Estrada y Dondini. Sucedió á Olivera y fué el sexto comisario general que tuvo la caballería ligera.

gría, de las cuales acababa de volver con licencia limitada (segun Coloma) cuando el Conde de Fuentes le dió el encargo de socorrer á la Fera, y su conducta fué muy celebrada por todos los historiadores, aunque algunos, como J. A. de Thou, atribuyen erradamente estas hazañas á otro Epirota, hermano ó pariente suyo, llamado Nicolás, que tambien sirvió en los ejércitos de Flándes. Despues volvió Jorge Basta á prestar grandes servicios al imperio, en las guerras contra los turcos, como Capitan General y gobernador de Hungria. Murió en 1607 y dejó escritas dos obras, *Il maestro di campo generale* (Venecia, 1606) y *Governo de la cavalleria leggiera* (Francfort, 1612), de que así como de sus acciones hacen grandes elogios los biógrafos antiguos como Bayle y Moreri, que suelen olvidar á otros muchos de los más ilustres guerreros de Flándes.

Uno de sus libros fué traducido al castellano por Pedro Pardo Ribadeneira, que lo dedicó al Conde Duque, con este título: «*Gobierno de la caballería ligera*, compuesto por Jorge Basta, Conde del S. Y. R., etc.» De estra traduccion hubo dos ediciones, una de 1624, en Bruselas, y otra de 1642, en Madrid.



NOTA X

§ LXV y siguientes

SITIO DE HULTS.—MOS DE RONA

Hults con corta poblacion y recinto era lugar situado en el país de Waes hácia el límite Oriental de la provincia de Flándes, en la parte que llama Guiciardino la Flándes Imperial, y próximo á la de Brabante. Habíanle fortalecido los Holandeses, ayudando al arte la disposicion natural de aquellos canales y pantanos, y desde allí hacian correrías por las próximas comarcas, con gran daño de las provincias obedientes, á cuyo peligro habia sido necesario ocurrir con levantar fuertes y establecer guarniciones; su mando habia sido confiado al valon Mos de la Bicha, ó sea Monsieur de la Biche, comisario general de la caballería, el mismo que tanto ayudó á la toma de la Isla, con cuya ventaja comenzó el sitio (en 10 de Julio) y hubo mucho adelantado para su feliz terminacion, que fué á 18 de Agosto de 1596.

Mos de Rona, de quien tanto habla nuestro autor, y que murió en el sitio de Hults, era un general nacido en Francia (1) y cuyo verdadero nombre era Cristian de Savigny, señor de Rosnes, tan aficionado á la casa de Lorena, que siguió la suerte de los príncipes de Guisa, y por consiguiente el partido de la liga de cuyo servicio pasó al de España; habia ido, sin embargo, por primera vez á Flándes con el Duque de Alençon, y cumpliendo sus órdenes contribuyó cuanto pudo á los torcidos y malogrados proyectos de aquel triste príncipe en Am-

(1) En la Champagne, segun Coloma, pero en Lorena, segun J. A. de Thou.

béres. Luégo volvió al servicio de los Guisas, y despues de la catástrofe de Blois se quedó al lado de Humena (ó Mayenne) hasta que cayó, segun Coloma, en las redes del comendador Juan de Morec, y desde entónces sirvió con lealtad nunca desmentida al Rey de España, entrando en todos los consejos, tomando muy principal parte en las ejecuciones, bienquisto con todas las naciones que servian en aquel ejército, sin que la malicia y la calumnia se cebáran en él, como suele acontecer á los que militan contra su propia patria. Fué cuartel maestre general del ejército en las campañas del Conde de Fuentes y del Archiduque Alberto, y los autores extranjeros le atribuyen el principal mérito en las empresas de 1595 y 1596, de cuyo elogio sólo la segunda parte fué justa, por ser notoria hasta entónces la inexperiencia guerrera de aquel Arzobispo de Toledo. Aunque casi impedido por su gordura, era gran soldado, de suma actividad, consumado en el arte militar, sobre todo en lo relativo á campamentos y sitios, de excelente consejo, de particular maña para hacerse bienquisto con todas las *naciones* del ejército, á lo que algo debia de ayudar su extremada prodigalidad.

El gobernador de Hults por los holandeses, á quien llama el autor Salma, era el conde de Solms, que siempre habia gozado fama de buen general, aunque la deslució en este sitio, por no haber llegado en la defensa hasta donde prescriben las leyes militares y lo pedian las esperanzas de la república, que habia gastado más de cuatrocientos mil ducados en abastecer la plaza. Despidiéronle de su servicio los de Zelanda dejando su honra mal parada; más le amparó el Conde Mauricio en atencion á servicios anteriores y volvió Salms á servir á los Estados.

Dice Villalobos que el Archiduque confió el gobierno de Hults y de los fuertes al que llama Mos de Labix. Coloma dice lo confió á Mos de la Bicha, con el del país de Waes.

Aunque el término de la empresa fué glorioso para los españoles y motivo de dolor y tristeza entre holandeses, parece problemático que el resultado práctico correspondiese á los sacrificios hechos por los nuestros durante mes y medio de sitio, si se reflexiona que se redujo á este solo empeño la campaña entera de aquel verano en los Países Bajos, en ocasion de hallarse los enemigos flacos de fuerzas, á causa de haber enviado una parte de ellas á Francia, y otra en la escuadra que saqueó á Cádiz.

NOTA XI

§ LVI

EMPRESA DE CALÉS (CALAIS)

El Archiduque salió con su ejército de Bruselas á 29 de Marzo de 1596, deseoso de socorrer á la Fera, y sin saber qué medios habia de emplear para lograrlo. Persuadióle fuese á sitiar á Calais su maestre de campo general Mos de Rona (Mr. de Rosne), á quien los escritores extranjeros atribuyen, sin razon, gran parte del mérito en la campaña anterior (1595) del Conde de Fuentes, y por cuyos consejos, sin duda, se guiaba el Archiduque, entónces poco experto en asuntos de milicia. Llegaron los españoles á la vista de la plaza á 8 de Abril y se apoderaron de la torre ó fuerte del Riban, quedando en sus manos desde entónces la entrada del puerto.

Tanto de Calais como de otras plazas y pueblos de Picardía y del país de Guines de que habla Villalobos, Ardres, Abbeville, Corvie, Dourlans, Amiens, Ham, La Fere, Saint Quintin, Catelet, la Capelle, etc., que fueron en ocasiones várias teatro de nuestras armas, dejó hecha descripcion D. Andres Dávila y Heredia, señor de la Garena, capitan de caballos é ingeniero militar, cuyo libro se imprimió en Madrid (1672) con el siguiente título: «Descripcion de las plazas de Picardía que confinan con los estados de Flándes, y no sólo con sus situaciones sino ilustradas con muchas noticias que apoyan el lucimiento de las armas.» Ademas de las noticias que se refieren en gran parte á las campañas de fines del siglo XVI, contiene esta curiosa obra diseños de la planta de dichas plazas hechos por el autor á la pluma y luégo grabados, que pueden ser útiles para la inteligencia de los sucesos que Villalobos refiere.

NOTA XII

§ LXI y siguientes

ARDRES

Hardras es Ardres. El condado de Binus debe de ser el país de que era capital Guines, á cuya ciudad y país llama otras veces Ginus el autor. De Ardres era gobernador el mismo Conde de Belin, que ántes lo habia sido de París, á quien D. Cárlos Coloma hizo prisionero en Dourlans, y que defendió floja y cobardemente dicha plaza de Ardres cuyo sitio comenzó á los 6 y terminó con su rendicion á los 23 de Mayo de 1596. Todos los historiadores españoles y franceses están de acuerdo en reprender la conducta de aquel cortesano, con quien se mostró muy enójado y luégo más indulgente Enrique IV, privándole con todo eso de su gobierno de Picardía.



NOTA XIII

§ LXIII

FIN DEL SITIO DE LA FERE

El de esta plaza de que hablamos (véase nota al § LII), fué sitio prolongado y honroso para los defensores, que se prolongó hasta el 22 de Mayo de 1596. Gobernaba la tropa española en la Fera D. Alvaro Osorio, y segun indican algunos historiadores, despues de haber cumplido su obligacion honrosamente, si áun no dilató más la capitulacion, fué por no poner en peligro los dias del señor de Montelimar, en cumplimiento del encargo que tenía del rey de España. Era éste un cierto Mr. Collas, Vice-senescal de Montelimar, que habia seguido con encarnizamiento el partido de la liga, que habia tenido en su nombre el gobierno de aquella fortaleza importante, que se daba á sí mismo título de Conde de la Fera, como Balagny llevaba el de Príncipe de Cambray, y creíase lo pasára mal en manos de franceses á pesar de la moderacion de aquel Rey, si llegando hasta los últimos extremos hubiera de rendirse á discrecion la plaza. Refiere Villalobos el suceso en diversos términos, pero respetan todos el valor y comportamiento de D. Alvaro de Osorio.



NOTA XIV

§ LXXVI y siguientes

CAMPAÑA DE LOS ÚLTIMOS MESES DE 1596

Las tropas francesas que entraron por el Artois, despues de la toma de Hulst (á principios de Setiembre de 1596), no iban gobernadas por el Duque de Bullon (Bouillon) sino por el mariscal de Biron, cuya caballería en 4 de Julio tuvo un encuentro para ella afortunado, con la del Marqués de Varambon, que trataba de evitar la toma y saqueo de San Pol, y quedó prisionero. Retiróse por breves dias el mariscal para ostentar en la córte sus trofeos, volvió á entrar en Artois, y halló á su frente las fuerzas que habia enviado el archiduque Alberto con el Duque de Arschot y el Príncipe de Chimay (los mismos á quienes llama el autor Ariscote y Simay). Ocurrieron encuentros de poca importancia, y sin ventaja notable de una ni otra parte se volvieron ambos ejércitos á sus cuarteles; y en los de los españoles hubo aquel año, por el invierno, lucidos bailes y alegres fiestas.

A esta brevísima relacion de la campaña de los últimos meses de 1596 sólo falta añadir que los lugares llamados por el autor Vetuna, Prene y Mos de Nao, se encuentran en las cartas geográficas señalados con los nombres de Bethune, Prenay y Mons, cuya última ciudad correspondia al Haynaut.

NOTA XV

§ LXXVIII

TORNAUTE

La jornada de Tornaute (Turnhout) fué una de las más desgraciadas para las armas del rey Felipe, de cuantas ocurrieron en aquellas campañas. Para su explicacion conviene saber que en aquel tiempo las provincias *obedientes* eran las más atormentadas por la guerra, á la que servian de principal teatro, y que los pueblos y campos se veian devastados y afligidos por correrías de franceses, como las que describe Meteren (lib. 18) de holandeses, como las que describe Coloma (libro 9) (1) y, por último, de las mismas tropas del Rey cuando estaban amotinadas. Para poner coto á las de los rebeldes y para alguna empresa contra las plazas que éstos poseian en Brabante, si acaso se ofreciese coyuntura favorable, acordó el Archidnque alojar como cuatro mil infantes y trescientos caballos en un lugar populoso y no fortificado, que lleva dicho nombre y que hoy pertenece á Bélgica, muy cerca de la frontera de Holanda. Como era sitio poco aparejado para defenderse en él, hubieron aquellas tropas, al aproximarse los enemigos, de abandonarle, y en la marcha hácia Herenthals ocurrió el desastre por no hacerla á tiempo ni con las debidas precauciones. Comenzó el pánico por los valones, siguieron los alemanes, y poco más resistieron los italianos, sin que hubiese allí infantería española aunque sí caballería, con Alonso de Mondragon y Juan de Guzman. Hacía de general el de la artillería, Marc de Rié, Conde de Varas, (aunque Villalobos le llama Barras), señor de Balançon, hermano del Marqués de Varambon, militar con largos años de experiencia y servicios, aunque en esta ocasion poco hábil y ménos afortunado.

(1) Fól. 233 v.°, edic. de 1627.

NOTA XVI

§ LXXIX

AMIENS

En este punto aumenta el interes del libro destinado principalmente á referir lo que llama Villalobos la jornada de Amiens, que empezó con la sorpresa dispuesta por Hernan Tello Portocarrero y concluyó despues de largo sitio con la entrega á Enrique IV de aquella ciudad importante.

Amiens, antigua capital de toda la Picardía, lo es sólo hoy dia, sin fortificaciones, de un fértil y rico departamento del Noroeste de Francia, que toma nombre del rio Somme, sobre cuyas dos orillas está aquella ciudad situada, con una poblacion como de cincuenta mil almas. Su pérdida, en 1597, causó profunda sensacion en la córte de Francia; su asédio fué acaso el más célebre de aquel tiempo, y el socorro que quiso llevar el archiduque Alberto, con mal éxito, dió lugar á reñidas controversias en los consejos de Madrid entre los políticos coetáneos y despues á grandes discursos y dudas de los historiadores. Prestó á todas aquellas peripecias militares particular interes la circunstancia de haber ocurrido en el intermedio de dos grandes acontecimientos diplomáticos; ántes de su principio el tratado de alianza entre Enrique IV, Isabel de Inglaterra y la república Bátava, y como conclusion el tratado de paz de Vervins, ajustado entre Francia y España en 1598 y cuya negociacion prévia puede decirse que habia ya comenzado miéntras franceses y españoles se disputaban la posesion de Amiens.

Como en todos los sucesos que ocurrieron dentro de Amiens tuvo Villalobos parte como actor, ó al ménos fué testigo de ellos, su relacion ofrece en esta parte especialísimo interes, y si no estoy equivocado, ha servido de fundamento y base á todas las historias posteriores sin excluir la del mismo Coloma, que generalmente refiere lo que pudo ver por sus ojos, y en esta ocasion vino en el ejército del Archiduque á prestar socorro. En cuanto á las operaciones exteriores del sitio han sido referidas por escritores franceses contemporáneos, como de Thou (lib. 218), Palma Cayet, que consagra á estos sucesos la primera parte del libro 9.º de su *Cronología novenaria*, Sully, Cheverny, y otros como Metteren, etc. El testimonio de todos ellos y el de los españoles merece ser examinado y comparado con el de Villalobos, cuya narracion, por otra parte, es como pocas, viva, animada y dramática.

No dejaron de ser frecuentes en las guerras de aquellos años las sorpresas de plazas fuertes por una y otra parte, y desde luégo se vienen á la memoria la de Mons, en tiempo del Duque de Alba; la de Breda, en los de Farnesio; la de Huy, referida por Villalobos; la de Lieres, que no llegó á tener cumplido efecto, y que tambien pertenece al período de la narracion de nuestro autor. Pero ninguna fué tan notable y célebre como la de Amiens, por los accidentes dramáticos que concurrieron en ella, por el ingenio y gallardía del sargento Francisco del Arco y de sus compañeros, primera muestra del ánimo y heroismo de que los españoles dieron pruebas singulares durante los cuatro meses del sitio.

Pero la importancia capital de este último procedió de ser Amiens una de las primeras ciudades de Francia, situada á distancia no larga de París, y de hallarse depositada en aquella plaza la principal artillería de Enrique IV, y lo que hoy llamaríamos el parque, material de guerra y tren de campaña destinados á sus empresas ulteriores en Flándes.

Fueron extraordinarios el asombro y consternacion que ocasionó la noticia de la sorpresa y pérdida de Amiens en la córte de Enrique IV. Aun cuando no era tímido el corazon de aquel Príncipe, ni en su propia firmeza, ni en las palabras de sus alarmados cortesanos pudo hallar consuelo, hasta que Mr. de Rosny (célebre más tarde bajo el nombre de Sully) llamado á su presencia á hora avanzada de la noche, le ofreció con abundantes medios de hacienda proporcionarle

nueva artillería, nuevo material de guerra y un ejército suficiente para recobrar la plaza. El pasaje en que refiere esta conferencia el mismo Sully es uno de los más notables de sus Memorias, que llevan tambien el nombre de *Æconomies royales*. En las suyas el canciller Cheverny, que era uno de los principales personajes de aquella córte, refiere lo que ocurrió en el gran *consejo* reunido con este motivo en presencia de Enrique, y la proposicion que el mismo Canciller hizo á los príncipes, capitanes y personajes allí congregados, acerca de los remedios de tan gran desastre. «Puede afirmarse», dice este autor en sus Memorias, «que los españoles consiguieron la mayor hazaña y el mejor botin de cuantos pudieran imaginar, tanto es lo que importa á la Francia la conservacion de aquella ciudad (Amiens), sin la cual París queda convertido en frontera» (1).

Proporcionados á esta afliccion y alarma de los franceses fueron el regocijo y orgullo de los españoles, áun cuando para conservar la presa de Amiens habian de hacer tantos preparativos y gastos como los contrarios para recobrarla. No tardó el Archiduque en noticiar á Madrid el suceso y en pedir medios y recursos para defender y salvar su nueva conquista. Pero algunas palabras de un historiador bien informado y circunspecto dan triste idea de lo que ocurria en aquella córte, donde ya tocaba Felipe II al término de su vida. «El Rey, dice este historiador, estaba ya al fin de sus dias, y tan cargado de enfermedades dolorosas, que aunque para alegrarle le dieron cuenta los de la junta de la presa de Amiens, dejaron las demas peticiones para otra ocasion.» Estas peticiones eran las que hacia el Archiduque de *jente española y dinero con que pagar las levas de naciones* y disponer el socorro.

Convendrá recordar las principales fechas, siempre omitidas por Villalobos. La sorpresa de Amiens tuvo lugar á 11 de Marzo de 1597.

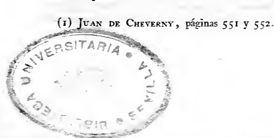
En 14 de Abril entró la caballería de socorro que conducia Juan de Guzman.

La salida de Portocarrero y del Marqués de Montenegro, fué á 29 de Mayo.

Enrique IV salió de París para asistir al sitio á principios de Junio.

La salida de los sitiados bajo el mando de Durango (§ CXI) fué en 27 de Julio.

(1) Juan de Cheverny, páginas 551 y 552.



A 2 de Setiembre muere Hernan Tello Portocarrero.

La plaza se entregó á 25 de Setiembre.

En cuanto á los lugares, Avivilla es Abveville.

Lampre es Long-pré, Corvi es Corvie.

Montreçu es el nombre que da Villalobos á una puerta de Amiens; los franceses escribian Montescut.

En cuanto á los personajes que Villalobos menciona:

El Conde de *Buque*, de quien habla, se llamaba Juan Buenaventura de Longueval, Conde de Bucquoi. Habia sido coronel de un regimiento de valones. Distinguióse posteriormente mucho en las guerras de Flándes, bajo las órdenes de Ambrosio Spinola, y, sobre todo, al comenzar la de los treinta años, en la campaña de Bohemia y batalla de Praga, en 1620, y en Hungría adonde habia sido enviado contra el príncipe Bethlem Gabor; murió despues de poner sitio á la plaza de Neuhasel, en 10 de Julio de 1621.

Fácil es comprender que el de Suason, era Soyssons.



NOTA XVII

§ CLIII

EL DECRETO

No hace más Villalobos sino indicar muy ligeramente y de paso que la *falta de dinero dilataba el socorro de Amiens*, y que así sucedia con ocasion del *Decreto* ¿Qué *decreto* era ese? Todos los historiadores de aquel tiempo hablan del asunto, y ni áun Herrera, que es el que más detenidamente lo hace, dan idea ni áun medianamente aproximada de su importancia, porque si bien la palpaban, no sabian apreciarla. Durante el año de 1596, Felipe II, que se hallaba abrumado bajo el peso de diferentes guerras, á cual más dispendiosas, no encontraba recursos de ningun género, porque ademas de ser insuficientes las rentas del Estado, se hallaban todas ellas enajenadas, empeñadas, ó, como se decia entónces, consignadas para cubrir gastos y deudas anteriores. Faltábale al mismo tiempo el crédito, por haber hecho de él excesivo uso, de tal manera que debia sumas muy crecidas, no sólo á hombres de negocios establecidos en España, sino tambien á los comerciantes ó banqueros de toda Europa, principalmente de Génova, de Ambéres y de Alemania. Para salir de tan duro trance hubo de romper los contratos, sometiendo á los interesados en ellos á liquidacion bajo bases distintas de las pactadas, declarando libres las rentas de los empeños ó consignaciones, y entrando de nuevo el tesoro real en posesion de ellas. Pero las rentas no daban rendimientos proporcionados á las necesidades, los ingresos caminaban á paso más lento que los apuros, los banqueros á quienes el Gobierno debia quedaron

arruinados, el crédito desapareció áun más por completo, y al cabo de cierto tiempo, despues de gravísimos quebrantos, el Gobierno se vió precisado á ceder, á entrar en arreglos y á soportar las condiciones que le fueron impuestas por los negociantes. En toda esta larga cadena de infalibles consecuencias sólo produce admiracion que no hubieran sido previstas, siendo repeticion exacta de lo que habia acontecido en 1575 y en 1577. No es lugar este para profundizar la materia; los que deseen enterarse algo más deberán leer al ménos lo poco que dice Herrera (*Historia general del mundo*, etc., tomo III, páginas 667 y 710) de cuyas palabras sólo importa copiar aquí las siguientes por ser las que más se refieren á nuestro asunto.

«No se hizo con buen consejo (el decreto, ó sea bancarrota) porque fué en mala ocasion y muy perjudicial á las cosas del Rey, y en especial á las de Flándes, pues cesó el curso de la buena fortuna que llevaban, etc., etc.....»

Los extranjeros contemporáneos refieren más extensamente las consecuencias de aquella resolucion, sobre todo en lo relativo á la contratacion en Génova, en Ambéres y en otras plazas de Europa.

Tuvo aquella resolucion un influjo funesto en la campaña de 1597, última de las de Felipe II, y por consiguiente en las condiciones del tratado de Vervins.



NOTA XVIII

§ CLVI

EL ALMIRANTE DE ARAGON

D. Francisco de Mendoza era natural de Granada é hijo de don Francisco Lopez de Mendoza, marqués de Mondéjar, y llevaba aquél título de almirante por su casamiento con doña María Luisa Colon de Córdova, Duquesa de Veragua, á cuya señora correspondia como hija y sucesora de D. Cristóbal de Cardona, Almirante de Aragon. Este D. Francisco de Mendoza, de quien el autor habla diferentes veces, y que debió de ser un singularísimo personaje, muy digno de que alguna hábil pluma se emplee en escribir su biografía, asistió desde muy jóven, con su padre el Marqués, á la guerra que ocasionó la rebelion de los moriscos de Granada, donde, segun parece, fué *cabo*, y tuvo mandos de infantería y caballería y despues se halló en muchas juntas donde se trataron grandes negocios durante los tiempos de D. Felipe II, que le dió título de su mayordomo, y la encomienda de Valdepeñas en la órden de Calatrava, y luégo (en 1595) le envió á Flándes con los cargos de general de la caballería, mayordomo mayor del archiduque Alberto y de los consejos de estado y guerra (1). Tuvo parte en gran número de jornadas, desempeñó puestos de confianza en el ejército y cerca de la persona del Archiduque gobernador, y luégo fué nombrado embajador, con cuyo carácter asistió primero en Augusta ó Ausburgo, en Viena y en otras

(1) Todas estas anteriores noticias y algunas otras de las siguientes están tomadas del teatro eclesiástico del maestro G. Gonzalez Dávila. *Igl. de Sigüenza*, tomo 1, pág. 203 y siguientes.

ciudades de Alemania, conferenció con el emperador, los archiduques y otros príncipes, y luégo pasó á Polonia con órden de sacar de pila á la hija del famoso rey Segismundo, y al mismo tiempo con instrucciones más reservadas y de diferente naturaleza. De ambas embajadas dejó escrita relacion, en latin, como testigo de vista, el padre Sailly, de la compañía de Jesus y confesor del Almirante, y otra más breve corre impresa desde hace pocos años.

No ofrece duda que en el reinado de Felipe II, y por mano de Príncipe tan prudente y ordenado como era Alberto de Austria, no le hubieran sido conferidos mandos y comisiones diplomáticas ó militares de semejante índole, si aparte de otras prendas no hubieran inspirado confianza su discrecion y buen juicio, y de este concepto nada que desdiga se encuentra, á mi parecer, en la correspondencia suya, que ha visto la luz pública. Pero ya ofrece algo de extraño su campaña del lado allá del Mosa y del Rhin, cuando fué á alojar su ejército (sin duda de órden superior) en los estados neutrales de príncipes dependientes del Imperio, dándose ocasion á que éstos levantasen un ejército numeroso contra el Rey de España. Luégo ocurrieron en Flándes otros sucesos singulares, que así como el anterior no pertenecen al tiempo de la narracion de Villalobos, y de los cuales se omite aquí hablar por este motivo, pero que merecen ser esclarecidos con detenimiento, y por último, cayó el Almirante en manos de los holandeses que le guardaron prisionero durante catorce meses.

Llega á España de vuelta de Flándes, algunos años despues, en el reinado de Felipe III, y desde entónces comienza para aquel magnate una cadena apénas interrumpida de pasmosas persecuciones y desventuras. Excusado parece decir que su biógrafo el maestro Gil Gonzalez Dávila, á quien sólo agradaba contar las proezas, virtudes y prosperidades de sus personajes, pasa como sobre ascuas por estos años infelices, y despues de referir su llegada á España, sólo añade: «Al punto la envidia haciendo de las suyas le puso fuertes capítulos, pretendiendo con ellos roer y raer la memoria de tantos merecimientos; á todo se respondió y la envidia se retiró avergonzada, con que sus émulos cesaron en la demanda, y despues, al principal de esta conjuracion le vieron acabar á manos de un verdugo (1). El Almirante

(1) Probablemente se refieren estas palabras á D. Rodrigo Calderon.

se retiró á Guadalaxara donde ejecutó una resolucion muy meditada por él.» Hablarémos á su tiempo de esta resolucion, que fué muy posterior, pero aunque la envidia sea de ordinario pasion muy poderosa en el mundo, y aunque se quiera suponer lo fuese muy particularmente en aquellos tiempos, parece extraño que en tantas ocasiones y por tantos años estuviese oprimida la justicia. Vemos, en efecto, que «viniendo de Flándes el Almirante (en Febrero de 1603) y apénas habia llegado á Búrgos ya halló órden de S. M. para que no entrase en la córte ni diez leguas de ella; que se fué á Guadalajara con el Duque su hermano, y que fueron presos tres ó cuatro capitanes que venian con él» (1). Algunos meses despues soplan de la córte aires más propicios, y tras de las mercedes concedidas á su hermano el Duque del Infantado, se anuncian otras con que ha de ser el Almirante favorecido (2), y áun se hablaba á principios del año siguiente de que le han de dar puesto tan importante como era el gobierno de Milan, y luégo de que le harian virey de Aragon (3), de cuyos anuncios ninguno se realizó y en cambio perdió el pleito que llevaba con su sobrino sobre el marquesado de Mondéjar.

En Noviembre de 1606 hallamos á nuestro noble personaje solicitando porfiadamente que le ha de dar audiencia el Conde de Villalonga, cuyo portero le niega la entrada y recibe en castigo unos cuántos golpes de manos de un gentil hombre del Almirante, de donde resultó el alboroto consiguiente de la servidumbre, el escándalo de todo Madrid, y que el Rey mandase con un alcalde de córte á nuestro D. Francisco de Mendoza preso á la fortaleza de Torrejon, sin que las instancias de los validos, ni las súplicas del mismo Villalonga fuesen parte á estorbarlo, ni á sacarle del encierro durante muchas semanas. Perdemos de vista durante largo tiempo al Almirante, ántes abrumado de cargos y honores, ahora oscurecido y olvidado, pero no tanto, desgraciadamente para él, que dejase de ir á prenderle en Guadalajara el alcalde Silva de Torres (4), que lo condujo á la fortaleza de San Torcaz, á cuya prision siguieron otras muchas de confidentes y criados suyos, unos en Madrid, otros en diver-

(1) Cabrera de Córdova, *Relaciones*, pág. 168.
(2) *Ibid.*, pág. 188.
(3) *Ibid.*, pág. 205.
(4) *Ibid.*, páginas 370, 371 y 374.

sos lugares, otros traídos de Flándes, los unos por jueces eclesiásticos, otros por legos, con allanamiento de las casas de sus parientes y con ocupacion de muchos papeles, entre los cuales no estaban, como de costumbre, los que se buscaban. Dijeron unos que la prision procedia de lo que declaró en el tormento el criado á quien trajeron de Flándes, y otros que habia sido por un memorial dado al Rey en nombre del Almirante, *condenando el gobierno de aquellos dios*, y por ciertos pasquines conformes al memorial y que tambien le fueron atribuidos. Mucho se discurrió en la córte sobre el delito y la sentencia con el espacio que dió la prision, pues que todavía duraba al principiar el año de 1610, por cuyos dias sabemos que seguia en la de San Torcaz con grande melancolía, y con enfermedad de cuartanas, temiendo los médicos por la edad y por la pesadumbre de la cárcel, en la que se habia dejado el preso crecer el cabello y la barba; todavía en Setiembre de 1612, á pesar de sus años y sus padecimientos que se habian agravado, le mandaron llevar preso al convento de Calatrava. En 6 de Abril de 1613 considerábase muy aliviada su suerte porque le habian trasladado como libre al monasterio de San Bartolomé de Lupiana, pero con libertad tan coartada, que de allí no podia salir hasta que otra cosa se le mandase, y tan cara le habia costado la prision que el Rey mandó pagar por su cuenta ocho mil ducados á los guardias (1).

Muchas, muy variadas y muy largas persecuciones eran estas para personaje de tan noble cuna, que tan altos cargos habia ejercido y que contaba con la proteccion de tan poderosos deudos, enlazados algunos de ellos en parentesco estrecho con el mismo Duque de Lerma. Por cuya razon, miéntras no se haya esclarecido la materia, consultando los documentos que existen en nuestros archivos, para escribir una verídica biografía que rectifique ó confirme los elogios de Gil Gonzalez Dávila, atando cabos con algunos sucesos de Flándes, convendrá suspender el juicio y dudar sobre si procedian todas aquellas desdichas de su desapiadada suerte, y del crudo rencor de sus émulos, ó si convendrá achacar alguna parte á lo recio de su carácter y á su falta de seso.

Sea como quiera, hubieron sus infortunios de corregirle si lo ne-

(1) *Ibid.*, pág. 513.

cesitaba, ó bien con la nieve de los años se ablandó aquella dureza; le entró vocacion diferente, y al fin ejecutó la resolucion ya dicha y que segun parece tenía muy meditada, ordenándose de sacerdote (1). Para aprovechar el sosiego de su nuevo estado escribió un docto y curiosísimo libro sobre *La generacion de nuestra Señora*, «con tanta erudicion que le valió le diese *el grado de licenciado* la Universidad de Alcalá», expresando que «bien merecia el de doctor». Presentóle el Rey despues para la iglesia de Sigüenza, fué consagrado obispo en 1622, y en Marzo del año siguiente murió, estando de partida para su diócesis. Ni Lopez de Haro, ni Gil Gonzalez Dávila nos dicen su edad, pero se entiende que debió de alcanzar la de más de setenta, pues asistió, aunque fuera de muy mozo, á la guerra de la rebelion de los moriscos (en 1571).

La presente nota ménos ha sido escrita con ánimo de trazar una biografía que con el de plantear un problema.



(1) Gil Gonzalez Dávila, *loc. cit.*

FIN DE LAS NOTAS.





ÍNDICE

Pág.

INTRODUCCION. 1

I. *Sumario.*—Fundamento principal del interes de este libro.—Se refiere á las campañas de la época postrera y decisiva del reinado de Felipe II.—Los dos períodos que abraza la narracion: campañas de 1594 á 1597 y sitio de Amiens.—Razon del título de la obra, cuyo verdadero nombre sería el de *Memorias.*—Método del autor.—Su llaneza al referir las propias desventuras.—Ejemplos de esta franqueza.—Vida del autor y su familia.—Noticia de su nacimiento.—Primeros pasos de su carrera militar en Flándes.—Cómo celebraron los españoles los triunfos del Conde de Fuentes en la campaña de 1595. Asiste Villalobos á la defensa de las plazas de Picardía, y á las empresas de Hults y de Calais.—Sorpresa de Amiens é importancia de aquel sitio.—Gobierna el autor tres compañías de españoles.—Mencion que hacen de Villalobos otros historiadores.—Hereda á su hermano y vuelve á España.—Lo poco que de su vida posterior se sabe.—Es nombrado corregidor de Málaga.—Corre á su cargo embargar los navíos de holandeses.—Encuentros del comisario Pedro de Arce con el ayuntamiento de Málaga y desdichas de Villalobos.—Libro de gineta de su hermano D. Simon.. 1

II. *Sumario.*—Objeto de esta introduccion.—El Conde de

Pág.

Fuentes y su llegada á Flándes.—Gobierno del Conde Mansfelt y campaña de 1593.—Gobierno del Archiduque Ernesto y campaña de 1594.—Famosa retirada de Laon. —Gobierno de Fuentes y campaña de 1595.—Las campañas de los españoles en Francia en 1595.—La guerra en el Franco Condado y ducado de Borgoña.—Las guerras de los españoles en Bretaña y en otras provincias.—Gobierno del Archiduque Alberto.—Campaña de 1596 en Picardía y en Brabante.—La campaña de 1597.—Toma de Amiens por sorpresa. xv

III. *Sumario.*—La sorpresa de Amiens.—Ponen sitio á Amiens los franceses.—Preparativos del socorro.—Dificultades.—Diversidad de planes.—Marcha del ejército. —Reconocimiento frustrado.—Llega el Archiduque á Long-pré y vuelve á retirarse.—Capitulacion de Amiens. —Guerra en los Países-Bajos.—Murmuraciones en España.—Relacion de Cabrera.—Correspondencia de Enrique IV.—Juicio.—Correspondencia del Archiduque. —Paz de Vervins.—Situacion de los negocios al morir Felipe II. LVI

Al supremo y Real Consejo de Guerra del Rey Don Felipe nuestro señor. 1

Al benévolo lector. 3

Comentarios de las cosas sucedidas en los países baxos de Flándes desde el año de 1594 hasta el de 1598. . . . 7

NOTAS É ILUSTRACIONES DEL TEXTO.

1.ª Division y denominaciones de provincias y pueblos. . . . 383

2.ª Del motin de Sichem, y en general de los motines de Flándes. 388

3.ª El Conde Mauricio. 411

4.ª El Duque de Pastrana. 415

5.ª Batalla de Dorlans. 428

6.ª Sitio de Cambray. 433

7.ª Cristóbal de Mondragon. 437

	Pág.
8.ª Liera.	438
9.ª Sitio de la Fera.—Jorge Basta.	439
10. Sitio de Hults.—Mos de Rona.	441
11. Empresa de Cales.	443
12. Ardres.	444
13. Fin del sitio de la Fere.	445
14. Campaña de 1596.	446
15. Journate.	447
16. Amiens.	448
17. El decreto.	452
18. El Almirante de Aragon.	453

FIN DEL ÍNDICE.



ERRATAS

PÁG.	DICE	LÉASE
401	Fillemont.	Tillemont.
404	Frevico.	Trevico
408	Imposible la insolancia.	Imposible la insolencia.




UNIVERSITARIA
SEVILLA



LISTA DE LOS SUSCRITORES

S. M. el Rey D. Alfonso XII.
Excmo. Sr. D. Juan Valera.
Juan Eugenio Hartzenbusch.
Marqués de la Fuensanta del Valle.
Sr. D. Pascual de Gayángos.
Ilmo. Sr. D. Cayetano Rosell.
Excmo. Sr. D. Gregorio Cruzada Villaamil.
Sr. D. Eduardo de Mariátegui.
José María Escudero de la Peña.
José María Octavio de Toledo.
Mariano Zabálburu.
Excmo. Sr. D. José Luis Alvareda.
Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.
Toribio del Campillo.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
Antonio Cánovas del Castillo.
Ricardo Heredia.

Lista

Excmo. Sr. Marqués de Casa Loring.
Sr. D. Luis de Eguílaz.
Excmo. Sr. D. Emilio Bernar.
Adelardo Lopez de Ayala.
Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo.
Sr. D. Francisco Barca.
Excmo. Sr. D. José de Echegaray.
Eduardo Saavedra.
Patricio de la Escosura.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Excmo. Sr. Marqués de Molins.
Ilmo. Sr. D. José Moreno Nieto.
Sr. D. Luis Vidart.
Pedro de Madrazo.
Jacobo de la Pezuela.
Ángel Lasso de la Vega y Argüelles.
José Sancho Rayon.
Alonso Messía de la Cerda.
Pedro Nolasco Oseñalde.
Andres Domec.
Vicente Vignau.
Gumersindo Laverde y Ruiz.
Juan Uña y Gomez.
Isidoro de Urzaiz y Garro.
Manuel Ibo Alfaro.
Juan Lasso de la Vega y Argüelles.
Sr. Conde de Roche.
Conde de Agramonte.
Sr. D. Félix María de Urcullu y Zulueta.
Excmo. Sr. D. José Fernandez y Gimenez.

Sr. D. Bonifacio Montejo.
José Antonio de Balenchana.
Sr. D. F. M. Tubino.
Juan de D. de la Rada y Delgado.
Excmo. Sr. D. Agustin Pascual.
Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor.
Marqués de Isasi.
Sr. D. Manuel Cerdá.
Cárlos Haes.
Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.
Leopoldo Augusto de Cueto.
Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.
Sr. D. Alfredo A. Camús.
Ilmo. Sr. D. Antonio M. Fabié.
Sr. D. Florencio Janer.
J. M. Sbarbi.
Excmo. Sr. Marqués de la Mesa de Asta.
Biblioteca Real.
Biblioteca Nacional.
Academia Española.
Academia de la Historia.
Academia de San Fernando.
Universidad Central.
Biblioteca del Senado.
Congreso de los Diputados.
Ministerio de Fomento.
Ministerio de Gracia y Justicia.
Ministerio de Ultramar.
Biblioteca del Ministerio de Marina.
Museo Arqueológico Nacional.

Lista

Ateneo científico y literario.
Biblioteca Colombina (Sevilla).
Museo Británico (Lóndres).
Biblioteca Nacional (París).
Biblioteca Imperial (Viena).
Biblioteca Imperial (Berlin).
Biblioteca Imperial (San Petersburgo).
Biblioteca Real (Roma).
Sr. D. Emilio Huelin.
Nicolás Gato de Lema.
Antonio Villalonga.
Eusebio Pascual.
Ilmo. Sr. D. Dámaso de Acha.
Sr. D. J. N. de Acha.
Juan Facundo Riaño.
Fermin Lasala.
Vicente Barrántes.
Eduardo Gasset y Matheu.
Fernando Fernandez de Velasco.
Enrique Suender y Rodriguez.
José de Fontagud y Gargollo.
José Coll y Vehí.
Manuel del Palacio.
Eduardo Bustillo.
Excmo. Sr. Conde de Villalobos.
Sr. D. José Anlló.
Joaquin Arjona.
Joaquin Azpiazu y Cuenca.
Excmo. Sr. Marqués de Alcañices.
Sr. D. Dámaso Bueno.

Sr. D. Juan José Bueno.
Rafael R. de Carrera.
José Carranza y Valle.
Félix Diaz.
Alejandro Dunffield.
Luis Estrada.
Cárlos Frontaura.
Cristóbal Ferriz.
Bernardino Fernandez de Velasco.
Sres. Hijos de Fe.
Sr. D. Manuel Goicoechea.
Rafael García Santistéban.
Excmo. Sr. Marqués de Guadalest.
Sr. D. Pedro Ibañez Pacheco.
Santiago Perez Junquera.
Excmo. Sr. D. Manuel Lasala.
Sr. D. Juan Llordachs.
Excmo. Sr. Marqués de Muros.
Sr. D. Guillermo Martinez.
Francisco de Moya.
Manuel Morillas.
Manuel Merelo.
Blas Osés.
Luis Olleros.
Escolástico de la Parra.
Agustin Felipe Peró.
Excmo. Sr. Vizconde del Ponton.
Sr. D. Antonio Pineda y Ceballos Escalera.
Lino Peñuelas.
Eduardo Perez de la Fanosa.

Sr. D. Juan Manuel Ranero.
Juan Rodriguez.
Vicente Romero Giron.
Cárlos Ramirez de Arellano.
Enrique Rouget de Loscos.
Excmo. Sr. D. Bonifacio Cortés Llanos.
Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.
Excmo. Sr. Conde de las Almenas.
Sr. D. Emilio Santos.
Eduardo Sanchez y Rubio.
Francisco Sanchez Molero.
José Sol Torrenz.
José María Santucho.
Braulio Saenz Yañez.
Gonzalo Segovia y Ardizone.
Fidel Sagarmínaga.
Sociedad Bilbaína.
Jacinto Sarrasí.
Juan de Tró y Ortolano.
Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
Sr. D. Joaquin Valera.
Mariano Vazquez.
Excmo. Sr. Conde de Valencia.
Sr. D. Cayetano Vidal.
Excmo. Sr. Marqués de Yarayabo.
D. José Elduayen.
Sr. D. Eusebio Blasco.
Santos María Robledo.
Mariano Catalina.
Ilmo. Sr. D. Sabino Herrero.

Sr. D. Joaquin María Sanromá.
José Arce y Luque.
Sr. D. Emilio Ruiz de Salazar.
Salvador Monserrat.
Sres. Maisonneuve y Compañía.
Sr. D. Domingo Perez Gallego.
Sres. Rosa y Bouret.
Sr. D. Francisco Brachet.
MM. Dulau y Compañía.
M. B. Quaritch.
Sr. D. Leocadio Lopez.
José de Carvajal-Hue.
Luis G. Búrgos.
Joaquin García Icazbalceta.
Salvador de Albacete.
Manuel Arenas.
Excmo. Sr. Marqués de Aranda.
Sr. D. Pascual Aguilar.
Excmo Sr. Conde de Adanero.
Sr. D. Saturnino Álvarez Bugallal.
Excmo. Sr. D. Antonio de Benavides.
Sta. D.ª Elisa Boldun.
Sr. D. Juan Pedro Basterreche.
Julio Baulenas y Oliver.
Excmo. Sr. Conde de San Bernardo.
Sr. D. Francisco Javier Cañedo.
Álvaro Campaner.
Emilio Castelar.
Sra. Vda. é hijos de Cuesta.
Sr. D. Manuel Catalina.

Sres. Charlain y Fernandez.
Sr. D. Juan Francisco Camacho.
Excmo. Sr. Marqués de las Dos Hermanas.
Sr. Hijo mayor de la viuda de Delmas.
Sr. D. Juan José Diaz y Martinez.
José Enrique Dart.
José Jorge Daroqui.
Nilo M. Fabra.
Excmo. Sr. Duque de Frias.
Sr. D. Pablo Gil.
Donato Guio.
Julian García San Miguel.
Francisco García Franco.
Sr. Goitia.
Sr. D. Fermin Hernandez Iglesias.
Teodomiro Ibañez.
Manuel Jontoya.
Inocencio Junquera y Sanchez.
German Knust.
Eduardo Lustonó.
Sr. Lopez Guijarro.
Excma. Sra. Condesa del Montijo.
Sr. Martinez de Espinosa.
Sr. D. Francisco Javier Mendoza.
Excmo. Sr. D. Tomás O'Ryan.
Sr. D. Manuel Prieto y Prieto.
Antonio Pirala.
Dióscoro Puebla.
Sr. Perez Seoane.
Sr. D. Manuel Pereda.

Sr. D. Bernardo Rein.
Miguel Vicente Roca.
Santiago Rodriguez Alonso.
Joaquin Rubio.
Federico Real y Prado.
Manuel Ramos Calleja.
Manuel María Ramon.
Antonio de Santiyan.
Márcos Sanchez.
Paulino Ventura Sabatell.
Manuel María de Santa Ana.
Sebastian Soto.
Rafael Tarascó.
Federico de Ubagon.
Excmo. Sr. Conde de Villanueva de Perales.
Sr. D. Ciriaco Tejedor.
José de Palacio y Vitery.
Tomás Ximenez Embun.
Ateneo Barcelonés.
Excmo. Sr. Duque de Abrantes.
Sr. D. Isidoro Autran.
M. A.-A. Adée.
Biblioteca Provincial de Palma de Mallorca.
Excmo. Sr. Marqués de Viluma.
Conde de Santiago.
Sr. D. Abelardo de Cárlos.
Pedro Carrere y L'Embeye.
José María Fé.
Rafael Calvo.
Excmo. Sr. D. José Gil Dorregaray.

Lista

Excmo. Sr. Conde de Donadio.
Sres. Ferreira, Lisboa y Compañía.
Sr. D. Andrés Freuller.
Manuel García Rodrigo.
José Gimenez Mena.
Sres. Gaspar y Homdedeu.
Sra. viuda de Heredia.
Instituto de 2.ª enseñanza (Jaen).
Sr. D. Mateo Tuñon y Lara.
Mr. Knapp.
Sr. D. Ramon Mata.
Emilio de Montluc.
Francisco Muñoz.
Juan Mariana y Sanz.
Sr. D. Manuel Mariana.
Excma. Sra. Duquesa de Malakoff.
Excmo. Sr. D. Eugenio Moreno Lopez.
Vizconde de Manzanera.
Sr. D. Francisco Navarro y Aznar.
Gaspar Nuñez de Arce.
Eugenio Nava y Caveda.
Federico Savva.
Francisco Silvela.
Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
Sr. D. Miguel Fernandez Cuesta.
Sr. Marqués de Flores Dávila.
Sr. D. Pablo Gil.
Guillermo Martinez.
Leon Medina
Manuel Marañon.

de los suscritores

Sr. D. Mariano Murillo.
Antonio Marzo y Fernandez.
Lorenzo Marin.
Emilio del Perojo.
Victoriano Suarez.
Rafael Serrano Alcázar.
Camilo de Villavaso.
Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.

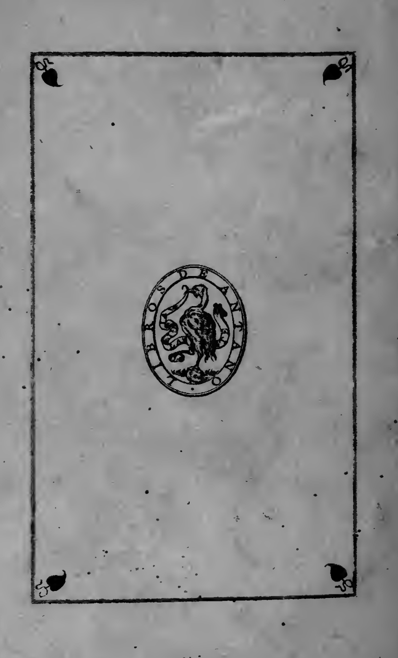









Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA


LIBROS DE ANTANO